

públicos.

**LA CONSPIRACIÓN
DE ACUARIO
MARYLIN FERGUSON**

BIBLIOTECA fundamental

El tiempo, los acontecimientos o la sola acción individual del pensamiento consiguen a veces socavar o destruir una opinión, sin que exteriormente nada parezca haber cambiado... Ninguna conspiración se ha formado en contra suya, pero sus seguidores, sin hacer ruido, comienzan uno a uno a abandonarla. Mientras que sus adversarios permanecen mudos, o sólo en secreto se comunican sus pensamientos, ellos mismos permanecen durante un largo período inconscientes de que efectivamente ha tenido lugar una gran revolución.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

Y yo me esfuerzo en descubrir cómo hacer una señal a mis compañeros, cómo decir a tiempo una simple palabra, una contraseña, como hacen los conspiradores: unámonos, mantengámonos estrechamente unidos, fusionemos nuestros corazones, creemos un solo cerebro y corazón para la Tierra, demos un significado humano al sobrehumano combate.

NIKOS KAZANTZAKIS

Este alma no puede ser más que una conspiración de individuos.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

**PRÓLOGO A
LA EDICIÓN ESPAÑOLA**

Atrevido, estimulante, cromático y enciclopédico, *best seller* mundial (con casi 500.000 ejemplares vendidos en EE.UU., y traducido a siete idiomas), *La conspiración de Acuario* de Marilyn Ferguson tiene que ver con el diseño de una cultura nueva, con una *manera nueva* de pensar viejos problemas, o sea, y para usar el ya clásico vocablo, con un cambio de paradigma.

Es el tema de nuestro tiempo: la lucha, en todos los frentes, contra la entropía. Lo cual implica una nueva filosofía de la complejidad, del movimiento y de la duración. La complejidad se reconoce por la necesidad de ligar el objeto a su entorno, el fenómeno observado al sujeto observador. La obsesión por encontrar un último elemento simple se desvanece. Nos habituamos a convivir con la paradoja: cuanto más autónomo se es, más se depende del entorno. El viejo paradigma reducía el movimiento al reposo, la inteligibilidad a la tautología, el tiempo a su representación espacial. El nuevo paradigma se construye sobre una temporalidad portadora de novedad, imprevisibilidad, entropía negativa. Ya el bioquímico y premio Nobel Albert Szent-Gyorgyi (descubridor de la vitamina C) emitió la hipótesis de que la tendencia hacia un orden cada vez más complejo sería una ley general de la naturaleza: Algo así como un instinto generalizado hacia la autosuperación. Los nuevos paleontólogos plantean esta evolución antientrópica basándose en saltos bruscos en contra del gradualismo de Darwin. Lo cual coincidiría con la famosa teoría de las catástrofes de René Thom.

En 1977 Ilya Prigogine ganó el premio Nobel de química por su teoría de las estructuras disipativas. Prigogine llama estructuras disipativas a los sistemas abiertos, es decir, a aquellos cuya estructura se mantiene por una disipación continua de energía. Esta disipación crea la posibilidad de un «reordenamiento» brusco hacia una mayor complejidad. Es una manera de explicar el enigma fundamental de la evolución biológica, que contradice la ley de la entropía creciente. Es, también, una manera nueva de pensar el mundo, e, indirectamente, de entender la aventura humana. Reaparece el famoso aforismo de Bergson: *«Le temps est invention ou u n'est rien de tout.* El tiempo, o es invención o no es nada. Se contradice la vieja hipótesis de Laplace, el espejismo de un determinismo absoluto. En puridad, si todo fuera previsible, no habría distinción entre pasado y futuro; no habría tiempo real.

Precisamente hay tiempo real en la medida en que no todo está

predeterminado a priori, en la medida en que hay indeterminismo, en la medida en que el futuro es, a cada instante, ontológicamente imprevisible. Pero no existe un tiempo único y uniforme. Cada sistema tiene su propio tiempo. Incluso cada ser humano tiene su propio tiempo. Hace ya medio siglo, Lecomte de Noúy medía la edad biológica, en contraste con la edad física, en función de la velocidad de cicatrización de las heridas. Hoy diríamos que un organismo se mantiene joven en la medida en que la velocidad de las informaciones asimiladas compensa la velocidad de la entropía producida.

Un nuevo dinamismo recorre el nuevo paradigma. Estamos lejos de los tiempos en que Aristóteles daba como última referencia del movimiento a la falta de movimiento (el «Primer Motor» era inmóvil); o de cuando la ciencia positiva buscaba, bajo el flujo de las cosas, algo que «permaneciera» (la masa, por ejemplo). La misma ley de la entropía tenía su lógica sobre la base de un «tiempo» que terminaba por desaparecer en la suprema probabilidad de la muerte térmica. Hoy existe una tendencia a invertir estos planteamientos. Incluso en términos de motivación personal y de utopía colectiva. Queremos lo improbable y asumimos el azar. Queremos disipar más entropía de la que producimos, ascender en la escala milagrosa de la complejidad, anudar antagonismos antes contradictorios (¿qué otra cosa es el «pluralismo»?), interrelacionarlo todo con todo, cobrar conciencia ecológica, usar lógica cibernética. Crear novedad.

El nuevo paradigma destaca la importancia de lo aleatorio, de lo irreversible, el carácter creativo de la misma naturaleza, un poco en concordancia con la idea taoísta de una autoorganización espontánea. El nuevo paradigma nos habla de la creación de un nuevo orden improbable a través de los antagonismos, las fluctuaciones, las interferencias, los desórdenes parciales. La flecha del tiempo tiene dos posibles direcciones: hacia la entropía positiva o hacia la entropía negativa. Felizmente, cada hallazgo improbable hace más probables los nuevos hallazgos improbables. También la entropía negativa tiene su pendiente, una pendiente que explica la aparición «espontánea» del orden a partir del caos.

Ahora bien, un nuevo *pathos* místico ha de conciliar este empuje innovador con la no-dualidad suprema de todas las cosas. Creatividad y *advaita* son la manera actual de terminar con el viejo pleito entre teoría y práctica. La pregunta por el sentido último de la vida, pongamos por

caso, carece precisamente de sentido. Es obvio que el «sentido» no alcanza a lo «último». Alguien abierto a la experiencia, comprometido con la realidad, no pregunta por las «razones de existir», no obstruye el flujo dinámico de su propia participación en lo real. El nuevo paradigma, poco amigo de bizantinismos, conduce la desantropomorfización hasta un extremo. Los ecólogos conciben la naturaleza y el hombre como un todo único. Mozart decía: «Algo en mí crea». William Blake escribió: «Si las puertas de la percepción quedaran limpias, cada cosa aparecería como es: infinita». Ken Wilber proclama: «En la realidad no hay fronteras». Thérèse Brosse glosa: «Si el hombre pierde su ego se convierte en *todo*».

Habíamos jugado al perfeccionismo y al mito de la «perfección». Hoy estamos sarcásticamente de vuelta. Pero una nueva esperanza, una nueva aventura se abre ante nosotros. En medio del ruido y del azar, entrevemos la posibilidad de conciliar la libertad con la incertidumbre, ascender en la escala de la complejidad, a la vez hacia lo nuevo y hacia el origen. Tal es el nuevo sesgo de la aventura humana: articular los antagonismos desde un nuevo lugar *meta*, generar una nueva racionalidad, re-encantar el mundo, apuntar a lo improbable. Son muchos quienes exploran en esta nueva dirección. Son los miembros invisibles de la llamada Conspiración de Acuario.

Esa *conspiración* (etimológicamente, reunión de individuos que respiran conjuntamente) es la que describe, desde diferentes perspectivas, el ensayo de Marilyn Ferguson. Cambio personal, cambio en el sistema de valores, renacimiento de un nuevo individualismo en el marco de una nueva conciencia ecológica: la autora invita a cada lector a que pase a engrosar el grupo de los *conspiradores*, personas que quieren más «cooperación» y menos «competición», más sociedad civil y menos Estado. Se persigue, en última instancia, explotar positivamente los acorralamientos de la actual crisis de civilización.

Todo viene interrelacionado. Nuevas tecnologías están provocando un paro laboral (por el momento irreversible) cuya consecuencia habrá de ser la desaparición de la clase obrera y el incremento del tiempo libre. Pero con tiempo libre sobrante y proletariado en extinción, es claro que toda la sociología debe ser repensada. Por lo pronto, desempleo y ocio están causando tantas o más patéticas desventuras que las denunciadas por Carlos Marx en el libro primero de *El capital* a propósito del prolongado trabajo en las fábricas. Alcohólicos, drogadictos, consumistas cretinizados son algunas de las consecuencias de un vacío de diseño

cultural que afronte la nueva realidad o la nueva falta de realidad, que diría Jean Baudrillard.

Se comprende, pues, la aparición de ejercicios como el que propone Marilyn Ferguson, un nuevo lenguaje *utópico* (en el mejor sentido de la palabra) que no se pone de espaldas ni a la ciencia ni a la mística. La idea general es que nuestras actuales turbulencias pueden generar un orden nuevo. Uno estima, efectivamente, que la actual situación del mundo es una estructura disipativa cuyas fluctuaciones pueden alcanzar un punto crítico que provoque el salto a un nivel de organización más elevado. Por ejemplo, el desbarajuste económico internacional tiene pocas salidas desde la vieja racionalidad y desde la lógica militarista de los Estados *soberanos*. Un nuevo Plan Marshall que afronte la inevitable suspensión de pagos del Tercer Mundo sólo puede venir de una nueva conciencia planetaria y de un nuevo empuje «conspiratorio» presidido por una nueva sensibilidad ecológica. El invite es de calibre, la solución difícil e improbable; pero tal es la aventura anti-entrópica en la que todos andamos comprometidos. La llamada Conspiración de Acuario apunta a una simultánea transformación del mundo y de la mente.

SALVADOR PÁNIKER

AGRADECIMIENTOS

Imposible dar cuenta aquí de la deuda que tengo contraída con los cientos de personas que, de una forma u otra, han contribuido a hacer posible este proyecto desde su inicio en 1976. Pero ellos lo saben, y sabrán reconocer aquí y allá sus aportaciones. A ellos, y a todos cuantos, a pesar de sus ocupaciones, se han tomado la molestia de responder a la encuesta sobre la Conspiración de Acuario, les doy desde aquí mis más expresivas gracias.

Debo especial agradecimiento a Anita Storey, amiga y colaboradora desde tiempo atrás, por su apoyo infatigable, su perspicacia y su humor..., y a Sandra Harper, por su ayuda extraordinaria y su sentido de la ponderación en la tarea investigadora..., y a mis hijos Eric, Kris y Lynn Ferguson, por la comprensión que han mostrado conmigo, muy por encima de lo correspondiente a su edad, durante un período que con frecuencia ha resultado difícil para todos.

Muchos otros que me han ayudado aparecen citados en el libro, en el contexto de su especialidad respectiva. Debo también gratitud, a través de los diálogos, el feedback o los ánimos que me han proporcionado, a Marthe Bowling, David Bresler, Harris Brotman, Nancie Brown, Meg Bundick, Jo Capehart, Dorothy Fadiman, James Fadiman, Elaine Flint, Jerry Harper, Marjorie King, Jytte Lokvig, Jack McAllister, M. S. McDonald, Brendan O'Regan, Karen Rose, Bob Samples, Judith Skutch, Robert A. Smith III, Dick Traynham y Brian van der Horst.

Gracias también a Janice Gallagher y a Victoria Pasternack por su dedicación y esfuerzo en el aspecto editorial; y a Mary Lou Brady, adjunta al editor, por su amistad y sus contactos.

Por encima de todos, mi más profundo agradecimiento a Jeremy Tarcher, cuyo sentido editorial creativo y cuya dedicación a este proyecto, me han hecho sentirlo como la especie de editor que todos los escritores sueñan, pero que nunca esperan encontrar.

PRÓLOGO

Durante varios meses de 1981, personas de muy distinta condición hablaron de un nuevo libro sorprendente. *La Conspiración de Acuario* (un título que me pareció oximorónico) estaba causando verdadero furor entre los seguidores de la «nueva era». Pero lo que me impulsó a leerlo fue el entusiasmo de personas vinculadas al mundo empresarial.

Pocas veces un libro ha expresado y documentado lo que muchos de nosotros hemos pensado en secreto. Recordaba el ensayo de Ralph Waldo Emerson, «La confianza en uno mismo», en el que afirma que el verdadero genio dice lo que está en tu corazón, porque está en el corazón de todo el mundo. Tal es el genio de *La Conspiración de Acuario*.

Después de leer el libro, me puse en contacto con Marilyn a través de su oficina en los Angeles, y desde entonces somos amigos. Cuando hice su presentación en una conferencia en Florida, dije que mi libro, *Megatrends*, era un documento liviano sobre el cambio, mientras que el libro de Marilyn era «el documento de peso»: *Megatrends* se refería a los cambios en nuestra sociedad, mientras que *La Conspiración de Acuario* trataba del cambio en nosotros mismos, en nuestras almas.

En épocas de grandes cambios, la gente busca alguna clase de estructura. Esa búsqueda de parámetros responde, en parte, del actual resurgimiento religioso. Centenares de nuevas iglesias se han establecido

durante las dos últimas décadas, ayudadas en parte por los medios de comunicación electrónicos, y muchas de esas iglesias tienen unas creencias fundamentalistas muy estructuradas. Una proliferación similar de nuevos grupos religiosos se produjo hace 150 años, cuando estábamos en medio de otro cambio básico, de una base económica agrícola a otra industrial.

Sin embargo, existe una población en rápido crecimiento a la que no atraen tales estructuras externas: son las personas «orientadas hacia dentro», inclinadas a buscar en el interior de sus propios recursos espirituales. De modo que estamos asistiendo a un resurgimiento simultáneo de la *espiritualidad personal*. El individualismo de la nueva espiritualidad está alimentado por la naturaleza individualista de una sociedad de información, así por la tendencia que he denominado «respuesta de *high-touch*» [alta percepción] en contraposición a la *high-tech* la alta tecnología de la sociedad actual.

Ese es el espíritu en que habla *La Conspiración de Acuario*, libro que se adelantó a su época, porque el fenómeno de la espiritualidad ha ganado impulso, y las instituciones y preceptos del libro son más ciertos hoy que cuando se publicó hace siete años.

Algunos han criticado a Marilyn Ferguson como demasiado optimista. A este respecto, me he permitido contraponer el consejo de Albert Camus, el cual decía que no existe más que una sola cuestión filosófica: el suicidio. Y si uno decide no seguir ese rumbo, el optimismo es la condición necesaria para avanzar en la vida. Los pesimistas no son de ninguna ayuda. El optimismo de *La Conspiración de Acuario* es una afirmación de las posibilidades de la vida.

Envidio a quienes van a leer *La Conspiración de Acuario* por primera vez, porque es uno de los libros más extraordinarios de nuestra época.

JOHN NAISBITT
Washington, D.C.
Junio, 1987

INTRODUCCIÓN

A comienzos de los años setenta, cuando me encontraba preparando un libro sobre el cerebro y la conciencia, me sentí profundamente impresionada por descubrimientos científicos que atestiguaban la existencia de capacidades humanas mucho más allá de las que consideramos «normales». En esa época, la ciencia no se preocupaba fundamentalmente de las implicaciones sociales de este tipo de investigación, y el público las ignoraba por completo. Se trataba de investigaciones especializadas, diseminadas en diversos campos, escritas en lenguaje técnico, y que se publicaban, dos o tres años después de realizadas, en revistas que se encuentran raramente fuera de bibliotecas especializadas.

Mientras que la ciencia, siguiendo su modo objetivo de proceder, iba acumulando datos sorprendentes sobre la naturaleza del hombre y de la realidad, yo me daba cuenta que cientos de miles de individuos se estaban tropezando, por su parte, con experiencias subjetivas sorprendentes. Por medio de exploraciones sistemáticas de la experiencia consciente, valiéndose de métodos muy variados, han ido descubriendo fenómenos mentales como el aprendizaje acelerado, la conciencia acrecentada, el poder de la visualización interna para curar y para resolver problemas, o la capacidad de recuperar recuerdos olvidados... A consecuencia de lo intuido en tales exploraciones veían modificarse sus valores y relaciones personales. De ahí en adelante abrían sus antenas en busca de cualquier información que pudiera ayudarles a encontrar un sentido a sus experiencias.

Tal vez por haber sido uno de los primeros intentos de síntesis en este campo, mi libro *The Brain Revolution: The Frontiers of Mind Research* me convirtió en una especie de oficina central, no oficial por supuesto, a donde acudían, por un lado, investigadores que adivinaban las implicaciones de sus descubrimientos, por otro, individuos deseosos de contrastar sus impresiones, o bien periodistas de todo género interesados en encontrar datos de base con que nutrir el creciente interés por el estudio de la conciencia. A fin de satisfacer esa aparente necesidad de conexión y comunicación, comencé a publicar a fines de 1975 un boletín quincenal, el *Brain/Mind Bulletin*, para dar cuenta de investigaciones, teorías e innovaciones relativas al aprendizaje, a la salud, la psiquiatría, la

psicología, estados de conciencia, sueños, meditación, y otros temas relacionados.

El boletín resultó ser un auténtico pararrayos para una energía que yo había subestimado en gran medida. Efectivamente, la respuesta inmediata vino en forma de una avalancha de artículos, de correspondencia y de llamadas, confirmando que un número de personas que crecía rápidamente y sin parar estaba explorando este nuevo territorio, en el campo más radical de la ciencia, de la experiencia subjetiva. En mis viajes por todo el país, dando conferencias o asistiendo a coloquios, encontraba pioneros semejantes en todos lados. Y las nuevas perspectivas estaban comenzando a ponerse en marcha. El activismo social de los años sesenta y la «revolución de la conciencia» de los primeros años setenta parecían converger en una síntesis histórica: el advenimiento de una transformación social como consecuencia de la transformación personal, cambio de dentro afuera.

En enero de 1976, publiqué un editorial con el título «El movimiento sin nombre». Reproduzco aquí parte de su contenido:

"Está ocurriendo algo que merece consideración; algo se está moviendo a una velocidad vertiginosa, algo que no tiene nombre y que escapa a todo intento de descripción.

A medida que el Brain/Mind Bulletin ha ido informando de nuevas organizaciones, grupos cuyo interés converge en nuevos enfoques de la salud, educación humanística, nuevas formas de gestión política o administrativa, nos hemos ido sintiendo sorprendidos por la cualidad indefinible del *Zeitgeist*¹. El espíritu de nuestra época está cargado de paradojas. Es al mismo tiempo pragmático y trascendental. Aprecia a la vez el esclarecimiento y el misterio..., el poder y la humildad..., la interdependencia y la individualidad. Es simultáneamente político y apolítico. Entre sus protagonistas y fautores se encuentran individuos que, sin dejar de pertenecer impecablemente al *establishment*, se entienden con radicales que en otro tiempo acaudillaban manifestaciones portando pancartas.

En pocos años, ha contaminado a la medicina, la educación, las ciencias sociales, las ciencias exactas, e incluso el gobierno y todo lo que implica se han visto contaminados por «él». Se caracteriza por operar a través de organizaciones fluidas, opuestas a todo dogma, y que se resisten a crear estructuras jerárquicas. Se guían por el principio

de que el cambio solamente puede ser facilitado, no decretado. Es parco en manifiestos. Parece dirigirse a algo muy antiguo presente en todo y en todos. Y tal vez, al tratar de integrar la magia y la ciencia, el arte y la tecnología, consiga triunfar donde hasta ahora todos los empeños anteriores habían fracasado."

Tal vez, escribía yo, le esté llegando ahora el momento a esa fuerza indefinible, y sea ya lo suficientemente robusta para recibir un nombre. Pero, ¿cómo caracterizar a esta marea de fondo?

La respuesta de muchos lectores al editorial y la petición que muchas revistas me dirigieron, pidiéndome permiso para reproducirlo, me confirmaron que había mucha gente que estaba viendo y sintiendo esas mismas fuerzas.

Algunos meses más tarde, cuando estaba tratando de esbozar un libro aún no titulado sobre las alternativas sociales que están emergiendo, reflexionaba una vez más sobre la forma peculiar que reviste este movimiento: su estilo directivo atípico, la paciencia e intensidad de sus seguidores, sus éxitos improbables. De pronto, caí en la cuenta de que por el hecho de estar compartiendo unas mismas estrategias, por los lazos existentes entre ellos, y por su recíproco reconocimiento por medio de signos sutiles, los participantes no se estaban limitando a cooperar unos con otros. Estaban siendo cómplices. Ese «algo», ese movimiento, ¡era una conspiración!

Al principio me resistía a usar este término. No quería convertir en sensacionalismo lo que estaba ocurriendo. Además la palabra *conspiración* tiene, por lo general, connotaciones negativas. Por entonces tropecé con un libro de ejercicios para el espíritu, del novelista griego Nikos Kazantzakis, en el que decía que deseaba hacer una señal a sus camaradas, «como a conspiradores», a fin de que se uniesen para salvar el mundo. Al día siguiente, el periódico *Los Angeles Times* daba cuenta resumida de un discurso del primer ministro canadiense, Pierre Trudeau, ante una comisión de las Naciones Unidas reunida en Vancouver. Trudeau citaba un pasaje del sacerdote y científico francés Pierre Teilhard de Chardin, en el que éste urgía la necesidad de una «conspiración de amor».

Conspirar, en sentido literal, significa «respirar juntos». Es una unión íntima. ² Escogí la referencia a *Acuario*, a fin de dejar clara la naturaleza benévola de esta unión. Aunque no estoy familiarizada con los arcanos astrológicos, me sentía atraída por el poder simbólico de esa idea

difundida en toda nuestra cultura popular: el que tras una era violenta y oscura, la de Piscis, entramos en un milenio de amor y de luz, «la era de Acuario», época de la «verdadera liberación espiritual». Esté o no escrita en los astros, lo cierto es que parece estarse aproximando una era diferente; y Acuario, la figura del aguador en el antiguo zodiaco, símbolo de la corriente que viene a apagar una antigua sed, parece ser el símbolo adecuado.

Durante los tres años siguientes, período de búsqueda, reflexión y revisión incesante de este libro, el título comenzó a divulgarse poco a poco. Invariablemente provocaba reacciones de sorpresa y regocijo en los propios conspiradores, que se reconocían a sí mismos como tales y admitían su complicidad en procurar el cambio de las instituciones sociales o nuevos modos de resolver los problemas o de distribuir el poder. Algunos firmaban sus cartas como «co-conspiradores», o ponían «A la atención de la Conspiración de Acuario» en la correspondencia dirigida a mí. La etiqueta parece apropiada al sentido de solidaridad e intriga anejo al movimiento:

A medida que sus redes se extendían, la conspiración se revelaba más y más real al paso de cada semana. Por todas partes en el país, y también fuera de él, parecían estarse organizando grupos de forma espontánea. En sus proclamas exteriores y en sus comunicaciones internas, todos expresaban la misma convicción: «Estamos asistiendo a una gran transformación...», «en este período de despertar cultural...» Los conspiradores me ponían en contacto con otros conspiradores: políticos, ejecutivos de la empresa pública o privada, celebridades, profesionales que intentaban cambiar de profesión, y gente «corriente», que estaban realizando auténticos milagros de transformación social. Estos, a su vez, me ponían en contacto con otros y con *sus* redes.

Recibí ayuda en las formas más diversas: asesoramiento en investigación, directrices, folletos de circulación interna de unos u otros movimientos, libros y artículos, críticas y dictámenes de especialistas a los diversos borradores del manuscrito, ánimo, y colaboraciones de todo tipo, tratando de ayudarme a descubrir toda la rica historia de la visión transformativa. Ninguno de cuantos me ayudaron pidió a cambio reconocimiento alguno, sólo querían que otros sintieran lo que ellos habían sentido, que atisbaran el potencial que tenemos en común.

A fines de 1977, a fin de comprobar mi propia idea de la conspiración y las opiniones de sus seguidores, envié unos cuestionarios a

doscientas diez personas implicadas en tareas de transformación social en áreas muy diversas³. Respondieron ciento ochenta y cinco personas representantes de campos y modos de vida muy distintos. Aunque algunos son bien conocidos, y unos cuantos incluso famosos, la mayoría es gente cuyos nombres son fundamentalmente desconocidos fuera de sus círculos habituales. Solamente tres solicitaron guardar el anonimato; realmente, ésta es una «conspiración abierta».

A pesar de todo, he procurado no identificar a los participantes en conexión con sus respuestas al cuestionario, aunque aparecen en el texto los nombres de muchos de ellos que han expresado también públicamente sus opiniones. No me parece conveniente asociar la conspiración a determinadas personalidades. Individuos que han estado trabajando en silencio en favor del cambio, podrían encontrar duro seguir funcionando al descubierto, una vez identificados. Y lo que es más importante, alguien podría empezar a establecer diferencias artificiales entre quiénes son y quiénes no son conspiradores. Focalizar la atención en los nombres sería hacer justamente lo que no se debe hacer; cualquiera puede ser un conspirador.

Lo mismo que, al principio, cuando estaba componiendo los primeros esbozos de este libro, dudaba si usar la palabra *conspiración*, también la palabra *transformación* me daba miedo. Tenía una connotación de cambios demasiado grandes, tal vez imposibles. Y sin embargo, el uso de esta expresión se ha hecho muy común, y parece que hoy estamos todos convencidos de que nuestra sociedad está necesitada de una remodelación y no meramente de un arreglo. La gente habla hoy libremente de la necesidad de transformar esta o aquella institución o este o aquel procedimiento, y los individuos se recatan menos de hablar de su propia transformación, ese proceso en curso que ha cambiado el tenor de sus vidas.

Desde luego, atraer la atención hacia este movimiento, hasta ahora anónimo, y que con tanta eficacia ha operado lejos de toda publicidad, no deja de tener sus riesgos. Siempre existe la posibilidad de que este vasto reajuste cultural *sea asimilado, trivializado o explotado por el sistema*; efectivamente, *eso ya ha ocurrido en alguna medida*. Y existe también el peligro de que las insignias y símbolos de la transformación puedan ser tomados por algunos como si fueran el mismo y difícil camino para llegar a ella.

Pero sean cuales sean los riesgos que comporte su desvelamiento, esta conspiración, profundamente enraizada desde antiguo en la historia

humana, nos pertenece a todos. Este libro trata de cartografiar sus dimensiones, tanto en favor de quienes, participando de ella en espíritu, ignoran cuántos otros comparten su sentido de lo posible, como en favor de aquellos que andan desesperados pero estarían deseosos de comprobar alguna evidencia favorable a la esperanza.

Como al fijar las coordenadas de una nueva estrella, el hecho de poner nombres y de trazar un mapa de la conspiración lo único que hace es hacer visible una luz que había estado ahí todo el tiempo, pero que no acertábamos a ver porque no sabíamos bien a donde mirar.

MARILYN FERGUSON

Los Angeles, California

Enero 1980

1. En alemán en el original: espíritu de la época. (*N. del T.*)

2. En su obra *La energía humana*, Teilhard de Chardin define así la palabra “conspiración”: «En principio supone la *aspiración* común ejercida por una esperanza. Puede decirse que una conspiración reúne a individuos que respiran el mismo aire y aspiran a unos mismos objetivos. (*N. del T.*)

3 El Apéndice A al que se hace referencia no apareció en esta edición. (*N. del C.*)

I. LA CONSPIRACIÓN

*Tras el no final viene un sí, y de ese sí
depende el futuro del mundo.*

WALLACE STEVENS

Una vasta y poderosa red, que carece no obstante, de dirigentes, está tratando de introducir un cambio radical en los Estados Unidos. Sus

miembros han roto con ciertos aspectos clave del pensamiento occidental, y pueden incluso haber quebrado hasta la misma continuidad con la historia.

Esta red es la Conspiración de Acuario. Se trata de una conspiración desprovista de doctrina política, carente de manifiesto. Está integrada por conspiradores que buscan el poder tan sólo para disgregarlo, y que se valen de estrategias pragmáticas, incluso científicas, pero con una perspectiva tan cercana a la mística, que apenas se atreven a hablar de ello. Son activistas que plantean cuestiones de muy diversa índole, que están desafiando al *establishment* desde su propio interior.

Más amplia que una reforma, más profunda que una revolución, esta especie benigna de conspiración en pro de un nuevo programa de actuación humana ha desencadenado el realineamiento cultural más rápido de toda la historia. El vasto, estremecedor e irrevocable movimiento que se nos está viniendo encima no es un nuevo sistema político, religioso ni filosófico. Es una nueva mentalidad, el surgimiento de una sorprendente visión del mundo, en cuyo marco hay cabida tanto para la ciencia de vanguardia como para las concepciones del más antiguo pensamiento conocido.

Los conspiradores de Acuario se alinean a lo largo y a lo ancho de todos los niveles de renta y educación, desde los más humildes a los más elevados. Hay maestros y oficinistas, científicos de renombre, políticos y legisladores, artistas y millonarios, taxistas y primeras figuras en el campo de la medicina, la educación, el derecho, la psicología. Algunos se manifiestan abiertamente en su defensa, y sus nombres pueden resultarnos familiares. Otros prefieren silenciar su implicación, en la creencia de poder resultar más eficaces si no les son atribuidas ideas que con frecuencia han sido mal comprendidas.

Hay legiones de conspiradores. Los hay en corporaciones, en universidades y en hospitales, entre el profesorado escolar, en fábricas y en consultorios médicos, en instituciones estatales y federales, entre concejales de ayuntamientos y miembros de la Casa Blanca, en las Cámaras legislativas, en organizaciones de voluntarios, y en prácticamente todos los centros de toma de decisiones en el país.

Los conspiradores, cualesquiera que sean sus niveles sociales o su grado de sofisticación, están ligados entre sí, emparentados por sus descubrimientos y «terremotos» interiores. Uno puede sobrepasar antiguos límites, superar inercias y miedos pasados, y alcanzar niveles de

plenitud que parecían imposibles..., descubrir raudales de posibilidades, de libertad y de cercanía humana. Se puede ganar en productividad y sentirse más cómodo y confiado en medio de la inseguridad. Los problemas pueden sentirse como retos, como ocasiones para renovarse, más que como fuentes de estrés. Actitudes habituales de autodefensa o de preocupación pueden desmoronarse. *Todo puede ser de otra manera.*

Cierto que, al principio, la mayoría ni siquiera se proponía cambiar la sociedad. En ese sentido, se diría que es una especie de conspiración muy poco apropiada. Pero empezaron a darse cuenta de que ellos mismos se habían ido convirtiendo en revoluciones «vivientes». Tras haber experimentado serios cambios personales, se encontraron a sí mismos replanteándose todo, cuestionándose antiguas evidencias, viendo con nuevos ojos su trabajo y sus relaciones, la salud, el poder político y los «expertos» en la materia, sus objetivos y valores en general.

En cada ciudad, en cada institución, se han ido fusionando en pequeños grupos, formando lo que alguno ha llamado «inorganizaciones nacionales». Algunos conspiradores tienen una aguda conciencia del alcance nacional, e incluso internacional, del movimiento y tratan activamente de vincular a otros al mismo. Son al mismo tiempo antenas y transmisores, escuchando y comunicando a la vez. Actúan como amplificadores de las actividades de la conspiración por medios muy diversos, como crear nuevas redes, editar folletos, sistematizar e integrar los nuevos campos de posibilidades en libros, conferencias, programas escolares, y hasta en sesiones del Congreso y en los medios nacionales de difusión.

Otros han centrado su actividad en el campo de su propia especialidad, formando grupos en el seno de organizaciones e instituciones preexistentes, exponiendo las nuevas ideas a sus colaboradores, para lo que con frecuencia necesitan recurrir, en busca de apoyo, de confirmación o de respaldo informativo, a niveles más amplios de la red. Y hay millones de otros, que nunca se han considerado a sí mismos partícipes de una conspiración, pero que sienten que sus propias luchas y experiencias forman parte de algo más grande, de una transformación social más amplia, que resulta cada vez más visible, si se sabe mirar en la dirección apropiada. Normalmente desconocen la existencia de redes nacionales y de su influencia en puestos elevados; pueden haber encontrado una o dos personas de mentalidad pareja a la suya en su lugar de trabajo, entre sus vecinos o en su círculo de amigos.

No obstante, incluso en esos pequeños grupos de dos, de tres, de ocho, de diez, están ejerciendo un impacto.

Sería en vano buscarles afiliados en formas tradicionales, como partidos políticos, grupos ideológicos, clubes, o fraternidades. Se encuentran, por el contrario, en pequeños círculos y en redes flexibles. Hay decenas de millares de puntos por donde se puede entrar a formar parte de la conspiración. La gente, cualquiera que sea el lugar donde comparten sus experiencias, acaban por conectar más tarde o más temprano unos con otros, y eventualmente con círculos más amplios. Su número crece cada día.

Por audaz y romántico que pueda parecer este movimiento, veremos cómo ha evolucionado a partir de una secuencia de acontecimientos históricos que difícilmente podrían haber conducido a otro lado... En realidad es la expresión de profundos principios de la naturaleza, que solamente ahora están siendo descritos y confirmados por la ciencia. En su estimación de lo que es posible, procede de forma rigurosamente racional.

«Estamos en un momento apasionante de la historia, tal vez en un punto decisivo de giro», ha declarado Ilya Prigogine, que obtuvo el premio Nobel en 1977 por la elaboración de una teoría que describe las transformaciones, que tienen lugar no sólo en ciencias físicas, sino también en la sociedad, y en donde se subraya el papel del estrés y de las «perturbaciones» como desencadenantes de un nuevo orden a un nivel superior. La ciencia, dice, está comprobando la realidad de una «profunda visión cultural». Los poetas y filósofos tenían razón al sugerir que el universo es abierto y creativo. Transformación, innovación, evolución, son otras tantas respuestas naturales a cualquier crisis.

Una cosa es cada vez más clara: las crisis de nuestro tiempo representan el impulso necesario para la revolución en marcha. Y una vez que comprendemos los poderes transformadores de la naturaleza, comprendemos que éste es nuestro más poderoso aliado, y no una fuerza que es preciso temer o mantener a raya. *En nuestra misma patología reside nuestra oportunidad.*

En todo tiempo, decía el científico y filósofo Pierre Teilhard de Chardin, el hombre se ha considerado a sí mismo en un punto decisivo de la historia. «Y en cierta medida, en cuanto que siempre ha estado avanzando y subiendo como en espiral, estaba en lo cierto. Pero hay momentos en que esa sensación de transformación se acentúa

particularmente, resultando así más justificada.» Teilhard profetizó el fenómeno central de este libro: una conspiración de hombres y mujeres con una nueva perspectiva, capaz de desencadenar un contagio crítico de la necesidad de cambio.

A lo largo de la historia, prácticamente todos los esfuerzos por remodelar la sociedad han comenzado siempre por alterar su forma y su organización exteriores. Se partía de considerar que una estructura social racional podía ser fuente de armonía, a través de un sistema de recompensas, castigos y manipulaciones del poder. Pero los sucesivos intentos periódicos de alcanzar una sociedad justa por medio de experimentos políticos parecen haber sido frustrados una y otra vez por el espíritu humano de contradicción... ¿Y ahora qué?

La Conspiración de Acuario constituye el Ahora Qué. Hemos de movernos hacia lo desconocido. Lo conocido no ha hecho hasta ahora otra cosa que fallarnos por completo. Tomando una perspectiva más amplia de la historia, y una evaluación más profunda de la naturaleza, la Conspiración de Acuario es una forma distinta de revolución, con un nuevo tipo de revolucionarios. Lo que busca es un cambio de conciencia en un número crítico de individuos, lo suficiente para precipitar la renovación de la sociedad entera. «No podemos esperar hasta que el mundo cambie», ha dicho la filósofa Beatrice Bruteau, «ni hasta que vengan nuevos tiempos que nos hagan cambiar a nosotros, ni esperar que llegue la revolución y nos arrastre en su nueva carrera. El futuro *somos* nosotros mismos. Nosotros *somos* la revolución.»

El cambio de paradigma

Las nuevas épocas históricas siempre nacen de nuevas perspectivas. La humanidad ha pasado por muchas y dramáticas revoluciones del conocimiento, grandes saltos, liberaciones repentinas de límites antiguos. Hemos descubierto el fuego y la rueda, el lenguaje y la escritura. Hemos aprendido que la tierra es plana solamente en apariencia, que el sol solamente en apariencia gira en torno a la tierra, que solamente en apariencia es sólida la materia. Hemos aprendido a comunicarnos, a volar, a explorar.

Para describir adecuadamente cada uno de estos descubrimientos, se dice que han traído consigo un «cambio de paradigma», expresión introducida por Thomas Kuhn, filósofo e historiador, en su libro *La*

estructura de las revoluciones científicas, publicado en 1962, y que ha hecho época. Las ideas de Kuhn son enormemente útiles, no sólo porque ayudan a comprender el proceso de emergencia de una nueva perspectiva, sino también el cómo y el porqué estas nuevas visiones se tropiezan invariablemente con una terca resistencia a su aceptación durante un cierto tiempo.

Un paradigma es un marco de pensamiento (del griego *paradigma*, «patrón»). Un paradigma es un esquema de referencia para entender y explicar ciertos aspectos de la realidad. Aunque Kuhn se refería al terreno científico, el término ha sido ampliamente adoptado. La gente habla de paradigmas educacionales, paradigmas de planificación urbana, cambio de paradigma en medicina, y así en otros campos.

Un cambio de paradigma supone un modo nítidamente nuevo de enfocar antiguos problemas. Por ejemplo, durante más de dos siglos los pensadores de primera fila daban por sentado que el paradigma de Isaac Newton, su descripción de las fuerzas mecánicas como algo predecible, acabaría por explicarlo todo en términos de trayectorias, fuerzas y gravedad, llegando a penetrar hasta los últimos secretos del universo concebido como una inmensa «maquinaria de relojería».

Pero a medida que los científicos han seguido indagando en busca de las últimas respuestas, permanentemente huidizas, empezaban a aparecer aquí y allá ciertos datos que simplemente se resistían a encajar en el esquema newtoniano. Esto sucede típicamente en cualquier paradigma. Un buen día acaba por apilarse un montón excesivo de cuestiones enigmáticas que se salen del marco ordinario de explicación, forzándolo y poniéndolo consiguientemente a prueba. De pronto surge una nueva y poderosa evidencia que explica las contradicciones aparentes, introduciendo un nuevo principio..., una nueva perspectiva. Al forzar la elaboración de una teoría más comprehensiva, la crisis no resulta *destructiva* sino *instructiva*.

La teoría especial de la Relatividad de Einstein constituyó el nuevo paradigma que vino a suplantarse a la física de Newton. Esta teoría resolvía muchos cabos sueltos, enigmas y anomalías que no encajaban en la antigua física. Y se trataba de una alternativa que realmente conmocionaba: las viejas leyes de la mecánica resultaban no ser universales, no servían al nivel de las galaxias ni al de los electrones. Nuestra comprensión de la naturaleza hubo de trasladarse desde un paradigma de relojería a un paradigma de indeterminación, de lo absoluto

a lo relativo.

Todo nuevo paradigma implica un principio que había estado ahí desde siempre, pero que hasta entonces no habíamos reconocido. Incluye también la antigua concepción como una verdad parcial, como un aspecto de la realidad, del modo *cómo las cosas funcionan*, sin que ello implique que no puedan también funcionar de otras maneras. En virtud de su más amplia perspectiva, permite transformar los conocimientos tradicionales y las rebeldes observaciones nuevas, reconciliando sus contradicciones aparentes.

El nuevo marco es más útil que el antiguo. Permite predecir con mayor precisión. Y abre puertas y ventanas a nuevos vientos exploradores. Dado el mayor poder y el alcance superior de las nuevas ideas, podríamos esperar que se impusiesen rápidamente, pero eso casi nunca sucede. El problema es que no se puede abrazar el nuevo paradigma sin soltar el antiguo. Esta transformación no puede efectuarse poco a poco, con el corazón partido. «Debe ocurrir de una vez, como el cambio de forma y fondo en la psicología de la Gestalt», dice Kuhn. Uno no se puede «ir imaginando» el nuevo paradigma, es algo que salta a la vista de repente.

Los nuevos paradigmas son casi siempre recibidos con frialdad, incluso entre burlas y con hostilidad. Sus descubrimientos son tachados de herejías. (Recordemos, como ejemplos históricos, a Copérnico, Galileo, Pasteur, Mesmer, etc.) La nueva idea aparece a primera vista como rara, confusa incluso, entre otras cosas porque el descubridor puede haber efectuado un salto intuitivo, sin haber llegado a reajustar el conjunto de los datos. La nueva perspectiva exige un giro mental tan pronunciado que los científicos académicamente establecidos raramente llegan a darlo. Como muestra Kuhn, quienes han trabajado fructíferamente desde la óptica antigua, están habitual y emocionalmente vinculados a ella. Por lo general, su fe inmovible les acompaña hasta la tumba. Incluso confrontados con una evidencia apabullante, permanecen apegados cerrilmente a la opinión errónea, por conocida.

Pero el nuevo paradigma va ganando ascendente. La nueva generación reconoce su fuerza. Cuando un número crítico de pensadores llega a aceptar la nueva idea, se produce un cambio colectivo de paradigma. Al haber un número suficiente de gente que se ha acogido a la nueva perspectiva, o que ha crecido dentro de ella, brota el consenso. Después de un cierto tiempo, este paradigma empieza a su vez a

experimentar contradicciones; se producen nuevas grietas, con lo que el proceso vuelve a repetirse. Es así como la ciencia va quebrando y ensanchando continuamente sus propias fronteras.

El auténtico progreso en la comprensión de la naturaleza rara vez tiene lugar de forma lineal. Todos los avances importantes son intuiciones repentinas, principios nuevos, nuevos enfoques. Este proceso en base de saltos adelante no resulta plenamente reconocible, en parte porque los manuales que tratan de las revoluciones, culturales o científicas, tienden a edulcorarlas. Describen los pasos adelante como si hubiesen sido lógicos en su día, en absoluto chocantes cuando acontecieron.

En efecto, mirando retrospectivamente, cómo en los años siguientes al salto intuitivo se ha ido construyendo penosamente el puente explicativo de enlace con la situación anterior, las grandes ideas nuevas pueden aparecer como razonables, incluso como inevitables. Las damos por sentadas, aunque lo cierto es que al principio parecían insensatas.

Al haber dado nombre a un fenómeno difícilmente reconocible, Kuhn nos ha hecho conscientes de los procesos de revolución y resistencia. Ahora que hemos comenzado a comprender la dinámica de las tomas de conciencia revolucionaria, podemos aprender a fomentar saludablemente nuestro propio cambio y podemos cooperar en hacer más fácil el cambio mental colectivo, sin tener que esperar hasta que la fiebre haga crisis. Esto podemos hacerlo haciéndonos preguntas de un modo distinto, es decir, poniendo en cuestión nuestras viejas evidencias. Estas evidencias son como el aire que respiramos, como la decoración de nuestra propia casa. Forman parte de nuestra cultura. No podemos desconocerlas, y sin embargo deben dejar paso a otras perspectivas más fundamentales, si hemos de descubrir qué es lo que no funciona y su por qué. Al igual que los koans que proponen a sus novicios los maestros Zen, la mayoría de los problemas no pueden resolverse al nivel en que vienen planteados. Es preciso enmarcarlos de nuevo, situarlos en un contexto más amplio. Y todo presupuesto no garantizado, debe ser dejado a un lado.

Con frecuencia tratamos de solucionar de modo irracional los problemas dentro del antiguo contexto, con nuestras viejas herramientas, en vez de percatarnos que la crisis que se está echando encima es solamente un síntoma de nuestra propia y fundamental testarudez. Por ejemplo, nos preguntamos cómo vamos a poder garantizar una asistencia sanitaria suficiente a nivel nacional, teniendo en cuenta el coste creciente

de todo tipo de tratamiento médico. La pregunta nos lleva automáticamente a identificar la salud con los hospitales, los médicos, las recetas, la tecnología. En vez de ello, deberíamos por el contrario comenzar por preguntarnos por qué la gente se pone enferma o en qué consiste la salud. Otro ejemplo: discutimos sobre cuáles son los mejores métodos para la enseñanza de los programas escolares en los colegios, pero rara vez nos planteamos si esos programas son o no los adecuados. Y aún más raramente nos preguntamos sobre la naturaleza del aprendizaje.

Las crisis que padecemos son otras tantas formas de evidenciar la traición a la naturaleza, perpetrada por nuestras instituciones. Hemos identificado la buena vida con el consumo material, hemos deshumanizado el trabajo y lo hemos hecho innecesariamente competitivo, nos sentimos inseguros acerca de nuestra capacidad de aprender y de enseñar. Nuestra medicina, salvajemente costosa, apenas ha conseguido ganar algún terreno frente a las enfermedades crónicas o derivadas de accidentes, y se ha ido haciendo a la vez crecientemente impersonal y vejatoria. Los gobiernos se vuelven cada vez más complejos e irresponsables desde su lejanía, y los sistemas de seguridad social se encuentran una y otra vez al borde de la quiebra.

La posibilidad de salvación en este tiempo de crisis no hemos de buscarla en un golpe de suerte, ni en una posible coincidencia, ni en una ponderada reflexión. Armados, como estamos ahora, de una comprensión más adecuada de los procesos de cambio, sabemos hoy que las mismas fuerzas que nos han llevado al borde del abismo a nivel planetario, portan en su interior las semillas de la renovación. El actual desequilibrio, personal y social, prefigura una nueva especie de sociedad. Los roles, las relaciones, las instituciones, las viejas ideas... todo está siendo hoy reexaminado, reformulado, y diseñado de nuevo. Por primera vez en la historia, la humanidad tiene acceso al panel de control del cambio, a la comprensión de cómo se produce la transformación. Desde ahora estamos viviendo en la era del *cambio del cambio*, una época en que de forma intencionada podemos ponernos a trabajar codo a codo con la naturaleza para acelerar el proceso de nuestra propia remodelación y la de nuestras instituciones desfasadas.

El paradigma de la Conspiración de Acuario concibe a la humanidad enraizada en la naturaleza. Promueve la autonomía individual en el seno de una sociedad descentralizada. Nos considera administradores de todos

nuestros recursos, internos y externos. *No* nos ve como víctimas ni como peones, no nos considera limitados por condiciones ni acondicionamientos, sino herederos de las riquezas de la evolución, capaces de imaginación, de inventiva, y sujetos de experiencias que apenas si hemos llegado a entrever todavía. La naturaleza humana no es ni buena ni mala, sino abierta a un proceso continuo de transformación y transcendencia. Lo único que necesita es descubrirse a sí misma. La nueva perspectiva respeta la ecología de cada cosa: nacimiento, muerte, aprendizaje, salud, familia, trabajo, ciencia, espiritualidad, arte, comunidad, relaciones, política.

Los Conspiradores de Acuario se sienten atraídos entre sí por sus descubrimientos paralelos, por cambios de paradigma que los han convencido de que estaban llevando unas vidas innecesariamente circunscriptas y limitadas.

Cambios de paradigma personales: detectar la imagen escondida

El cambio de paradigma, tal como lo experimenta el individuo, puede compararse al descubrimiento de la «imagen escondida» que suele aparecer en las revistas infantiles. Uno mira un dibujo que parece ser un árbol y un estanque. Te dicen entonces que lo mires más de cerca, que busques en él algo que no tendrías razón para esperar que se encontrase allí. De repente, vemos aparecer ciertos objetos camuflados en la escena: las ramas se convierten en un pez o en un rastrillo, las líneas en torno al estanque resulta que escondían un cepillo de dientes. Nadie puede hacernos ver las imágenes ocultas a fuerza de palabras. No se trata de *persuadirnos* de que los objetos están allí: una de dos, o los vemos o no los vemos. Pero, una vez que los hemos visto, están allí para siempre cada vez que miremos el dibujo. Y nos preguntamos cómo es que no los vimos antes.

Mientras crecíamos, todos hemos experimentado cambios menores de paradigma: la súbita comprensión de un principio geométrico, por ejemplo, o de un juego, o un ensanchamiento repentino de nuestras convicciones políticas o religiosas. Cada una de estas intuiciones ampliaba nuestro contexto, traía consigo un modo fresco y nuevo de percibir las conexiones entre las cosas.

La irrupción de un nuevo paradigma hace que nos sintamos humildes y a la vez tonificados; no es tanto que estuviésemos

equivocados, cuanto que estábamos siendo parciales, algo así como si hubiésemos estado mirando con un solo ojo. No nos aporta más conocimientos, sino un *modo nuevo de saber*.

Edward Carpenter, sociólogo y poeta de fines del siglo diecinueve, notable por sus cualidades visionarias, describía así este movimiento de cambio:

“Si se para el pensamiento (y se persevera en ello), al final se llega a una región de conciencia situada por debajo o por detrás del pensamiento y se hace uno consciente de un yo mucho más vasto que aquel al que estábamos habituados. Y, puesto que la conciencia ordinaria, con la que funcionamos en la vida cotidiana, se funda ante todo y sobre todo en ese pequeño yo local..., se sigue que pasar más allá de él equivale a morir al yo ordinario y al mundo de todos los días.

Equivale a morir en el sentido ordinario de la palabra, pero en otro sentido significa despertar y encontrarse con que el “Yo”, el sí mismo más íntimo y real, se compenetra con el universo y todos los demás seres.

Esta experiencia es tan maravillosa, que puede decirse que, a su luz, desaparecen todas las dudas y los pequeños problemas; y es cierto que en miles y miles de casos, el hecho de haberlo experimentado una sola vez un individuo ha revolucionado para siempre su vida y su concepción del mundo”.

Carpenter ha captado la esencia de la experiencia transformadora: ensanchamiento, conexión, el poder de transformar permanentemente una vida. Y, como él dijo, esa «región de conciencia» se abre a nosotros cuando estamos en una actitud de callada vigilancia, más que cuando nos afanamos en reflexionar y planificar.

A lo largo de la historia, mucha gente ha tenido este tipo de experiencias, tanto accidentalmente como de forma deliberada. Pueden ocurrir profundos cambios interiores en respuesta a una contemplación disciplinada, o con ocasión de una grave enfermedad, de una travesía por la selva, de una emoción paroxística, o a consecuencia de un esfuerzo creativo, de ejercicios espirituales, o de respiración controlada o de técnicas para «inhibir el pensamiento», o técnicas psicodélicas, de movimiento, de aislamiento, música, hipnosis, meditación, o ensoñamiento, o al salir de una intensa lucha intelectual.

A lo largo de los siglos, en diversas partes del mundo, unos pocos iniciados en cada generación han compartido entre sí técnicas diversas, capaces de inducir experiencias semejantes. Fraternidades, órdenes religiosas y pequeños grupos diseminados han explorado lo que parecían constituir dominios extraordinarios de la experiencia consciente. En sus doctrinas esotéricas, hablaban a veces de las cualidades liberadoras de sus experiencias iluminativas. Pero eran demasiado pocos, carecían de medios para propagar ampliamente sus descubrimientos, y la mayor parte de los habitantes de la tierra estaban lo suficientemente preocupados por sobrevivir, como para ocuparse de la transcendencia.

Y, de pronto, en *esta* década, todos estos sistemas y toda esta literatura de engañosa simplicidad, toda la riqueza de muchas antiguas culturas, se han hecho accesibles al conjunto de la población, bien en su forma original, bien adaptados a la sensibilidad contemporánea. Las estanterías de los grandes almacenes y los puestos de periódicos de los aeropuertos ofrecen la sabiduría de las eras pasadas encuadrada en libros de bolsillo. También a través de clases de extensión universitaria, o en seminarios de fin de semana, en cursos de educación de adultos o en centros comerciales, se ofrecen técnicas que ayudan a la gente a conectar con nuevas fuentes de energía, integración y armonía personales.

Estos sistemas pretenden armonizar cuerpo y mente, ampliar la sensibilidad del sistema nervioso, conseguir que los participantes se hagan conscientes del vasto potencial inexplorado que en ellos reside. Es como dotar a su mente de sonar, radar y poderosas lentes de aumento, mientras trabajan.

La extensa implantación de este tipo de técnicas, y la generalización de su uso en la sociedad, fueron predichas por P. W. Martin en los años cincuenta, cuando estaba en sus comienzos la investigación sobre la «conciencia»: «Por primera vez en la historia, el espíritu científico de indagación se está volcando sobre el otro lado de la conciencia. Hay buenas esperanzas de que esta vez puedan mantenerse los descubrimientos, de modo que puedan convertirse, no ya en el secreto perdido, sino en patrimonio vivo de todos los hombres».

Como veremos en el capítulo II, la idea de una rápida transformación de la especie humana a partir de un determinado movimiento de vanguardia, es algo que ha sido expuesto por muchos de los más dotados pensadores, artistas y visionarios de la historia.

Todos los sistemas de expansión y profundización de la conciencia

emplean estrategias similares y conducen a descubrimientos personales extrañamente semejantes. Y ahora, por vez primera, sabemos que estas experiencias subjetivas tienen también sus correlatos objetivos. La investigación en laboratorio, como veremos, ha venido a demostrar que estos métodos contribuyen a una mayor integración de la actividad cerebral, haciéndola menos aleatoria y provocando en ella un grado mayor de organización. *En sentido literal, los cerebros experimentan una transformación acelerada.* Las técnicas transformativas nos abren el acceso a la creatividad, a la salud, a la libertad de elección. El don de la intuición, la capacidad de imaginar nuevas conexiones entre las cosas, privilegio en otros tiempos de unos pocos afortunados, puede en adelante ser adquirido por cualquiera que dé pruebas de una sólida voluntad de experimentación y exploración. En la vida de la mayoría de los humanos la intuición ha sido algo accidental. Nos ponemos a la espera de su llegada, un poco como los primitivos aguardaban el rayo con que poder encender fuego. Pero nuestro instrumento más crucial de aprendizaje es la facultad de establecer conexiones mentales. Esa es la esencia de la inteligencia humana: establecer lazos entre las cosas, ir más allá de lo dado, descubrir patrones, relaciones, establecer contextos.

La consecuencia natural de estas sutiles ciencias de la mente es la intuición. El proceso intuitivo puede acelerarse tanto, que podemos sentirnos aturridos e incluso asustados ante las posibilidades que se despliegan de pronto ante nosotros. Cada una de ellas nos permite comprender mejor y predecir con mayor precisión que alternativas van a ser favorables para nuestras vidas.

No hay por qué asombrarse que estos cambios de conciencia se experimenten como despertar, como liberación, como unificación, como transformación, en una palabra. Vistos los frutos, se comprende que millones de personas se hayan apuntado a practicar estas técnicas escasamente en unos pocos años. Todos ellos descubren que no necesitan esperar a que cambie el mundo de *abí fuera*. A medida que se transforma su mente, se transforman también sus vidas y su propio entorno. Se dan cuenta que tienen en sí mismos un centro sano, una fuente de salud, que su interior alberga los recursos necesarios para luchar contra el estrés y contra la rutina, y que en todas partes pueden encontrar amigos.

A menudo les resulta difícil dar cuenta a otros de lo que les ha ocurrido. No aciertan a exponerlo ordenadamente, y pueden llegar a sentirse un tanto insensatos o pretenciosos al hablar de sus propias

experiencias. Algunos lo describen como un despertar después de años de haber estado dormido, otros como una reunificación de partes fragmentarias de su propio ser, otros, en fin, aseguran sentirse curados o tener la sensación de haber llegado a casa.

Para muchos, la reacción de amigos y parientes puede resultarles dolorosamente paternalista, no muy distinta de la actitud de unos padres que previniesen a su hijo adolescente frente a los riesgos de ser demasiado ingenuo e idealista. Realmente resulta difícil explicarse a sí mismo.

Confianza, miedo y transformación

Tras haber encontrado una fuente de fuerza y de salud en su interior, quienes han aprendido a confiar en sí mismos, sienten que pueden más fácilmente confiar en los demás. Los cínicos, que no creen en la posibilidad de cambio, suelen ser también cínicos consigo mismos y con respecto a sus propias posibilidades de cambiar y mejorar. Como veremos, toda transformación necesita un mínimo de confianza.

Puede asaltarnos el miedo a perder el control. O bien la sospecha de que vamos a tropezarnos en nuestro interior con las oscuras fuerzas inconscientes que describen Freud y las doctrinas religiosas. Puede que nos preocupe la amenaza de ir a parar demasiado lejos de nuestros familiares y amigos, y al final, encontrarnos solos.

Y también sentimos un miedo apreciable frente a la posibilidad de que se cumplan nuestras esperanzas. Consideramos tal cosa un poco como un truco de prestidigitación, y damos vueltas en torno suyo una y otra vez, metiendo la mano en sus bolsillos, o tratando de ver dónde hay dobles fondos o espejos escondidos. Cuanto más sutiles somos, tanto más suspicaces nos volvemos. Después de todo, a estas alturas, ya sea en el juego o en la propaganda política, en la lucha por «una buena causa» o en el caprichoso peloteo de la publicidad, todos hemos saboreado la decepción, propia o ajena, en formas muy distintas. Muchas veces ya antes de ahora, nos hemos sentido decepcionados, nos han timado con promesas que parecían, y eran, demasiado buenas para ser verdad. Y es indudable, además, ***que el oro escondido de la transformación ha atraído e inspirado a toda una generación de farsantes.***

El nuevo muestrario de posibilidades se nos antoja demasiado rico y variado; sus promesas, demasiado ilimitadas. Convertimos entonces

nuestros temores y preocupaciones en barreras de auto-protección; con el tiempo, hemos aprendido a identificarnos con nuestros propios límites. Y ahora, recelosos ante la promesa de un oasis, defendemos las virtudes del desierto.

«La verdad es, dice Russell Baker, columnista del *New York Times*, que casi nunca me siento bien ni quiero sentirme bien tampoco. Más aún, no llego a comprender por qué alguien querría sentirse bien.» Es perfectamente normal no sentirse bien, dice. En nuestro repertorio de prejuicios culturales, figura la convicción de que la infelicidad es señal de sensibilidad e inteligencia. «Aprendemos a saborear las cicatrices del remordimiento, dice Theodor Roszak, basta que finalmente acabamos basando en ellas toda nuestra identidad. Esto es lo que a muchos de nosotros nos parece más "serio" en definitiva, lo realmente sólido como una roca: esa adusta resignación, esa candidez teñida de ictericia... Acabamos por creer que nuestra más íntima realidad es el pecado... La desconfianza de sí mismo vuelve a la gente vulnerable y obediente con más eficacia que una fuerza policial.» Quienes se inquietan pensando que las nuevas ideas van a sacudir la cultura hasta sus raíces tienen razón, dice. Nuestra conformidad hasta ahora se debía en parte al miedo a nosotros mismos, a la duda sobre la rectitud de nuestras propias decisiones.

El proceso de transformación, aunque al principio se sienta como algo extraño, pronto se revela como irrevocablemente acertado. Sean cuales sean las impresiones negativas iniciales, la entrega personal no se cuestiona una vez que hemos palpado algo que creíamos haber perdido para siempre: el camino de vuelta a casa. Y una vez que el viaje ha comenzado en serio, nada puede disuadirnos de él. Ningún movimiento político, ninguna organización religiosa podrían pedir mayor lealtad. Es un compromiso con la vida misma, una segunda ocasión de encontrarle un sentido.

Comunicación y enlaces

Para que todos estos descubrimientos transformativos puedan convertirse en patrimonio común de todos nosotros por primera vez en la historia, es preciso darlos a conocer de la forma más amplia posible. Es preciso hacer de ellos un nuevo consenso, algo que «todo el mundo conoce».

A comienzos del siglo diecinueve, Alexis de Tocqueville observaba

que los comportamientos culturales y las creencias no verbalizadas cambian normalmente mucho antes de que las gentes admitan entre sí que los tiempos han cambiado. Durante años, e incluso generaciones, se siguen proclamando de palabra, ideas que en privado se habían abandonado tiempo atrás. Como nadie conspira contra esos viejos marcos de creencias, dice Tocqueville, éstas siguen ejerciendo su influjo y debilitan el ánimo innovador. Incluso mucho tiempo después de haber perdido su valor un paradigma, éste sigue reclamando una especie de hipócrita fidelidad. Pero si tenemos el valor de comunicar a otros nuestras dudas y nuestro abandono del mismo, si nos atrevemos a exponer lo incompleto, la endeble estructura y los fallos del viejo paradigma, podemos llegar a desmantelarlo. No necesitamos esperar a que se desmorone sobre nosotros.

La Conspiración de Acuario está utilizando la influencia de sus avanzadillas dispersas aquí y allá, para subrayar lo peligroso de los mitos y la mística implicados en el antiguo paradigma, y para atacar ideas y prácticas que han quedado obsoletas. Los conspiradores nos empujan a recuperar el poder al que hace tiempo renunciamos en manos de la costumbre y de la autoridad, y a descubrir, bajo la barahúnda de nuestros acondicionamientos, un núcleo de integridad que trasciende todos los códigos y convenciones.

Estamos ahora beneficiándonos del fenómeno predicho por Marshall McLuhan en 1964: la *implosión* de la información. Todo el planeta es hoy, efectivamente, un pueblo total. Nadie podía prever la rapidez con que los individuos iban a poderse beneficiar de la tecnología, e iban a poder comunicarse y ponerse de acuerdo. El conformismo que apenaba a Tocqueville está dando paso a una creciente autenticidad, que reviste caracteres epidémicos sin precedente en la historia. Hoy día, podemos de hecho ponernos en contacto unos con otros, decirnos mutuamente qué cosas hemos abandonado y en qué otras creemos ahora. Podemos conspirar contra las viejas y mortíferas concepciones. Podemos *vivir* en contra de ellas. El mundo está rodeado por un cinturón global de comunicaciones que no deja escapatoria. Todo el planeta vive hoy en base a enlaces instantáneos, todo el mundo se apoya mutuamente en base a redes de comunicación y cooperación.

Gente de mentalidad semejante puede hoy unir sus fuerzas con la rapidez con que podemos fotocopiar una carta, fotografiar una mosca, hacer una llamada por teléfono, diseñar un parachoques, atravesar

conduciendo una ciudad, formar una coalición, pintar un póster, volar para tomar parte en un mitin..., o vivir sin más abiertamente de acuerdo con el cambio operado en su corazón. «Por primera vez quizás en la historia del mundo, decía el psicólogo Carl Rogers en 1978, la gente se está comportando de una forma abierta, y expresan sus sentimientos sin miedo a ser juzgados. El tipo de comunicación es cualitativamente distinto al de nuestro pasado histórico, es más rico, más complejo.»

Los Conspiradores de Acuario, actuando como catalizadores de la humanidad, aprovechan para exponer sus ideas en clase, en la televisión, en libros, en el cine, a través del arte, de la canción, de revistas especializadas, en ciclos de conferencias, en la pausa del café en el trabajo, en documentos oficiales, en reuniones, y en nuevas reglamentaciones y disposiciones de organización. Quienes no se atrevían al principio a enfrentarse a la opinión predominante, se sienten ahora con ánimo para ello.

Las nuevas ideas transformadoras aparecen también en forma de manuales de salud, ocio, deporte, consejos dietéticos, gestión de negocios, auto-afirmación, estrés, relaciones y mejoramiento personal. Al revés que los antiguos manuales del tipo de «cómo hacer esto o lo otro», no se pone el acento en el comportamiento, sino en la actitud. Los ejercicios y experimentos que en ellos se recomiendan están diseñados para proporcionar, de un modo u otro, una experiencia directa de la nueva perspectiva. Porque sólo lo que sentimos profundamente tiene el poder de cambiarnos. Los argumentos racionales, por sí solos, no pueden penetrar las capas de miedo y acondicionamiento que bloquean y entumescen nuestros sistemas de creencias. La Conspiración de Acuario crea oportunidades para que la gente experimente cambios de conciencia siempre que sea posible. Es preciso que la comunicación no sólo sea amplia, sino también profunda.

El consenso se puede comunicar de muchos modos, incluso a veces con el silencio, como señalaba Roszak ante una gran audiencia en el Symposium mundial de la Humanidad celebrado en Vancouver en 1976:

"Se está redactando en nuestro tiempo un manifiesto secreto. Su lenguaje es una petición que podemos leer en los ojos de los demás. Es el deseo de conocer nuestra auténtica vocación en el mundo, de encontrar el modo de ser y de hacer propio de cada uno... Estoy hablando del Manifiesto de la Persona, la declaración de nuestro

derecho soberano al auto-descubrimiento. No puedo decir si son millones los que han comparecido efectivamente en respuesta a su convocatoria, pero sí sé que su influjo se nota de forma significativa en torno nuestro, como una especie de corriente subterránea en nuestra historia, que despierta en todos aquellos a quienes toca una sensación embriagadora sobre la profundidad de las raíces del propio ser y las extrañas fuentes de energía con que está conectado..."

Descendiendo hasta la misma raíz de los miedos y las dudas, podemos cambiar radicalmente. Algunos están comenzando a ocuparse, de palabra y de obra, de problemas sociales, a un nivel jamás alcanzado por medio de influencias exteriores como persuasión, propaganda, patriotismo, adscripción religiosa, amenazas o predicación de la fraternidad. Como siempre han dicho los místicos, un mundo nuevo es ante todo un espíritu nuevo.

De la desesperación a la esperanza

Muchos críticos sociales contemporáneos hablan con demasiada frecuencia de su propia desesperanza, o adoptan una especie de cinismo a la moda, a fin de enmascarar su propia sensación de impotencia. «El optimismo es de mal gusto», decía hace poco el filósofo Robert Solomon en la revista *Newsweek*. «Lo que aparece como preocupación se revela por debajo como indulgencia de sí mismo, como una amarga auto-justificación, que declara "depravada" a la sociedad a fin de poderse presentar como víctima "cogida" entre sus redes. Se culpa al mundo de la propia infelicidad, o de los propios errores políticos.»

Si hemos de abrirnos paso a través de aguas turbulentas, más nos vale hacernos acompañar de quienes ya antes han construido puentes en otras ocasiones y han conseguido pasar más allá de la inercia y la desesperación. Los Conspiradores de Acuario no son capaces de tener esperanza por saber menos que los cínicos, sino por saber *más*, enriquecidos como están por su propia experiencia personal, por su conocimiento de la ciencia de vanguardia, o por noticias obtenidas confidencialmente de experiencias sociales que han tenido éxito en diversas partes del mundo. Han observado su propio cambio, el de sus amigos, el de su trabajo. Son pacientes y pragmáticos, saben ir atesorando esas pequeñas victorias cuya acumulación debe conducir al gran despertar

cultural; saben que la oportunidad se presenta disfrazada de muchas formas, que el sufrimiento y la disolución son etapas necesarias en el proceso de renovación, y que los «fallos» pueden resultar enormemente instructivos. Conscientes de que cualquier cambio profundo, en una persona o en una institución, solamente puede operarse desde su propio interior, no son nunca violentos al contrastar sus opiniones.

Día tras día actúan y trabajan, afrontan las malas noticias y continúan trabajando. Han apostado por la vida, sin importarles el costo. Y, lo que es más, son conscientes de la fuerza que tienen en conjunto.

La cultura emergente

La sociedad occidental se encuentra en un punto decisivo de giro. Muchos pensadores de primera línea han experimentado el cambio de paradigma acerca del modo cómo suceden los cambios de paradigma, han protagonizado la revolución de comprender cómo comienzan las revoluciones: en un fermentar de preguntas, en el pacífico reconocimiento de que lo viejo ya no sirve.

Como serio estudioso de las condiciones necesarias para una revolución, Tocqueville trató de prevenir a fines de los años 1840 a las fuerzas gubernamentales francesas sobre la posibilidad de una subversión. Estaba convencido que el Gobierno y la Justicia habían ofendido al pueblo hasta tal punto, que las pasiones democráticas habrían de derrocar pronto al gobierno. El 27 de enero de 1848, Tocqueville, diputado a la sazón, tomó la palabra en la Cámara de Diputados: «Me dicen que no hay peligro porque no hay disturbios», dijo. «Dicen que como no se observa perturbación alguna en la superficie de la sociedad, tampoco existen revoluciones debajo de ella. Permítanme decirles, Señores, que se equivocan. Los disturbios aún no se han adueñado de las calles, pero han tomado ya posesión de la mente de las gentes». A las cuatro semanas el pueblo se rebelaba, el rey huía y se proclamaba la Segunda República.

Toda transformación cultural se anuncia por pequeños estallidos aquí y allá, a los que sirven de detonantes pequeños incidentes, al calor de las nuevas ideas que han podido estarse como larvas durante décadas. De hecho se han ido acumulando papel y astillas en muchos lugares y momentos diferentes, listos para arder en el fuego de la verdadera conflagración, la que ha de consumir antiguas demarcaciones y dejar alterado el paisaje para siempre. En *La Democracia en América*, Tocqueville

escribía que el marchamo de toda revolución inminente es un período crítico de agitación, en el que unos cuantos reformadores clave pueden comunicar entre sí lo suficiente como para estimularse unos a otros a que «las nuevas ideas cambien repentinamente la faz del mundo».

Como veremos, toda revolución se aprecia primeramente observando las tendencias: conductas y trayectorias inusuales, que son fácilmente mal comprendidas, al tratar de buscarles explicación dentro del contexto del viejo paradigma, con lo cual se las toma por algo que no son. Y para confundir aún más las cosas, estos nuevos comportamientos pueden ser imitados y exagerados por quienes no comprenden que su base proviene de un cambio interior. *Todas las revoluciones se convierten en foco de atracción de mercenarios, sensacionalistas e inestables, que se mezclan con los auténticamente comprometidos.*

Al principio, toda revolución que está tratando de ponerse en marcha, como en el caso de una revolución científica, suele ser rechazada por insensata o por sus escasas probabilidades de éxito. Cuando claramente comienza a hacer progresos, provoca sensaciones de alarma y de amenaza. Una vez que el poder ha cambiado de mano, al mirar retrospectivamente, se tiene la impresión que todo estaba dispuesto de antemano.

Al desconocer el proceso de cambio histórico de los valores y los marcos de referencia, al no ser conscientes del carácter continuo, y sin embargo radical, de todo cambio, tendemos a ir de acá para allá, a la deriva de unas u otras revoluciones culturales, sin saber una palabra de sus posibles causas u objetivos. No hemos sido entrenados para saber estar a la expectativa, para presentir los primeros temblores de la erupción cultural que se aproxima, para apreciar señales sutiles de oscurecimiento o de aclaración del horizonte. Todas las revoluciones, sociales, científicas o políticas, cogen siempre por sorpresa a sus contemporáneos, si exceptuamos a los «visionarios», quienes parecen poder detectar el cambio que se avecinda, a partir de informaciones esquemáticas obtenidas desde el principio. La lógica por sí sola no vale demasiado como profeta, según veremos. Para captar de forma completa la imagen de la situación, es necesaria la intuición.

Las revoluciones, por definición, nunca son lineales, no avanzan paso a paso de tal modo que el hecho A conduce al hecho B, y así sucesivamente. Son muchas las causas mutua y simultáneamente implicadas entre sí. Las revoluciones aparecen en escena de repente,

como una determinada combinación en un caleidoscopio. No es tanto un proceso, cuanto una cristalización. «Al ciego todo se le presenta de golpe», dice un viejo adagio. La revolución que se describe en *La Conspiración de Acuario* no pertenece al futuro remoto. Pertenece más bien al futuro inmediato, y en muy buena medida forma parte ya de la dinámica de nuestro presente. Para quienes pueden verla, la nueva sociedad que se está gestando en el seno de la antigua no constituye una contracultura, ni tampoco una reacción, sino una cultura *emergente*, el surgimiento por fusión de un nuevo orden social. Un grupo inglés la ha caracterizado como una colección de «culturas paralelas»:

"Somos gente que está de acuerdo en la necesidad de sobrepasar la alienación y mutua hostilidad existentes en la sociedad, siguiendo la estrategia de construir culturas basadas en nuevos valores, que coexistan con las antiguas y lleguen tal vez a reemplazarlas.

Creemos que la confrontación organizada, las llamadas de atención al sistema o las reformas paulatinas sólo sirven para preservar la alienación básica de la sociedad... Por eso, la mayor parte de nuestras energías están dirigidas positivamente a la estrategia de construir nuevas culturas.

Consideramos que las luchas por el poder entre Izquierda-Centro-Derecha se mueven enteramente en una única y misma dirección dentro de los moldes del antiguo, alienante estilo de vida. Lejos de ser radicales, los extremos forman parte de la antigua cultura lo mismo que el *statu quo* al que se oponen. La Tercera Vía no es un grupo, ni una estrategia, es sólo un contexto..., aunque, eso sí, no nos equivoquemos, es un contexto radical. La lucha en favor de los valores sociales es una nueva dimensión de la acción social radical, una vía que no coincide con la Derecha ni con la Izquierda."

The Whole Earth Papers, compuesto por una serie de monografías, describía el nuevo movimiento como «pro-revolucionario... el ascenso de un cambio de conciencia y de paradigmas... Las crisis que atravesamos no representan un desmoronamiento (*breakdown*) sino una ruptura de líneas (*breakthrough*) en el proceso de avance de la comunidad humana».

Michael Lerner, cofundador de la red de centros de salud Commonwealth (Bienestar común) en California, al relacionar distintos esfuerzos realizados para atraer la atención sobre el estrés que nos invade

por todas partes, dice: «No habríamos sido capaces de llevar a cabo esta oscura indagación, si no sintiéramos que nuestro trabajo no es sino una diminuta parte más dentro de un movimiento global... Tal vez otros puedan así reconocer los dos polos de la experiencia colectiva de nuestro tiempo: por un lado, el estrés causado por todo lo que nosotros mismos hemos creado y traído a la existencia, y por otro, la auténtica gracia del espíritu y el valor que experimentamos cuando buscamos un camino nuevo».

Estrés y transformación son dos ideas emparentadas que aparecen una y otra vez como un tema musical, que se repiten como una letanía, en la literatura de la Conspiración de Acuario.

La Association for Humanistic Psychology, al anunciar su convención de Toronto en 1978, se refería a «este período de extraordinaria significación evolutiva... El material a transformar viene dado por el caos mismo que compone la existencia cotidiana. Hemos de buscar nuevos mitos y nuevas concepciones del mundo». Según Arianna Stassinopoulos, crítica social británica, «la energía de este movimiento constituye una especie de "campo de fuerza"», que está aglutinando a todos aquellos que "sacudidos por aspiraciones nacidas de las nuevas ideas, comienzan a mostrar una fuerza nueva, una conciencia nueva y un nuevo poder». Ideas que comienzan en unos pocos y acaban por irradiarse a otros muchos.

Bernard Levin, colaborador del *Times* de Londres, en un comentario al «Festival del cuerpo y la mente» celebrado en las afueras de Londres en 1978, y al que asistieron casi noventa mil personas, preveía una rápida expansión del interés popular en la transformación:

"Al mundo no le basta la vida que está llevando en el presente. Ni va a bastarle en el futuro; ni hay mucha gente ya que siga pensando que si que le va a bastar. Países como el nuestro están llenos de gente que tienen todo el confort material que pueden desear, y que, sin embargo, llevan una vida mortecina de callada (a veces ruidosa) desesperación, sin comprender nada de nada fuera del hecho de sentir que tienen un agujero dentro de ellos, y que por mucho que le echen de comer y de beber, por muchos coches y muchos televisores con que intenten rellenarlo, por mucho que busquen tapar sus bordes rodeándose de hijos sanos y amigos leales... sigue doliendo.

Los asistentes al Festival venían buscando algo, no tanto certi-

dumbre cuanto comprensión: comprensión de sí mismos. Casi todos los senderos ofrecidos tenían un mismo punto de partida: el propio interior de cada cual.

La cuestión se está planteando hoy en día con más insistencia que nunca antes en la historia... Las muchedumbres que fluyen por las puertas giratorias del olimpo son sólo la primera gota de la ola que está a punto de romper sobre políticos e ideólogos, ahogando sus vacíos e inútiles esfuerzos en la profunda auto confianza nacida de la auténtica comprensión de su verdadera naturaleza".

Un symposium sobre el futuro de la humanidad, que se celebró en 1979, anunciaba en su convocatoria: «El primer reto con el que nos encontramos es crear un consenso en torno a la idea de que es posible un cambio fundamental, crear un clima, una estructura que pueda organizar y coordinar íntegramente las fuerzas que hoy día luchan por desarrollarse siguiendo caminos aparentemente separados. Tenemos que crear una imagen irresistiblemente vibrante, un nuevo paradigma para toda acción humanística constructiva... Hasta que hayamos creado ese contexto-patrón, no tiene sentido alguno seguir hablando de estrategias».

Este libro trata de ese contexto-patrón. Es un libro que pone de relieve la evidencia (a veces circunstancial, abrumadora en otros casos) que apunta incontestablemente hacia un cambio profundo, personal y cultural. Este libro es una guía para discernir paradigmas, hacerse nuevas preguntas, y comprender los cambios grandes y pequeños que están teniendo lugar por debajo de toda esta inmensa transformación en marcha. Este libro trata de la tecnología, los conspiradores y las redes del cambio, con sus peligros, ambiciones y promesas. También intenta mostrar que lo que algunos han podido considerar como un movimiento elitista, es por el contrario profundamente integrador, abierto a todo el mundo que quiera participar en él.

Exploraremos las raíces históricas de la idea según la cual una conspiración puede generar una sociedad nueva, buscaremos en el correr de los años los signos premonitorios de esta transformación. Pasaremos revista a las señales que evidencian la ingente capacidad de transformación e innovación que posee el cerebro humano, a los métodos diversos que se están usando para fomentar esa transformación, y a una serie de testimonios individuales de experiencias que han transformado la vida de mucha gente.

Veremos cómo las circunstancias históricas y culturales han conducido a nuestra sociedad a la situación actual, lista para el cambio, y cómo en América habían surgido hace tiempo visiones que anticipaban el actual punto de giro decisivo. Veremos formarse las líneas definitorias del mundo nuevo a la luz de las nuevas concepciones de la naturaleza, intuiciones sorprendentes que, al ser fruto de la convergencia de disciplinas científicas muy diversas, evidencian resquicios prometedores por donde intuir una nueva era de descubrimientos.

Estudiaremos las corrientes subterráneas de cambio que están afectando a la política, y las redes que están surgiendo como nuevas formas sociales, características de nuestra época, que están dotando a los individuos de una fuente de poder sin precedentes. Examinaremos los profundos cambios de paradigma que se avecindan en el campo de la salud, del aprendizaje, del trabajo y de los valores. En cada una de estas áreas podremos comprobar la evidente retracción del apoyo popular a las instituciones establecidas.

Emprendremos la «aventura espiritual» que es, a fin de cuentas la Conspiración de Acuario, búsqueda de sentido que acaba siendo un fin en sí mismo. Seguiremos la huella del efecto poderoso, a veces perturbador, del proceso transformativo sobre las relaciones personales. Y finalmente, consideraremos la evidencia de la posibilidad de un cambio a escala mundial.

Aquí y allá, a lo largo del texto, se aludirá a proyectos o gentes determinadas, pero sin citarlos nunca como prueba o como argumento de autoridad. Más bien se ofrecen a modo de mínimas piezas de un gran mosaico, formado por la abundancia abrumadora de signos que en este punto de la historia señalan un cambio de dirección del esfuerzo y el espíritu humano. Para muchos, esos ejemplos podrán servir de inspiración creadora, como modelos de cambio, como opciones que puede adaptar a su propia medida.

Estos nuevos paradigmas puede que susciten una serie de preguntas que muchos preferirían dejar en la sombra. Los lectores pueden verse enfrentados a cuestiones o consecuencias cruciales para su propia vida. Las nuevas perspectivas tienen la facultad de desestabilizar antiguas creencias y valores; pueden socavar resistencias y defensas largo tiempo acumuladas. Las ramificaciones de una revolución personal, por mínima que sea, pueden resultarnos más alarmantes que el gran cambio cultural que se cierne sobre nosotros.

En el curso de este viaje podremos llegar a comprender ciertas ideas clave, hasta ahora reducto acotado de especialistas y planificadores de diversas disciplinas, que tienen el poder de enriquecer y expandir nuestras vidas. Tendremos que construir puentes entre la nueva y la vieja concepción del mundo. La comprensión del cambio básico que se está operando en alguno de los sectores más importantes, nos ayudará a entender mejor lo que sucede en otros. La captación de la nueva configuración trasciende cualquier posible explicación. El cambio es cualitativo, repentino, resultado de unos procesos neurológicos demasiado rápidos y complejos para poder seguir conscientemente su trayectoria. Aunque quepa dar explicaciones lógicas hasta un cierto punto, las configuraciones no se captan secuencialmente, sino de golpe. Si algún concepto nuevo no le encaja en su sitio al tropezarlo por primera vez, continúe leyendo. Según vaya avanzando en la lectura, se encontrará con otras ideas relacionadas, o conexiones, ejemplos, metáforas, analogías e historietas ilustrativas. A su debido tiempo va a surgir la configuración, se va a producir el cambio. Miradas desde la nueva perspectiva, muchas antiguas preguntas van a resultarle irrelevantes. Después de haber captado la esencia de esta transformación, acontecimientos y tendencias que apreciamos en nuestro entorno inmediato o en los periódicos, y para los que no encontrábamos explicación, nos resultarán pronto coherentes. Comprenderemos entonces también más fácilmente los cambios que están sucediendo en nuestras familias o comunidades, o en la sociedad en general. Al final, muchos de los acontecimientos que juzgábamos oscuros, acabarán por integrarse en el contexto luminoso de un cuadro histórico, un poco como hacemos ante una pintura puntillista, en que tenemos que regular para poder captar su sentido.

Hay en literatura una técnica de eficacia comprobada: el empleo del Momento Negro, es decir el punto en que todo parece perdido justo antes de la salvación final. Esta técnica tiene su correlato en la tragedia: el Momento Blanco, la súbita aparición de la esperanza, la ocasión salvadora justo antes del desastre final inevitable. Algunos podrán especular con la idea de que la Conspiración de Acuario, con su promesa de un cambio en el último minuto, es sólo un Momento Blanco en la historia de nuestro planeta; un bravo y desesperado intento que acabará siendo eclipsado por la tragedia total, ecológica, nuclear. *Exit* la humanidad. Telón.

Y sin embargo, ¿hay alguna otra opción de futuro que merezca la pena ensayar?

Estamos al filo de una nueva era, dice Lewis Mumford, la edad de un mundo abierto, una época de renovación en que la liberación de una fresca energía espiritual sobre la cultura mundial puede dar rienda suelta a nuevas posibilidades. «Nuestros días, en suma, son solamente el comienzo.»

Vista a la luz de unos ojos nuevos, la vida de cada cual puede dejar de ser un accidente para transformarse en una aventura. Es posible ir más allá de antiguos condicionamientos y expectativas miserables. Contamos hoy con nuevas maneras de nacer, y nuevos, más humanos y simbólicos modos de morir, se puede ser rico de otras maneras, existen comunidades dispuestas a ayudarnos en nuestro propio y singular viaje, tenemos a nuestro alcance nuevos modos de ser humanos y de descubrir qué somos los unos para con los otros. Después de las trágicas guerras, la alienación y las magulladuras sufridas por nuestro planeta, tal vez ésta es la respuesta a que se refería Wallace Stevens: tras el No final, viene el Sí del cual depende el futuro del mundo.

El futuro, decía Teilhard, está en manos de quienes pueden ofrecer razones para vivir y para esperar a las generaciones del mañana. El mensaje de la Conspiración de Acuario es que estamos maduros para el Sí.

II. ACORDES PREMONITORIOS

*Comenzó por la mañana al despertarme. Antes de despertar
tuve un sueño en el que oía el batir de un tambor, tocando
una marcha que venía desde los primeros chamanes de
Neanderthal, pasando por los visionarios de los Vedas y
todos los patriarcas. Daba la sensación de que nadie
iba a poder pararla.*

MICHEL MURPHY, Jacob Atabet

El surgimiento de la Conspiración de Acuario en este fin del siglo veinte hunde sus raíces en los mitos y metáforas, en las profecías y la poesía de tiempos pasados. A lo largo de la historia hubo individuos aislados aquí y allá, o pequeños grupos en la zona fronteriza de la ciencia y la religión, que, basados en sus propias experiencias, creían que algún

día los hombres podrían trascender la estrechez de la conciencia «normal», y llegar así a extirpar toda brutalidad y alienación de la condición humana. De vez en cuando aparecía el presentimiento de que una minoría de individuos podría algún día constituirse en levadura suficiente para hacer fermentar a la sociedad entera. Sirviendo como de imán cultural, serían capaces de implantar un orden en torno a sí, y transformar así a la totalidad.

La idea central permanecía constante: la humanidad sólo podría regenerarse a sí misma a través de un cambio de mente, pero el operar ese cambio estaba dentro de sus posibilidades naturales. Estos pocos individuos arriesgados han jugado el papel de radares en la historia de la humanidad, algo así como un Sistema preventivo de Alarma a Distancia para el planeta. Como veremos, algunos de ellos expresaron sus intuiciones en una vena romántica, Otros a través de conceptos intelectuales, pero todos apuntaban a la necesidad de ensanchar la visión. «Abrid los ojos, venían a decir, hay más.» Hay más profundidad, más altura, más dimensiones, más perspectivas, más opciones de lo que habíamos imaginado. Celebrando la libertad encontrada al ensanchar el propio contexto, ponían en guardia frente a los peligros de ceguera anejos a la visión dominante. Mucho antes de ser alcanzados por la guerra total, el estrés ecológico y la crisis nuclear, ellos ya temían por el futuro de una humanidad desprovista de perspectiva.

Por más que se movieran en un contexto que trascendía las ideas dominantes en su tiempo, fueron pocos los contemporáneos que les siguieron. Las más de las veces quedaron incomprendidos, solitarios, o sufrieron incluso el ostracismo. Antes de este siglo, con las facilidades de rápida comunicación que trajo consigo, era poco probable que estos individuos, diseminados aquí y allá, entrasen en contacto. Sus ideas, sin embargo, han servido de combustible para las generaciones siguientes.

Quienes habían presentido la transformación creían que las generaciones futuras podrían detectar las leyes y fuerzas invisibles que nos rodean: las redes vitales de relaciones, la vinculación existente entre todos los aspectos de la vida y del conocimiento, el entrelazamiento recíproco de las gentes, los ritmos y armonías del universo, las conexiones que convierten las partes en todos, las pautas interpretativas del inmenso entramado del mundo. La humanidad, decían, sería capaz de reconocer los velos sutiles que limitan su visión, y podría tomar conciencia de la pantalla que supone la costumbre, de las prisiones del lenguaje y de la

cultura, y de los límites de las circunstancias.

Los temas relacionados con la transformación fueron emergiendo con fuerza y claridad crecientes a lo largo del tiempo, y la mayor facilidad de comunicación les fue dando aún mayor empuje. Al principio, las tradiciones se transmitían en círculos intimistas de alquimistas, gnósticos, cabalistas y herméticos. Con la invención de los caracteres móviles a mediados del siglo quince, se convirtieron en una especie de secreto abierto, pero siguieron siendo accesibles tan sólo a los pocos que contaban con las letras suficientes, y sufrieron a menudo la censura de la Iglesia o del Estado.

Entre esas audaces voces aisladas, se cuentan Meister Eckart, teólogo y místico alemán del siglo catorce; Giovanni Pico della Mirándola en el siglo quince; Jacob Boehme, otro alemán, en los siglos dieciséis y diecisiete; y Emanuel Swedenborg, en los siglos diecisiete y dieciocho. Somos espiritualmente libres, decían, gestores de nuestra propia evolución. El ser humano puede elegir, y despertar a su verdadera naturaleza. Explotando al máximo sus recursos interiores, puede alcanzar una nueva dimensión del espíritu; es capaz de ver más.

«Yo no veo con mi ojo, sino a través de él», decía el poeta y artista del grabado William Blake, que vivió a fines del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve. Según él, el enemigo de la visión global era el divorcio entre nuestra imaginación y nuestra capacidad de razonar, «que se contrae como el acero». Siempre andamos con esa mente a medias, haciendo leyes y juicios morales, atufando la espontaneidad, el sentimiento y el arte. Para Blake, su propia época, caracterizada por el miedo, el conformismo, la envidia, el cinismo y el culto a la máquina se erigía en acusadora de sí misma. Con todo, esa fuerza oscura era solamente un «espectro», un espíritu de cuyo acoso podían liberarse las mentes mediante un exorcismo.

«No cejaré en esta batalla mental, juraba, hasta haber construido una Jerusalén en las dulces y verdes tierras inglesas.» Blake, como los últimos místicos, consideraba las revoluciones francesa y norteamericana sólo como un primer paso en pos de la liberación mundial no sólo política, sino también espiritual.

En 1836, nueve años después de la muerte de Blake, un puñado de intelectuales norteamericanos, con ocasión de celebrarse en Harvard el bicentenario de la nación, descubrieron su mutua pasión e interés por las nuevas tendencias filosóficas, y formaron el núcleo de lo que

históricamente se conoce como movimiento trascendentalista norteamericano.

Los trascendentalistas, entre los que figuraban Ralph Waldo Emerson, Henry Thoreau, Bronson Alcott y Margaret Fuller, junto a otros muchos, se rebelaron contra el intelectualismo aparentemente muerto y desecado de la época. Algo faltaba: una dimensión invisible de la realidad, que ellos a veces llamaban la Superalma. En busca de entendimiento, acudieron a beber a fuentes muy diversas: experiencia personal, intuición, la noción de Luz Interior de los cuáqueros, el *Bhagavad Gita*, los filósofos románticos alemanes, el historiador Thomas Carlyle, el poeta Samuel Coleridge, Swedenborg, y los escritores metafísicos ingleses del siglo diecisiete. Para ellos, intuición equivalía a «razón trascendental». Llegaron a anticiparse a investigaciones sobre la conciencia realizadas en nuestro tiempo, al proclamar que el otro modo de conocer del cerebro no es una alternativa al modo normal de razonar, sino una especie de lógica trascendente, demasiado rápida y compleja como para que podamos seguir su trayectoria con el modo de razonamiento lineal propio de la conciencia ordinaria.

Lo mismo que Boehme influyó a Swedenborg, quien a su vez influyó a Blake, así estos tres autores influyeron a los trascendentalistas; éstos, a su vez, dejaron su huella en la literatura, la educación, la política y la economía de las generaciones siguientes, y ejercieron su influjo sobre Nathaniel Hawthorne, Emily Dickinson, Herman Melville, Walt Whitman, John Dewey, los fundadores del partido laborista británico, Gandhi y Martin Luther King.

A fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte el industrialismo estaba en plena floración. Una extensa transformación social en base a un cambio en los corazones podía parecer aún un sueño muy distante, pero Edward Carpenter predecía en Inglaterra que llegaría un día en que tradiciones acuñadas a lo largo de siglos perderían su forma y su contorno, como hielo que se derrite en el agua. Lentamente habrían de formarse redes interconectadas de individuos, círculos cada vez más amplios que, en un movimiento de encuentro y de solapamiento mutuo, acabarían cerrándose en torno a un nuevo centro de la humanidad, «o mejor, en torno al único centro, viejo como el mundo, revelado ahora una vez más». Esta última forma de conexión formaría como los ligamentos y los nervios de un cuerpo yacente en el interior del cuerpo externo de la sociedad. Esas redes se moverían en dirección al sueño

fugitivo de «una sociedad libre y acabada». Carpenter añadía que las intuiciones presentes en las religiones orientales podrían ser la semilla de ese gran cambio, capaz de ensanchar los horizontes de la visión occidental de la realidad.

Richard Bucke, físico canadiense, describía en 1901, en su libro *Cosmic Consciousness*, la experiencia electrizante que supuso para él el tomar conciencia de ser uno con toda la vida. Según decía, era creciente el número de personas que experimentaban estados de conciencia semejantes: que pisan donde pisan los demás y respiran su mismo aire, pero que al mismo tiempo andan por otras tierras y respiran otros aires de los que sabemos poco. «Esta nueva raza está naciendo entre nosotros, y en un futuro próximo ocupará y poseerá la tierra entera».

En 1902 William James, el famoso psicólogo norteamericano, redefinía la religión, no ya como dogma sino como experiencia, como el descubrimiento de un contexto nuevo, de un orden invisible, gracias al cual el individuo puede alcanzar la armonía. La conciencia ordinaria actúa de filtro, dejando fuera toda conciencia de esa dimensión misteriosa y ensanchada; no obstante, antes de negar su existencia, más vale ser cauto, so pena de «encerrarnos en un concepto prematuramente restringido de la realidad». Según James, los seres humanos son las únicas criaturas de la tierra capaces de alterar su propia configuración. «Sólo el hombre es arquitecto de su destino. La mayor revolución de nuestra generación es que los seres humanos, cambiando la actitud interior de su mente, pueden cambiar los aspectos exteriores de sus vidas».

Poco a poco, los pensadores occidentales iban atacando a los cimientos mismos del pensamiento occidental. Eramos ingenuos al esperar que la ciencia mecanicista pudiera llegar a explicar los misterios de la vida. Esos portavoces de una visión más amplia del mundo señalaban cómo nuestras instituciones estaban violando la naturaleza, cómo nuestra educación y nuestra filosofía habían dejado de valorar el arte, los sentimientos, la intuición.

En los años veinte, Jan Christian Smuts, el general bóer que fue dos veces primer ministro de Sudáfrica, formuló una brillante concepción que anticipaba muchos de los hallazgos científicos de este final de nuestro siglo. En su obra *Holismo y Evolución*, Smuts llamaba la atención sobre un invisible aunque poderoso principio organizador inherente a la naturaleza. A menos que aprendamos a considerar a la totalidad, y apreciemos la tendencia de la naturaleza hacia formas de organización cada vez más

elevadas, no seremos capaces de encontrar un sentido a los descubrimientos científicos que están teniendo lugar entre nosotros de forma acelerada. Según Smuts, hay un principio totalizador en la misma mente. Y también la mente, al igual que la materia, evoluciona hacia niveles cada vez más elevados. La mente, decía, es inherente a la materia. Smuts estaba en realidad describiendo un universo en proceso de hacerse más y más consciente cada vez.

La idea del desarrollo de los poderes de la mente se ha extendido también al campo de la literatura. En las obras de ficción de Hermann Hesse aparecen con frecuencia seres humanos «nuevos», dotados de una sensibilidad particularmente profunda. En una novela suya enormemente popular, *Demian* (1925), Hesse describía una comunidad de hombres y mujeres que habían descubierto las facultades paranormales y un lazo invisible que los vinculaba entre sí. «No estábamos separados de la mayoría de los hombres por una frontera, narra, sino simplemente por una forma distinta de visión.» Estos seres eran prototípicos de una forma de vida diferente.

En 1927, Nikos Kazantzakis, el gran novelista griego, entrevió una unión de tales individuos: de quienes podrían crear un solo cerebro y un solo corazón para la tierra, y «dar un significado humano al sobrehumano combate», camaradas a quienes podría hacer una señal «a modo de consigna, como hacen los conspiradores». Kazantzakis creía que lo que llamamos Dios es el impulso evolutivo de la conciencia en el universo. «La nueva tierra sólo existe en el corazón del hombre.»

En *The open conspiracy: Blueprints for a world revolution* (1928), el historiador y novelista H. O. Wells anunciaba que los tiempos estaban prácticamente maduros para la fusión de grupos pequeños en una red flexible capaz de incubar un cambio total. «Nuestro mundo está preñado de promesas de cosas mayores», decía Wells en cierta ocasión, «y vendrá el día, un día más en la sucesión inacabable de los días, en que los seres que ahora están latentes en nuestras entrañas se levantarán sobre esta tierra, como quien se empuja sobre un escalón, y tocarán las estrellas.»

El psicoanalista suizo Carl Jung llamaba la atención sobre una dimensión trascendente de la conciencia generalmente ignorada en occidente: la unión del intelecto con la mente intuitiva capaz de desvelar los patrones de la realidad. Jung introducía, como contexto aún más amplio, la idea del inconsciente colectivo: una dimensión simbólica universal, especie de memoria racial o almacén de conocimientos común

a toda la especie. Jung hablaba a este respecto del «daimon» que empuja a todo indagador de la realidad hacia la búsqueda de la totalidad.

En 1929, Alfred North Whitehead, filósofo y matemático, publicaba *Process and Reality*, libro que describía la realidad, más que como algo tangible «ahí fuera», como un flujo que tiene la mente por contexto. Whitehead intentaba articular de forma coherente principios de la naturaleza que fueron descubiertos formalmente en investigaciones llevadas a cabo en generaciones posteriores.

Tras una visita a los Estados Unidos en 1931, Pierre Teilhard de Chardin¹ se embarcaba en la bahía de San Francisco de vuelta a China. Durante la travesía, el paleontólogo jesuita esbozó en sus líneas generales un ensayo, «El espíritu de la Tierra», inspirado en su creciente convicción de que individuos de todas las capas sociales de la sociedad norteamericana estaban tramando una conspiración en un supremo esfuerzo por «elevar a un nuevo nivel el edificio de la vida». De vuelta en Pekín, daba a conocer su tesis central: la mente ha ido atravesando reorganizaciones sucesivas a lo largo de la historia de la evolución hasta alcanzar un punto crucial, el descubrimiento de su propia evolución. Esta nueva conciencia, la de una mente en evolución que reconoce su propio proceso evolutivo, «es la futura historia natural del mundo». Finalmente acabará por convertirse en colectiva, envolviendo a todo el planeta y cristalizando en una iluminación a nivel de especie, a lo que dio el nombre de «punto Omega». Algunos individuos, vinculados entre sí por una atracción común hacia una visión trascendente del futuro, parecían estar actuando como punta de lanza en la «tarea familiar» de conducir a toda la humanidad hacia esa conciencia más amplia. «El único camino de salida va en la dirección de una pasión compartida, de una conspiración». Y, como decía a un amigo, nada en el mundo podrá resistir «el ardor acumulativo de un alma colectiva», de un número suficiente de personas transformadas que aúnen sus esfuerzos.

Aunque muchos se resistan a admitir la idea de que la mente evoluciona, decía, finalmente acabará por ser aceptada. «Basta que la verdad haya sido vista una vez, aunque sólo sea por una única mente individual, para que acabe por imponerse a la totalidad de la conciencia humana.» Todas las ciencias estaban aportando pruebas que evidenciaban ese irrefrenable avance evolutivo, decía también, y sólo los ciegos podían negarse a ver esta realidad. «La evolución es una condición, ante la que todas las teorías deben inclinarse, una curva a la que todas las líneas de-

ben ajustarse.» Nadie que deje de lado ese avance de la evolución puede pretender llamarse moderno, decía. Para nuestros descendientes, esta idea resultará tan familiar e instintiva, como lo es para un niño la tercera dimensión del espacio.

En vida de Teilhard, *El fenómeno humano* sólo llegó a circular de forma privada, porque la Iglesia le prohibió publicarlo. En este libro Teilhard advertía que el despertar de la mente a la concepción evolucionista podía acarrear sentimientos de miedo y desorientación. Necesita crear un nuevo equilibrio para todo cuanto antes estaba colocado y ordenado en su mundo interior.

«La mente se deslumbra cuando asoma fuera de su oscura prisión.» Hay hoy día una evidencia incontrovertible de que hemos entrado en el más importante período de cambio que ha conocido nunca el mundo, decía. «Los males que estamos padeciendo arrancaban de los fundamentos mismos del pensamiento humano. Pero hoy está ocurriendo algo en toda la estructura de la conciencia humana. Está comenzando un nuevo y fresco modo de vivir.» Nosotros somos hijos de la transición, aún no plenamente conscientes de los nuevos poderes a los que se ha soltado las riendas. «En el futuro nos espera no una mera supervivencia, sino una supervida.»

El historiador Arnold Toynbee decía en 1935 que una minoría creativa, «que se está volviendo hacia el mundo interior de la psique», podría hacer entrever a nuestra atribulada civilización una nueva forma de vida. También preveía que el desarrollo más significativo de la época provendría del influjo que habría de tener en occidente la perspectiva espiritual del oriente.

A finales de los años treinta, un conde polaco, Alfred Korzybski, ponía de relieve todavía otro aspecto de la conciencia: el lenguaje. El lenguaje moldea al pensamiento, afirmaba al exponer los principios generales de la semántica. Confundimos lenguaje y realidad, creándonos con ello falsas certidumbres. Por medio de las palabras, intentamos aislar las cosas unas de otras, siendo así que ellas sólo pueden existir en la continuidad. Nuestro fallo está en no ver que todo es proceso, cambio, movimiento. Si queremos experimentar la realidad, decían Korzybski y sus seguidores, debemos reconocer antes los límites del lenguaje.

En unos ensayos que publicó en vísperas de la segunda guerra mundial con el nombre de *The Wisdom of the Heart* (La sabiduría del corazón), Henry Miller advertía de la dificultad de expresar las nuevas

realidades dentro de los límites del lenguaje:

"Existe hoy día por todas partes un gran número de espíritus que se dicen modernos, y que son todo menos eso. Están completamente desconectados de la onda de estos tiempos, y sin embargo reflejan esta época más auténticamente que quienes se dejan nadar a favor de la corriente. En el corazón mismo del espíritu moderno hay un cisma. El cascarón se está abriendo, los cromosomas se están partiendo tratando de formar nuevos patrones de vida. Aquellos de nosotros que parecen estar más ajenos a lo que....., son quienes están avanzando hacia la creación de esa vida que está aún en embrión. Quienes nos sentimos afectados no somos, en cambio, capaces de aclararnos.

Esta es la era en que han de cumplirse las visiones apocalípticas. Nos encontramos al borde de una nueva vida, estamos asomándonos a unos nuevos dominios. ¿En qué lenguaje podremos describir cosas que todavía no tienen asignados nuevos nombres? ¿Cómo hablar de sus relaciones? No podemos por menos que divinizar la naturaleza de cuanto nos atrae, esas fuerzas a las que gustosamente prestamos obediencia..."

Todavía en los primeros días de la guerra, el filósofo Martín Buber afirmaba sentir un hambre creciente de cercanía. «Veo levantarse en el horizonte, con la lentitud propia de los acontecimientos de la auténtica historia humana, una enorme insatisfacción, distinta a todas las insatisfacciones anteriores.» Los hombres no van a rebelarse meramente contra este o aquel opresor, sino contra todo intento de enmascarar la gran nostalgia, «el afán por lo comunitario».

En una carta fechada en 1940, Aldous Huxley decía que, aunque por el momento se sentía profundamente pesimista sobre la humanidad en su conjunto, sentía en cambio «un profundo optimismo en relación con determinados individuos y grupos de individuos que están viviendo marginalmente con respecto a la sociedad». Este autor británico, residente en Los Angeles, era el eje de una especie de pre-conspiración de Acuario, formada por una red internacional de intelectuales, artistas y científicos interesados en las nociones de trascendencia y de transformación. Cada uno por su parte esparcía las nuevas ideas, a la vez que mutuamente se apoyaban unos a otros en su esfuerzo, sin dejar de preguntarse si todo ello iba a servir alguna vez de algo. Muchos de los focos de interés

cultivados por Huxley eran tan avanzados para su época, que sólo en la década siguiente a su muerte alcanzaron el nivel de atención que les correspondía. Entre otras cosas, propugnó la investigación de la conciencia, la descentralización política y económica, la curación por medios paranormales, el uso de los estados alterados de conciencia, el reentrenamiento de la percepción visual y la acupuntura, cuando todas estas ideas eran consideradas herejías.

Fue también uno de los primeros en apoyar a Ludwig von Bertalanffy, un biólogo alemán autor de una teoría sobre el contexto, a la que denominó primeramente perspectivismo, y que más tarde fue conocida como Teoría General de Sistemas. Esta teoría, cuyo influjo no ha dejado de crecer de forma continuada en disciplinas muy diversas, considera que todo cuanto existe en la naturaleza, incluyendo el comportamiento humano, está interconectado. Según la Teoría General de Sistemas, nada puede ser comprendido aisladamente, sino que debe ser considerado como parte de un sistema.

En la época de relanzamiento de la actividad económica de la postguerra, había quienes sentían que se estaba aproximando un trastocamiento general, un despertar a los acondicionamientos que estaban pesando sobre la cultura. El sociólogo David Riesman, incluso cuando describía el conformismo y la alienación de la sociedad en su libro *The Lonely crowd* (La muchedumbre solitaria), sugería la posibilidad de ruptura de esa misma situación. «Muchas corrientes de cambio presentes en América escapan a las informaciones de los reporteros de esta nación, que es por otra parte el país mejor informado del mundo... América no es solamente grande y rica. América es también misteriosa, y su capacidad para ocultar humorística o irónicamente sus intereses sólo resulta comparable a la de la legendaria, inescrutable China.»

El libro de Riesman y otros semejantes alertaron una nueva toma de conciencia de las prisiones anejas al conformismo. Ponían en cuestión ocultas convicciones y llamaban la atención sobre diversas contradicciones inherentes: era el primer paso en el proceso de ruptura del viejo paradigma.

A mediados de los años cincuenta, el psicoanalista Robert Lindner desencadenó una controversia con su profética advertencia acerca de la inminencia de un «motín de los jóvenes»:

"Los hemos alimentado con nuestros miedos e inseguridades. Les

hemos traspasado arteralmente nuestros propios fallos y equivocaciones. Ellos son quienes están expresando, en lugar nuestro, la rabia contenida, la tensión y la terrible frustración del mundo en que han nacido... Están aprisionados por las vacilaciones y las desilusiones de sus predecesores, y, como todos los prisioneros, esconden en su corazón un ansia de motín."

¿Must we conform? (¿Debemos conformarnos?), rezaba el título de un libro que escribió en 1956. « ¡La respuesta es rotundamente No! No, no sólo porque en el fondo somos criaturas que no podemos..., sino no, porque aquí y ahora tenemos la alternativa de una nueva forma de vida. Es el camino de la rebelión activa, el sendero de la protesta creativa.» Según Lindner, la clave estaba en un ensanchamiento de la conciencia, en el reconocimiento de hasta qué punto estamos paralizados por miedos y motivaciones inconscientes. «Estoy profundamente convencido de que puede invertirse el sentido de la marea.»

El eminente psicólogo Gardner Murphy predecía allá por los años cincuenta que la creciente curiosidad científica por la conciencia iba a conducir a «nuevos campos de experiencia». Cuanto más juguemos con «el otro lado de la mente», cuanto más exploremos esas dotes que ninguna cultura ha llegado a explotar nunca del todo, tanto menos probable resulta que puedan mantenerse en pie nuestras viejas concepciones, ni siquiera las ideas de Darwin y de Freud. Nuevas ideas, radicalmente diferentes, deben emerger, decía Murphy, «y lucharemos frenéticamente contra ellas, claro está».

Nuevas ideas..., nueva gente. C. S. Lewis, novelista y ensayista, describía lo que le parecía ser una especie de sociedad secreta de nuevos hombres y mujeres, «esparcidos aquí y allá por toda la tierra». Se puede aprender a reconocerlos, decía, y desde luego ellos se reconocen entre sí.

En *El retorno de los brujos*, best-seller publicado en Francia en 1960, Louis Pauwels y Jacques Bergier describían la «conspiración abierta» formada por individuos inteligentes transformados por sus propios descubrimientos interiores. Según Pauwels y Bergier, los miembros de esta red podrían estarse erigiendo en dispensadores contemporáneos de una larga cadena de conocimientos esotéricos. ¿Salían ahora a la superficie por vez primera del seno de la tradición de los alquimistas y los rosacruces?

Tal vez algunos estaban comenzando a encontrar aquello por lo que

muchos antes habían suspirado. J. B. Priestley, al concluir su monumental *Literature and Western Man* (1960), admitía un hambre muy extendido de deseo de completarse. La cultura occidental, en medio de su esquizofrenia, anda buscando desesperadamente su propio centro, un equilibrio entre la vida interior y la exterior. «El mundo interior de toda esta época... está tratando de encontrar compensación a los fallos de conciencia cometidos, está tratando de restaurar el equilibrio destruido por la propia unilateralidad, está intentando reconciliar los opuestos que se miran enfrentados.» Sólo la religión puede llevar sobre sus hombros la carga del futuro, decía, pero no la religión de las iglesias, sino la dimensión espiritual que va más allá de costumbres y políticas.

Incluso si nos parece que el tiempo de nuestra civilización está yéndose rápidamente, como azúcar que se escapa de una bolsa rota, tenemos que esperar. Pero mientras seguimos esperando, podemos intentar sentir y pensar como si nuestra sociedad estuviera ya siendo sostenida por la religión... como si estuviéramos encontrando el camino de vuelta a casa en el universo. Podemos dejar de seguir desheredándonos a nosotros mismos... Podemos lanzar un desafío a todo el proceso deshumanizador y despersonalizador que está privando a la vida humana de su riqueza simbólica y de su dimensión profunda, y está induciendo en ella una anestesia que exige rodearse de violencia o de horrores y crueldades para poder sentir algo en absoluto.

En vez de pretender mirar la otra cara de la luna, demasiado lejana de nosotros, podemos intentar conocer la otra cara de nuestra propia mente.

Precisamente este tipo de comportamiento «como si» podría ir indicándonos el camino de vuelta a casa, podría revelarse como un paso en el camino que conduce a la salud, a la justicia, al orden y a un verdadero sentir comunitario. «Y sólo con que declaremos qué es lo que no funciona en nosotros, cuáles son nuestras necesidades profundas, quizá también con ello empiecen a desaparecer gradualmente la muerte y la desesperación...»

En su última novela, *La isla* (1963), Huxley retrataba una sociedad semejante, en la que la salud se apoyaba en los poderes de la mente, «familias» extensas ofrecían consejo y acogida, el aprendizaje estaba basado en hacer e imaginar, y el comercio se imponía a sí mismo la ecología como límite. Para inculcar la imperiosa necesidad de mantenerse

atentos, pájaros amaestrados volaban de acá para allá gritando « ¡Atención! ¡Atención!». La mayoría de los críticos enjuiciaron *La isla* como si se tratara de una burla, con menos éxito que la oscura visión que Huxley nos legó en su *Brave New World* (Un mundo feliz). Pero Huxley no estaba sólo describiendo un mundo que juzgaba posible, sino que de hecho reproducía en él una serie de prácticas que se sabe que existen en culturas contemporáneas. Con palabras del doctor MacPhail en *La isla*, se trata de:

"Hacer el mejor de ambos mundos, el oriental y el europeo, el antiguo y el moderno, ¿qué estoy diciendo?: hacer el mejor de todos los mundos, de los mundos ya realizados en las diversas culturas, y, más allá de ellos, de los mundos con potencialidades inconcebibles todavía."

Realmente, en esa época estaba creciendo el mutuo impacto entre diversas culturas. En su libro *Understanding Media* (1964), llamado a ejercer un enorme influjo, Marshall McLuhan describía el mundo que se estaba aproximando como un «pueblo global», unificado por la tecnología de las comunicaciones y la rápida diseminación de la información. Este mundo electrificado, capaz de enlaces instantáneos en todas direcciones, no presentaría semejanza alguna con los miles de años de historia que le habían precedido. En esta era nos hemos hecho conscientes de lo inconsciente, señalaba McLuhan. Aunque la mayoría de nosotros seguimos pensando de acuerdo con los antiguos patrones fragmentarios de una época de lentitud, los nuevos enlaces electrónicos nos aproximan mutuamente de una forma «mítica e integral». McLuhan veía el cambio que se avecindaba un número creciente de individuos aspirando a la totalidad, a la empatía, a un modo más profundo de ser conscientes, rebelándose contra los patrones establecidos, deseando la apertura de la gente. Y vamos a ser remodelados, decía, por la avalancha de nuevos conocimientos.

"La perspectiva inmediata para el hombre fragmentado de occidente, al tropezarse con la implosión eléctrica dentro de su propia cultura, es su transformación firme y rápida en una persona compleja... emocionalmente consciente de su total interdependencia con el resto de la sociedad humana..."

¿Acaso no podría esta traducción actual de todas nuestras vidas a la forma espiritual de la información, hacer de todo el globo y de la familia humana una única conciencia?"

En la presentación de «World Perspectives», una serie de libros publicados por Harper & Row a comienzos de los años sesenta, Ruth Ananda Ashen hablaba de una «nueva conciencia» capaz de levantar a la humanidad por encima del miedo y el aislamiento². Ahora que podemos comprender la evolución misma, es cuando estamos realmente afrontando el cambio fundamental. Contamos ahora en todas partes con «una contra fuerza opuesta a la cultura de masas... con un nuevo, aunque a veces imperceptible, sentido espiritual de convergencia en pos de la unidad humana y mundial». Esta nueva serie de libros fue planeada para promover «un renacimiento de la esperanza», para ayudarnos a captar lo que había escapado a nuestra mente en el pasado. Tras descubrir su propia naturaleza, se abren al hombre nuevas opciones, «ya que es la única criatura capaz de decir "sí" o "no" a la vida».

Progresivamente, a medida que un número creciente de pensadores influyentes iba considerando las posibilidades existentes, la visión transformativa se iba haciendo más creíble.

El psicólogo Abraham Maslow postulaba la existencia en el hombre de un instinto innato que va más allá de la simple supervivencia o de las necesidades afectivas, y se traduce por una sed de significación y de trascendencia. Su concepto de «autorrealización» consiguió en poco tiempo una extensión y aceptación general. «Cada vez resulta más claro, escribía Maslow, que se está gestando una revolución filosófica. Está desarrollándose rápidamente un sistema globalizador, como un árbol que estuviese comenzando a dar fruto en todas sus ramas al mismo tiempo.» Maslow hablaba de un grupo de individuos, «vanguardia scout de la raza», que sobrepasaban con mucho los criterios tradicionales de lo que se entiende por salud psicológica, y a los que gustaba aplicar el nombre de «trascendentes». Confeccionó una lista de unos trescientos individuos y grupos de individuos inteligentes y creativos, cuyas vidas habían sido marcadas por una frecuente repetición de «experiencias cumbre» (término acuñado por él). Una «red eupsíquica», como él la llamaba, literalmente «de alma buena». Según decía, los trascendentes sentían una irresistible atracción mutua en una habitación donde hubiera más de cien personas, y sólo dos o tres de ellos, serían capaces de reconocerse entre sí

rápido, lo mismo pueden ser hombres de negocios o ingenieros, que políticos, sacerdotes o poetas.

En Inglaterra, Colin Wilson, en un añadido a su famoso estudio sobre la alienación, *The Outsider*, llamaba la atención en 1967 sobre la encrucijada crítica que Maslow y otros estaban desvelando calladamente en los Estados Unidos: la posibilidad de una metamorfosis humana, en un mundo abierto a la creatividad y a la experiencia mística.

Ninguna analogía, ni siquiera la de una metamorfosis, resulta adecuada para expresar el carácter repentino y lo radical de la transformación que nos espera, decía John Platt, físico de la Universidad de Michigan. Sólo algunos soñadores como Wells y Teilhard han podido ver de antemano «la enorme oleada de reestructuración y unificación que supone y el futuro que va a traer consigo. Es un salto cuántico, un nuevo estado de la materia». Y esta transformación va a tener lugar en el espacio de una o dos generaciones, decía Platt. «Puede que estemos asistiendo al cambio más rápido en toda la evolución de la raza humana..., una especie de choque frontal cultural.»

En 1967, la conocida futuróloga Barbara Marx Hubbard, movida por la visión de Teilhard relativa a la evolución de la conciencia humana, invitó a un millar de personas de todo el mundo, entre los que se incluía el grupo de Maslow, para intentar formar un «frente humano» con todos aquellos que compartían una misma fe en la posibilidad de una conciencia trascendente. Cientos de estas personas aceptaron la convocatoria, entre ellos Lewis Mumford y Thomas Merton. Como resultado surgió una revista, y más tarde una organización fluida típica, el Comité para el Futuro.

Erich Fromm, en *La revolución de la esperanza* (1968), preveía un «nuevo frente», un movimiento que combinaría el deseo de un profundo cambio social con una nueva perspectiva espiritual; su objetivo sería la humanización del mundo tecnológico. Este movimiento, que podría surgir en menos de veinte años, sería no-violento. Entre sus miembros se contarían norteamericanos deseosos ya de un nuevo estilo directivo, jóvenes y viejos, conservadores y radicales, pertenecientes a todas las clases sociales. «La clase media ha empezado a escuchar y está siendo movilizad», decía Fromm. Ni el Estado, ni los partidos políticos, ni la religión podrían ofrecer suficiente abrigo, intelectual ni espiritual, a este movimiento. Las instituciones resultaban demasiado burocráticas, demasiado impersonales. La clave del éxito del movimiento residiría en

que aquél estaría personificado en las vidas de sus miembros más comprometidos, quienes trabajarían en pequeños grupos en su propia transformación personal, apoyándose unos a otros, «mostrando al mundo la fuerza y la alegría de gentes que, sin ser fanáticos, tienen profundas convicciones, que son amorosos, sin caer en sentimentalismos..., imaginativos pero no irreales..., disciplinados, pero no sumisos». Estas gentes construirían su propio mundo en medio mismo de la alienación del contexto social contemporáneo. Practicarían seguramente técnicas de meditación y otros estados reflejos de conciencia, para tratar de hacerse más abiertos, menos egocéntricos y más responsables. Y sustituirían antiguas, estrechas lealtades con un interés e implicación más amplio, crítico y amoroso. Su estilo de consumo estaría «al servicio de las necesidades vitales, no al servicio de las necesidades de los productores».

Las banderas comenzaban a alzarse.

Carl Rogers hablaba del Hombre emergente; Lewis Mumford, de la nueva persona, una era «que haría parecer al Renacimiento como un parto tranquilo, en comparación». Jonas Salk afirmaba que la humanidad estaba entrando en una nueva época. La evolución, decía, favorece «la supervivencia de los más sabios... ¿Quiénes son éstos? ¿Qué deben hacer? ¿Cómo pueden descubrirse a sí mismos y a aquellos con quienes pueden trabajar?».

El pedagogo John Holt invocaba la necesidad de «una nueva especie, radicalmente nueva, de ser humano». El filósofo Lancelot Law White urgía la necesidad de formar una red: «Quienes hemos sentido ya la intimación de esta actitud emergente tenemos que hacernos conscientes de nuestra existencia..., tenemos que reclutar aliados siempre que se presente la oportunidad».

La única posibilidad que queda abierta a nuestro tiempo, decía en 1968 Joseph Campbell, conocido especialista en mitología, es «la libre asociación de hombres y mujeres que tengan un espíritu afín..., no ya un puñado, sino mil, diez mil héroes, que puedan crear una imagen futura de lo que puede ser la humanidad».

En 1969, el famoso comentarista político francés Jean-Francis Revel predecía que los Estados Unidos estaban a punto de experimentar «la segunda gran revolución mundial», una conmoción que vendría a completar la primera revolución, la de la implantación de la democracia en occidente. En *Without Marx or Jesus* (Sin Marx ni Jesús), preveía el surgimiento de un *homo novus*, de un nuevo ser humano. Revel pensaba

que la corriente subterránea latente en el resurgir de los intereses espirituales en los Estados Unidos, y evidente en el interés febril por las religiones orientales, presagiaba cambios profundos en el único país del planeta lo suficientemente libre como para llevar a cabo una revolución no sangrienta. Revel veía la segunda revolución que se aproximaba, como el surgimiento de unos nuevos cauces en medio del caos de movimientos sociales, nuevos modos y modas, protestas y violencia que caracterizaron a los años sesenta. De hecho muchos de los activistas de estos años habían comenzado a mirar hacia su propio interior, dirección que sus propios camaradas de la izquierda convencional juzgaban herética. Pero ellos afirmaban que no podían aspirar a cambiar la sociedad hasta haber cambiado ellos mismos. Irvin Thomas, uno de los activistas sociales de los años sesenta recordaba más tarde:

"En el camino hacia la revolución sucedió algo curioso. Allí estábamos nosotros, rompiéndonos el pecho por conseguir un cambio en la sociedad, cuando comenzó a abrirse paso lentamente en nosotros la convicción que la lucha político-social de amplios vuelos que estábamos acometiendo era sólo un alistamiento parcial en las filas de una revolución de la conciencia, una revolución tan amplia que nos resultaba difícil enfocarla dentro del contexto de nuestra realidad."

Y Michael Rossman, uno de los líderes del Berkeley Free Speech Movement (Movimiento de Berkeley en favor de la Libre Expresión), y otros líderes de los rebeldes universitarios, supuestamente rayanos en la locura, hablaban en tono menor de algo que curiosamente les estaba sucediendo. A lo largo de su pugna en favor del cambio, habían comenzado a experimentar «aquello que asusta de las opciones y las posibilidades reales... Teníamos la sensación de que, de algún modo, la superficie de la realidad se había desmoronado. Todo había dejado de ser lo que antes parecía».

¿Era eso lo que significaba convertir el mundo otra vez en algo extraño y nuevo? El hecho de crear y dar nombre al movimiento había aligerado la responsabilidad de enfrentarse con un insospechado y terroríficamente inexplorado campo de opciones posibles, en un universo en el que de algún modo «todo era de pronto posible». Como los brujos de los populares libros de Carlos Castañeda, Rossman y sus amigos habían conseguido, aunque fuera por breve tiempo, «parar el mundo».

Cada vez les resultaba menos atractiva una estrategia basada en la confrontación, a medida que les resultaba más y más evidente lo que en cierta ocasión decía uno de los personajes de dibujos animados de Walt Kelly: «Hemos encontrado al enemigo, y resulta que somos nosotros».

Una vez interiorizada la revolución, las cámaras de televisión y los reporteros de los periódicos dejaron de poder informar acerca de ella. En más de un sentido, se había vuelto invisible.

Muchos de los activistas veían en el idealismo la única alternativa pragmática. La actitud cínica resultaba ser proféticamente auto realizadora. El economista y educador Robert Theobald urgía la necesidad de crear una nueva coalición, un enlace entre cuantos estaban comprometidos en el cambio social en esta era de rápidas comunicaciones:

"Vivimos en un momento peculiar de la historia. Si contemplamos la realidad mundial desde el punto de vista de la era industrial, es claro que no tenemos esperanza... Pero hay otra forma de mirar nuestra situación. Podemos descubrir el gran número de gente que ha decidido cambiar... Si hacemos esto, parece igualmente imposible que dejemos de poder resolver nuestros problemas".

No hemos ido cayendo de crisis en crisis a causa de un fracaso de nuestros ideales, sino porque nunca los hemos aplicado, decía Theobald. Nuestra salvación podría estar en una vuelta a los más altos ideales y sueños de los padres de la patria. La visión que tengamos determinará el futuro que creemos.

En *The Transformation* (1972), George Leonard describía el período actual como «único en la historia», el comienzo del cambio cualitativo más penetrante operado en la existencia humana desde el surgimiento de la civilización. "Tal cambio no impone arrojar por la borda los valores y prácticas de nuestra civilización, pero sí obliga a subsumirlos en un orden superior".

Y también en 1972 el antropólogo Gregory Bateson predecía que los cinco o diez años siguientes serían equiparables al período federalista en la historia de los Estados Unidos. La gente, la prensa y los políticos comenzarían pronto a debatir las nuevas ideas, lo mismo que los creadores de la democracia norteamericana luchaban por obtener un consenso en el siglo dieciocho. Según Bateson, las pugnas de la juventud

y su interés por la filosofía oriental eran mejores síntomas de salud que los convencionalismos establecidos. En su best-seller, publicado en 1970, *The greening of America*, Charles Reich se centraba en los signos exteriores de cambio, singularmente el cambio en vestidos y estilo de vida de los jóvenes; pero Bateson señalaba que no eran «sólo profesores con el cabello largo y jóvenes con el cabello largo» quienes habían comenzado a pensar de modo diferente. Miles de hombres de negocios e incluso legisladores habían comenzado a *desear* un cambio semejante.

En su libro *The crossing point* (1973), M. C. Richards, poeta y artesana, decía:

"Una de las verdades de nuestra época es ese hambre profundo de entrar en relación unos con otros, extendida por todo el planeta.

La conciencia humana está atravesando un umbral tan poderoso como el que separaba la Edad Media del Renacimiento. La gente está hambrienta y sedienta de experimentar algo que les suene verdadero en su interior, después de tanto esfuerzo gastado en cartografiar los espacios exteriores del mundo físico. Se sienten cada vez con mayor ánimo para pedir lo que necesitan: conexiones vivas, un sentido del valor del individuo, compartir oportunidades...

Nuestra relación con los símbolos pasados de autoridad está cambiando, porque estamos despertando a nosotros mismos como seres individuales regidos por una regla interior. Las riquezas, los títulos, el *status* ya no nos intimidan tanto... Están apareciendo nuevos símbolos, como las imágenes de totalidad, por ejemplo. Se oye el canto de la libertad, tanto dentro como fuera de nosotros... Sabios y videntes han predicho esta segunda venida. La gente no quiere sentirse atascada, desea poder cambiar".

En regiones geográficas bien conocidas por su tolerancia a la experimentación, el cambio podía empezar más fácilmente. California había generado las primeras oleadas de inquietud universitaria en los años sesenta. En los setenta, este estado comenzó a adquirir una reputación internacional como escenario central del nuevo y aún no titulado drama. Un número creciente de investigadores e innovadores, interesados en la expansión de la conciencia y en el estudio de sus implicaciones sociales, comenzó a trasladarse a la costa Oeste.

Jacob Needleman, profesor de filosofía en la universidad estatal de

San Francisco, también llegado del este, advertía en *The new religions* (1973) que la nación debía hacerse cargo de la nueva coalición intelectual-espiritual que estaba teniendo lugar en California. «Tarde o temprano estamos llamados a comprender lo que está pasando en California, y no simplemente para poder predecir el futuro del resto del país... Algo está aquí luchando por nacer.» La costa oeste, decía, no estuvo nunca afectada de parálisis por los aires europeos dominantes en el cínico *establishment* intelectual de la costa este, caracterizados por el divorcio de la mente humana con respecto al resto del cosmos. «Sin pretender resultar oscuramente misterioso, debo decir que en este Estado se está incubando una fuerte sensibilidad hacia las más poderosas fuerzas universales.»

Pensadores distinguidos, pertenecientes a las más diversas disciplinas, describían la transformación inminente. El director de investigaciones sobre planificación en el Stanford Research Institute, Willis Harman, decía que si el materialismo había sido la base filosófica de la vieja izquierda, parecía probable que la espiritualidad fuese a jugar ese papel para la izquierda nueva, una espiritualidad compuesta de una matriz de creencias interconectadas, como por ejemplo: que todos estamos invisiblemente unidos los unos a los otros, que existen dimensiones que trascienden el espacio y el tiempo, que las vidas individuales tienen sentido, que la gracia y la iluminación son reales, que es posible evolucionar hacia niveles siempre más elevados de comprensión. Caso de que estas nuevas coaliciones llegasen a prevalecer, decía Harman, y la cultura llegase a estar dominada por algún tipo de premisa transcendental, el resultado sería un fenómeno social e histórico de una repercusión tan vasta y penetrante como la reforma protestante.

Harman pertenecía al grupo de especialistas y analistas de la planificación que redactaron *The changing image of man* (La imagen cambiante del hombre), un estudio decisivo patrocinado por la fundación Charles Kettering y realizado por el Stanford Research Institute en 1974. Este notable documento venía a preparar el terreno para el cambio de paradigma, al ofrecer unas bases para comprender la forma en que podía tener lugar la transformación individual y social. «El surgimiento de una nueva imagen y/o de un nuevo paradigma puede ser acelerado o retrasado a libre elección», señalaba el estudio, que añadía que también la crisis podría ser estimulada. A pesar de la creciente evidencia científica favorable al reconocimiento del vasto potencial humano, decía también este estudio, resulta difícil comunicar la nueva imagen. La realidad es más

rica y presenta muchos más aspectos que cualquier metáfora. Pero tal vez es posible empujar a la gente a «experimentar directamente lo que el lenguaje sólo de forma incompleta e inadecuada puede expresar... Parece que efectivamente existe un camino, que pasa por una profunda transformación de la sociedad... que conduce a una situación en la que nuestros dilemas pueden llegar a resolverse».

George Cabot Lodge, hombre de estado y profesor de economía en Harvard, decía: «Los Estados Unidos se encuentran en medio de una gran transformación, comparable a la que puso fin a la era medieval echando por tierra todas sus instituciones... Las viejas ideas y presupuestos, que en otro tiempo legitimaban nuestras instituciones, están siendo erosionadas. Están haciéndose a un lado para dejar paso a una realidad cambiante que las está reemplazando con ideas diferentes, todavía confusas, contradictorias e inquietantes».

Un físico de Stanford, William Tiller, decía que este movimiento innominado había alcanzado un estado de «masa crítica», que no admitía ya detención alguna. También Lewis Thomas, presidente del Instituto Sloan-Kettering, usaba la metáfora de la masa crítica en *The Lives of a cell* (1974). Solamente en este siglo habíamos llegado a ser un número lo suficientemente grande y estábamos lo suficientemente juntos como para poder desencadenar un movimiento de fusión en toda la tierra, proceso que a partir de ahora podría seguir avanzando muy rápidamente. El pensamiento humano podría encontrarse ante un umbral evolutivo.

El historiador de arte José Argüelles describía por su parte «una extraña inquietud que atraviesa la atmósfera psíquica, una inestable Pax Americana». La revolución de los años sesenta había sembrado las semillas del Apocalipsis; las drogas psicodélicas, no obstante el mal uso hecho de ellas, habían proporcionado una experiencia visionaria de autotranscendencia a un gran número de individuos, capaces de poder determinar el futuro del desarrollo humano: «No una utopía, sino un estado colectivamente alterado de conciencia».

«Estamos viviendo una época en que la historia retiene el aliento», decía Arthur Clarke, autor de *Childhood's end* y de *2001*, «y el presente se está separando del pasado lo mismo que un iceberg que ha soltado amarras para ir a navegar por el océano sin límites».

Carl Rogers, que en documentos que circulaban privadamente en forma restringida había predicho el surgimiento de una nueva especie de ser humano autónomo, aclamaba en 1976 el lanzamiento de una red

denominada Self Determination (Auto-determinación) por ciudadanos y legisladores californianos. Incluso si no llegase a extenderse a otros estados, dijo, «es una fuerte indicación de que los nuevos individuos que están surgiendo existen en realidad, y están dándose cuenta de que existen también otros que piensan como ellos».

Pero no era solamente en California. El Human Systems Management, coalición internacional de especialistas en técnicas directivas, patrocinaba asimismo la botadura de una nueva red de la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York: «Estamos buscando gente especial, gente que no se encuentra en ninguna lista que podamos adquirir. Debemos buscarnos unos a otros, encontrarnos unos a otros, ligarnos los unos con los Otros. No se sabe cuántos somos ni dónde estamos...».

Y hacia 1976, Theodore Roszak llegaba a decir que pronto no podría sobrevivir ninguna política que dejase de hacer justicia a los individuos espiritualmente subversivos, esa «nueva sociedad dentro de la cáscara de la antigua». La revolución de la hierba-que-crece y del «hágalo usted mismo» que precedía Erich Fromm, estaba teniendo lugar sólo diez años más tarde.

Formar redes (*networking*) se había convertido en una forma verbal activa, y eso es lo que había empezado a hacerse por medio de conferencias, llamadas telefónicas, viajes en avión, libros, organizaciones fantasmas, folletos, panfletos, fotocopias, charlas, talleres, reuniones, mensajes secretos, amigos mutuos, encuentros en la cumbre, coaliciones, cintas magnetofónicas y boletines. Los fondos necesarios podían provenir de préstamos, pequeños donativos y mecenas poderosos, todos ellos impregnados del peculiar sentido pragmático norteamericano. Experiencias e intuiciones de unos y otros eran compartidas, discutidas, sometidas a prueba, adaptadas, y finalmente precipitadas en forma rápida, a fin de obtener de ellas los elementos aprovechables.

Había ahora ya redes en ambientes académicos, que incluían a las propias autoridades universitarias, dispuestas a poner en juego su poder en favor de la idea de la evolución de la conciencia; y también agrupaciones fluidas de burócratas que buscaban poner de algún modo el poder de la administración al servicio de las nuevas ideas. Un grupo o red de juristas humanistas hablaba de la forma de transformar la amarga naturaleza contenciosa del sistema judicial, a la vez que una red internacional de físicos de segunda fila se comprometían a acometer un

estudio de la conciencia.

La visión transformativa iba siendo compartida por individuos implicados en movimientos sociales de distinta índole, que desarrollaban ahora su actuación en redes o grupos interconectados en torno a aspectos humanos como la demencia, la muerte, formas alternativas de nacimiento, ecología, nutrición. Grupos «holísticos» de médicos, estudiantes y profesores de diversas universidades expresaban nuevos modos de enfocar la salud y la enfermedad. Teólogos díscolos y miembros del clero sopesaban «la nueva espiritualidad», que estaba amaneciendo en tanto las iglesias declinaban. Se formaban redes innovadoras de educadores «transpersonales», comités legislativos, y una mezcolanza de economistas-futurólogos, directivos, ingenieros-analistas de sistemas, etc., trataba de encontrar otras alternativas humanistas y creativas. Dígase lo mismo de unos cuantos empresarios industriales y financieros. Y junto a ellos, responsables de fundaciones privadas, autoridades universitarias, artistas, músicos, editores y productores de televisión. Toda una sorprendente panoplia de celebridades. Retoños de la vieja aristocracia económica norteamericana. Antiguos radicales políticos que seguían siéndolo en cuanto a su retórica, situados ahora en puestos influyentes.

En los últimos años setenta los círculos comenzaron a entrar rápidamente en contacto unos con otros. Las redes se enlazaban, solapándose entre sí. Por todas partes se extendía la alarmante y entusiasta convicción de que algo significativo estaba fraguándose alrededor.

Alguien sueña un sueño al que nadie da importancia, decía Edward Carpenter, alguien sueña con la hora aún no llegada a este mundo, y de pronto ¡zas!, suena la hora.

Todavía unos cuantos resonantes clics, y he ahí de pronto todas esas redes convertidas en la conspiración profetizada desde mucho tiempo atrás.

1. Teilhard aparece como la figura más citada por los Conspiradores de Acuario que contestaron a la encuesta (véase la Introducción y el Apéndice), entre cuantos ejercieron sobre ellos un influjo profundo. Sus libros, una vez reimpresos, se han vendido por

millones y han sido traducidos a casi todas las lenguas. Los autores siguientes mencionados con más frecuencia son Aldous Huxley, Carl Jung y Abraham Maslow.

2. La serie "World Perspectives" incluía muchos autores cuyo pensamiento ha ejercido influjo en la Conspiración de Acuario, y entre ellos, Lancelot Law White, Lewis Mumford, Erich Fromm, Werner Heisenberg, René Dubos, Gardner Murphy, Mircea Eliade, Kenneth Boulding, Marshall McLuhan, Milton Mayerhoff, Ivan Illich y Jonas Salk.

III. LA TRANSFORMACIÓN: CEREBROS EN CAMBIO, MENTES EN CAMBIO

Es necesario, por lo tanto, es posible.
O. A. BORGHESE

En *El País del Plano*, cuento popular de la época victoriana, los personajes son formas geométricas diversas que viven en un mundo exclusivamente bidimensional. Al comienzo de la historia, el narrador, un Cuadrado de mediana edad, tiene un sueño inquietante en el cual visita un reino unidimensional, el País de la Línea, cuyos habitantes sólo pueden moverse de un punto a otro. Con creciente frustración intenta explicar quién es él, una línea de líneas, proveniente de un país en el que se puede uno mover, no sólo de punto en punto, sino también de lado a lado. Los habitantes del País de la Línea, enfadados, están a punto de atacarle cuando se despierta.

Un poco más tarde, aquel mismo día, intenta ayudar a su nieto, un pequeño Hexágono, en sus estudios. El nieto sugiere la posibilidad de una tercera dimensión, un reino en el que habría arriba y abajo además de un lado y otro. El Cuadrado tacha esta idea de estúpida e inimaginable.

Aquella misma noche el Cuadrado tiene un encuentro ex-

traordinario, decisivo para su vida: recibe la visita de un habitante del País del Espacio, el reino de las tres dimensiones. Al principio, el Cuadrado se siente simplemente confundido por su visitante, un extraño círculo que parece cambiar de tamaño, e incluso desaparecer. El visitante se presenta a sí mismo como una Esfera. Parecía cambiar de tamaño y desaparecer, tan sólo porque estaba acercándose al Cuadrado en el espacio y descendiendo al mismo tiempo. Dándose cuenta de que sólo con argumentos no podría llegar a convencer al Cuadrado de la existencia de la tercera dimensión, la Esfera, exasperada, le introduce en una experiencia de profundidad. El Cuadrado queda fuertemente conmocionado:

Tenía una sensación confusa y mareante en la visión, era algo distinto que ver; veía una línea que no era una línea, y un espacio que no era espacio. Yo era y no era yo mismo al mismo tiempo. Cuando pude recobrar la voz, lancé un grito de agonía: «Esto es la locura o el infierno».

«No es ninguna de las dos cosas», replicó serenamente la voz de la Esfera. «Es conocimiento; son las tres dimensiones. Abre tus ojos una vez más, y trata de mirar con tranquilidad. »

Tras haber tenido esa experiencia intuitiva de la tercera dimensión, el Cuadrado se convierte en su apóstol, intentando convencer a sus conciudadanos del País del Plano de que el Espacio es algo más que una noción propia sólo de los matemáticos. A causa de su insistencia, es finalmente encarcelado en beneficio público. Cada año, en lo sucesivo, el sumo sacerdote del País del Plano, el Círculo Jefe, acude a tantearle para comprobar si ha recobrado su sano juicio, pero el Cuadrado continúa insistiendo testarudamente en que hay una tercera dimensión. No puede olvidarlo, aunque no es capaz de explicarlo.

Constituye un saber común el hecho de que los momentos trascendentales sólo pueden ser experimentados, no comunicados. «El Tao que puede describirse no es el Tao... » Después de todo, la comunicación se apoya necesariamente en un terreno común. Se puede describir el color violeta a alguien que conoce el rojo y el azul, pero no se puede describir el color rojo a quien nunca lo ha visto. El rojo es elemental e irreductible. Como tampoco se podría describir, en el mismo supuesto, lo salado, lo arenoso, la luz.

En las experiencias que a veces se describen vagamente como

trascendentes, transpersonales, espirituales, alteradas, no ordinarias, o como experiencias cumbre, hay aspectos sensoriales irreductibles. Esas sensaciones de luminosidad, de conexión, de amor, de atemporalidad, de pérdida de límites se ven complicadas en paradojas que vuelven aún más confuso todo intento de descripción lógica. Como decía el infortunado Cuadrado, al tratar de describir la tercera dimensión, «veía una línea que no era una línea».

Por inútiles que resulten sus esfuerzos, quienes se han visto conmovidos por experiencias extraordinarias semejantes, se ven forzados a intentar describirlas en un lenguaje espacio-temporal. Y así, pueden decir que sintieron algo que era elevado o profundo, que era como un borde o como un abismo, un país lejano, una frontera, una tierra de nadie. El tiempo puede parecerles transcurrir más deprisa o más despacio. Sus descubrimientos no obstante, como recordados; extraños y, sin embargo, familiares. Su perspectiva puede cambiar bruscamente, aunque sea por un momento, superando antiguas contradicciones y toda confusión.

Como vimos en el capítulo 2, unas cuantas personas eminentemente cuerdas y destacadas creen que la mente humana puede haber alcanzado un nuevo nivel en su evolución, una liberación de potencial comparable al surgimiento del lenguaje. Esta impresionante posibilidad, ¿constituye un sueño utópico... o es una frágil realidad?

Hasta hace unos pocos años, las declaraciones sobre la posibilidad de expandir y transformar la conciencia descansaban en evidencias puramente subjetivas. De repente, a través, primero, de un puñado de experimentos en unos cuantos laboratorios de unos pocos investigadores pioneros, y de miles de experiencias realizadas luego en todo el mundo, comenzó a convertirse en una evidencia innegable. Después de todo, las experiencias de despertar, de fluir, de libertad, de unidad, o de síntesis no suceden «sólo en la mente». También están en el cerebro. El funcionamiento consciente puede cambiar profundamente, de algún modo. Se han establecido correlaciones entre lo que cuentan los sujetos y la evidencia concreta de cambios físicos operados en ellos: niveles más elevados de integración en el mismo cerebro, un funcionamiento más eficaz de éste, la presencia de diferentes «armónicos» en los ritmos eléctricos cerebrales, cambios en la capacidad de percepción...

Muchos investigadores afirman haberse sentido sacudidos por sus propios descubrimientos en torno a cambios del funcionamiento de la

conciencia, a causa de su repercusión en un amplio cambio sociológico. No son especulaciones baratas, son realidades firmes que es preciso encarar.

Sería preciso añadir otro libro, más bien una biblioteca, si pretendiera cubrir de forma completa el tema que tratan éste y el próximo capítulo: la evidencia del cambio que se está operando; los detonadores, los instrumentos y los hallazgos de la transformación personal; y las experiencias de la gente que, aquí y ahora, están pasando por ese proceso. En cualquier supuesto, la transformación de la conciencia no es tanto algo que deba ser estudiado, cuanto experimentado. Conviene tener presente que estos dos capítulos ofrecen una panorámica, una sinopsis de un dominio vasto y profundo. Servirán a su propósito en la medida en que consigan aportar una vislumbre de los sentimientos y las percepciones intuitivas que conlleva el proceso transformativo, en la medida en que consigan conectar aquí o allá con algo de la vida del lector. Nos detendremos a examinar los cambios operados en la mente, en el cerebro, en el cuerpo, o en la orientación vital.

Antes de todo, necesitamos contar con una definición operativa de la transformación a que nos referimos, si queremos captar su poder sobre las vidas de los individuos y el modo como origina un profundo cambio social. La Conspiración de Acuario es al mismo tiempo causa y efecto de tal transformación.

La transformación: una definición

El término *transformación* posee significados interesantemente paralelos aplicados a las matemáticas, a las ciencias físicas y al cambio humano. Literalmente, transformación significa cambio de forma, reestructuración. Las transformaciones matemáticas, por ejemplo, reformulan un problema en términos nuevos, de modo que pueda ser resuelto. Como veremos más tarde, el cerebro mismo opera sobre la base de complejas transformaciones matemáticas. En las ciencias físicas, una sustancia, al transformarse, adopta una naturaleza o unas características diferentes, como cuando el agua se convierte en hielo o en vapor.

Y, por supuesto, hablamos de transformación, aplicada a la gente; en concreto, hablamos de transformación de la conciencia. En este contexto no se entiende por conciencia el simple hecho de estar despierto y alerta. Se refiere aquí al estado de *ser consciente de la propia conciencia*. Uno se da

cuenta, con nitidez, de que se está dando cuenta. Efectivamente es una nueva perspectiva que permite ver otras perspectivas: es un cambio de paradigma. El poeta E. E. Cummings se alegraba en cierta ocasión de haber encontrado «el ojo de mi ojo..., el oído de mi oído». *Viendo cómo ves*, decía el título de un libro. Ese darse cuenta del darse cuenta constituye otra dimensión.

Las antiguas tradiciones describen la transformación, de modo significativo, como un nuevo *ver*. Emplean metáforas de luz y claridad. Hablan de intuición¹, de visión. Teilhard decía que la evolución tiende a conseguir «unos ojos cada vez más perfectos en un mundo en el que hay siempre más que ver».

La mayoría de nosotros pasamos las horas de vigilia dándonos apenas cuenta de los procesos del propio pensamiento: cómo se mueve la mente, qué teme, a qué presta atención, cómo se habla a sí misma, qué es lo que barre a un lado; cómo son nuestras sospechas, nuestros altibajos, nuestras falsas percepciones. En la inmensa mayoría de los casos, comemos, trabajamos, conversamos, nos preocupamos, esperamos, planeamos, hacemos el amor o vamos de compras, todo ello pensando mínimamente en cómo *pensamos*.

El comienzo de la transformación personal es absurdamente fácil. *Lo único que tenemos que hacer es prestar atención al propio flujo de la atención*. Con ello, hemos añadido, inmediatamente, una nueva perspectiva. La mente puede ahora observar sus muchos estados, sus tensiones corporales, el flujo de la atención, sus alternativas y patrones, sus dolencias y deseos, y la actividad de los diversos sentidos.

En la tradición mística se da el nombre de Testigo a esa mente oculta tras las bambalinas, la instancia que observa al observador. Este centro de atención, al identificarse con una dimensión más amplia que la conciencia fragmentada ordinaria, es más libre y está mejor informada que ésta. Como hemos de ver, esta más amplia perspectiva tiene acceso a universos de información procesados por el cerebro a un nivel inconsciente, reinos en los cuales de ordinario no podemos penetrar a causa del carácter estático o del control ejercido por la mente superficial, a la que Edward Carpenter llamaba «el pequeño yo local».

La mente no consciente de sí misma, la conciencia *ordinaria*, es como un pasajero de un aeroplano, atado a su asiento, con un antifaz sobre los ojos, que ignorase la naturaleza del transporte, las dimensiones del aparato, su alcance, el plan de vuelo y la proximidad de otros pasajeros.

La mente consciente de sí misma es el piloto. Este, realmente, es sensible a las reglas de navegación aérea, se siente afectado por el tiempo reinante, y sabe que depende de toda una serie de ayudas a la navegación, pero, aun así, es mucho más libre que la mente «pasajera».

Todo cuanto puede introducirnos en un estado reflexivo y vigilante tiene el poder de transformarnos, y cualquiera que tenga una inteligencia normal puede emprender ese proceso. De hecho, la mente, que está de suyo preparada para deslizarse a nuevas dimensiones sólo conque no se lo impidamos, es el vehículo de su propia transformación. Los conflictos, las contradicciones, los sentimientos encontrados, todo ese huidizo material que de ordinario revolotea en torno a los bordes de la conciencia, puede ser reordenado en niveles cada vez más elevados. Cada nueva integración facilita la siguiente. Algunas veces, a esa conciencia de la conciencia, a ese nivel de Testigo, se le designa como una «dimensión más alta», expresión que con frecuencia ha sido mal entendida. El psiquiatra Viktor Frankl señalaba que este nivel no implica juicio moral alguno:

"Una dimensión más alta es simplemente una dimensión que abarca más. Si tomamos, por ejemplo, un cuadrado bidimensional y lo extendemos en sentido vertical hasta convertirlo en un cubo tridimensional, podemos entonces decir que el cuadrado está incluido en el cubo... Entre los distintos niveles de la verdad no puede haber una mutua exclusión, ni una verdadera contradicción, ya que lo más alto incluye lo más bajo".

En *El País del Plano*, el Cuadrado intentaba explicar su realidad a los habitantes del País de la Línea como una «línea de líneas». Más tarde la Esfera se describía a sí misma como un «círculo de círculos». El proceso transformativo, como veremos, una vez que comienza es geométrico. En este sentido, la cuarta dimensión consiste justamente en eso: en *ver las otras tres con ojos nuevos*.

La evolución consciente

La idea de que el hombre tiene a su disposición un amplio abanico de alternativas de conciencia es apenas nueva. En el amanecer del Renacimiento, Pico della Mirandola escribía:

"En cuanto hacedor y moldeados de ti mismo, puedes revestirte a ti mismo, con todo honor y libertad de elección, de cualquier forma que puedas desear. Tendrás el poder de encarnarte en las formas de vida más inferiores, como son las de los brutos. Y tendrás el poder, en virtud del discernimiento de tu propio espíritu, de renacer en las formas más elevadas..."

Entonces, como ahora, los filósofos discutían acerca de si la naturaleza humana es buena o mala. Hoy día la ciencia, en todas las disciplinas, nos ofrece una alternativa distinta: el cerebro y el comportamiento humano son de una plasticidad casi increíble. Es cierto que estamos acondicionados para sentirnos miedosos y hostiles y para ponernos a la defensiva. Pero tenemos también capacidad de trascendencia en circunstancias extraordinarias.

Quienes creen en la posibilidad de un cambio social inminente, no son optimistas con respecto a la naturaleza humana; confían más bien en el proceso transformativo en cuanto tal. Habiendo experimentado algún cambio positivo en sus propias vidas, más libertad, sentimientos de afinidad y de unidad, mayor creatividad, mayor capacidad para controlar el estrés, sensibilidad para captar el sentido de las cosas, admiten que otros pueden cambiar también. Y creen que si un número suficiente de individuos llega a descubrir nuevas posibilidades en sí mismos, acabarán formando de manera natural una conspiración para crear un mundo propicio a la imaginación, el crecimiento y la cooperación humanas.

Esta probada plasticidad del cerebro y de la conciencia humanos brinda la posibilidad de que la *evolución individual* pueda conducir a la *evolución colectiva*. Cuando un individuo ha desarrollado una capacidad nueva, la existencia de ésta se hace de pronto evidente a los demás, quienes pueden así intentar a su vez desarrollarla. Ciertas culturas, por ejemplo, desarrollan un consumado dominio de determinadas habilidades, artes o deportes. Incluso nuestras habilidades «naturales» tienen necesidad de ser fortalecidas. Los seres humanos no aprenden a andar o a hablar de forma espontánea. Los niños a los que se mantiene todo el día en su cuna en las instituciones, sin otra cosa que hacer que mirar al techo, aprenden a andar y a hablar muy tarde, si es que alguna vez llegan a hacerlo. Estas capacidades, para desarrollarse correctamente, necesitan ser liberadas a través de una interacción con otros seres humanos y con el entorno.

Sólo podemos saber lo que el cerebro es capaz de hacer si se lo demandamos. El repertorio genético de cualquier especie incluye un número casi infinito de potencialidades, mayor de lo que puede permitir cualquier único entorno o la duración de una única vida. Tal como explicaba un especialista en genética, es como si todos tuviéramos un gran piano en nuestro interior, pero solamente unos pocos aprenden a tocarlo. Así como algunos individuos aprenden a desafiar la gravedad al ejecutar determinados ejercicios gimnásticos, o aprenden a distinguir entre varios cientos de variedades de café, de igual forma podemos nosotros ejercitar gimnásticamente la atención y adquirir una sensibilidad interior sutilmente diferenciada.

Hace milenios la humanidad descubrió que podía jugar con el cerebro para inducir en él cambios profundos de conciencia. La mente puede aprender a mirarse a sí misma y a examinar sus propias realidades de maneras que rara vez ocurren espontáneamente. Esos sistemas, instrumentos de una seria exploración interior, son los que han hecho posible la evolución consciente de la conciencia. El creciente reconocimiento universal de semejante posibilidad y de las formas como puede ser actualizada, constituye el mayor logro tecnológico de nuestro tiempo.

William James, en un pasaje famoso, invitaba a sus contemporáneos a prestar atención a tales cambios:

"La conciencia vigil normal, la conciencia racional, como la llamamos, no es sino un tipo especial de conciencia, mientras que en torno a ella, separadas de ella tan sólo por una finísima pantalla, yacen formas potenciales de conciencia enteramente diferentes. Podemos ir por la vida sin siquiera sospechar su existencia, pero basta aplicar los estímulos necesarios, para que al primer toque aparezcan ahí en toda su integridad.

Ninguna descripción del universo que deje a un lado, sin considerarlas, estas otras formas de conciencia, puede considerarse concluyente".

Nuestras maneras de cambiar

Pueden distinguirse cuatro maneras principales de cambiar nuestras mentes cuando reciben una información nueva y conflictiva. La más fácil,

y también la más limitada, es la que podríamos llamar *cambio por excepción*. El antiguo sistema de creencias permanece intacto, pero nos autoriza a admitir un puñado de anomalías, lo mismo que un antiguo paradigma tolera la presencia de un cierto número de fenómenos extraños en sus zonas fronterizas, antes de que estalle su marco dando paso a un nuevo paradigma más amplio y satisfactorio. Un individuo que se encuentra en esta situación de cambio por excepción puede sentir disgusto por todos los miembros de un determinado grupo, con la excepción de uno o dos. Puede considerar que los fenómenos psíquicos son una estupidez, y seguir creyendo sin embargo que los sueños de su tía abuela siempre resultaban verdaderos. Esos casos son descartados como «la excepción que confirma la regla», en vez de considerarlos como excepciones que desautorizan la norma.

El *cambio paulatino* sucede poco a poco, sin que el individuo se dé cuenta de haber cambiado.

Está también el *cambio pendular*, el abandono de un sistema cerrado, considerado como cierto, sustituyéndolo por otro al que se aferra con la misma fuerza. El halcón se convierte en paloma, el religioso acendrado se vuelve ateo, la persona descuidada se hace meticulosa, y viceversa, a su vez. El cambio pendular peca al no integrar lo bueno de lo viejo, y al no discriminar el valor de lo nuevo con respecto a sus afirmaciones excesivas. El cambio pendular rechaza la propia experiencia anterior, pasando de un medio saber a otro.

El cambio por excepción, el cambio paulatino y el cambio pendular se paran a las puertas de la transformación. El cerebro no puede procesar una información conflictiva, a menos que sea capaz de integrarla. Un simple ejemplo: si el cerebro es incapaz de fundir en una sola imagen la doble visión, acabará por ignorar las señales provenientes de uno de los ojos. Las células visuales del cerebro correspondientes a ese ojo acabarán por atrofiarse, causando la ceguera del mismo. De igual forma, el cerebro, al elegir entre visiones conflictivas, reprime toda información que no encaje con sus creencias dominantes.

A menos, por supuesto, que sea capaz de armonizar esas ideas en una síntesis poderosa. Eso es el *cambio de paradigma*, la transformación. Esa es la cuarta dimensión que supone el cambio: la nueva perspectiva, la percepción intuitiva que permite integrar la información en una nueva forma o estructura. Los cambios de paradigma depuran e integran. Los cambios de paradigma intentan curar del engaño del o "bien o bien", o

del "esto o lo otro". En muchos sentidos, se trata de un cambio de lo más provocativo, por lo que supone de renuncia a toda certeza: es capaz de tolerar diferentes interpretaciones desde perspectivas diferentes en diferentes ocasiones.

El *cambio por excepción* afirma: «Yo tengo razón, salvo...». El *cambio paulatino* dice: «Yo casi tenía razón, pero ahora tengo razón». El *cambio pendular* sostiene: «Antes estaba equivocado, pero ahora tengo razón». El *cambio de paradigma* dice: «Antes tenía razón en parte, y ahora tengo razón en un parte algo mayor». En el cambio de paradigma; nos damos cuenta de que nuestras anteriores concepciones eran sólo una parte del cuadro, y que lo que ahora sabemos es sólo una parte de lo que sabremos más adelante. El cambio ha dejado de ser amenazador. El cambio absorbe, ensancha, enriquece. Lo desconocido se convierte en territorio amistoso e interesante. Cada toma de conciencia ensancha el camino, facilitando la etapa siguiente del viaje, la siguiente abertura.

También *el cambio mismo cambia*, exactamente como en la naturaleza la evolución evoluciona de los procesos simples a los complejos. Todo suceso nuevo altera la naturaleza de los que luego seguirán, como sucede en el interés compuesto. El cambio de paradigma no es un simple efecto lineal, como los diez pequeños indiecitos de la canción de cuna, que van desapareciendo uno a uno. Es un cambio de patrones repentino, una espiral, y a veces un cataclismo.

Si despertamos al flujo y a las alteraciones de la propia conciencia, aumentamos el cambio. La síntesis engendra la síntesis.

El estrés y la transformación

Supuestas las circunstancias adecuadas, el cerebro humano tiene ilimitadas posibilidades de cambiar de paradigma. Puede ordenarse y reordenarse a sí mismo, y es capaz de integrar y trascender antiguos conflictos. Todo lo que viene a dislocar el antiguo orden establecido en nuestra vida es un desencadenante potencial de transformación, de una puesta en movimiento hacia una mayor madurez, hacia una apertura y un poderío acrecentados.

A veces, el elemento perturbador es el estrés que sigue explicablemente a la pérdida de un trabajo, a un divorcio, una enfermedad grave, dificultades financieras, la muerte de un familiar, el encarcelamiento, e incluso a un éxito o una promoción repentinos. O puede ser un estrés

intelectual más sutil: una relación estrecha con alguien cuyas opiniones difieren notoriamente de aquellas que siempre habíamos mantenido, o un nuevo entorno, un país extranjero, por ejemplo. El estrés personal, lo mismo que el estrés colectivo de nuestra época, el tan debatido shock del futuro, pueden convertirse en agentes transformadores, una vez que sabemos cómo integrarlos. Por ironía de esta época nuestra, nostálgica de otros tiempos más sencillos, puede ser la turbulencia de este siglo veinte la que nos esté llevando a la eclosión de cambio y de creatividad con que soñaban ya épocas pasadas.

La cultura entera está atravesando traumas y tensiones que están reclamando un nuevo orden. El psiquiatra Frederic Flach, al poner de relieve esta circunstancia histórica, citaba al novelista Samuel Butler, que en *The way of all Flesh* decía: «En ciertas vidas tranquilas, en las que suceden pocas cosas, los cambios internos y externos son tan pequeños que los procesos de fusión y acomodación requieren poco o ningún esfuerzo. En otras vidas hay un gran esfuerzo, pero en ellas el poder de fusión y acomodación es también mayor». Flach añade:

"Ese poder de fundirse y acomodarse al que se refería Butler es en realidad la creatividad. Eso era en 1885. Hoy día hay cada vez menos gente a quienes sus vidas les parecen tranquilas o que les suceden pocas cosas. Los cambios tienen lugar a un ritmo acelerado y afectan a todo el mundo de algún modo. En un mundo en el que las tensiones personales y culturales, son crecientemente complejas, no podemos permitirnos seguir usando nuestras habilidades creativas sólo para resolver aquí y ahora problemas específicos. Nuestra salud física y mental exige que aprendamos a llevar una vida genuinamente creativa".

Nos sentimos turbados por muchas cosas que no conseguimos hacer encajar, por las mil paradojas de la vida cotidiana. El trabajo debería, ante todo, tener algún sentido, y debería estar bien remunerado. Los niños deberían ser libres, y también deberían ser controlados. Nos sentimos desgarrados entre lo que los otros quieren de nosotros y lo que nosotros querríamos para nosotros mismos. Queremos ser compasivos, pero honestos. Queremos tener seguridad, pero queremos ser espontáneos.

El estrés, el dolor, las paradojas, los conflictos, las prioridades

opuestas, todos llevan en sí mismos sus propios remedios, si sabemos prestarles toda la atención que requieren. Cuando tratamos nuestras tensiones de forma indirecta, cuando intentamos ahogarlas o vacilamos ante ellas, *vivimos* de forma indirecta. Nos escabullimos de la transformación.

La vía del escape

Al nivel de la conciencia ordinaria, negamos el dolor y la paradoja. Les administramos Valium, les atontamos con alcohol, o les distraemos con la televisión. Negar es una forma de vivir. Dicho de manera más precisa, es un modo de disminuir la vida, de hacerla parecer más soportable. La negación es la alternativa de la transformación. Negación personal, negación mutua, negación colectiva. Negación de hechos y de sentimientos. Negación de la propia experiencia, olvido voluntario de lo que vemos y oímos. Negación de la propia capacidad. Los políticos niegan los problemas, los padres niegan su vulnerabilidad, los maestros niegan sus proclividades, los niños niegan sus intenciones. Por encima de todo, negamos lo que sabemos está en nuestro corazón.

Estamos presos entre dos mecanismos evolutivos diferentes: la negación y la transformación. Hemos evolucionado, gracias a la capacidad de reprimir el dolor y de excluir por filtrado la información periférica. Ambas son estrategias muy útiles a corto plazo, que permitían a nuestros antepasados apartar a un lado estímulos que podían resultar excesivos en una situación de emergencia, en que, estimulados por el síndrome de lucha o huida, tenían que enfrentarse a un peligro físico.

La capacidad de negación es un ejemplo de la miopía de que puede a veces adolecer nuestro cuerpo. Algunas respuestas corporales automáticas son, a la larga, más fuente de daño que de ayuda. La formación de tejido cicatrizado, por ejemplo, impide que puedan reconectarse los nervios en la médula después de un accidente. En muchas heridas, la hinchazón resulta más dañina que el trauma original. Y más que los virus en sí, nos pone enfermos la histérica reacción excesiva de nuestro cuerpo frente a ellos.

La capacidad que tenemos para bloquear la propia experiencia constituye una vía muerta evolutiva. En vez de experimentar y *transformar* el dolor, el conflicto y el miedo, solemos desviarlos o suavizarlos movidos por una especie de hipnosis involuntaria. A lo largo de la vida, se van

acumulando dosis crecientes de estrés. Al no darle salida, la conciencia se estrecha. La claridad se estruja hasta quedar convertida en un delgado rayo de luz salido de un proyector. Perdemos la vívida percepción de los colores, la sensibilidad a los sonidos, la visión periférica, la sensibilidad hacia los otros y la intensidad emocional. El espectro de la conciencia se estrecha cada vez más.

La verdadera alienación de nuestro tiempo no es con respecto a la sociedad, sino con respecto al propio ser. ¿Quién puede saber dónde empieza? Tal vez en nuestros primeros años, cuando un adulto, con toda amabilidad, trató de distraernos con un chiste o con un dulce de la rozadura que acabábamos de hacernos en una rodilla. Ciertamente la cultura no favorece el hábito de experimentar a fondo las propias experiencias. Pero quizá la negación habría hecho su aparición en cualquier caso, dada la habilidad que tenemos para enmascarar todo aquello que nos duele, aun a costa de una disminución de la conciencia.

Escapar es una solución a corto plazo, como la aspirina. El escape se decanta en favor de una sorda molestia crónica, en vez de una breve y aguda confrontación. Su coste es la flexibilidad; toda la amplia gama de movimiento de la conciencia entra en espasmo, igual que un brazo o una pierna contraídos por efecto de un dolor crónico. La negación, aunque constituya una respuesta humana y natural, exige el pago de un precio terrible. Es como si nos hubiéramos instalado a vivir en la antesala de la propia vida. Y, al final, no funciona. Una parte del ser siente agudamente todo el dolor reprimido.

La mayoría de los psicólogos ha usado durante un siglo un modelo burocrático de la mente: la mente consciente, como capitán en la cima; el Subconsciente, como un lugarteniente poco fiable; y el Inconsciente mucho más abajo, como un pelotón indisciplinado de energías eróticas, arquetipos y curiosidades. Produce desconcierto entonces, enterarse de que una instancia *co-consciente* ha estado operando todo el tiempo a nuestro lado, una dimensión de conciencia a la que Ernest Hilgard, psicólogo de Stanford, ha dado el nombre de Observador Oculto. Experimentos de laboratorio realizados en Stanford han demostrado que el dolor y otros estímulos, que no pueden recordar los sujetos hipnotizados, pueden ser reconocidos por otra parte de su ser. Esta instancia consciente está siempre presente, está siempre sintiendo en plenitud. Y se la puede solicitar muy fácilmente, según han demostrado los experimentos de Hilgard. Por ejemplo, una mujer hipnotizada, con una mano inmersa en

agua helada, informaba en todo momento, en una escala de dolor de 0 a 10, que el dolor que sentía en esa mano era 0. Pero la otra mano, provista de lápiz y papel, iba informando del aumento de la sensación de dolor: «0..., 2..., 4..., 7...» Otros sujetos daban informes verbales contradictorios, dependiendo de a que «yo» se dirigía el hipnotizador.

Todas las experiencias y emociones negadas resuenan incesantemente, como discos rayados, en la otra mitad del ser. Para mantener toda esta información circulando fuera del ámbito de la conciencia ordinaria, se requiere dedicar una cantidad impresionante de energía. No es de extrañar si sentimos malestar, si nos sentimos fatigados, alienados.

Dos estrategias fundamentales están a nuestro alcance: la vía del escape y la vía de la atención.

En su diario, escrito en 1918, Hermann Hesse recordaba un sueño en el que oía dos voces distintas. La primera le invitaba a buscar fuerzas para superar el sufrimiento, para encontrar la calma. Sonaba como si fuese la voz de los padres, del colegio, de Kant o de los curas. Pero la segunda voz, que venía de más lejos, a modo de «causa primordial», decía que el sufrimiento solamente duele porque lo tememos, porque nos quejamos de él, porque lo huimos.

"Sabes muy bien, en el fondo de ti mismo, que no hay más magia, ni más poder, ni más salvación... que lo que llamamos amor. Pues bien, entonces ama tu sufrimiento. No le opongas resistencia, no le huyas. Entrégate a él. Solamente te duele a causa de la aversión que le tienes, sólo por eso".

El dolor es la aversión; la magia curativa es la atención.

Si le prestamos suficiente atención, el dolor puede dar respuesta a nuestras más cruciales preguntas, incluso sin haber llegado a formulárnoslas. La única forma de salir del sufrimiento es pasando a través de él. Como dice un antiguo texto sánscrito: «No intentes esquivar el dolor, pretendiendo que no es real. Si buscas la serenidad en la unidad, el dolor se desvanecerá por sí mismo».

Conflicto, dolor, tensiones, miedos, paradojas... son otras tantas transformaciones que intentan salir a la luz. El proceso transformativo comienza desde el momento que decidimos afrontarlos. Quienes descubren este fenómeno, sea por azar o como resultado de una búsqueda personal, poco a poco llegan a darse cuenta que la recompensa

bien merece el miedo a una vida no anestesiada. La resolución del conflicto o del dolor, la sensación de liberación que ello produce, facilita el afrontamiento de crisis y paradojas sucesivas.

La vía de la atención

Tenemos capacidad biológica para negar el estrés, o bien para transformarlo prestándole atención. Descubrimientos recientes sobre el cerebro nos ayudan a comprender los aspectos tanto psicológicos como fisiológicos de ambas opciones, y como es que la vía de la atención supone una elección deliberada.

Los hemisferios derecho e izquierdo del cerebro están en continua interacción, pero cada uno de ellos tiene también ciertas funciones que le son propias. Estas funciones especializadas de los hemisferios fueron observadas por primera vez al estudiar los efectos de traumatismos que afectaban solamente a uno u otro lado del cerebro. Más tarde, se elaboraron técnicas más sofisticadas para detectar las diferencias. Por ejemplo, se proyectaban simultáneamente imágenes diferentes sobre los campos visuales izquierdo y derecho, o se hacía escuchar tonos diferentes al mismo tiempo en la oreja derecha y en la izquierda. También el examen postmortem del cerebro mostró sutiles diferencias entre ambos lados. Asimismo la investigación ha encontrado que determinadas células cerebrales que producen ciertas sustancias químicas están más concentradas en un lado del cerebro que en el otro.

Los hemisferios pueden operar de forma independiente, como dos centros separados de conciencia. Durante los años sesenta y setenta, esto pudo comprobarse dramáticamente en los veinticinco pacientes que en todo el mundo sufrieron una intervención quirúrgica de «división cerebral» como medio de tratamiento de la epilepsia severa. La operación consistía en seccionar las conexiones entre ambos hemisferios, con la esperanza de confinar los ataques a un único lado. Tras recobrase de la operación, los sujetos con el cerebro dividido, que parecían estar bastante normales, eran sometidos a una serie de tests para determinar si había o no en ellos una dualidad de experiencias conscientes, y para observar las distintas funciones de cada hemisferio. ¿Qué tareas podía realizar cada una de estas mitades del ser? ¿Qué tipo de experiencias serían capaces de describir? De hecho, los pacientes con el cerebro seccionado dieron pruebas de poseer dos mentes, capaces de funcionar con independencia

mutua. A veces, la mano izquierda no sabía, literalmente, lo que hacía la mano derecha. Por ejemplo, un paciente al que se ha dividido el cerebro es incapaz de decir al experimentador el nombre de un objeto que sólo es conocido por el hemisferio derecho, que es mudo². El sujeto afirma no saber de qué objeto se trata, aunque su mano izquierda (controlada por el lado derecho del cerebro) puede localizarlo entre un montón de objetos situados fuera del alcance visual. Si un paciente con el cerebro dividido intenta copiar formas simples con su mano derecha (controlada por el lado izquierdo del cerebro, incapaz de comprender relaciones espaciales), la mano izquierda puede echarle una mano para finalizar la tarea.

Tenemos tendencia a identificar el «yo» con el cerebro verbal izquierdo y con sus operaciones, es decir con la parte de nosotros mismos que es capaz de hablar de sus experiencias y analizarlas. El control del discurso hablado corresponde esencialmente al hemisferio izquierdo. También le corresponde sumar, restar, relacionar, medir, compartimentalizar, organizar, nombrar, clasificar, y consultar el reloj. El hemisferio derecho, aunque tiene escaso control sobre los mecanismos del lenguaje, es capaz de entenderlo de algún modo, y es además el encargado de investirlo de inflexiones emocionales. Cuando resulta dañada una cierta porción del hemisferio derecho, el lenguaje se vuelve monocorde y descolorido. El hemisferio derecho es más musical y sexual que el izquierdo. Piensa en imágenes, ve conjuntos, detecta pautas y patrones. Acusa el dolor con más intensidad que el izquierdo.

Usando la expresión de McLuhan, el cerebro derecho «sintoniza» la información, y el izquierdo la "encaja". El izquierdo se ocupa del pasado, comparando la experiencia de cada momento con experiencias anteriores, tratando de categorizarla; el hemisferio derecho se responsabiliza de lo nuevo, de lo desconocido. El izquierdo opera sacando fotos; el derecho contempla películas. El cerebro derecho es capaz de completar imágenes visuales incompletas, es decir puede identificar una forma sugerida apenas por unas pocas líneas. Mentalmente conecta los puntos, desvelando el patrón oculto. Como dirían los psicólogos, el cerebro derecho completa la gestalt. Es globalizador, holístico.

Detectar tendencias y patrones es una habilidad fundamental. Cuanto más capaces seamos de obtener una imagen precisa a partir de una información mínima, tanto mejor equipados estaremos para sobrevivir. Usamos esa habilidad de detectar patrones visuales en muchas situaciones de la vida corriente, como cuando leemos un mensaje escrito

a mano en que las letras están parcialmente deformadas. La habilidad de entresacar patrones o pautas a partir de una información limitada explica el éxito de algunos políticos y comerciantes, especialmente dotados para detectar tendencias que se esbozan; también faculta al médico para diagnosticar una enfermedad, o permite al terapeuta apreciar una pauta insana en una persona o en una familia.

El hemisferio derecho está profusamente conectado con el antiguo cerebro límbico, conocido como cerebro emocional. Las misteriosas estructuras límbicas tienen que ver con los procesos de memoria, y cuando se les estimula eléctricamente, se producen muchos fenómenos de alteración de los estados de conciencia. En el sentido clásico de «mente y corazón», puede decirse que este compuesto hemisferio derecho-circuito límbico es el cerebro-corazón. Si decimos, por ejemplo, «el corazón tiene sus razones», nos estamos refiriendo a la respuesta, en términos de sentimientos profundos que ha sido procesada por «el otro lado del cerebro».

Por razones tanto culturales como biológicas, en la mayoría de nosotros la conciencia parece estar dominada por el cerebro izquierdo. Los investigadores informan que, en algunos casos, el cerebro izquierdo puede incluso asumir tareas que de suyo son propias del hemisferio derecho. Limitamos de hecho buena parte nuestro potencial consciente a la simple función cerebral consistente en reducir las cosas a sus elementos componentes. Y sabotamos con ello la pura estrategia de detección de sentido que poseemos, porque el cerebro izquierdo, habituado como está a cortar todo conflicto que pueda provenir del derecho, se priva también con ello de la habilidad de éste para detectar pautas y patrones y ver el conjunto. Sin necesidad de bisturí, nos hacemos a nosotros mismos una operación de división del cerebro. Aislamos uno de otro la mente y el corazón. Cortado de la fantasía, los sueños, las intuiciones y los procesos holísticos del cerebro derecho, el izquierdo se vuelve estéril. Y el cerebro derecho, al no integrarse con las facultades organizadoras de su compañero, se ve condenado a reciclar inútilmente una y otra vez su propia carga emocional. Los sentimientos, dañados, pueden degenerar, en perjuicio del individuo, en fatiga, enfermedad, neurosis, una difusa sensación de que algo anda mal, de que algo falta, una especie de nostalgia cósmica, en una palabra. Esa fragmentación hace que se resienta nuestra salud y nuestra capacidad de intimidad. Como veremos en el capítulo 9, también hace que se resienta nuestra capacidad de aprendizaje, de

creación, de innovación.

Conocer y nombrar

La materia prima de la transformación humana está en torno y dentro de nosotros, omnipresente e invisible como el oxígeno. Nadamos en un mar de conocimientos que no reconocemos, al venir mediatizados por el campo del cerebro que es incapaz de dar nombre a lo que sabe.

Existen técnicas capaces de ayudarnos a poner nombre a todos nuestros sueños y pesadillas. Están diseñadas especialmente para volver a abrir al tráfico el puente que separa la derecha de la izquierda, y para aumentar en el cerebro izquierdo la conciencia respecto de su correlato. La meditación, el canto y técnicas similares aumentan la coherencia y armonía de las frecuencias cerebrales; introducen una mayor sincronía entre los hemisferios, lo que sugiere un orden más elevado de funcionamiento. En ocasiones, el nuevo orden parece reclutar un número creciente de células nerviosas, hasta que todas las regiones del cerebro parecen latir al unísono, como por efecto de una coreografía o una orquestación. Las frecuencias cerebrales de uno y otro lado, generalmente asincrónicas, comienzan a marchar de la mano y al mismo paso. Incluso la actividad eléctrica cerebral de las estructuras más antiguas del cerebro pueden mostrar también una inesperada sincronía con el neocórtex.

Un ejemplo de estas técnicas, desarrollado por Eugene Gendlin, psicólogo de la Universidad de Chicago, consiste en enfocar la atención. La gente que usa esta técnica aprende a sentarse tranquilamente, dejando que brote el sentimiento o el «aura» anejo a un tema particular. De hecho, le piden que se manifieste y se identifique. Normalmente, después de medio minuto o cosa así, acude a la mente una palabra o una frase. Si es lo que corresponde, el cuerpo responde infaliblemente. Gendlin lo describe así:

"Según afluyen esas palabras extrañas, uno percibe una sensación aguda, como de alivio, o de cambio, antes de poder decir, por lo general, en qué consiste ese cambio. A veces, esas palabras no son en sí mismas especialmente impresionantes o nuevas, pero son justamente esas palabras, y no otras, las que producen el efecto experimental".³

La investigación demuestra que esas «sensaciones de cambio» van acompañadas de un cambio pronunciado de los armónicos de las ondas cerebrales. Una pauta específica y compleja parece correlacionarse con esa experiencia intuitiva. La actividad del cerebro se integra a un nivel superior. Y cuando alguien anuncia que se siente «atascado», puede detectarse el colapso de esos mismos armónicos en el EEG.

Todo aquello que alza las barreras, permitiendo emerger material no reconocido, es transformador. El reconocimiento, literalmente, «volver a conocer», tiene lugar cuando el cerebro analítico, con su poder de nombrar y clasificar, admite con plena conciencia la sabiduría de su otra mitad.

La parte organizativa del cerebro sólo puede comprender lo que encaja en su marco anterior de conocimientos. El lenguaje trae a la luz de la plena conciencia lo extraño, lo desconocido, y decimos «por *supuesto...*». En la filosofía griega, el *logos* (la «palabra») era el principio divino de ordenación, capaz de encajar lo nuevo o extraño en el esquema general de las cosas. Siempre que damos un nombre a las cosas, estructuramos la conciencia. Mirando a la gran transformación social que se aproxima, podemos observar una y otra vez que nuevos nombres despiertan nuevas perspectivas: nacimiento sin violencia, simplicidad voluntaria, tecnología apropiada, cambio de paradigma.

El lenguaje rescata del limbo lo desconocido, expresándolo de tal modo que todo el cerebro pueda entenderlo. Los cantos, los mantras, la poesía y las palabras sagradas secretas son otros tantos puentes tendidos entre ambos cerebros. El artista se enfrenta a una forma, decía una vez Martín Buber: «Si acierta a conferir la palabra primordial, sacada de su interior, a la forma que aparece, entonces la corriente de poder fluye eficazmente y la obra surge».

Dada la complejidad del cerebro, pueden transcurrir generaciones antes de que la ciencia llegue a comprender los procesos que nos permiten saber sin saber que sabemos. Pero no importa; lo que cuenta es que hay *algo* dentro de nosotros que es más sabio y está mejor informado que nuestra conciencia ordinaria. Y si tenemos un aliado semejante en nuestro propio interior, ¿por qué empeñarnos en caminar en solitario?

Descubrir el centro

La unión de las dos mentes crea algo nuevo. Conocer con todo el

cerebro va mucho más allá que la suma de sus partes, y es algo *diferente* de una y otra. Según John Middleton Murry, crítico literario británico, la reconciliación de mente y corazón es «el misterio central de toda religión elevada». En los años cuarenta, Murry escribía que un número creciente de hombres y mujeres, a través de la fusión del intelecto y la emoción, se estaban convirtiendo en una «nueva especie de ser humano». La mayoría de la gente, decía, huye del conflicto interior, y se refugia en la fe, en la actividad o en la negación.

"Pero siempre había algunos en quienes estos opiáceos se negaban a funcionar... Su mente y su corazón insistían cada uno por su lado en sus derechos, sin poder llegar a reconciliarse. En el centro de su ser se instalaba un punto muerto, que los llevaba paulatinamente a un estado de aislamiento, abandono y desesperación. Su división interior era completa.

Surgía entonces, de esa división extremada y absoluta, una repentina unidad, que creaba en ellos una nueva especie de conciencia. La mente y el corazón, hasta entonces enemigos irreconciliables, quedaban unidas en el alma, que podía amar cuanto conocía. La división interior quedaba curada."

Murry llamaba alma a este nuevo saber.⁴ A través de los siglos, los relatos de experiencias trascendentes lo describen a menudo como un «centro» misterioso, como penetrar en un reino central y desconocido.⁵ Este centro trascendente se encuentra en el acervo de todas las culturas, representado en mandalas, en la alquimia, en la cámara real de las pirámides («un fuego en el medio»), en el *sancta sanctorum* (el santo de los santos). «Nosotros nos sentamos en un círculo y suponemos, escribía Robert Frost, pero el Secreto se sienta en el medio y sabe.»

Escapar de la prisión de las dos mentes, tarea específica de la transformación, es el gran tema que atraviesa las novelas de Hesse: *El lobo estepario*, *Narciso* y *Goldmundo*, *El juego de abalorios*, *Demian* y *Siddharta*. En 1921 confesaba su esperanza de que *la* ola de espiritualidad proveniente de la India pudiera aportar a la cultura occidental «un correctivo refrescante emanado del polo opuesto». Los europeos, desdichados en medio de un clima intelectual super especializado, no se estaban volviendo tanto a Buda o a Lao Tse, decía, cuanto hacia la meditación, «técnica cuyo más alto resultado es la pura armonía, en una cooperación igual y simultánea del pensamiento lógico y el intuitivo». Mientras Oriente

contempla el bosque, Occidente se dedica a contar los árboles. No obstante, la aspiración a la plenitud resurge como tema mítico en todas las culturas. Todas aspiran al todo, y muchas de ellas trascienden la división.

El poder del verdadero centro es con toda probabilidad el instrumento de sabiduría humana más frecuentemente relegado. Es como un mismo mensaje que arriba a la playa una y otra vez, sin que nadie rompa la botella y, menos aún, descifre la clave. Ciertamente, como decía Hesse, muchos profesores alemanes tenían nerviosos que la intelectualidad occidental pudiera ahogarse en medio de un diluvio budista. «Pero Occidente, comentaba secamente, no se va a ahogar.» De hecho, a todos los efectos, Occidente no ha hecho sino comenzar a percatarse, hace bien poco tiempo, de las botellas que siguen meciéndose en la orilla y de las mareas que las han arrastrado hasta aquí.

Al enumerar la diversidad de caminos espirituales, Aldous Huxley recomendaba «la puerta central», por encima de los caminos puramente intelectuales o puramente prácticos. «El mejor de ambos mundos... el mejor de *todos* los mundos». No se trata tanto de sustituir, señalaba recientemente un pensador oriental, cuanto de equilibrar.

El atractivo de la nueva perspectiva no puede mantenerse por un período indefinido. Inevitablemente, y con frecuencia, el individuo recae en sus antiguas posiciones, en sus viejas polaridades, en sus viejas maneras. En *Mount Analog*, René Daumal describía así el salto atrás:

"No puedes permanecer en la cima para siempre; tienes que descender de nuevo. De modo que, primeramente, ¿Para qué preocuparse? Sólo esto: lo que está arriba conoce a lo que está debajo, pero lo que está debajo no conoce lo que está arriba.

Uno trepa, uno ve, uno descende; uno ya no ve, pero uno ha visto".

Existe el arte de orientarse en las regiones bajas con el recuerdo de lo que uno vio allá arriba: «Cuando uno ya no puede ver, puede uno al menos todavía saber».

Como veremos en el próximo capítulo, vivimos de lo que hemos visto.

1. Intuere, en latín, significa mirar, ver. En inglés, insight; sight significa vista. (N. del T.)

2. Estas funciones están invertidas en mucha gente, particularmente en muchos zurdos. Es decir, el lenguaje reside en el hemisferio derecho más que en el izquierdo, la comprensión espacial en el izquierdo con más frecuencia que en el derecho, etcétera.

3. Un ejemplo de sensación de cambio: sales de viaje con esa sensación molesta y conocida de que estás olvidando algo. Sentado en el avión, te pones a repasar las posibilidades. Puede que te acuerdes de algo que realmente has olvidado, pero no se produce la sensación de alivio; tú sabes que no es *es*. Cuando lo que *es* acude a la mente, hay un súbito reconocimiento, un cambio tangible, la certeza de que era eso lo que te estaba inquietando.

4. Nikos Kazantzakis hablaba de armonizar y modular «las dos fuerzas opuestas del cerebro». Desde una cumbre trascendente, decía, puede contemplarse la batalla del cerebro; necesitamos situar cada una de las células del cerebro, porque ahí es donde Dios está encarcelado, «tratando, intentando, martilleando para abrir una puerta en la fortaleza de la materia».

5. Charles Lindberg, al describir una experiencia mística extraordinaria que tuvo durante su famoso vuelo, decía que se sentía «cogido en el campo gravitacional formado por dos planetas».

IV. LA TRANSICIÓN: GENTES EN CAMBIO

*No hay más que una historia importante:
la historia de lo que en otro tiempo
creíamos y de lo que ahora creemos.*

KAY BOYLE

Toto, tengo la sensación de que ya no estamos en Kansas.

Dorothy

La diferencia que existe entre una transformación accidental y una transformación sistemática es semejante a la que existe entre un rayo y una lámpara. Ambos pueden iluminar, pero el uno es incierto y peligroso, mientras que la otra es relativamente segura, controlable y disponible.

Los desencadenantes intencionales de experiencias transformativas son innumerables, pero todos tienen una cualidad en común: el enfocar la conciencia sobre la conciencia, un cambio crítico de por sí. Por debajo de su aparente diversidad, la mayoría de esos mecanismos desencadenantes implican concentrarse en algo demasiado extraño, complejo, difuso o monótono, como para que pueda hacerse con la mitad analítica, intelectual, del cerebro: por ejemplo, en la respiración, en un movimiento físico repetitivo, en una música, en el agua, en una llama, en un sonido desprovisto de significado, en una pared vacía, en un koan o en una paradoja. El cerebro intelectual no puede dominar el campo de la conciencia más que cuando se centra sobre algo definido y limitado. Las señales del otro lado de la mente pueden hacerse oír si se le consigue capturar por medio de una concentración difusa y monótona.

Entre los desencadenantes de este tipo de experiencias, citados por los individuos que respondieron al cuestionario de la Conspiración de Acuario, se encuentran los siguientes:

- Aislamiento sensorial y sobrecarga sensorial, porque toda profunda alteración del input sensorial se traduce en un cambio de conciencia.
- Biofeedback: uso de máquinas que proporcionan información visual o auditiva de procesos corporales como son la actividad eléctrica cerebral, la actividad muscular, la temperatura cutánea, porque para

aprender a controlar estos procesos se requiere un estado no habitual de relajación y de atención.

- Entrenamiento autógeno: método nacido en Europa hace más de cincuenta años, fundado en autosugestiones de relajación, de respiración por sí mismo, etc., dirigidas al cuerpo.

- Música (a veces combinada con imaginación o meditación), a causa de la sensibilidad del cerebro a la tonalidad y al ritmo, y porque la música implica al hemisferio derecho. También el canto, la pintura, la escultura, la cerámica, y otras actividades semejantes que proporcionan a quienes las practican la oportunidad de perderse en el proceso creativo.

- Improvisación dramática, que requiere una atención y una espontaneidad totales. El psicodrama, porque acentúa la conciencia de los roles y la interpretación de los mismos. La contemplación de la naturaleza y otras experiencias estéticamente sobrecogedoras.

- Las estrategias de «ampliación de conciencia» de diversos movimientos sociales que centran la atención en los antiguos modos de pensar.

- Redes y movimientos de autoayuda o de ayuda mutua, como por ejemplo los Alcohólicos Anónimos, y otros semejantes, cuyas reglas incluyen el prestar atención a los propios procesos conscientes y de cambio, y el reconocimiento de que podemos elegir nuestra conducta y cooperar con las «fuerzas superiores» mirando hacia adentro.

- La hipnosis y la auto hipnosis.

- Meditación de cualquier tipo: Zen, Budismo tibetano, caótica, trascendental, cristiana, cabalista, kundalini, raja yoga, tantra yoga, etc. También la psicósíntesis, sistema que combina la imaginación con el estado meditativo.

- Cuentos sufíes, koans y danza de los derviches. Asimismo diversas técnicas chamánicas y mágicas sobre focalización de la atención.

- Seminarios diversos, como Control Mental Silva, Realización, y Manantial de Vida, que intentan romper el acondicionamiento cultural y abrir al individuo a nuevas opciones.

- Los diarios de sueños, ya que los sueños son el medio más asequible para obtener información de los dominios situados más allá de la gama ordinaria de conciencia.

- La teosofía y los sistemas de Arica y otros inspirados en Gurdjieff, que sintetizan muchas tradiciones místicas diferentes y enseñan técnicas para alterar la conciencia.

- Psicoterapias contemporáneas, como la Logoterapia de Viktor Frankl, que comprende la búsqueda de sentido y el uso de la «intención paradójica», en un enfrentamiento directo con la fuente del miedo. La Terapia Primal y sus derivados, que provocan la reviviscencia de tempranos sufrimientos infantiles. El proceso de Fischer-Hoffman, que parte de una vuelta semejante a las ansiedades infantiles, seguida de intenso empleo de la imaginación orientada a una reconciliación y perdón de los propios padres, en relación con tempranas experiencias negativas. La Terapia de la Gestalt, que provoca suavemente el reconocimiento de pautas significativas o cambios de paradigma.

- La Ciencia de la Mente, método de curación y autocuración.

- Un curso sobre los milagros, enfoque cristiano contemporáneo y poco ortodoxo, basado en un cambio profundo de la percepción.

- Innumerables disciplinas y terapias corporales, como Hatha yoga, terapia Reichiana, sistema de Bates para mejorar la visión, T'ai Chi Ch'uan, Aikido, Karate, footing, danza, Rolfling, bioenergética, métodos de Feldenkrais y de Alexander, kinesiología aplicada.

- Experiencias intensivas de cambio personal y colectivo en Esalen (Big Sur), grupos de sensibilización en los National Training Laboratories de Washington, grupos de encuentro, grupos informales de apoyo amistoso.

- El deporte, el montañismo, el piragüismo, y otras actividades similares físicamente estimulantes, que causan un cambio cualitativo en la sensación de estar vivo. También los retiros a lugares salvajes, los vuelos en solitario y la práctica de la vela también en solitario, que favorecen el auto-descubrimiento y la sensación de intemporalidad.

Todos estos métodos pueden recibir el nombre de *psicotécnicas*, esto es, sistemas por los que se puede obtener un cambio deliberado de conciencia. Lo que no quita que algunos individuos puedan descubrir por su cuenta nuevas maneras de fijar la atención, y puedan aprender a inducir tales estados por métodos diseñados por ellos mismos. Todo puede funcionar.¹

Como señalaba William James hace tres cuartos de siglo, la clave de la expansión de la conciencia es el abandono. Cuando se abandona la lucha, el combate está ganado. «Para ir más deprisa, es preciso disminuir la velocidad», decía un héroe de *Shockwave River*, novela futurista de John Brunner. Un investigador de biofeedback, jefe del departamento de psiquiatría en un centro médico famoso, decía a sus colegas: "Para ganar

este tipo de carreras, hay que quitar el pie del acelerador".

La complejidad de un método no debería confundirse con su efectividad. Ciertas disciplinas altamente estructuradas o el uso de un simbolismo complicado pueden ser útiles a algunas personas, mientras que otras pueden experimentar cambios profundos sobre la base de una tecnología de lo más simple. Métodos que funcionan durante un tiempo pueden de pronto resultar inadecuados, o bien, al contrario, puede parecer que tal método no era especialmente significativo, y sin embargo, visto retrospectivamente, uno se da cuenta que han ocurrido cosas importantes.

Nuestros sistemas nerviosos difieren en cuanto a su organización; podemos encontrarnos en estados de salud diferentes; tenemos historias distintas en cuanto a introspección, sueños, rigidez, ansiedad. Así como hay quienes naturalmente son atletas, también hay personas que experimentan cambios de conciencia con más facilidad. El estado de atención difusa y relajada, que es clave en todas estas técnicas, no debe ser forzado, sino simplemente permitido. El esfuerzo interfiere con el proceso, y alguna gente siente dificultad precisamente en dejarse ir.

Mucha gente parece ofrecer resistencia neurológica a las psicotécnicas, tal vez a causa de una mayor sensibilidad al dolor cuando eran niños, o por haber sufrido experiencias más dañinas. Estos tienen mayores probabilidades de desconexión del hemisferio derecho, por su mayor sensibilidad a la emotividad y al sufrimiento. Otros muestran una mayor elasticidad, quizá por haber sido innovadores y exploradores desde que nacieron, o por tener temperamentos más flexibles, o haber aprendido a enfrentar el miedo y el dolor en una época temprana de su vida.

A causa de esa ventaja o desventaja inicial, según la diversidad de sistemas nerviosos, parece a primera vista que los ricos se enriquecen aún más, mientras que los pobres se desaniman. Pero todo el mundo puede hacer progresos, lo mismo que podemos, con la práctica, mejorar nuestra destreza como nadadores o como esquiadores, sea cual sea la habilidad natural con que contemos. Al igual que el ejercicio físico, las técnicas tienen un efecto progresivo, pero los cambios operados en el cerebro no se pierden como sucede con el desarrollo muscular, en caso de falta de constancia. «Ningún espejo se convierte de nuevo en hierro, decía el poeta sufí Rumi, ni ninguna uva madura se torna otra vez en agraz.»

Las etapas de la transformación

Ningún sistema puede garantizar el paso del estado humano ordinario de fragmentación a un estado de claridad mental que persista las veinticuatro horas del día. La transformación es un viaje que no tiene destino final. Pero en ese viaje hay etapas, que sorprendentemente pueden señalarse en el mapa con facilidad, sobre la base de los miles de relatos que nos han llegado de tiempos pasados o a la proliferación de informaciones que nos llegan de buscadores contemporáneos. Todo viaje individual atraviesa trampas, grutas, arenas movedizas, y cruces peligrosos, que son exclusivamente propios, pero también hay desiertos, picos, y ciertos extraños montículos que son observados por prácticamente todos los que perseveran en el recorrido. Así pues, aun reconociendo que el mapa no es el territorio mismo de la transformación, describiremos el proceso distinguiendo en él cuatro etapas principales.

La primera etapa es preliminar y casi fortuita: *un medio de acceso*. En la mayor parte de los casos, el medio de acceso sólo puede identificarse mirando retrospectivamente. La entrada puede desencadenarla cualquier cosa que conmueva la vieja concepción respecto del mundo, las antiguas escalas de valores. Algunas veces tiene su origen en un gesto mínimo, hecho por aburrimiento, por curiosidad o por desesperación: un libro de bolsillo, un mantra recibido en un cursillo, un curso de perfeccionamiento en la universidad. Para un buen número, el detonante ha sido una experiencia mística o psíquica espontánea, tan difícil de explicar como de negar. O la intensa sensación de una realidad alternativa, propiciada por una droga psicodélica.

Es imposible sobre estimar el rol histórico que han desempeñado para mucha gente los psicodélicos como medio de entrada hacia otras técnicas transformativas. Para decenas de miles de «zurdos cerebrales», ingenieros, químicos, psicólogos y estudiantes de medicina, incapaces hasta entonces de comprender a sus hermanos «diestros», más espontáneos e imaginativos, las drogas fueron, sobre todo en los años sesenta, un visado para Xanadú. Los cambios operados por los psicodélicos en la química del cerebro ocasionan una metamorfosis del mundo que consideramos familiar. Esos cambios dejan paso a una rápida sucesión de imágenes, a una desacostumbrada profundidad en la percepción visual y auditiva, a una avalancha de «nuevos» conocimientos, que al mismo tiempo parecen muy antiguos, como provenientes de una

penetrante memoria primordial. A diferencia de los estados mentales producidos por el sueño o la bebida, la conciencia psicodélica no es confusa, antes con frecuencia es más intensa que la conciencia ordinaria de vigilia. Solamente a través de ese estado profundamente alterado se han hecho algunos plenamente conscientes del papel de la conciencia como creadora de la realidad cotidiana.

Quienes habían ingerido psicodélicos pronto se daban cuenta que los relatos históricos más cercanos a sus propias experiencias provenían, bien de la literatura mística, bien del país de las maravillas de la física teórica, visiones complementarias de «el todo y la nada», lo más real de las dimensiones, que no puede ser medida en términos de metros ni minutos. Como señalaba un cronista de los años sesenta, «el LSD proporcionó una experiencia religiosa a toda una generación». Pero el *satori* químico es efímero, y sus efectos son demasiado avasalladores para poder integrarlos en la vida cotidiana. Las psicotécnicas que funcionan sin drogas ofrecen un movimiento continuo y *controlado* en dirección a esa misma espaciosa realidad. Los anales de la Conspiración de Acuario están llenos de relatos de tránsitos del LSD al Zen, del LSD a la India, del psilocibo a la psicosis. Fueran cuales fuesen los esplendores escondidos en los hongos o en los terrones de azúcar impregnados, no eran más que un atisbo, atracciones para abrir boca pero no el número fundamental.

La experiencia que sirve de medio de entrada es un indicio de que la vida tiene una dimensión más brillante, más rica, más plena de significado. Algunos, acosados por la visión alcanzada en ese atisbo, se esfuerzan por ver más. Otros, menos serios, se quedan cerca de la entrada, jugando al ocultismo, a las drogas, o a los múltiples juegos de alteración de la conciencia. Algunos tienen miedo de continuar, de cualquier forma. El enfrentamiento con lo no-racional es desconcertante. La mente, libre de sus cadenas, sufre aquí una especie de agorafobia, un miedo sobrecogedor a sus propios espacios. Quienes sienten una fuerte necesidad de control pueden sentirse asustados al tocar unos dominios en que la realidad se vuelve múltiple, en donde se puede ver de varias maneras. Con más gusto, se quedarían pegados a su versión de un mundo hecho de blanco y negro y de buenos y malos, reprimiendo toda visión que pueda contradecir su antiguo sistema de creencias.

Algunos vacilan, al no saber qué hacer a continuación. A otros les detiene el miedo a la crítica. Podrían parecer tontos, pretenciosos, o incluso locos, a sus familiares, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo.

Les preocupa que el viaje hacia su propio interior pueda parecer narcisista o escapista. Realmente, quienes perseveran más allá del punto de entrada tienen que superar un prejuicio cultural generalizado frente a la introspección. A menudo la búsqueda del propio conocimiento es mirada como un intento de darse importancia, como un ocuparse de la propia psique a expensas de las propias responsabilidades sociales. La crítica popular dirigida a las psicotécnicas se concreta típicamente en la expresión «el nuevo narcisismo», acuñada por Peter Marin en un artículo en el *Harper*, y en la de «la década del yo», usada peyorativamente por Tom Wolfe en la revista *New York*.²

La sensación de soledad de quienes se inician en el proceso transformativo se agrava por su propia dificultad para explicar cómo se sienten y por qué siguen en la brecha. Sin intentar describir la sensación de haber descubierto una especie de «bienestar» interior, un yo potencialmente completo y sano, a la espera de ser liberado, tienen miedo de resultar egoístas.

Hay un miedo a ser rechazado. El conocimiento que se obtiene en estas experiencias es con frecuencia huidizo, difícil de reconstruir. ¿Y si todas las percepciones que he tenido no fueran más que fantasmas, ilusiones? En el pasado hemos creído en promesas, que luego no se cumplieron. Hemos visto disolverse espejismos de esperanza, al intentar echarles mano. El recuerdo de todas estas decepciones, grandes y pequeñas, nos advierte:

"No te fíes..." .

Más común aún es el miedo a nuestras propias potencialidades más elevadas, como ha señalado Abraham Maslow. «Disfrutamos y hasta nos estremecemos de gozo ante las posibilidades *quasi* divinas que descubrimos en nosotros mismos en ciertos momentos culminantes. Y, no obstante, al mismo tiempo, temblamos de debilidad, de estupor y de miedo ante esas mismas posibilidades. » A menudo, la aparente falta de curiosidad no es más que una defensa. «El miedo a saber no es, en lo más hondo, más que un miedo a hacer», decía Maslow. El conocimiento entraña responsabilidad.

Hay un miedo a sí mismo, una resistencia a fiarse de las necesidades propias más profundas. Tememos caer en manos de los propios aspectos impulsivos. Imagínate que nos encontramos con que lo que realmente queremos en la vida resulta ser peligrosamente diferente de lo que tenemos. Y hay también un miedo, relacionado con ello, a sentirnos

absorbidos en un torbellino de experiencias extrañas, y, peor aún, a que pudieran gustarnos. O miedo a verse implicado en alguna técnica demasiado exigente: si empezamos a hacer meditación, igual tenemos que empezar a levantarnos a las cinco de la mañana o hacernos vegetarianos.

El hombre tiene miedo de cosas que no pueden hacerle daño, y ansía cosas que no pueden ayudarle, dice un texto hasídico. «Pero ahora tanto lo que teme como lo que ansía se encuentra dentro de él.» Tememos y ansiamos a un tiempo llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En algún punto, a la entrada, nos damos cuenta de que si continuamos tras este Santo Grial, ya nunca será todo exactamente como antes. Siempre podemos darnos la vuelta en el lugar de entrada. La oportunidad de retirarse está a la mano, como esa puerta de emergencia que hay en lo alto de la montaña rusa en Disneylandia, que abre el escape a quienes se lo piensan por segunda vez.

Para quienes siguen adelante, la segunda etapa es la *exploración*, el Sí después del No final. Con cautela o con entusiasmo, después de haber sentido que hay algo que merece la pena encontrar, el individuo parte en su búsqueda. Este primer paso, aunque pequeño, dado con seriedad, es fortificante y significativo. La misma búsqueda, como dice un maestro espiritual, es ya la transformación. Esta exploración consiste en ese «dejarse ir deliberado» que describe el psicólogo Eugene Gendlin. Ese dejarse ir permite emerger el conocimiento interior. Es un soltar intencional, como cuando aflojamos deliberadamente el agarre que mantenemos sobre algo. El agarre aquí es una contracción de la propia conciencia, un espasmo psíquico, que es preciso soltar antes para que pueda ocurrir algún cambio. Las psicotécnicas están diseñadas precisamente para liberar ese rígido aferramiento, a fin de poder flotar, de la misma forma que un salvavidas permite a una persona que se está ahogando soltarse de aquello a que se aferra contraído por el pánico, haciendo posible su rescate.

No sin ironía, participamos en las experiencias transformativas de la única forma que sabemos hacerlo: como consumidores, como competidores, operando aún desde la escala de valores del antiguo paradigma. Comparamos nuestra experiencia con las de los otros, nos preguntamos si lo estamos «haciendo bien», si vamos lo suficientemente deprisa, si hacemos progresos. Puede que intentemos tener de nuevo alguna experiencia que nos resultó especialmente gratificante o motivadora. Durante esta fase, numerosos individuos prueban muchas

técnicas y maestros, comparando los productos como buenos consumidores. En una era de viajes supersónicos y comunicaciones vía satélite, tenemos tendencia a esperar una gratificación instantánea, un resultado o un feedback inmediatos. Tal vez el proceso transformativo está hirviendo por debajo como un géiser, pero no podemos verlo y nos consumimos de impaciencia por falta de acción.

Algunos caen al comienzo en el cambio pendular. El primer método que conocen, sea la Meditación Trascendental, el footing, el Rolfing, o lo que sea, les parece la panacea contra todos los males, despreciando todas las demás técnicas. En este falso amanecer de certezas, surge a menudo un intenso afán de proselitismo. Los apóstoles en ciernes aprenden rápidamente que ninguna técnica vale para todo el mundo, y que los mismos métodos, a través de su insistencia en la concentración consciente, conducen finalmente a la conclusión de que no hay que esperar últimas respuestas. Como dice el escritor de ciencia-ficción Ray Bradbury, «todos andamos en la misma búsqueda, tratando de resolver el viejo misterio. Por supuesto, nunca llegaremos a resolverlo. Trataremos de subir hasta él por otros lados. Finalmente, llegaremos a habitar en el misterio...».

En la tercera etapa, la *integración*, se habita en el misterio. Aunque pueda preferir unos a otros métodos o maestros, el individuo confía en un «gurú» interior.

En las primeras etapas habla probablemente una cierta disonancia, un conflicto agudo entre las nuevas creencias y las viejas concepciones. Como una sociedad, que ha sufrido perturbaciones, lucha por rehacerse a sí misma echando mano de sus viejos instrumentos y estructuras, así el individuo intenta al principio mejorar la situación más que cambiarla, procura reformar antes que transformar.

Puede ahora haber una oscilación entre el entusiasmo y la sensación de soledad, porque el miedo se centra en el efecto de rompimiento que el proceso transformativo comienza a ejercer en el antiguo, y por ello querido, itinerario que uno se había trazado: la orientación de la propia carrera, relaciones, objetivos, valores... En medio de la vieja cultura emerge un nuevo yo. Pero surgen también nuevos amigos, nuevas gratificaciones, nuevas posibilidades.

En este período se emprende un nuevo tipo de trabajo, más reflexivo que la búsqueda atareada de la etapa de exploración. Así como un cambio de paradigma científico viene seguido por una operación de

«limpieza», tratando de encajar los cabos sueltos en el nuevo marco de referencia, de igual forma quienes emprenden el camino de la transformación personal padecen una necesidad de saber, que proviene de su cerebro izquierdo. El conocimiento intuitivo se ha adelantado a la comprensión. ¿Qué es lo que realmente ha ocurrido? El individuo experimenta, depura y somete a prueba sus ideas, las agita, les saca punta, deja que se expandan.

Muchos bucean en temas en los que nunca antes habían mostrado interés o aptitud, en un intento de aprender algo acerca de los cambios en la experiencia consciente. Pueden asomarse al campo de la filosofía, de la física cuántica, de la música, la semántica, la investigación sobre el cerebro o la psicología. De vez en cuando el «científico» neófito se retira durante un cierto tiempo para tratar de asimilar lo aprendido. La apertura ha sido inmensa. Todo le interesa ahora.

Curiosamente, mientras menos necesidad se experimenta de validación o justificación externa, tanto más el *propio* cuestionamiento puede alcanzar niveles realmente inquisitoriales. Generalmente, el individuo emerge robustecido, con una nueva sensación de fuerza y de seguridad, confirmado en su propósito.

En el punto de entrada el individuo descubriría la existencia de otros modos de conocimiento. En la exploración, se encontraba con una diversidad de técnicas capaces de hacerle conectar con esas otras formas de conocimiento. En la integración, después de haber comprobado que muchos de sus antiguos hábitos, ambiciones y estrategias no resultaban adecuados a sus nuevas convicciones, aprendía que existen otras formas de existir.

Ahora, en la cuarta etapa, la *conspiración*, descubre otras fuentes de poder y el modo de usarlo en beneficio de su propia plenitud y al servicio de los demás. El nuevo paradigma no solamente funciona en su propia vida, sino que parece también funcionar para los demás. *Si la mente es capaz de sanar y transformarse, ¿por qué no pueden unirse las mentes de unos y otros para sanar y transformar a la sociedad?* Antes, cuando intentaba comunicar las ideas de la transformación, se trataba más que nada de explicarse a sí mismo o de empujar a amigos y familiares a emprender el proceso. Ahora las vastas implicaciones sociales de la transformación le resultan evidentes.

Se trata de una conspiración para facilitar la transformación. No se trata de imponerla a quienes no están maduros para ella ni interesados en

ella, sino de hacerla posible para aquellos que sienten hambre de ella. Michael Murphy, cofundador de Esalen, sugería que hasta las mismas disciplinas estaban conspirando en favor de la renovación. «Hagamos patente esa conspiración. Podemos transformar nuestra vida ordinaria de todos los días en ese baile que es la razón de ser de este mundo.»

Paradójicamente, en este período en el que el individuo se plantea sus propias responsabilidades, roles y directrices, puede producirse un hiato en relación con su propio activismo social.

Después de todo, si tiene el poder de cambiar la sociedad, aunque sea en pequeña medida, más le vale considerar las cosas con toda atención. Puede así someter a total reconsideración ideas como poder, jerarquía y liderazgo. Hay un miedo a destruir una gran oportunidad de transformación social por caer en viejos patrones de conducta: conducta defensiva, egoísmo o timidez.

Ninguna narración individual del propio proceso transformativo puede, con propiedad, considerarse como típica, ya que cada una es única como una huella digital. Pero el avance de etapa en etapa si es algo que se repite frecuentemente en las historias individuales. Un joven que trabajaba como psicólogo clínico en un hospital del estado añadió, como apéndice a su respuesta al cuestionario de la Conspiración de Acuario una carta de cuatro páginas en la que describe el clásico proceso a que nos estamos refiriendo. En primer lugar, el *medio de entrada*:

"En la primavera de 1974 estaba justamente terminando mi tesis de licenciatura desde una perspectiva psicológica behaviorista... Una tarde, otro compañero de estudios y yo decidimos experimentar con LSD. Esa tarde tuve una experiencia que me resultaba difícil de explicar o de describir: la súbita sensación de un vórtice que se abría en mi cabeza y terminaba en algún lugar por encima de mí. Comencé a seguir esta sensación con mi atención. Según me elevaba empecé a perder el control y a sentir mucha presión y ruidos, y sensaciones corporales de flotar, de alejarme en ascensión, etc. De pronto, salté fuera del vórtice.

Lo que antes había contemplado como un complejo no muy atractivo de viviendas universitarias para estudiantes casados, se me representaba ahora como un conjunto de edificios de increíble belleza, que aún ahora no puedo describir. Había un orden, una sencillez y complejidad al mismo tiempo, como si todo tuviera sentido por sí

mismo y encajara a la perfección con los restantes elementos del entorno. En el fondo de esta experiencia, yo tenía una fuerte sensación de que no se debía exclusivamente al hecho de haber tomado la droga".

En los días que siguieron, se dedicó a preguntar a sus compañeros y profesores acerca de su experiencia, y fue «inmediatamente tachado de pirado». Al continuar preguntando, un compañero le instó repetidas veces para que leyera los libros de Don Juan de Carlos Castañeda. Al principio, se sentía escéptico. «Yo me consideraba un verdadero científico, y esas historias sobre un brujo indio me resultaban demasiado excéntricas. » Pero buscaba desesperadamente una respuesta. Dejó de lado sus protestas intelectuales, y entró de lleno en la etapa siguiente, la *exploración*:

"Cogí en mis manos el primer libro y a las pocas páginas me di cuenta de que alguien sabía también de las mismas experiencias. Me leí los restantes libros y decidí especializarme en esta área con vistas a mis exámenes y a mi exposición doctoral. En ese punto, yo no estaba aún seguro en qué me iba a especializar concretamente, ni sabía el nombre de lo que estaba buscando.

Después de un verano de lectura y ampliación de mis experiencias personales, había conseguido fijar la tarea que iba a emprender: utilizar la meditación como procedimiento estandarizado de exploración de la conciencia humana".

Aquel mismo verano comenzó a anotar en un diario sus ideas y experimentos, y estudió sus propios campos de percepción bajo los efectos del LSD (diez sesiones); usó también de diversas estrategias en orden a alcanzar alteraciones espectaculares de la conciencia. Ciertos episodios negativos, y que a veces hasta asustaban, le indujeron a dejar las drogas y a poner freno a la práctica de juegos psíquicos. «La meditación era un camino más prudente y seguro para procurarme la exploración de la conciencia y sus cambios, de una forma profunda y estable. » A fines de 1974, comenzó el período de *integración*:

"Durante el otoño y la primavera continué mi búsqueda personal usando como vehículo la meditación. Estaba redactando un informe sobre mi posición en torno a la meditación y la conciencia, enfocado a

mis exámenes de doctorado. Probé algunas de las cosas sobre las cuales estaba leyendo, como experiencias fuera del cuerpo, por ejemplo, y decidí que había allí una realidad, para la que no me sentía aún preparado. Además, yo sabía por mis lecturas que la meditación debe ser practicada de una forma más creativa".

Como puede observarse, actúa más seriamente. Han dejado de intrigarle los trucos y las habilidades paranormales, y ha dejado de preguntarse cuáles podrían llegar a dominar, para pasar ahora a preguntarse por lo que él mismo puede *ser*.

Una noche tuvo una experiencia extraordinaria. Había estado meditando antes de irse a dormir, y se despertó viendo una estructura tridimensional circular que estaba latiendo ante sus ojos. Al día siguiente hizo unos dibujos de la imagen, que más tarde pudo identificar como un *mantra*, esto es una forma usada en la contemplación en escuelas espirituales del oriente. Cuando se enteró de que Carl Jung había escrito acerca de la emergencia de formas semejantes desde el inconsciente colectivo, se sintió aún con más fuerza para defender la importancia psicológica de la meditación, incluso ante los profesores más escépticos de su universidad.

En 1975 expuso su tesis, basada en un estudio experimental de personas que habían estado practicando meditación, técnicas de relajación y biofeedback. Fue capaz de exponer sus descubrimientos en presencia del tribunal que debía juzgar su tesis, en el que se encontraba «un psicólogo behaviorista acérrimo» y un profesor profundamente introducido en el estudio de la conciencia.

En 1976 pasó a trabajar en un hospital del estado. Hacia 1977 se encontraba sin pensarlo en la cuarta etapa: la *conspiración*.

"A partir de este punto, el resto de mi relato se orienta, creo yo, hacia una síntesis, entrando en lo que usted llama la Conspiración de Acuario. Deseo continuar trabajando en psicología transpersonal, en meditación, en biofeedback, y en meditación con música, todo ello dentro del campo de la psicología clínica.

He trabajado con constancia, tratando de levantar la bandera transpersonal en este hospital, aunque lentamente, ya que en este estado no soplan los mismos vientos progresistas que en el área de la bahía y en Los Angeles. No obstante, el trabajo con la meditación

musical ha progresado hasta tal punto que el hospital nos ha dado una subvención... Ayer oí de gente que se interesaba por esto en una institución de Ohio, y hoy de gente de Washington.

Estoy encantado con el rumbo por donde me ha ido llevando mi meditación, e intento no olvidarme de «apresurarme despacio» en este camino. Poco a poco estamos infiltrándonos en el bloque granítico del tratamiento clínico que se hace por aquí... Estamos empleando el tratamiento experimental en la unidad de tratamientos intensivos, y hemos podido comprobar que funciona incluso con esquizofrénicos severamente enfermos"

Más tarde juntó sus esfuerzos con los de un psiquiatra perteneciente al staff del hospital (era de Oklahoma y había asistido durante un tiempo a un centro de meditación Zen en California), y con un psicólogo interno. Los tres habían estado trabajando durante más de un año en la necesidad de reformar el hospital, que estaba sobresaturado. Frustrados ante la continua resistencia de la administración, acudieron a presentar sus ideas a un máximo dirigente estatal, responsable de las instituciones.

El personaje, después de escucharles hasta el fin, les miró con toda franqueza: «Tal vez puedan sacarlo adelante». Y a continuación les sorprendió con esta cita, tomada de Carlos Castañeda: «Tal vez sea éste su centímetro cúbico de suerte».3

El plan de reorganización del hospital fue aceptado, prácticamente intacto, y el empleo de las psicotécnicas fue recomendado oficialmente como parte integrante del tratamiento clínico. Todo ello provocó un jaleo interno, a consecuencia de la cual fueron cesados o cambiados de destino varios de los supervisores, mientras que al psicólogo le fue ofrecido el puesto de administrador de una de las unidades. Finalmente se negó a aceptarlo. «Me di cuenta de que realmente yo no quería el dinero ni el *status* que ello representaba; que lo que yo quiero en realidad es trabajar con los pacientes. »

Hoy en día trabaja en su propia clínica privada, y es consultor en una prisión del Estado. También pertenece a un consejo oficial encargado de evaluar los servicios que se ocupan de la salud mental.

"Es interesante observarme a mí mismo en este cambio reciente en mi vida, desde que realmente me lancé al vado... Es curioso observar cómo voy asumiendo riesgos, sin saber a dónde me pueden

conducir. La antigua sensación negativa de un posible fracaso siempre está ahí a la vuelta de la esquina, pero mi creciente sensación de centramiento acaba siempre por borrar del mapa estos fantasmas molestos surgidos de las sombras. Estaré atento a mi próximo centímetro cubico".

Este tránsito de la experimentación fortuita al interés serio, al compromiso y a la conspiración, no es ni típico ni raro.

Los descubrimientos

Las psicotécnicas, actuando a modo de picos, azadas, compases o prismáticos, han ayudado a restablecer señales interiores de demarcación que han recibido nombres diversos en las diversas culturas a lo largo del tiempo. Para comprender mejor el proceso transformativo, vamos a contemplar los paisajes descubiertos a la luz de esas señales. Los descubrimientos, como veremos, son mutuamente dependientes y se refuerzan entre sí, sin que puedan aislarse claramente unos de otros. Tampoco son necesariamente secuenciales; algunos ocurren simultáneamente. También se profundizan y se modifican; ninguno de ellos se puede considerar acabado de una vez por todas.

Históricamente, la transformación ha sido descrita como un *despertar*, como una nueva cualidad de la atención. Y de la misma forma que nos admiramos de haber tomado como real el mundo de nuestros sueños una vez que hemos salido de él, así quienes han experimentado un ensanchamiento de su conciencia se sorprenden de haber creído estar despiertos cuando no hacían más que andar como sonámbulos. Toda persona se siente temerosa hasta que despierta su humanidad, decía Blake. «Si limpiásemos las puertas de la percepción, veríamos el mundo tal como es, esto es, infinito.» Y el Corán advierte: «Los hombres están dormidos. ¿Tienen que morir antes de despertar?».

El estado de ensanchamiento de la conciencia recuerda a muchos sensaciones tenidas en la infancia, cuando sus sentidos estaban claros y abiertos y el mundo parecía cristalino. Realmente, los individuos que mantienen una continua lucidez en su edad adulta son escasos. Investigaciones realizadas sobre el sueño han demostrado que la mayoría de los adultos muestran signos fisiológicos de somnolencia a lo largo de sus horas de vigilia, y sienten que ese estado es perfectamente normal.

En su famosa *Oda sobre los indicios de inmortalidad*, William Wordsworth describe esa progresiva cerrazón de los sentidos: el esplendor y el sueño se marchitan, la casa-prisión se cierra en sí misma tras la infancia, y se viene encima la costumbre, «pesada como el hielo». La prisión es nuestra atención fragmentada, controladora, irritada, siempre planeando o recordando pero no *siendo*. Ante la necesidad de bregar con los problemas cotidianos, sacrificamos la conciencia del milagro de la conciencia. Como decía el apóstol Pablo, vemos a través de un espejo, oscuramente, no cara a cara. Una y otra vez resurge la metáfora del despertar aplicada a la nueva vida. Estábamos muertos dentro del vientre, no habíamos nacido.

Uno de los conspiradores de Acuario, un acaudalado agente inmobiliario, informaba en su respuesta al cuestionario:

"Fue en mi primer viaje a Esalen, hace unos cuantos años. Acababa de hacer una sesión de Rolfing, y había salido a dar un paseo.

De pronto me sentí sobrecogido por la belleza de cuanto veía. Esta experiencia vívida y trascendente abría, desgarrándola, la limitación de mi visión. Nunca había creído que la exaltación emocional fuera posible. Pero en esta experiencia en solitario, de media hora de duración, me sentí unido a todo, sentí la conexión, el amor universal. Este rato grandioso destruyó de forma definitiva mi antigua visión de la realidad".

Y se preguntaba, como muchos otros: Si me ha sucedido esto una vez, ¿Por qué no va a sucederme más veces?.

Se descubre así una nueva comprensión de *sí mismo*, algo que tiene muy poco que ver con el ego, con el egoísmo. Hay múltiples dimensiones en uno mismo; la sensación de estar recién integrado como individuo... , la sensación de estar ligado con los otros como si fueran uno mismo... y la fusión con un Sí mismo aún más universal y primario.

Al nivel individual, descubrimos un sí mismo al que no le gusta competir. Es curioso como un niño, y disfruta poniendo a prueba sus fuerzas cambiantes. Es además ferozmente autónomo. No persigue ganancia alguna, sino conocerse mejor a sí mismo, sabiendo que nunca llegará a alcanzar el fondo de sus propias posibilidades. Como decía un ex alcohólico, «la única persona que necesito ser es yo mismo. Puedo hacer esto bien. Realmente, nunca podré fracasar si me limito a ser yo y dejar

que tú seas tú». La redefinición de sí mismo desplaza toda competición. «El gozo de esta búsqueda no está en el triunfo sobre los otros, decía Theodore Roszak, sino en el cultivo de las cualidades que compartimos con ellos y de la propia unicidad, lo cual nos eleva por encima de toda competición.»

El conocimiento de sí mismo es una ciencia; cada uno de nosotros es un laboratorio, nuestro *único* laboratorio, nuestra más cercana visión de la naturaleza en sí misma. «Si las cosas van mal en el mundo, algo va mal dentro de mí», decía Jung. «Por tanto, si soy sensible, primero trataré de ponerme bien yo mismo.»

El sí mismo liberado por el proceso transformativo reúne en sí aspectos que habían sido relegados. Algunas veces esto lo experimenta la mujer como capacidad de actuar (el principio masculino), y el hombre como la aparición de sentimientos maternales (el principio femenino). La literatura budista describe pintorescamente esta reunión como *sabaja*, «nacidos juntos». A medida que la naturaleza innata se reafirma, la turbulencia emocional disminuye. La espontaneidad, la libertad, el equilibrio y la armonía parecen aumentar. «Es como hacerse real», decía alguien al responder el cuestionario. Sufríamos una división en todos los niveles, incapaces de poner paz en medio de pensamientos y sentimientos contradictorios. Poco antes de su suicidio, el poeta John Berryman expresaba el deseo universal: «unificar mi alma múltiple...». Cuando respetamos y aceptamos nuestras identidades fragmentadas, entonces hay reunión y renacimiento.

Si hay un renacimiento, ¿qué es lo que muere? Tal vez el actor. Y las ilusiones: de que uno es una víctima, de que tiene razón, que es independiente, o que es capaz de obtener todas las respuestas. La «ilusionectomía» puede ser una operación dolorosa, pero es rica en recompensas. «Conocerás la verdad, dice un personaje de la obra de Brunner *Shockwave River*, y la verdad te hará ser tú.»

Un conspirador de Acuario hablaba de la experiencia de «una potenciación interna, una mayor competencia que parece provenir de una mayor apertura emocional, de ser capaz de echar mano de todos los aspectos de uno mismo. Cuando decimos que alguien es fuerte, parecemos estar hablando de alguien que no necesita ir pidiendo excusas. No tiene nada que ver con su posición, tampoco. Todo el mundo puede ser fuerte en este sentido».

La directora de una revista de Boston declaraba que su experiencia

transformativa más viva había sido aprender a ver sin las gafas que había estado usando durante dieciocho años. Usando el método de reducción del stress mental diseñado por William Bates, había tenido un «flash» de claridad visual.

"Cuando tuve el primer flash, una fuerza poderosa parecía decirme en mi interior: «Ahora que nos has dejado ver un poco, insistimos en querer llegar a ver perfectamente». Me di cuenta de que todos somos completos y perfectos desde este mismo momento, y que si no experimentamos esa integridad es porque la hemos tapado.

Se requiere menos energía para sentirse libre y dejarse ir que para mantenerse bloqueado por el estrés, y hay algo dentro de nosotros que ansía experimentar y expresar esa sensación de fluir con libertad. Aprendemos a base de soltarnos y dejarnos ir, no a base de añadirnos cosa alguna."

Esa perfección, esa integridad, no se refiere a ningún logro superior, ni tiene nada que ver con la rectitud moral ni con la personalidad. No pertenece al plano de lo que se puede comparar, ni siquiera es algo personal. Más bien es una captación intuitiva de la naturaleza, de la integridad de forma y función en la vida misma, la conexión con un proceso perfecto en sí mismo. Es reconocernos a nosotros mismos, aunque sea brevemente, como hijos de la naturaleza, no como extraños en este mundo.

Más allá de la reunificación personal, de la reconexión interna y de la recuperación de porciones perdidas de uno mismo, está la conexión con un Sí mismo aún más amplio, con ese invisible continente sobre el que todos construimos nuestro hogar. En su respuesta al cuestionario de la Conspiración de Acuario, un profesor de universidad contaba cómo le había afectado profundamente una larga estancia en zonas remotas de las islas de Indonesia, donde sintió «una especie de círculo mágico, una unidad intacta con la vida entera y con los procesos cósmicos, en donde se incluía mi propia vida».

El sí mismo separado es una ilusión. Muchos de los que respondieron al cuestionario hacían hincapié en el hecho de haber abandonado la idea de que eran individuos encapsulados. Una psicóloga afirmaba haber abandonado la idea del sí mismo en continua lucha, «la idea de que el yo existía de la forma que ingenuamente había supuesto, y

de que ese *yo* alcanzaría algún día el premio de la iluminación». El sí mismo es un campo dentro de otros campos más amplios. El poder surge de la unión del sí mismo con el sí mismo. La fraternidad se apodera del individuo como un ejército, no los lazos obligatorios de familia, nación o iglesia, sino una conexión viva y vibrante, el yo-tú unificador de Martín Buber, una fusión espiritual. Este descubrimiento transforma a los extraños en hermanos, y nos hace conocer un mundo nuevo y amistoso.

Viejas palabras, como «compañerismo» o «comunidad» adquieren nuevos significados. La palabra «amor» puede aparecer en el vocabulario con una frecuencia creciente; pese a su ambigüedad y a sus connotaciones de sentimentalismo, no hay otra palabra que exprese de forma más aproximada la nueva sensación de conexión e interés por los demás.

Surge una nueva y diferente conciencia social, que un hombre expresaba en términos de hambre apremiante:

"No puedo seguirme protegiendo frente a la realidad del hambre que sufre mucha gente, simplemente pretextando que son extranjeros que no tienen nombre ni cara para mí. Ahora sé quiénes son. Son justamente como yo, sólo que ellos están pasando hambre. No puedo seguir pretendiendo que ese conjunto de acuerdos políticos que llamamos «países», me separe del niño que llora, muerto de hambre, en medio mundo".

El grupo es el sí mismo del altruista, ha dicho alguien alguna vez. Cuando se aviva la empatía, la sensación de participar en el conjunto de la vida, y se siente más tristeza y más alegría junto a la inquietante conciencia de la multiplicidad y la complejidad de las causas, resulta bastante difícil creerse mejor que los demás y estar dispuesto a juzgar a los otros.

Más allá incluso del sí mismo colectivo, de la conciencia de la propia vinculación con los otros, está el Sí mismo trascendente, universal. El paso de lo que Edward Carpenter llamaba «el pequeño yo local» al Sí mismo que penetra el universo entero, ha sido también descrito por Teilhard como su primer viaje al «abismo»:

"Me di cuenta de que estaba perdiendo contacto conmigo mismo. A cada paso que descendía, se iba descubriendo en mi interior una nueva persona, de cuyo nombre no podía ya estar seguro y que había dejado de obedecerme. Y cuando hube de detenerme en mi exploración,

ción, al desaparecer el camino bajo mis pies, me encontré con un abismo sin fondo ante mí, del que brotaba, sin yo saber de dónde, la corriente que me atrevo a llamar mi vida".

La cuarta dimensión no es otro lugar; es *este* lugar, y es inmanente a nosotros, es un proceso.

La *importancia del proceso* es otro descubrimiento. Los objetivos y los puntos finales importan menos. Urge más aprender que almacenar información. Es mejor cuidar de algo que guardar algo. Los medios *son* los fines. El destino es el viaje. Comenzaremos a darnos cuenta de qué formas hemos pospuesto la vida, sin prestar nunca atención al momento.

Cuando la vida se convierte en proceso, desaparecen las viejas distinciones entre ganar y perder, entre éxito y fracaso. Cualquier cosa, incluso un resultado negativo, puede enseñarnos algo, impulsándonos a proseguir la búsqueda. Estamos experimentando, explorando. En el paradigma ampliado no existen «enemigos», sólo cierta gente útil, aunque irritante, cuya oposición atrae la atención hacia determinados puntos de conflicto, a modo de espejo que agrandase las figuras.

Viejos adagios, que en otro tiempo eran solamente poesía, parecen ahora profundamente verdaderos. Como Santa Catalina de Siena: «Todo el camino que conduce al cielo es cielo». Cervantes: «El camino es mejor que la posada». García Lorca: «Nunca llegaré a Córdoba». C. P. Cavafy: «Itaca te ha proporcionado un hermoso viaje», y Kazantzakis: «Itaca es el viaje mismo» .

Cuando disfrutas del camino, la vida resulta más fluida, menos segmentada; el tiempo se vuelve más circular y sutil. A medida que el proceso gana en importancia, los antiguos valores comienzan a modificarse, como líneas onduladas frente a un espejo de papel de plata. Los enfoques cambian: lo que era grande puede parecer pequeño, distante, y lo que era trivial puede sobresalir como Gibraltar.

Y descubrimos que *todo es proceso*. El mundo sólido es un proceso, una danza de partículas subatómicas. Una personalidad es un conjunto de procesos. El miedo es un proceso. Un hábito es un proceso. Un tumor es un proceso. Todos estos fenómenos aparentemente fijos se recrean a cada momento, y pueden ser cambiados, reordenados y transformados de mil maneras.

La *conexión cuerpo-mente* es un descubrimiento relacionado con el proceso. No solamente el cuerpo es un reflejo de todos los conflictos de

la mente, pasados y presentes, sino que la reorganización del uno lleva aparejada la del otro. Técnicas psicoterapéuticas como la terapia reichiana, la bioenergética y el Rolfing operan la transformación a través de una reestructuración y realineamiento del cuerpo. Cualquier intervención en el bucle dinámico que forma el cuerpo-mente afecta al conjunto.

Un joven adepto de un método de trabajo corporal llamado Neurokinestesia, describía así su propia transformación:

"Estoy asombrado de cómo ha cambiado y cómo sigue cambiando mi vida. Hay numerosos cambios físicos, y estoy aprendiendo a detectar claves corporales provenientes de diferentes sistemas, incluso de los que se supone que son autónomos. Al mismo tiempo me siento mejorar en mi relación con la gente...

A principios de los años setenta yo y mis amigos nos sentíamos descontentos con el mundo. Nuestras «soluciones» eran intelectualizaciones radicales y retóricas, estudios provenientes básicamente de la propia frustración. Sabíamos que el mundo tenía que cambiar, pero nuestras respuestas no eran satisfactorias, porque no estábamos abordando el sufrimiento humano en el nivel adecuado.

No podemos hacernos cargo de una situación, si no somos capaces de controlar el entorno, esto es, nuestros propios cuerpos, físico, mental y espiritual. Ahí está el verdadero sufrimiento.

No necesitamos estar en tensión. Podemos estar en armonía con el entorno, mirando el mundo con una perspectiva clara. A medida que nuestros cuerpos aprenden a fluir, tanto más libremente podemos relacionarnos con otros seres, con otra gente, con las situaciones".

Una mayor conciencia implica ante todo una conciencia mayor del cuerpo. Según nos vamos sensibilizando a los efectos que producen en el cuerpo, momento a momento y día a día, las emociones estresantes de todo tipo, aprendemos también a manejar el estrés de forma más directa. Descubrimos nuestra capacidad para controlar el estrés, incluso cuando tiende a aumentar, respondiendo en su presencia de un modo diferente.

El cuerpo puede ser también un medio de transformación. Poniendo a prueba los propios límites en la práctica del deporte, la danza o ejercicios diversos, descubrimos que el propio ser físico es un sistema bioeléctrico fluido y plástico, y no una cosa. Al igual que la mente, alberga potenciales asombrosos.

Uno de los descubrimientos más dulces es el de la *libertad*, la entrada en ese lugar que las *Upanishads* sitúan «más allá de penas y peligros». En el seno de la propia biología, se encuentra la llave de la prisión que supone el miedo al miedo, la ilusión de estar aislado. El saber que proviene del cerebro completo nos muestra la tiranía de la cultura y de la costumbre. Restablece nuestra autonomía, integrando nuestro dolor y nuestra ansiedad. Tenemos libertad para crear, para cambiar, para comunicar. Tenemos libertad para preguntar «¿por qué?» Y «¿por qué no?».

«Justamente el hecho de ser un poco más consciente modifica nuestra forma de actuar», dice Joseph Goldstein, maestro de meditación. «Una vez que hemos entrevisto lo que sucede, es muy difícil dejarnos coger en las mismas viejas trampas... En el trasfondo, hay una vocecita que dice: "¿Qué estás haciendo?"»

Las psicotécnicas ayudan a romper la «hipnosis cultural», la ingenua pretensión de que los emblemas y postulados de nuestra propia cultura representan verdades universales o un punto culminante de la civilización, de alguna manera. El robot se rebela, la estatua de Galatea se torna en carne viviente, Pinocho se pincha un brazo y se da cuenta de que no es de madera.

Un sociólogo de cincuenta y cinco años describía así el amanecer de su libertad:

"Un sábado por la mañana, a fines de septiembre de 1972, me dirigía a una pista de tenis para jugar por enésima vez. De pronto, me dije a mí mismo: "¿Para qué hago esto?"... Súbitamente me hice consciente de que el mundo de las actividades convencionales y de las interpretaciones socialmente aceptadas de la realidad era superficial e insatisfactorio.

Me había pasado cuarenta y ocho años luchando sin éxito por alcanzar felicidad y plenitud desde las diversas identidades que socialmente me eran asignadas, en la prosecución de objetivos que contaban con el beneplácito de la sociedad.

Siento haber alcanzado ahora la libertad, tan plena y realmente como podría sentirlo un esclavo fugitivo en el período anterior a la guerra civil. En un momento dado, me sentí libre del miedo y la culpabilidad asociados a mi educación religiosa. En otro momento, hubo un cambio cuando comencé a identificarme a mí mismo no por mi nombre, mi status o mi rol, sino como un ser libre innominado".

Toda sociedad, con su repertorio de juicios automáticos, limita la visión de sus miembros. Desde nuestra más tierna infancia, nos vemos sometidos a la seducción de un sistema de creencias, que acaba por injertarse en nuestra experiencia de un modo tan inextricable, que somos incapaces de distinguir entre cultura y naturaleza.

El antropólogo Edward Hall afirmaba que la cultura es un medio que afecta a todos los aspectos de la vida: lenguaje corporal, personalidad, manera de expresarnos, modo de diseñar la propia comunidad. Somos incluso prisioneros de nuestra propia idea del tiempo. Nuestra cultura, por ejemplo, es «monocrónica», cada cosa a su tiempo; mientras que en otras muchas culturas que existen en este mundo el tiempo es «policrónico». En un tiempo policrónico, las tareas y los acontecimientos empiezan y acaban de acuerdo con el tiempo natural que tardan en terminarse, más que a tenor de pautas rígidas preestablecidas.

"Para la gente criada en la tradición monocrónica del norte de Europa, el tiempo es lineal y segmentado, como una carretera o una cinta que se extiende hacia delante en el futuro y hacia atrás en el pasado. Es también tangible. Hablan de él como de algo que se puede ahorrar, gastar, perder, recuperar, acelerar, enlendar, y que puede hasta escurrirse o correr".

Aunque el tiempo monocrónico es algo arbitrario, algo que aprendemos o que nos es impuesto, tendemos a considerarlo como si estuviera inscrito en el universo. El proceso transformativo nos vuelve más sensibles a los ritmos y a los impulsos creativos de la naturaleza, así como a las oscilaciones de nuestro propio sistema nervioso.

Otro tipo de liberación, la libertad frente a los «apegos», es quizá, para muchos occidentales, la idea menos comprensible de la filosofía oriental. El «desapego» nos suena a sangre fría, y la «ausencia de deseos» nos resulta poco deseable.

De forma más adecuada, debería entenderse el desapego como no-dependencia. Nuestra agitación interna es, en buena medida, reflejo del miedo que tenemos a perder algo: dependemos, efectivamente, de ciertas personas, de determinadas circunstancias, o de cosas que escapan a nuestro control. En algún nivel sabemos que la muerte, la indiferencia, el rechazo, o un cambio de fortuna pueden dejarnos desnudos, tirados por

la marea alta una mañana sobre la playa. Y sin embargo, seguimos aferrándonos desesperadamente a cosas que en definitiva no podemos retener. El desapego es la actitud más realista que podemos adoptar. Consiste en liberarse de andar siempre pensando en lo que deseáramos, de andar siempre queriendo que las cosas fuesen de otro modo.

Al hacernos conscientes de la futilidad de pensar en lo que se desea, las psicotécnicas nos ayudan a liberarnos de insanas dependencias. Crece nuestra capacidad de amar sin negociaciones ni expectativas, y la capacidad de gozar sin ningún tipo de hipotecas emocionales. Al mismo tiempo, la conciencia incrementada es capaz de dar lustre a las cosas y a los sucesos más simples de cada día, de modo que lo que puede parecer un cambio hacia un tipo de vida más austero, supone con frecuencia el descubrimiento de otras riquezas más sutiles y menos perecederas.

Otro descubrimiento: no nos liberamos hasta que no liberamos a los demás. Mientras tenemos necesidad de controlar a otros, por buenos que puedan ser nuestros motivos, estamos prisioneros de esa necesidad. Al darles libertad, nos liberamos nosotros mismos. Y ellos quedan libres para crecer a su manera.

André Kostelanetz recordaba cómo Leopoldo Stokowski revolucionó la forma orquestal simplemente liberando a los músicos:

"Dispensó a las cuerdas del movimiento uniforme del arco, Sabiendo que la fuerza de la muñeca es diferente en cada músico, y que para sacar de sus cuerdas la más rica tonalidad, cada músico debe contar con un máximo de elasticidad. Leopoldo animaba también a los instrumentistas de viento a que respiraran a su antojo. Como él decía, no le preocupaba cómo tocaran, con tal de que la música resultase hermosa".

Los lazos culturales son con frecuencia invisibles, y sus paredes son de cristal. Podemos creer que somos libres. *No podemos salir de la trampa hasta darnos cuenta de que estamos en ella.* Solamente nosotros, observaba hace mucho tiempo Edward Carpenter, somos los "guardianes y carceleros". Una y otra vez, la literatura mística describe la miserable condición humana como una prisión innecesaria; es como si la llave estuviera siempre a nuestro alcance a través de los barrotes, pero jamás nos preocupamos de buscarla.

Otro descubrimiento: la *incertidumbre*. No ya la incertidumbre

momentánea, que puede pasar, sino la incertidumbre oceánica, el misterio que baña para siempre nuestra orilla. Aldous Huxley decía en *Las puertas de la percepción*:

"El hombre que vuelve a atravesar la Puerta del Muro nunca será ya igual al hombre que salió por ella. Será más sabio, pero menos jactancioso; más feliz, pero menos complacido de sí mismo; más humilde en reconocer su ignorancia, y sin embargo estará mejor equipado para comprender las relaciones entre las palabras y las cosas, entre la razón y el Misterio insondable que trata para siempre en vano de abarcar".

O bien, como lo expresaba Kazantzakis, el verdadero significado de la iluminación es «contemplar todas las oscuridades con ojos iluminados».

Las psicotécnicas no "causan" la incertidumbre, como tampoco fabrican la libertad. Solamente abren nuestros ojos a una y otra. Lo único que se pierde es la ilusión. Lo único que ganamos es lo que ya era nuestro desde siempre, aunque no lo reclamáramos. James Thurber lo sabía muy bien: «La seguridad no está en los números ni en ninguna otra cosa». En realidad nunca tuvimos seguridad alguna, sólo su caricatura.

Mucha gente ha vivido toda su vida tranquilamente envuelta en el sentido de misterio. Otra, que han perseguido la certeza como un cazador persigue a su presa, puede sentirse sacudida al encontrarse con la misma razón convertida en boomerang. No solamente la vida cotidiana está llena de sucesos inexplicables, ni solamente se comporta la gente de maneras que podríamos tachar de irracionales, sino que incluso las avanzadillas del pensamiento racional, la lógica formal, la filosofía formalista, las matemáticas teóricas, la física, están minadas de paradojas. Un gran número de conspiradores de Acuario afirmaban haber descubierto los límites del pensamiento racional a partir de su propia preparación científica. He aquí algunas respuestas típicas a la pregunta: «¿Qué ideas principales se vio usted obligado a abandonar?»

«La prueba científica como único medio de comprensión. »

«Que el racionalismo lo era todo. » «La fe en lo puramente racional.

»

«Que la lógica era todo lo que había realmente. »

«La perspectiva lineal. »

«La visión mecanicista de la ciencia, en la que fui siempre formado. »

«La realidad material. »

«La causalidad. »

«Comprendí que la ciencia había limitado su forma de conocer la naturaleza. »

«Tras muchos años de búsqueda intelectual de la realidad, con el hemisferio izquierdo, una experiencia con LSD me enseñó que había otras realidades alternativas. »

Efectivamente, todos ellos habían abandonado la certeza.

En su obra *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance* (El Zen y el arte de cuidar motocicletas), Robert Pirsig describía el riesgo de presionar la razón hasta el límite, donde ésta se repliega sobre sí misma. «En las regiones elevadas de la mente, observaba, es preciso adaptarse a los aires más finos de la incertidumbre y a la enorme magnitud de las cuestiones planteadas... »

Cuanto más significativa sea la pregunta, tanto menos probable es encontrarle una respuesta inequívoca. El reconocimiento de la propia incertidumbre nos anima a experimentar, y son las experiencias las que nos transforman. Somos libres de conocer la respuesta, tenemos libertad para cambiar de posición, e incluso para no adoptar ninguna posición. De esa forma, aprendemos a reformular nuestros problemas. Seguir haciéndonos una y otra vez la misma pregunta sin encontrar respuesta es como seguir buscando lo que hemos perdido en los sitios donde ya hemos mirado. La respuesta, como los objetos perdidos, se encuentra en alguna otra parte. Una vez que nos descubrimos capaces de poner en cuestión los presupuestos escondidos tras nuestras viejas preguntas, podemos fomentar nuestros propios cambios de paradigma.

Aquí, como en muchos otros sitios, los descubrimientos están entrelazados. El reconocimiento del proceso permite soportar la incertidumbre. La sensación de libertad requiere incertidumbre: porque necesitamos tener libertad para cambiar, modificar, o asimilar la nueva información, según vamos avanzando. La incertidumbre es el compañero inseparable de todo explorador. Paradójicamente, cuando renunciamos a la necesidad de certeza en términos de control o de respuestas fijas, encontramos en compensación un nuevo tipo de certeza, no apoyada en hechos, sino en la sensación de ser dirigido. Comenzamos a fiarnos de la *intuición*, de ese conocimiento de todo el cerebro, al que el científico y filósofo Michael Polanyi da el nombre de «tácito saber». A medida que sintonizamos con las señales interiores, éstas parecen hacerse más fuertes.

Quien se inicia en la práctica de las Psicotécnicas se da pronto cuenta que aquellas pulsiones y "atisbos" interiores no contradicen a la razón, sino que representan un modo trascendental de razonar, debido a la capacidad de análisis simultáneo que posee el cerebro, que no podemos seguir ni comprender conscientemente. Saul Bellow describía en su obra *Mr. Sammler's Planet* la forma en que generalmente frustramos ese modo de conocimiento:

"El hombre intelectual se había convertido en una fuente de explicaciones. Los padres explicaban a sus hijos, las mujeres a sus maridos, los conferenciantes a los oyentes... , la historia, las estructuras, los porqués. La mayor parte de las veces, por un oído les entraba y por otro les salía. El espíritu quería lo que quería. Tenía su propio modo de conocimiento natural. Y se sentía desgraciado, sentado sobre la superestructura de la explicación, como un pobre pájaro, sin saber hacia dónde volar".

Las psicotécnicas nos conducen a fiarnos más del «pobre pájaro», a dejarlo volar. La intuición, ese modo de «conocimiento natural», se convierte en compañero cotidiano, depositario de nuestra confianza para dejarnos guiar por él incluso en decisiones de menor entidad, lo que genera una sensación creciente de estar fluyendo y actuando de la forma más adecuada.

Íntimamente unida a la intuición está la *vocación*, literalmente la «llamada». Como decía Antoine de Saint Exupéry de la libertad: «No existe más libertad que la de quien se abre paso para llegar a algo».

La vocación es el proceso de abrirse paso para llegar a algo. Es la dirección más que el objetivo. Una conspiradora, una ama de casa que se dedicó después a hacer películas, decía después de haber tenido una experiencia cumbre: «Me sentía como si hubiera sido llamada para servir a un plan de alguien en favor de la humanidad». Los conspiradores típicamente afirman sentirse colaborar con los acontecimientos más que controlarlos o sufrirlos, de un modo semejante a cómo un maestro de aikido aumenta su fuerza a base de aprovechar las fuerzas en juego, incluso las que se le oponen.

El individuo descubre una nueva forma de voluntad flexible que le ayuda a seguir la vocación. A esa voluntad se le ha dado a veces el

nombre de «intención». Es lo opuesto a algo accidental, supone una cierta deliberación, pero no posee esa cualidad férrea, que normalmente asociamos con la voluntad.

Para Buckminster Fuller, el compromiso tiene «algo de místico. En el momento que uno empieza a hacer lo que quiere hacer, realmente se inaugura una especie de vida diferente». Resaltando el mismo fenómeno, W. H. Murray decía que todo compromiso parece alistar en su favor a la misma Providencia. «Ocurre toda suerte de cosas en ayuda de uno, que de otro modo jamás habrían ocurrido. La decisión pone en marcha toda una cadena de acontecimientos, que hacen surgir en favor de uno toda especie de incidentes y encuentros imprevistos y ayudas materiales que nadie podría haber soñado que llegaran de ese modo.»

La vocación es una mezcla curiosa de voluntariedad e involuntariedad, de elección y de abandono. La gente señala que a la vez que se sienten fuertemente empujados en una dirección o a realizar ciertas tareas, están también convencidos de que de alguna manera «tenían» que dar justamente esos pasos. Un poeta y artista, M. C. Richards, decía: «La vida se desenvuelve siempre en una u otra frontera, haciendo incursiones a lo desconocido. Su camino nos lleva siempre más allá, hacia la verdad. Y no podemos decir que sea un inútil deambular sin dejar huella, pues según va apareciendo el camino parece haber estado allí a la espera de los pasos... , hay pues sorpresas, pero hay también continuidad».

Después de su viaje a la luna, el ex astronauta Edgar Mitchell se interesó hondamente en promover el estudio de los estados de conciencia, y fundó una organización con el fin de recoger fondos para ese objeto. En un momento dado, hizo esta observación a un amigo: «Me siento como si estuviera obrando al dictado... Justo cuando pienso que todo está perdido, y tengo que poner el pie sobre el abismo... algo surge para sostenerlo en el preciso momento».

Para algunos hay un momento consciente en el que se elige. Para otros, el compromiso sólo resulta reconocible al mirar hacia atrás. Dag Hammarskjöld describía así el tránsito operado en su propia vida, de ser algo ordinario a ser algo pleno de sentido:

"No puedo decir de quién o de qué partió la pregunta, ni tampoco cuándo fue hecha. Ni siquiera recuerdo haberla contestado. Pero en un cierto momento se que respondí a alguien o a algo. Y desde ese punto tuve la certeza de que la existencia tiene pleno sentido

y que, por tanto, vivir en el abandono daba a mi vida un objetivo".

Jonas Salk, descubridor de la primera vacuna contra la polio, y comprometido también con un modelo evolutivo de transformación social, aseguraba en cierta ocasión: «Frecuentemente he sentido no tanto haber yo elegido, cuanto haber sido elegido. ¡Y algunas veces he deseado con todas mis fuerzas desentenderme de ello!». Pero añadía que, incluso así, todo cuanto se sentía compelido a hacer a pesar de sus racionalizaciones en contra, resultaba al final inmensamente satisfactorio.

Hablando de su propia experiencia, Jung decía: «La vocación actúa como una ley divina, de la que no hay escapatoria». La persona creativa está como poseída, cautivada por un demonio que la dirige. A menos que asintamos al poder de esa voz interior, la personalidad no puede evolucionar. Aunque a veces tratamos mal a quienes escuchan esa voz, decía, son ellos sin embargo quienes «se convierten en héroes de leyenda».

Al aumentar nuestra sensibilidad consciente con respecto a las señales interiores, las psicotécnicas favorecen el sentido vocacional, esa dirección interna que espera ser descubierta y liberada. Frederick Flach señalaba que cuando una persona ha resuelto sus problemas y está dispuesta a enfrentarse al mundo con energía e imaginación, las cosas se ordenan por sí mismas, como si entre las personas y los acontecimientos se diera una colaboración que incluyera la cooperación del destino como aliado:

"Carl Jung llamó «sincronicidad» a ese fenómeno. Lo definió como «ocurrencia simultánea de dos acontecimientos conectados entre sí por su significado pero sin ningún tipo de conexión causal entre ellos...» En el mismo momento en que luchamos por mantener un sentimiento de autonomía personal, nos vemos cogidos también en el flujo de fuerzas vitales mucho más poderosas que nosotros, de modo que mientras seguimos siendo los protagonistas de la propia vida, figuramos también como extras, como portadores de lanzas, en otro drama mucho más amplio...

Este fenómeno nos suena a místico tan sólo porque no lo comprendemos. Pero supuesto el marco mental correcto, la apertura, hay innumerables claves disponibles, la posibilidad de sintetizar las claves en un todo".

Cantidad de conspiradores describen una fuerte sensación de tener una misión que cumplir. He aquí un relato típico:

"Un día, en la primavera de 1977, mientras daba un paseo después de haber estado meditando, tuve una sensación eléctrica, que duró unos cinco segundos, durante los cuales me sentí enteramente integrado en la fuerza creativa del universo. Pude "ver" el tipo de transformación espiritual que estaba intentando realizar, la misión que tenía que cumplir en mi vida, y diversos caminos alternativos por donde podría llevarlo a cabo. Elegí uno de ellos, y estoy haciendo que suceda..."

El sueño que todo hombre lleva en su corazón, decía en cierta ocasión Saul Bellow, es encontrar un cauce significativo para su vida. La vocación nos ofrece ese cauce.

Un descubrimiento que nos induce a la moderación es, no ya la culpa ni el deber, sino la *responsabilidad* en el más puro sentido de su raíz latina: el acto de devolver, de responder. Podemos escoger el modo de participar en el mundo, el modo de responder a la vida. Podemos ser coléricos, bondadosos, humorísticos, compasivos o paranoicos. Al darnos cuenta de nuestras formas habituales de respuesta, podemos ver las maneras cómo hemos perpetuado nuestras propias tribulaciones.

Las psicotécnicas, al focalizar la atención en los propios procesos de pensamiento, nos muestran en qué proporción generamos nuestra experiencia sobre la base de respuestas automáticas y a prejuicios. Un abogado de Los Ángeles recordaba la percepción cegadora que tuvo de la responsabilidad en los años sesenta, cuando era estudiante de primer año de Derecho y se prestó como voluntario para participar en un experimento sobre los efectos del LSD que se realizaba en la universidad:

"De pronto tuve un vislumbre, breve e impreciso al principio, de mí «verdadero» yo. Llevaba semanas sin hablarme con mis padres; me daba cuenta ahora de que, por un orgullo estúpido, los había herido innecesariamente al prolongar una pelea que no tenía ya ningún sentido. ¿Cómo es que no me había dado cuenta de esto antes?"

Momentos después tuve otra revelación, más clara y dolorosa. Pude ver toda la riqueza de posibilidades que había malgastado, al

romper con una joven por razones que en aquel momento me parecieron buenas. Ahora me daba cuenta de todos los celos que sentía, mi posesividad, mi suspicacia... ¡Dios mío! Fui yo quien mató nuestro amor, no ella.

Sentado allí en el restaurante, me veía a mí mismo bajo una luz distinta, más "objetiva"... Nadie me estaba engañando ni manipulando. La única fuente de problemas era yo, sólo yo, siempre había sido yo. Comencé a sollozar sin poderme contener. El peso de años de autodecepción parecía aliviarse...

Ciertamente aquella experiencia no me «curó» de los rasgos destructivos de mi personalidad, pero sin embargo, aquel solo día me proporcionó percepciones valiosísimas que iban a permitirme, por primera vez en mi vida, mantener una relación sentimental a pesar de todos sus altibajos. Probablemente no fue una coincidencia el que unas semanas más tarde conociera a la mujer que llegó a ser, y sigue siendo mi esposa."

Nunca más volvería a tomar LSD, decía, pero la experiencia le liberó de la esclavitud con respecto a su propia superestructura emocional. "Desde entonces me sentí libre para luchar consciente y continuamente contra ella, lucha que aún hoy día continúa."

Con frecuencia hablamos despectivamente del «sistema», refiriéndonos a una estructura de poder establecida. En realidad, si pensamos que formamos parte de un sistema dinámico, en el que cualquier acción afecta al todo, tenemos poder para cambiarlo. Un recién graduado afirma haber reaccionado ante este pensamiento con una mezcla de sentimientos:

"Muchas mañanas me despertaba con la sensación de tener el miedo agarrado al plexo solar en forma de una piedra gris y fría: miedo a sí importar en realidad... , miedo a que el hecho de tenerlo no sea ya capaz de detenerme. Pero aparte de asustarme, el descubrimiento también me ha despertado. Me habla de mí mismo en unos términos que me muestran que tengo integridad y dignidad. No sólo me dicen que puedo aportar algo diferente, *sino que lo diferente en el mundo soy yo mismo.*"

Michael Rossman recuerda el descubrimiento colectivo hecho por

los organizadores del Movimiento en favor de la Libre Expresión, en el sentido de darse cuenta de que podían *realmente* cambiar las cosas.

"Nada era ya lo que antes parecía. Objetos, encuentros, acontecimientos, todo era ahora misterioso... No cabría ignorar la sensación, aunque sé que a mucha gente le daba pánico. Casi nunca lo mencionábamos, ni tampoco lo comprendíamos, pero nos sentíamos como los oyentes y actores de la antigua tragedia griega, haciendo nuestro papel de personajes libres en un argumento inexorable que todos sabíamos de memoria. No hay palabras que puedan describir esa torturante simultaneidad de libre arbitrio y de destino.

Bien puede ser que cada vez que actuamos conjuntamente, aunque sea en pequeña medida, tratando de convertir este mundo en algo nuevo y sorprendente, nos deslizarnos hacia una apertura a otro plano de la realidad. ¿Será que el hecho de querer cambiar la realidad social en un empeño colectivo puede quebrar profundamente las estructuras perceptivas individuales?"

Cada uno de nosotros es, potencialmente, lo diferente en este mundo.

Un descubrimiento tardío, y que causa por cierto una angustia considerable, es el de que nadie puede *convencer a nadie para que cambie*. Todos somos guardianes de nuestra propia puerta del cambio, que sólo puede abrirse desde el interior. Nadie puede abrir la puerta de otro, ni basándose en argumentos ni con llamadas a la sensibilidad.

Para la persona que se mantiene bien resguardada tras su propia puerta del cambio, el proceso transformativo es amenazador, incluso visto en otros. Las nuevas creencias y percepciones de los otros suponen un desafío a la realidad "correcta" de la persona inamovible; algo en él podría tener que morir. Semejante perspectiva resulta aterradora, pues nuestras identidades se apoyan realmente más en nuestras propias creencias que en nuestros propios cuerpos. El ego, esa colección de convicciones e inquietudes, teme su propio deceso. En efecto, toda transformación es una especie de suicidio, supone matar ciertos aspectos del ego para salvar un sí mismo más fundamental.

En algún punto temprano de nuestras vidas decidimos hasta qué punto, justamente, deseamos ser conscientes. Establecemos un umbral de conciencia. Escogemos la fuerza mínima que deberá tener una verdad

para que nos permitamos admitirla a nuestra conciencia, elegimos hasta qué punto vamos a estar dispuestos a examinar las contradicciones que puedan aparecer en nuestra vida y en nuestras creencias, y hasta qué nivel de profundidad vamos a querer penetrar. Lo que vemos y oímos está sujeto a la censura de nuestro cerebro, podemos filtrar la realidad para acomodarla al nivel de nuestro valor. En cada nueva encrucijada volvemos a elegir en el sentido de una conciencia mayor o menor.

Quienes no pueden comunicar sus propios hallazgos liberadores pueden sentirse a veces distanciados de las personas que les rodean más íntimamente. Finalmente, aunque a contrapelo, aceptan la naturaleza inviolable de la opción individual. Si, por la razón que sea, otra persona ha escogido en su vida la estrategia de la negación, con todos los costes que ello acarrea, no podemos revocar su decisión; ni podemos aliviar a otros del malestar crónico que engendra el vivir una realidad censurada.

Pero hay un descubrimiento compensador. Poco a poco, quienes emprenden el proceso transformativo descubren la existencia de una vasta *red de apoyo mutuo*. «Es un camino solitario, pero uno no está solo en él», decía uno de los conspiradores. Esa red es algo más que una mera asociación de personas de mentalidad semejante. Ofrece apoyo moral, opiniones sobre uno mismo, oportunidades de descubrimiento y robustecimiento mutuos, ambiente cómodo, íntimo, festivo, ocasiones de compartir experiencias o intercambiar piezas del puzzle.

Erich Fromm, en sus planes de transformación social, subrayaba la necesidad de apoyo mutuo, especialmente en pequeños grupos de amigos: «La solidaridad humana es condición necesaria para el despliegue de cualquier individuo». «Sin tales amigos, no hay transformación, no hay Supermente», decía el narrador de la novela de Michael Murphy *Jacob Atabet*, novela basada en parte en las exploraciones y experiencias de Murphy y sus amigos. «Somos comadrones unos de otros.»

Las amistades que se forman entre personas seriamente interesadas en proseguir la evolución de la conciencia procuran inmensas satisfacciones, imposibles de describir, decía en una ocasión Teilhard de Chardin. Barbara Marx Hubbard llamaba «supra-sexo» a esa intensa afinidad, ese deseo casi sensual de comunión con otras personas que comparten una misma y más amplia visión de la realidad. La psicóloga Jean Houston hablaba, un tanto forzosamente, de «enjambres», a este respecto, y un conspirador concebía «la red como una fraternidad».

Según una carta firmada por John Denver, Werner Erhard y Robert

Fuller, antiguo presidente de la Universidad de Oberlin, y fechada en 1978, había una conspiración que tenía por objeto hacer menos arriesgadas para la gente las experiencias transformativas:

"El hecho de reconocer ante vosotros, y ante nosotros mismos, que formarnos parte de esa «conspiración» que trata de hacer del mundo un lugar más seguro para la transformación personal y social nos proporciona una claridad de objetivos y una sensación de cercanía que nos ayudan a continuar nuestro empeño.

De hecho, el significado original de la palabra conspirar es «respirar juntos», lo cual expresa con toda exactitud nuestra intención. *Estamos juntos.*"

La novela *Shockwave Rider* describe la pesadilla de una sociedad totalmente monitorizada por computadoras en el siglo veintiuno. El único santuario de intimidad, individualidad y humanidad es Precipicio, un pequeño pueblo formado a partir de las chabolas y cabañas de los supervivientes del terremoto de la Gran Bahía. Sus ciudadanos lo protegen como un oasis, como un prototipo del escape a la deshumanización. A todo lo ancho del país hay una corriente subterránea de simpatizantes que conocen su existencia. Freeman, fugitivo del sistema autoritario, recibe ayuda de esos simpatizantes. Más tarde, hace esta observación:

«Precipicio es un lugar terriblemente grande cuando aprendes a reconocerlo».

Así es la conspiración. A medida que crecen sus efectivos, se hace más fácil encontrar amigos en quienes apoyarse, incluso en el ambiente sofocante de las instituciones y los pueblos pequeños. El sentido comunitario, el compartir mutuamente las experiencias, preparan al individuo para proseguir una empresa que de otra forma sería solitaria. La red, como decía Roszak, es un vehículo de auto-descubrimiento. «Al buscar la compañía de quienes comparten nuestra identidad más íntima y prohibida, comenzamos a encontrarnos a nosotros mismos como personas »

Un breve encuentro es suficiente para reconocerse. Las respuestas a una pregunta del Cuestionario acerca del modo como se tropezaban con aliados, ofrecen una significativa variedad de relatos:

- Por medio de contactos privados, amigos de amigos.

- Por sincronidad, como «guiados»: «Parecían asomar cuando los necesitaba».

- Dando a conocer sus intereses: por medio de charlas, escribiendo, organizando o dirigiendo centros. Pero incluso quienes no llegan a eso tampoco se mantienen secretos, por lo general.

- Con mayor frecuencia, en conferencias, seminarios, u otros sitios en donde suelen reunirse quienes tienen intereses similares.

- «¡En todas partes!» En los ascensores, en los supermercados, en los aviones, en reuniones de amigos, en las oficinas. Algunos conspiradores dicen que a veces cuentan una anécdota en presencia de extraños o de compañeros de trabajo, para ver cómo reaccionan, para ver si comprenden. Como los primitivos cristianos, como los federalistas, como un movimiento de resistencia, los individuos se unen en grupos, siguiendo el dicho budista: «Buscad la fraternidad».

En su libro *On waking up*, Marian Coe Brezic describía a sus nuevas amistades como «un ramillete de practicantes místicas de base»:

"Tienen hipotecas por amortizar y jefes a quienes tener contentos, y probablemente también un compañero que se pregunta dónde se ha metido..."

Mientras tanto, sin embargo, se dedican a rebuscar en la antigua sabiduría, nuevamente descubierta y compartida...

Esa clase de ideas que no son para explicar durante el desayuno, pero que de algún modo iluminan la vida.

Te los encuentras en los mercados, amigos y amigas metafísicos, en todo semejantes a esos vecinos que te hablan del precio de las peras o de qué está pasando con el café, a menos que compartas su propia búsqueda..."

Tienen un profundo sentido de familia, una familia no fundada en los vínculos de sangre, como decía el novelista Richard Bach, sino en el respeto y la alegría recíprocos como seres humanos: «Rara vez los miembros de una misma familia crecen bajo el mismo techo». La comunidad presta gozo y aliento en la aventura. Como dice en su manual el grupo Culturas Paralelas, «necesitamos ayuda a medida que cambiamos de valores, y para ello nos tenemos unos a otros».

El descubrimiento más sutil es *la transformación del miedo*. El miedo ha sido siempre nuestra prisión: miedo de sí mismo, miedo a perder algo,

miedo al miedo. «¿Qué es lo que nos cierra el paso?» Preguntaba el escritor Gabriel Saul Heilig. «Temblamos aún ante nosotros mismos como niños ante la oscuridad. Sin embargo, una vez nos hayamos atrevido a penetrar hasta el interior de nuestro corazón, descubriremos que hemos entrado en un mundo en el que la profundidad conduce a la luz, y en el que la entrada no tiene fin.»

El miedo al fracaso se transforma al darnos cuenta de que nuestro compromiso consiste en un aprendizaje y una experimentación continuos. El miedo a la soledad se transforma al descubrir la red de apoyo. El miedo a la ineficacia desaparece gradualmente a medida que miramos más allá del tiempo monocrónico de nuestra cultura y cambian nuestras prioridades. El miedo a ser engañado o a parecer insensato se transforma con el súbito reconocimiento de que no cambiar, no explorar, es una posibilidad aún más real y terrorífica.⁴

El dolor y la paradoja dejan de intimidarnos una vez comenzamos a cosechar los frutos de su resolución, y empezamos a considerarlos como síntomas recurrentes, indicadores de una necesaria transformación de las desarmonías que aún subsisten en nosotros. Cada vez que conseguimos sobrevivir y pasar más allá, encontramos el valor necesario para nuevos encuentros. Quien sobrevive sabe que es verdad lo que afirma Viktor Frankl: «Sólo se puede iluminar a costa de arder».

El miedo a abandonar este o aquel aspecto del inventario cotidiano de la propia vida se desvanece al considerar que todo cambio se debe a una elección. No hacemos sino dejar lo que ha dejado ya de interesarnos. El miedo a investigar las propias profundidades se supera al comprobar que el sí mismo no era esa oscura fuente de impulsos, contra la que siempre se nos había precavido, sino un centro fuerte y sano.

Cuando, como sucede a veces, un bebé ha logrado el equilibrio para mantenerse de pie pero sigue teniendo miedo a andar, los adultos tratan de tentarle a que ande ofreciéndole a distancia un juguete apetecible. En cierto sentido, las psicotécnicas son trucos para hacernos buscar nuestro propio equilibrio interior. Finalmente, la confianza otorgada a estos sistemas se convierte en auto confianza, o, por mejor decir, en confianza en el proceso mismo de cambio. Aprendemos que el miedo, lo mismo que el dolor, no es más que un síntoma. El miedo es una pregunta: ¿De qué tienes miedo y por qué? Así como la enfermedad lleva en sí el germen de la salud, pues la enfermedad proporciona información, también nuestros miedos son un tesoro de auto-conocimiento, si nos atrevemos a

explorarlos. Algunas veces llamamos a nuestros miedos por otros nombres: decimos que estamos cansados o enfermos, que estamos enfadados, que somos realistas, que «conocemos nuestros límites». Descubrir qué es lo que nos produce miedo puede romper el círculo de muchas conductas y creencias autodestructivas.

Una vez hemos experimentado la transformación de un miedo, no nos resulta fácil recuperarlo, como si nos hubiéramos apartado del fuego lo suficiente como para ver que los edificios en llamas son sólo parte de la decoración, o que el humo se debe a un mago que lo está creando entre las bambalinas. Se hace evidente que el miedo es un «efecto especial» de nuestra conciencia. Seguiremos tropezándonos con miedos y problemas el resto de nuestra vida, pero ahora contamos con una herramienta que hace que todo sea diferente.

La vida transformada

En el curso del proceso transformativo, nos hacemos artistas y científicos de nuestras propias vidas. La conciencia ampliada favorece la aparición de los rasgos que caracterizan a la persona creativa: captación global de las cosas, percepción fresca como los niños, sentido lúdico, sensación de fluidez. Capacidad de riesgo. Habilidad para focalizar la atención de forma relajada, para perderse en el objeto de la contemplación. Facultad de manejar muchas ideas complejas al mismo tiempo. Disposición a disentir de la opinión de la mayoría. Acceso al material preconsciente. Percibir lo que hay, más que lo que se espera o se está acondicionado para ver.

El yo transformado cuenta con nuevas herramientas, nuevos dones y sensibilidades. Como un artista, sabe espiar la aparición de los rasgos configurantes; sabe extraer significados y guardar su propia, inconfundible originalidad. «Toda vida, decía Hesse, tiene encima su propia estrella.»

Como buen científico, el yo transformado experimenta, especula, inventa y disfruta con lo inesperado.

El sí mimo, después de haber trabajado en el campo de las psicotécnicas, se revela como aficionado a la psicología popular. Consciente ahora de sus propios condicionamientos culturales, intenta comprender la diversidad con la curiosidad e interés de un antropólogo. Los hábitos y prácticas de otras culturas sugieren posibilidades humanas

inagotables.

El yo transformado es también un sociólogo, interesado en el estudio de los lazos que unen a las comunidades y a la conspiración misma. Como físico, acepta en último término la incertidumbre como un hecho real en la vida, y adivina la existencia de otros dominios más allá del tiempo lineal y del espacio inerte exterior. Como biólogo molecular, se queda estupefacto ante la capacidad de renovación, de cambio y de complejidad de la naturaleza.

El yo transformado es también un arquitecto, diseñador de su propio entorno. Es un visionario, capaz de imaginar otros futuros alternativos.

Como poeta, se esfuerza por sacar de las profundidades del lenguaje verdades metafóricas originales. Es también un escultor, empeñado en moldear su propia imagen sobre la roca misma de la costumbre. Intensificando su atención y su flexibilidad, se convierte a la vez en dramaturgo y en toda su propia compañía teatral: payaso, monje, atleta, heroína, sabio, niño...

Con su diario, se convierte en autobiógrafo. Al cerner su pasado en busca de algún resto interesante, actúa como un arqueólogo. Es compositor, instrumento... y música.

Muchos artistas han afirmado que el día que la vida sea plenamente consciente, el arte tal como lo conocemos desaparecerá. El arte es sólo un sustitutivo temporal, un esfuerzo imperfecto por arrancar significado a un entorno en el que casi todo el mundo anda como sonámbulo.

El artista siempre encuentra su material al alcance de la mano. «Vivimos al borde del milagro», decía Henry Miller. En cuanto a T. S. Elliot, escribía que al final de nuestra exploración llegaremos al punto de partida para conocerlo por primera vez. Para Proust, descubrir no consistía en buscar nuevos paisajes, sino en mirar con ojos nuevos. Whitman preguntaba: «¿Partes para alguna búsqueda lejana? Al final volverás para encontrarte con las cosas que mejor conoces, y encontrarás la felicidad y el conocimiento, no en otro lugar, sino en este lugar..., no en otra hora, sino en *esta* hora».

Ya hemos jugado demasiado tiempo a juegos que no nos importaban con reglas en las que no creíamos. Si había algo de arte en nuestras vidas, no era más que brocha gorda. La vida vivida como arte se abre paso por sí misma, hace sus propios amigos y compone su propia música, ve con sus propios ojos. «Voy por ahí palpando adónde ir,

obediente a mi propia mano iluminada», escribía el poeta Eric Barker.

Para el yo transformado, como para el artista, el éxito no es nunca un lugar donde quedarse, sino tan sólo un regalo momentáneo. El gozo está en el riesgo, en lo nuevo. Eugene O'Neill despreciaba el «simple» éxito:

"Quienes después de haber tenido éxito no siguen exponiéndose a fracasos mayores, pertenecen a la clase media espiritual. El hecho de detenerse a consecuencia del éxito prueba la insignificancia de su capacidad de compromiso. ¡Qué bonitos debieron de ser un día sus Sueños!... Sólo en lo inalcanzable puede encontrar el hombre una esperanza digna de vivir y morir por ella, y encontrarse así a *sí mismo*".

Un ingeniero de diseño advertía: «Haced las cosas con espíritu de investigador en diseño. Estad dispuestos a aceptar las equivocaciones, volviendo a hacer un nuevo diseño. Así no cabe el fracaso».

Si asumimos la visión de la vida de los artistas y científicos, no *cabe el fracaso*. Toda experiencia tiene unos resultados. De ellos podemos aprender. Desde el momento en que adquirimos por ello mayor comprensión y destreza, no puede decirse que hayamos perdido aunque salga mal. Descubrir es otro experimento.

Como científicos populares, nos volvemos sensibles a la naturaleza, a las relaciones, a las hipótesis. Por ejemplo, podemos aprender a distinguir experimentalmente los impulsos temerarios de las intuiciones genuinas, por una especie de biofeedback de amplio espectro aplicado a esa sensación interna de estar actuando correctamente.

El cuestionario de los Conspiradores de Acuario pedía elegir los cuatro instrumentos más importantes para el cambio social a partir de una lista de quince. La respuesta reproducida con mayor frecuencia fue: «El ejemplo personal». Hace más de una década que Erich Fromm advertía que ninguna idea radical podría sobrevivir a menos que estuviera encarnada por personas cuyas vidas fueran el mismo mensaje.

El yo transformado es el medio. La vida transformada, el mensaje.

1. Muchas de las críticas que se dirigen a las psicotécnicas se basan en la visible contradicción existente entre la conducta de ciertos individuos y su pretensión de haber sufrido un cambio personal. Mucha gente habla de su supuesta nueva conciencia, como si se tratara de una

dieta o de la última película que han visto; pero esta fase puede en realidad ser sólo algo previo al auténtico cambio. Alguna gente siente como si estuviera cambiando de una forma que no resulta evidente a los demás. Otros atraviesan cambios aparentemente negativos, períodos de retraimiento o de excesiva emocionabilidad, antes de conseguir un nuevo equilibrio. Sólo podemos conjeturar los cambios que sufren las demás personas; la transformación no es un deporte para ser contemplado desde la grada. Y podemos incluso equivocarnos sobre lo que a nosotros mismos nos ha sucedido, dándonos cuenta sólo retrospectivamente del cambio que hemos sufrido; o podemos creer que hemos cambiado de forma definitiva, sólo para percatarnos de que a la menor ocasión hemos vuelto a recaer en pautas y conductas que creíamos superadas.

2. El filósofo William Bartley se extraña de la acusación de irresponsabilidad social y política dirigida al movimiento de conciencia, sobre todo ante el hecho del empleo de las técnicas propias de éste por parte de muchos movimientos sociales. 'No hay nada narcisista, decía, en el hecho de querer trascender aquellas cosas de la vida que llevan a la gente al narcisismo. »

Los excesos de algunos individuos relacionados con las psicotécnicas, las pretensiones extravagantes de algunos adeptos sinceros y otros convertidos en mercachifles del espíritu, la tiranía de ciertos supuestos gurús y maestros dividen a la opinión pública. La magnificación de lo sensacionalista, de lo trivial, de lo menos significativo, impide comprender un fenómeno que es extenso y profundamente social. De modo semejante, muchas veces se critica a las psicotécnicas por ciertos incidentes individuales, como individuos que han sufrido crisis psicóticas. Tomar demasiado el sol produce quemaduras, pero no por ello le echamos la culpa al sol. Todos estos métodos se nutren de una fuente de energía de la que cabe también abusar.

La mutua crítica y la autocrítica existente en el propio movimiento de conciencia afronta estos problemas con más rigor e interés que las críticas provenientes del exterior.

3. De *Viaje a Ixtlan*: «Todos nosotros, seamos o no guerreros, tenemos un centímetro cúbico de suerte que salta ante nuestros ojos de tiempo en tiempo. La diferencia entre un hombre común y un guerrero es que el guerrero se da cuenta, y una de sus tareas consiste en hallarse

alerta, esperando con deliberación, para que cuando salte su centímetro cúbico él tenga la velocidad necesaria, la presteza para cogerlo».

4. La única contra conspiración proviene del miedo y de la inercia. El 44% de los Conspiradores de Acuario encuestados consideraron que la mayor amenaza a la implantación de una amplia transformación social era el miedo generalizado al cambio». Otros factores sugeridos fueron «la repulsa conservadora» (20%), «las excesivas exigencias de quienes abogan por el cambio» (18%) y las «divisiones» entre estos últimos (18%).

V. EL MODELO DE TRANSFORMACIÓN NORTEAMERICANO

En nuestra mano está comenzar el mundo de nuevo.
THOMAS PAINE, *Common Sense* (1776)

Aunque veladamente, es trasunto de la tierra celestial
WILLIAM BLAKE, *America* (1817)

El día 4 de octubre de 1976 millones de norteamericanos, unidos ante la televisión, tuvieron una experiencia cumbre colectiva, mientras contemplaban a una flota de airosos veleros deslizarse serenamente por el puerto de Nueva York. Muchos se sintieron conmovidos por una indefinible sensación de armonía y esperanza, al participar por unas pocas horas en la visión y en las promesas tempranas de su nación, restos de aquel sueño de unidad, de oportunidades y de servicio a la «santa causa de la libertad», como Jefferson la llamó.

Durante aquel verano, la prensa europea no dejó de resaltar la importancia de la «experiencia norteamericana», en palabras del *London Sunday Telegraph*. De no haber alcanzado el éxito, «la idea de la libertad

individual no habría sobrevivido al siglo veinte». En Zurich, el *Neu Zürcher Zeitung* decía: «El bicentenario norteamericano celebra el éxito del mayor suceso histórico de la historia moderna. El faro alumbrado en 1976, vuelto a encender y robustecido de nuevo de muchas maneras entre las que la autocrítica puritana no fue la menos importante, ha durado hasta hoy». El *Dagens Nyheter* de Estocolmo observaba que los norteamericanos no están ligados entre sí por lazos sociales o culturales, familiares o de lenguaje, cuanto por el sueño norteamericano en cuanto tal.

Pero, debemos preguntarnos, el sueño norteamericano *¿de quiénes?* Porque ese sueño es como un camaleón. Ha cambiado una y otra vez. Para los primeros inmigrantes, América era un continente por explorar y por explotar, un puerto para los considerados indeseables y para los disidentes un nuevo comienzo. Gradualmente, el sueño fue convirtiéndose en una imagen ascética e idealizada de la democracia, en correspondencia con una inveterada esperanza de justicia y autogobierno. Pero rápidamente, demasiado rápidamente, ese sueño se metamorfoseó en una visión expansionista, materialista, nacionalista e incluso imperialista, de riqueza y de dominación; de paternalismo, por un destino manifiesto. Y sin embargo, incluso entonces, no faltaba el polo opuesto de la visión transcendentalista: dignidad, riqueza espiritual, el despliegue de las dotes individuales.

También ha habido sueños populistas, en los que un gobierno norteamericano benevolente consigue una igualdad duradera entre la gente por medio de la redistribución de la riqueza y las oportunidades. Hay asimismo sueños de rudo individualismo. E ideales de fraternidad extendida de mar a mar.

El sueño de la Conspiración de Acuario en Estados Unidos, como el de los padres fundadores y el de los transcendentalistas norteamericanos de mediados del siglo pasado, es crear una estructura favorable a una expansión no materialista: autonomía, despertar, creatividad, y reconciliación.

Como veremos, el sueño norteamericano ha tenido siempre dos «cuerpos». Uno, el sueño de lo tangible, centrado en la consecución de bienestar material y de libertades prácticas cotidianas. El otro, a la manera de un cuerpo etérico coextenso al sueño material, persigue la liberación psicológica, meta a la vez más esencial y más escurridiza. Los partidarios de este último sueño han provenido casi siempre de las clases sociales

acomodadas. Alcanzado el primer nivel de libertad, ansían el segundo.

El sueño original

Hemos olvidado hasta qué punto aquel sueño original era radical, hasta qué punto fueron realmente audaces los fundadores de la democracia. Ellos sabían que estaban configurando una forma de gobierno que suponía un reto a todos los presupuestos de la aristocracia y a todas las estructuras del pesado aparato de poder de la historia occidental.

Los revolucionarios echaron mano de todos los medios de comunicación a su alcance. Mantenían relacionadas sus propias redes a base de un infatigable intercambio epistolar. Jefferson llegó a diseñar un instrumento con cinco plumas unidas entre sí, con objeto de escribir simultáneamente varias copias de sus cartas. Esparcían las nuevas ideas por medio de panfletos, semanarios, campañas, almanaques y sermones. Como señala el historiador James McGregor Burns, formularon también sus protestas en forma de apelaciones al rey «enviadas por barco a través del Atlántico después de una conveniente publicidad doméstica en sus propios pueblos».

Casi nadie confiaba en el éxito del levantamiento norteamericano. Millares de colonos emigraron al Canadá o se escondieron en los bosques, seguros de que los ejércitos reales dejarían hechos trizas a los regimientos coloniales. Ni tampoco la lucha por la independencia contaba con la mayoría de la población, ni siquiera teóricamente. Los historiadores estiman que alrededor de un tercio apoyaba la independencia, otro tercio era partidario de mantener los lazos británicos, y el otro tercio era indiferente.

«La guerra norteamericana ha terminado», escribí a Benjamin Rush en 1787, «pero no sucede en absoluto lo mismo con la revolución norteamericana. Por el contrario, apenas si ha terminado el primer acto del gran drama. » La revolución no sólo continuaba, como decía Rush; había precedido a la confrontación militar. «La guerra no formó parte de la revolución, reflexionaba John Adams en 1815, antes fue solamente efecto y consecuencia de ella. » *La revolución estaba ya en la mente del pueblo.* Ese cambio radical en los principios, opiniones, sentimientos y afectos del pueblo fue la verdadera revolución norteamericana. Mucho antes de que sonara el primer disparo, la revolución había comenzado. Mucho después

de declararse el armisticio, seguía trastocando las vidas.

Aunque rara vez se menciona en las historias de la revolución norteamericana, muchos de los principales revolucionarios provenían de una tradición de fraternidad mística. A excepción de unas pocas huellas, como los símbolos que figuran en el reverso del Sello Oficial de la nación y en los billetes de banco, queda poca evidencia de ese influjo esotérico (Rosacruces, masones, tradición hermética).¹

Ese sentimiento de fraternidad y de liberación espiritual jugó un importante papel en el ardor de los revolucionarios y en su empeño por establecer la democracia. «Comienza un nuevo orden de cosas», dice el reverso del Sello Oficial, y los revolucionarios lo decían de veras. La experiencia norteamericana fue conscientemente concebida como un paso trascendental en la evolución de la especie. Thomas Paine, en un panfleto inflamatorio llamado *Common Sense*, afirmaba: «La causa de América es en gran medida la causa de toda la humanidad».

Los transcendentalistas: el sueño se extiende

A principios y mediados del siglo diecinueve los transcendentalistas reafirmaron y corroboraron ese segundo sueño. Como veremos en el capítulo 7, repudiaron la autoridad tradicional en favor de la autoridad interna. Autonomía quería decir para ellos «confianza en sí». Veían el transcendentalismo como una secuencia lógica de la revolución norteamericana; consideraban la liberación espiritual como la contrapartida de las libertades garantizadas por la Constitución de los Estados Unidos. La autonomía individual era para ellos más importante que la lealtad a cualquier gobierno. Si la conciencia no estaba de acuerdo con la ley, la desobediencia civil era procedente, según Thoreau.

Los transcendentalistas, con sus «nuevas ideas», constituían una supuesta amenaza para el antiguo orden de cosas; pero las ideas no eran nuevas. Lo nuevo era el propósito de aplicarlas a la sociedad. Los transcendentalistas eclécticos habían bebido no sólo en las tradiciones cuáquera y puritana, sino también en los filósofos griegos y alemanes y en las religiones orientales. Aunque se les reprochaba su desprecio por la historia, respondían que la humanidad podía liberarse de la historia.

Pusieron en tela de juicio las concepciones de la época en todos los dominios: religión, filosofía, ciencia, economía, arte, educación y política. Se anticiparon a muchos de los movimientos surgidos en el siglo veinte.

Como el movimiento del potencial humano de los años sesenta, los trascendentalistas mantenían que la mayoría de la gente no había comenzado aún a alumbrar sus propias capacidades naturales, ni había descubierto su unicidad ni su propio filón creativo. Emerson decía: «Límitate a hacer lo tuyo, y te conoceré».

Toleraban entre sus miembros la diversidad y las diferencias de opinión, seguros de que la unanimidad no era posible ni deseable. Sabían que cada uno ve el mundo con sus propios ojos, con su propia perspectiva. Mucho antes que Einstein, creían en la relatividad de cualquier observación. Buscaban compañeros, no discípulos. La tarea de Emerson era abrir puertas a los que vinieran después.

Creían en la continuidad entre mente y materia. En contraste con las ideas mecanicistas newtonianas que prevalecían en su época, veían al universo como algo orgánico, abierto, evolutivo. Según ellos, la forma y el sentido podían descubrirse en el flujo universal apelando a la intuición, a la «razón trascendental». Más de un siglo antes de que la ciencia neurológica confirmase el modo holístico de procesar datos que tiene el cerebro, los trascendentalistas describían percepciones súbitas y una forma de conocimiento simultáneo. Generaciones antes que Freud, reconocían la existencia del inconsciente. «Yacemos en el seno de una inteligencia inmensa», decía Emerson. Pero no rechazaban el conocimiento intelectual; creían en la complementariedad de razón e intuición, en su mutua capacidad de enriquecimiento. Vivir despierto en «el ahora que nos envuelve» exigía funcionar con ambas facultades. (Emerson dijo una vez: «Cada día es el Día del Juicio».)

Para los trascendentalistas, la reforma interior debía preceder a la reforma social; no obstante, promovían campañas en favor del sufragio universal, del pacifismo, o en contra de la esclavitud. Y fueron innovadores sociales, que fundaron una comunidad cooperativa y un colectivo de artistas. Para ayudarse a sí mismos y como medio de difusión de sus ideas en círculos más amplios, ayudaron a lanzar el movimiento de Liceos, viajando por todo el país, dando lo que podría ser una temprana versión de ciclos de conferencias, a fin de ensayar sus ideas en entornos diversos. Su periódico, *The Dial*, editado por Margaret Fuller y más tarde por Emerson (ayudado por Thoreau), ejerció un impacto superior a su pequeña tirada de un millar de ejemplares, de modo semejante a como los mismos trascendentalistas tuvieron un influjo totalmente desproporcionado a su número.

Antes de que surgiera la guerra civil, el trascendentalismo había alcanzado las proporciones de un movimiento nacional de base generalizado. Al parecer, muchos norteamericanos de la época se sentían atraídos por una filosofía que ponía el acento en la búsqueda interior de sentido. Aunque el movimiento trascendentalista fue superado por el materialismo de finales del siglo diecinueve, empalma con la gran corriente de la filosofía mundial, inspirando a gigantes literarios como Whitman y Melville, y alimentando a generaciones de reformadores sociales.

La transformación, un sueño norteamericano

El historiador Daniel Boorstin decía de Estados Unidos:

«Desde el comienzo hemos sido la Tierra de lo Distinto». Nada hay en nosotros más instintivo, nada nos ha hecho más indoeuropeos, que nuestra falta de fe en las viejas y bien documentadas imposibilidades». Hay una especie de inocencia dinámica en la idea norteamericana de que quien realmente se empeña puede vencer al azar y a los elementos. Los norteamericanos tienen poco apego a la idea de permanecer quietos en alguna parte. El mito de la transcendencia viene perpetuado por todo un panteón de exploradores de lo desconocido, exploradores de la luna, de nuevos récords en todos los campos posibles, de figuras heroicas como Helen Keller y «Lucky» Lindberg.

El carácter norteamericano, que lleva incorporado el sueño de la renovación, ofrece un suelo fértil a la noción de transformación. Cuando un psicólogo de Stanford, Alex Inkeles, comparó los rasgos característicos de los norteamericanos con los de los europeos, sobre la base de los resultados de una encuesta efectuada en 1971, comparando luego los rasgos norteamericanos más pronunciados con los observados en la cultura de hace doscientos años, encontró una sorprendente continuidad en diez de esos rasgos. 2

Los norteamericanos se sienten desusadamente orgullosos de sus libertades y de su constitución, orgullo que impresionó, a la vez que irritó a Tocqueville, con ocasión de su visita a la nueva república. Los norteamericanos manifiestan una mayor confianza en sí mismos que los europeos. Como decía Inkeles, están más dispuestos que los europeos a echarse las culpas por lo que no funciona bien. Creen firmemente en el voluntariado, y son propensos a «unirse». Son confiados, piensan que

pueden cambiar el mundo, creen que el esfuerzo atrae al éxito, son innovadores y abiertos. La encuesta demostró que los norteamericanos son menos autoritarios que los europeos, y tienen un mayor sentido de la «cualidad» del propio ser, de la importancia del individuo.

Estos rasgos resultan claramente compatibles con el proceso y con los descubrimientos relativos a la transformación personal que hemos examinado en los capítulos 3 y 4: libertad, poder y responsabilidad del propio ser, conexión con otros, redes de apoyo, autonomía, apertura. *Efectivamente, la transformación personal es la puesta en escena del sueño original norteamericano.*

La segunda revolución norteamericana

La segunda revolución norteamericana, que trata de alcanzar una libertad de más amplios vuelos, aguardaba la aparición de un número crítico de agentes de cambio y una mayor facilidad de comunicación entre los mismos. En 1969, en *Without Marx or Jesus*, Jean Francois Revel describía a los Estados Unidos como el prototipo de nación más apropiado para una revolución mundial. «En Estados Unidos, hija del imperialismo europeo, está surgiendo hoy una nueva revolución. Es la revolución de nuestro tiempo... y ofrece la única escapatoria posible para la humanidad hoy en día. » La verdadera actividad revolucionaria, señalaba, consiste en *transformar la realidad*, es decir hacer la realidad más íntimamente conforme con los propios ideales. Cuando hablamos de revolución, tenemos que hablar necesariamente de algo que no puede ser concebido ni comprendido en el contexto de las viejas ideas. La materia de la revolución, y su primer éxito, debe ser la capacidad de innovar. En ese sentido hay hoy más espíritu revolucionario en los Estados Unidos, incluso en la derecha, que en la izquierda de ninguna otra parte.

La relativa libertad reinante en los Estados Unidos podría hacer que esa revolución ocurriese de forma incruenta, decía Revel. Si sucediera así, y si, como parecía estar ocurriendo tuviera lugar un cambio de civilización política, el impacto llegaría a sentirse por ósmosis en todas las partes del mundo. Esta transformación radical necesitaría llevar aparejadas otras revoluciones menores, en los campos de la política, la sociedad, relaciones interraciales e internacionales, valores culturales, tecnología y ciencia. «Estados Unidos es el único país donde estas revoluciones están progresando de forma simultánea y orgánicamente entrelazada, de tal

modo que no forman sino una única revolución. »

Debe haber también una crítica interna de las injusticias, de la administración de los recursos materiales y humanos, y de los abusos del poder político. Por encima de todo, debe haber una crítica de la misma cultura: moralidad, religión, costumbres, arte. Y debe haber una exigencia de respeto para la singularidad individual, que considere a la sociedad como medio para el desarrollo individual y para la fraternidad. Lo mismo que el transcendentalismo, la revolución de Revel comprendería «la liberación de la personalidad creativa y el despertar de la iniciativa personal», en oposición al horizonte cerrado de otras sociedades más represivas. Los problemas vendrían de las clases privilegiadas, advertía, lo cual es lógico en toda revolución. Las revoluciones son siempre movidas por quienes se sienten desilusionados por el sistema de últimas recompensas de una determinada cultura. Si, más que un golpe de estado, es un nuevo prototipo de sociedad lo que debe surgir, entonces es necesario que haya diálogo y debates a los más altos niveles.

Ciertamente los años sesenta fueron escenario de una gran turbulencia social; miembros de las clases media y alta sobre todo comenzaron a criticar las instituciones existentes y a hacer cábalas sobre un nuevo tipo de sociedad. Fuerzas sociales e históricas poderosas convergían para crear el desequilibrio que precede a toda revolución. Los norteamericanos se hacían cada vez más conscientes de la impotencia de sus actuales instituciones, gobierno, escuelas, medicina, iglesia, negocios, para afrontar colectivamente la marea creciente de problemas. El desencanto respecto de instituciones y costumbres resultaba más visible en la contracultura, pero se extendió rápidamente. El descontento social y la madurez en favor de una nueva orientación se hicieron patentes en la rapidez con que se asimilaban intereses, valores, conductas, modas y músicas, surgidos en la contracultura. Oleadas sucesivas de protesta social reflejaban un escepticismo creciente con respecto a la autoridad,³ y una mayor sensibilidad respecto de las contradicciones de la sociedad, como la yuxtaposición de pobreza y abundancia, de penuria y consumismo. Hubo marchas, encierros, sentadas, conferencias de prensa, motines callejeros. Movimiento en pro de los derechos civiles, Movimiento antibelicista, Movimiento en favor de la libre expresión, Movimiento ecológico. Panteras grises, vigiliadas antinucleares de oración, protestas de los contribuyentes, manifestaciones en favor y en contra del aborto. Todos los grupos calcaban sus estrategias sobre las de sus predecesores,

incluidas toda suerte de tácticas para llenar los periódicos de la mañana.

Entre tanto, el creciente interés por los psicodélicos venía a ensamblarse con la cobertura informativa acerca de los nuevos descubrimientos sobre los estados alterados de conciencia, provenientes de la investigación sobre la meditación y el biofeedback training.⁴ Los descubrimientos relativos al cuerpo-mente que subrayaban una conexión extraordinaria entre estado mental y estado de salud, servían de contrafuerte al interés por el potencial humano. Otra serie de fenómenos importados, como la acupuntura, venían a cuestionar aún más los modelos occidentales sobre el funcionamiento de las cosas.

Un observador describía los tumultuosos sucesos de los años sesenta como el Gran Rechazo, cuando millones de personas parecían estar diciendo «no» a concesiones y convenciones que durante generaciones nadie había discutido. Era como si estuvieran poniendo por obra la profecía de Edward Carpenter de que probablemente llegaría un tiempo en que grandes cantidades de gente se alzarían en contra del conformismo irreflexivo, de la burocracia, de la guerra, del trabajo deshumanizador, de las enfermedades innecesarias. Con el descubrimiento de aquellas regiones de la mente en donde se trasciende «el pequeño yo local», los seres humanos crearían un programa de renovación de la sociedad.

Para el historiador William McLoughlin, los años sesenta marcaron el comienzo del cuarto «gran despertar» de Estados Unidos, cuyo trastocamiento y revitalización cultural debe extenderse hasta los años noventa.⁵ Estos despertares periódicos, que suceden más o menos en cada generación, «no son períodos de neurosis sino de revitalización social. Son terapéuticos y catárticos no patológicos». Son resultado de una crisis de sentido: los cauces que ofrece la cultura ya no se ajustan a las creencias y al comportamiento de la gente. Aunque el despertar se manifiesta primeramente en malestares individuales, acaba por producir un cambio en la visión global de toda la cultura. «Los despertares comienzan en períodos de distorsión cultural y graves tensiones personales, en que perdemos la fe en la legitimidad de las propias normas, en la viabilidad de las propias instituciones, y en la autoridad de los propios líderes.»

La historia norteamericana, según McLoughlin, se comprende mejor como un movimiento milenarista, impulsado por una visión espiritual cambiante. Aunque siempre en trance de readaptación, a fin de acoger nuevos acontecimientos y experiencias, hay una constante: «La creencia

fundamental de que la libertad y la responsabilidad siempre perfeccionarán, no sólo a los individuos, sino también al mundo». Este sentimiento de tener un objetivo común sagrado, y que algunas veces condujo a la agresión en el pasado, se ha transformado en este cuarto despertar en un sentimiento de la unidad mística de todo el género humano y del poder vital inherente a la armonía entre los seres humanos y la naturaleza.

McLoughlin llama la atención sobre el modelo de cambio social formulado por el antropólogo Anthony C. W. Wallace en un ensayo aparecido en 1956. Según Wallace, la gente perteneciente a una cultura determinada descubre periódicamente que no puede seguir transitando por sus «trazados» específicos, que no les sirven las pautas y senderos que hasta entonces habían guiado a sus predecesores. Las «viejas señales» y creencias consuetudinarias no se ajustan a la experiencia actual. Como las soluciones caen fuera de los márgenes aceptados de pensamiento, todo deja de funcionar. Unas pocas personas al principio, y gran cantidad de ellas después, dejan de comportarse en la forma aceptada y comienzan a generar un clima de intranquilidad política. A medida que crece la controversia, los tradicionalistas o «nativistas», esto es, quienes más han apostado por la vieja cultura o tienen creencias más rígidas; tratan de reconducir a la gente hacia las «viejas señales». Confundiendo los síntomas con las causas, se dedican a sancionar y castigar los nuevos comportamientos. Finalmente, sin embargo, en la descripción de McLoughlin, «las presiones acumuladas favorables al cambio producen tensiones personales y sociales tan agudas, que la cultura entera se ve obligada a romper su costra de costumbres, a derruir los bloques de su antiguo trazado, y a crear nuevas avenidas socialmente estructuradas».

El consenso se convierte entonces en la «nueva señal»; ésta es encarnada al principio por los miembros más flexibles de la sociedad, deseosos de experimentar nuevos trazados y estilos de vida. En respuesta a la nueva visión, la interpretación legal, la estructura familiar, los papeles sexuales y los programas escolares comienzan a cambiar, arrastrando finalmente consigo de modo gradual a los mismos tradicionalistas.

La presente transformación cultural asusta por igual a conservadores y radicales con sus nuevas premisas radicales. Mientras que históricamente, en períodos de turbulencia social, los conservadores siempre han abogado por un retorno a la ley civil y al orden, ahora los «nativistas» de ambos extremos del espectro político abogan por un

retorno a las leyes y al orden del universo.

La etiqueta a la moda que se aplica a la disidencia psicológica, equiparable a la acusación general de antinorteamericanismo en los años cincuenta, es la de narcisismo. Las críticas meten en un mismo saco a quienes buscan respuestas en su interior y a hedonistas y cultistas, de un modo semejante a como los seguidores de McCarthy equiparaban a los disidentes políticos con criminales, drogadictos y homosexuales.

Siempre hay alguien que trata de devolvernos a alguna antigua fidelidad: vuelta a Dios, a la antigua religión simplista de otros tiempos. «Vuelta a lo básico», a una educación simplista. Vuelta al patriotismo simplista. Y ahora se nos quiere devolver a una «racionalidad» simplista, que está en contradicción con la experiencia personal y con la vanguardia de la ciencia.

Las comunicaciones, sistema nervioso

En un período de inquietud, las cuestiones y alternativas planteadas por una minoría, los desafíos a la autoridad y a los valores establecidos, pueden extenderse rápidamente a toda la cultura. Las comunicaciones de una sociedad, al servir a la vez de amplificadores del malestar y de las nuevas opciones, actúan en forma muy semejante a un sistema nervioso colectivo. En este sentido, la tecnología que en un tiempo parecía traicionarnos al arrastrarnos a un futuro deshumanizado, se convierte en un medio poderoso de interconexión humana. «En el momento actual, decía Gertrude Stein en 1945, Estados Unidos es el país más viejo del mundo, porque fue el primer país en asomarse al siglo veinte.» Los Estados Unidos, con su sofisticada tecnología de comunicaciones y su historial como experta en difundir noticias y promover imágenes nuevas, ofrecían en efecto el escenario lógico para los estadios iniciales de la revolución que Revel había predicho.

Así como la transformación se construye sobre la base de la más amplia conciencia e interconexión en el cerebro de cada individuo, así también la imaginación social se ha visto exquisita, aunque dolorosamente, vivificada por una red nerviosa de sensibilidad electrónica. Nuestra conciencia se aúna en torno al gran drama humano: escándalos políticos, guerra y pacificación, disturbios, accidentes, dolor, humor. Y así como la física moderna y las filosofías orientales están introduciendo en Occidente una visión del mundo más integral, así

también el flujo del sistema nervioso que componen los medios de comunicación está creando conexiones en nuestro cerebro social. «Los circuitos electrónicos están orientalizando a Occidente», decía Marshall McLuhan no hace mucho. Lo fijo, lo distinto, lo separado, el legado de Occidente, está siendo reemplazado por lo fluido, lo unificado, lo fusionado.

Esas vías nerviosas transmiten en vivos colores nuestros sobresaltos y dolores, nuestros momentos altos y bajos, nuestros aterrizajes en la luna y nuestros crímenes, nuestras frustraciones, tragedias y futilidades colectivas, el hundimiento de nuestras instituciones. Amplifican el dolor que sufren partes alienadas de nuestro cuerpo social. Ayudan a romper el propio círculo cultural, por encima de fronteras y husos horarios, haciéndonos vislumbrar cualidades humanas universales que muestran a las claras la propia estrechez de miras y la mutua interdependencia. Nos proporcionan modelos de trascendencia: virtuosos de este o aquel instrumento, atletas, supervivientes valerosos en incendios o inundaciones, heroísmo cotidiano.

Nuestro sistema nervioso colectivo refleja como un espejo la propia decadencia. Estimula a nuestro cerebro derecho con música, dramas arquetípicos y sensaciones visuales sorprendentes. Como si llevara un diario de los propios sueños, toma nota de nuestras fantasías y pesadillas para ponernos delante lo que más tememos, lo que más deseamos. Si se lo permitimos, la tecnología puede sacarnos de nuestro secular sonambulismo. Max Lerner comparaba a la sociedad con un gran organismo dotado de sistema nervioso propio. «En las últimas décadas hemos asistido a una sobrecarga nerviosa de nuestra sociedad, a una tensión semejante a la que siente un individuo cuando se encuentra al borde de la fatiga o de la depresión nerviosa.» Y sin embargo, decía, la tecnología podría ahora aprovecharse para hacernos progresar en la exploración de los estados de conciencia. «Los nuevos movimientos de conciencia, la nueva búsqueda de sí mismo, pueden ser un factor de cohesión más que de desintegración.»

No solamente la vasta red formada por la televisión comercial, la radio y los periódicos proporcionan las conexiones de ese sistema nervioso en expansión, sino también ese «otro saber» que componen las innovaciones de la televisión pública, pequeñas emisoras de radio, pequeñas editoriales, cooperativas de revistas de pequeña tirada. Asistimos a una proliferación de boletines, semanarios, revistas, libros

editados por sus propios autores. Los distintos barrios cuentan con establecimientos y equipos de imprenta rápida, las bibliotecas y supermercados ofrecen facilidades para hacer fotocopias. El ciudadano medio tiene acceso a cassettes y videocasetes, a relojes electrónicos, a computadoras domésticas, al uso en régimen cooperativo de líneas telefónicas nacionales de larga distancia, a equipos baratos de composición electrónica. Todo el mundo puede hoy día convertirse en Gutenberg. Nos comunicamos incluso por medio de pegatinas y camisetas estampadas.

Además, nuestra inclinación nacional al autocuestionamiento ha evolucionado cada vez más hacia la búsqueda interior, y esto no sólo por medio de manuales de psicología popular o de autoayuda, siempre al alcance de la mano, sino acudiendo incluso a las fuentes originales, a la literatura de transformación. Los libros de Teilhard, cuya publicación estuvo prohibida en vida de su autor, se venden ahora por millones. Abraham Maslow, Carl Jung, Aldous Huxley, Hermann Hesse, Carl Rogers, Krishnamurti, Theodore Roszak y Carlos Castañeda se venden, apenas sacados del horno, en las estanterías de libros de bolsillo en los grandes almacenes. Y hay publicaciones de todas clases sobre la «nueva era»: programas de radio, boletines, listas de organizaciones y recursos, páginas amarillas, manuales y revistas nuevas que tratan de la conciencia, los mitos, la transformación, el futuro. Se imprimen miles de libros sobre espiritualidad en ediciones de bolsillo.

La «declaración de intenciones» de algunas de las publicaciones relativas a la transformación expresan claramente su línea de compromiso. El *East/West Journal*, que se mueve en el área de Boston, afirma pretender «explorar el equilibrio dinámico que unifica valores aparentemente opuestos: lo oriental y lo occidental, lo antiguo y lo moderno... Creemos en la libertad de las personas para trazar el curso de sus vidas como una aventura sin límites... Les invitamos a unirse a nosotros en este viaje de exploración, que parte de todos lados y tiene como meta lo ilimitado. La Fundación *New Dimensions* de San Francisco que patrocina un programa sindical de radio dedicado fundamentalmente a visitar a los principales portavoces del tema de la transformación, ha creado una «audio-revista» basándose en cintas cassette seleccionadas entre los miles de horas de entrevistas grabadas desde 1973. *New Dimensions* se propone «comunicar la visión y las habilidades infinitas del potencial humano... , usar los medios de comunicación para la

presentación de nuevas ideas, oportunidades, opciones y soluciones..., fomentar una mayor comunicación en torno a la naturaleza del cambio personal y social».

Si hemos de soñar con un sueño norteamericano más amplio, tenemos que ir más allá de nuestra propia experiencia, de un modo muy semejante a como los autores de la Constitución se sumergieron en las ideas políticas y filosóficas de otras diversas culturas, y a como los trascendentalistas esbozaron su visión de la libertad interna sintetizando intuiciones presentes en la literatura y en la filosofía universal. Por encima de todo, necesitamos desprendernos de toda actitud cínica y dualista, por inapropiada. La confianza en la posibilidad de cambio y el sentimiento de la interconexión existente entre todos los aspectos de la vida son esenciales para la transformación social. Las civilizaciones declinan, decía Toynbee, no tanto por causa de invasiones u otras fuerzas exteriores, sino a causa del endurecimiento interior de las ideas. La «minoría creativa de élite», en otro tiempo vivificadora de la civilización, ha sido gradualmente sustituida por otra minoría, aún dominante, pero que ha dejado de ser creativa.

La creatividad requiere constante transformación, experimentación, flexibilidad. El cinismo, como estado crónico de desconfianza, es la antítesis de la apertura necesaria para formar una sociedad creativa. Para el cínico, los experimentos son inútiles..., todas las conclusiones se conocen de antemano. Los cínicos anticipan las respuestas, sin siquiera haber calado lo suficientemente hondo como para conocer las preguntas. Cuando se sienten desafiados por verdades misteriosas, se dedican a ordenar los «hechos». Así como, para ajustarnos a la realidad, necesitamos desprendernos de las viejas ilusiones y filosofías y de la vieja ciencia, así también todo país, para poderse transformar, todo país que quiera renovarse, necesita poner en cuestión una y otra vez sus propias tradiciones.

Por encima del mar de fondo de las crisis, por encima de las guerras y los movimientos sociales, las depresiones, los escándalos y las decepciones, los Estados Unidos se han mantenido abiertos al cambio de forma permanente. En una entrevista por televisión mantenida en 1978, Revel, valorando el potencial actual de transformación de Estados Unidos, contestó que «los Estados Unidos son todavía el país más revolucionario del mundo, el laboratorio de la sociedad. Todos los experimentos, sociales, científicos, raciales, intergeneracionales, están te-

niendo lugar en los Estados Unidos».

La antigua esperanza del Viejo Mundo es un mundo nuevo, un lugar donde poderse rehacer, donde empezar de nuevo una nueva vida, libre del peso de identidades pasadas y de limitaciones irritantes. El historiador C. Vann Woodward decía: «La serie de libros europeos relativos a Estados Unidos es enorme y sigue creciendo. Muchos de ellos son especulativos, están mal informados, son apasionados o mitificantes. Se refieren a unos Estados Unidos en los que se espera, en los que se sueña, a los que se desprecia, o a los que instintivamente se teme».

Con los que se sueña... y a los que se teme. La mera posibilidad de rehacer nuestro destino en alguna parte es, de alguna forma, amenazadora, lo mismo que la noticia de que existen métodos de exploración interior.

«Os digo que el mar está dentro», decía el poeta Peter Levy, «... que el nuevo espíritu es más azul que la historia o cualquier conocimiento. Europa está diciendo buenas noches en nuestra vida. »

California, laboratorio de transformación

Nos protegemos frente al cambio, e incluso frente a la esperanza del cambio, con una especie de cinismo supersticioso. Y sin embargo todo cambio necesita alimentarse de esperanza.

Cuando los hermanos Wright estaban intentando hacer volar el *Kitty Hawk*, un periodista diligente se dedicó a entrevistar a los habitantes de su pueblo natal Dayton, en Ohio. Un viejo dijo que si Dios hubiese querido que el hombre volase, le habría dado alas, «y más aún, si alguna vez alguien *llega* a volar, ¡desde luego no será de Dayton!». Setenta años más tarde conseguía despegar el *Gossamer Condor*, primera máquina autopropulsada por el hombre. Había sido construido y había conseguido volar en California, pero ningún californiano se sintió sorprendido. «*Si alguna vez alguien llega a volar, será un californiano.*»

California, nombre originario de una isla mítica, ha sido realmente la isla del mito en los Estados Unidos, un santuario protector del sueño amenazado. «Brillante y dorado espectáculo de California», lo llamaba Walt Whitman:

"Veo que ha de realizarse en ti con certeza la antigua promesa milenaria que se ha ido postergando hasta ahora...

La nueva sociedad, por fin...
abriendo el paso a la humanidad en toda su anchura, la verdadera América."

Si los Estados Unidos son libres, California lo es más. Si los Estados Unidos están abiertos a la innovación, la innovación es el segundo nombre de California. No es tanto que California sea diferente del resto del país, sino que *lo es más*, observaba un escritor ya en 1883. California es un anticipo tanto de los cambios de paradigma como de los gustos y modas del país.

En 1963 el crítico social Remi Nadeau predijo que California sería pronto no ya la vanguardia, sino el manantial de la cultura norteamericana. Si los californianos están creando una sociedad nueva, «su repercusión en el resto del país puede ser algo más que incidental». California le parecía una especie de «taller de forja» del carácter nacional. «Al haber dejado atrás las inhibiciones sociales de sus lugares de origen, los californianos son prototípicamente norteamericanos en proceso de fabricación. Lo que los norteamericanos comienzan a ser, los californianos ya lo son.» California, decía Nadeau, es un espejo milagrosamente fiel, a veces terrorífico, en el que pueden estudiarse reflejados todos los males y todos los bienes del país. «California no encierra solamente un gran peligro, sino también una gran esperanza... En ninguna otra parte los conflictos entre libertad individual y responsabilidad social alcanzan tal grado de agudeza, ni encuentran un terreno más abierto para su enfrentamiento.»

La esencia de la experiencia democrática se prueba en el laboratorio de California. Custodia del mito nacional, California, también suministradora de mitos electrónicos y de celuloide, lo transmite a todos cuantos buscan un motivo de esperanza. Si puede funcionar en California, tal vez sea posible adaptarlo y hacerlo funcionar en otras partes. La idea de Estados Unidos como país de la oportunidad es aún más visible en California, dice James Houston en su libro *Continental Drift*. «California es todavía el país donde todo es posible, donde la gente trae sueños que no se le permiten en ninguna otra parte. De modo que el resto del país se dedica a observar lo que pasa aquí, pues es como una profecía.» Un comentarista político se refería a California, caracterizándola como «un microcosmos de Estados Unidos a alta presión, un terreno fértil para todo aquel que quiera comprobar su

capacidad de sobresalir a nivel nacional en cualquier campo, especialmente en política». James Wilson, en *Challenge of California* (El desafío de California), señalaba que la falta de partidos organizados facilita a nuevos grupos adquirir importancia en California. «Estas fuerzas intentan, no tanto arrebatarse el poder a quienes lo detentan, cuanto crearlo donde antes no existía». David Broder, comentarista político nacional, decía en 1978 que el gobierno de California es «más provocativo en sus principios programáticos y muestra más talento en los máximos niveles administrativos que cualquier otro gobierno norteamericano actual, incluido el gobierno de Washington. La competencia en cuanto a fama y realizaciones entre Sacramento y Washington va a continuar en los próximos años... California es lo suficientemente grande como para proporcionar un metro patrón con el que medir lo realizado por Washington».

En 1949, Carey McWilliams decía en *California: The great Exception* que la diferencia principal entre California y el resto del país era que «California más que crecer o evolucionar ha sido propulsada como un cohete. Un día se encendieron todas las luces a la vez, y nunca hasta hoy han vuelto a oscurecerse». La riqueza de California ha sido ciertamente un factor importante del desplazamiento del influjo y del poder hacia la costa Oeste. California es rica, es el séptimo «país» más rico del mundo y supone el 12 por ciento del producto nacional bruto de los Estados Unidos. El condado de Los Ángeles cuenta por sí solo con una población superior a la de cuarenta y uno de los restantes estados. Cualquier fenómeno que exista «solamente en California» puede, no obstante, ser muy considerable.

Los californianos tuvieron la oportunidad de desilusionarse antes que los demás del espejismo de un supuesto cielo consumista. Michael Davy, director adjunto del *The Observer* de Londres, y antiguo corresponsal de ese mismo periódico en Washington, decía en 1972:

"Los californianos tienen tiempo, dinero y seguridad en el futuro en proporciones suficientes como para no quedarles otra alternativa que la de sentirse enfrentados a sus propias ansiedades. Hasta ahora, en cualquier sociedad, sólo una pequeñísima *élite* podía preguntarse a sí misma: ¿Qué soy yo? Los demás, o tenían ya suficiente que hacer con mantenerse vivos, o estaban dispuestos a aceptar el sistema de creencias que la *élite* les tendía. En California, no solamente no hay

ningún sistema general de creencias, sino que millones de personas tienen la oportunidad de preocuparse de ese temible vacío, lo que forma parte, además, de la educación de muchos de ellos."

En un artículo titulado «Anticipating America», publicado en el *Saturday Review* a fines de 1978, Roger Williams decía que hay otra California distinta de la que da nombre al lugar que Estados Unidos entero ha llegado a imitar, a ridiculizar y a envidiar. «Podríamos llamar California al futuro, a la frontera; frontera, no en el viejo sentido occidental, sino en el nuevo sentido nacional de innovación y de apertura.» El constante crecimiento de California refuerza su apertura, decía, pues el estado se ve obligado a enfrentarse con problemas cada vez más difíciles. «Lo que hace de California el estado más agresivo del país en su forma de atacar los principales problemas sociales, es el sentirse un paraíso a pique de perderse irremediamente, unido al sentimiento ampliamente difundido de formar una comunidad.» Williams subrayaba el interés y el compromiso generalizados de los californianos en los asuntos públicos, en todo tipo de comisiones e instituciones. Según señalaba, California había sido pionera en temas básicos legislativos como protección del medio ambiente, conservación costera y protección nuclear. Boorstin describía en cierta ocasión a los Estados Unidos como una nación de naciones, internacional en base a la pluralidad de concepciones de los inmigrantes que la han ido configurando. De modo semejante, California está enriquecida por una diversidad de culturas, expuesta al influjo asiático y europeo, punto de unión del este y el oeste, horizonte de inmigración para el este, el sur y el medio-oeste norteamericanos. Más de la mitad de sus habitantes han nacido fuera de su suelo.

California es también una síntesis de lo que C. P. Snow ha llamado las dos culturas: el arte y la ciencia. El físico Werner Heisenberg atribuía la vitalidad y la «cercanía humana» de la histórica ciudad de Munich a su propia mezcla histórica artística y científica. California supone esa misma mezcla en los Estados Unidos. Alrededor de un ochenta por ciento de la ciencia pura que se hace en todo el país, se realiza en California; entre sus residentes se encuentran más premios Nobel que en cualquier otro estado, y la mayoría de los miembros de la National Academy of Sciences son californianos. Entre las iniciativas más importantes de California, figuran las artes, los negocios y la experimentación de vanguardia. Un alto

funcionario público consideraba que cerca de medio millón de personas del gran Los Ángeles «luchan por ganarse la vida practicando algún tipo de arte». Las diversiones del país provienen en buena parte de California. Actores, escritores, músicos, pintores, arquitectos y diseñadores forman una industria de primera magnitud. Para bien o para mal, son en gran medida los creadores de la cultura nacional. Para el historiador William Irwin Thompson, California, más que un estado de la Unión, es un estado mental, «una *Imaginación* que hace tiempo se separó de nuestra realidad». Como líder mundial de la transición de la sociedad industrial a la postindustrial, del maquinismo del hardware, a la lógica del software, del acero al plástico, del materialismo al misticismo, «California fue la primera en descubrir que es la fantasía quien guía a la realidad, y no al contrario». Tenemos el poder de convertir nuestras visiones en realidad.

El sueño del sol y de libertad económica de California, lo mismo que el sueño expansionista norteamericano ha tenido desde siempre un segundo cuerpo: la visión trascendental de una luz y una libertad de una especie diferente. «Los trascendentalistas californianos» es el término aplicado por el crítico Benjamin Mott a escritores como Robinson Jeffers, John Muir y Gary Snyder. «No es sólo eso: como Frost y Emerson, los trascendentalistas californianos exigen de nosotros una cierta altura. Es así. A veces parece que sean los únicos escritores que queden en este país con una idea clara de lo que significa la elevación... Su auténtica región está en todas partes. Desde el punto de vista literario, son indispensables.»

Si hay algo común entre los californianos, sugería Michael Davy en 1972, es «la búsqueda de una nueva religión»; concepción que podría estar surgiendo de «esa mezcla compuesta de pensamiento estilo Esalen, lenguaje revolucionario y misticismo a lo Huxley». Proviengan de donde provengan, todos estos movimientos podrían muy bien llegar a repercutir en todo el país. «Siempre hay un cierto orientalismo en el más infatigable de los pioneros, decía una vez Thoreau y el lejano oeste no es sino el lejano oriente.» También Flaubert asociaba el lejano oeste con el lejano oriente: «Yo no dejaba de soñar con viajar por Asia, con llegar hasta la China, no dejaba de soñar con imposibles, con las Indias o con California». Cuando Thoreau y Flaubert escribían esas palabras, en el siglo diecinueve, la costa oeste ya estaba salpicada de centros y grupos de estudio buceando en las enseñanzas hindúes y en el budismo. Hoy en día el influjo del pensamiento oriental es perceptible en toda California.

California «es una especie diferente de conciencia y de cultura», ha

dicho el historiador Page Smith, posiblemente a causa del amplio espacio geográfico que tenían que atravesar los inmigrantes en el siglo pasado. «La gente tenía que cruzar auténticas barreras desde Nebraska y Kansas hasta la costa del Pacífico, unas mil quinientas millas, y durante un tiempo hubo un cierto grado de aislamiento.» Hubo también la influencia del largo período español, y hay que contar además la proximidad de México, el clima suave, la fresca sensación de comienzo común a todas las poblaciones inmigrantes y la ausencia de tradición.

Era lógico que la Conspiración de Acuario se hiciese más evidente en un entorno pluralista favorable a la experimentación y al cambio, con gentes que, por su relativa abundancia, han tenido ocasión de desilusionarse del sueño materialista en su forma más hedonista, en un pueblo con pocas tradiciones que derrocar, tolerante con el disenso, en una atmósfera de experimentación e innovación, y con una larga historia de interés por la filosofía oriental y los estados alterados de conciencia.

California y la Conspiración de Acuario

En 1962 la revista *Look* envió un equipo con el antiguo editor George Leonard a la cabeza para preparar un número especial sobre California. Las informaciones aparecidas en *Look* ponen al descubierto las tempranas raíces de la Conspiración de Acuario en California. Recogían una cita de un dirigente no profesional de San Francisco: «En California se están echando abajo los viejos compartimentos sociales, y estamos creando una nueva aristocracia: la de quienes se preocupan por las cosas. La única condición para pertenecer a ella es poder interesarse». La revista informaba que en California parecía estar creciendo «un nuevo tipo de sociedad, e incluso tal vez un nuevo tipo de persona capaz de entenderse bien con ella». Uno de los fenómenos mencionados en el artículo era la aparente profundidad de las relaciones entre amigos, lo que se atribuía al hecho de tener pocos parientes en las cercanías.

El artículo de *Look* apuntaba a Aldous Huxley como una de las personas residentes en California partidarios de convocar una nueva asamblea nacional para cambiar la Constitución. «Muchos californianos están celebrando de algún modo asambleas constituyentes, decía la revista, en centros como el de Santa Bárbara (Centro para el Estudio de las Instituciones Democráticas), el Centro para el Estudio Avanzado de

las Ciencias del Comportamiento de Palo Alto, y el Instituto de Investigación de Stanford; en los consejos directivos de grandes corporaciones y equipos de planificación; a nivel oficial estatal y municipal, y a veces incluso en los cuartos de estar de urbanizaciones habitadas por gentes venidas no hace mucho tiempo de Iowa, Maine o Georgia.» Los californianos están convencidos de que todo aquel que quiere intentarlo puede ayudar a modelar el futuro, seguía la revista, que citaba a Alan Watts: «Los moldes tradicionales de relación, basados en la cercanía local, están fuera de lugar. Los viejos modos de pensar están siendo demolidos. Lo que no se puede apreciar desde el este, es que se están creando otros nuevos patrones».

Por los años cincuenta y sesenta, Aldous Huxley, que vivía entonces en Los Angeles, figuraba entre quienes animaron a Michael Murphy y a Richard Price a tomar la decisión de abrir Esalen en 1961, centro residencial en el área de Big Sur en California, y entre quienes ayudaron a alumbrar en buena parte lo que luego se conoció como movimiento del potencial humano. Entre quienes dirigieron seminarios en Esalen en los tres primeros años figuraban Gerald Heard, Alan Watts, Arnold Toynbee, Linus Pauling, Norman O. Brown, Carl Rogers, Paul Tillich, Rollo May y un joven estudiante recién graduado llamado Carlos Castañeda.

Ejemplo típico de la profunda tranquilidad de aquellos días, la niebla caía una tarde de 1962 sobre la traicionera autopista de la costa que atravesaba Big Sur, obligaba a Abraham Maslow, que había partido de vacaciones, a buscar refugio en la casa más cercana. Maslow se metió por un camino lateral sin señalizar, entre una maraña de arbustos, en busca de alojamiento para pasar la noche. Llegaba justamente a tiempo a Esalen, donde un grupo de estudio se disponía a desembalar una caja que contenía veinte copias de su último libro.

La vinculación de Maslow con Esalen supuso un importante enlace entre redes de una y otra costa. Y en 1965 George Leonard y Michael Murphy unían sus fuerzas. El relato de Leonard del primer encuentro de ambos y su colaboración subsiguiente delata el entusiasmo intelectual y el cariz visionario de los primeros días del movimiento. Y revela también la génesis de muchos malentendidos sobre su significado.

En 1964 y 1965 Leonard estuvo viajando por todo el país, trabajando en lo que pensaba iba a ser el tema más importante de su carrera. Pensaba reflejarlo en dos o tres números consecutivos de *Look*, y pensaba titularlo «El Potencial Humano»⁶ :

" Mucha gente me había mencionado a un joven bastante misterioso llamado Michael Murphy, que dirigía un instituto aparentemente inclasificable en la costa salvaje de Big Sur, en el centro de California. Me habían dicho que Murphy, como el protagonista de "El filo de la navaja", de Maugham, había ido a la India en busca de la iluminación, y que había vivido dieciocho meses en el Ashram de Aurobindo en Pondichery. El Instituto era, al parecer, una especie de foro de nuevas ideas, especialmente aquellas que combinan la sabiduría de Oriente y Occidente. Oí decir que el primer libro publicado por Esalen había aparecido con el título de un ciclo de conferencias dado por Aldous Huxley en 1961: Potencialidades Humanas."

Leonard recordaba así su primer encuentro:

"La cena fue mágica. Murphy tenía un conocimiento enciclopédico de la filosofía oriental, y hablaba de ella como si fuese una historia deliciosa de suspenso y aventuras. Tenía un acusado sentido histórico y una visión convincente del futuro. Pero Murphy no era de esa clase de buscadores de gurú que se pueden reconocer a veces en la vaga mirada de sus ojos... Su sadhana⁷ tenía un sabor decididamente norteamericano. Podía vérselo con frecuencia llevando un traje abrigado, pero nunca una airosa túnica blanca...

Después de cenar fuimos en coche hasta mi casa y seguimos hablando durante horas. La confluencia de mentes y de ideas era extraordinaria: cada uno aportaba, de sus conocimientos acumulados, justamente lo necesario para encajar con lo que el otro decía. Mientras Murphy había estudiado filosofía oriental y psicología humanística, yo me había dedicado a estudiar los movimientos sociales y políticos en los Estados Unidos."

Su encuentro tuvo lugar en un momento especialmente vivido de la historia de la nación, recuerda Leonard: Lyndon Johnson estaba intentando sacar adelante un idealista proyecto de ley sobre los derechos civiles, así como su «guerra contra la pobreza». El país vivía una sensación de cambio de conciencia a medida que proliferaban los movimientos sociales: liberación sexual, Movimiento en favor de la Libre Expresión, interés por los derechos de los chicanos y los indios norteamericanos, y

sobre todo el movimiento de los derechos civiles encabezado por Martin Luther King.

"En el espíritu de aquella época, resultaba natural pensar en términos de «movimientos». Así como el movimiento de los derechos civiles iba a derribar las barreras entre las razas, y con ello también otros tipos de barreras, el movimiento del potencial humano ayudaría a derribar las barreras entre la mente y el cuerpo, entre la sabiduría oriental y la actividad occidental, entre el individuo y la sociedad, y de esa forma también entre la limitación y la potencialidad del propio ser."

Pronto Leonard, Murphy y otros estaban no sólo organizando cursos en régimen de estancia en Esalen, sino buscando la manera de aplicar a la sociedad, en su más amplia acepción, las intuiciones del nuevo movimiento del potencial humano. Percibían su importancia para la educación, para la política, para el cuidado de la salud, para las relaciones interraciales, y para la planificación urbana. Personalidades notables de muy distinta mentalidad como B. F. Skinner y S.I. Hayakawa dirigieron seminarios en Esalen a finales de 1965, junto a Watts, Carl Rogers, J. B. Rhine y otros. Leonard decía:

"Fue una época de gran actividad. Will Schutz y Fritz Perls se vinieron a vivir a Esalen. Proliferaron nuevos métodos. La residencia de Esalen se convirtió en un carnaval de innovaciones... En 1967 el instituto abrió una sucursal en San Francisco para ocuparse de problemas urbanos. Uní mis fuerzas con las del destacado psiquiatra negro Price Cobbs y organizamos maratones de confrontación interracial. Y lo mejor de todo, ¡oh días dichosos y dorados! es que todo esto sucedía sin que apenas nadie se preocupase de observarnos.

Luego llegaron los medios de comunicación, los reportajes por radio y televisión, los artículos de revistas, los libros y hubimos de enfrentarnos con las contradicciones, las paradojas y los dolores de corazón que inevitablemente acompañan a cualquier desafío serio a la homeostasis cultural".

La sección educativa del *Times* incluyó a fines de 1967 un artículo de Leonard sobre Esalen, considerado por él bastante objetivo, y la United

Press International informó de la mudanza de Esalen a San Francisco.

"Pero lo que vino a provocar la avalancha fue un notable artículo aparecido en el número del New York Times Sunday Magazine del día 31 de diciembre de 1967.

Yo sabía para entonces que buena parte del mundo de la información recurría a un método muy simple de comprobación y certificación de la realidad: No podía afirmarse que fuera real hasta que no hubiera aparecido en el New York Times. Y si ese algo aparecía en el Times con tintes favorables, podía apostarse que no sólo era real sino que era merecedor de ulterior información.

De modo que ahí estaba «El gozo como precio» de Leo Litwak, artículo en el que su autor hablaba de su propia experiencia personal en un grupo de encuentro de cinco días de duración dirigido por Will Schutz, y especulaba sobre las ideas de Esalen. El artículo cumplía con el tono de escepticismo inicial e ironía final requeridos, pero en general resultaba positivo... A los pocos días de su publicación, todos los editores de Nueva York eran bombardeados con peticiones de hacer una historia, una muestra o un libro sobre ese extraño lugar de la costa de California y sobre el «movimiento» al que estaba sirviendo de base."

En Esalen, la publicidad no fue bienvenida. Su criterio en este aspecto había sido cooperar con los periodistas, pero evitar lo más posible toda cobertura informativa.

Aunque solamente un quince por ciento de los programas de Esalen eran grupos de encuentro, Litwak había escrito sobre un grupo de encuentro, lo que hizo que otros periodistas y el público en general identificaran para siempre a Esalen con ese tipo de grupos. Algunos periodistas, confusos ante la abundancia de ideas nuevas de Esalen, que sobrepasaban su capacidad de esquematización, optaban por el escepticismo. Otros, en cambio, se convirtieron en auténticos adeptos, decía Leonard, con lo que «indujeron a crear falsas expectativas que desembocaban al final en desencantos».

Los centros de potencial humano comenzaron a brotar por todo el país de forma inevitable. En diversas ocasiones Murphy y Price eran abordados por personas que querían afiliarse a Esalen y hacer uso así de este nombre en sus propios centros. Ellos rehusaban, pero les animaban

activamente a hacerles la competencia.

La nueva sociedad en formación tenía pilares espirituales difíciles de identificar. Jacob Needleham, reflexionando en 1973 sobre sus primeros años en California, decía:

"Tal como era yo entonces, nunca podría haberme puesto a escribir este libro (The New Religions)... Incluso aparte de mis convicciones intelectuales, estaba toda la cuestión de California. Como toda persona trasplantada del este, me sentía constreñido a no tomar demasiado en serio nada de California. Desde luego no sentía ninguna necesidad de comprender a California.... Para mí era un lugar con una falta absoluta de experiencia de limitación...

Todavía no pretendo comprender a California, pero sí estoy seguro de que no se la puede juzgar con ligereza desde ningún punto de vista... Hay algo aquí que lucha por nacer.

Me gustaría poder afirmar con claridad qué es lo que sucede en California, qué hace que tanta gente en ella, y no sólo los jóvenes sean tan sensibles a la dimensión cósmica de la vida humana... Pero el hecho innegable es que a lo ancho y a lo largo de toda la costa Oeste no se aprecia esa especie de intelectualismo que se encuentra en las ciudades del este, intelectualismo enraizado en la concepción europea de la mente humana como algo autónomo, exterior a la naturaleza.

En cualquier caso, lo que los californianos han dejado atrás no es la realidad, sino Europa... Empecé a darme cuenta que mi idea de la inteligencia era una noción europea moderna: la mente, desvinculada de la emoción, desencarnada, aristocráticamente estructurada... Me di cuenta que había juzgado a California por su carencia del elemento europeo."

La Conspiración de Acuario, no hace falta decirlo, se nutre sobre todo de California.⁸ Sus «agentes» del área de Boston, Cambridge, de Nueva York y Washington, London, Denver, Minneapolis, Houston, Chicago, y de otros cientos de ciudades más pequeñas, se reagrupan de vez en cuando en California en busca de ánimo y apoyo.

La magna conferencia sobre la «conciencia», inventada en California a principios de los años setenta, fue un instrumento perfecto al servicio de esa interfecundación nacional. A comienzos de 1975, diversos grupos de California empezaron a organizar ciclos itinerantes de conferencias y

seminarios por todo el país.⁹

A raíz de ello, en muchas ciudades quedaron establecidos fuertes vínculos locales, y personas de la misma localidad siguieron organizando programas por cuenta propia. Los presupuestos de la conferencia intentaban asegurar la continuidad de los lazos creados. Los pequeños «talleres» resultaron ser una estrategia aún más flexible para movilizar a la población por todo el país. En todas estas reuniones, los conspiradores solían intercambiarse nombres de amigos y contactos de diverso orden, con lo que las redes se ensanchaban y entrelazaban rápidamente. Las ponencias de la conferencia se distribuían por millares grabadas en cassette.

Curiosamente, no sin ironía, mientras que el este de los Estados Unidos tendía a considerar a la costa Oeste como a un pariente raro, la televisión belga enviaba a Los Ángeles un equipo para filmar un documental sobre la influencia de la contracultura de los años sesenta en los años setenta, sobre la base de que «lo que ocurre en California acaba ocurriendo finalmente en Europa».

Si California se ha anticipado una vez más a dar el paso siguiente, las perspectivas de un cambio nacional son realmente fuertes.

Desesperación y renovación

James Alan McPherson, un joven negro ganador del premio Pulitzer de literatura ficción, describía no hace mucho el avance de las libertades desde la Carta Magna hasta la Carta de las Naciones Unidas. «En la elaboración gradual de los derechos humanos, decía, ha comenzado a delinearse algo mucho más complejo que el hecho de ser "blanco" o "negro".» Se está haciendo posible una nueva ciudadanía, en la que «todo ciudadano de los Estados Unidos podría intentar encarnar los ideales de la nación, relacionarse al menos a nivel conversacional con toda su diversidad, y portar la corriente cultural de la nación dentro de sí mismo». *Todo* norteamericano sería una síntesis de lo alto y lo bajo, de blanco y de negro, de urbano y rural, de provincial y universal. «Caso de poder vivir con todas estas contradicciones, sería sencillamente un verdadero norteamericano.»

Citaba también al filósofo español Miguel de Unamuno, quien había llamado la atención sobre la adopción en inglés de la palabra *desesperado*: «Lo que engendra la heroica, la absurda y la loca esperanza es la

desesperación y sólo la desesperación». McPherson añadía:

"Creo que los Estados Unidos son lo suficientemente complejos como para inducir esa especie de desesperación capaz de engendrar una heroica esperanza. Creo que si alguien es capaz de experimentar su diversidad, conocer una muestra variada de sus gentes, reír con sus locuras, destilar sabiduría de sus tragedias, e intentar sintetizar todo esto dentro de sí mismo sin volverse loco, ese alguien se habrá ganado el derecho de llamarse «ciudadano de los Estados Unidos»... Porque habrá iniciado en sí mismo el movimiento necesario."

Ese paso de ser una persona sin esperanza a ser un desesperado «es la única dirección nueva que conozco», decía McPherson.

La sociedad norteamericana tiene al alcance de la mano todos los factores capaces de producir una transformación colectiva: una libertad relativa, una relativa tolerancia, suficiente abundancia para estar desencantado de ella, logros suficientes para saber que lo que se necesita es otra cosa. Temperamentalmente siempre hemos sido innovadores, audaces y confiados. De acuerdo con el mito nacional, la alternativa es posible si tenemos suficiente imaginación y voluntad.

Según el crítico social y literario Leslie Fiedler, «ser norteamericano consiste precisamente en *imaginar* el destino, no en heredarlo. Siempre hemos habitado en el mito más que en la historia».

Imaginar el destino, trascender el pasado... No tenemos mucho que perder por el hecho de remodelar nuestras instituciones familiares. Hemos empezado a conocernos en toda nuestra complejidad: nuestras raíces, la crisis colectiva de nuestro modo de vida medio, nuestra idea de la sexualidad, de la muerte y de la renovación, nuestras ansias paradójicas de libertad y de orden a la vez, lo costoso de nuestras adicciones. Sentimos los límites de nuestra vieja ciencia, los peligros de nuestras más altas jerarquías, y vemos el contexto de todo nuestro planeta.

Hemos comenzado a apreciar la conexión espiritual que nos une con otras culturas. Hemos despertado nuestra capacidad de aprender y de cambiar. Y tenemos ideas.

Con miedo o sin él, parece que hemos dejado atrás la puerta de entrada a la auténtica transformación; atrás quedan el choque cultural, la violencia, la fascinación y los excesos, el miedo a lo nuevo y a lo inexplorado. Hemos comenzado a imaginar una sociedad posible.

1. La familia Adams, de la que salieron dos presidentes norteamericanos, pertenecía a una secta druídica que había sido perseguida en Inglaterra. En el período revolucionario norteamericano, la francmasonería estaba más cercana a sus orígenes medievales, y era más bien una fraternidad mística, que no la logia social en que se convirtió después de ser ampliamente perseguida en el siglo diecinueve.

Entre los masones de las colonias figuraban George Washington, Benjamin Franklin y Paul Revere. Cincuenta de los cincuenta y seis firmantes de la Declaración de Independencia se supone que eran masones. El historiador Charles Ferguson describía al ejército de Washington como una «convención masónica», señalando que los revolucionarios se apoyaban en la fraternidad para la mayoría de las comunicaciones. Franklin obtuvo ayuda de Francia por medio de sus contactos masónicos en aquel país, y Washington mismo inició a Lafayette como masón.

Como se suponía que la fraternidad trascendía toda lealtad política o nacional, se dice que ciertos papeles perdidos por una logia británica fueron cuidadosamente devueltos por los soldados revolucionarios; y la aparente laxitud de algunos generales británicos fue atribuida a su esperanza en un acuerdo rápido e incruento, que pudiera evitar el enfrentamiento entre masones de uno y otro bando.

2. Tres cambios principales se han observado en el carácter norteamericano durante el mismo periodo: una tolerancia creciente frente a la diversidad, una erosión de la ética basada en la idea de frugalidad y trabajo duro, y una preocupación por la pérdida de control sobre el sistema político.

3. El uso cada vez más extendido de la marihuana supuso un golpe para la autoridad médica, legal y paterna. Cientos de miles de jóvenes procedentes de ambientes rurales o de pequeñas ciudades, que en tiempo de paz jamás se habrían tropezado probablemente con la marihuana, tuvieron ocasión de conocer la droga en Vietnam. Curiosamente, y por ironía, la introducción de otras drogas mayores como el LSD en los años sesenta se debe en buena medida a las investigaciones realizadas por la

CIA (Central Intelligence Agency) sobre sustancias de posible utilización con fines militares. Los experimentos llevados a cabo en más de ochenta campus universitarios, con nombres supuestos tras los que se ocultaba la CIA, vinieron a popularizar, sin pretenderlo, el consumo del LSD. Miles de estudiantes y graduados sirvieron de cobayas. Muy pronto ellos mismos habían aprendido a sintetizar su propio «ácido». Hacia 1973, según la Comisión Nacional sobre el Abuso de Drogas y de Marihuana, casi el 5 % de la población norteamericana adulta había probado al menos una vez el LSD o alguna otra droga fuerte semejante.

4. En el capítulo siguiente se hace una referencia más amplia a este sistema de aprendizaje. (*N. del T.*)

5. El despertar del puritanismo (1610-1640) fue anterior al establecimiento de la constitución monárquica inglesa. El primer gran despertar en América (1730-1760) condujo a la creación de la república norteamericana. El segundo (1800-1830), a la consolidación de la Unión y al surgimiento de la democracia participativa jacksoniana. El tercero (1890-1920), al rechazo de la explotación capitalista indiscriminada y al comienzo del Estado del bienestar. Este cuarto parece dirigido al rechazo de la explotación indiscriminada de la humanidad y de la naturaleza y a la conservación y optimización de los recursos naturales del mundo.

6. El artículo de Leonard, que tenía al final cerca de veinte mil palabras, no llegó a publicarse nunca. *Look* decidió que era «demasiado largo y teórico».

7 *Sadbana*: itinerario espiritual. (*N. del T.*)

8. Aunque casi la mitad de cuantos respondieron al cuestionario de la Conspiración de Acuario viven ahora en California, la mayoría nacieron en el este o en el medio oeste. El papel de California y sus inmigrantes como catalizadores de la transformación social se admitía claramente en la invitación a la conferencia sobre «El Renacimiento de California», celebrada en Sacramento en 1979 bajo los auspicios de la Asociación de Psicología Humanística. Los participantes debían atender al «significado, promesas y peligros inherentes a la experiencia de California» en orden a la evolución personal y planetaria.

9. Dos de las primeras conferencias semejantes, es interesante notarlas, fueron patrocinadas por la Lockheed Corporation. Tuvieron lugar en 1971 en la zona de San José, e intervinieron científicos y físicos.

VI. CONOCIMIENTOS LIBERADORES EN LA VANGUARDIA DE LA CIENCIA

Toda verdad crea
MARGUERITE YOURCENAR,
Memorias de Adriano

Los recientes descubrimientos sobre la naturaleza asombrosa de la realidad constituyen un factor fundamental de cambio, al venir a socavar ideas que considerábamos de sentido común y toda la antigua filosofía académica en general. «Los años ochenta serán un período revolucionario», ha dicho el físico Fritjof Capra, «pues la estructura global de nuestra sociedad no se corresponde con la visión del mundo que está surgiendo en el pensamiento científico. »

El programa de la década que comienza tendrá que ajustarse a ese nuevo saber científico, a esos descubrimientos que están obligando a revisar la misma base de datos que servía de apoyo a nuestras concepciones, a nuestras instituciones, a nuestras vidas. Las perspectivas que se ofrecen van mucho más allá de nuestra antigua visión reduccionista. La nueva visión nos revela una naturaleza rica, creativa, dinámica, interconectada. Estamos aprendiendo a mirar la naturaleza no como una fuerza sobre la que tenemos que triunfar, sino como un medio para la propia transformación.

Los misterios que vamos a explorar en este capítulo no están lejos de nosotros, como los agujeros negros del espacio exterior, sino que están en *nosotros mismos*. En nuestros cuerpos y cerebros. En el código genético. En la naturaleza misma del cambio. En la expansión y contracción de la experiencia consciente. En el poder de la imaginación y de la intención. En la plasticidad de nuestra inteligencia y nuestra percepción.

Vivimos de acuerdo con lo que sabemos. Si creemos que el universo y nosotros mismos somos algo mecánico, viviremos de forma mecánica. Por el contrario, si sabemos que formamos parte de un universo abierto, y que nuestra mente es una matriz de realidad, viviremos la vida más creativamente y con mayor energía. Si nos imaginamos como seres aislados, flotando en un océano de indiferencia, nos comportaremos en la vida de forma diferente a como lo haríamos de sabernos en un universo total indivisible. Si creemos que el mundo es fijo, nos opondremos a todo cambio; si sabemos que el mundo es fluido, seremos cooperadores del cambio.

Como decía Abraham Maslow, el miedo a saber es en el fondo un miedo a hacer, porque todo conocimiento entraña una responsabilidad. Estos nuevos descubrimientos desvelan aspectos de la realidad que, por su rica complejidad, escapan al análisis, pero no obstante podemos comprenderlos. En algún nivel, lo llamemos corazón, cerebro derecho, tripas o inconsciente colectivo, reconocemos la justeza e incluso la sencillez de los principios que implican: se corresponden con un saber hondamente enraizado en nuestro interior. La ciencia no está haciendo más que confirmar paradojas e intuiciones con las que la humanidad se ha tropezado repetidas veces, pero empeñándose tercamente en no verlas. Nos está diciendo que nuestras instituciones sociales y nuestras mismas formas de vida están violando la naturaleza. Nos dedicamos a fragmentar y a congelar lo que deberíamos dejar moverse por ser dinámico. Establecemos jerarquías de poder antinaturales. Competimos, cuando en realidad podríamos cooperar. Si leemos los letreros que aparecen en la cartelera de la ciencia, veremos la necesidad crítica de cambio en que nos encontramos; un cambio que consiste en vivir de acuerdo con la naturaleza, y no en contra de ella.

Descubrimientos emanados de campos diversos de la ciencia, investigación sobre el cerebro, física, biología molecular, investigación sobre el aprendizaje y sobre la conciencia, antropología, psicofisiología, convergen por caminos revolucionarios, y sin embargo la imagen resultante dista mucho de ser bien conocida. Normalmente, las noticias de las fronteras de la ciencia nos llegan sólo filtradas a través de canales altamente especializados, a veces en forma fragmentaria y desordenada. Y sin embargo es algo que nos concierne a todos; son noticias a esparcir, no algo a archivar como un diario íntimo.

Antes de examinar tales descubrimientos, parémonos a considerar

brevemente las razones por las que esas noticias nos llegan solamente a pedacitos, si es que nos llegan. Desde luego no es que alguien las censure. Como veremos, el problema de comunicación se debe, en parte, al propio carácter extraño de lo que se ha ido descubriendo; en parte resulta también de la extremada especialización de los investigadores que, como tales, carecen de una visión de conjunto. Hay muy poca gente que se dedique a hacer la síntesis de informaciones procedentes de lugares muy apartados entre sí. Es como si exploradores militares estuvieran continuamente regresando de misiones de reconocimiento, y no hubiera generales para reunir y aprovechar toda esa información.

Hubo un tiempo en que todo el mundo «hacía» ciencia. Mucho antes de que hubiera carreras científicas, la gente intentaba comprender la naturaleza como entretenimiento o por propio interés. Coleccionaban ejemplares, experimentaban, construían microscopios y telescopios. Aunque algunos de estos científicos aficionados llegaron a ser famosos, difícilmente se nos ocurre pensar que no habían recibido formación académica propiamente tal; desde luego no tuvieron que escribir tesis ni tesinas para ninguna universidad. Y también todos nosotros hemos sido científicos: niños curiosos, probándolo todo con la lengua, descubriendo la gravedad, atisbando entre las rocas, viendo figuras en las estrellas, preguntándonos por qué el cielo es azul y por qué la noche nos da miedo.

Pero el romanticismo de la ciencia desaparece rápidamente en la mayoría de los adolescentes, en parte debido al estilo reduccionista, de hemisferio izquierdo, de la enseñanza de la ciencia en el sistema educativo, y en parte a causa de la demanda tecnológica, de aplicaciones prácticas, ejercida por la sociedad. Quienes sienten amor por la naturaleza, pero les disgusta disecar animalitos, aprenden pronto a apartarse de la asignatura escolar llamada biología. Estudiantes que se apuntan a cursos de psicología, confiando aprender algo acerca de cómo piensa y siente la gente, se encuentran a sí mismos teniendo que aprender sobre ratas o sobre estadística más de lo que hubieran querido. Dentro de la educación superior, la ciencia se estrecha aún más. Los estudiantes de letras y los de ciencias pastan en distintos cercados, como si fuesen ovejas y cabritos; en muchas universidades los centros dedicados a ciencias y los de humanidades están en bloques separados. La mayoría de los estudiantes evitan toda enseñanza científica fuera del mínimo de horas requeridas. Los que sobresalen entre los estudiantes de ciencias son canalizados hacia especialidades, subespecialidades y microespecialidades.

Ya en la universidad, apenas pueden comunicarse unos con otros. La mayoría acabamos por pensar que la ciencia es algo especial, aparte, que escapa a nuestra competencia, como el griego o la arqueología. Una minoría prosigue su senda entre estrechuras, y al final tenemos las Dos Culturas de que hablaba C. P. Snow, la Ciencia y el Arte, cada una creyéndose un poco superior a la otra, y envidiándola también un poco, trágicamente incompletas una y otra.

Toda disciplina científica es también una isla. La especialización ha impedido a muchos científicos pisar otros «campos» distintos del suyo por miedo a parecer necio y a causa de la dificultad de comunicación. La síntesis queda para unos pocos esforzados investigadores, irrefrenablemente creativos que sirven de motor a la industria entera con sus intuiciones penetrantes. Hace poco, con ocasión de celebrarse la asamblea anual de la Asociación Norteamericana para el Progreso de la Ciencia (fundada para promover la conexión interdisciplinar), se informaba de la reunión de un grupo de antropólogos en un hotel de Filadelfia a fin de intercambiar información sobre las causas posibles de la extinción de las tribus. A la misma hora, cientos de biólogos se reunían en un hotel cercano para examinar las razones de la extinción de determinadas especies. Los dos grupos, separados cada uno en su hotel, llegaron a una misma respuesta: la *superespecialización*.

La especialización ha engendrado otro problema: los lenguajes técnicos y matemáticos, auténtica Torre de Babel. Solamente en torno al cerebro, se publican anualmente cerca de medio millón de artículos científicos. La neurología se ha convertido en una disciplina tan esotérica, tan estrictamente subespecializada, que los investigadores encuentran una dificultad extraordinaria a la hora de comunicar entre sí. Sólo hay un puñado de investigadores que están intentando extraer un significado global del conjunto.

Una segunda razón de la fisura de comunicación existente proviene del carácter radicalmente extraño de la nueva visión del mundo. Nos vemos compelidos a ir de cambio de paradigma en cambio de paradigma, obligados a cambiar drásticamente nuestras viejas creencias para mirar desde una perspectiva nueva. Se ha dicho que la ciencia sustituye el sentido común por el conocimiento. Es verdad que nuestras más intrépidas aventuras intelectuales nos transportan a un país de las maravillas que trasciende las fronteras de nuestra comprensión lógica, lineal. Como observa el gran biólogo J. B. S. Haldane en una cita

reproducida con frecuencia, la realidad no sólo es más extraña de lo que imaginamos, sino más extraña de lo que *podemos* imaginar.

En la naturaleza nunca tocamos fondo. No hay tal cosa como el nivel más profundo en que todo encontraría sentido. Eso puede amedrentarnos. Puede darnos la impresión de regresar a la infancia, cuando la naturaleza nos parecía inmensa, misteriosa, poderosa. Más tarde aprendíamos a separar los hechos de la fantasía, y a reducir el misterio a «explicaciones». El conocimiento de los «hechos» subyacentes a fenómenos como el rayo, el magnetismo o las ondas de radio, por ejemplo, nos inducía a pensar que la naturaleza era comprensible o estaba a punto de ser comprendida. Esta concepción errónea, sostenida por la mayoría de los científicos de finales del siglo pasado, pasó a ser también patrimonio del pueblo y fue causa de la falsa idea popular sobre los poderes de la ciencia. Y ahora que la ciencia más avanzada comienza a sonarnos mítica y simbólica, ahora que está abandonando la esperanza de llegar a una última certeza, no la creemos. Es como si nos estuvieran pidiendo volver al asombro y la credulidad de nuestra primera infancia, cuando aún no sabíamos qué era «realmente» el arco iris.

Como veremos, la nueva ciencia, por encima de la fría observación clínica, nos hace entrar en un reino donde brilla parpadeante la paradoja, donde nuestra misma razón parece peligrar. Y sin embargo, así como hemos podido aprovecharnos de los grandes avances tecnológicos de nuestra civilización, como el transistor por ejemplo, así también la nueva visión del mundo de la ciencia de vanguardia va a liberar nuestras vidas, con independencia de que entendamos o no sus aspectos técnicos.

Muchas de las intuiciones fundamentales de la ciencia moderna se expresan en términos matemáticos, «lengua» que la mayoría de nosotros no hablamos ni entendemos. El lenguaje ordinario resulta inadecuado para tratar lo no-ordinario. Las frases y palabras nos han proporcionado una idea falsa de la comprensión, volviéndonos ciegos para la complejidad y la dinámica de la naturaleza. La vida no se construye como se construye una frase, con un sujeto que actúa sobre un objeto. En la realidad, numerosos acontecimientos se afectan entre sí recíprocamente de forma simultánea. Tomemos por ejemplo la imposibilidad de establecer quién-hizo-qué-primero o qué-ocasionó-tal-conducta en una familia. Construimos todas nuestras explicaciones ajustándonos a un modelo lineal que solamente existe en cuanto ideal.

Especialistas en semántica como Alfred Korzybski y Benjamin

Whorf advierten que las lenguas indo europeas nos vinculan a un modo de vida fragmentado. Descuidan la relación. Por medio de la estructura sujeto-predicado, moldean nuestro pensamiento, forzándonos a pensar simplemente en términos de causa y efecto. Por ello nos resulta muy difícil hablar, incluso *pensar*, sobre física cuántica, sobre la cuarta dimensión, o sobre cualquier otra noción en donde no aparezcan claramente delimitados el comienzo y el fin, lo alto y lo bajo, el ahora y el luego. En la naturaleza los acontecimientos tienen múltiples causas simultáneas. Algunas lenguas, particularmente el hopi y el chino, están estructuradas de forma diferente y pueden expresar ideas no lineales con menos esfuerzo. De hecho sirven para «hablar física». Nosotros, a semejanza de los antiguos griegos, cuya filosofía tanto influjo tuvo en la zurdera cerebral de Occidente, decimos: «La luz resplandeció». Pero la luz y el resplandor eran una sola cosa. Un hopi diría de forma más precisa: «¡Reh-pil!», esto es «¡Resplandor!». Según Korzybski, no seremos capaces de captar la naturaleza de la realidad hasta no haber captado la limitación que suponen las palabras. El lenguaje enmarca el pensamiento, encartándolo por tanto entre barreras. El mapa *no* es el territorio. Una rosa *no* es una-rosa-es-una-rosa, la manzana del día 1 de agosto *no* es la manzana del 10 de septiembre, ni el fruto arrugado del 2 de octubre. *El cambio y la complejidad exceden siempre a nuestra capacidad de descripción.*

Curiosamente, la mayoría de los científicos tampoco relacionan sus conocimientos con su vida ordinaria. La presión ejercida por sus colegas les desanima del intento de buscar un más amplio sentido o significación «fuera de su propio campo», manteniendo así compartimentalizado e irrelevante su saber, como una religión que sólo se practica los días festivos. Sólo unos pocos tienen el rigor intelectual y el valor personal de intentar integrar su saber en sus propias vidas. Capra señalaba que la mayoría de los físicos vuelven del laboratorio a su casa para comportarse como si Newton, y no Einstein, fuera quien tuviera razón, como si el mundo fuera mecánico y estuviera fragmentado. «Parecen no haberse dado cuenta de las implicaciones filosóficas, culturales y espirituales de sus propias teorías.»

Los aparatos que usamos como instrumentos de cuantificación, microscopios electrónicos, computadoras, telescopios, generadores de números aleatorios, electroencefalogramas, estadística, baterías de tests, cálculo integral, ciclotrones, nos han abierto paso finalmente a un reino situado más allá de los números. El resultado no es un sin sentido,

sino una especie de meta-sentido, que no es ilógico, pero que trasciende la lógica, según lo hemos definido.

Crear una teoría nueva, decía una vez Einstein, no es levantar un rascacielos donde antes había un granero. «Es más bien como trepar una montaña, descubriendo nuevas y más amplias perspectivas, conexiones inesperadas entre el punto de partida y toda la riqueza de su entorno. Pero el punto de partida sigue existiendo y podemos seguir viéndolo, aunque parezca más pequeño, como una parte diminuta en todo el amplio panorama... »

Asomándonos al nuevo mundo

Como les pasaba a los habitantes del País del Plano, también a nosotros nos faltaba al menos una dimensión. Esa dimensión, por extraño que pueda sonarnos al principio, es, en un sentido muy real, la génesis de nuestro mundo, de nuestro verdadero hogar.

Este capítulo trata de introducirnos a esa otra dimensión a través de unas cuantas puertas científicas. Los términos técnicos se han reducido al mínimo indispensable, para poder seguir mejor el «hilo conductor». Quienes deseen profundizar en ciertos datos, podrán encontrar las referencias técnicas correspondientes al final de la obra.

En un viaje de exploración, el cerebro izquierdo es un compañero útil, al menos hasta un cierto punto. Su habilidad para hacer mediciones es la que nos ha conducido a sentir respeto y a creer intelectualmente en esa dimensión más amplia. Pero en muchos aspectos es como Virgilio en la *Divina Comedia* de Dante. Virgilio podía acompañar al poeta en su recorrido por el Infierno y por el Purgatorio, donde todo era razonable, donde, por ejemplo, todo crimen recibía su adecuado castigo. Pero cuando Dante se acercaba a los linderos del Paraíso, Virgilio tuvo que quedarse atrás. Podía llegar ante el misterio, pero no le estaba permitido penetrar en él. Fue Beatriz, la musa del poeta, quien le acompañó por ese lugar de trascendencia.

La comprensión no lineal consiste más en un «sintonizarse» que no en un ir de un punto a otro. Los descubrimientos científicos a que alude este capítulo nos transportan a un país cuya cartografía puede ser sentida más que trazada. Cuando el cerebro izquierdo se ve confrontado con la dimensión no lineal, se pone a dar vueltas alrededor, a romper el todo en partes, a reconstruir los datos, y a hacer preguntas improcedentes como

un periodista en un funeral. *¿Dónde, cuándo, cómo, por qué?* A menos que dejemos en suspenso esa clase de preguntas y en general toda clase de juicio, no podremos «captar» la otra dimensión, como tampoco podemos captar a la vez las dos perspectivas de la conocida ilusión óptica en forma de escalones o cubos colgantes, ni podemos sumergirnos en el disfrute de una sinfonía si al mismo tiempo intentamos analizar cómo fue compuesta.

Sin embargo, un mundo sin espacio ni tiempo no es algo completamente ajeno a nuestra experiencia. Es un poco como los sueños, donde se mezclan pasado y futuro y los lugares cambian de forma misteriosa. Recordemos el modelo de cambio de paradigma propuesto por Thomas Kuhn: en ciencia, toda idea nueva que sea importante suena rara al principio. Como señala el físico Niels Bohr, las grandes innovaciones parecen embrolladas, confusas, incompletas. Sus mismos descubridores las comprenden sólo a medias, y para todos los demás son un misterio. Toda especulación que no parezca absurda a primera vista tiene pocas probabilidades de resultar cierta, decía Bohr. Fue él mismo quien hizo una vez la siguiente observación sobre una idea que proponía su famoso colega Werner Heisenberg: «No es lo suficientemente loca para ser verdad» (de hecho resultó no serlo).¹

Si decidimos negarnos obstinadamente a considerar todo lo que pueda parecer mágico o increíble, nos encontraremos en compañía de gente muy distinguida. La Academia Francesa anunció en un momento dado que se negaba a aceptar en lo sucesivo ningún otro informe relativo a meteoritos, pues era claramente imposible que pudieran caer rocas del cielo. Muy poco después una lluvia de meteoritos estuvo a punto de romper los cristales de la Academia.

Si los científicos se toman su tiempo hasta aceptar una información nueva, la gente por lo general aún tarda más. El gran físico Erwin Schrödinger decía una vez que para que un descubrimiento científico importante consiga hacerse de dominio público se requieren al menos *cincuenta años*; medio siglo hasta que la gente consigue darse cuenta realmente de las opiniones sorprendentes defendidas por los científicos. La especie humana no puede ya seguirse permitiendo el lujo de unos plazos tan largos y de unos cambios de mentalidad tan lentos por parte de una clase científica atrincherada en sus posiciones. Los costos para nuestra ecología, nuestras relaciones, nuestra salud, nuestros conflictos y nuestro futuro colectivo preñado de amenazas, son demasiado grandes.

Tenemos el deber de buscar, de cuestionar, de abrir nuestras mentes.

Una de las tareas principales de la Conspiración de Acuario consiste en fomentar los cambios de paradigmas, señalando los fallos del viejo paradigma y mostrando cómo el nuevo contexto resulta más explicativo y tiene un sentido mayor. Como veremos, las ideas de la ciencia moderna con mayor potencial transformativo encajan entre sí como piezas de un rompecabezas. Se apoyan unas a otras, y juntas forman como una plataforma que permite contemplar una más amplia visión del mundo. Cada una de estas ideas principales forma un todo en sí misma, cada una compone un sistema de comprensión de una serie de fenómenos que tienen lugar en la sociedad y en nuestras vidas. Todas ofrecen también extraños paralelos con antiguas descripciones, poéticas y místicas, de la naturaleza. La ciencia no está haciendo ahora sino verificar lo que la humanidad ha conocido siempre intuitivamente desde el alborar de la historia.

En *El retorno de los brujos*, Pauwels y Bergier teorizaban sobre la existencia de una conspiración abierta entre los científicos que habrían descubierto esas realidades metafísicas. Muchos de los Conspiradores de Acuario son científicos, que forman una fraternidad de infractores de paradigmas, dispuestos a traspasar recíprocamente sus mutuas fronteras en busca de nuevas intuiciones. Muchos otros, aunque profanos, están también profundamente interesados en los avances de la ciencia, y diseñan modelos de cambio social inspirándose en las evidencias proporcionadas por la ciencia sobre el comportamiento real en último término de la naturaleza. Otros conspiradores llegan a interesarse por la ciencia, movidos del deseo de entender la base física subyacente a las experiencias que han podido tener en la práctica de las diversas psicotécnicas.²

Al apoyar encuentros de científicos pertenecientes a diversas disciplinas, para que puedan examinar conjuntamente las implicaciones de sus trabajos con el cambio personal y social, la Conspiración de Acuario juega un papel educativo importante. Por ejemplo, uno de estos típicos encuentros tuvo lugar en Nueva York a fines de 1978, y en él intervinieron dos físicos, el premio Nobel Eugene Wigner y Fritjof Capra, una psicóloga investigadora de estados alterados de conciencia, Jean Houston, un investigador del cerebro, Karl Pribram, y un yogui Swami Rama, que se hizo famoso en los años setenta cuando la Fundación Menninger y otros laboratorios comprobaron su notable capacidad para

controlar sus propios procesos fisiológicos (incluso llegar a parar prácticamente el corazón). El tema del encuentro fue: «Las nuevas dimensiones de la conciencia». El prospecto de la conferencia, típico también, aludía a la convergencia de ciencia e intuición:

"Hoy día nos encontramos al filo de una nueva síntesis. En los cuatro siglos anteriores, los conceptos científicos básicos han experimentado constantes estallidos y reformas. Recientemente la comunidad científica ha empezado a reconocer una sorprendente correspondencia entre sus descubrimientos y los expresados de forma abstrusa por místicos de otros tiempos. Esta es una convocatoria para todos los visionarios, hombres y mujeres, que se consideren pioneros de la nueva síntesis".

Encuentros semejantes se han celebrado por todo el país, en universidades, museos de la ciencia, y a niveles internos de la ciencia oficial, con títulos como: *Sobre la naturaleza última de la realidad, La física de la conciencia, Conciencia y Cosmos, Conciencia y cambio cultural.*

Investigaciones sobre el cerebro y la conciencia

Hasta los años sesenta había relativamente pocos científicos dedicados al estudio del cerebro, y aún menos que estuviesen investigando la interacción entre el cerebro y la experiencia consciente. Desde entonces, la investigación sobre el cerebro y la conciencia se ha convertido en una industria próspera. Cuanto más sabemos en este campo, tanto más se radicalizan las preguntas. «Esta tarea no va a tener fin, al menos durante siglos», ha dicho el neurofisiólogo y premio Nobel John Eccles.

Al comienzo de los años sesenta, la investigación sobre biofeedback demostró que los sujetos humanos podían controlar procesos internos delicados y complejos, considerados durante mucho tiempo involuntarios. En los laboratorios la gente era entrenada para acelerar o lentificar su ritmo cardíaco, alterar la actividad eléctrica de la superficie de la piel, y cambiar en ondas lentas, tipo alta, el ritmo rápido de la frecuencia beta del cerebro. Ciertos sujetos aprendían a «disparar» (causar en ella una acción bioeléctrica) una sola célula nerviosa motora. Barbara Brown, pionera en este campo investigativo, asegura que esa profunda

conciencia biológica es un reflejo de la capacidad de la mente para alterar cualquier sistema fisiológico e influir en cualquier célula del cuerpo.

Los sujetos sometidos a experimentación con biofeedback podían sentir en sí mismos sus propios cambios, sin embargo eran incapaces de explicar cómo los conseguían. En un nivel, el biofeedback parece un fenómeno muy simple: una máquina detecta informaciones procedentes del cuerpo, las transforma en señales luminosas o sonoras, y permite al sujeto identificar las sensaciones asociadas a la fluctuación de las señales. Pero hay un *salto* misterioso de la intención a la acción fisiológica. ¿Cómo puede la voluntad seleccionar una única célula entre miles de millones y producir en ella una descarga? ¿O cómo puede liberar una determinada sustancia química? ¿O limitar la secreción de jugos gástricos? ¿O alterar el comportamiento rítmico de poblaciones enteras de células cerebrales? ¿O dilatar los capilares haciendo que aumente la temperatura de las manos?

La conciencia es más vasta y profunda y la intención es más poderosa de lo que nadie creía. Claramente, los seres humanos no han comenzado a explotar aún su potencial de cambio.

Los fenómenos de biofeedback obligaron a los investigadores a volver apresuradamente sobre sus pasos en busca del puñado de informaciones científicas aparecidas, relativas a yoguis que parecían poseer esas facultades de control sin ningún tipo de biofeedback. Antes de que este fenómeno quedase atestiguado en los laboratorios de biofeedback, se daba generalmente por supuesto que los yoguis habían conseguido engañar de algún modo a los pocos investigadores que se habían atrevido a investigar sus proezas.

Al mismo tiempo iban surgiendo también estudios de laboratorio sobre la meditación y otros estados alterados de conciencia. Se pudo establecer que quienes meditaban sufrían cambios fisiológicos específicos en la actividad eléctrica cerebral, en la superficie cutánea y en la respiración. La mayor amplitud, lentitud y ritmo de las ondas cerebrales vinieron a confirmar la pretensión de las psicotécnicas en el sentido de que quienes las practican alcanzan una mayor armonía interna.

Por la misma época, la investigación sobre el cerebro dividido (examinada en el capítulo 3) demostraba que los seres humanos tienen realmente «dos mentes», y que ambos centros de conciencia pueden funcionar independientemente uno de otro dentro de un mismo y único cráneo. No cabe sobre estimar la importancia de esta investigación, que vino a abrir paso a otro campo de investigación relacionado: el estudio de

la especialización de los hemisferios cerebrales. También nos ha ayudado a comprender la naturaleza específica de los procesos «holísticos», esa forma misteriosa de conocimiento sobre la que se ha insistido, discutido y dudado durante siglos. En lo sucesivo, la «intuición» como fenómeno queda situada, aunque vagamente, sobre el mapa neuro anatómico.

El hemisferio cuantificador confirmaba la realidad innegable del otro hemisferio «menor», cualitativamente diferente, compañero de hecho perfectamente igual, aunque reprimido. Sus poderes resultaban evidentes en los logros asombrosos de los sujetos sometidos a biofeedback, en la alteración de procesos fisiológicos comprobada en personas en estado de meditación, y en la doble conciencia manifestada extrañamente en pacientes con el cerebro dividido. Técnicas aún más sutiles pronto revelaron la presencia de la «otra mente» en la percepción en general. Los investigadores demostraron que nuestra atención es exquisitamente selectiva, influenciada como está por creencias y emociones; procesamos la información simultáneamente en canales paralelos; disponemos de una extraordinaria capacidad memorística (aunque no siempre nos resulte fácil acceder al propio banco de datos).

A mediados de los años setenta, una serie de hallazgos vinieron a abrir un nuevo campo de investigación apasionante, que está cuestionando radicalmente todo cuanto sabíamos acerca del funcionamiento del cerebro. El más conocido de todos es el descubrimiento de una clase de sustancias cerebrales conocida como endorfinas o encefalinas, a las que algunos han llegado a llamar «la morfina natural del cerebro», debido a que en un principio se las identificó a través de su acción en las zonas cerebrales donde ejerce su efecto la morfina. Las endorfinas, lo mismo que la morfina, son también analgésicos.

Las endorfinas y las otras sustancias cerebrales de la clase conocida como péptidos han aportado un principio nuevo de funcionamiento cerebral. Se ha podido rastrear en el cerebro la acción de los transmisores químicos conocidos; éstos trabajan de manera lineal, de célula a célula. Mientras que las nuevas sustancias actúan de forma más simultánea: su forma de modular la actividad de las células cerebrales se parece más bien al hecho de sintonizar una emisora de radio y ajustar el volumen. Algunas de ellas también «emiten» mensajes, lo que ha inducido a Roger Guillemin, premio Nobel investigador en este campo, a sugerir la existencia de un sistema nervioso «nuevo» controlado por estas

sustancias.

Como la acción de los péptidos es general y muy potente, a veces producen efectos espontáneos sobre el cuerpo y sobre el comportamiento. Se ha demostrado, por ejemplo, que las endorfinas afectan a la sexualidad, al apetito, a las relaciones sociales, a la percepción del dolor, a la atención, al aprendizaje, a las recompensas, a los ataques y a las psicosis. Ciertos experimentos han relacionado a las endorfinas con el misterioso efecto placebo, según el cual una sustancia neutra, como podría ser una píldora a base sólo de azúcar, produce alivio simplemente porque el paciente espera obtenerlo de ella. Pacientes que habían experimentado alivio por medio de placebos frente a la molestia sentida después de una operación dental, afirmaron que les volvían los dolores después de haberseles administrado una sustancia química inhibitoria de las endorfinas. Aparentemente, la fe inspirada por el placebo libera endorfinas. Cómo sucede ello, es un misterio tan denso como el influjo de la intención en el biofeedback.

Las endorfinas son tal vez también el mecanismo que nos permite expulsar de la mente todo aquello que no queremos sentir o en lo que no queremos pensar: la química del rechazo. Asimismo tienen claramente que ver con los estados de bienestar mental. Los cachorros que se sienten afectados por haber sido separados de sus madres, sufren una caída en los niveles de endorfinas. También hay evidencia de que el comer libera endorfinas en el aparato digestivo, lo que explicaría el placer que mucha gente encuentra en la comida.

La familia de las endorfinas comprende muchas sustancias diferentes que producen efectos distintos. Desde el punto de vista químico, las endorfinas son moléculas fraccionadas de una molécula muy grande, que a su vez, como se ha descubierto recientemente, se encuentra almacenada en el interior de una molécula enorme. El cerebro parece sacar estas sustancias del «refrigerador» a medida que las necesita.

Estados mentales como la soledad, la compulsión, la angustia, el apego, el dolor y la fe, no están solamente «en la cabeza», sino también en el cerebro. El cerebro, la mente y el cuerpo son un continuo. Los pensamientos, la intención, el miedo, las imágenes, la sugestión, las expectativas alteran la química del cerebro. Y ello funciona en ambos sentidos: también los pensamientos pueden alterarse cambiando la química del cerebro con drogas, alimentos u oxígeno.

El cerebro es de una complejidad desesperante. El biólogo Lyall

Wattson aludía al dilema que encierra la investigación cerebral: «Si el cerebro fuera lo suficientemente simple como para que pudiéramos entenderlo, *nosotros mismos* seríamos tan simples que no podríamos hacerlo».

El holismo y la teoría de sistemas

Curiosamente, los descubrimientos científicos sobre las facultades holísticas del cerebro, la capacidad de su hemisferio derecho de comprender globalmente, han hecho surgir serias dudas sobre el método científico en cuanto tal. La ciencia siempre ha intentado comprender la naturaleza reduciendo las cosas a sus partes integrantes. Ahora bien, resulta incuestionablemente claro que las *totalidades no pueden ser comprendidas por medio del análisis*. Esto es un boomerang lógico, lo mismo que la prueba matemática de que ningún sistema matemático puede ser realmente coherente consigo mismo. El prefijo griego *syn* («junto con»), en palabras como síntesis, sinergia, sintropía, resulta cada vez más significativo. Cuando las cosas se juntan, sucede algo nuevo. Toda relación supone novedad, creatividad, mayor complejidad. Ya hablemos de reacciones químicas o de sociedades humanas, de moléculas o de tratados internacionales, hay en todas ellas cualidades que no pueden predecirse a partir de la simple observación de sus componentes.

Hace medio siglo, Jan Smuts, en su libro *Holismo y Evolución*, trataba de sintetizar la teoría evolucionista de Darwin, la física de Einstein y sus propias ideas, en un intento de explicar la evolución de la mente y la materia. La globalidad, decía Smuts, es una característica fundamental del universo, producto de la tendencia de la naturaleza a sintetizar. «El holismo es autocreador, y sus estructuras finales son más *holísticas* que las estructuras iniciales». Efectivamente, esas totalidades, esas uniones, son dinámicas, evolutivas, creativas. Tienden hacia niveles de complejidad y de integración cada vez más elevados. «La evolución, decía Smut, posee un carácter espiritual interior que no deja de profundizarse.»

Como veremos enseguida, la ciencia moderna ha comprobado esa cualidad globalizadora, esa característica de la naturaleza de reunir elementos para formar estructuras crecientemente sinérgicas y significativas. La Teoría General de Sistemas, moderna concepción que tiene que ver con este tema, afirma que en todo sistema cada una de las variables se relaciona con las demás de una forma tan completa que no

cabe establecer separación entre causa y efecto. Una única variable puede ser a la vez causa y efecto. La realidad se resiste a quedarse quieta. ¡Y no es posible desmontarla! Es imposible comprender una célula, una rata, una estructura cerebral, una familia o una cultura, si la aislamos de su contexto. *La relación lo es todo.*

Para Ludwig von Bertalanffy, la Teoría General de Sistemas trata de comprender los principios de totalidad y de auto organización a todos los niveles:

"Sus aplicaciones van desde la biofísica de los procesos celulares a la dinámica de las poblaciones, y es aplicable a problemas de física o de psiquiatría, lo mismo que a temas políticos y culturales...

La Teoría General de Sistemas es sintomática del cambio operado en nuestra visión del mundo. Hemos dejado de ver el mundo como un juego de átomos a ciegas, y lo vemos más bien como una gran organización".

Según esta teoría, la historia, por interesante e instructiva que pueda resultar, es absolutamente incapaz de predecir el futuro. ¿Quién puede saber cuál va a ser el producto del baile de las variables mañana... , el mes que viene..., el año que viene? La sorpresa es inherente a la naturaleza.

Evolución: el nuevo paradigma

En la obra de Arthur Clarke *Childhood's End* (El fin de la infancia), los Superamos, misteriosos extraterrestres que han controlado la tierra durante cientos de años, explican que ellos son sólo protectores interinos de la humanidad. A pesar de sus mayores poderes intelectuales, los Superamos se encuentran en un callejón sin salida desde el punto de vista evolutivo, mientras que la humanidad tiene una infinita capacidad de evolución.

"Por encima de nosotros está la Supermente, que nos usa como un alfarero usa su rueda. Y vuestra raza es la arcilla que está siendo moldeada en esa rueda.

Nosotros creemos, aunque es sólo una teoría, que la Supermente está tratando de crecer, de extender su poder y su conciencia al universo entero. Por ahora, debe ser la suma de muchas razas, y hace

tiempo que dejó atrás la tiranía de la materia... Nosotros hemos sido enviados aquí por Ella para cumplir sus mandatos, para prepararnos para la transformación que está ya a la vuelta de la esquina...

En cuanto a la naturaleza de ese cambio, poco podemos decir... se extiende de forma explosiva, como la formación de cristales en torno al núcleo primitivo en una solución saturada."

Muchos autores científicos serios han expresado en términos académicos la metáfora literaria descrita por Clarke. Sospechan que tal vez podemos estar tocando el teclado de nuestra propia evolución, como si se tratara de un instrumento musical.

La teoría de la evolución de Darwin, fundada en las mutaciones por azar y en la supervivencia de los más aptos, ha resultado ser decididamente inadecuada para poder explicar una gran cantidad de observaciones en el campo de la biología. Así como toda una serie de hechos que escapaban a los presupuestos de la física de Newton indujeron a Einstein a formular una sorprendente teoría nueva, así también está surgiendo un nuevo paradigma ante la necesidad de ensanchar nuestra comprensión de la evolución. Darwin insistía en que la evolución había tenido lugar de forma muy gradual. Steven Jay Gould, biólogo y geólogo de Harvard, señala que en vísperas de la publicación de *El origen de las especies*, T. H. Huxley escribió a Darwin prometiéndole luchar en su favor, pero avisándole que había recargado innecesariamente su argumentación con su insistencia. La imagen de Darwin, de una evolución glacialmente lenta, reflejaba en parte su admiración por Charles Lyell, promotor de la concepción gradualista en geología. Según Gould, Darwin concebía la evolución como un proceso majestuoso y ordenado, que operaba a una velocidad tan lenta que escapaba a las posibilidades de observación durante la vida de una persona. Y al igual que Lyell rechazaba la evidencia de los cataclismos en geología, también Darwin eludía los problemas que se le hacían evidentes. Ciertamente parecía haber grandes saltos, peldaños ausentes en la escala de la evolución, pero lo atribuía a mera imperfección en los hallazgos geológicos. El cambio no era abrupto más que *en apariencia*. Pero hasta el día de hoy sigue sin aparecer una evidencia fósil de esos necesarios eslabones ausentes. Para Gould, esa extremada escasez de restos fósiles de formas de vida transicionales constituye «el secreto de fabricación» de la paleontología. Otros científicos más jóvenes, a la vista de la ausencia constante de tales

eslabones ausentes, miran con creciente escepticismo a la antigua teoría. «La antigua explicación de que los restos fósiles resultan insuficientes, constituye en sí misma una explicación insuficiente», ha dicho Niles Eldredge, del Museo Americano de Historia Natural.

Gould y Eldredge, cada uno por su lado, han propuesto para resolver este problema una teoría que concuerda con los datos geológicos. Los paleontólogos soviéticos han propuesto una teoría similar. El *puntuacionismo* o *equilibrio puntuado* sugiere que el equilibrio de la vida viene «puntuado» de vez en cuando por serias tensiones. Si se aísla una pequeña porción de una población ancestral fuera de su hábitat normal, ello puede dar lugar a la aparición de una especie nueva. Por otra parte, *la población sufre un intenso estrés cuando vive al límite de su tolerancia*. Según Gould, «las variaciones favorables se extienden rápidamente». «Las pequeñas porciones periféricas aisladas constituyen el laboratorio del cambio evolutivo». La mayoría de las especies no cambian de dirección mientras perduran sobre la tierra. «En los restos fósiles presentan una apariencia muy semejante a cuando desaparecen», dice Gould. De acuerdo con las evidencias geológicas, la nueva especie surge de golpe. No evoluciona gradualmente a partir de un cambio constante operado en sus antecesores, sino que aparece *de una vez y completamente formada*.

El antiguo paradigma veía la evolución como un continuo trepar por una escala, mientras que Gould y otros la asemejan al proceso de continua división y subdivisión de las ramas de un árbol. Por ejemplo, los antropólogos han descubierto en los últimos años que en un tiempo hubo al menos tres formas de homínidos coexistentes, esto es, de criaturas que habían sobrepasado el estadio evolutivo de simios. Anteriormente se pensaba que esos diversos especímenes formaban una secuencia. Hoy en día se sabe que alguno de los presuntos «descendientes» vivía al mismo tiempo que sus presuntos ancestros. Del trono parental, primates primitivos, se separaron vanas ramas diferentes. Algunas sobrevivieron y continuaron evolucionando, mientras que otras desaparecieron. El Homo, con su cerebro desarrollado, apareció totalmente de repente.

El nuevo paradigma atribuye la evolución a saltos periódicos efectuados por pequeños grupos.³ Esta idea del cambio es significativa al menos por dos razones: de una parte, porque requiere un mecanismo de cambio biológico más poderoso que la mera mutación al azar, y de otra, porque abre la posibilidad de una rápida evolución en nuestra propia época, en la que el equilibrio de la especie está puntuado por el estrés. En

la sociedad moderna, el estrés se experimenta en las fronteras de nuestros límites psicológicos más que en las de nuestros límites geográficos. El ser pionero constituye una aventura cada vez más psicoespiritual, ya que las fronteras físicas están más que agotadas, ya no queda espacio por explorar.

A la vista de cuanto estamos aprendiendo sobre la naturaleza profunda del cambio, parece cada vez menos probable que la especie humana pueda transformarse.

Según Gould, en el siglo diecinueve los europeos favorecían la idea del gradualismo, tanto en geología como en la evolución; se adaptaba mejor a la filosofía dominante, que sentía horror por todo tipo de revoluciones, incluso naturales. Nuestras filosofías delimitan lo que nos permitimos ver, decía.⁴ Estamos necesitados de filosofías pluralistas que nos permitan percibir la evidencia desde distintos puntos de vista:

"Si el gradualismo, mas que un hecho natural, es un producto del pensamiento occidental, entonces deberíamos tomar en consideración otras filosofías alternativas respecto del cambio, a fin de ensanchar nuestro campo mas allá de los límites de prejuicios sofocantes. En la Unión Soviética, por ejemplo, los científicos utilizan una filosofía muy diferente con respecto al cambio... Hablan de «transformación de la cantidad en calidad». Esto puede sonar a jerga de vendedor callejero, pero es una forma de sugerir que el cambio sucede a grandes saltos, a consecuencia de una lenta acumulación de tensiones sobre un sistema, que sigue aguantando hasta alcanzar el punto de ruptura. Calentad agua, y ésta alcanzará finalmente el punto de ebullición. Oprimid a los trabajadores más y más, y de pronto harán saltar sus cadenas".

Según los últimos hallazgos, la evolución puede acelerarse por determinados mecanismos genéticos. En efecto, se ha demostrado que en las bacterias y en otras formas de vida hay genes y segmentos de DNA que entran y salen de sus respectivos cromosomas, lo que sugiere que los cromosomas están tal vez sujetos a continua modificación. Los investigadores suponen que una reestructuración genética semejante podría darse en todas las formas de vida. Determinados segmentos del DNA no parecen contribuir en absoluto al cumplimiento por los genes de sus funciones ordinarias. El descubrimiento de esas secuencias eventuales, que parecen un sin sentido en el contexto del código genético,

fue calificado de «espantoso» por uno de los investigadores, Walter Gilbert, de la Universidad de Harvard. Según observaba el periódico británico *New Scientist*, «el mismo concepto de lo que es un gen está ahora en cuestión». Es posible que el DNA no sea ese sólido archivo que habían supuesto los biólogos, sino más bien un flujo, «un sistema dinámico en el que se dilatan y contraen conjuntos de genes, con elementos transeúntes que saltan fuera y dentro del mismo».5

El bioquímico Albert Szent-Gyorgyi, descubridor de la vitamina C y galardonado con el premio Nobel, ha sugerido que la tendencia hacia un orden más elevado podría muy bien ser un principio fundamental de la naturaleza. Él la denomina *sintropía*, lo opuesto a la entropía, y cree que la materia viva posee un instinto interior de autoperfeccionamiento. Tal vez en los organismos vivientes la parte periférica de cada célula transmite información de retorno al DNA situado en su núcleo, haciéndole cambiar sus instrucciones. «Después de todo, ha dicho, hasta hace unos pocos años no se sabía la forma cómo el DNA transmite sus instrucciones a la célula en primer lugar. Algún otro tipo de proceso, igualmente elegante, podría alterar esas instrucciones. » Szent-Gyorgyi rechaza la idea de que las mutaciones al azar puedan explicar la complejidad de la materia viva. Las reacciones biológicas son reacciones en cadena, y las moléculas encajan entre sí con mayor precisión que las ruedecillas de un reloj suizo. ¿Cómo, entonces, podrían haberse desarrollado de forma accidental?

"Porque en caso de cambiar una sola de esas «ruedecillas» sumamente específicas, todo el sistema deja sencilla y necesariamente de funcionar. Decir que puede mejorarse por la mutación aleatoria de un eslabón me suena como decir que se puede mejorar un reloj suizo dejándolo caer y haciendo así que se doble uno de sus ejes o ruedecillas. Para conseguir un reloj mejor, es preciso cambiar simultáneamente todos sus engranajes, haciendo que encajen de nuevo perfectamente".

Los biólogos han observado que la naturaleza ofrece muchas características «evolucionadas» del tipo todo-o-nada, tales como la estructura que permite volar a los pájaros, lo cual no puede haber ocurrido por mutaciones aleatorias y supervivencia de los más aptos. El tener medias alas no habría conferido ninguna ventaja para la supervivencia. Además, las alas no habrían servido para nada de no haber

cambiado la estructura ósea al mismo tiempo.

La evolución implica una verdadera transformación, una reforma de la estructura básica, y no meras añadiduras.

Incluso en formas vitales más simples se encuentran logros evolutivos tan sorprendentes que nuestras teorías más elaboradas se sienten humilladas. En *African Genesis*, Robert Ardrey evoca una anécdota que le sucedió en Kenia, donde Louis Leakey llamó su atención hacia lo que le pareció ser una flor de color coral formada por muchos brotecillos, como si fuera un jacinto. Al examinarla de cerca, cada uno de esos «brotes» de forma oblonga resultó ser el ala de un insecto: chinches *flatidae*, según Leakey. Asombrado, Ardrey señaló que sin duda era un ejemplo sorprendente de defensa por imitación de la naturaleza. Leakey le escuchaba divertido; luego le explicó que la flor de coral «imitada» por las chinches *flatidae* no existe en la naturaleza. Más aún, en cada puesta de huevos de la hembra hay al menos una chinche *flatidae* con alas verdes, no de color coral, y varias además con alas de colores intermedios.

"La miré más de cerca. En el extremo de la flor formada por los insectos había un único botón verde. Tras él había una media docena de brotes no del todo maduros que presentaban nada más que algunas trazas de coral. Detrás de éstas, sobre la rama, se apelotonaba todo el resto de la sociedad de chinches *flatidae* en todo su esplendor, mostrando sus alas del más puro coral, y completando así la creación de toda la colonia, capaz de despistar los ojos del más hambriento de los pájaros.

Hay momentos en que la única respuesta frente a los logros evolutivos de la naturaleza puede ser una sensación de comezón en lo alto de la cabeza. Pero aún no había llegado al colmo de mi asombro. Leakey sacudió el ramaje. La colonia, sorprendida, abandonó la ramita y el aire se llenó por un momento de un batir de alas de chinches *flatidae*... enseguida volvieron a su vara. Se posaron sin guardar un orden determinado, y por un instante la ramita permaneció animada de pequeñas criaturas que saltaban unas por encima de otras al parecer de forma totalmente aleatoria. Pero el movimiento no tenía nada de azar.

Al poco, la rama estaba de nuevo quieta, y sobre ella podía verse la flor una vez más".

¿Cómo habrían podido evolucionar así las chinches *flatidae*? ¿Cómo pueden conocer sus sitios respectivos, reptando unas sobre otras hasta quedar en posición, como niños de colegio que ocupan su lugar para participar en una ceremonia? Colin Wilson ha sugerido que no es solamente que estas chinches tengan una especie de conciencia común, sino que su misma existencia se debe a una conexión genética telepática. La comunidad de chinches *flatidae* es de alguna manera un único individuo, una única mente, cuyos genes sufrieron la influencia de su propia necesidad *colectiva*.

¿Es posible que estemos también nosotros expresando una necesidad colectiva, y nos estemos preparando para un salto evolutivo? El físico John Platt ha afirmado que la humanidad está experimentando en la actualidad un choque evolutivo frontal, y que «muy rápidamente podría resurgir coordinada de maneras desconocidas hasta ahora... implícitas no obstante en su material biológico desde el principio, tan ciertamente como la mariposa está implícita en la oruga».

La ciencia de la transformación

Cuando los rompecabezas y las paradojas reclaman una solución, se hace necesario un nuevo paradigma. Afortunadamente, la rápida evolución, biológica, cultural y personal, está encontrando una nueva, profunda y poderosa explicación.

La teoría de las estructuras disipativas valió a su autor, Ilya Prigogine, físico y químico belga, la concesión del premio Nobel de química en 1977. Esta teoría puede suponer para la ciencia en general un paso tan importante como lo fueron las teorías de Einstein para la física. Viene a tender un puente sobre el foso que separa la física y la biología: el eslabón ausente que uniría los sistemas vivientes con el universo aparentemente carente de vida en el que aquellos se desarrollan.

Esta teoría explica los «procesos irreversibles» que tienen lugar en la naturaleza, el movimiento hacia un orden vital cada vez más perfecto. Prigogine, interesado en un principio en la historia y las humanidades en general, sentía que la ciencia ignoraba esencialmente el *tiempo*. En el universo de Newton, el tiempo se consideraba únicamente con respecto al movimiento, con respecto a la trayectoria de un objeto en movimiento. Pero, como dice Prigogine, el tiempo tiene muchos aspectos: decadencia, historia, evolución, creación de nuevas formas, de nuevas ideas. ¿Dónde

habla sitio en el antiguo universo para el *devenir*?

La teoría de Prigogine resuelve el enigma fundamental de los seres vivientes, que han ido siempre cuesta arriba en un universo donde se supone que todo corre pendiente abajo. Y además, esta teoría tiene aplicación inmediata a la vida cotidiana, a la *gente*. Ofrece un modelo científico de transformación en todos los niveles. Explica el papel crítico que juega el estrés en la transformación, ¡y el impulso transformador inherente a la naturaleza! Como veremos, los principios revelados por la teoría de las estructuras disipativas pueden ayudarnos a comprender el cambio profundo en el campo de la psicología, del aprendizaje, de la salud, de la sociología, e incluso de la economía y la política. El ministerio de Transportes de los Estados Unidos ha utilizado esta teoría para predecir pautas de comportamiento en la circulación automovilística. Científicos pertenecientes a diversas disciplinas la están empleando en sus propios campos de especialización. Sus aplicaciones son infinitas.

La esencia de la teoría no es difícil de comprender, una vez superadas ciertas confusiones semánticas. Al describir la naturaleza, los científicos emplean a menudo en su sentido más literal palabras corrientes, palabras que tienen también para nosotros un significado abstracto y que pueden ir teñidas de una fuerte carga emocional. Para comprender la teoría de Prigogine, necesitamos dejar de lado los juicios de valor tradicionales aplicados a palabras como «complejidad», «disipación», «coherencia», «inestabilidad» y «equilibrio».

Ante todo, contemplemos de nuevo por un momento algunos ejemplos que nos recuerdan hasta qué punto la naturaleza está saturada de orden y es rica en estructuras: flores y colonias de insectos, interacciones celulares, estrellas del tipo pulsar y cuasar, el código genético, los relojes biológicos, los intercambios simétricos de energía en la colisión de partículas subatómicas, los patrones de memoria en la mente humana. A continuación, recordemos que en la naturaleza, a un nivel profundo, no hay nada fijo. Todos esos patrones están en continuo movimiento. Incluso una roca es un baile de electrones.

Algunas formas naturales son *sistemas abiertos*, esto es, están implicados en un continuo intercambio de energía con el entorno. Una semilla, un huevo fecundado, un ser vivo, son todos ellos sistemas abiertos. También hay sistemas abiertos fabricados por el hombre. Prigogine cita el ejemplo de una ciudad: absorbe energía de la zona circundante (electricidad, materias primas), la transforma en las fábricas, y

la devuelve al entorno. En los sistemas *cerrados*, por el contrario, tendríamos como ejemplos una roca, una taza de café frío, un tronco de leña, no existe una transformación interna de energía.

El término que Prigogine aplica a los sistemas abiertos es el de *estructuras disipativas*. Esto es, su forma o estructura se mantienen a base de una continua disipación (consumo) de energía. Igual que el agua se escapa en forma de torbellino, que es creado por ella en su fluir, así también la energía recorre las estructuras disipativas a la vez que las conforma. Todos los seres vivos y algunos sistemas no vivos (por ejemplo, ciertas reacciones químicas) son estructuras disipativas. Toda estructura disipativa podría muy bien definirse como un todo fluente: altamente organizado, pero siempre en proceso.

Reflexionemos ahora sobre el significado de la palabra complejo: trenzado conjuntamente. Una estructura compleja presenta conexiones diversas en múltiples puntos. Cuanto más compleja es una estructura disipativa, tanta más energía se requiere para mantener todas esas conexiones. Por ello, resulta más vulnerable a las fluctuaciones internas. Se dice que está «lejos del equilibrio». (En las ciencias físicas, equilibrio no significa una sana estabilidad mental, sino que se refiere al estado final de dispersión aleatoria de la energía. (El equilibrio supone una especie de muerte.)

Como las conexiones no pueden mantenerse más que a base de un flujo de energía, el sistema está siempre en estado de fluidez. Notemos la paradoja: mientras más coherente es la estructura, mientras más intrincadas sean sus conexiones, tanto más inestable será. ¡Aumento de coherencia significa aumento de inestabilidad! Precisamente esa inestabilidad es la clave de la transformación. Como ha demostrado Prigogine en elegantes términos matemáticos, la disipación de energía crea la potencialidad de un nuevo y repentino ordenamiento.

El continuo movimiento de energía a través del sistema se traduce en fluctuaciones; si éstas son pequeñas, el sistema las absorbe y no llegan a alterar su integridad estructural. Pero cuando las fluctuaciones alcanzan un nivel crítico, «perturban» el sistema. Aumentan el número de interacciones nuevas en su interior, agitándolo. Los elementos de la antigua estructura entran en contacto entre sí de nuevas formas, nuevas conexiones.

Las partes se reorganizan en una nueva totalidad. El sistema se escapa hacia un orden más elevado.

Cuanto más compleja o coherente es una estructura, tanto mayor es el nivel siguiente de complejidad. Cada transformación hace más probable la siguiente. Cada nuevo nivel posee un nivel de integración y de conexión superior al que le precede, por lo que requiere para su mantenimiento un flujo mayor de energía, lo que le hace ser aún menos estable. Por decirlo de otro modo, la flexibilidad engendra la flexibilidad.

Como decía Prigogine, en los niveles de complejidad elevados «cambia la naturaleza de las leyes de la naturaleza». La vida «come» entropía. Tiene la capacidad de crear nuevas formas por el simple procedimiento de permitir la agitación de las antiguas.

Los elementos de una estructura disipativa colaboran a provocar la transformación del conjunto. En ese cambio, incluso las moléculas no se limitan a interactuar con sus inmediatas vecinas, precisa Prigogine, «sino que ellas también muestran un comportamiento coherente, apropiado a (las necesidades del) organismo originario». A otros niveles, los insectos cooperan en el seno de sus colonias, y los seres humanos en el marco de las formas sociales. Recientemente se ha informado sobre un nuevo ejemplo de estructura disipativa en una clase de bacterias situadas experimentalmente dentro del agua, medio específicamente ajeno a ellas. Las bacterias se pusieron a interactuar de una forma sumamente organizada que permitió la supervivencia de algunas de ellas.

La reacción de Zhabotinskii, una estructura disipativa en el campo de la química, produjo cierta sensación entre los químicos en los años sesenta. En este ejemplo espectacular de creación natural de patrones tanto en el espacio como en el tiempo, una solución situada en un recipiente en un laboratorio muestra un despliegue de bellas formas enrolladas, cuyos colores alternan del rojo al azul a intervalos regulares. De modo semejante, al calentar ciertos tipos de aceite, aparece en la superficie una compleja estructura de hexágonos. Estos cambios son repentinos y no lineales. Hay múltiples factores que actúan a la vez, los unos sobre los otros.⁶

A primera vista, la idea de que por medio de la perturbación se puede crear un nuevo orden parece ridícula, como si agitando una caja que contuviera una serie de palabras introducidas al azar, pudiéramos esperar verlas convertidas en una frase con sentido. Sin embargo, el acervo de sabiduría tradicional contiene ideas semejantes. Todos sabemos que bajo el influjo de la tensión aparecen con frecuencia nuevas soluciones repentinas; que las crisis se convierten a menudo en un aviso

de una oportunidad; que el proceso creativo necesita pasar por el caos antes de que surja la forma; que las personas salen con frecuencia fortificadas del sufrimiento y las adversidades; y que las sociedades están necesitadas del aire fresco de la disidencia.

La sociedad humana ofrece un ejemplo de autoorganización espontánea. En una sociedad lo suficientemente densa, a medida que los individuos se relacionan unos con otros, cada uno ve crecer sus puntos de contacto en todo el sistema a través de amigos o de amigos de amigos. *Cuanto mayor sea la inestabilidad y la movilidad de una sociedad, tanta mayor interacción se dará en ella.* Esto significa un potencial mayor de conexiones nuevas, de nuevas organizaciones, de diversificación. Así como determinadas células u órganos de un cuerpo se especializan a lo largo de la evolución, así también las gentes que participan de unos mismos intereses saben encontrarse y acaban refinando su propia especificidad a través de la mutua estimulación e intercambio de ideas.

La teoría de las estructuras disipativas ofrece un modelo científico de la transformación de la sociedad por una minoría disidente, como es el caso de la Conspiración de Acuario. Prigogine ha señalado que su teoría «viola la ley de los grandes números». Y sin embargo, los historiadores han venido afirmando desde hace mucho tiempo que una minoría creativa es capaz de reordenar una sociedad. «La analogía histórica es evidente», apunta Prigogine. Las fluctuaciones, la conducta de un pequeño grupo de individuos puede cambiar la conducta de la totalidad del grupo. » Las perturbaciones críticas, que constituyen una «dialéctica entre la masa y la minoría», pueden producir «una nueva media» en la sociedad. Las sociedades tienen un poder de integración limitado, decía. Cada vez que la perturbación supera la capacidad de la sociedad de «absorberla» o de reprimirla, la organización social se destruye, o bien deja paso a un orden nuevo.

Según Prigogine, las culturas son las estructuras disipativas más coherentes y extrañas que existen. Un número crítico de partidarios del cambio puede crear una «dirección privilegiada», de modo semejante a como un cristal o un imán organizan el entorno a su alrededor por su propia virtualidad interna. A causa de su tamaño y densidad, las sociedades modernas están sujetas a extensas fluctuaciones internas, que pueden desencadenar cambios hacia un orden superior y más rico. En palabras de Prigogine, pueden aportar un mayor pluralismo y diversificación a la sociedad. Prigogine reconoce que esta "ciencia de la

transformación" tiene un fuerte parecido con las concepciones de las filosofías orientales, de los poetas y los místicos, y de científicos y filósofos como Henry Bergson y Alfred North Whitehead. «Una profunda visión colectiva», la llamaba él. Y piensa que el abismo entre las dos culturas *no* consiste, como Snow creía, en que quienes profesan las humanidades no leen suficientes cosas sobre las ciencias, y viceversa.

«Uno de los aspectos básicos de las humanidades es el tiempo, el modo como cambian las cosas. Las leyes del cambio. Mientras en física y química no contábamos más que con esa ingenua idea del tiempo, la ciencia poco podía decir a las artes.» La ciencia se está ahora pasando del mundo cuantitativo al mundo cualitativo, mundo en el que somos capaces de reconocernos: está surgiendo «una física humana». Esta visión del mundo sobrepasa la dualidad y las opciones tradicionales, para abordar una perspectiva cultural rica, pluralista, que reconoce que la vida en un orden superior no está sujeta a «leyes», sino que es capaz de abrirse a ilimitadas innovaciones y a otras realidades alternativas.

"Y este punto de vista ha sido expresado por muchos poetas y escritores como Tagore, Pasternak... El hecho de que podamos citar verdades enunciadas tanto por científicos como por poetas es ya en algún sentido una prueba de que es posible tender un puente entre las Dos Culturas, y de que nos encontramos a las puertas de un nuevo diálogo.

Nos estamos aproximando a una nueva unidad, a una ciencia no totalitaria, en la que nadie trata de reducir un nivel al otro".

El cerebro como estructura disipativa

Muchos antes de que la teoría de Prigogine fuera confirmada experimentalmente, un investigador israelí, Aharon Katchalsky, se había sentido impresionado por la magnitud de su alcance. Katchalsky, que era también físico y químico, había estudiado durante muchos años las pautas dinámicas del funcionamiento del cerebro, y estaba intentando comprender los mecanismos integrativos del cerebro y el significado de sus ritmos y oscilaciones.

El cerebro parecía ser un ejemplo perfecto de estructura disipativa. En cuanto a complejidad es el no va más. Tiene como característica su propia forma, el flujo que lo recorre, el estar en interacción con el

entorno, el sufrir cambios abruptos, el ser muy sensible a las perturbaciones. Exige la parte del león respecto del total de la energía corporal: con un peso de sólo el 2 por ciento del cuerpo consume el 20 por ciento del oxígeno disponible. Los altibajos de su consumo energético son típicos de la inestabilidad de una estructura disipativa.

En la primavera de 1972, Katschalsky organizó una sesión de trabajo en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, a la que invitó a los principales investigadores sobre el cerebro, con el fin de presentarles la teoría recientemente propuesta por Prigogine. El mismo Katschalsky presentó también por su parte las pruebas que había acumulado sobre las propiedades dinámicas organizadoras de la naturaleza, y explicó cómo éstas se ven afectadas por fluctuaciones profundas y repentinas. La teoría de las estructuras disipativas parecía poner en conexión las pautas dinámicas del cerebro con las alteraciones mentales. La psicología de la Gestalt, comentó, ha observado desde hace tiempo transiciones mentales repentinas, saltos en la percepción. "La reestructuración de la personalidad individual puede suceder de forma repentina, como ocurre en casos de comprensión súbita, de captación de una habilidad nueva, de enamoramiento, o como en la experiencia de conversión de San Pablo".

En aquella sesión, Vernon Rowland de la Universidad de Case Western Reserve, predijo que este enfoque aplicado al cerebro permitiría desvelar el viejo misterio: en qué consiste la diferencia que hace que un todo sea más que la suma de sus partes. La clave parecía estar en la cooperación; cuanto mayor es la complejidad de un sistema, tanto mayor es también su capacidad de autotranscendencia.

Aunque la mayoría de los participantes desconocía la teoría, pronto se pusieron de acuerdo sobre la necesidad de proseguir su estudio en busca de la síntesis posible. Parecía probable que estuviera surgiendo todo un nuevo campo de investigación. Tal vez la idea de las estructuras disipativas podría ser clave para un progreso ulterior de la investigación sobre el cerebro, que parecía estar necesitando urgentemente un enfoque distinto del enfoque lineal habitual. Se decidió que Katschalsky presidiría otras sesiones futuras, organizaría el trabajo y sintetizaría los resultados.

Dos semanas más tarde, Katschalsky caía abatido por las balas de unos terroristas en el aeropuerto Lod de Tel Aviv.

Había estado a punto de conseguir un acercamiento muy prometedor: la aplicación de la teoría de las estructuras disipativas a la investigación de la conciencia y el cerebro humanos. Ello podría explicar

el poder transformativo de las psicotécnicas; cómo es que por medio de éstas se pueden romper acondicionamientos que en estados ordinarios de conciencia se resisten firmemente al cambio.

Las ondas cerebrales reflejan *fluctuaciones de energía*. Suponen que hay un grupo de neuronas que están experimentando una actividad eléctrica lo suficientemente fuerte como para aparecer sobre el electroencefalograma (EEG). En estado de conciencia ordinario, el EEG de la mayoría de la gente está dominado por la presencia de ondas cerebrales pequeñas y rápidas (ritmo beta). En el estado beta, estamos más atentos al mundo exterior que a la experiencia interna. La meditación, la ensoñación, la relajación y otras diversas psicotécnicas tienden a aumentar las ondas cerebrales más lentas y *más amplias*, que se conocen con los nombres de alfa y theta. Dicho de otro modo, la atención interior genera una fluctuación más amplia en el cerebro. *En estados alterados de conciencia, las fluctuaciones pueden alcanzar un nivel crítico, lo suficientemente amplio como para provocar el cambio a un nivel superior de organización.*

Los recuerdos, que incluyen pautas de comportamiento y de pensamiento profundamente enraizadas en el sujeto, son estructuras disipativas. Son patrones o formas almacenadas en el cerebro. Recordemos que en una estructura disipativa las fluctuaciones *pequeñas* quedan amortiguadas por la forma existente, y carecen de efecto duradero. Pero las fluctuaciones de energía más amplia no pueden ser absorbidas por la estructura antigua. Instauran ondulaciones que atraviesan todo el sistema, creando en él nuevas conexiones repentinas. De esta forma, es probable que las pautas antiguas cambien en presencia de una perturbación o una agitación máxima, que es lo que sucede en estados de conciencia en los que se produce un flujo energético significativo.

La teoría de Prigogine puede ayudar a explicar los efectos espectaculares que a veces se producen en estados de meditación, de hipnosis o de ensoñación dirigida: la repentina liberación de una fobia o de un padecimiento físico que le había acompañado a uno desde siempre. La persona que revive un incidente traumático en un estado de atención interior profundamente concentrada perturba con ello la pauta de ese antiguo recuerdo específico. Ello desencadena una reorganización, una nueva estructura disipativa. La antigua organización queda rota.

El «cambio sentido» en la técnica de enfoque de la atención de

Eugene Gendlin, caracterizado por un cambio de fase repentino en el EEG hacia los armónicos de las ondas alfa, responde probablemente a la aparición de un conocimiento nuevo, de una nueva estructura disipativa. Cambios similares del trazado electro-encefalográfico ocurridos en estados meditativos han podido asociarse a informaciones del sujeto sobre percepciones internas experimentadas por él en el mismo momento. La pauta mental correspondiente a un pensamiento bloqueado, un paradigma antiguo, una conducta compulsiva, un reflejo rotuliano... todo ello es estructuras disipativas, susceptibles de ampliación repentina.

La nueva estructura es como un paradigma más amplio. Y la perturbación que provoca un nuevo orden en una estructura disipativa es semejante a la crisis que ayuda a forzar el cambio en favor de un paradigma nuevo.

Una y otra vez encontramos la misma forma de proceder en la naturaleza a todos los niveles: moléculas y estrellas, conceptos y ondas cerebrales, individuos y sociedades, todos cuentan con el mismo potencial de transformación.

La transformación, como un vehículo que se desliza por una pendiente, acumula energía cinética durante su carrera. Las totalidades superan a sus partes en virtud de su propia coherencia interna, de la cooperación entre sus elementos, y del hecho de estar abierta a la entrada de nuevos datos. A mayor altura en la escala evolutiva, mayor libertad de reorganización. Una hormiga está obligada a cumplir su destino; el ser humano se labra el suyo. La evolución es un proceso continuo de ruptura de totalidades y de formación de otras nuevas, dotadas de mayor riqueza.

Incluso nuestro material genético está en estado de flujo. Si tratamos de vivir como sistemas cerrados, estamos condenados a la regresión. Si ensanchamos nuestra conciencia, si admitimos informaciones nuevas y sacamos provecho de la maravillosa capacidad de integración y reconciliación de nuestro cerebro, podemos dar un salto adelante.

PSI: lo desconocido en Física y en Parapsicología

Para comprender plenamente hasta qué punto la complejidad de la naturaleza trasciende la lógica ordinaria, uno solamente necesita hacer una visita al mundo fabuloso de la física cuántica o a los laboratorios de parapsicología. Tanto en física teórica como en parapsicología, la letra griega psi designa lo desconocido.

Jeremy Bernstein, profesor de física en el Stevens Institute of Technology, ha dicho que algunas veces tiene la fantasía de estar en 1905 y de que es profesor de física en la universidad de Berna.

"Suena el teléfono y alguno de quien nunca he oído hablar se identifica como encargado de patentes en la oficina nacional de patentes en Suiza. Asegura haber oído decir que doy conferencias sobre la teoría electromagnética, y dice haber desarrollado algunas ideas que podrían interesarme. « ¿Qué clase de ideas?» Pregunto en un tono un tanto despectivo.

Comienza a exponerme una serie de nociones sobre el espacio y el tiempo que suenan totalmente dementes: una regla puesta en movimiento se contrae; un reloj situado en el ecuador va más despacio que el mismo reloj situado en el polo Norte; la masa de un electrón aumenta con su velocidad; el que dos acontecimientos sean o no simultáneos depende del marco de referencia del observador, y así sucesivamente. ¿Cómo hubiera yo reaccionado?

Bueno, la gran mayoría de los contemporáneos de Albert Einstein habrían colgado el teléfono. Después de todo, en 1905 Einstein ni siquiera tenía un trabajo académico".

Pero una lectura cuidadosa de sus papeles habría demostrado que esas ideas estaban conectadas con lo que se sabía, decía Bernstein. «Una teoría realmente nueva y auténtica puede aparecer completamente insensata a primera vista, pero si tiene algo de bueno debe ofrecer ese aspecto de conexión con lo anterior. » No debe ser algo suspendido en el aire, y en eso se distingue de la pura especulación hueca.

La física moderna, que se ha dejado adentrar más y más en lo desconocido sin perder ese fino hilo de conexión, ha revelado la existencia de un nivel de realidad sumamente fluido, como los surrealistas relojes derretidos de Salvador Dalí. La materia tiene solamente «una tendencia a existir». No hay cosas, sólo existen conexiones. Sólo hay relaciones. Si la materia colisiona, su energía se redistribuye en otras partículas, en un caleidoscopio de vida y muerte como la danza de Shiva de la mitología hindú. En lugar de un mundo sólido y real, la física teórica nos presenta una red parpadeante de sucesos, relaciones y potencialidades. Las partículas sufren transiciones repentinas, «saltos

cuánticos», comportándose a veces como unidades, y otras veces, de forma misteriosa, como si fuesen ondas. Una teoría actual contempla el universo como una «matriz de dispersión» en la que no existen partículas en absoluto sino solamente relaciones entre sucesos. Al nivel más primario, el universo parece ser paradójicamente global e indiferenciado, y esa textura inconsútil engendra *de alguna forma* el intrincado tapiz de nuestra experiencia, una realidad que no podemos de ninguna forma imaginar.

Pero las matemáticas pueden ir más allá que el sentido común. Mientras Prigogine desarrollaba un modelo matemático para describir esa extraña capacidad, autoorganizadora y trascendente, de la naturaleza, otra prueba matemática venía a amenazar los pilares de la física posteinsteiniana, lo que era ya inimaginable para la mayoría de nosotros. Esta prueba, el teorema de Bell, fue enunciada en 1964 por J. S. Bell, un físico que trabajaba en Suiza, y fue confirmada experimentalmente por primera vez en 1972. El físico Henry Stapp, en un informe federal fechado en 1975, se refirió a él como al «descubrimiento más profundo de la ciencia».

El teorema de Bell había sido esbozado en 1935, cuando Einstein y otros dos colegas propusieron un experimento que creían iba a demostrar la falacia de la lógica cuántica, que a Einstein le resultaba demasiado incierta para encontrarse cómodo con ella. Si la teoría de la mecánica cuántica era correcta, decían, entonces un cambio en el spín de una partícula perteneciente a un sistema de dos partículas, afectaría simultáneamente a su gemela, incluso si ambas habían sido separadas previamente en el espacio. A priori, la idea parecía absurda. ¿Cómo podían estar conectadas de esa forma dos partículas separadas? Este desafío, conocido más tarde con el nombre de «el efecto (o la paradoja) Einstein-Podolsky-Rosen», no consiguió refutar a la teoría cuántica, que era lo que pretendía. En vez de ello, vino a llamar la atención sobre la extraña naturaleza del mundo subatómico. Lo cual nos lleva al sorprendente teorema de Bell. Los experimentos demuestran que si se separan dos partículas idénticas (de polaridad complementaria) y el experimentador cambia la polaridad de una de ellas, la de la otra cambia también *instantáneamente*. Las dos partículas permanecen, pues, misteriosamente, en relación.

Bernard d'Espagnat, físico de la universidad de París, escribía en 1979: «La violación de los presupuestos de Einstein parece implicar que

en algún sentido todos estos objetos constituyen un todo indivisible». Según el físico Nick Herbert, ese efecto no se debe a un transfer de información, al menos en el sentido usual de la expresión. Más bien es «consecuencia sencillamente de la unidad de objetos aparentemente separados... una especie de tronera cuántica a través de la cual la física viene a admitir no meramente la posibilidad sino incluso la *necesidad* de la visión unitaria de la mística: "Todos somos uno

Físicos de indudable seriedad se sienten sorprendidos por el curioso paralelismo que guardan sus descubrimientos con las antiguas descripciones místicas de la realidad. Esas semejanzas han sido puestas de relieve por Fritjof Capra en *El Tao de la Física* y por Gary Zukav en *La Danza de los Maestros...* 7. Capra compara la visión orgánica, unificada y espiritual de la realidad en la filosofía oriental con el paradigma que está surgiendo en la física. El libro de Zukav toma su título de la expresión que se usa en chino para designar la física, *wu li*, traducible como «estructuras de la energía orgánica». «El teorema de Bell no solamente sugiere que el mundo es completamente diferente de lo que parece, dice Zukav, "sino que *lo exige*". No hay duda acerca de ello. Está ocurriendo algo apasionante. Los físicos han "demostrado" de forma racional que las ideas racionales que tenemos sobre el mundo que vivimos son profundamente deficientes.»

Cita la opinión de Geoffrey Chew, director del departamento de física de la universidad de California, en Berkeley: «Nuestra lucha actual (con los físicos avanzados) puede ser, pues, sólo una degustación de un esfuerzo humano intelectual completamente nuevo, que no solamente quedará fuera del campo de la física, sino que incluso se le describirá como "no científico"». Según Zukav, en algún sentido puede que nos estemos aproximando al «final de la ciencia». A la vez que seguimos intentando comprender, estamos aprendiendo a aceptar los límites de nuestros métodos reduccionistas. Sólo la experiencia directa puede proporcionarnos un sentido de este universo no local, de ese reino de lo interconectado. La conciencia ensanchada como por ejemplo en la meditación puede hacernos traspasar los límites de la lógica y asomarnos a un conocimiento más completo. El fin de la ciencia convencional puede suponer «la llegada de la civilización occidental, a su debido tiempo y a su modo, a las dimensiones más elevadas de la experiencia humana».

En el curso de los años, muchos grandes físicos se han dejado absorber profundamente en el intento de descubrir el papel de la mente

en la construcción de la realidad. Schrödinger, por ejemplo, ha podido decir que explorar la relación entre la mente y el cerebro es *la única* tarea importante de la ciencia. En cierta ocasión, citaba al místico persa Aziz Nasafi:

"El mundo espiritual es un único espíritu, situado como una luz detrás del mundo corporal. Cuando una criatura viene a la existencia, brilla a través de ella, como a través de una ventana. Según sea la clase y el tamaño de la ventana, entra más o menos luz en este mundo".

El pensamiento occidental está aún tratando de objetivarlo todo. Schrödinger decía: «Necesita una transfusión de sangre de pensamiento oriental». Un sutra hindú reza: «En este mundo cambiante sólo existe la mente». Visión que encuentra un eco en el físico John Wheeler: « ¿Será verdad que el mundo "es traído a la existencia", en algún extraño sentido, por el acto vital de participar?».

Para simbolizar su teoría de la complementariedad, Niels Bohr8 diseñó un blasón que ostentaba el símbolo del yin y el yang. El aforismo taoísta «lo real es vacío y el vacío es real» no difiere mucho de esta afirmación del físico Paul Dirac: «Toda materia ha sido creada de algún sustrato imperceptible..., de una nada, inimaginable e indetectable. Pero esa nada, de la que toda materia ha sido creada, tiene una forma peculiar».

En último término el psi sigue siendo incognoscible para la física. Revisando la teoría del Big Bang sobre los orígenes del universo, Robert Jastrow, un astrofísico que dirige el Instituto Godard de Estudios Espaciales de la NASA, señala que no se trata exactamente de una explicación causal. «Si un científico examinase realmente sus implicaciones, quedaría traumatizado. Como de costumbre, cuando la mente debe afrontar algo traumático, reacciona ignorando sus implicaciones, en ciencia eso se llama "negarse a considerarlo", o trivializando el origen del mundo, dándole el nombre de Big Bang, como si el universo no fuera más que un petardo.»

Consideremos la enormidad del problema: la ciencia ha demostrado que el mundo comenzó a existir en medio de una gran explosión en un momento dado. Se pregunta: ¿cuál fue la causa que produjo ese efecto? ¿Qué o quién dotó de materia y energía al universo? ¿Fue creado el universo de la nada, o proviene de la reunión de materiales preexistentes? Y la ciencia es incapaz de responder a estas preguntas.

No es cuestión de esperar otro año, u otra década de trabajo, o de que surja otra medida u otra teoría. En este momento parece que la ciencia no podrá nunca alzar el telón tras el que se oculta el misterio de la creación

La naturaleza carece de niveles simples, ha señalado Prigogine. Cuanto más intentamos acercarnos a ellos, tanto mayor es la complejidad con que tropezamos. En este universo rico y creativo, las supuestas leyes de causalidad estricta son apenas caricaturas de la auténtica naturaleza del cambio. Hay «una forma más sutil de realidad, en la que al mismo tiempo se encuentran implicadas todas las leyes y los juegos, el tiempo y la eternidad... En lugar de la clásica descripción del mundo como un autómatas, estamos volviendo al antiguo paradigma griego que describía el mundo como una obra de arte».

Tanto Prigogine como sus colegas de Bruselas están ahora elaborando un concepto que juzgan más importante que la teoría de las estructuras disipativas: una especie de nueva teoría indeterminista, aplicable al nivel cotidiano de la realidad, y no solamente al campo de lo muy pequeño o de lo inconmensurable. Los procesos predecibles resultan alterados por lo impredecible. Aquí, como en general en la ciencia moderna, los descubrimientos clave se efectúan por sorpresa. «Lo imposible se convierte en posible». Lo que engendra este mundo nuestro de apariencias concretas es un dominio de indivisa totalidad; de esa dimensión, en la que sólo existen potencialidades, nosotros extraemos significados, sentimos, percibimos, medimos.

Según Eugene Wigner, «todo fenómeno es inesperado y sumamente improbable antes de ser descubierto. Y algunos incluso siguen pareciendo irrazonables mucho tiempo después de haber sido descubiertos». Los fenómenos paranormales —fenómenos psi, probablemente no son menos naturales que los fenómenos de la física subatómica, pero son notoriamente menos previsibles. Y a mucha gente les resultan más amenazadores. Después de todo, si lo deseamos, podemos dejar de lado el mundo pavoroso de la física moderna. Una cosa es que un astrofísico como Stephen Hawking, de la universidad de Cambridge, hable de los agujeros negros «en los que el espacio-tiempo debe curvarse tanto que simplemente llega a su término, originando el derrumbamiento de todas las leyes físicas conocidas». Nadie espera encontrarse en un agujero negro.

Pero otra cosa muy distinta es tener que reconocer la dimensión de lo desconocido en la vida cotidiana: la evidencia de la visión a distancia

(clásicamente conocida como clarividencia), de la telepatía (transferencia de contenidos mentales), de la precognición (conciencia de sucesos futuros), de la psicoquinesis (interacción de la mente y la materia), y de la sincronicidad (coincidencia significativa, fenómeno compuesto de varios de los anteriores).

Salvo el de sincronicidad, estos fenómenos son susceptibles de experimentación. A pesar de la artificialidad del marco de laboratorio, de la importancia del estado mental y del notorio carácter escurridizo de psi, hay un cuerpo creciente de evidencias acumuladas en favor de la existencia irrefutable de este tipo de fenómenos y de que las psicotécnicas facilitan su producción. Se ha demostrado que la intención humana interactúa con la materia a distancia, afectando a partículas situadas en una cámara de burbujas, a cristales, e incluso a la tasa de desintegración radiactiva. Se ha comprobado que la intención de «curar» altera las enzimas, los valores de la hemoglobina, y hasta los enlaces hidrógeno-oxígeno del agua. Se desconoce la forma cómo se transmite, así como también entre la intención y el efecto observado por control de biofeedback hay un eslabón ausente, y lo mismo sucede entre la sugestión y la reacción química cerebral que entraña el efecto placebo. Toda intención humana que se traduce en una acción física es fruto, efectivamente, de la acción de la mente sobre la materia. El modo de interacción entre la conciencia y el mundo físico sigue siendo un misterio.

La parapsicología, campo acotado de psicólogos y psiquiatras en otro tiempo, ha atraído a muchos físicos en los últimos años⁹. Incluso así, las teorías relativas al mecanismo de Psi son elementales, y la mayoría de ellas se limitan a intentar comprender lo que facilita o impide la producción de los fenómenos.

Un reciente estudio efectuado sobre más de setecientas referencias parapsicológicas recoge una variedad que marea de enfoques. Entre los factores estudiados, se encuentran: efectos producidos por el tiempo y la distancia, elección forzada, impulsividad, motivación, factores interpersonales, el efecto-experimentador, alteraciones de la conciencia (sueños, hipnosis, biofeedback, drogas), aspectos cerebrales correlativos (ondas alfa, especialización hemisférica, daños en el cerebro), perfiles de personalidad de alta y baja puntuación (en neuroticismo, extraversión, creatividad, psicosis), diferencias de sexo, de edad, y de puesto entre el número de hermanos, creencias, aprendizaje, signos de envejecimiento, cortocircuitos del ego, lenguaje corporal, respuestas a nivel del sistema

nervioso autonómico (cambios en la circulación capilar, por ejemplo) y efectos producidos por luces estroboscópicas.

La mente es un circuito invisible que nos une a todos. «Pensad, pues, como si todos vuestros pensamientos fueran a ser grabados a fuego sobre el cielo a la vista de todos y de todo, porque así es en verdad como sucede», dice el *Libro de Mirdad*. Psi no es un juego de salón. Esos fenómenos nos recuerdan que tenemos acceso a una fuente de conocimiento trascendente, a un dominio no limitado por el tiempo ni el espacio.

De la cantidad a la cualidad: los eslabones ausentes

En todos estos avances científicos nos encontramos con cambios cualitativos, con transformaciones más que con cambios graduales. Hay saltos, «eslabones ausentes». Por ejemplo:

- Los cambios repentinos en la actividad cerebral, que se observan en los estados alterados de conciencia.

- El hiato que existe entre la intención y el efecto fisiológico consiguiente, en el biofeedback... y lo mismo entre la sugestión y la desaparición del dolor, en el efecto placebo.

El carácter repentino de la intuición: el salto a la solución sin que haya unos claros pasos lógicos de por medio. La percepción repentina de gestalts, de percepciones globales, por el cerebro derecho.

Los «genes saltarines» observados por los biólogos moleculares. Las mutaciones, o transformaciones del código genético. La súbita aparición de nuevas formas de vida en el curso de la evolución.

- Los saltos cuánticos en física.

- La transferencia de información en los fenómenos para-normales.

- El cambio de una estructura disipativa a un orden superior.

En nuestras vidas y en nuestras instituciones culturales, hemos estado hurgando en aspectos cualitativos con instrumentos diseñados para detectar lo cuantitativo. ¿Cómo podemos medir una sombra, o la llama de una vela? ¿Qué es lo que miden los tests de inteligencia? ¿Dónde se encuentra en el arsenal médico el deseo de 'vivir'? ¿Qué tamaño tiene la intención? ¿Cuánto pesa una pena? ¿Cómo es de profundo el amor?

Es imposible cuantificar las relaciones, las conexiones, la transformación. No hay nada en el mundo científico que pueda dar cuenta de la riqueza y complejidad de los cambios cualitativos. En un

universo en transformación, la historia resulta instructiva, pero no es necesariamente un buen profeta. Como personas, sería tonto poner límites a nuestra propia capacidad, o a la de las otras personas, en función de nuestros conocimientos presentes o pasados, incluida la ciencia clásica. Para quienes saben escuchar, la ciencia misma no deja de contarnos historias apasionantes de misterio, sin final, acerca de la riqueza inimaginable de este mundo. Así como quien abre un claro en la selva no hace sino aumentar la periferia de su zona de contacto con lo desconocido, también nosotros no estamos aprendiendo sino a conocer un poco mejor el alcance del territorio que aún nos queda por explorar.

Un mundo holográfico

Como observaba en 1972 Gunther Stent, especialista en genética molecular, algunos descubrimientos científicos aparecen de forma prematura. Muchos de estos descubrimientos, fruto de la intuición o del azar, permanecen descartados o ignorados hasta que surge la posibilidad de conectarlos con los datos ya existentes. Aguarda, efectivamente, la aparición de un contexto que les dote de sentido. El descubrimiento de los genes por Gregor Mendel, la teoría física de la absorción de Michael Polanyi, y la identificación, debida a Oswald Avery, del DNA como sustancia hereditaria básica, fueron ignorados durante años, e incluso décadas. Stent sugiere que la existencia de los fenómenos paranormales fue asimismo un descubrimiento prematuro, incapaz de ser apreciado por la ciencia, a pesar de los datos en su favor- mientras no hubiese surgido el marco conceptual adecuado.

Recientemente, un neurólogo de Stanford, Karl Pribram, ha propuesto un paradigma abarcativo que empareja la investigación cerebral con la física teórica; sirve para explicar la percepción normal, y al mismo tiempo excluye a las experiencias «para-normales» y trascendentales del campo de lo sobrenatural, demostrando que forman parte de la naturaleza. Las afirmaciones de los místicos cogen sentido de repente al ser contempladas desde el ángulo radicalmente nuevo de esta «teoría holográfica». No es que Pribram estuviese interesado en lo más mínimo en dar crédito a visiones iluministas. Solamente estaba intentando encontrar sentido a la serie de datos acumulados en su laboratorio de Stanford, donde se habían llevado a cabo estudios rigurosos sobre los procesos cerebrales de mamíferos superiores, singularmente de primates.

Al principio de su carrera como neurocirujano, Pribram había trabajado con el famoso Karl Lashley, quien durante treinta años había estado buscando el misterioso «engrama» que supuestamente constituye la sede y la esencia misma de la memoria. Lashley entrenaba a una serie de animales experimentales, a los que luego dañaba sistemáticamente diversas porciones del cerebro, con la esperanza de poder determinar la zona donde se localiza lo aprendido. Las extirpaciones parciales del cerebro empeoraban un tanto los resultados, pero le fue imposible erradicar en ellos lo aprendido sin producir daños mortales en su cerebro. En un momento dado, Lashley dijo humorísticamente que su investigación probaba la imposibilidad del aprendizaje. Pribram había tomado parte en la redacción de la investigación monumental de Lashley, lo que le hizo estar abocado al misterio del engrama ausente. ¿Cómo era posible que la memoria no estuviera almacenada en alguna parte del cerebro, sino distribuida por todo él?

Más tarde, cuando Pribram pasó al Center for Studies in the Behavioral Sciences de Stanford¹⁰, aún se sentía turbado por el misterio que lo había atraído a investigar sobre el cerebro: ¿de qué forma recordamos? A mediados de los años sesenta, en un ejemplar de la revista *Scientific American*, leyó un artículo sobre la construcción por vez primera de un holograma, especie de «imagen» tridimensional obtenida por medio de una fotografía sin lentes. Dennis Gabor había inventado en principio la holografía en 1947, descubrimiento que le valió más tarde la concesión del premio Nobel, pero la construcción de un holograma tuvo que esperar hasta que fue inventado el láser.

El holograma es uno de los inventos realmente notables de la física moderna, algo realmente fantástico cuando se lo ve por primera vez. La imagen fantasmal que produce puede ser contemplada desde ángulos diversos, y aparece como suspendida en el espacio. Lyall Watson describe perfectamente el principio en que se basa:

"Si dejamos caer un guijarro en un estanque, producirá una serie de ondas regulares que se desplazarán hacia afuera en círculos concéntricos. Si dejamos caer dos guijarros idénticos en diferentes puntos del estanque, se formarán dos series de ondas semejantes que se irán acercando recíprocamente. En las zonas de encuentro se producirán interferencias. Cuando coincidan las crestas de una y otra, colaborarán a la formación de una onda reforzada que tendrá una altura doble de

la normal. Cuando coincida una cresta con un vano, ambos se anularán produciendo un área aislada de agua en calma. De hecho, suceden todas las combinaciones posibles de ambas, con lo que el resultado final es un conjunto complejo de ondulaciones, conocido con el nombre de matriz de interferencia.

Las ondas luminosas se comportan exactamente de la misma forma. El tipo de luz más pura disponible es la producida por un láser, que emite un rayo en el que todas las ondas tienen la misma frecuencia, como las que produciría un guijarro ideal en un estanque perfecto. Cuando dos rayos láser entran en contacto, producen una matriz de interferencia formada por ondulaciones oscuras y luminosas que pueden grabarse en una placa fotográfica. Y si uno de estos rayos, en vez de venir directamente del láser, viene primero reflejado en un objeto, como por ejemplo un rostro humano, la matriz resultante será realmente muy compleja, pero a pesar de todo sigue siendo posible grabarla. Lo grabado será el holograma de ese rostro".

La luz llega a la placa fotográfica de dos fuentes: desde el mismo objeto y desde el rayo de referencia, esto es, la luz reflejada por un espejo hacia el objeto y de éste a la placa. El aparente sin sentido de ondas irregulares grabado en la placa no se parece en nada al objeto original, pero la imagen puede ser reconstituida por medio de una fuente de luz coherente como un rayo láser. El resultado es una apariencia tridimensional proyectada en el espacio a cierta distancia detrás de la placa

Si se rompe la placa, cualquier pedazo de ella tiene la facultad de poder reproducir entera la misma imagen.

Pribram vio en el holograma un modelo apasionante de la forma como el cerebro almacena la memoria¹¹. Si la memoria se encuentra distribuida más que localizada en el cerebro, tal vez sea un holograma. Tal vez el cerebro se ocupa de interacciones, interpretando frecuencias bioeléctricas en toda su extensión. En 1966, publicó un primer artículo exponiendo esa conexión. En los años siguientes, junto con otros investigadores, fueron descubriendo lo que parecían ser las estrategias de cálculo utilizadas por el cerebro para sentir y conocer. Parece que para poder ver, oír, oler, gustar, etc., el cerebro lleva a cabo una serie de cálculos complejos sobre las frecuencias de los datos que recibe. La dureza, el color rojo, o el olor a amoníaco, son solamente frecuencias cuando ingresan en el cerebro. *Estos procesos matemáticos tienen poca relación, en*

términos de sentido común, con el mundo real tal como lo percibimos.

Según el neuroanatómolo Paul Pietsch, «los principios abstractos del holograma pueden explicar las propiedades más inasibles del cerebro». El aspecto difuso de un holograma no ofrece mayor apariencia de sentido común que el cerebro. Todo el código se encuentra en cualquier punto del medio. «La mente almacenada no es una *cosa*. Son relaciones abstractas... La mente es algo matemático, en el sentido de quebrados, ángulos y raíces cuadradas. No es de extrañar que sea difícil de sondear.»

Pribram ha sugerido que esos intrincados procesos matemáticos podrían llevarse a cabo por medio de las ondas lentas que, según se sabe, recorren las células nerviosas por una red de fibras muy finas. El cerebro podría descodificar las huellas almacenadas en su memoria, de un modo semejante a como la proyección de un holograma descodifica o aclara la imagen original. La eficacia extraordinaria del principio holográfico lo hace aún más atractivo. Como la configuración grabada en la placa holográfica no tiene dimensiones espacio-temporales, resulta posible grabar miles de millones de unidades de información en un espacio diminuto, como sin duda están también almacenadas en el cerebro.

Pero en 1970 ó 1971, Pribram comenzó a sentirse turbado por una última y penosa pregunta. Si el cerebro realmente conoce sobre la base de componer hologramas, transformando matemáticamente las frecuencias que le llegan «desde fuera», ¿quién es quien interpreta en el cerebro los hologramas? Es una pregunta antigua y recurrente. Desde los griegos, los filósofos no han dejado de preguntarse por «el espíritu de la máquina», por el «caballo de la locomotora», etc. ¿Dónde está el yo, la entidad que hace uso del cerebro? ¿Quién realiza el acto de conocer? O bien, como decía en una ocasión San Francisco de Asís, «*lo que estamos buscando es lo que busca*».

Una noche que estaba dando una conferencia en Minnesota, Pribram musitó pensativo que la respuesta podría estar en el campo de la psicología de la Gestalt, según la cual lo que percibimos «ahí fuera» es lo mismo que, es isomórfica con, los procesos cerebrales. De pronto exclamó: « ¡Tal vez el *mundo* es un holograma!». Asustado por las implicaciones de lo que acababa de decir, se quedó callado. ¿Eran hologramas los que estaban allí sentados escuchándole? ¿Eran representaciones de frecuencias interpretadas por su cerebro y por los cerebros de los demás? Si la *misma* naturaleza de la realidad es holográfica, y si el cerebro opera de forma holográfica, entonces el mundo es

realmente maya, como afirman las religiones orientales: una mera apariencia mágica. Su materialidad concreta es una ilusión.

Poco después, mientras pasaba una semana con su hijo, físico, examinaban juntos estas ideas buscando una posible respuesta en el campo de la física. Su hijo mencionó que David Bohm, protegido en otro tiempo por Einstein, venía exponiendo desde hacía tiempo ideas similares. Pocos días después, Pribram había leído una copia de los principales artículos de Bohm, en los que invocaba la necesidad de un nuevo orden en el dominio de la física. Pribram se sintió como sacudido por una descarga. *Lo que Bohm estaba describiendo era un universo holográfico.*

Todo este mundo aparentemente tangible, estable, visible y audible, es una ilusión, decía Bohm. Es dinámico y caleidoscópico: no está realmente «ahí». Lo que nosotros vemos normalmente es el orden explicado, *des*-plegado, de las cosas: algo así como contemplar una película. Pero hay un orden subyacente, que es como el padre de esta realidad de segunda generación. A este otro orden lo llamaba orden *im*-plicado. Este orden implicado encierra en sí nuestra realidad, de un modo muy semejante a como el DNA presente en el núcleo de la célula encierra en sí toda la vida en potencia y dirige el curso de su despliegue.

Para ilustrar estas ideas, Bohm describe la imagen de una gota de tinta insoluble que se deja caer sobre glicerina. Si por medio de un dispositivo mecánico se hace girar lentamente el fluido de manera que no se difunda en él la tinta¹², la gota acaba finalmente convirtiéndose en un fino hilillo distribuido por todo el sistema, de manera que acaba por resultar invisible a simple vista. Dando marcha atrás al dispositivo, el hilo comenzará lentamente a recobrase hasta que acaba fundiéndose de pronto nuevamente en una gota visible.

Antes de producirse la fusión, puede decirse que la gota está «implicada» en el líquido viscoso, mientras que luego aparece de nuevo desplegada.

Imaginemos a continuación que hemos dejado caer varias gotas en el fluido en momentos diferentes y en distintas posiciones. Si hacemos dar vueltas a las gotas de tinta de forma continuada y lo suficientemente rápido, parecerá que hay una única gota de tinta que se mueve continuamente de un lado a otro en el fluido de base. Pero no existe tal cosa. Otros ejemplos: una fila de bombillas eléctricas que se encienden y se apagan en un anuncio luminoso, dando la impresión de una flecha en movimiento, o los dibujos animados, que producen la ilusión de un movi-

miento continuo. De igual forma, todas las sustancias y movimientos aparentes son ilusorios. Todos ellos provienen de Otro orden más primordial del universo. Bohm da a este fenómeno el nombre de *bolomovimiento*.

Desde los tiempos de Galileo, afirma, hemos estado contemplando la naturaleza a través de lentes; como sucede en el microscopio electrónico, nuestro mismo empuje por objetivar, altera lo que queremos ver. Queremos encontrar sus límites, dejarlo quieto por un momento, cuando su verdadera naturaleza pertenece a otro orden de realidad, a otra dimensión en la que no existen *cosas*. Es como si quisiéramos enfocar bien el objeto «observado», como si quisiéramos someter a análisis una imagen, cuando en realidad la forma más precisa de representarlo es la imagen desenfocada. La realidad básica en sí está desenfocada.

Pribram tuvo la ocurrencia de que el cerebro, al emplear sus estrategias matemáticas, podría estar enfocando la realidad a modo de una lente. Esas transformaciones matemáticas transforman las frecuencias en objetos. Reciben el potencial desenfocado, convirtiéndolo en sonido, color, olor, gusto y tacto. «Tal vez la realidad no sea tal como la perciben nuestros ojos», dice Pribram. «Si no tuviéramos esa lente, las transformaciones matemáticas operadas por nuestro cerebro, posiblemente conoceríamos un mundo organizado como un campo de frecuencias. Sin espacio ni tiempo, sino tan sólo aconteceres. ¿Sería descifrable la realidad a partir de ese campo?»

Pribram ha apuntado que las experiencias trascendentales, los estados místicos, pueden permitirnos un acceso directo ocasional a ese campo. Ciertamente, los informes de sujetos sometidos a esos estados suenan a menudo como si fueran descripciones de la realidad cuántica, coincidencia que ha inducido a muchos físicos a hacer especulaciones semejantes. Si traspasamos nuestro modo ordinario, restrictivo, de percibir, lo que Aldous Huxley llamaba la válvula reductora, podemos sintonizarnos con la fuente o matriz de la realidad. Y las matrices de interferencias neurológicas del cerebro, sus procesos matemáticos, pueden ser idénticos al estado primordial del universo. Es decir, nuestros procesos mentales están hechos de la misma materia que el principio organizador. Los físicos y astrónomos han señalado en ocasiones que la auténtica naturaleza del universo es inmaterial aunque ordenada. Einstein sentía frente a esta armonía una especie de reverencia mística. El astrónomo James Jeans ha dicho que el universo se parece más a un gran

pensamiento que a una gran máquina, y el también astrónomo Arthur Eddington afirmó que «la materia del universo es de orden mental». Más recientemente, David Foster, especialista en cibernética, ha descrito «un universo inteligente», cuya aparente concreción viene generada en realidad por datos cósmicos procedentes de una fuente incognoscible y organizada.

En síntesis, la super teoría holográfica afirma que *nuestros cerebros constituyen matemáticamente la realidad «sólida» mediante la interpretación de frecuencias provenientes de una dimensión que trasciende el espacio y el tiempo. El cerebro es un holograma que interpreta un universo holográfico.* Somos realmente participantes en la realidad, observadores que afectan a lo observado.

Vistos a esta luz, los fenómenos paranormales no son sino subproductos de esa matriz omniubicua y simultánea. Los cerebros individuales son pedazos de un holograma más grande. Bajo ciertas circunstancias, tienen acceso a toda la información presente en el sistema cibernético total. La sincronicidad, esa red de coincidencias que parece testimoniar la existencia de alguna relación o intención superior, encaja también perfectamente en el modelo holográfico. Tales coincidencias cargadas de sentido derivan de la naturaleza estructurada, intencional y organizadora de la realidad matriz. La psicoquinesis, la acción de la mente sobre la materia, puede ser resultado natural de esa interacción al nivel primordial. El modelo holográfico resuelve uno de los enigmas permanentes de Psi: la incapacidad de detectar por medio de instrumentos la aparente transferencia de energía que tiene lugar en la telepatía, en la curación a distancia o en la clarividencia. Si todo esto sucede en una dimensión que trasciende el espacio y el tiempo, no es preciso que la energía se desplace de un lado a otro. Como dice un investigador, *«no hay aquí o allá».*

Durante años, los interesados en los fenómenos mentales humanos han venido prediciendo la aparición de una nueva teoría revolucionaria, que apoyándose en una base matemática vendría a demostrar que lo sobrenatural forma parte de la naturaleza. El modelo holográfico se corresponde con esa teoría integral, que viene a abarcar todos los aspectos extravagantes de la ciencia y del espíritu. Muy bien podría tratarse del paradigma ilimitado, paradójico que la ciencia venía reclamando. Su poder de explicación, al otorgar sentido a antiguos fenómenos y al suscitar nuevas y acuciantes preguntas, enriquece y ensancha el campo de muy diversas disciplinas. Esta teoría presupone que

los estados de conciencia armónicos y coherentes favorecen ~ la sintonización con el nivel primordial de la realidad, que es una dimensión en la que reinan el orden y la armonía. Esa sintonización vendría dificultada por la cólera, la ansiedad y el miedo, en tanto que sería facilitada por el amor y la empatía. Esto tiene implicaciones para el aprendizaje, el entorno, la familia, el arte, la religión, la filosofía, la curación y la autocuración. ¿Qué es lo que nos fragmenta? ¿Qué es lo que nos hace ser completos? Esas descripciones de sensación de fluidez, de cooperar con el universo que suelen acompañar al proceso creativo, a algunas proezas atléticas extraordinarias, y que a veces se dan hasta en la vida ordinaria, ¿son una señal de nuestra conexión con la fuente?

Las experiencias tan a menudo reseñadas en los cuestionarios de la Conspiración de Acuario, esas horas e incluso meses «de gracia», en los que tenemos la sensación de estar en cooperación con la fuente misma de la vida, ¿eran momentos en que estábamos en armonía con el nivel primordial de la realidad? Hay millones de personas que están experimentando con las psicotécnicas. ¿Están con ello contribuyendo a crear una sociedad más coherente, más en resonancia? ¿Están creando orden, como núcleos de cristalización, en el gran holograma social? Tal vez consiste en esto el proceso misterioso de la evolución colectiva.

El modelo holográfico permite también explicar el extraño poder de las *imágenes*: la forma como lo que imaginamos, lo que visualizamos, influye en los acontecimientos. Imágenes evocadas en un estado trascendente pueden convertirse en realidad.

Keith Floyd, un psicólogo del Virginia Intermont College, decía que de acuerdo con la hipótesis holográfica, «y contrariamente a lo que todo el mundo piensa que es así, puede que no sea el cerebro el autor de la conciencia, sino más bien puede que sea la conciencia la que cree la apariencia del cerebro, de la materia, del espacio, del tiempo, y de todo lo demás que nos complacemos en interpretar como universo físico».

El acceso a unos dominios que trascienden el espacio y el tiempo podría explicar también antiguas intuiciones sobre la naturaleza de la realidad. Pribram señala que Leibniz, filósofo y matemático del siglo diecisiete, postuló en sus escritos un universo compuesto de *mónadas*, esto es, unidades que llevan incorporada en sí toda la información del conjunto. Es interesante notar que Leibniz había descubierto el cálculo integral que hizo posible la invención de la holografía. Leibniz sostenía que el comportamiento admirablemente ordenado de la luz, aspecto

crucial en la holografía, indicaba la existencia de un orden de realidad subyacente, radical y estructurado.

Los antiguos místicos describieron también correctamente el J funcionamiento de la glándula pineal siglos antes de que la ciencia pudiera confirmarlo. «¿Cómo pudieron surgir ideas como éstas siglos antes de contar con los instrumentos que nos permiten comprenderlas?», se preguntaba Pribram. «Tal vez en el estado holográfico, al nivel del campo de frecuencia, hace cuatro mil años es lo mismo que mañana.»

De un modo semejante, Bergson había dicho en 1907 que la última realidad es una red subyacente de conexiones, y que el cerebro refleja como en una pantalla esa realidad más vasta. En 1929, Whitehead describía la naturaleza como un gran plexo en expansión de acontecimientos situados más allá de toda percepción sensible. La materia y la mente son diferentes solamente en nuestra imaginación; de hecho, están entrelazados.

Bergson sostenía que los artistas, lo mismo que los místicos, tienen acceso al *élan vital*, al impulso creativo subyacente. Los poemas de T. S. Elliot están plagados de imágenes holográficas:

«El punto inmóvil del mundo en rotación», que no es humano ni inhumano, que no es movimiento ni detención. «Ni habléis tampoco de fijeza allí donde el pasado y el futuro se reúnen. A no ser por el punto, el punto inmóvil, no existiría la danza, y danza es todo lo que existe.»

El místico alemán Meister Eckhart dijo que «Dios se hace y se deshace». Y Rumi, el místico sufí, decía: «Las mentes humanas perciben las causas segundas, pero sólo los profetas perciben la acción de la Causa Primera».

Emerson sugería que nosotros vemos «de forma mediata, no directamente», que somos lentes coloreadas y distorsionadas. Quizá nuestras «lentes subjetivas» estén dotadas de poder creativo, decía, y no existan objetos reales fuera de nosotros en el universo: el juego e incluso el terreno de juego de la historia entera quizá no sean más que radiaciones producidas por nosotros. Un folleto publicado por la Sociedad Teosófica en los años treinta describía la realidad como una matriz viviente, «en la que cada punto matemático contiene las potencialidades del conjunto...».

Teilhard creía que la conciencia humana puede retornar a un punto «en el que las raíces de la materia desaparecen de la vista». La realidad posee un «dentro», lo mismo que un «fuera», afirmaba. En los libros de Don Juan, Carlos Castañeda describe dos dimensiones que suenan como

las dimensiones holográficas primaria y secundaria: el poderoso *nagual*, un vacío indescriptible en que todo se contiene, y el *tonal*, reflejo ordenado de eso indescriptible desconocido.

En *El hombre que regaló el trueno a la tierra*, Nancy Wood narra una historia taoísta:

"El Segundo Mundo es el auténtico centro de la vida, dijo el Viejo. Allí todo puede ocurrir, pues allí todo es posible. Es un mundo de tal vez y de por qué no... Está lleno de caminos en una sola dirección... El Segundo Mundo es un mundo en que los nudos se deshacen... un mundo en el que nada tiene nombre ni dirección... donde no hay respuestas aunque surgen continuamente nuevas preguntas".

Arthur Koestler habla de una «realidad de tercer orden», que contiene fenómenos que no pueden ser captados ni explicados en el ámbito sensorial o intelectual, «y que sin embargo en ocasiones les invaden (a estos niveles) como meteoros espirituales que atravesasen la bóveda celeste del hombre primitivo».

En un antiguo sutra de Patanjali se afirma que el conocimiento de «lo sutil, lo oculto y lo distante» surge mirando con la *pravritti*, término sánscrito que significa «antes de la onda». Esta descripción sugiere la idea de un mundo aparentemente concreto generado por matrices de interferencia, por ondas.

Y en un sutra hindú se encuentra esta antigua y extraordinaria descripción de una realidad holográfica:

"Se dice que en el cielo de India existe una red de perlas dispuestas de tal manera que si se contempla una se ven todas las demás reflejadas en ella. De igual forma, todo objeto de este mundo no es él solamente, sino que encierra en sí a todos los demás objetos, y está de hecho en todos los demás objetos".

En una conferencia que tuvo lugar en San Diego en 1976, Pribram explicó que el cerebro, tal como a él se lo habían enseñado, era una computadora, pero que «el cerebro que hoy conocemos permite explicar las experiencias de que hablan las disciplinas espirituales».

Sin embargo, al pretender explicar de qué forma puedan ser

alterados los procesos cerebrales, como para que resulte posible una experiencia directa del campo de frecuencias, seguimos m̃ viéndonos en el terreno hipotético. Puede que implique un fenómeno de percepción conocido: la «proyección», que nos permite experimentar un sonido plenamente tridimensional como si emanase de un punto situado a medio camino entre ambos altavoces, en vez de provenir de dos fuentes distintas; también, si se golpean ambas manos de una persona a un ritmo determinado, ésta puede sentir como si tuviera una tercera mano en medio de ambas. Pribram sugiere como hipótesis la implicación de una región cerebral profunda, sede de perturbaciones patológicas y de impresiones del tipo *déja vu*, que parece estar implicada en la experiencia mística de «conciencia sin contenido». Cierta alternancia de frecuencia y las relaciones de fase producidas en estas estructuras podría ser el «ábrete sésamo» de los estados trascendentales.

Según Pribram, la experiencia mística no es más extraña que muchos otros fenómenos naturales, como por ejemplo la liberación selectiva de DNA a fin de formar primero un órgano y luego otro. «Si obtenemos fenómenos paranormales o de ESP (percepción extrasensorial), o fenómenos nucleares en física, eso significa simplemente que en ese momento estamos dejando expresarse otra dimensión. En la dimensión ordinaria, nos resulta incomprensible.»

Pribram reconoce que el modelo no es fácil de asimilar; subvierte demasiado radicalmente nuestro anterior sistema de creencias, nuestra forma de comprender las cosas, el espacio y el tiempo de acuerdo con el sentido común. Las nuevas generaciones crecerán acostumbradas a la forma holográfica de pensamiento; y para facilitar el camino, Pribram sugiere que los niños deberían familiarizarse con las paradojas desde la escuela primaria, ya que los nuevos descubrimientos científicos están preñados de contradicciones.

Un auténtico científico debe estar dispuesto a defender el espíritu tanto como los propios datos que lo apoyan. «Ese es el concepto original de la ciencia: la búsqueda de la comprensión», dice Pribram. «Los días de los tecnócratas de cabeza y corazón frío parecen estar contados». Pribram admite a veces con un aire de complicidad: «Espero que se den cuenta de que yo tampoco *comprendo* nada de esto». Esta confesión provoca generalmente un suspiro de alivio incluso entre los auditorios científicamente mejor preparados.

La extensa repercusión de la síntesis de las ideas de Pribram con las

de David Bohm y con el modelo de Prigogine ha suscitado el interés apasionado de sociólogos, filósofos y artistas¹³. Se han organizado Simposiums de equipos interdisciplinarios por todo el país, y con la presencia de altos cargos del gobierno en Washington. En una conferencia a la que fue invitado, Pribram discutió sus ideas en una comisión con cinco premios Nobel¹⁴.

Toda esta rápida convergencia de revoluciones científicas en física, parapsicología, interacción de mente y cuerpo, evolución acelerada, la doble vía de conocimiento del cerebro y su capacidad de conciencia trascendente, nos está seguramente aportando un mensaje. Cuanto más aprendemos sobre la naturaleza de la realidad, más claramente apreciamos el carácter artificial de nuestro entorno y de nuestras vidas. Por ignorancia o por arrogancia, hemos estado yendo a contracorriente de la naturaleza. No comprendiendo la capacidad del cerebro para transformar el dolor y el desequilibrio, los hemos amortiguado a base de tranquilizantes o nos hemos intentado distraer con lo primero que teníamos a mano. No comprendiendo que el todo es siempre más que la suma de sus partes, hemos acantonado nuestra información en islas, hasta formar un archipiélago de datos desconectados. Todas nuestras grandes instituciones han crecido aisladas las unas de las otras. Sin darnos cuenta de que la evolución de nuestra especie es fruto de la colaboración, hemos optado por la competitividad en el trabajo, en la escuela, en las relaciones. Como no hemos comprendido la capacidad del cuerpo para reorganizar sus procesos internos, nos hemos drogado y automedicado, produciéndonos extraños efectos secundarios. Como no hemos comprendido a nuestras sociedades como grandes organismos, las hemos manipulado con «remedios» peores que los mismos males.

Más pronto o más tarde, si la sociedad humana tiene que evolucionar o dicho con mayor precisión, si tiene que sobrevivir, necesitamos ponernos a la altura de nuestros nuevos conocimientos. Durante demasiado tiempo las Dos Culturas, las humanidades impregnadas de estética y sentimiento y la ciencia fría y analítica, han funcionado independientemente una de otra, como los hemisferios derecho e izquierdo de un paciente con el cerebro dividido. Hemos sido víctimas de nuestra conciencia colectiva dividida.

El novelista Lawrence Durrell dice en *Justine*: «En alguna parte en el corazón de toda experiencia reside un orden y una coherencia que seríamos capaces de captar si fuéramos lo suficientemente atentos,

pacientes y amorosos. ¿Nos queda tiempo todavía?». Tal vez, al fin, la Ciencia pueda decir sí a las Artes.

1. Charles Richet, premio Nobel por su descubrimiento del shock alérgico, fue muy criticado cuando emprendió el estudio del fenómeno de la clarividencia. «Yo nunca dije que fuera posible», respondió Richet. «Yo sólo dije que era verdad. »

2. En cierto sentido, los Conspiradores de Acuario representan a las Dos Culturas: por lo general tienen que ver a la vez con las ciencias y las artes. Un alto porcentaje de los encuestados toca un instrumento musical, ejerce algún arte u oficio, y lee literatura, poesía y ciencia-ficción. En la ciencia, buscan algo más que información; buscan sentido, meta esencial de todo artista.

3. El escritor científico George Alexander describía así la nueva teoría: "Mientras que el gradualismo compararía la evolución a un majestuoso desfile oficial en el que irían pasando unos tras otros una serie de grandes espectáculos, como sucede en el desfile del Día de San Patricio en Nueva York, el equilibrio puntuado la asemeja más bien a una serie de reuniones de vecinos o ferias callejeras. Estos sucesos localizados son fundamentalmente aislados"

4. El historiador y crítico de arte Rudolf Arnheim señalaba que cuando se formuló el Segundo Principio de la Termodinámica, Europa comenzó a echar mano de él para explicar todo lo que parecía ir por mal camino. "El sol se estaba empequeñeciendo, la tierra se estaba enfriando", y el mismo declive entrópico generalizado era evidente en los bajos niveles de disciplina en el ejército, en la decadencia social, en la disminución de la tasa de nacimientos, en el aumento de enfermedades mentales, de tuberculosis, de problemas en la visión.

5. La evolución, que se suponía requerir miles de años, puede no necesitar sino una sola generación, a juzgar por el reciente nacimiento de un «siabon», fruto de un gibón macho y una siamang hembra pertenecientes a especies de monos genéticamente diferentes. En la

actualidad los científicos aventuran la hipótesis de que el mecanismo primario de divergencia específica podría consistir en múltiples reordenaciones del material genético más que en una acumulación de mutaciones.

6. La no-linealidad no es algo misterioso. Prigogine cita un ejemplo tomado de la vida cotidiana: la densidad del tráfico circulatorio. Cuando el tráfico es ligero, podemos conducir de forma lineal, moviéndonos más o menos segúnelijamos, simplemente reduciendo la velocidad o cambiando de carril. Pero cuando el tráfico es denso, "la cosa cambia, surge una competición entre los acontecimientos". Entonces no sólo conducirnos, sino que *somos conducidos* por el sistema. Ahora todos los coches se afectan recíprocamente.

7. El título original es *The Dancing Wu Li Master*, aparecido en castellano con el título que aparece en el texto. (N. del T.)

8. Niels Bohr, físico cuántico, enunció su teoría de la complementariedad para explicar la realidad dual onda-partícula de la luz. El ser partícula y onda son propiedades mutuamente excluyentes *de nuestra interacción con la luz*, pero igualmente necesarias para entenderla. No son propiedades de la luz, porque sin el observador la luz no existe. (N. del T.)

9. Históricamente ha habido numerosos científicos eminentes que se han sentido atraídos por Psi. Entre los primeros miembros de Society for Psychical Research británica, había tres premios Nobel: J. J. Thompson, descubridor del electrón; lord Raleigh (J. W. Strutt), descubridor del argón; y Charles Richet. William James, considerado generalmente como el padre de la psicología norteamericana, fue co-fundador de la American Society for Psychical Research. Entre otros premios Nobel interesados particularmente en los fenómenos Psi, podemos citar a Alexis Carrel, Max Planck, el matrimonio Curie, Schrödinger, Charles Sherrington y Einstein (que escribió el prólogo a un libro de Upton Sinclair sobre telepatía, titulado *Mental Radio*). Carl Jung y el premio Nobel de física Wolfgang Pauli elaboraron conjuntamente una teoría sobre la sincronicidad. Pierre Janet, famoso científico francés del siglo diecinueve, investigó activamente sobre Psi. Luther Burbank y Thomas Edison mostraron

también un fuerte interés por este campo.

Otros Conspiradores de Acuario que respondieron al cuestionario (ver Apéndice) mostraron un nivel de creencia en los fenómenos Psi sumamente alto. Por lo general, este interés había recorrido unas pautas cronológicas: al principio, fascinación, miedo, o ambas cosas; luego, tendencia a evitar estos fenómenos, por considerarlos distractivos del proceso transformativo propiamente tal; y finalmente, aceptación de los mismos como naturales y plausibles, como una extensión de las facultades creativas humanas y como una prueba evidente de la unidad esencial de la vida entera.

10. Mientras Pribram trabajaba en su obra decisiva *Los lenguajes del cerebro*, Thomas Kuhn estaba escribiendo en el despacho de al lado *La estructura de las revoluciones científicas*.

11. Entre los investigadores que primero entrevieron la conexión entre los fenómenos de la conciencia y el principio holográfico, se cuentan Dennis Gabor, descubridor de la holografía; Ula Belas, de los laboratorios de la compañía telefónica Bell; Dennis y Terence McKenna; los físicos William Tiller y Evan Harris; el biólogo Lyall Watson; y los inventores Itzhak Bentov y Eugene Dolgoff

12. Ese dispositivo consiste en un cilindro embutido dentro de otro hueco, de tal manera que en el espacio entre ambos hay una capa de glicerina, en la que se deja caer la tinta. Girando el cilindro interior, se obtiene el efecto que se describe. (N. del T.)

13. ¿Cómo encaja la teoría holográfica con la teoría de las estructuras disipativas? Pribram afirma que las estructuras disipativas son el medio por el cual se despliega el orden implicado, la manera como se manifiesta en el espacio y en el tiempo.

Entre tanto, Apolinario Nazarea, de la universidad de Texas, en Austin, ha expresado un «tranquilo optimismo» en que el desarrollo teórico de las estructuras disipativas pueda «reivindicar entre sus principales líneas directrices la así llamada teoría holográfica... aunque enfocada desde un ángulo distinto».

14. También en Europa tuvo lugar en 1979, en la ciudad de

Córdoba, un Coloquio organizado por la emisora francesa de radio France-Culture con el título «Ciencia y Conciencia», que reunió entre sus participantes al propio Karl Pribram, a David Bohm, Fritjof Capra, Costa de Beauregard, y el premio Nobel Brian D. Josephson, entre otros físicos, además de personalidades eminentes, especialistas en diversas filosofías y tradiciones orientales.

Este Coloquio, también conocido por los especialistas como «Coloquio de Córdoba», se celebró en esta ciudad en recuerdo del encuentro que en ella tuvieron en el siglo trece el más célebre filósofo académico de la época, Averroes, con Ibn Arabi, uno de los mayores maestros sufíes del pensamiento y la experiencia mística del Islam en aquel tiempo.

El Coloquio pretendía renovar el encuentro entre «las dos lecturas del universo», el enfoque científico y la experiencia espiritual, simbolizadas por aquellos dos hombres, en un nuevo intento de comprobar la progresiva aproximación que se está produciendo entre el mundo de la ciencia y el mundo del espíritu.

La propia edición francesa incluye en el texto una referencia semejante, relativa a este Coloquio. (*N. del T*)

VII. EL RECTO PODER

En la Nave espacial Tierra no hay pasajeros. Todos somos tripulación.
MARSHALL MCLUHAN

Voy a actuar como si lo que hago sirviera para algo.
WILLIAM JAMES

En el poema de C. P. Cavafy «Esperando a los bárbaros», el emperador y el pueblo, reunidos en la plaza pública, esperan la llegada de los bárbaros. Los legisladores han abandonado el Senado, porque los bárbaros tendrán que legislar cuando lleguen. Los oradores no han preparado ningún discurso, porque los bárbaros no aprecian la fluidez ni

la finura de expresión. Pero de repente la multitud se queda seria y descorazonada; las calles se vacían rápidamente. Han llegado noticias de la frontera: *los bárbaros no vienen; se han acabado los bárbaros*. «Y ahora, sin los bárbaros, ¿qué va a ser de nosotros?». Pregunta el poeta. «Después de todo, habrían sido una solución.»

Siempre hemos apelado como excusa de nuestra perenne apatía a esos «otros» seres misteriosos y avasalladores, de quien todo depende. Hemos dejado que los bárbaros, el establishment, la muerte, los impuestos, los intereses, los formalismos, las máquinas, conformasen nuestro destino. Pero algo le está pasando últimamente a la gente. Un cambio de mente, que está quebrando por diferentes caminos, de un modo a la vez sutil y dramático, los viejos axiomas políticos y de gobierno. Está cambiando de sentido el flujo del poder entre las personas: entre padres e hijos, hombres y mujeres, médicos y pacientes, patrones y empleados, «expertos» y profanos.

Decía Tocqueville que «en un mundo nuevo es indispensable una nueva ciencia política». La Conspiración de Acuario entiende que también lo inverso es verdadero: «No cabe hacer una política nueva sin contar con un mundo nuevo, con una nueva perspectiva acerca de la realidad». «Un cambio de mente», lo llamaba Huxley. Para Roszak, el mismo sentido de la realidad necesitaba ser transformado. Se le han dado diversos nombres:

Una metafísica nueva, «política de la conciencia», «política de la nueva era», «política de transformación».

Este capítulo trata de política en el más amplio sentido de la palabra. Trata del surgimiento de una nueva especie de líderes, de un nuevo concepto del poder, del poder dinámico que encierran las redes, y de la extensión progresiva de una nueva conciencia política entre el electorado, que es capaz de hacerlo variar todo.

Culturalmente, hemos revestido de ambivalencia la noción del poder. Empleamos expresiones como subirse el poder a la cabeza, estar hambriento o sediento de poder, traficar con el poder. Consideramos a quienes ostentan el poder como seres despiadados, cerrados, solitarios. Sin embargo, poder, que deriva del latín *potere*, significa energía. Sin poder, no hay movimiento¹. Así como la transformación personal reviste de poder al individuo al poner de manifiesto su propia autoridad interna, la transformación social es el resultado de una reacción en cadena de cambios personales operados en los individuos.

Ateniéndonos al espíritu del Sendero Óctuple de Buda, con sus

admoniciones relativas a la Recta Subsistencia, al Recto Discurso, etc.2 podríamos también nosotros pensar en términos de Recto Poder: el poder usado no como ariete o para la glorificación del propio ego, sino al servicio de la vida. El poder adecuado.

El poder es un tema central en la transformación personal y social. Las fuentes del poder y el uso que de él hacemos fijan los propios límites, conforman nuestras relaciones, e incluso determinan en qué proporción nos permitimos liberar y expresar aspectos de nuestro propio ser. Más que la adhesión a un partido, más que la filosofía o la ideología que decimos profesar, lo que define la política es el poder personal.

Según el ensayista político Melvin Gurtov, «las nuevas personas crean la nueva colectividad, y la nueva colectividad crea, es, "la nueva política". Todo paradigma político cambiante parte de la imposibilidad de aislar al individuo de la sociedad, como tampoco se puede separar la «política» de las gentes implicadas en ella. La persona y la sociedad están indisolublemente unidas, como el cuerpo y la mente. Discutir sobre cuál es más importante es como intentar dilucidar qué es más importante en el agua, sí el hidrógeno o el oxígeno. Y sin embargo, es algo que se ha debatido encarnizadamente durante siglos. Tras rastrear la historia filosófica del tema individuo versus sociedad, desde Platón a Kant, Hegel y Marx, Martin Buber llegaba a la conclusión de que es imposible escoger. El individuo y la sociedad son inseparables. *Al final, todo aquel que se interese por la transformación del individuo debe comprometerse en una acción social.* «Si intentamos crecer en solitario, decía Gurtov, nos estamos haciendo candidatos ciertos a quedar encerrados en la opresividad del sistema. Si crecemos juntos, el sistema tendrá que cambiar.»

La crisis política y la transformación

El nuevo paradigma político está brotando de un creciente consenso, que el sociólogo canadiense Ruben Nelson describe como «literatura de crisis y transformación». Aunque esa literatura expresa la situación con toda una serie de metáforas y diversidad de grados de desesperación, su esencia se reduce a lo siguiente:

La crisis: nuestras instituciones, en especial nuestras estructuras gubernamentales, son mecanicistas, rígidas, fragmentadas. El mundo no funciona.

El remedio: necesitamos enfrentarnos al conflicto y al dolor. Mientras

sigamos negando los propios fallos y sigamos camuflando nuestro malestar, mientras no confesemos nuestra desorientación y nuestra alienación, no podremos dar los pasos adelante necesarios.

El sistema político está necesitado de *transformación*, no de *reformas*. Necesitamos algo distinto, no meramente algo más. El economista Robert Theobald ha dicho: «Si las ideas acerca de la transformación son correctas, estamos implicados en un proceso sin precedentes en la historia humana: *el intento de cambiar el conjunto de la cultura por medio de un proceso consciente*». En un informe encargado por la Oficina de Asesoramiento Tecnológico, órgano consultivo del Congreso, el propio Theobald decía: «Es imposible cambiar un solo elemento en una cultura sin alterar todos los demás»

Con mucha mayor rapidez de lo que podemos cómodamente sobrellevar, se requiere de nosotros que diseñemos, descubramos y depuremos alternativas nuevas. ¡Cuánto más fácil resulta comprobar las vueltas que hemos dado innecesariamente, que salir a explorar otros caminos más practicables!

Nuestra comprensión de las necesidades y las capacidades humanas ha cambiado más rápidamente, ayudada por la ciencia, que las propias estructuras sociales. Su tuviéramos que enfrentarnos de pronto a seres extraterrestres, sin duda nos sentiríamos asustados, y nos preguntaríamos cómo comunicarnos con ellos y qué intenciones podrían traer respecto a nosotros. En este caso, la imagen de un nuevo ser humano nos parece un extraterrestre. La mera sospecha de estructuras y posibilidades hasta entonces insospechadas nos llena de inquietud.

Autarquía. Autogobierno

Si tuviéramos que reestructurar la sociedad sobre la base de las tácticas antiguas (organización, propaganda, presiones políticas, reeducación), la tarea nos parecería inmensa y desesperada, como tratar de invertir el sentido de rotación de nuestro planeta. Pero las revoluciones personales pueden cambiar las instituciones. Después de todo, esas instituciones *se componen* de individuos. El gobierno, la política, la medicina, la educación, no son realmente cosas en sí, sino actividades humanas en proceso: hacer leyes, ser elegido, votar, buscar contactos, investigar, aplicar tratamientos médicos, elaborar programas, etc.

Autarquía significa gobernarse por sí mismo. La idea de que la

armonía social brota en último término de la naturaleza de los individuos reaparece una y otra vez en la historia. Según Confucio, el hombre sabio que desea gobernar bien, mira primero en su interior y busca las palabras adecuadas para expresar sus más caras aspiraciones, «los sonidos que brotan de su corazón». Tras haber conseguido verbalizar la inteligencia de su propio corazón, procedían a disciplinarse a sí mismos. El orden entrevisto en su propio interior les llevaba a conseguir la armonía primeramente en sus propios hogares, luego en el estado, y finalmente en el imperio.

Los descubrimientos que trae consigo la transformación alteran inevitablemente nuestra forma de percibir el poder. El descubrimiento de la libertad, por ejemplo, significa poco si no tenemos el poder de actuar, si no podemos ser libres *para* algo y no sólo libres *de* algo. A medida que dejamos atrás el miedo, sentimos también menos miedo de su hermano gemelo, la responsabilidad. Nos sentimos menos seguros de qué es lo bueno para los demás. Al hacernos conscientes de una realidad múltiple, dejamos de apegarnos dogmáticamente a un solo punto de vista. La sensación nueva de estar conectado con los demás fomenta el interés social. La visión más benevolente del mundo hace que sintamos menos amenazadores a los demás; los enemigos desaparecen. Los compromisos se vinculan a los procesos más que a los programas. La forma de conseguir los objetivos cobra gran importancia. En lo sucesivo resulta posible convertir la intención en acción y la imaginación en realidad, sin ningún tipo de intriga ni de manipulación.

El poder brota de un centro interior, de un misterioso santuario más seguro que el dinero, la fama o el éxito. Al descubrir nuestra autonomía, al principio andamos siempre de un lado para otro, como un músico al que acaban de pagar y que, al querer recobrar los instrumentos que había ido dejando en prenda por toda la ciudad, ni siquiera puede recordar las direcciones de las casas de empeño. Nos quedamos asombrados al comprobar con qué ligereza e incluso inconsciencia habíamos abdicado de tantas cosas importantes, y con cuánta frecuencia, por el contrario, habíamos invadido el campo de autonomía de los demás. Aprendemos a considerar el poder sobre la propia vida como un derecho que nos pertenece por nacimiento, no como un lujo. Y nos preguntamos cómo es posible que alguna vez hubiésemos pensado de otra forma.

La política del miedo y el rechazo

«Había conseguido la victoria sobre sí mismo», dice la última línea de la ominosa novela de George Orwell, 1984. «Amaba al Gran Hermano. » Así como los rehenes a veces cogen afecto a sus secuestradores, también nosotros nos sentimos apegados a cuanto nos aprisiona: hábitos, costumbres, expectativas de los demás, normas, programas, Estado. ¿Por qué entregamos nuestro poder, o jamás lo reclamamos en modo alguno? Tal vez como un medio de evadir decisiones y responsabilidades. La idea de evitarnos dolores y conflictos nos seduce.

En la novela de ciencia-ficción de Colin Wilson *Los parásitos de la mente*, el protagonista y sus compañeros descubren que la conciencia humana ha sido esclavizada, sometida e intimidada por un extraño parásito que se ha estado alimentando de ella y le ha estado chupando su energía durante siglos. Quienes llegan a darse cuenta de la existencia de estos parásitos mentales pueden liberarse de ellos; empresa peligrosa y dolorosa, pero posible. Libres de los parásitos mentales, se convierten en los primeros seres humanos verdaderamente libres, y se sienten entusiastas y llenos de una enorme energía. De modo semejante, nuestra energía natural ha venido siendo chupada por parásitos seculares: el miedo, la superstición, una estrecha visión de la realidad que reduce a maquinaria rechinante las maravillas de la vida. Si dejamos de alimentarias, todas esas creencias parasitarias acabarán por morir. Pero nos empeñamos en racionalizar el cansancio y la inercia que sentimos; nos seguimos negando a admitir que nos sentimos acosados.

Algunas veces la sensación de impotencia de un individuo está justificada; ciertamente hay círculos viciosos de privaciones y falta de oportunidades que ponen difícil a algunos la posibilidad de liberarse. Pero la mayoría de nosotros somos pasivos a causa del estrangulamiento que sufre nuestra conciencia. La energía de nuestra conciencia de «pasajero» sufre un continuo drenaje que trata de distraernos de todo lo que nos asustaría tener que manejar conscientemente. De modo que consentimos, negamos, y nos conformamos.

Ruben Nelson, en *Ilusiones del hombre urbano*, publicado por el gobierno canadiense, dice: «Podemos elegir entre el proceso doloroso pero autoconfirmante de llegar a saber quienes somos y dónde estamos..., y la alternativa inmensamente atractiva, pero finalmente vacía, de dejarnos ir a la deriva, actuando como si supiéramos lo que estamos haciendo,

aunque allá en el fondo sabemos y sentimos que no es así... Tanto en política como en otros tipos de relaciones, podemos engañarnos a nosotros mismos y podemos construir en torno nuestro la realidad, de forma que el interés primordial quede centrado en el propio confort más que en la verdad... ».

La existencia del gobierno supone en sí misma una estrategia impresionante de evitar dolores y conflictos. A cambio de un precio considerable, nos releva de responsabilidades, haciéndose cargo de actividades que a la mayoría nos resultarían repugnantes. Como representante nuestro, el gobierno tiene el derecho de cobrar impuestos y de fabricar bombas. Como representante nuestro, asume responsabilidades que en otro tiempo correspondían a la comunidad: el cuidado de los jóvenes, de los heridos de guerra, de los ancianos, de los disminuidos. Hace llegar a los necesitados del mundo entero nuestros gestos impersonales de beneficencia, liberando a nuestra conciencia colectiva de toda molesta implicación directa. Asume nuestro poder, nuestra responsabilidad, *nuestra conciencia*

Warren Bennis, antiguo presidente de la universidad de Cincinnati contaba que un día, al llegar al trabajo, encontró su despacho atestado de estudiantes que protestaban indignados. Dos hermosos árboles habían sido abatidos para ensanchar una de las avenidas del campus. Trató de bazar al culpable, y se encontró con lo siguiente: el hombre que había cortado los árboles trabajaba para un contratista de la localidad, cuyos servicios había contratado el arquitecto urbanista a fin de ejecutar el proyecto diseñado por él mismo; el arquitecto trabajaba a las órdenes del director de planificación, que dependía a su vez del jefe del departamento de instalaciones; el supervisor de éste era el vicepresidente de administración y financiación, quien respondía frente al Comité de edificaciones de la universidad, el cual a su vez transmitía sus informes al vicepresidente ejecutivo. «Los hice venir a todos juntos, eran más de veinte, y todos se confesaron inocentes. Todos lo éramos. La burocracia es un bonito sistema de evadir responsabilidades y culpas. »

Bennis caracterizaba a este proceder de «pornografía cotidiana». Así como la pornografía es un sustituto mecánico, a distancia, del amor y del sexo, de igual modo la forma sincopada de tomar decisiones los burócratas es algo alejado de la realidad. Nuestros líderes «dan la impresión de estar hablando siempre a través de planchas de cristal».

Ante el fracaso de otras instituciones sociales, amontonamos aún

más responsabilidades sobre el gobierno, la institución más inerte e incontrolable de todas. Hemos ido haciendo un creciente dejar de nuestra autonomía en manos del Estado, forzando al gobierno a asumir funciones en otro tiempo desempeñadas por las comunidades, las familias, la iglesia, es decir por el *pueblo*. Muchas tareas sociales han revertido al gobierno por incomparecencia de sus respectivos responsables, y el resultado final ha sido una parálisis creciente, una falta de realidad.

Tocqueville consideraba como un peligro de la democracia el abandono de la responsabilidad. «La excesiva centralización del gobierno acaba por enervar a la sociedad, en último término», dijo hace más de siglo y medio. Los mismos beneficios que supone la democracia, las libertades, pueden conducir a una especie de privatización de los intereses. Los habitantes de una democracia llevan una vida tan apasionante y tan atareada, «tienen tanto trabajo y tantos deseos de cumplir, que apenas le queda energía al individuo para dedicarse a la vida pública». Esta peligrosa tendencia no sólo les lleva a evitar participar en el gobierno, sino también a temer cualquier perturbación de la paz «El amor de la tranquilidad pública es con frecuencia la única pasión que conservan esas naciones...» Los gobiernos democráticos aumentarán su poder por el simple hecho de permanecer en él, predecía Tocqueville. «El tiempo está de su parte. Cualquier incidente les favorece... Cuanto más antigua es una comunidad democrática, tanto más centralizado llegará a ser su gobierno.» Estas burocracias llegarían a crear su propia suave tiranía, advertía; una tiranía como ninguna otra que haya existido en el mundo. «La misma cosa es en sí nueva. Como no puedo darle un nombre, debo intentar definirla.» Cuando una gran multitud se dedica en gran medida a perseguir el placer, actúan como si sus propios hijos y sus amigos fuesen toda la humanidad. Acaban considerando extraños a sus conciudadanos. Aunque físicamente puedan estar muy cercanos, no verán ni tocarán a todos los que se encuentran fuera de su círculo inmediato. Cada ciudadano acaba así por existir en y para sí mismo y para los más íntimamente emparentados con él, exclusivamente; y *acaba así perdiendo su país*.

Por encima de los ciudadanos hay un inmenso poder, suave y paternal, que les mantiene en una infancia perpetua. Cien años antes que Orwell, Tocqueville ya había previsto al Gran Hermano:

"Es la única instancia que garantiza la felicidad; él provee a su

seguridad, prevé y cubre sus necesidades, les facilita placeres, se ocupa de sus principales intereses, dirige su industria, reglamenta el reparto de sus propiedades, divide sus herencias... ¿Qué queda, sino ahorrarles todo el trabajo de pensar y la preocupación por vivir?

De esa forma, el ejercicio de la libre voluntad se vuelve cada día más inútil... La voluntad queda circunscrita a un marco cada vez más estrecho.

Extiende por toda la superficie de la sociedad un complicado entramado de pequeñas normas, minuciosas y uniformes, al que no pueden escapar ni siquiera las mentes más intactas ni los más fuertes caracteres. No es que se reduzca a pedazos la voluntad del ser humano, pero ésta queda ablandada, doblegada y guiada.

Un poder semejante no llega a tiranizar, pero comprime, enerva, apaga y deja paralizadas a las personas. La nación, en el mejor de los casos, queda reducida a un rebaño de animales tímidos y trabajadores, del que el gobierno es el pastor.

Tocqueville anticipó el papel paternal que habrían de ejercer el gobierno y las otras grandes instituciones jerárquicas (corporaciones, iglesias, hospitales, escuelas, sindicatos). Por su misma estructura, tales instituciones alimentan la fragmentación, el conformismo, la ausencia de moralidad. Extienden sin cesar sus poderes, perdiendo de vista su cometido original. Como un enorme hemisferio cerebral lineal, amputado de todo sentimiento, son incapaces de ver la totalidad. Y acaban chupando, como una sanguijuela, al cuerpo político entero, privándolo de toda vida y significado.

Ya se apoye en razonamientos capitalistas, socialistas o marxistas, la concentración de un gran poder central en una sociedad es algo antinatural, ni lo suficientemente flexible ni lo suficientemente dinámico como para poder responder a las necesidades cambiantes del pueblo, especialmente a la necesidad de participación creativa.

Algunas veces, decía George Cabot Lodge nos embarcamos en una especie de pensamiento nostálgico, y pretendemos vivir de nuestros antiguos mitos perdidos: de la competitividad, de nuestro Destino Manifiesto, del individualismo a ultranza, del Producto Nacional Bruto. Pero a otro nivel, sentimos y sabemos que hay algo que no concuerda. Sabemos perfectamente bien que todas las naciones son interdependientes, que la autosuficiencia es una amenaza sin contenido.

Sabemos también que las grandes compañías se han convertido en pequeños poderosos estados, medio dotados de reglamentación propia, que apenas guardan parecido con la «libre empresa» que decimos defender.

Políticos, directivos y empleados luchan, por un lado, con las realidades económicas, pero, por otro, las ignoran descaradamente, como pacientes cogidos entre dos mundos a causa de la división practicada en su cerebro en el laboratorio.

Los cambios de paradigma en política

Según Lodge, la transformación que amenaza hacernos pasar del paradigma socio político surgido en el siglo diecisiete a un nuevo marco representa un verdadero terremoto para nuestras instituciones, que se ven privadas de su legitimidad al estar herida de muerte la ideología que les sirve de base. Considerar la crisis de nuestras instituciones como un anuncio del cambio de paradigma socio político inminente puede aportarnos seguridad, e incluso resultar iluminador, pues viene a situar nuestras actuales tensiones y conflictos en una perspectiva de transformación histórica.

Una comunidad de individuos, una *sociedad*, administra sus asuntos según un sistema convenido: un *gobierno*. Así como el paradigma científico establecido cubre el campo de la «ciencia normal», así también el gobierno y las costumbres admitidas en una sociedad abarcan el campo de las relaciones normales que tienen lugar en ella. La *política* representa el ejercicio del poder dentro de este consenso.

Igual que los científicos inevitablemente se tropiezan con hechos que contradicen al paradigma existente, también los individuos pertenecientes a una sociedad comienzan a experimentar anomalías y conflictos: desigual distribución del poder, limitaciones a las libertades, leyes o prácticas injustas. Al igual que la comunidad de científicos establecida, la sociedad al principio ignora o niega la existencia de esas contradicciones. A medida que la tensión crece, trata de reconciliarlas dentro del sistema existente, elaborando toda suerte de racionalizaciones. Si el conflicto es demasiado intenso o está demasiado focalizado para poder suprimirlo, surge finalmente una revolución en forma de un *movimiento social*. El viejo consenso se rompe y las libertades se amplían. Donde mejor se aprecia esto en la historia norteamericana es en la

expansión del paradigma del sufragio universal. En un primer momento, la facultad de votar se extiende a todos los propietarios de raza blanca de sexo masculino, luego a todos los ciudadanos de raza blanca de sexo masculino, más tarde a todos los ciudadanos de sexo masculino de cualquier raza, finalmente a todos los ciudadanos de ambos sexos mayores de veintinueve años, y por último a todos los ciudadanos mayores de dieciocho años.

Se puede decir que un cambio de paradigma político tiene lugar cuando los nuevos valores han sido asimilados por la sociedad dominante. Esos valores se convierten entonces en dogma y social para los miembros de la nueva generación, que se maravillan de que alguna vez alguien hubiera podido pensar de otra forma. Con todo, no tardarán en surgir nuevos conflictos e ideas en su seno, que serán negadas, ignoradas e incluso reprimidas a su vez, y así sucesivamente.

Las pautas de irracionalidad en el comportamiento humano se repiten una y otra vez, en el ámbito individual y colectivo. Los viejos moldes son fieramente defendidos, incluso cuando ya han empezado a fallar estrepitosamente y no sirven en absoluto para manejar los problemas cotidianos; y quienes los desafían tienen que sufrir el que se les considere ridículos. Generación tras generación, la humanidad ha luchado por preservar el *statu quo*, sosteniendo que «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», muestra de escepticismo popular que considera siempre peligroso a lo desconocido. En expresión de Virginia Satir, usamos las «tácticas del enemigo» en contra del cambio, sin darnos cuenta que todo crecimiento depende de la capacidad de transformarse. En medio de un mundo fluente por naturaleza, nos aferramos a lo que nos resulta familiar y nos resistimos a toda transformación. «En la alternativa de tener que cambiar nuestras ideas o probar que no es necesario llegar a eso, la mayoría de nosotros nos apresuramos a acumular argumentos», dice John Kenneth Galbraith.

Si hemos de acabar alguna vez con esa pauta de comportamiento, si hemos de liberarnos de nuestra historia personal y colectiva, tenemos que aprender a identificarla: aprender a discernir nuevos caminos de descubrimiento e innovación, a superar nuestra sensación de incomodidad y resistencia frente a lo nuevo, y a reconocer las ventajas de cooperar al cambio.

Thomas Kuhn no ha sido en modo alguno el primero en descubrir esa forma de actuar. John Stuart Mill, el famoso tratadista y filósofo

político inglés, ya trató específicamente este tema con un siglo de antelación. Cada época, decía, ha sostenido opiniones que las siguientes generaciones encontraban no solamente falsas sino absurdas. Y advertía a sus contemporáneos del siglo diecinueve que muchas ideas admitidas entonces de forma general serían rechazadas en épocas futuras. Por lo cual deberían aceptar con los brazos abiertos el cuestionamiento de todas las ideas, incluso de aquéllas que parecían ser más obviamente verdaderas, ¡cómo la filosofía de Newton! La mejor forma de salvaguardar las ideas era, según Mill, «invitar continuamente a todo el mundo a que probase que eran infundadas» Si toda la humanidad menos uno sostenía una opinión, decía Mill, y ese uno pensaba de otra manera, los demás no tendrían mayor derecho a reducirle al silencio, que él a imponer silencio a la mayoría. Mill subrayaba que su argumentación no era moral, sino práctica. Una sociedad que suprime de su seno las nuevas ideas, se roba a sí misma. «No deberíamos descuidar nada que pueda dar a la verdad la oportunidad de llegar hasta nosotros. » Mantuvo polémicas con quienes sostenían que no había ningún mal en perseguir las ideas porque si eran verdad nada podría oscurecerlas. Mill señalaba que en múltiples ocasiones habían surgido ideas importantes, y sus partidarios habían sido perseguidos antes del redescubrimiento posterior de sus mismas ideas en una época más tolerante. Aunque históricamente Europa sólo había conseguido avanzar después de romper el yugo de las viejas ideas, la mayoría de la gente continuaba pensando que «las nuevas verdades pueden haber resultado deseables en otro tiempo, pero ahora estamos hartos de ellas». Esas nuevas verdades, herejías, ardían como rescoldo de unos pocos, decía Mill, más que como llama de la cultura entera. El miedo a la herejía es más peligroso que la herejía misma, porque priva al pueblo de «la especulación libre y audaz, que fortalece y ensancha las mentes».

Numerosos filósofos políticos han meditado sobre este fenómeno de la resistencia popular frente a las ideas nuevas y extrañas. Lo han llamado «la tiranía de la mayoría», la tendencia de las sociedades, incluso de las más liberales, a suprimir el libre pensamiento. Esta es la paradoja de la libertad: todo el que llega a apreciar la autonomía personal necesita garantizársela a los demás, y el único medio de llegar a la autodeterminación colectiva es ajustarse a las reglas de la mayoría, lo que puede poner en peligro a la misma libertad.

Los pensadores revolucionarios no creen en revoluciones aisladas.

Ven el cambio como un modo de vida. Jefferson, Mill, Tocqueville y muchos otros procuraban crear un entorno favorable al cambio en el seno de un sistema político relativamente estable. Deseaban un tipo de gobierno en el que la renovación continua viniera propiciada por un sano ambiente de inquietud, y en donde las libertades se ensancharan y extendieran continuamente. Thoreau, por ejemplo, buscaba una forma de gobierno ultrademocrático, en donde la conciencia individual sería respetada por el Estado como «un poder diferente y más elevado», como el contexto de toda autoridad. La sociedad mete entre rejas a sus espíritus más libres, decía, cuando lo que debería hacer es «cuidar especialmente a esa más sabia minoría». Pero hay una vía de salida: todo aquel que descubre una verdad se convierte en una mayoría compuesta por uno, fuerza cualitativamente diferente de la mayoría no comprometida. Thoreau decía de los habitantes de su ciudad: «son una raza distinta de mí», a causa de su resistencia a poner por obra las virtudes que predicaban. Encarcelado por negarse a pagar impuestos a causa de su oposición a la guerra contra México, Thoreau proclamaba que incluso tras los barrotes él era más libre que quienes le hablan encarcelado. «No he nacido para ser forzado. Yo quiero respirar a mi modo. Los únicos que me pueden obligar son aquellos que obedezcan a una ley superior a mí mismo». Si todos los que rechazan la esclavitud o la guerra se negasen a pagar sus impuestos, decía en su famoso ensayo sobre la desobediencia civil, el Estado, con las prisiones llenas y cada vez con menos fondos, se vería obligado a desistir. Así se crearía una revolución pacífica. «Deja caer tu voto en toda su integridad, no es un mero pedazo de papel, es toda tu influencia. La minoría carece de poder cuando se deja equiparar a la mayoría..., pero es irresistible cuando deja colgar todo su peso... Convierte tu vida en un movimiento contrario de fricción hasta que se pare la máquina. » Gandhi introdujo en el siglo veinte la idea de lo poderosa que puede ser una minoría comprometida, después de haber conseguido en primer lugar el reconocimiento de los derechos de los indios que vivían en Sudáfrica, y tras haber alcanzado después la independencia de la India respecto del dominio británico. «Es supersticioso y antidivino creer que la actuación de la mayoría vincula a la minoría», decía. «No son los números lo que cuenta, sino la cualidad... Yo no considero necesaria la fuerza de los números en una causa justa». El principio revolucionario introducido por Gandhi resuelve la paradoja de la libertad. Él la llamaba *satyagraha*, «fuerza del alma» o «fuerza de la

verdad». La *satyagraha* ha sido fundamentalmente mal comprendida en Occidente, al describírsele como «resistencia pasiva», término que Gandhi juzgaba desaconsejable por su connotación de debilidad; o como «no violencia», lo que no es sino uno de sus aspectos. Como decía el educador Timothy Flinders, llamar a la *satyagraha* resistencia pasiva es como llamar no-oscuridad a la luz; no describe la energía positiva encerrada en el principio.

La *satyagraha* deriva su poder de dos atributos aparentemente opuestos: autonomía feroz y compasión total. En efecto, dice: "No te quiero coaccionar. Ni quiero ser coaccionado por ti. Si te comportas de forma injusta, no me opondrá a ti violentamente (por la fuerza física), sino por la fuerza de la verdad, por la integridad de mis convicciones. Mi integridad se hace evidente en mi disposición a sufrir, a ponerme en peligro, a ir a la cárcel; incluso a morir si es necesario. "Pero yo no quiero cooperar con la injusticia". M ver mi intención, al sentir mi compasión y mi apertura a tus necesidades, tú reaccionarás de una forma que nunca podría yo haber alcanzado por amenazas, componendas, pleitos o por la fuerza física. Juntos podemos resolver el problema. *Este* es nuestro adversario, y no cada uno de nosotros para el otro». La *satyagraha* es la estrategia de quienes rechazan toda solución que comprometa la libertad o la integridad de cualquiera de las partes en conflicto. Gandhi siempre decía que es el arma de los fuertes, porque requiere un control heroico y valor para perdonar. Gandhi cambió de arriba a abajo toda la idea de poder. Al visitar un escondrijo de militantes indios en las montañas, y al ver sus fusiles, les dijo: «Debéis de tener mucho miedo».

La *satyagraha*, démosle el nombre que le demos, es una actitud que desplaza a la política de su antiguo terreno de confrontación, negociación, seducción y juego, para introducirla en un nuevo campo en el que impera la franqueza, la humanidad compartida y la búsqueda de comprensión. Transforma los conflictos en su fuente, en los corazones de los participantes. Supone crear un entorno de aceptación, en que la gente puede cambiar sin sentirse derrotada. Quienes la practiquen deben mantenerse vigilantes y flexibles, poniéndose incluso en el lugar del contrario para tratar de encontrar la verdad³. Erik Erikson decía de Gandhi que «era capaz de ayudar a los otros a renunciar a costosas defensas y rechazos... La comprensión y la disciplina pueden desarmar o dar un poder más fuerte que las armas».

La *satyagraha* trabaja de forma silenciosa y aparentemente lenta, decía

Gandhi, «pero en realidad no hay en el mundo fuerza más directa ni más rápida». Es una vieja idea tan vieja como las montañas, decía, y él y sus amigos se habían limitado a experimentar con ella. «Quienes crean en las verdades sencillas que he expuesto, pueden propagarlas solamente viviéndolas. » Empezad en donde estáis, decía a sus seguidores. Thoreau habla dicho lo mismo: «No importa cuán pequeño pueda parecer el comienzo».

Liderazgo y transformación

James MacGregor Burns, tratadista político e historiador, ganador del premio Pulitzer, consideraba a Gandhi como un ejemplo de «liderazgo transformador», liderazgo concebido como un proceso de cambio y crecimiento continuos. El verdadero líder, tal como lo concibe Burns, no es un mero «detentador del poder», ansioso de conseguir objetivos personales. *El verdadero líder percibe y transforma las necesidades de sus seguidores.*

"Tengan presente que yo tengo una idea de los seguidores que difiere de la que tiene la mayoría. Yo no veo a los seguidores simplemente como personas que mantienen una serie de opiniones estáticas. Yo veo que tienen diferentes niveles de necesidades... El líder auténtico moviliza en sus seguidores nuevos y más elevados niveles de necesidades.

Los líderes realmente grandes y creativos hacen aún más: hacen surgir en sus seguidores nuevas tendencias más activas. Despiertan en ellos esperanzas, aspiraciones y expectativas... En último término despiertan en ellos exigencias, que se pueden fácilmente politizar y volverse en contra de los mismos líderes que las suscitaron".

Al comprometerse de esa forma con sus seguidores, los mismos líderes resultan también transformados. Y pueden invertirse los papeles en relación con sus seguidores, como les sucede a los profesores, que aprenden también de sus discípulos. Según la definición de Burns, los dictadores no pueden ser auténticos líderes, porque al suprimir toda posibilidad de evaluación por parte de sus seguidores, la dinámica de la relación queda interrumpida. Al dejar de ser transformados por las necesidades cambiantes del pueblo, los dictadores no pueden ya seguir

fomentando su crecimiento. Las relaciones líder-seguidores son un modelo que es extensible a las relaciones padres-hijos, entrenador-atleta, profesor-alumno, etc. Muchos padres, entrenadores y maestros no son auténticos líderes, pues no hacen más que ejercer el poder. El liderazgo transformador no es una vía de dirección única.

La historia muestra que algunas veces ha habido líderes que han inspirado en sus electores reacciones sorprendentemente elevadas. Burns cita como ejemplo las convenciones estatales de los años 1780 que ratificaron la Constitución de los Estados Unidos. A pesar del escaso nivel de educación de la población y de la pobreza de comunicaciones, las convenciones se centraron en temas tales como la necesidad de una declaración de derechos, o de un sistema de representación y de distribución del poder. «Es un ejemplo soberbio de la capacidad de líderes y seguidores para elevarse por encima de niveles rastroeros hasta alturas mentales e incluso espirituales», decía Burns. Para este historiador, numerosas revoluciones han tenido éxito a pesar del escaso apoyo popular con que contaban en un principio, «gracias a que los líderes supieron motivar a sus seguidores tan intensamente, que transformaban su actitud y despertaban su conciencia». El verdadero liderazgo no ayuda a satisfacer solamente las necesidades actuales... Nos despierta a hambres e insatisfacciones más profundas. Por definición, no se puede «despertar la conciencia» más que a propósito de algo verdadero. Por el contrario, la propaganda puede ser mentira. La diferencia entre un líder auténtico, que nos hace conscientes de necesidades y conflictos hasta entonces no expresados, y un jefe que se limita a ejercer el poder, es semejante a la que existe entre un guía y un vendedor agresivo.

El auténtico líder fomenta el cambio de paradigma en quienes están preparados para ello. Y sabe muy bien que no se puede «enseñar» o «ayudar» a otro a tener un mayor grado de conciencia, como se le podría enseñar a rellenar los formularios para la declaración de sus impuestos. Se puede convencer a la gente para que hagan la experiencia por sí mismos, puede uno convertirse en ejemplo viviente de libertad y de energía, pero no se puede *convencer* a nadie para que cambie.

Ni tampoco tienen derecho los líderes más eficaces a atribuirse mérito alguno por los cambios que hayan contribuido a producir. Como decía Lao T'se, el mejor de los liderazgos es cuando la gente dice: «Lo hemos hecho nosotros mismos». En cuanto el poder queda localizado, en cuanto la atención se centra en un solo individuo, disminuyen la

coherencia y la energía del movimiento. Sentir cuándo es necesario asumir el liderazgo y cuándo es necesario retirarse, no es fácil. Requiere un constante reajuste del equilibrio y darse algunos batacazos, como montar en bicicleta. Pero los individuos *pueden* auto-organizarse en pequeños grupos y obtener excelentes resultados. Y están de hecho buscando la forma de gobernarse a sí mismos sin necesidad de nombrar a nadie jefe ni de establecer un programa definido. Tales grupos auto-organizados son la fábrica de la Conspiración de Acuario. Incluso personas habituadas a trabajar en grandes instituciones se adaptan fácilmente al nuevo esquema.

Por ejemplo, a principios de diciembre de 1978, tuvo lugar en un Estado del sur una especie de retiro campestre que debía reunir a varias personas: los asistentes, compuestos por catorce hombres y seis mujeres, incluían un congresista, varios directores de fundaciones de Washington, Nueva York y California, un antiguo miembro del gabinete presidencial, el decano de una de las universidades tradicionales del Este, un decano retirado de una escuela médica, un especialista canadiense en planificación, el presidente de un equipo de baloncesto de primera división, el director y el director adjunto de un famoso equipo consultivo, un artista, un editor, y tres especialistas federales en planificación. La mayor parte no se conocían entre sí.

Habían sido invitados por medio de una carta que explicaba que, no obstante sus diversas procedencias, todos tenían algo en común:

"Todos estamos mas o menos convencidos de que esta nación, y la sociedad industrializada en general, están experimentando una profunda transformación. Sentimos que la próxima década puede resultar peligrosa si no llegamos a comprender la naturaleza e importancia trascendental de la transformación.

Estamos de acuerdo en que en el corazón mismo de esa transformación hay un cambio en el paradigma básico social, extensivo a convicciones y valores fundamentales subyacentes a la forma actual de la economía industrial. Desde nuestros puestos en el gobierno, en los negocios, en la educación, o en la vida profesional, sentimos que la sociedad tiene una profunda necesidad de encontrar sus raíces espirituales, el sentido de su destino, de la dirección correcta.

Estamos buscando el apoyo y la camaradería de quienes piensan de igual forma, en la esperanza de que cuando los espíritus se juntan

en una búsqueda y un objetivo común, la eficacia es mayor. Reconocemos que nuestro país, en las primeras décadas de su andadura, estuvo guiado por esa especie de unión de los espíritus en un mismo propósito.

Precisamente porque compartimos esta convicción, entendernos que este encuentro no debe sujetarse a ninguna estructura. No va a haber nadie que presida. No hay un programa concreto. No va a haber discursos. Vengan sencillamente dispuestos a compartir sus esperanzas y preocupaciones más profundas. No tenemos ninguna expectativa específica sobre los resultados de este encuentro".

La primera noche, después de cenar, se invitó a los asistentes a que se presentasen uno a uno. Lo que empezó como una simple formalidad, llenó el programa de esa noche y parte de la mañana siguiente; el propio proceso se encargó de ir construyendo el programa. Casi como narradores de historias en una tribu en torno al fuego, cada uno fue contando sus propios relatos de poder y transformación de una forma intensamente personal y emotiva. Con toda sinceridad y naturalidad, cada uno habló de sus miedos y sus éxitos, su desencanto y su desesperación, cómo golpes sufridos en su vida se habían tornado en bendiciones, al obligarles a seguir nuevos caminos más gratificantes. Pasando inmediatamente del desconocimiento mutuo a la mutua confianza, enumeraban los diversos caminos por los que habían llegado a resultarles insuficientes las recompensas más preciadas de la sociedad. En algún punto, todos habían experimentado un cambio profundo en su percepción de las cosas, a menudo en una etapa personalmente traumática. Todos se habían sentido sobrepasados por otras necesidades más intensas, más profundas. La vida se había convertido para ellos en una búsqueda espiritual, una búsqueda gozosa y misteriosa de sentido, marcada en la mayoría de los casos por una creciente sucesión de coincidencias, de acontecimientos que resultaban significativos por el momento en que se producían, de sincronicidades, en una palabra.

Todos se habían llegado a sentir extrañamente como instrumentos de la evolución, siguiendo un camino que se iba iluminando tan Sólo paso a paso; se sentían avanzar en dirección a esta nueva realidad, fiados de su propio giroscopio interior. De una forma clara, todas estas odiseas se ajustaban a un mismo esquema, con unas mismas señales indicadoras aquí y allá. Y los participantes habían llegado a la conclusión, cada uno

por su parte, que necesitaban juntarse con otros para tratar de construir un mundo en el que esos viajes resultasen menos solitarios. Necesitaban conspirar.

Durante los tres días siguientes, hablaron de cooperar con una meta u objetivo específico, pero una y otra vez huyeron de todo lo que pudiera sonar a hacer «un plan general de actuación». Sabían que podían producir cambios en la sociedad, la acción era su fuerte, pero les preocupaba el poder estar intentando imponer una determinada visión, tenían miedo de jugar a «hacer de Dios» a pesar de sus mejores intenciones. Se planteaban el conflicto con toda honradez, indagaban en su propio interior, tomaban resoluciones. Se reunían en grupos de dos o de tres para mantener largas conversaciones y dar grandes paseos. Gastaron muchas horas tratando de agotar al máximo las posibilidades del punto más difícil de cuantos están relacionados con el poder: la intimidad de las relaciones personales.

En ocasiones, todos unían sus manos durante diez o quince minutos, y «escuchaban» en silencio. A veces, cuando después de un debate o una discusión acalorada surgía un silencio, algunos lloraban tras haber experimentado un alivio de la tensión o haberse sentido sacudidos por alguna percepción interior o por los puntos de vista de algún otro.

Ahora y luego, sin ajustarse a ningún plan, iban coincidiendo en los objetivos a seguir. Se crearon lazos: amistades, planes de encontrarse nuevamente, proyectos conjuntos, presentaciones de amigos mutuos. Cuatro de los participantes se reunieron más tarde en las costas Este y Oeste para crear una nueva fundación en favor de la paz. También enseñada, otros impartieron una serie de pequeños seminarios sobre la nueva conciencia a generales del U. S. Army War College y en las oficinas de la International Communications Agency. En ese mismo mes, varias personas del grupo intercedieron con éxito en favor de la libertad académica del decano, cuya investigación había sido juzgada demasiado problemática por el presidente de su universidad. Quienes vivían cerca unos de otros (en Washington, Nueva York, o en la zona de la Bahía) compartieron contactos personales y ensancharon sus propias redes de conexión. El congresista recibió el apoyo de los participantes en su esfuerzo por ofrecer testimonios y recaudar fondos en pro de la investigación sobre los estados alterados de conciencia.

«La gente es el principio organizador», señalaba una vez Robert Theobald.

Experiencias de transformación social

A primera vista, emprender una transformación social parece una ambición temeraria e incluso peligrosa para cualquier tipo de grupo. Es preciso que antes se dé una cadena crítica de acontecimientos. En primer lugar, se requiere un cambio profundo en quienes desean hondamente el cambio social. Necesitan saberse encontrar mutuamente y familiarizarse con la psicología del cambio, conscientes del miedo universal frente a lo desconocido. A continuación deben diseñar tácticas que fomenten el cambio de paradigma en otras personas: deben remover y despertar las conciencias, y reclutar seguidores. Esta minoría mentalizada, conscientes de que lo que mueve a la gente no son los argumentos racionales por sí solos, si no van unidos a los afectivos, deben encontrar el modo de relacionarse con los demás al nivel humano más cercano.

A fin de no caer en antiguas trampas, (juegos de poder, concesiones, interés personal), deben vivir de acuerdo con sus principios. Sabiendo que no solamente los fines, sino también los medios, deben ser honestos, deben acudir al campo de batalla de la política desnudados de todo tipo de armas convencionales. Necesitan aplicar estrategias nuevas y descubrir nuevos manantiales de poder.

Y esta minoría alistada, convencida, avanzada, comprometida y creativa, debe ser también irresistible. Debe originar en torno a sí oleadas lo suficientemente amplias como para que sean capaces de reordenar todo el sistema; fluctuaciones las llamaríamos, en el lenguaje de la teoría de las estructuras disipativas. ¿Difícil? ¿Imposible? Visto desde otro ángulo, *como el proceso es el mismo objetivo*, no puede fracasar.

Por eso, la nueva colectividad es la nueva política. Tan pronto como comenzamos a trabajar por crear un mundo diferente, el mundo empieza a resultarnos diferente. Las redes de la Conspiración de Acuario, formas auto-organizativas que dejan espacio a la vez para la autonomía y para la interrelación humana, son al mismo tiempo instrumentos de cambio social y modelos de la nueva sociedad. Toda lucha colectiva en favor de la transformación social se convierte en una experiencia de transformación social.

El objetivo pasa a segundo plano; cambie o no el conjunto de la sociedad, y por largo que sea el proceso que ello suponga, los individuos logran el objetivo a través de su mutuo esfuerzo, pues encuentran en ello alegría y unidad. Se hallan comprometidos en una obra que tiene pleno

sentido, que es por sí misma venturosa. Saben que los escépticos necesitan tener su mundo siniestro, también. Como decía Thoreau, la minoría no necesita esperar hasta haber persuadido a la mayoría. Y esta concepción, como veremos, tiende a extenderse por sí sola.

El efecto transformador de los movimientos sociales, tanto en sus participantes como en la sociedad en general, puede apreciarse al examinar los efectos de la protesta y la contracultura de los años sesenta. Una contracultura es una teoría que vive y que respira, es una especulación sobre la fase siguiente de la sociedad. Vista por su lado malo, puede parecer una experiencia extraña y ajena a toda ley, que fracasa en su intento de unir lo viejo y lo nuevo. Vista por el lado bueno, aporta una dirección transformadora, que profundiza la conciencia de la cultura dominante. Los primeros colonos norteamericanos que rechazaron el dominio británico eran una contracultura; y eso mismo fueron los trascendentalistas.

Como un juego dentro de otro juego, la transformación que preconizan los movimientos de contracultura y de protesta, resulta instructiva; ilustra la manera cómo un movimiento pendular se convierte en un cambio de paradigma. Al igual que otras generaciones anteriores de reformadores y activistas, los miembros integrantes de la contracultura al principio tratan de cambiar las instituciones políticas. Sólo después de haber luchado entre ellos mismos y de haber sufrido la *frustración consiguiente* al enfrentamiento al establishment, descubren donde se encuentra la auténtica vanguardia de la revolución: descubren el «frente» situado en su propio interior.

Jerry Rubin, uno de los ocho de Chicago⁴, que ocupó con frecuencia la primera plana de los periódicos como activista social radical en los años sesenta, decía más tarde: «El movimiento espiritual es el verdaderamente revolucionario. Si no hay auto-conciencia, el activismo político se convierte en un perpetuo ciclo de irritación... Yo no podía cambiar a nadie sin haberme cambiado a mí mismo. Laurel Robertson recordaba sus años de estudiante en Berkeley:

"Yo quería realmente ayudar a la gente, quería mejorar las cosas. Un verano me vi metido en un proyecto muy constructivo de educación en la no-violencia a propósito de la guerra de Vietnam. Todos cuantos trabajaban en él lo hacían por motivos desinteresados, pero al final del verano todo se vino abajo, porque no éramos capaces de

entendernos entre nosotros. Tuve que afrontar el hecho de que es imposible pretender hacer un mundo amoroso y no violento, a menos que uno mismo haya conseguido previamente ser amoroso y no violento".

Visto retrospectivamente, el giro al interior de esta revolución era casi inevitable. Un antiguo militante del movimiento de protesta, profesor hoy en día en una facultad médica estatal, decía: «A pesar de su violencia, la protesta de los años sesenta reflejaba esencialmente motivos *humanos* de preocupación, paz, derechos de las minorías, repercusiones en la educación, más que temas políticos tradicionales».

Desde el punto de vista filosófico, si no siempre en la práctica, los movimientos de los años sesenta centraron su atención en una nueva especie de poder, más bien personal que colectivo. Dorothy Healy, presidente entonces del partido comunista del sur de California, decía años más tarde: «Una generación se había puesto en marcha, y estaba avanzando, y el partido no formaba parte de ella, no la comprendía. Lo que estaba sucediendo no se ajustaba al marxismo clásico, tal como lo comprendíamos. La clase trabajadora no estaba en la vanguardia, y los temas fundamentales no eran económicos».

Con ciertos fallos y algunos éxitos parciales a su espalda, muchos de los líderes activistas marchaban en una dirección que hacía sentirse turbados a muchos de quienes les apoyaban desde la izquierda convencional. Se encontraron metidos en un proceso de propia transformación personal. Este giro de los acontecimientos provocaba la confusión en los medios informativos y muchos sociólogos llegaron a pensar que la revolución se había esfumado. Lou Krupnik decía:

"Resistimos en las calles a pesar de los gases lacrimógenos y las porras de los policías, y no volvimos a casa más que cuando escuchamos a gente piadosa susurrarnos mantras sánscritos en nuestros oídos ansiosos. Nos metimos adentro durante varios años, tratando de elaborar alternativas a la locura...

Ahora estamos entrando en un nuevo período. Estamos comenzando a llegar a la síntesis de los impulsos creativos y organizadores que forman parte de nuestro patrimonio".

En «Notas sobre el Tao de la organización política», Michael

Rossmann señalaba: «Cuando miro ahora a través del cristal de la política, me doy cuenta que todo lo que hago es aplicar a la política, en esencia, un test de santidad». La democracia, como decía uno de los radicales, no es un estado político, sino una condición espiritual: «Somos parte de un todo».

El intento de detectar y fomentar la globalidad, el deseo de contribuir a sanar la sociedad, ha dado nueva vida a las viejas preocupaciones. Antiguos militantes han buscado empleo en organismos públicos por todo el país, y han tenido éxito, y han llegado a ocupar incluso cargos políticos relevantes. Por ejemplo, Sam Brown, organizador del movimiento War Moratorium de protesta contra el conflicto de Vietnam, ha introducido con éxito reformas en la práctica bancaria como tesorero del estado de Colorado, y fue más tarde nombrado por Carter director del instituto encargado de la administración de VISTA y del Peace Corps⁵. Brown decía: «El cambio social no va a llegar tan rápido como desearía cualquiera de nosotros. Construir una comunidad es un proceso más sutil y delicado y a largo plazo».

En los años sesenta, la mayor parte de los activistas sociales serios no estaban de acuerdo con el sesgo tan fácil que estaba cogiendo la contracultura, con su interés por los psicodélicos, la camaradería y un estilo de vida espontáneo. En un artículo aparecido en la revista radical *Focus/Midwest*, Harold Baron decía:

"Con una actitud mental diferente, podríamos reaccionar de forma diferente. Podríamos sentir compañerismo, percibir nuevas posibilidades... Tal vez la esperanza de un futuro humano urbanizado no resida en los tecnócratas, sino en los creadores de comunidades. Si eso es verdad, debiéramos inclinarnos por última vez ante los seguidores de la contracultura; ellos, al menos, planteaban las preguntas correctas. Todos vamos a tener que planteárnoslas de nuevo".

Al principio, los activistas de los años sesenta, como las generaciones de reformadores políticos que les habían precedido, intentaron recurrir a la fuerza y a la persuasión; se dedicaron a escribir, a organizar manifestaciones, a predicar, a regañar, a buscar apoyos y prosélitos, a discutir. Pero pronto empezaron a comprender la verdad que encerraban las admoniciones de Thoreau: *vive* de acuerdo con tus convicciones y harás que el mundo gire en torno a ti.

El énfasis puesto en el sentido comunitario y en la actuación por medio de grupos pequeños representa el cambio principal en el pensamiento político radical. Otro antiguo activista social, Noel McInnis, decía hace poco: «Estoy convencido de que sólo los acontecimientos, no las instituciones, van a poder cambiar la sociedad. Los cambios significativos pueden operarse solamente en el ámbito personal, de vecindad, o de grupos pequeños. En una reciente reunión del SDS (Estudiantes en pro de una sociedad democrática), la mayoría de los asistentes habían llegado a la misma conclusión y habían remodelado consecuentemente sus actividades».

James McGregor Burns decía que «cuando las circunstancias locales son creativas», hay más probabilidades de que surjan grandes líderes. Así como el pueblo norteamericano, que tanto luchó contra ellos en los años 1770 y 1780, acabó respondiendo al reto de sus líderes elevándose a niveles de grandeza en las convenciones estatales que aprobaron la Constitución, también nosotros podemos superar la crisis actual. Burns predijo que probablemente los líderes del futuro surgirían de entre quienes estuvieron complicados en los conflictos de los años 1960: «Un cuerpo de líderes en el exilio, gente que anda ahora por los treinta o los cuarenta años, y que podrían irrumpir en el escenario nacional».

Como los líderes del futuro están surgiendo de organizaciones de base popular, decía Burns, los críticos sociales que se apoyen solamente en los medios generales de información van a perderse la génesis de la revolución. Los signos de fermentación resultan más evidentes en los cientos de miles de pequeñas publicaciones y proclamas realizadas por diversos grupos.

Tom Hayden co-defensor de Rubinen en el proceso de Chicago, más tarde candidato demócrata por California al Senado de los Estados Unidos, decía de sí mismo y de otros compañeros suyos activistas como él: «Se acerca nuestra hora, pero no tan rápidamente, ni por el mismo camino necesariamente, que en otro tiempo deseábamos». Más que abandonar las barricadas habían trasladado el escenario de su lucha a la prestación de servicios en un campo concreto: político, ecológico, consumista, espiritual. Hayden escribía en 1979:

"A medida que el aumento en espiral de los costes energéticos ensombrece el panorama económico, cada vez mas norteamericanos tendrán que competir por cada vez menos en el "país de la

oportunidad". La llama de la esperanza fuerza que motiva a la gente para luchar en la vida puede arder muy baja, o incluso apagarse del todo, especialmente entre los jóvenes.

Yo sólo puedo ver una alternativa a largo plazo, y aún la veo lejos. Lo que comenzó en los años sesenta, la exigencia creciente de hacer oír la propia voz en las decisiones que afectan a la propia vida se extenderá a todas las esferas...

Los activistas políticos de los años sesenta, después de haber perdido completamente sus uñas y dientes, volverán una y otra vez con la misma filosofía, pero expresada desde papeles diferentes. Si los años sesenta trajeron nuestro nacimiento y desarrollo, los años ochenta y los noventa serán nuestros años de madurez y máxima influencia.

Mi punto de vista es simple: los años sesenta crearon lo que podemos llamar el liderazgo del futuro..., una nueva generación de gente comprometida y politizada. En la época de nuestros padres, la democracia estaba amenazada desde fuera, nuestras propias instituciones eran fundamentalmente sólidas, la abundancia parecía estar garantizada, Estados Unidos era el número uno.

Nosotros hemos recibido en nuestra época una concepción del mundo distinta. La democracia se ha visto amenazada por los «fontaneros» que operaban desde la misma Casa Blanca, nuestras instituciones se encuentran perturbadas, la abundancia apenas está garantizada, y el hecho de ser el número uno en cuanto a bombas no ha hecho de nosotros el número uno en cuanto a calidad de vida.

La reaparición de los activistas de los sesenta en los años venideros será mal interpretada por muchos. Algunos no nos reconocerán, y otros creerán que nos hemos «establecido» demasiado. No seremos un movimiento marginal de protesta, porque los márgenes de ayer son la corriente central de mañana. No protestaremos, sino que propondremos soluciones: un programa energético basado en los recursos renovables..., una reestructuración democrática de las grandes compañías..., una tecnología al servicio de la descentralización de los centros de información y toma de decisiones...

Quienes llenaban las calles en los años sesenta pueden aún llegar a llenar los salones gubernamentales en los años ochenta, y si llegamos a ello, no creo que nos olvidemos de nuestras raíces. Cuando fui sentenciado por el juez Julius Hoffman al término del proceso de

Chicago, el propio juez me miró con aire de connivencia y me dijo:
«Un tipo como usted podría haber llegado lejos dentro de nuestro sistema».

¿Quién sabe, señoría? Tal vez lo haga...".

El nuevo paradigma respecto del poder y la política

Evidentemente, el paradigma que está surgiendo está plagado de herejías. Niega que nuestros líderes sean los mejores, afirma que hay muchos problemas que no pueden resolverse con dinero ni con intentar hacer más o mejor, niega que la lealtad deba primar sobre la autoridad interior. El nuevo paradigma evita la confrontación frontal y las polaridades políticas. Tiende a reconciliar, a innovar, a descentralizar, y no presume de tener respuestas para todo. Si tuviéramos que resumir ambos paradigmas, encontraríamos los siguientes contrastes:

Las redes, instrumentos de transformación.

Una revolución significa, por supuesto, que el poder cambia de manos, pero no supone necesariamente que haya lucha abierta, golpe de estado, ni vencedores ni vencidos. El poder puede quedar distribuido por todo el tejido social.

Mientras la mayoría de nuestras instituciones se están tambaleando, una versión siglo veinte de la antigua tribu o parentela ha hecho su aparición: la red, instrumento del paso siguiente en la evolución humana. Amplificada por las comunicaciones electrónicas, y liberada de antiguas restricciones familiares y culturales, la red es el antídoto de la alienación. Genera la suficiente energía como para remodelar la sociedad. Ofrece al individuo apoyo emocional, intelectual, espiritual y económico. Es un hogar invisible, un medio poderoso de alterar el curso de las instituciones, especialmente el del gobierno.

Cualquiera que se percate de la rápida proliferación de las redes y perciba su fuerza, puede comprender el impulso que suponen para la transformación mundial. La red es la institución de nuestro tiempo: un sistema abierto, una estructura disipativa tan rica y coherente, que se encuentra continuamente en estado de flujo, en un equilibrio susceptible de reordenación continua, abierta indefinidamente a la transformación. Esta forma orgánica de organización social es más adaptativa desde el punto de vista biológico, es más eficaz y más «consciente» que las estructuras jerárquicas de la civilización moderna. La red es plástica, flexible. Realmente, cada miembro es el centro de la red. Las redes cooperan, no compiten. Tienen auténtico arraigo popular: se autogeneran, se autoorganizan, y a veces incluso se autodestruyen. Su existencia supone un proceso, se parece a un viaje, no a una estructura congelada.

Como dice Theodor Roszak, los antiguos movimientos de masas revolucionarios no ofrecían a las personas mayor refugio que el que ofrecían las sociedades capitalistas. «Necesitamos una clase más pequeña que el proletariado... La nueva política hablará en favor de millones... uno a uno.»

Curiosamente, H. O. Wells había predicho en 1928, en su programa para una sociedad nueva, que en la Conspiración Abierta no habría seguidores «ordinarios»: no habría gente de a pie, ni carne de cañón. La conspiración no revestiría la forma de una organización centralizada, sino que estaría formada más bien por grupos de amigos o coaliciones entre los mismos. Se trata de una idea radical. Pese a todas sus proclamaciones de apoyarse en iniciativas de acción popular, la política tradicional se ha

aplicado siempre de arriba a abajo; políticos influyentes, economistas y una serie de mandatarios gubernamentales son quienes deciden las diferentes cuestiones, y pasan luego las consignas a todo el cuerpo de votantes.

A medida que iban resultando evidentes los beneficios inherentes a la conexión y cooperación, comenzaron a proliferar redes para tratar de conseguir toda suerte de objetivos imaginables. Unas se centran en el desarrollo personal, en la búsqueda espiritual, o en la reinserción de sus miembros; otras se ocupan principalmente de temas sociales. (Algunas persiguen con fuerza intereses específicos de determinados grupos, y ejercen presiones políticas por medios bastante convencionales; son las más vulnerables a la tentación de convertirse en organizaciones jerárquicas convencionales.)

Sea cual sea su objetivo manifiesto, la función de la mayoría de estas redes es ofrecer apoyo y enriquecimiento mutuo, robustecer al individuo y cooperar en la transformación. La mayoría aspiran a un mundo más humano y hospitalario. Por la riqueza de oportunidades de mutua ayuda y apoyo, la red presenta reminiscencias de su antecesor, el sistema parental. No obstante, la «familia» en este caso se basa en valores y convicciones profundamente compartidos, que resultan ser lazos más fuertes que la sangre.

La red es una matriz de exploración personal y de acción grupal, de autonomía y de interrelación. Paradójicamente, la *red es a la vez íntima y expansiva*. A diferencia de las organizaciones verticales, puede mantener su cualidad personal o local, aunque siga creciendo. No es preciso plantearse la elección entre un compromiso con la comunidad o un compromiso a escala global; ambos son posibles a un tiempo.

Las redes son la estrategia de los grupos pequeños para transformar la sociedad. Gandhi usó de este tipo de coaliciones para conducir a la India a su independencia. Él las llamaba «unidades en grupo», y las consideraba esenciales para el éxito. «El círculo de unidades así agrupadas de forma conveniente va a ir creciendo en circunferencias hasta que al final llegue a abarcar al mundo entero. » A comienzos de este siglo, Edward Carpenter había profetizado ese entrelazamiento y solapamiento de redes llamadas a crear «la sociedad acabada y libre».

De manera informal, pero también valiéndose de ficheros y computadoras, las redes están poniendo en mutua conexión a quienes poseen talentos, intereses y objetivos complementarios. Las redes

promueven los enlaces y contactos de sus miembros con otras gentes, con otras redes.

El historiador de arte José Argüelles compara estas redes con la fuerza biológica de la sintropía: esa tendencia de la energía vital hacia formas de asociación, de comunicación, de cooperación y de conciencia siempre mayores. La red es como un cuerpo-mente colectivo, como los hemisferios derecho e izquierdo del cerebro, como intelecto e intuición, sugiere. «Las redes son tremendamente liberadoras. El individuo es su centro... »

Comparar las redes con el sistema nervioso humano es algo más que una metáfora socorrida. En un sentido muy real, el cerebro y el entramado de redes operan de forma similar. La estructura del cerebro es más afín a la idea de asociación que a la de jerarquía. Lo que hace nacer los significados en el cerebro son patrones dinámicos, conexiones entre grupos de neuronas e interacciones entre estos grupos. La energía del cerebro está descentralizada. En los estados de conciencia caracterizados por una mayor expansión y coherencia es también, como hemos visto, donde la energía está más amplia y ordenadamente disponible. El cerebro está entonces *plenamente despierto*. De igual forma, las redes son una forma alerta y reactiva de organización social. La información se mueve en ella de una forma no lineal, simultánea y significativa. De un modo semejante a como las personas creativas establecen nuevas conexiones a base de yuxtaponer elementos dispares a fin de inventar algo nuevo, así también las redes ponen en recíproca conexión a personas e intereses por caminos sorprendentes. Esas combinaciones fomentan la creatividad y la inventiva.

Una red creada para asegurar un entorno psicológicamente sano a los bebés puede cooperar con una organización de orientación humanística para gente mayor. Los viejos, que de otra forma se sentirían inútiles y solitarios, ayudan en las tareas de cuidado y alimentación de bebés y niños pequeños en un centro de atención diurna.

También se da en ellas el efecto de sinergia, ese plus de energía, resultado de la cooperación que tiene lugar en el seno de los sistemas naturales. Según vamos descubriendo ese efecto en las relaciones con los demás, en nuestro grupo pequeño, su efecto benéfico potencial para la sociedad resulta cada vez más evidente. Como dice el físico John Platt:

"Siempre que las personas, aunque no sean más que dos, comien-

zan a darse entre sí, o a trabajar los unos para los otros, inmediatamente aparecen esos resultados: ese mayor beneficio mutuo, ese mayor bienestar, y ese mayor desarrollo individual al mismo tiempo. Aparecen, tan pronto como una pareja, o una familia, un vecindario o una nación comienzan a trabajar juntos. Esos efectos se dan en los grandes equipos creativos de científicos norteamericanos. Y se dan también en el Mercado Común Europeo.

A través de la donación recíproca entre nosotros y quienes nos rodean, comenzamos a construir una especie de utopía local cuyos beneficios resultan a todas luces evidentes".

Una vez hemos comprobado la energía que genera la estrecha cooperación humana, resulta imposible seguir pensando en el futuro en términos antiguos. La explosión de redes ocurrida en los últimos cinco años ha sido como un incendio en una fábrica de fuegos artificiales. Este crecimiento en espiral de todo tipo de entrelazamientos de individuos con individuos, de grupos con grupos es como un gran movimiento de resistencia subterránea en un país ocupado en vísperas de su liberación.

El poder está cambiando de manos, está pasando de unas jerarquías moribundas a manos de unas redes llenas de vida.

Alfred Katz, de la Escuela de Salud Pública de la universidad de California, Los Angeles, organizador de una conferencia internacional en Dubrovnik, Yugoslavia, para tratar de las redes de mutua ayuda, dijo de éstas que eran «una fuerza social dinámica en la última mitad del siglo veinte». Constituyen una respuesta saludable a la lejanía de las instituciones modernas, decía Katz. Las redes suponen «un impulso enérgico y refrescante para los planes de acción social... Representan una resistencia social espontánea frente a la maciza pesadez de los procedimientos burocráticos». Katz sugería que una de las razones por las cuales las redes habían pasado casi desapercibidas, es porque nadie podía imaginar cómo gastar grandes cantidades de dinero en algo tan simple y efectivo. «Las redes de mutua ayuda reflejan un cambio tanto en la conciencia como en las formas de acción de un gran número de personas. Sus consecuencias no deberían ser subestimadas.»

Para el gobernador de California Jerry Brown, la autoconfianza y la ayuda mutua constituyen la primera idea nueva que ha surgido en política en los últimos veinte años. La idea de que gente, que es vecina una de otra, esté colaborando en la construcción de una sociedad abierta y más

justa es algo «a la vez humano y alucinante».

Los antropólogos Luther Gerlach y Virginia Hine, que desde los años sesenta han venido estudiando los movimientos de protesta social, han bautizado a las actuales redes con el nombre de SPINs (Segmented Polycentric Integrated Networks: Redes integradas policéntricas segmentadas). Todo SPIN obtiene su energía de la asociación, a base de combinar y volver a combinar habilidades, instrumentos, estrategias, elementos, contactos. Son las «unidades en grupo» de Gandhi. Al igual que el cerebro, el SPIN puede disponer de múltiples conexiones simultáneas en muchos puntos. Los segmentos de un SPIN son los grupos pequeños, que cooperan entre sí de forma fluida, sobre la base de los valores compartidos. En ocasiones, como por efecto de una amistosa fisión, el SPIN produce además efectos secundarios⁶. La multiplicidad de grupos robustece al movimiento.

Mientras que un esquema organizativo convencional muestra los diversos recuadros nítidamente enlazados entre sí, el esquema de organización de un SPIN se parecería más bien a «una red de pescar mal anudada, con multitud de nudos de tamaños diversos, todos enlazados entre sí directa o indirectamente». En el movimiento de protesta social, esas células o nudos son grupos locales formados por un puñado de miembros o hasta por cientos de personas. Muchos se forman para cumplir una única tarea específica, y hoy están y mañana no aparecen.

Cada segmento de un SPIN es autosuficiente. No se puede destruir una red a base de destruir a uno solo de sus líderes u órganos vitales. El centro, el corazón, de la red está en todas partes. La debilidad de una burocracia se mide por su punto más débil. En una red hay muchas personas que pueden asumir las funciones de los demás. Esta característica recuerda también la plasticidad del cerebro, que permite un solapamiento en sus funciones, de manera que las células dañadas puedan ser sustituidas por otras regiones cerebrales.

Si una burocracia representa menos que la suma de sus partes, una red equivale a muchas veces la suma de sus partes. Las redes constituyen una fuente de energía que la historia no había aprovechado hasta ahora: esos múltiples movimientos sociales autosuficientes, ligados entre sí para conseguir una serie de objetivos, cuyo cumplimiento traería aparejada la transformación de todos los aspectos de la vida contemporánea⁷.

Según Gerlach, estas redes producen valiosos cambios en el ámbito local. Las noticias sobre experiencias que han tenido éxito en algún lugar

recorren rápidamente todos los puntos de enlace del movimiento, y pueden ser así adoptadas de forma muy general.

En un primer momento, los antropólogos que se ocuparon de observar las redes, pensaban que éstas carecían de líderes. En realidad, dice Gerlach, «no hay una escasez de líderes, sino una profusión de ellos». La dirección pasa de una persona a otra según las necesidades del momento.

Para Hine, los SPINs son hasta tal punto cualitativamente diferentes de las burocracias en cuanto a organización e influjo, que la mayor parte de la gente no se percata de su existencia, *o creen que son conspiraciones*. A menudo las redes emprenden acciones similares sin ponerse previamente de acuerdo, simplemente a causa de las muchas convicciones que comparten. Podría también decirse que por el hecho de compartir esas convicciones *están* en connivencia.

Realmente, la Conspiración de Acuario es un SPJN de SPINs, una red formada por muchas redes que pretenden transformar la sociedad. La Conspiración de Acuario, efectivamente, posee esas características de soltura, segmentación, evolución y redundancia. Su centro está en todas partes. Aunque forman parte de ella muchos movimientos sociales y grupos de mutua ayuda, su vida no gira en torno a ninguno de ellos. Tampoco puede ser desmontada, porque es manifestación de los cambios operados en la gente.

¿Qué pretenden las redes? Muchas cosas diferentes, por supuesto. No sólo no hay dos redes que sean iguales; cada una de por sí cambia con el transcurso del tiempo, porque es un reflejo de las necesidades e intereses fluctuantes de sus miembros. Pero su objetivo esencial es redistribuir el poder.

Los grupos ecologistas, por ejemplo, pretenden que la humanidad «viva de forma ligera sobre la tierra», como servidores de la naturaleza, más que como explotadores o dominadores. Las redes de orientación espiritual y psicológica buscan la energía que brota de la integración interior, y proclaman la autonomía de las porciones liberadas del propio ser. Las redes educativas intentan enriquecer a los alumnos, enseñándoles a localizar los recursos que necesitan. Las redes que buscan la salud como objetivo pretenden alterar el antiguo equilibrio de poder entre la medicina institucionalizada y la responsabilidad personal. Otros grupos intentan canalizar de otra forma el poder económico, por medio del boicoteo, el trueque, el cooperativismo, o la práctica del comercio y los negocios.

Desde las redes más simples, que tienen por base la vecindad o el lugar de trabajo (cooperativas de alimentación, utilización conjunta de vehículos, cuidado en común de los niños), la gente tiende a compartir intereses más sutiles o abstractos, como la formación o información sobre determinados temas. Las redes de autoayuda y de mutua ayuda tienen un carácter más íntimo, y por eso mismo su poder transformativo es mayor. Según la oficina central del Servicio Nacional de Autoayuda, alrededor de quince millones de norteamericanos pertenecen hoy en día a redes en las que la gente se ayuda entre sí a enfrentar problemas tan diversos como la viudez, el exceso de peso, el divorcio, niños maltratados, abuso de drogas, juego, desórdenes emocionales, disminuciones de todo tipo, acción política, ecologismo, muerte de un hijo. Tales grupos se guardan cuidadosamente de llegar a «profesionalizarse» demasiado, por miedo a dar lugar al desarrollo de una jerarquía de autoridad que podría dar al traste con sus propósitos. Pues lo esencial es ese carácter de reciprocidad. La forma de ayudarse uno a sí mismo es ayudar a los demás.

La BBC hizo una serie de televisión con el título: «Consigna: ayudarse a sí mismo», a fin de ayudar a la gente a encontrar la red apropiada. Hay oficinas estatales y federales que informan sobre redes de autoayuda y asociaciones de grupos de autoayuda; recientemente se ha celebrado en Boston una feria dedicada a la autoayuda. En un número de la revista *Self-Help Reporter* se mencionaban, entre otros grupos de autoayuda, redes de personas sin empleo mayores de cuarenta años, padres de niños prematuros, mujeres operadas de mastectomía, familiares y amigos de personas desaparecidas, y supervivientes de intentos de suicidio.

La formación de estos grupos, ha dicho el antropólogo Leonard Borman, director del Instituto de Auto-Ayuda de Evanston, Illinois, «representa en parte el deseo de gente que tienen problemas semejantes, de asumir la responsabilidad de sus propios cuerpos y mentes y de su propia conducta, ayudando a otros a hacer lo mismo».

Según una estimación, las redes de autoayuda se sostienen por sí mismas más que de aportaciones del público en general; no tienen líderes profesionales, son abiertas (es decir, no hay unos requisitos estrictos para formar parte de ellas), locales, innovadoras, desprovistas de ideología, y persiguen un mayor grado de autoconciencia y una vida emocional más plena y más libre. Este tipo de organizaciones demuestra el potencial

oculto incluso entre los miembros más vulnerables de la sociedad; puede citarse como ejemplo el éxito notable de un grupo de ex drogadictos de la calle Delancy de San Francisco, en la tarea de ayudar a otros drogadictos a rehabilitarse a sí mismos.

La red «Linkage» (Enlace), iniciada por Robert Theobald, es internacional, está informatizada, y funciona principalmente por correspondencia. Para participar en ella, basta enviar una opinión o comentario sobre el propio trabajo o los propios intereses. Un servicio editorial creado por Theobald, Participation Publishers, reproduce esas opiniones, que son distribuidas por correo desde Wickenburg, Arizona, a cambio de una pequeña tasa anual. «Operamos fundados en el convencimiento de encontrarnos justo ahora en medio de un período de tensiones derivadas del hundimiento cada vez más rápido de la era industrial. Estamos tratando de encontrar los medios que puedan ayudar a hacer esa transformación necesaria. Hay mucha gente que desearía experimentar esa transformación... Intentamos encontrar el modo de ayudar a la gente a que realice ese cambio. »

Las opiniones personales que recogía uno solo de los números dan idea de la diversidad de procedencias de sus redactores. Entre ellos se encontraban un militar, dos políticos, una enfermera, dos médicos, un historiador, un clérigo presbiteriano, un educador, un físico nuclear y un ingeniero. Su abanico de intereses se extendía a los cambios de paradigma, a la transformación radical de la sociedad, experiencias místicas personales, tecnología apropiada, descentralización, unión entre Oriente y Occidente, comunidades, simplicidad voluntaria, modelos organizativos fundados en la confianza y la comunicación, «modos creativos de ayudarnos unos a otros», «tecnología consciente», poder y libertad en las relaciones, cómo actuar «de forma significativa».

Un participante decía haber encontrado aliados en su propia comunidad: «Viendo que íbamos en solitario, estamos formando una red con nuevas ideas sobre esta ciudad». Para otro, la posibilidad de enlace era como «un anda, capaz de moderar los efectos de otras fuerzas».

Un clérigo enviaba una lista de publicaciones y de organizaciones en Inglaterra, para el caso de que algún miembro de la red fuese allí de visita y quisiese encontrar «gente de mentalidad semejante». Otros dos describían sus conexiones con otras redes. Un especialista en educación decía: «En medio de este mundo frenético, yo y mi familia y otros que también andan buscando, deseamos poder escuchar susurros de nuevo».

Desde Nebraska, uno decía:

"Estamos entrando en una nueva era, que requiere un modo enteramente diferente de ver las cosas... La edad moderna ha quedado atrás. Pero la civilización necesita unas nuevas líneas de demarcación. ¿Podemos encontrar los nuevos moldes con la suficiente rapidez?"

«Enlace» ofrece un punto de partida. Por primera vez en la historia, gentes que nunca se han conocido pueden convertirse en un «nosotros» si así lo desean".

Un profesor de ciencias empresariales escribía: «Me ronda la cabeza una cuestión más amplia: la de cómo usar la riqueza y los resortes de los negocios para apoyar la transformación, en vez de luchar contra ella».

En el verano de 1979, la distribución de «Enlace» creció de forma espectacular. Muchos miembros venían expresando una creciente necesidad de comunicar sus ideas sobre la transformación más allá de los límites de la red. Theobald comunicó a los miembros su sensación de «estarnos acercando a un momento en que podemos servir de catalizadores para un mayor número de actividades». Curiosamente, muchos miembros venían preguntando sobre la posibilidad de «sub-enlaces», nombres de otras personas dentro de su zona geográfica con quienes pudieran colaborar en proyectos específicos. Esta necesidad de acción en pequeños grupos es característica de la Conspiración de Acuario.

Theobald es lo que la revista *Open Network News* llama un «tejedor», es decir una persona que diseña redes abiertas y que descubre pautas y conexiones entre las mismas, con lo que las hace más efectivas. No hay solamente individuos «tejedores», sino también publicaciones e incluso empresas.

Otra red que funciona también básicamente por correspondencia, como «Linkage», es el «Foro de Correspondencia y de Contacto», fundado en 1968 por personalidades tales como Viktor Frankl, Arthur Koestler, Roberto Assagioli, Ludwig von Bertalanffy, Abraham Maslow, Gunnar Myrdal, E. F. Schumacher y Paolo Soleri. El objetivo del Foro se expresaba en una reciente circular que invitaba a hacerse miembros de él:

"Hemos localizado a personas asociadas con algunos de estos nuevos y vitales núcleos de actividad (centrada en lo humano u

orientada al futuro), y estamos tratando de estimular exploraciones de diverso tipo... Todas ellas forman parte central de lo que con diversos nombres se describe como nuevas vías para la humanidad, transformación del hombre y de la sociedad, crecimiento holístico, etcétera".

La Asociación de Psicología Humanística cuenta también con una sección al servicio de la creación de nuevas redes. Todo miembro puede proponer un proyecto de red determinado, reuniendo una lista de personas interesadas en un determinado tema, publicando un boletín para ese grupo de personas, o bien organizando un seminario sobre ese tema.

Algunas redes, como el Renaissance Project de Kansas City y el Briarpatch del norte de California, enlazan entre sí a empresarios individuales. De ellos hablaremos más ampliamente en el capítulo 10. Una red de San José, California, llamada Mid-Peninsula Conversion Project, se fundó con el fin de encontrar posibles producciones alternativas para las industrias de defensa y armamento: un paso práctico en dirección al desarme. Otra red californiana, People Index, de Fairfield, se considera a sí misma como «un panel de control humano que ayuda a la gente a encontrar otras personas con los mismos objetivos... Deseamos que la gente pueda conectar más directamente entre sí. ¿Tiene usted un proyecto que no puede realizar solo? ¿Posee usted recursos que pueden servir de ayuda a otras personas? ¿Cómo es el futuro del que quiere usted formar parte, y que quiere usted ayudar a crear? Entre a formar parte de la red de gente que quiere un mundo nuevo».

Y hay también un número incontable de vinculaciones informales, entreveradas en prácticamente toda institución y organización: por ejemplo, grupos de enfermeras y médicos en hospitales, o de profesores y estudiantes en las universidades. En organizaciones ya existentes surgen a veces redes prefabricadas como «grupos con intereses especiales», supuesta la subdivisión por *status* en las asociaciones profesionales, pero con mayor frecuencia suponen simplemente una unión informal de quienes ya han experimentado el cambio de su pensamiento hacia un paradigma más amplio. Psicólogos de orientación humanista de la American Psychological Association, miembros de la World Future Society más interesados en la conciencia que en cuestiones estrictamente tecnológicas, y partidos de la transformación social pertenecientes a la Association for Humanistic Psychology han creado una serie interna de

redes informales y eficaces. Con frecuencia han conseguido cambiar las directrices de las publicaciones oficiales de sus respectivas organizaciones más amplias; además traen portavoces más innovadores para hablar en favor de determinados programas, se esfuerzan por cumplir con su deber, y buscan otras maneras de vencer la resistencia mental de la vieja guardia. Su connivencia es tan discreta que nadie lo nota, y generalmente no se dan luchas significativas entre los miembros de la red por conseguir puestos u honores.

Otras nuevas fuentes de poder

Ciertos especialistas en ciencias políticas han especulado sobre la posible formación de un partido «centrista», que pudiera a la vez ser reflejo de los principios humanistas y del liberalismo económico. Dado que los partidos políticos son precisamente la clase de estructura social convencional que no está funcionando bien, no parece probable que pueda surgir ningún partido de la Conspiración de Acuario ni de ningún otro de los movimientos sociales que se encuentran hoy en germen. La energía gastada en lanzar un nuevo partido y los candidatos correspondientes que deben oponerse a los partidos ya bien implantados podría emplearse en iniciativas más rentables.

La transformación social requiere otras fuentes nuevas de poder, más imaginativas y gratificantes. Ya hemos hablado del *poder de la persona*, inherente al proceso transformativo: el descubrimiento de que cada uno de nosotros «somos lo nuevo» en este mundo. También hemos hablado del *poder de la red*, como medio de catalizar y movilizar gente en todo el mundo.

El *poder de la atención*, de descubrir qué es lo que funciona y cómo hay que enfrentar y transformar los conflictos, proporciona la ventaja de mantenernos bien despiertos incluso en medio de quienes se mantienen aferrados a alguna de nuestras formas de anestesia social: la distracción, la negación, el escepticismo. La transformación deliberada del estrés es un factor nuevo en la historia.

Lo mismo sucede con el *poder de auto-conocimiento*. Antes de que la tecnología nos liberara de la lucha por la supervivencia, pocos tenían tiempo ni oportunidad de mirar hacia dentro para explorar su propia psique. El auto-conocimiento conduce a un cambio profundo en la manera cómo el individuo define el poder. Junto con la disminución del

ego, disminuye también la necesidad de dominar, de ganar. La no-participación en los juegos de poder se convierte en una especie de poder natural. Se produce una liberación de la energía que antes se encauzaba hacia una competitividad preñada de ansiedad: el *poder de dejarse llevar*.

La capacidad o *poder de flexibilidad* hace que el oponente potencial forme parte de la solución del problema, de modo muy semejante a como el practicante de aikido fluye con la energía de su contrario. Esta especie de aikido político canaliza la energía en la dirección pretendida, en parte a base de identificar las necesidades de los adversarios potenciales. Se trata de ayudar a los adversarios a que realicen la transición, mientras que un ataque frontal endurecería su posición.

John Platt, en su libro *Step to Man* (El paso hacia el hombre), publicado en 1967, proponía el uso de estrategias naturales a fin de efectuar la transformación social. Hay que ir al grano, decía. Hay que localizar los focos de poder, y abrirse paso por donde se encuentre menos resistencia. Hay que servir de catalizadores.

Con demasiada frecuencia, las minorías significativas gastan sus energías con sus amigos o con sus adversarios incondicionales, en vez de orientarlas a quienes están maduros para dejarse persuadir. «El objetivo principal de una minoría ilustrada no es combatir a la mayoría, sino enseñarles cómo hacer.»

Toda minoría que haya comprendido el poder de amplificación de las ideas, a modo de semillas de cristal en una solución saturada, puede rápidamente ejercer un influjo muy por encima de su número. Hay que valerse de la tecnología y de las formas sociales naturales, y no luchar en contra de ellas, advertía Platt. Es preciso ser flexibles. Un sistema frágil permitirá que se acumulen las tensiones hasta que alguna parte de la estructura se quiebre de repente, con el peligro consiguiente.

Matt Taylor, fundador del Renaissance Project, comparaba la tarea de reordenar la sociedad con la de hacer girar a un barco. En el pasado, la gente trataba de poner el timón en la parte delantera de la nave siempre que trataban temas sociales, con lo que aplicaban la fuerza e imprimían la dirección en lugares erróneos. «Se puede dirigir una gran organización con muy poco esfuerzo.»

El *poder de comunicación*, que crece constantemente, permite una rápida transformación de las nuevas ideas y un contagio de puntos de vista, de preguntas adecuadas, de experiencias y de imágenes. El economista Kenneth Boulding decía una vez que cambios que podrían

requerir una generación para introducirse en una sociedad analfabeta, podrían suceder en pocos días en una cultura de comunicación de masas.

El *poder de descentralización* emana de esa corriente de nuevas ideas, imágenes y energía que fluye por todos los rincones del cuerpo político. Las concentraciones de poder son tan artificiales y mortíferas como un coágulo de sangre o una línea eléctrica sin toma de tierra.

Aldous Huxley consideraba la descentralización como una alternativa frente a la distinción de Derecha e Izquierda. Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, escribía en una carta a un amigo:

"Según indicaba una vez H. G. Wells, la mente universal sabe contar más de dos. Los dilemas de los intelectuales artistas y de los políticos teóricos tienen más de dos cuernos. Entre el aislamiento en una torre de marfil, por un lado, y la acción política directa, por otro, está la alternativa de la espiritualidad. Y entre el fascismo totalitario y el socialismo totalitario está la alternativa de la descentralización y la cooperación de iniciativas, que es el sistema político económico más naturalmente afín a la espiritualidad.

La mayoría de los intelectuales de nuestros días no reconocen más que dos alternativas en su situación, y se decantan por la una o por la otra..."

Con su característica lucidez, Huxley había escrito antes a su hermano Julián que la transformación social, "la dirección del poder estatal en el sentido del autogobierno, de la descentralización", como mejor podría llevarse a cabo sería atacando simultáneamente en todos los frentes: económico, político, educativo y psicológico. H. O. Wells insistía además en que el cambio debe ocurrir a la vez en todas las partes de la sociedad, no en una institución tras otra.

Esta concepción recuerda el modo cómo tiene lugar la transformación en los sistemas naturales: el cambio repentino que tiene lugar en las estructuras disipativas. El salto al nuevo estado se produce instantáneamente, es un todo o nada. Incluso en los niveles mentales más simples, podemos observar que cualquier aspecto de transformación social tiene un efecto ondulatorio. El individuo que ha aprendido a asumir la responsabilidad de su propia salud es probable que llegue a interesarse por los aspectos políticos de la medicina, el entorno, el papel del aprendizaje en la salud y en la enfermedad, los aspectos benéficos o

perjudiciales de las relaciones y el trabajo, y así sucesivamente. Ese es el *poder del nuevo paradigma*, una perspectiva que puede llegar a politizar incluso a quienes no mostraban interés alguno en la política convencional.

Según Gurtov, "una conciencia radical basada en sentimientos y necesidades compartidas tiene mayores probabilidades de mantenerse arraigada que una ideología radical". No se pueden abandonar intuiciones percibidas; es imposible dejar de ver lo que se ha visto.

El *poder del proceso* reconoce como transformador al mero hecho de reclamar la propia autonomía. Cada paso que damos por el camino de la libertad y la responsabilidad facilita el paso siguiente. Los objetivos, los programas y los cálculos de tiempos son menos importantes que el compromiso como tal. Como decía Gandhi, «el objetivo se aleja siempre de nosotros. - La salvación reside en el esfuerzo, no en la consecución. El esfuerzo total es la victoria total».

El *poder de la incertidumbre* facilita la innovación, la experimentación, el riesgo. Como decía Theobald, "no hay un camino sin riesgos para adentrarnos en el futuro; debemos elegir el tipo de riesgos que queremos correr". En un artículo aparecido en una revista que publica una red, el filósofo Jay Ogilvy acuñaba el término «parapolítico» para describir el tipo de compromiso político a que está abocada cualquier persona que se compromete con las nuevas ideas:

"Si queremos romper la jaula de acero que supone una sociedad totalmente burocratizada, nuestra imaginación debe ser lo suficientemente libre como para cometer errores. Si queremos jugar, tenemos que estar dispuestos a perder en algunos juegos. Pero lo que está en juego es nada menos que la vida chisporroteante del espíritu humano; de modo que algunos de nosotros preferiríamos arriesgarnos a perder antes que no jugar en absoluto".

Nos quedamos menos sorprendidos cuando suceden cosas sorprendentes. Después de todo, en un universo creativo, incluso un aparente desastre puede no ser sino fruto de la más armoniosa serenidad. Esta perspectiva se encuentra a gusto en medio de la ambigüedad. Supone que la mayoría de las cuestiones son engañosas, y no pretende resolver de una vez por todas lo que está sometido a un perpetuo flujo. El político o el ciudadano que admite gustoso la incertidumbre es libre para aprender, para equivocarse, para adaptar, para inventar, o para volver

una y otra vez a su tablero de dibujo.

El *poder de la totalidad* reúne en sí toda la energía perdida por la fragmentación o la ignorancia. Refuerza las opciones colectivas, impulsando los talentos e ideas de quienes tal vez no habían sido conocidos o apreciados en el pasado. Una sociedad que retribuye la diversidad y las dotes de todos los ciudadanos podrá cosechar mayores frutos que una sociedad conformista.

El *poder de la alternativa* reside en reconocer que tenemos más opciones de lo que pensábamos. Al imaginar posibilidades nuevas, podemos rechazar las opciones sofocantes e inaceptables que se nos ofrecían en el pasado. Y así como el cambio personal es resultado de hacerse consciente de los propios procesos de pensamiento, de ver que se puede elegir cómo reaccionar en una situación dada, de despertar al influjo que proviene del propio acondicionamiento, así también una sociedad puede descubrir colectivamente que «las cosas no tienen por qué ser así». También la cultura puede hacerse consciente de sí misma y de sus propios acondicionamientos. Con excesiva frecuencia, ni siquiera se nos ocurría que tuviéramos otra opción. Al tratar de lo que llama «alternativismo», Erich Fromm dice que la mayoría de la gente fracasa porque «no están despiertos para poder ver cuándo se encuentran en una bifurcación del camino y tiene, pues, que decidir».

A medida que crece el sentido de autonomía entre la gente, se respetan más las opciones de los demás. En la convención del Año de la Mujer, celebrada en 1977, muchas discusiones se desvanecían cuando el auditorio se ponía a cantar: «Optar, optar, optar... ». Incluso si no se desea un estilo de vida o una filosofía particular para uno mismo, se puede permitir a los demás que tengan sus opciones. Todos estamos rodeados por unos u otros límites, decía Tocqueville, «pero dentro de ese círculo somos poderosos y libres».

El *poder de la intuición* puede extenderse del individuo al grupo. «Venid, bebamos en la fuente de la intuición colectiva», rezaba el prospecto de una conferencia. Los grupos de la Conspiración de Acuario se ponen a menudo a la escucha interior en busca de guía, igual que los cuákeros buscan la luz interior en sus reuniones⁸. Más que programar sus actividades guiados exclusivamente por la lógica, aspiran a una especie de consenso intuitivo. Hablan de la sensación de encontrar la dirección en cuanto grupo, más que del hecho de inventarla. Es como si un grupo de arqueólogos se pusiera a cavar en busca del futuro, en vez de buscar el

pasado.

El *poder de la vocación* es una especie de sensación colectiva de destino, concebido no como trayectoria míticamente trazada de antemano, Sino como una búsqueda de sentido, como un entendimiento tácito de que tanto el pueblo como sus dirigentes creen en algo que está por encima del éxito material, del nacionalismo, de la rentabilidad a corto plazo.

A medida que los valores espirituales y humanistas ascienden a un primer plano, unos cuantos políticos intentan plasmar el cambio.

El *poder de la retirada*, tanto psicológica como económica, proviene del reconocimiento de que podemos recobrar el poder que hemos entregado a otros. Teilhard decía: «Nos hemos dado cuenta que en la gran partida que se está jugando, nosotros somos al mismo tiempo los jugadores, las cartas y lo que están en juego. Si abandonamos la mesa, la partida no puede continuar. Pero no hay poder alguno que pueda forzarnos a seguir».

Se están ideando formas ingeniosas de hacer un boicot económico. Grandes organizaciones nacionales están intentando influenciar determinadas actuaciones políticas (como por ejemplo la ratificación a la Enmienda sobre la Igualdad de Derechos) con la amenaza de no celebrar sus reuniones anuales en determinados locales. Grupos preocupados por el tema de la nutrición se han dedicado a boicotear la producción de determinados fabricantes que intentaban colocar agresivamente productos alimenticios para niños en países en desarrollo en los que la mortalidad infantil venía agravada por la alimentación artificial. Grupos comunitarios han protestado por la exclusión de que han sido objeto, al negarse los prestamistas a aceptar hipotecas sobre determinadas zonas, retirando sus ahorros de los bancos, cajas de ahorro y entidades de crédito de las cercanías, hasta conseguir que consintiesen en invertir una determinada cantidad de dinero en la comunidad.

Todos nuestros sumos sacerdotes, médicos, científicos, burócratas, políticos, eclesiásticos y educadores están siendo depuestos de sus funciones a la vez. Metiéndonos incluso hasta donde los mismos ángeles no se atreverían a entrar, estamos desafiando las viejas leyes, proponiendo otras nuevas, estamos presionando y boicoteando, conscientes como estamos ahora de las fuerzas ocultas de la democracia. «Estamos desafiando la legitimidad de sistemas enteros», dice Willis Harman. «El ciudadano es quien otorga su legitimidad a cualquier institución, o quien

se la retira. »

El poder de las mujeres

«Las mujeres sostienen la mitad del cielo», dice un proverbio chino. Las mujeres representan la mayor fuerza de renovación política en esta civilización profundamente desequilibrada. Así como las personas se enriquecen con el desarrollo de los dos lados, masculino y femenino, de su ser (independencia y cuidado de la prole, inteligencia e intuición), así también la sociedad se beneficia del cambio en el equilibrio de poder entre los sexos.

El poder de las mujeres es el barril de pólvora de nuestra época. A medida que vaya creciendo el influjo de las mujeres en las tareas de planificación y gobierno, su perspectiva *yin* irá empujando hacia afuera los límites del antiguo paradigma *yang*. Las mujeres son más flexibles que los hombres desde el punto de vista neurológico, y la cultura les ha permitido ser más intuitivas, sensibles y sentimentales. Su medio natural está hecho de complejidad, de cambio, de procreación, y cuidados maternos, y su sentido del tiempo es más fluido.

Afirmaciones como las que hacía recientemente Patricia Mische en su monografía *Las mujeres y el poder*, muestran a las claras que ha pasado el tiempo del feminismo militante. En vez de seguir reclamando un pedazo de la tarta que los hombres han guardado siempre para sí, decía, «debiéramos intentar crear otra tarta completamente diferente». Las cosas humanas no van a mejorar por el hecho de que el mundo hecho literalmente por los hombres vaya asimilando cada vez más mujeres en su seno. Es mejor que hombres y mujeres puedan crear juntos un futuro nuevo. Las mujeres se han sentido desgarradas entre el miedo a su impotencia, por una parte, y el miedo a la capacidad de destrucción, por otra: «Tendemos a reprimir ambos miedos, el primero porque nos resulta demasiado doloroso enfrentarnos con nuestra impotencia, y el segundo porque asociamos el poder con impulsos malignos».

Las mujeres están ahora aprendiendo a usar el poder abiertamente, afirma, y están poniendo en práctica lo que Rollo May llamaba el «poder integrador», en vez de seguir adoptando actitudes de encogimiento o manipulación, como en el pasado.

"El poder integrador reconoce que tanto los hombres como las

mujeres han sido víctimas de la historia, y se han asignado sus papeles respectivos con un criterio excesivamente estrecho... Es una forma solícita de poder, una mezcla de poder y de amor.

No es posible siquiera trabajar en favor de la justicia social o de la paz, ni tratar de superar la alienación y la pobreza, o de construir un futuro realmente más humanizado, sin que haya una combinación de amor y de poder. El mismo amor no es posible sin una dosis de poder o de auto-afirmación. Y el poder sin amor fácilmente se reduce a manipulación y explotación.

No podemos asumir la contribución de ningún otro en la configuración en marcha de la historia. Ni puede tampoco ningún otro asumir la nuestra. Cada uno de nosotros está aquí para algo, cada vida tiene un sentido y un significado. Ese sentido, sea el que sea, no puede ser plasmado si abdicamos de nuestros poderes.

Los valores etiquetados como femeninos, la compasión, la colaboración, la paciencia son los más urgentemente necesarios para poder alumbrar, alimentar y cuidar una nueva era de la historia humana".

Lou Harris, de los sondeos Harris de opinión, ha afirmado que las mujeres aventajan con mucho a los hombres en la preocupación por las cualidades básicas humanas; están más consagradas a la paz y se oponen más a las guerras, se preocupan más por los malos tratos infligidos a los niños, y se sienten más conmovidas por lo que él llama «el manto de violencia. Por sus dotes de preservación, las mujeres están jugando un nuevo y formidable papel en la escena política».

Un cambio en la concepción del liderazgo nos puede permitir juzgar con otros ojos la asunción de papeles directivos por parte de las mujeres. Según James MacGregor Burns, solamente un «sesgo machista» puede hacernos ver el liderazgo como mero ejercicio de mando o de control, cuando en realidad supone un compromiso y movilización respecto de una serie de aspiraciones humanas. A medida que comprendamos mejor la verdadera naturaleza del liderazgo, afirma, estaremos más dispuestos a aceptar a las mujeres como líderes, y los hombres acabarán cambiando su propio estilo de liderazgo».

La misma forma de pensar sufrirá una transformación, asegura la poetisa Adrienne Rich. Las mujeres pueden aportar a la sociedad precisamente las cualidades que son necesarias para alterar la forma de vida y dotar al universo de unas relaciones más profundamente

sustentadoras. «La sexualidad, la política, la inteligencia, el poder, la maternidad, el trabajo, la comunidad, la intimidad, evolucionarán hacia nuevos significados.»

La idea de que las mujeres podrían salvar una sociedad al borde de la quiebra no es nueva. En una época tan temprana como 1890, Havelock Ellis ya veía acercarse una «invasión» de los puestos dirigentes por parte de las mujeres, lo que consideraba una fuente de renovación equiparable a la nueva vida aportada por una oleada de bárbaros a una civilización exhausta y degenerada. Los esquemas masculinos de organización social han llegado a un punto muerto, decía. Las mujeres, con su mayor sensibilidad para las relaciones y las formas sociales, podrían inventar maneras de superar los enfrentamientos y conflictos. «El ascenso de las mujeres hasta hacerse cargo de la participación que les corresponde en el poder es un hecho cierto», decía Ellis. «Yo encuentro en ello una fuente indefectible de esperanza.»

En 1916, el psicólogo de la universidad del Sur de California George Stratton, describía la superioridad inherente al cerebro femenino en orden a percibir de forma global. En un artículo titulado «Feminismo y Psicología», aparecido en la *Century Magazine*, expresaba la esperanza de que las mujeres llegarían a desvanecer las ilusiones masculinas, una vez hubiesen llegado a ocupar su lugar adecuado en la sociedad. Los hombres -afirmaba- tienden a fiarse más de los engranajes que de lo que tiene carne y hueso. Partiendo de una generosa admiración por la naturaleza, acaban por sentirse fascinados por los instrumentos, por los útiles científicos. Fundan los gobiernos para introducir un orden en la vida, pero acaban codiciando las funciones del gobierno más que la vida misma. «El genio organizador masculino decía Stratton, necesita la sensibilidad de la mujer para llegar al corazón de las cosas, no sus atributos.»

Recientemente, una psicóloga sugería que podría ser necesario para la supervivencia humana el convertir en públicas las virtudes privadas de las mujeres. «Tal vez el movimiento feminista forma parte de un proceso evolutivo que puede evitarnos seguir el camino de los dinosaurios o las aves dodo de las islas Mauricio.»

En todas partes donde la Conspiración de Acuario se encuentra en marcha, con su lucha en favor de la salud holística, de la ciencia creativa y de la psicología transpersonal, los efectivos femeninos son muy superiores a los que se dan en el *establishment*. Por ejemplo, una tercera

parte de los miembros fundadores de una organización médica holística eran mujeres, frente al porcentaje total de mujeres médicos en los Estados Unidos, que es del 8,3%. En estas organizaciones, los hombres no sólo se encuentran a gusto con el hecho de que las mujeres ocupen puestos directivos, sino que abiertamente fomentan en sí mismos cualidades *yin*, tales como capacidad de integración, de empatía, de reconciliación. Aprecian en las mujeres una mayor sensibilidad para el tiempo y la oportunidad, para aplicar la intuición a las tareas directivas, y una mayor capacidad de espetar. «Si *satyagraha* ha de ser el modo del futuro, decía Gandhi, entonces el futuro pertenece a las mujeres.»

El poder del centro radical

Podríamos encuadrar la perspectiva política de la Conspiración de Acuario como una especie de Centro Radical. Eso no quiere decir que sea neutra, ni es tampoco un camino intermedio; es más bien una visión global de la ruta. Es un punto de observación privilegiado que permite apreciar las contribuciones valiosas y los errores y exageraciones sobre cualquier tema, sea o no político, de las diversas escuelas de pensamiento.

Tal como lo expresaba un editorial de la revista británica *The New Humanity*:

"No somos derecha ni izquierda, sino lanzados hacia adelante. The New Humanity aboga por una nueva especie de política. El arte de gobernar necesita encontrar un nuevo marco, no una estructura rígida; y en medio de la inmensa y admirable diversidad, tenemos que encontrar la unidad.

En este punto de la evolución humana, no hay salida posible de la situación de jaque mate político global en que nos encontramos, a menos que aparezca antes, y de prisa, una nueva humanidad con una nueva psicología. Esta nueva psicología se está desarrollando, está surgiendo una humanidad nueva".

La mayoría de los movimientos históricos han redactado su testamento al mismo tiempo que el manifiesto de su presentación. Conocían mejor aquello a lo que se oponían que lo que ellos mismos eran. Tratando de adoptar posiciones firmes, desencadenaban un movimiento de contraofensiva inevitable, que les desorientaba casi

enseguida respecto de su frágil identidad. Rápidamente se sucedían las metamorfosis y las autotraiciones: pacifistas convertidos en violentos, abogados de la ley y el orden pisoteando la ley y el orden, patriotas disminuyendo las libertades, «revoluciones del pueblo» que engendran nuevas élites, nuevas tendencias artísticas que se vuelven igual de rígidas que las anteriores, ideales románticos que conducen al genocidio.

El antropólogo Edward Hall se lamentaba de nuestra incapacidad cultural para reconciliar e incluir concepciones divergentes en un mismo marco de referencia. Estamos tan imbuidos del hábito de categorizar como bueno o malo, como ganar o perder, o como todo o nada, que continuamos apilando todas nuestras medias verdades en dos montones: verdades a un lado, mentiras al otro; y lo mismo, marxismo y capitalismo, ciencia y religión, ficción y realidad, y así sucesivamente. Según observa Hall, actuamos como si fuera Freud o B. F. Skinner quien tuviera que tener la razón con respecto al comportamiento humano, cuando en realidad «ambas teorías funcionan y ambos tienen razón cuando se les sitúa en la perspectiva adecuada».

Los puntos de vista parciales nos fuerzan a hacer opciones artificiales, con lo que nuestra vida queda cogida entre ambos fuegos. ¡Rápido, elija! ¿Prefiere usted que sus políticos sean hombres compasivos, o que sean hombres fiscalmente responsables? ¿Los médicos deben ser humanos, o eficaces? ¿Se debe mimar a los niños en los colegios, o se les deben dar azotes?

Las pocas reformas que han tenido éxito en la historia, como por ejemplo nuestra ya longeva Constitución, hacen la síntesis, mezclan valores antiguos con otros nuevos. La tensión dinámica fue incorporada al paradigma democrático en forma de un sistema de controles y equilibrios. A pesar de sus defectos, este marco ha demostrado poseer una asombrosa elasticidad.

Muchos de los cerca de doscientos más activos Conspiradores de Acuario se sintieron muy frustrados a la hora de responder a una pregunta del cuestionario en que se les pedía que se clasificasen a sí mismos desde el punto de vista político. Algunos descartaban todos los apartados, radical, liberal, centrista, conservador, excusando diversamente su proceder. Unos pocos cruzaban la clasificación con flechas combinatorias. Otros ponían notas al margen: «Liberal, pero... », «Radical en unos puntos, conservador en otros»; «Estas categorías no son aplicables»; «Radical, pero no en sentido ordinario». «Las viejas categorías

no valen. » Uno, un economista británico de nacimiento, pintaba una clasificación circular, afirmando que los Estados Unidos guardan en su sistema político una reserva de flexibilidad. «Aún no se ha polarizado en ese estéril eje derecha-izquierda que forma parte de la problemática británica hoy en día. En los Estados Unidos, las fuerzas son circulares: grandes compañías, sindicatos, pequeños negocios, iglesias, ecologistas, etcétera. »

Los políticos del Centro Radical, dejando aparte sus logros o fracasos, se prestan a ser mal comprendidos y resultan particularmente vulnerables a los ataques, debido a que no adoptan posiciones estridentes. Su alto margen de tolerancia a la ambigüedad y su disposición a cambiar de opinión les dejan al descubierto frente a acusaciones de arbitrariedad, de inconsistencia, de inseguridad, o incluso de sinuosidad.

Tradicionalmente nos preocupábamos de identificar a nuestros amigos y a nuestros enemigos. Los grupos de presión, la realidad política y los medios de comunicación, al situar el juego entre dos bandos enfrentados, fuerzan por lo general a los políticos a adoptar posiciones extremistas. Pero antes de lo que podemos suponer, el Centro Radical se va a convertir en una opción viable. El número creciente de movimientos nuevos, con todas sus presiones y manifestaciones, unido a los grupos de presión tradicionales en favor de intereses particulares, puede finalmente forzar a los políticos a buscar un camino intermedio para intentar sortear el campo minado de la política. Al final, los políticos pueden encontrarse sin otra elección que la de trascender el dilema del viejo planteamiento de «esto o lo otro».

El historiador Henry Steele Commager urgía la necesidad de restablecer el sentido tradicional de los términos «conservador» y «liberal». Todos podemos intentar salvar cuanto tiene algún valor, y también todos podemos sentirnos libres para introducir innovaciones y cambios. «Qué afortunados seríamos si pudiéramos aceptar una vez más que todos somos republicanos, que todos somos demócratas... todos somos conservadores, todos somos liberales. » Willis Harman ha subrayado que la idea de un yo trascendental, responsable en último término, es central en toda la teoría del gobierno democrático. A la luz de estos valores, la nación puede reconciliarse de nuevo. «Los conservadores seguirán insistiendo en que conservemos y respetemos los preceptos nacionales. Los radicales insistirán en que situemos nuestras vidas a su altura. »

Es difícil, a menudo imposible, implantar una perspectiva política

nueva en un sistema antiguo, entrecruzado de viejas alianzas, deudas y enemistades, y plagado de intereses que buscan desesperadamente mantener el *statu quo*. Los primeros políticos que vayan acercándose a tientas al Centro Radical, igual que los científicos que hacen «descubrimientos prematuros», podrán fracasar o ejercer solamente un influjo muy pequeño. Pero es un comienzo.

A la larga, será el electorado en desarrollo del Centro radical el que generará un número creciente de candidatos y elegirá a algunos de ellos para el desempeño de funciones públicas. Este nuevo electorado prestará su apoyo a aquellos que considere capaces de crear y conservar al mismo tiempo. Les admirará por negarse a hacer opciones simplistas. Les animará a fomentar el tipo de crecimiento que no se puede medir con números ni gráficos. Como adelantaba Burns en su modelo, los seguidores ayudarán a sus líderes a transformarse, unos líderes sensibles a la aparición de otras necesidades más elevadas.

Durante las elecciones presidenciales primarias de 1976, los comentaristas políticos observaron que tanto Jimmy Carter como Jerry Brown se dirigían al electorado considerado como «la protesta del centro», y que ambos parecían percibir la presencia de una tendencia inarticulada. En una ocasión, Brown afirmó: «Vamos a caminar al mismo tiempo a la derecha y a la izquierda»; y el *Los Angeles Times* le tildaba a un tiempo de pragmático e imaginativo, llamándole «nuestro gobernador liberal-moderador-conservador. Desgraciadamente, la aparente paradoja de las perspectivas tanto de Brown como de Carter recibió más ataques que apoyo, con lo que ambos acabaron por recurrir cada vez más a los resortes políticos habituales.

En su estudio sobre nuevos despertares culturales, William McLoughlin afirmaba que Carter estaba sujeto a demasiadas presiones contrapuestas como para poder emprender una reestructuración eficaz; el consenso debe alcanzarse primero al nivel de base. «Algunos aspectos de su visión del mundo pueden pertenecer realmente al nuevo consenso: su estilo informal, reconocer que Estados Unidos debe refrenar su poderío, su sentido de comunidad humana, su preocupación por la ecología, su reconocimiento de que "el modo de vida norteamericano" es algo culturalmente limitado y necesita someterse al juicio de determinados valores trascendentes. » Pero nuestros líderes políticos no han sido nunca profetas de ninguna nueva luz, considera McLoughlin. «Pueden implantarla, pero no crearla. » McLoughlin prevé que en cierto momento

futuro, no antes de los años noventa, surgirá un consenso que lanzará al liderazgo político a un presidente con una plataforma consagrada a una reestructuración desde la base. Será un reflejo de un nuevo sistema de creencias, con un mayor respeto por la naturaleza, por los demás, por la artesanía, y por el éxito medido en términos de amistad y de empatía, y no de dinero o status.

"La razón por la cual un despertar requiere una o varias generaciones es porque necesita crecer con los jóvenes; necesita escapar de los moldes antiguos de cultura. No merece la pena preguntarse quién es el profeta de ese despertar, ni buscar en la obra de los ilustrados los nuevos programas ideológicos. El proceso de revitalización está creciendo en tomo nuestro, en nuestros propios hijos, que son a la vez más inocentes y más sabios que sus padres y sus abuelos. Su mundo está aún por renacer".

El compromiso con el Centro Radical no es algo que pertenezca al día de mañana.

«Autodeterminación»

Como era de esperar, la participación ciudadana en la «política de transformación» resulta más evidente en California que en cualquier otro sitio, y hay una serie de parlamentarios que han participado en conferencias y en redes relacionadas con el tema de la conciencia. En 1976 una serie de parlamentarios, miembros del Congreso y ciudadanos diversos se unieron para formar una organización, «Autodeterminación», de ámbito nacional. Los fundadores de esta red «personal/política» invitaban a que otros se les unieran diciendo:

"Autodeterminación propone una alternativa práctica y eficaz frente al escepticismo: pretende cambiar los mitos más fundamentales en que se apoya nuestra vida, las ideas que tenemos sobre la naturaleza y su potencial, como medio para conseguir nuestro propio cambio y el de la sociedad...

Esta transformación está ya teniendo lugar en Estados Unidos. Hay muchas personas que han incorporado a sus vidas una visión positiva del propio ser y de la sociedad. Juzgamos de vital importancia

el darlo a conocer hoy en día públicamente. Estamos desarrollando una serie de principios de acción social y de cambio institucional basados en una visión confiada acerca de nuestra realidad y nuestras posibilidades como personas.

La vida es en gran medida una profecía que se cumple a sí misma. El individuo que se responsabiliza de su propia autoconciencia y de sus decisiones se vuelve lúcido, resistente y lleno de energía..."

Las redes no son grupos de presión ni se centran en temas particulares, sino que promueven la interacción entre personas e instituciones a fin de «dotarlas de poder». El psicólogo Carl Rogers afirmaba que «Autodeterminación» es algo significativo, «tanto si triunfa como si fracasa... Ha nacido un tipo de fuerza política completamente nuevo. Aun en el curso de su proceso, está centrado en la persona. No tiene al frente a una sola persona, no hay personalidades... No hay afán de poder».

El nuevo poder se manifiesta por el surgimiento de un nuevo tipo de persona, «que nunca antes se había dado, excepto tal vez en algunos escasos individuos». Este fenómeno es nuevo, decía Rogers. «Hemos tenido unos cuantos Thoreau, pero nunca cientos de miles de personas, jóvenes y viejos, dispuestos a obedecer a unas leyes y a desobedecer a otras fundados en su propio juicio moral personal. » Este nuevo tipo de gente se niega a ensalzar el orden por amor al orden. Obran de forma callada, sin alharacas, «abiertamente, pero sin actitudes desafiantes». Actúan en grupos pequeños, no jerarquizados, a fin de humanizar las instituciones desde el interior. Ignoran las normas que carecen de sentido, haciendo gala de lo que Rogers llama «un sentido aventurero propio de los tiempos de la reina Isabel, cuando todo era posible... Este tipo de personas que está surgiendo no están sedientos de poder ni de satisfacciones personales. Si buscan el poder, es por motivos diferentes a los puramente egoístas». Estas no son tendencias que deben asustar a nadie, antes bien son estimulantes, decía. «A pesar de las sombras del presente, puede que la cultura esté al borde de un gran salto evolutivo-revolucionario.»

John Vasconcellos, parlamentario del estado de California, natural de San José, fue uno de los instrumentos de la fundación de «Autodeterminación». Para muchos, no solamente en California sino en muchos otros sitios, se ha convertido en el representante prototípico de la

nueva figura de político. Aunque él sería el primero en advertir que no existe tal figura. «La política que hacemos es lo que somos», ha dicho muchas veces. La vida de cada cual fabrica la propia posición política, y todas son diferentes. Vasconcellos ha sido el responsable de un cuerpo impresionante de leyes en California, que pretenden humanizar la educación y la medicina, pero él se apresura a resaltar tanto los fallos y desilusiones como los éxitos de cada sesión legislativa. No hay en él nada de esa autocomplacencia que uno espera encontrar en los políticos. El paradigma que está surgiendo en relación con el poder y la política, resulta evidente en estas afirmaciones públicas de Vasconcellos:

“Podríamos cambiar mañana a todos los líderes políticos, y todas las normas e instituciones, pero si nosotros mismos no cambiamos, si seguimos llevando todos nuestros miedos, negaciones y autorepresiones en nuestros cuerpos y en nuestras mentes, nuestras vidas no serán diferentes.

El gobierno somos nosotros, y es tal como nosotros escogemos que sea. Elegimos a los dirigentes que nos parecen más cercanos a nuestros propios puntos de vista. Necesitamos preocuparnos de que nuestras instituciones, incluido el gobierno, estén ocupadas por quienes comparten nuestra lucha, nuestras ideas sobre la transformación humana”.

Hace doscientos años, el tema político principal en Estados Unidos era la libertad de todo vínculo político, de ser poseídos como nación por otra nación. Un siglo más tarde, la Guerra Civil luchó en favor de la libertad de todo vínculo físico. «En los últimos quince años hemos presenciado un tercer tipo de revolución: la liberación del propio cuerpo, de la propia mente, de los propios sentimientos. Hay millones de personas, al pie de la letra, que dicen: "Quiero ser quien soy, y quiero estar entero". »

A juicio de Vasconcellos, la que en un tiempo fue mayoría silenciosa ha aprendido algunas lecciones sobre el poder en las revueltas estudiantiles de los años sesenta:

"La verdadera acción política revolucionaria consiste en capacitar a alguien para que vea algo que antes no podía ver.

Hay un gran movimiento en marcha. Creo que es imparable.

Cuando sumamos a todos aquellos que en este país están intentando volverse más conscientes e íntegros, nos damos cuenta que hay millones de personas implicadas en esta nueva revolución. Y sin embargo, aún no ha aparecido una afirmación o una teoría lo suficientemente clara como para permitirnos comprender la importancia de este acontecimiento, y ayudarle en su camino".

En un seminario sobre salud holística, Vasconcellos incitó a los participantes a bajar en masa hasta Sacramento. «No vamos a seguir regalando nuestro poder», decía. «Nos movemos desde la mística y la experiencia. » Como prueba evidente de la existencia de conciencia en el Capitolio», citaba las líneas maestras de la nueva política educativa estatal, con su insistencia en el carácter único y en la potencialidad de cada niño, y en la importancia de la autoconciencia y la propia estimación. El estado ha financiado investigaciones sobre los diferentes modos perceptivos de los hemisferios cerebrales derecho e izquierdo y su relación con la educación, proyectos piloto para humanizar el desempeño del puesto de trabajo, y estudios sobre la viabilidad de residencias hospitalarias (centros humanos para el cuidado de enfermos terminales). Vasconcellos trajo a Sacramento al obstetra Frederick Leboyer, autor de *Nacimiento sin violencia*, a fin de ponerlo en contacto con los parlamentarios y urgir a éstos la necesidad de estudiar la introducción en el estado de unos métodos más adecuados de alumbramiento. Expuso también a Brown y a David Saxon, presidente de la Universidad de California, la necesidad de organizar una serie de seminarios en los nueve diferentes recintos de la universidad, para dirigir de algún modo la transformación de las ideas acerca del cuidado de la salud, el envejecimiento, la educación, la muerte, el nacimiento, y otros temas.

A requerimiento de Brown, interesado en saber algo más sobre la medicina holística, Vasconcellos se las compuso para ponerle en contacto con un grupo con el que poder hablar sobre el nuevo paradigma médico. Una docena de personas hablaron con Brown en su propio apartamento sobre las posibilidades del nuevo paradigma hasta altas horas de la madrugada. Más tarde, Brown distribuyó las invitaciones formales para un symposium estatal sobre las nuevas concepciones acerca de la medicina, que el propio Vasconcellos ayudó a organizar. La invitación al symposium, convocado bajo el título « ¿Quién es responsable del cuidado de la salud?», reflejaba la necesidad de desconcentrar el poder acumulado

por instituciones paternalistas y devolverlo a la comunidad:

"Necesitamos crear nuevos y mejores lugares de encuentro a fin de trabajar en estas cuestiones de vital importancia, foros interdisciplinarios en los que políticos, directores de fundaciones, representantes de asociaciones profesionales relacionadas con la salud, investigadores universitarios, filósofos, educadores, planificadores, burócratas y humanistas, puedan razonar en común y trabajar por hacer surgir, en medio de acuerdos y desacuerdos, una nueva política sanitaria más directamente relacionada con los valores y necesidades sociales cambiantes en la actualidad".

Vasconcellos fue el principal autor de un proyecto de ley que en 1979 propuso la creación de la Comisión Californiana para el Control del Crimen y la Prevención de la Violencia, encargada de estudiar y analizar las investigaciones relativas a las causas de la salud mental.

La conspiración dentro del gobierno

En toda burocracia, en cada rincón de cualquier gobierno, los seres humanos conspiran en favor del cambio. Un conspirador de Acuario perteneciente al gabinete ministerial del gobierno de los Estados Unidos ha organizado talleres de desarrollo humano para los miembros del staff, a fin de promover el cambio en su propio ministerio. Decía: «Si se quiere cambiar a las burocracias, primero hay que cambiar a los burócratas».

En abril de 1979, se reunieron representantes de los ministerios de Comercio, Energía e Interior de los Estados Unidos con directivos de la Asociación de Psicología Humanística para hablar de las implicaciones del cambio de valores y de los proyectos de cambio social, encuentro que fue alabado por el *Washington Post* como un esfuerzo de los burócratas por ensanchar su campo de visión.

Después de todo, el gobierno no es «ellos». En toda burocracia, hay muchos individuos con las alforjas repletas de ideas creativas y nuevos paradigmas, que sólo aguardan una administración responsable o el momento oportuno para llevarlas a la práctica. Un viejo funcionario del Instituto Nacional de Salud Mental decía: «Hay muchos de nosotros en la brecha». Se refería a una coalición informal de conspiradores pertenecientes a diversas instituciones y a equipos de miembros del

Congreso. Dentro del Ministerio de Educación, Salud y Bienestar, los innovadores han creado grupos críticos informales que comparten sus estrategias de inoculación de las nuevas ideas en el sistema, venciendo su resistencia, y se prestan mutuo apoyo moral.

Ideas que de otra forma serían consideradas «impensables» pueden, por el simple hecho de encajar en un programa de financiación federal, obtener el reconocimiento oficial. La máquina subvencionadora estatal crea las modas en ciertos campos de investigación. Los conspiradores-burócratas tratan de fomentar aquí y allá ese aura de legitimidad. El gobierno representa una fuente incalculablemente amplia de energía: personal, dinero, autoridad. La práctica del aikido político, la fuerza resultante de convertir la energía potencial del adversario en un elemento en beneficio propio, se extiende al uso de los fondos públicos, inclusive subvenciones militares, para investigaciones de orientación humanística y el desarrollo de proyectos piloto. Hay diversas estrategias para conseguir ese tipo de financiación. Unas veces se propone una alternativa atrayente, como puede ser un sistema de tratamiento médico más eficaz o más económico. A menudo el proyecto es formalmente ortodoxo, pero el diseño de la investigación incorpora discretamente aspectos atrevidos. Otras veces, al inicio del proyecto figura un funcionario conspirador simpatizante, que indica la forma cómo debe venir redactada la propuesta y qué es lo que cuenta con probabilidades de ser aprobado. En ocasiones, algún político, conspirador también él mismo, ejerce suavemente alguna presión para que la institución financie los programas propuestos.

Ha habido proyectos de investigación sobre meditación, biofeedback, fenómenos psíquicos y medicinas alternativas que se han financiado con fondos del Ministerio de Defensa. Un proyecto iniciado por Jay Matteson, consejero civil de la Armada de los Estados Unidos, es un ejemplo del uso sutil que puede llegar a hacerse de la energía y de la autoridad del gobierno. Su iniciativa venía precedida por un proyecto anterior que aparentemente había sido un fracaso. Varios años antes, el almirante Elmo Zumwalt, jefe de las operaciones navales de los Estados Unidos en aquella época, había propuesto un programa de «objetivos humanos» que se topó con una considerable resistencia por parte de los más antiguos en el servicio. En 1975, se propuso un programa semejante, rebautizado como Formación de Administradores y Directivos. Entre los asistentes figuraron los almirantes y el jefe del servicio de educación y formación naval, y todos respaldaron la idea de que los jefes de las

diversas compañías recibieran instrucción en el campo del comportamiento humano. En aquel momento, estaba en curso además un procedimiento disciplinario por supuestos malos tratos encubiertos a los reclutas.

En forma de un contrato sobre aprovechamiento de los recursos humanos autorizado por la Armada en San Diego, Jay Matteson intervino en la organización de un curso adecuado al objetivo pretendido. Matteson era consciente de que jamás podría conseguir introducir la enseñanza de la meditación en la Armada. Sabía que era también muy improbable conseguir que se aprobara la enseñanza de la técnica de «respuesta de relajación», adaptada de la Meditación Trascendental por el profesor de Harvard Herbert Benson. Después de todo, ¿a quién podía interesarle un militar relajado? Pero él estaba convencido de que esta técnica era el medio más efectivo para despertar la sensibilidad al comportamiento humano que la Armada quería tuvieran sus oficiales y la conciencia de sus derechos que pretendía inspirar en los reclutas. Matteson consiguió la aprobación de su curso con el título «Métodos dinámicos de enfrentamiento a las situaciones».

La distribución del tiempo era perfecta. El curso lo impartía con él otro especialista, y ambos trajeron también un entrenador de natación de Florida que habla usado esa técnica en el entrenamiento de un equipo universitario. La técnica meditativa, eliminada toda ideología, fue un éxito. Los informes de los jefes de la compañía fueron tan favorables, que el material empleado fue incorporado a unos manuales de instrucción escritos por Matteson y sus colegas. Desde entonces, el uso de estos manuales se ha extendido por todos los sectores militares. Ante el valor comprobado de las técnicas meditativas en la prevención y tratamiento del abuso de drogas, todos los programas básicos de formación deben hoy en día mencionar necesariamente a la relajación y la meditación como alternativas al uso de drogas. Todos los instructores tienen hoy acceso a cintas de video que enseñan el uso de la técnica de relajación. Matteson afirmó más tarde que la puntuación asignada a la aceptación de la meditación habla quedado por debajo de la real correspondiente, debido al creciente porcentaje de reclutas que llegaban ya familiarizados con la técnica.

"Al finalizar los programas, se observan cambios. Todo recluta recibe hoy en día veintidós horas de formación en aprovechamiento

de recursos humanos, incluidas clases prácticas... La dinámica de grupos permite expresar libremente los sentimientos. Los reclutas pueden decir ahora que es lo que no les gusta de la Armada.

También reciben un curso sobre «derechos y responsabilidades», en que les enseñan técnicas de resolución de problemas, de generalización, y otras semejantes. La Armada esta dispuesta a dedicar a ello más tiempo, con tal de desarrollar en ellos una serie de habilidades que les permita pensar por sí mismos en vez de actuar como robots. A medida que se avanzaba en el desarrollo de tales habilidades, hubo más gente a niveles mas elevados que comenzaron a querer participar en el programa.

Se les enseña a los reclutas la existencia de la Cédula de Reclamación Especial, un formulario de protesta, y se les recuerda que sus superiores tienen obligación de cursar sus quejas a la superioridad. De esa forma, el recluta descubre que tiene poder".

Es una forma de usar el poder para conferirlo a los demás.

El economista Stahrl Edmunds proponía en un artículo aparecido en *The Futurist* una serie de posibles escenarios para el futuro económico de los Estados Unidos, apuntando los resultados que probablemente se derivarían en el caso de seguir las pautas de otros diversos gobiernos como el de los romanos, los griegos, las sociedades medievales, las democracias industriales, el capitalismo soviético (esfuerzo del gobierno por controlar la economía por medio del gasto y los impuestos y ofreciendo finalmente «una obra original norteamericana», como alternativa más esperanzadora iluminada por los errores del pasado.

En este último escenario, el presidente norteamericano de los años noventa (antiguo miembro del movimiento juvenil de los años sesenta) defiende la ratificación de las nueve enmiendas a la

Constitución:

"Estas enmiendas contienen dos grandes méritos que las recomiendan por sí mismas: la facilidad del cambio y la desconcentración del poder. Como presidente que ha tenido a su disposición ingentes cantidades de poder, puedo decir que la tentación de retener el poder es muy grande. Pero la oportunidad de recuperar la autoridad sobre vuestras propias vidas se presenta rara vez en la historia. Así pues, aprovecharía, amigos míos, cogedla tal

como se os presenta, a pesar de todas vuestras reservas, no sea que la oportunidad se os escape para siempre".

En 1930, el partido del Congreso de la India desafió al protectorado británico, alzando la bandera de la independencia. Según crecía la tensión por todo el país, todo el mundo miraba a Gandhi esperando que lanzara una nueva campaña. Eknath Easwaran lo narra en las conmovedoras memorias que publicó con el título *Gandhi, el hombre*:

"Finalmente, después de semanas de deliberación, Gandhi encuentra la respuesta en un sueño. Era algo asombrosamente simple. El gobierno había dictado una ley que prohibía a los indios fabricar su propia sal, convirtiéndolos en dependientes del monopolio británico sobre este artículo, vitalmente necesario en un país tropical. Para Gandhi, éste era un símbolo perfecto de explotación colonial. Se propuso hacer una marcha con setenta y ocho de sus más fieles seguidores hasta la ciudad costera de Dandi, distante unas doscientas cuarenta millas, en la que podía cogerse libremente sal marina sobre la arena. Cuando él diera la señal, todo el mundo en la India había de actuar como si nunca se hubiesen aprobado las leyes sobre la sal en forma alguna.

... Fue una marcha épica, ribeteada por la atención del mundo - entero centrada en cada etapa del camino. . A su llegada a Dandi, veinticuatro días más tarde, su ejército no-violento se había elevado a varios millares de personas.

A lo largo de la noche de su llegada, Gandhi y sus seguidores rezaron para encontrar fuerzas conque poder resistirse a la violencia que fácilmente podría deslizarse en una multitud tan amplia. Luego, al amanecer, se acercaron calladamente hasta la orilla, y Gandhi, ante los miles de ojos que observaban cada uno de sus gestos, se inclinó y tomó entre sus dedos una pizca de sal de la arena.

La respuesta fue inmediata A todo lo largo de las costas de la India, inmensas multitudes de hombres, mujeres y niños corrieron al mar para coger sal, desobedeciendo directamente las leyes británicas. Esta sal era luego ofrecida de contrabando en las ciudades a precios bajísimos, a quienes no tenían otro medio de contravenir las leyes que comprarla. Todo el país supo que se había sacudido las cadenas, y a pesar de la brutalidad de la represión policial, la atmósfera era de

júbilo nacional".

Nadie puede garantizar a nadie su libertad. El acto de Gandhi, por simbólico e inspirador que fuese, sólo liberó a quienes tuvieron el valor de pasar a la acción por cuenta propia.

Lo mismo que la sal de las playas de la India, nuestro poder está ahí, al alcance de nuestra mano. Es libre, pertenece a la naturaleza. Con el gesto más simple, podemos reclamarlo. En la medida en que las normas y los precedentes estrangulen nuestra capacidad de llegar a ser nosotros mismos de forma total, cada uno de nosotros debe cometer su propio acto de desobediencia civil. Platón decía en algún lugar que la raza humana no podrá descansar de sus males hasta que los filósofos sean reyes o los reyes sean filósofos. Tal vez hay otra alternativa: el número creciente de gente que está asumiendo la dirección de sus propias vidas. Se están convirtiendo en su propio poder central. Como dice un proverbio escandinavo: «En cada uno de nosotros hay un rey. Háblale y aparecerá».

La nueva política surge de la nueva visión del mundo; nuevas relaciones de poder entre las personas, entre los ciudadanos y entre los individuos. Vamos cambiando a medida que vamos descubriendo lo que es real, lo que es justo, lo que es posible. Este es el «cambio de mentalidad» que hace tanto tiempo que esperábamos. «Comienza aquí, ahora, contigo mismo», decía John Platt en *Step* o *Man*. «Comienza aquí, en este lugar del entramado humano. No necesitas ser rico, ni influyente, ni brillante; aun los pescadores pueden volver el mundo del revés. Si ellos pueden, tú puedes... Todas las posibilidades evolutivas del futuro se contienen en el mundo en este instante. »

Individuos y grupos están traduciendo en acción sus descubrimientos interiores. En 1977 el premio Nobel de la Paz se concedió «a los hombres y mujeres corrientes»: al movimiento Gente de Paz de Irlanda del Norte y a Amnistía Internacional. «Nuestro mundo está corriendo hacia el desastre, decía Mairead Corrigan, de Gente de Paz, pero no es demasiado tarde para comprobar el poder del amor... » De California llegan noticias de nuevos grupos interesados en política: por ejemplo Groundswell, «asociación de gente procedente sobre todo del movimiento de desarrollo de la conciencia, que sienten que ha llegado la hora de unir fuerzas... para generar una acción social»; los miembros de un grupo de Sacramento se describen a sí mismos como «burócratas y

académicos que quieren unirse a la red política transpersonal de California» en la tarea de dar una nueva redacción a la constitución de ese Estado; y otro grupo llamado Caucus de la Nueva Era⁹ reclama «un gobierno descentralizado y responsable».

Activistas en solitario y reformistas francotiradores distribuidos por todo el país, tras haber descubierto su capacidad de investigar, de publicar, de reclamar y de entablar demanda judicial, aparecen en los noticieros vespertinos o en los periódicos dominicales. Los tribunales y parlamentos de todo el país subvierten las normas «paternalistas» de otros tiempos: la gente moribunda tiene derecho a morir, tienen derecho a que se les administren medicamentos letales; los diabéticos y las personas sujetas a dieta pueden obtener edulcorantes artificiales; y uno no tiene que abrocharse el cinturón de seguridad si no desea hacerlo. El obligarle a uno a hacer cosas en su propio beneficio, ya no es como era antes.

«La nueva política, caso de haberla, trasciende enteramente todas las viejas etiquetas», dice un conspirador de Acuario, co-fundador de una red dedicada a la prevención de la salud y de un centro de tratamiento de jóvenes con trastornos de comportamiento. «Es una perspectiva espiritual-biopsico-social, que tiene importantes implicaciones. »

Política espiritual, corporal, mental, social... La nueva conciencia política tiene poco que ver con partidos o ideologías. Sus elementos no vienen dados en bloques. Si la persona no otorga su poder, éste no puede ser usado en su nombre. El viejo slogan *El poder para el pueblo* se convierte en una sorprendente realidad no por obra de ninguna protesta ni revolución, sino en virtud de la propia autonomía. Uno tras otro, tras otro.

1. En inglés se usa también la palabra *power* (poder) como sinónimo de energía o corriente eléctrica. (*N. del T.*)

2. Los ocho senderos son: Recta Creencia, Recta Intención, Recto Discurso, Recta Acción, Recta Subsistencia, Recto Empeño, Recta Atención y Recta Concentración.

3. Las federaciones de grupos antinucleares han adaptado las ideas de Gandhi a su propia causa. Quienes desean formar parte de sus manifestaciones deben pasar por un seminario de un fin de semana de

entrenamiento en acción política no violenta, y luego son asignados a pequeños «grupos afines». Estos grupos, que se componen normalmente de cinco hombres y cinco mujeres, pueden crear libremente su propia forma de protesta dentro del movimiento de manifestación más amplio.

La *satyagraha* supone estar abiertos a la verdad en cualquier forma que ésta pueda aparecer. Un folleto de la Alianza para la Supervivencia señala que «la verdad y el sentido de la justicia residen en cada persona. Nosotros no somos la encarnación del bien en tanto que los directivos de las compañías de gas y la electricidad son la encarnación del mal. En nosotros hay injusticia, y en ellos también hay justicia».

Toda acción debe estar libre de cualquier intento de humillar, injuriar o subyugar, advierte el panfleto.

"Ese tipo de acciones sólo sirven para endurecer las posiciones y justificar la de quienes se oponen a la nuestra. Esa es la razón por la que los no violentos aceptan sufrir y ser tratados con dureza. Al obrar así, abrimos e corazon del adversario y removemos la conciencia de los indiferentes". El objetivo más que ganar es luchar contra la energía nuclear. «Nuestro objetivo debe ser la completa revolución cultural. Debemos pues tener cuidado de no sacrificar lo que creemos puede ayudar a paralizar la energía nuclear. El espíritu de la no-violencia debe reflejarse en folletos, entrevistas, en el tono y lenguaje de las publicaciones, en las relaciones con altos cargos, en el curso de reuniones, en las relaciones interpersonales. «Cualquier señal de desconfianza o de desprecio debilita nuestro propósito. El saludo con el puño cerrado, los cantos obscenos o casi obscenos, o las diatribas retóricas en contra del gobierno: ¿acaso todos estos no son más que signos de nuestra propia frustración e impotencia? Los que son fuertes de corazón no tienen necesidad de otra cosa más que del amor.»

4. The Chicago Eight designa a ocho de los principales activistas de los años sesenta que fueron procesados y juzgados de forma resonante en esa ciudad (*N. del T.*)

5. El Peace Corps y VISTA surgieron a iniciativa de la Administración Demócrata americana, bajo la presidencia de Kennedy y Johnson respectivamente, como instituciones de ayuda civil de carácter oficial.

El Peace Corps, de ámbito internacional, pretendía ofrecer ayuda

profesional fundamentalmente técnica a los países en vías de desarrollo; y VISTA era una organización paralela, pero orientada a la ayuda a las minorías marginadas del interior del propio país.

Ambas organizaciones supusieron durante algún tiempo una ilusión y un atractivo para la nueva juventud que estaba despuntando en Estados Unidos. Ambas han seguido existiendo después, pero ya desprovistas de ese halo que rodeó su nacimiento. (N. del T.)

6. En el original, *the SPIN has a spin-off*. Juego de palabras, intraducible como tal. (N. del T.)

7. Según Hine, la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas «han fracasado porque fueron construidas de acuerdo con el mismo modelo de organización social que estaban llamadas a supervisar: el estado-nación». Sus creadores fueron incapaces de saltar por encima del prejuicio cultural de que toda organización debe ser burocrática. Los antropólogos han detectado un paralelismo entre las redes al servicio de la transformación social y el entramado supranacional de grandes compañías que está surgiendo. Otro antropólogo, Alvin Wolf, había expresado la opinión de que esta nueva red económica trasciende a las naciones-estado. No sin ironía, podría resultar más útil para eliminar la guerra que todos los esfuerzos directos por conservar la paz realizados en la historia.

8. Los cuáqueros, o «Sociedad de Amigos», derivan su nombre de la palabra inglesa *quake*, sacudir, temblar. Llegaron a América en el siglo diecisiete, acaudillados por el ex almirante inglés William Penn, a quien el propio rey habla cedido un territorio en América, la actual Pennsylvania, "el bosque de Penn" en pago de deudas de la Corona frente al propio Penn y su familia. Así lo habla solicitado Penn, con la idea de emigrar allí con toda la comunidad cuáquera y cuantos hombres libres quisieran acompañarles, con la sola condición de «practicar su propia religión». La comunidad cuáquera es esencialmente antijerárquica y muy respetuosa individualmente en lo espiritual. Sus únicos rituales son las «reuniones de amigos», y su único principio, el silencio, a la escucha de la manifestación de la «luz interior», del Espíritu, podríamos decir, en forma de raptos, con temblores y sacudidas corporales (de aquí el nombre), exclamaciones, etc. Esta actitud de escucha interior y sus manifestaciones energéticas son muy similares a las que tienen lugar en algunas de las modernas

psicotécnicas, o «terapias», como bioenergética, meditación dinámica, etc. (N. del T.)

9. *Caucus*: nombre que reciben en EE.UU. las asambleas de los dirigentes y miembros de los partidos políticos, en las que deciden las tácticas a seguir con vistas a las elecciones. (N. del T.)

VIII. CURARSE A SÍ MISMO

Salud perfecta y despertar son una misma cosa.
THARTANG TULKU

Algo que estábamos disimulando nos había hecho débiles.
Hasta que descubrimos que éramos nosotros mismos.
ROBERT FROST

La esperanza de una auténtica transformación social no necesita apoyarse en evidencias puramente circunstanciales. Hay un campo de primerísima importancia, el cuidado de la salud, que ha comenzado ya a experimentar un cambio drástico. La inminente transformación de la medicina en un escaparate en que puede verse reflejada la transformación de todas nuestras restantes instituciones.

Aquí puede observarse lo que sucede cuando los consumidores comienzan a cuestionar la legitimidad de una institución autoritaria. Vemos surgir individuos que cuidan por sí mismos de su salud, vemos transformarse la profesión partiendo de sus primeras figuras, el influjo de los nuevos modelos científicos, y el modo cómo el cambio se extiende a amplia escala geográfica por obra de las redes descentralizadas.

Podemos también apreciar aquí la fuerza de una minoría mentalizada para acelerar el cambio de paradigma, el poder de los medios de información y de las comunicaciones informales para modificar la imagen y las expectativas que tenemos con respecto a la salud, la mayor eficacia del «aikido político» frente al enfrentamiento y la retórica, la utilización de fuentes de poder antes inexploradas, el potencial de las psico-técnicas, y un nuevo aprecio por la intuición, los lazos humanos y la escucha interior.

La autonomía, tan evidente en los movimientos sociales, está también golpeando duramente a las viejas concepciones sobre la medicina. La búsqueda de sí mismo se ha convertido en una búsqueda de la salud, de la totalidad: en una búsqueda de ese depósito de sabiduría y salud mental que hasta ahora parecía escapar del alcance de nuestra conciencia. Si aprendemos a responder al mensaje oculto en el dolor y en la enfermedad, la necesidad de adaptación, podemos alcanzar un nuevo nivel de bienestar.

A pesar de su bien ganada fama de conservadurismo, la medicina occidental está experimentando una revitalización sorprendente. Pacientes y profesionales están comenzando a buscar el contexto de la enfermedad más allá de los síntomas: en las tensiones, en la sociedad, en la familia, en la dieta alimenticia, los ciclos biológicos, las emociones. Así como el surgimiento de un nuevo electorado con unas líneas definidas provoca una nueva política, así también las nuevas necesidades de los pacientes pueden hacer cambiar el ejercicio de la medicina. Los hospitales, en otro tiempo bastiones de una estéril eficacia, se esfuerzan hoy en día por rodear de un entorno más humano el nacimiento y el fallecimiento de las personas, y tratan de flexibilizar más sus reglamentos. Las escuelas de medicina, agarrotadas en un frío academicismo desde tiempo atrás, están tratando de atraer a estudiantes más creativos y preocupados por la gente. Empujados por una auténtica avalancha de investigaciones sobre la psicología de la enfermedad, quienes en otro tiempo identificaban el ejercicio de la medicina con la separación entre el cuerpo y la mente, intentan hoy recomponer su unidad por todos los medios.

Nadie podía pensar lo vulnerable que era el antiguo sistema médico. En unos pocos años, sin que haya habido que disparar un solo tiro, el concepto de salud holística ha sido reconocido oficialmente por programas estatales y federales, ha recibido el respaldo de los políticos, ha sido recomendado y garantizado por las compañías de seguros, aceptado en cuanto a su terminología (si no siempre en la práctica) por muchos médicos, y adoptado por los estudiantes de medicina en general. La gente aspira a una «salud holística», han surgido multitud de nuevos complejos sanitarios que la ofrecen, y muchos grupos de médicos buscan personas que sepan exponer sus principios.

La medicina norteamericana, tras tornarse el pulso a sí misma, ha

proclamado su propia necesidad de reforma, la necesidad de preocuparse por los valores, la ética y las relaciones humanas. La mayoría de los médicos, por ejemplo, han adquirido poca o ninguna preparación para enfrentarse al hecho de la muerte, no sólo para saber aconsejar a los pacientes y a sus familiares, sino para saber manejar sus propios sentimientos de miedo y de fracaso.

Cada vez aparecen más artículos sobre el contexto humano de la medicina en las publicaciones médicas profesionales. Un antiguo editor del *Journal of the American Medical Association* describía su propia manera de recurrir al tacto físico con los pacientes, dándoles una palmadita en la espalda o un caluroso apretón de manos. Decía que los médicos modernos saben tal vez escuchar los diferentes órganos de la gente mejor que los mejores médicos de otros tiempos, pero éstos sabían escuchar mejor a la *gente*. «Me sospecho que nuestra sensibilidad diagnóstica sufrió algún tipo de atrofia el día que sustituimos la observación subjetiva por los datos objetivos de laboratorio. » Un editorial de otra publicación médica expresaba su interés por esa serie de «conocimientos imponderables» que deben poseer los nuevos doctores: la capacidad de reconocer los aspectos psicológicos, sociales y espirituales de la enfermedad.

La medicina yo-tú

Parece que hemos atravesado un período de asepsia en la «ciencia» médica, y que ahora estamos recobrando su lado cordial. Los mismos médicos hablan y escriben de la dimensión perdida en el arte de curar. Un editorial aparecido en la revista *American Medical News* ponía de relieve la crisis de las relaciones humanas en la medicina:

"La compasión y la intuición han quedado eliminadas... Los médicos deben reconocer que la medicina no es su propio campo acotado, sino que todo el mundo tiene en él un puesto vital... Va a ser necesaria una gran amplitud de visión por parte de la clase médica para corregir uno de sus mayores fallos: la sensación que dan a los pacientes de no corresponder a su amor".

Un artículo publicado en una revista para dentistas citaba a Teilhard: «El amor es el aspecto interno, emocionalmente aprehensivo de la

afinidad que atrae y une entre sí a los elementos de este mundo... El amor es, realmente, el autor de la síntesis universal».

En *Modern Medicine*, un doctor constataba amargamente, hablando de la omisión de todo contacto manual, que quienes regentan un bar hacen sentirse mejor a sus clientes, «en tanto que nosotros los médicos les hacemos sentirse peor». Se ha dejado el calor y la dulzura para otros terapeutas, muchos de ellos ajenos al campo de la medicina propiamente tal. «Los médicos se han quedado reducidos a sus cuestionarios diagnósticos y a sus recetas, con los que su 'arte' se ha ido haciendo cada vez más automático, científico, profesionalizado e impersonal. »

Un cirujano hace una aguda descripción de la visita del médico del Dalai Lama a un hospital norteamericano. El médico tibetano tomó el pulso a un paciente para efectuar su diagnóstico:

"Durante la media hora siguiente permaneció así, como un pájaro exótico con sus alas doradas plegadas, suspendido sobre el paciente, sintiendo bajo sus dedos el pulso de la mujer, acunando suavemente su mano con la suya. Toda la energía de este hombre parecía estar concentrada con ese único objeto... Y yo sé que yo mismo, que he cogido el pulso cientos de miles de veces, no lo he sentido ni una sola vez".

El tibetano, añade, diagnosticó con toda precisión un tipo específico de malformación congénita cardíaca sin otra base que haber cogido el pulso.

William Steiger, jefe del departamento de medicina general de un hospital de Virginia, definía la empatía, ante un grupo de médicos, como la relación *yo-tú* de la que habla Martin Buber, y los exámenes y pruebas objetivos, por necesarios que sean, como una relación *yo-ello*. Steiger citaba la afirmación de Buber de que «todo conocimiento es una autopsia practicada sobre el cadáver de la realidad viva». Cuando contamos algo, se nos escapa. «El *yo-ello* es un monólogo, el *yo-tú* es un diálogo. Ambos son complementarios. » Ante la persistencia de un problema médico, normalmente el médico insiste en el *yo-ello*, pidiendo nuevas pruebas de laboratorio, cuando lo que realmente se necesita en ese momento es una comprensión humana más profunda, más *yo-tú*.

«La actitud terapéutica debería ser: "¿De qué forma puedo ayudar?". Debíamos ofrecer nuestro auxilio y nuestro calor *antes* de prescribir

receta alguna. »

La crisis de la atención médica

Un cambio tan rápido no habría podido desencadenarse basándose en tacto ni por efecto de conspiración alguna, de no haber estado la medicina hundida en la crisis por todos lados: crisis económica, crisis de resultados, crisis de credibilidad.

A modo de envoltura de papel de plata de un regalo decepcionante, la brillante tecnología médica ha conseguido espléndidos resultados en el tratamiento de determinados problemas agudos, como es el caso de las vacunas y ciertos procedimientos quirúrgicos sofisticados, pero su fracaso en el tratamiento de las enfermedades crónicas y degenerativas ha inducido a los propios médicos y al público en general a mirar en otras direcciones.

La medicina se ha enajenado nuestra simpatía a causa de lo elevado de sus costes, que escapan a las posibilidades de todos cuantos no son ricos o están debidamente asegurados; a causa también de su especialización, de la frialdad cuantificadora de sus enfoques, que dejan de lado los aspectos humanos, y a causa de la desesperación de haber tenido que gastar grandes sumas de dinero sin haber por ello recobrado la salud.

La atención médica (incluyendo los seguros médicos) es hoy en día la tercera industria en volumen de negocios en los Estados Unidos; los costes médicos rondan el 9 por ciento del producto nacional bruto. Los presupuestos federales dedicados al cuidado de la salud superan los cincuenta mil millones de dólares. Hay hospitales, cercanos uno del otro, que duplican innecesariamente equipamientos costosísimos, los médicos suelen ordenar sin necesidad pruebas de laboratorio para precaverse de toda posible reclamación judicial por negligencia en el desempeño de su función («medicina defensiva»). Incluso una simple consulta supone para cualquier persona con ingresos medios un gasto considerable. Los costos incontrolados, especialmente gastos hospitalarios, han hecho legalmente inviable toda especie de planificación sanitaria en el ámbito nacional.

Incluso aquellos para quienes el costo no representa un problema, puede ser que no estén comprando otra cosa que fracasos tecnológicos. Un estudio realizado en Gran Bretaña sobre trescientos cincuenta pacientes de enfermedades coronarias elegidos al azar, por ejemplo, llegó

a la conclusión de que la tasa de mortalidad de quienes son internados en unidades de vigilancia intensiva era superior a la de quienes seguían su convalecencia en su propia casa. Hace poco, un portavoz federal se refería a la así llamada guerra contra el cáncer, considerándola como un «Vietnam médico». Ni los miles de millones gastados, ni las ofensivas tecnológicas han conseguido gran cosa. La tasa de mortalidad no ha cambiado significativamente en los últimos veinticinco años en los tipos de cáncer más extendidos, a pesar de los avances en educación pública, de los nuevos medicamentos, y de las nuevas técnicas de radioterapia y quirúrgicas más perfeccionadas que han aparecido. Se estima que no menos de un millón de las admisiones hospitalarias anuales se deben a algún tipo de reacción a la medicación, y que las enfermedades debidas a efectos secundarios de los tratamientos prescritos vienen a suponer un costo suplementario aproximado de unos ocho mil millones de dólares, que hay que añadir a la factura sanitaria total del país.

Surgen nuevas y brillantes técnicas quirúrgicas, que son aceptadas como si fueran modas intelectuales. Millares de personas se han sometido a operaciones de empalme de las vías coronarias, antes de que otros estudios más tardíos demostrasen que la mayoría de los candidatos obtenían los mismos beneficios de la medicación que de esa costosa y peligrosa técnica quirúrgica. Donde el sueño tecnológico muestra más a las claras su patología es en la búsqueda infructuosa que durante más de cien años hemos estado realizando, con la esperanza de encontrar un calmante realmente eficaz y no adictivo.

Uno de los principales problemas médicos de nuestra época son las enfermedades *iatrogénicas*. Literalmente significa «causadas por el médico». La enfermedad iatrogénica puede provenir de complicaciones quirúrgicas, de medicaciones erróneas, o puede surgir como efecto secundario de otros tratamientos, o a consecuencia del efecto debilitante que produce la hospitalización.

No hace mucho tiempo, cuando el médico representaba la cumbre del *status* social y de la dedicación humanitaria, las madres hablaban con orgullo de «mi hijo, el doctor». Hoy en día, ¡pobres médicos! : tienen una probabilidad entre treinta y cien veces mayor que la población en general de caer en la drogadicción. Tienen mayores probabilidades de sufrir de enfermedades coronarias. Y también de convertirse en alcohólicos: según encuestas de organizaciones profesionales, se estima que un 5 o un 6 por ciento del total de los médicos está incapacitado, debido a trastornos

emocionales, entre los cuales se incluye el alcoholismo. Asimismo son demandados judicialmente y se suicidan con mayor frecuencia que la generalidad.

Una encuesta realizada recientemente por Gallup puso de manifiesto que el 44 por ciento de la gente *no* cree que los médicos tengan «una ética y una honestidad elevadas»; un auténtico golpe bajo para una profesión que había sido objeto de veneración durante tanto tiempo. «Golpe asestado a los médicos», rezaban los titulares de una publicación médica; el artículo señalaba que de quince médicos que habían concursado a un puesto oficial en 1976, trece habían sido desechados. Otros médicos comentaban en publicaciones profesionales que las demandas judiciales por negligencia en el ejercicio de la profesión médica parecen ser reflejo del desencanto o la hostilidad sentida por los pacientes, y que los doctores que mantienen buenas relaciones con sus pacientes son más raramente llevados a juicio, sean cuales sean los resultados. Una subcomisión del Senado informaba del creciente desencanto de la gente en general con respecto al tema de la atención médica:

"El problema de la deshumanización de la atención médica preocupa cada vez más a los profesionales de la salud... La medicina está a medio camino entre lo humanitario y lo tecnológico, pero en las últimas décadas se ha descuidado tanto lo primero en términos relativos, que la medicina corre peligro de perder buena parte de su relevancia. El Comité considera como prioridad sanitaria nacional la necesidad de que el personal sanitario en todos los niveles sea capaz de dispensar sus cuidados de un modo humanístico".

Retrospectivamente, y a la luz de descubrimientos científicos recientes, podemos señalar algunos de los trágicos errores de la medicina del siglo veinte que, como cabría esperar, son los mismos de que están plagadas nuestras restantes instituciones sociales. Hemos sobre estimado los beneficios de la tecnología y la manipulación externa, y hemos subestimado la importancia de las relaciones humanas y la complejidad de la naturaleza.

El nuevo paradigma de la salud

El nuevo paradigma de la salud y la medicina supone un ensanchamiento del antiguo, al incorporar los brillantes avances de la tecnología, rehabilitando al mismo tiempo antiguas intuiciones sobre la mente y sobre la relación entre diversos aspectos. El nuevo paradigma consigue explicar muchos fenómenos hasta ahora enigmáticos. Su coherencia y su poder de predicción son superiores a los del antiguo modelo. Añade a la prosa de la ciencia cotidiana el fuego y la poesía de la ciencia inspirada.

El adjetivo «holístico» cuando se lo emplea con propiedad, indica un enfoque cualitativamente diferente, basado en el respeto a la interacción entre la mente, el cuerpo y el entorno. Yendo más allá del tratamiento alopático de las enfermedades y los síntomas, pretende corregir la desarmonía subyacente, causa del problema. El enfoque holístico puede incluir una diversidad de instrumentos y tratamientos diagnósticos, algunos ortodoxos, otros no. He aquí una comparación muy simplificada de ambos enfoques:

Puede observarse el paralelismo existente entre las concepciones del nuevo paradigma y los descubrimientos científicos expuestos en el capítulo 6: los sistemas dinámicos, la transformación del estrés; el continuo cuerpo-mente; el nuevo aprecio de los elementos cualitativos y no sólo de los cuantitativos.

La matriz de la salud

Edward Carpenter condenaba a los teóricos de la medicina de nuestra época por su tendencia a centrarse exclusivamente sobre la enfermedad. Deberían intentar, más bien, comprender lo que es la salud, decía. La salud es una armonía que todo lo gobierna, de un modo semejante a como la luna gobierna las mareas. Tan imposible es lograr que un cuerpo sane por medio de puras manipulaciones externas, como conseguir gobernar el flujo y reflujo de las mareas por medio de un «sistema organizado de esponjas». El mayor de los esfuerzos exteriores no consigue realizar «lo que nuestra energía central sabe hacer con facilidad, y con una gracia infalible y providencial». El bienestar no puede ser administrado por vía intravenosa, ni ingerirse a cucharadas de acuerdo con la prescripción facultativa. El bienestar nace de una matriz: el cuerpo-mente. Es un reflejo de la armonía somática y psicológica. Como decía un anatomólogo: «El sanador que reside en nuestro interior es la entidad más sabia y más complejamente integrada de cuantas existen en el universo». Hoy en día sabemos que, en un sentido, siempre hay un médico en casa.

"La salud holística no puede recetarse", decía un médico. Nace de una actitud: de la aceptación de las incertidumbres de la vida, de la voluntad de responsabilizarse de los propios hábitos, de la manera de percibir y manejar las tensiones, de unas relaciones humanas más satisfactorias, de la sensación de tener un objetivo en la vida.

Una forma de honrar esa matriz invisible de la salud es ir dejando de sentirnos incómodos frente a ella. A medida que la ciencia amplía su marco de pensamiento, y va consiguiendo fronteras más vastas, los viejos enigmas comienzan a encontrar un sentido. Aunque no sabemos *de qué forma* las creencias y las expectativas afectan a la salud, sabemos claramente que es así. Hace doscientos años, la Academia Francesa expulsó a Mesmer de su seno, declarando que la hipnosis era un fraude, «solamente imaginación». Y un miembro contestatario apostillaba: «Si eso es así, ¡qué cosa más maravillosa debe ser la imaginación!».

Después de haber intentado durante décadas «explicar» un misterio invocando otro misterio, la ciencia médica se encuentra hoy insoslayablemente enfrentada al hecho del influjo inevitable y decisivo que ejercen las expectativas de los pacientes. El «efecto placebo» abarca hoy en día mucho más que las sustancias inactivas (píldoras de azúcar, inyecciones de agua salada) administradas a pacientes particularmente

difíciles. La fama del doctor, o del centro médico, la actitud del equipo hospitalario, el halo de un determinado tratamiento, cualquiera de estas cosas puede contribuir a la curación, al venir a colorear positivamente las expectativas del paciente. Hay también un «efecto nocebo», lo contrario del placebo. Dos tercios de entre los sujetos a quienes en una experiencia de laboratorio se habla administrado una sustancia inactiva diciéndoles que les produciría dolor de cabeza, tuvieron efectivamente dolor de cabeza.

El placebo activa una capacidad permanente de la mente. Como dijimos más arriba, las investigaciones han demostrado que el alivio del dolor que proporciona el placebo parece deberse a la liberación por el cerebro de un analgésico natural. Sin embargo, la mayoría de los médicos y las enfermeras siguen considerando el placebo como un truco que funciona en gente cuyos sufrimientos no son «reales», malentendido que descansa en un concepto ingenuo de la realidad y en la ignorancia del papel que juega la mente como creadora de experiencias.

Las creencias del médico o sanador pueden también influir en la eficacia del tratamiento. En una serie de experimentos que describe Jerome Frank, una autoridad en el estudio del efecto placebo, se administró a diversos pacientes alternativamente un calmante, un placebo y morfina. Cuando los *doctores* creían haber administrado morfina, ¡el placebo resultó ser dos veces más efectivo que cuando pensaban haber recetado un calmante suave! En otro estudio semejante, se administró a una serie de pacientes psicóticos ya un calmante suave, un tranquilizante anérgico, o bien un placebo. Los efectos del placebo fueron también mucho mayores cuando los médicos creían haberles dado el medicamento fuerte que cuando pensaban haberles dado el suave.

Rick Ingrasci, médico y co-fundador de la red Interface en la zona de Boston, afirma que el efecto placebo representa una prueba espectacular de que *toda* curación es en esencia una auto-curación:

"Según nos demuestra nítidamente el efecto placebo, el cambio de nuestras expectativas y de nuestras convicciones fundamentales puede afectar profundamente a nuestra experiencia de la salud y del bienestar. La curación resulta directamente de percibirnos como una totalidad... al restablecerse nuestra sensación de estar en una relación equilibrada con el universo, a través de un *cambio de mentalidad*, de la transformación sufrida por nuestras actitudes, valores y creencias".

Ingrasci afirmaba que sus experiencias con los pacientes le habían convencido de que, una vez liberadas las actitudes mentales negativas, la curación sucede de forma automática. «Es como si hubiese una fuerza vital o un principio ordenador dispuesto a restablecer el estado natural de salud y totalidad, con sólo conseguir zafarnos de la barrera que suponen las expectativas negativas. Si conseguimos relajarnos, aunque sea por poco tiempo, las expectativas positivas pueden inducir efectos positivos. «Al principio, necesitamos traspasar las barreras psicológicas, escepticismo, desconfianza, miedo, que nos impiden incluso intentarlo... Los efectos a largo plazo pueden revelarse auténticamente transformadores desde el punto de vista personal y social. »

La atención: medio de cambiar la matriz de la enfermedad

Los promotores de la salud holística gustan de señalar que la enfermedad, el malestar, es una falta de armonía, de bienestar. Claramente, es más importante enseñar a la gente a cambiar la matriz de sus enfermedades, las tensiones, los conflictos, o las preocupaciones que las acarrearán, que no engañarlos con placebos.

El papel que juega en la curación la alteración de la conciencia puede que sea el descubrimiento más importante de la ciencia médica moderna. Consideremos, por ejemplo, la extraordinaria variedad de enfermedades susceptibles de ser tratadas por medio de biofeedback: presión sanguínea alta, ataques, úlceras, impotencia, incontinencia de esfínteres, zumbido de oídos, parálisis consiguientes a ataques, dolores de cabeza debidos a tensión, artritis, arritmias cardíacas, hemorroides, diabetes, parálisis cerebral, rechinar de dientes.

La clave está en la atención. Hace varios años, investigaciones realizadas en el seno de la Fundación Menninger informaban que los pacientes eran capaces de interrumpir los dolores de cabeza elevando la temperatura de sus manos. Sugerían la hipótesis de que el volumen sanguíneo sustraído de la cabeza para aumentar la temperatura de las manos podría aliviar la congestión arterial origen del dolor. El manejo de la temperatura por medio de biofeedback se convirtió enseguida en un método popular de combatir favorablemente la jaqueca. Pero pronto los dispensadores del biofeedback se apercibieron que algunos pacientes podían también interrumpir su jaqueca *bajando* la temperatura de sus

manos, o bajándola unas veces y aumentándola otras.

Más que un simple cambio físico, la clave de la salud reside en el estado mental. A ese estado se le han dado diversos nombres: "reposo vigilante", «volición pasiva», «dejarse ir deliberado». Como hielo que se derrite libremente al llegar la primavera, las tensiones acumuladas parecen fundirse al calor de esta forma paradójica de atención, restableciendo el flujo natural en el remolino del cuerpo-mente.

No podemos esquivar el estrés. Las noticias, el ruido, las tensiones, los embotellamientos, los conflictos personales y la competitividad vienen a añadirse a las enfermedades relacionadas con el estrés, que son la plaga del siglo veinte. Pero, ¿es el estrés el culpable? Tal vez sufrimos de enfermedades como un medio de evitar el cambio. Nuestra vulnerabilidad frente al estrés parece deberse más a la interpretación que hacemos de los acontecimientos que a su propia gravedad. La célebre observación de F. D. Roosevelt, «A lo único que tenemos que temer es al mismo miedo», se aplica también al cuerpo-mente. Kenneth Pelletier, psicólogo de la escuela de medicina de la universidad de California en San Francisco, y que en los últimos diez años se ha dedicado principalmente a enseñar a la gente a afrontar el estrés, señala que el cuerpo entiende en sentido literal, y no puede distinguir entre una amenaza «real» y otra puramente imaginaria. Las preocupaciones y las expectativas negativas se traducen en enfermedades físicas, porque el cuerpo se siente en peligro, aunque la amenaza sólo exista en la imaginación.

Podemos arreglárnoslas de forma natural con el estrés a corto plazo, debido a la reacción corporal de descanso y renovación, conocida como reacción parasimpática. Pero el estrés a largo plazo, resultado de la acumulación sucesiva de circunstancias que tensionan propia de la vida moderna, se cobra su tributo debido a la falta de oportunidad para reponerse en medio de la serie consecutiva de tensiones. Pelletier, en un estudio realizado sobre meditadores en situación de laboratorio, encontró en éstos la capacidad, no sólo de producir respuestas altamente integradas, sino de hacer entrar su propio cuerpo en una fase parasimpática. «Los yoguis han aprendido a liberarse de esos niveles excesivos de actividad neurofisiológica autogeneradora de tensiones, por el simple procedimiento de tranquilizarse a sí mismos.» La mayoría de nosotros sufre de lo que él llamaba «un ciclo destructivo acumulativo. El secreto consiste en prestar atención, en revestir de atención la propia vida». Cuando se presta atención a la tensión en un estado relajado, ésta se

transforma. La meditación, el biofeedback, las técnicas de relajación, correr, escuchar música..., todas estas cosas pueden facilitar la puesta en marcha de la fase de recuperación corporal.

Negarse a reconocer las tensiones equivale a pagarlas por partida doble; no sólo no nos libramos de la alarma, sino que ésta se instala en nuestro cuerpo. Así lo demostró de forma evidente una experiencia de laboratorio. La amenaza de una dolorosa descarga eléctrica inminente produjo respuestas corporales sorprendentemente distintas en los sujetos, dependiendo de si habían decidido afrontarla, o bien evitar pensar en ella. Los que la afrontaban, intentaban comprender la situación. Dirigían su atención de forma activa al shock inminente, y deseaban superarlo; pensaban en lo que estaba sucediendo en el laboratorio, o bien fijaban la atención en sus propios cuerpos. Por el contrario, quienes deseaban evitarla, echaban mano de un montón de estrategias para intentar distraerse. Trataban de pensar en cosas tranquilizadoras, de fuera del laboratorio, o bien se dedicaban a fantasear. Mientras que quienes afrontaban la descarga sentían que podían hacer algo para aliviar la tensión de la situación, aunque no fuera más que prepararse para ella, quienes pretendían evitarla tendían a sentirse indefensos e intentaban escapar negando la situación. En los primeros, la actividad muscular aumentaba, lo que constituye una respuesta fisiológica adecuada. En los segundos, el ritmo cardíaco era notablemente más rápido, lo que indica que la tensión reprimida se había remitido a un nivel más patológico.

La negación de la tensión puede conducirnos a la tumba. La mente no sólo cuenta con estrategias para «emparedar» los conflictos psicológicos, sino que puede también negar la enfermedad surgida por haberse negado a reconocer las propias tensiones. El efecto patológico de ese rechazo a enfrentarse con los hechos se puso de relieve de forma patente en un estudio sobre el cáncer realizado en la universidad de Texas. Los pacientes que habían mostrado un mayor rechazo a responder a preguntas sobre su enfermedad, mostraron una mayor probabilidad de ofrecer un pronóstico negativo en el seguimiento efectuado dos meses más tarde.

Los conflictos que no han sido afrontados conscientemente pueden hacer su aparición como daño físico en formas tan variadas como personas hay. Una conspiradora de Acuario, que había trabajado en un establecimiento médico, expresaba su convencimiento de que a los enfermos no se les debería decir: «Va usted a volver a ser el de antes».

"Con mucha frecuencia, no quieren volver a ser como eran, ni seguir haciendo lo que hacían. Mi nuera, que tuvo hace poco un ataque, confesó que no se había reconocido a sí misma su deseo de cambiar de vida. De modo que el ataque se encargó de hacerlo por ella.

Conozco también a un hombre que llevaba un negocio de coches con un hermano suyo muy perezoso. Cargaba de hecho con todo el peso del trabajo sin decir una palabra. Cuando le vino el ataque, su hermano tuvo que encargarse de todo. Más tarde dijo que estaba *contento* de haber tenido el ataque".

Si aprendemos a prestar atención a nuestros conflictos internos, podremos resolverlos de una forma menos drástica para nuestra salud.

La mente del cuerpo

A medida que avanza la investigación sobre el cerebro, va resultando más comprensible la conexión entre la mente y la enfermedad. El cerebro gobierna o influye indirectamente en todas las funciones corporales: presión sanguínea, ritmo cardíaco, respuesta inmunológica, hormonas, y todo lo demás. Sus mecanismos están entrelazados en un sistema de alarma, y dispone de una especie de genio oscuro, capaz de organizar los desórdenes correspondientes a la más neurótica de las imaginaciones.

El antiguo dicho, «ponle un nombre a tu veneno», es aplicable a la semántica y la simbología de la enfermedad. Si nos sentimos «pinchados» por la gente o dejamos que los demás nos echen su carga encima, las metáforas pueden volverse muy reales, en forma de acné o dolores en la espalda. Todos decimos que «se nos ha roto el corazón» cuando hemos tenido una decepción sentimental; pero hay investigaciones que han demostrado recientemente la conexión existente entre las enfermedades de corazón y la soledad afectiva. Se han hecho investigaciones con animales, en las que se han causado en ellos enfermedades de corazón estimulando de forma prolongada una región cerebral asociada con las emociones agudas. Esta región está además conectada con el sistema inmunológico. De modo que un «corazón roto» se convierte en una enfermedad coronaria; la necesidad de crecer puede convertirse en un

tumor; la ambivalencia, en dolores que le «parten» a uno la cabeza; la personalidad rígida, en artritis. Toda metáfora es, potencialmente, una realidad al pie de la letra.

Toda enfermedad, ya se trate de un cáncer o de esquizofrenia, o sea simplemente un resfriado, se origina en el cuerpo-mente. Louis Pasteur reconoció en su lecho de muerte que un médico, adversario suyo, tenía razón cuando insistía en que lo que causa las enfermedades no son tanto los gérmenes cuanto la resistencia del individuo invadido por ellos. «Ese es el terreno», concedía.¹ Como señalaba Lewis Thomas en *The Lives of a Cell* (Las vidas de la célula), nuestros cuerpos responden a menudo de forma histérica ante la presencia de gérmenes inocuos, como si esa intrusión provocase antiguos recuerdos y reaccionásemos como ante una especie de propaganda. «De hecho, la mayoría del tiempo estamos a merced de nuestros propios sistemas defensivos. » La salud consiste en la capacidad del cuerpo para transformar y dar sentido a toda información nueva. Si somos flexibles, si somos capaces de adaptarnos a un medio cambiante sea un virus o una atmósfera húmeda o pólenes primaverales, podemos soportar un nivel de tensión elevado.

Una concepción reciente y radical del sistema inmunológico nos permite comprender la manera cómo nuestro «médico interior» consigue mantener la salud, o su forma de fracasar en ello. Parece que el cuerpo tiene su propia manera de «conocer», por medio del sistema inmunológico, paralela al modo de conocer del cerebro. Este sistema está ligado al cerebro. La «mente» del sistema inmunológico posee una imagen dinámica del propio ser y tiene la tendencia a dotar de sentido a todos los «ruidos» del medio, incluyendo virus y alérgenos. Si rechaza ciertas sustancias o reacciona violentamente contra ellas, no es porque sean extrañas, como creía el antiguo paradigma, sino porque *no tienen sentido*, porque no pueden ser encuadradas en el orden del conjunto.

Este sistema inmunológico es muy poderoso y adaptable en su capacidad de dotar de sentido al entorno, pero como está ligado al cerebro, es vulnerable a las tensiones psicológicas. Las investigaciones han demostrado que estados de tensión mental, como pena o ansiedad, alteran la capacidad del sistema inmunológico. La razón por la que a veces «pescamos» un virus o tenemos una «reacción alérgica», es que nuestro sistema inmunológico está funcionando bajo par.

Las investigaciones realizadas con animales han demostrado que este sistema posee una memoria sumamente sutil. Si se asocia un

medicamento inocuo a un inmunodepresor es decir, a una droga que suprime el funcionamiento del sistema inmunológico, el cuerpo aprende a suprimir su funcionamiento en presencia de *sólo el medicamento inocuo*, incluso meses más tarde. Justamente de ese modo es como asociamos con frecuencia períodos de tensión de nuestra vida con elementos inocuos del ambiente (como los alérgenos, por ejemplo, o sucesos que nos recuerdan otros acontecimientos), causándonos enfermedades crónicas que perduran mucho tiempo después de haber desaparecido la causa original de la tensión. El cuerpo «se acuerda» de haber estado enfermo en presencia de esas señales.

Por supuesto, el cáncer constituye un fracaso del sistema inmunológico. En muchos momentos de nuestra vida, la mayoría de nosotros albergamos células malignas que no se convierten en un cáncer debido a la acción eficaz del sistema inmunológico con respecto a ellas. Entre los factores psicológicos implicados en el cáncer, el principal lo constituyen las emociones reprimidas. Un investigador señalaba que muchas personas que sufren de cáncer tienen en sus rostros esa inexpresividad característica del famoso cuadro de Grant Wood, *Gótico americano*². Los pacientes que sufren de cáncer tienen más dificultad para recordar sus sueños que otros pacientes; tienen también menos cambios matrimoniales (separaciones o divorcios), menos síntomas de enfermedades que son típicamente reflejo de conflictos psicológicos (úlceras, jaquecas, asma)³. Diversos estudios han puesto de relieve que los enfermos de cáncer tienden a no manifestar sus sentimientos, y la mayoría no han tenido relaciones estrechas con sus padres. Tienen dificultad para expresar la cólera. Según otro estudio, son personas conformistas y controladas, menos autónomos y espontáneos que quienes resultaron no sufrir de cáncer en pruebas posteriores. Una terapeuta especialista en el tratamiento de enfermos cancerosos dice de sus pacientes: «Por lo general, han experimentado un vacío en sus vidas: una desilusión, expectativas no cumplidas. Es como si la necesidad de crecimiento se transformase en una metáfora física».

Las penas, cuando no se manifiestan, pueden acarrear un mal funcionamiento patológico del sistema inmunológico. De acuerdo con los resultados de un estudio, la muerte de uno de los esposos se traduce en un bajo funcionamiento del sistema inmunológico del otro durante las semanas siguientes. Otro estudio realizado en Boston ha mostrado que un 60 por ciento de las mujeres que quedan embarazadas a renglón

seguido de haber perdido un bebé anterior, abortan, lo que se conoce como síndrome de muerte infantil repentina. El informe aconsejaba que estas mujeres, que han experimentado semejante pérdida, «deberían esperar hasta que el cuerpo haya dejado de sentir los efectos de la pena».

El cuerpo como pauta y como proceso

Con el tiempo, nuestros cuerpos acaban convirtiéndose en autobiografías ambulantes, que van contando a amigos y a extraños las tensiones mayores y menores que hemos padecido en nuestras vidas. Algunas alteraciones funcionales sobrevenidas a consecuencia de accidentes, como por ejemplo una movilidad limitada en un brazo herido en otro tiempo, entran a formar parte del propio comportamiento corporal de forma permanente. Nuestra musculatura es un reflejo no sólo de nuestras antiguas heridas, sino también de nuestras viejas ansiedades. Actitudes depresivas, de timidez, de osadía o de estoicismo, adoptadas tempranamente en nuestra vida, quedan inscritas en nuestros cuerpos como pautas del propio sistema sensorio motriz.

La rigidez de las pautas corporales contribuye al bloqueo de los procesos mentales, dando lugar al círculo vicioso de la patología psicocorporal. No podemos separar lo físico de lo mental, como tampoco pueden separarse los hechos de la imaginación, ni el presente del pasado. Así como el cuerpo siente la pena que experimenta la mente, así también la mente se ve constreñida por el recuerdo obstinado que el cuerpo guarda de lo que la mente *solía sentir*, y así sucesivamente.

Ese ciclo puede interrumpirse por medio del «trabajo corporal» que realizan en profundidad ciertas terapias (a menudo de forma dolorosa) por medio de masajes, manipulaciones, movimientos liberadores u otro tipo de técnicas, que producen cambios en el sistema neuromuscular, en la percepción de la gravedad, o en la simetría del cuerpo. Los cambios así introducidos en el cuerpo pueden afectar de manera profunda a todo el circuito psicocorporal. Ida Rolf, cuyo método de integración estructural (Rolfing) es una de las técnicas más conocidas, citaba en sus últimos escritos esta expresión de Norbert Weiner, creador de la cibernética: «No somos materia perdurable, sino pautas que se perpetúan a sí mismas».

Así como ciertas psicotécnicas aumentan el flujo energético en el cerebro, permitiendo la aparición de nuevas pautas o paradigmas en el mismo, de un modo semejante el trabajo corporal altera el flujo de la

energía por todo el cuerpo, liberándolo de antiguas pautas o «ideas», y aumentando su margen de movimiento. La integración estructural, el método de Alexander, el método de Feldenkrais, la kinesiología aplicada, la neuroquinesia, la bioenergética, la terapia reichiana, y muchas otras técnicas introducen transformaciones en el cuerpo.

La célebre frase de John Donne, «Nadie es una isla», es verdadera tanto si se aplica a nuestros cuerpos como si se refiere al hecho de nuestra interdependencia social. La medicina occidental está comenzando a reconocer con retraso, medio siglo después de haber podido recoger la advertencia de los físicos, que el cuerpo es un proceso: un torbellino bioeléctrico, sensible a los iones positivos, a los rayos cósmicos, a la presencia de huellas minerales mínimas en la alimentación, y a la electricidad estática, entre otras cosas. La representación del cuerpo como algo dinámico nos ayuda a encontrar el sentido de controversias en otro tiempo enigmáticas. Por ejemplo, la psiquiatría ortomolecular, que trata los desórdenes mentales a base de fuertes dosis de vitaminas y oligoelementos minerales, se apoya en el efecto que estas sustancias producen sobre la actividad bioeléctrica del cerebro. La estimulación eléctrica acelera la curación habitualmente lenta de ciertos huesos, posiblemente debido a la creación de una fluctuación energética lo suficientemente activa como para producir su regeneración. También se ha podido detectar la presencia de corriente continua en los puntos de acupuntura. La acupuntura y la digitopresión, que estimulan puntos determinados de los diversos meridianos, demuestran la conexión existente incluso entre partes aparentemente distantes en el cuerpo. Cuanto más evidentes son los resultados de la acupuntura, tanto mejor podemos comprender por qué el tratamiento de los síntomas aislados raras veces consigue aliviar la enfermedad.

Somos campos oscilatorios, situados dentro de otros campos más amplios. Nuestro cerebro reacciona frente a los ritmos sonoros, las pulsaciones luminosas, los distintos colores, y frente a mínimos cambios en la temperatura. Somos incluso influidos biológicamente por quienes se encuentran a nuestro lado; por ejemplo, se ha demostrado que las parejas que viven juntas comparten un mismo ciclo mensual de temperatura. Cuando participamos en una conversación, aunque no sea más que escuchando, entramos en una «danza» sutil con la otra persona, compuesta de una serie de movimientos sincronizados tan mínimos, que sólo pueden detectarse analizando imagen por imagen una filmación de la

misma.

La estimulación ambiental afecta plásticamente al crecimiento y grado de conexiones del cerebro humano desde sus primeros períodos críticos hasta el final de sus días, determinando su peso, su estado de nutrición, y el número de sus células. Incluso en las personas de edad, el cerebro no pierde físicamente un número mensurable de células si el ambiente es estimulante.

Si el cuerpo-mente es un proceso, también lo es la enfermedad... Y asimismo lo es la curación, la integración global, si atendemos a esos siete millones de glóbulos rojos que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, cada segundo, de nuestra sangre, para ser reemplazados en cada instante por otros tantos. Incluso nuestros huesos se renuevan totalmente cada siete años. Como en la danza de Shiva, estamos continuamente creando y destruyendo, creando y destruyendo sin parar.

Wallace Ellerbroek, antiguo cirujano, hoy en día psiquiatra, dice:

"Nosotros los médicos parecemos que sentimos predilección por otorgar un nombre sustantivo a cada enfermedad (epilepsia, resfriado, tumor cerebral), pero si estas cosas merecen que les demos como nombre un sustantivo, es porque, evidentemente, las consideramos como cosas. Pero si convertimos uno de estos sustantivos, por ejemplo resfriado, en un verbo, entonces podemos decir: «Señora, su hijo parece estarse resfriando», lo que tal vez ayuda a que ambos nos demos cuenta de que toda enfermedad es un proceso".

Ellerbroek ha tratado con éxito muchas enfermedades por el procedimiento de enseñar a los pacientes a *afrentar* y a *aceptar* el proceso, prestando atención a su desarrollo. En un experimento muy conocido, con pacientes de acné crónico, les invitó a reaccionar frente a la aparición de nuevas erupciones con una atención desprovista de todo juicio sobre las mismas. Efectivamente, podían mirarse al espejo, y simplemente decir: «Muy bien, erupción, estás ahí, justo donde te corresponde estar en este momento». Se les recomendaba aceptar el acné, en vez de resistirse a él con emociones negativas. Todos los participantes sufrían de acné desde hacía más de quince años, sin experimentar alivio. Los resultados de la experiencia fueron asombrosos. Muchos pacientes quedaron completamente limpios a las pocas semanas. Algún proceso activo de miedo, de resentimiento, de rechazo, era lo que había *mantenido* el acné

todo ese tiempo.

La salud y la enfermedad no son cosas que nos suceden sin más. Son procesos activos, resultado de una armonía o una desarmonía interior, que están profundamente afectados por nuestros estados de conciencia, y por nuestra capacidad o incapacidad de dejarnos fluir al compás de la propia experiencia. El reconocimiento de que eso es así supone implícitamente una responsabilidad, pero es también una fuente de oportunidades. Si participamos, aunque sea de forma inconsciente, en el proceso de la enfermedad, podemos optar por la salud en vez de seguir dejándonos enfermar.

Salud y transformación

Como Pelletier y muchos otros han dicho, toda enfermedad tiene una virtualidad transformadora, a causa del cambio repentino de valores, a causa del despertar que puede traer consigo. Si estábamos ocultándonos algún secreto a nosotros mismos conflictos no afrontados, deseos reprimidos, la enfermedad puede forzar su aparición ante la propia conciencia.

Para muchos conspiradores de Acuario, el responsabilizarse del cuidado de su propia salud ha supuesto un estímulo importante para acometer su propia transformación. Así como la búsqueda de sí mismo trae consigo la búsqueda de la salud, ésta puede también conducir a una mayor autoconciencia. La totalidad es única. La proliferación de centros y redes de salud holística ha atraído a muchas personas a implicarse en el movimiento de desarrollo de la conciencia. Una enfermera decía: «Cuando el curar no es algo distinto de la propia realidad, se convierte en un estilo de vida. Los estados alterados de conciencia se convierten en algo familiar, la capacidad telepática aumenta. Es una aventura».

Una mujer quería tratarse por medio de biofeedback, para ver si conseguía disminuir su presión intraocular y curarse así del glaucoma. Se curó efectivamente, pero lo que es más importante, descubrió que no sólo su vista, sino su vida entera, había estado afectada por sus estados de conciencia. Un médico, preocupado por las dosis abusivas de Valium que estaba tomando contra los dolores de cabeza, probó un tratamiento de biofeedback... que le hizo interesarse por la atención interior... y luego por la meditación, lo que le llevó a un cambio decisivo de vida, incluida la práctica de una especialidad médica muy alejada de la anterior. Un

ahogado eminente llegó a convencerse de que su pérdida progresiva de visión le reportaba indudables ventajas:

“Me sentí llamado a no luchar contra el repentino debilitamiento de mi vista exterior, sino a cooperar con él, como un medio de revalorización de mi propio proceso vital. Mirando hacia atrás a los quince últimos meses, estoy convencido de que habría sido una gran pérdida para mí el haber podido invertir inmediatamente el proceso por un milagro, por azar o por un esfuerzo de voluntad”.

Un conspirador burócrata afirmaba haber descubierto la salud como resultado de la meditación. Tras haber practicado durante varios años la Meditación Trascendental, pudo vencer fácilmente su hábito compulsivo de beber, y poco después su tendencia asimismo compulsiva a comer en exceso. «A una edad en que tendría que estar ya bajando la pendiente, me siento más sano que hace cinco años, y cada vez mejor que antes. »

Un psicólogo, propulsor de la medicina holística en todo el país, se introdujo en este campo traviesa de un instructor de Tai Chi que le hizo interesarse por la acupuntura. Actualmente ha conseguido introducir con éxito ciertos enfoques tomados de medicinas alternativas en el curriculum de una importante escuela de medicina, y ha organizado series de conferencias sobre enfoques holísticos para grupos de estudiantes de medicina. «Si se quieren exponer las conexiones existentes entre ambos sistemas», decía, «es sumamente importante emplear el lenguaje apropiado. Si me pongo a hablarles del yin y el yang, la mayoría de los neurocirujanos dejarían de escucharme. Entonces les hablo de los sistemas nervioso simpático y parasimpático. Si queremos conseguir que la gente cambie, es importante no empujarles ni tirar de ellos, sino simplemente caminar a su lado. »

Un antiguo activista político, que enseña hoy en día cursos de biología psicosomática como profesor de una escuela de medicina, decía: «Esta revolución sostiene que fundamentalmente todos estamos bien, y que la recuperación de la salud es algo natural. Es antielitista. La profesionalidad, los diplomas colgados en la pared, está decayendo en cuanto símbolo de autoridad. El amor es el poder más irresistible del universo. Cuidados amorosos: eso es en lo que consiste toda curación».

Una doctora de Nueva York, paralizada por completo por un dolor de espalda a resultas de un accidente, descubrió que la simple presión

ejercida sobre determinados puntos de acupuntura en su pie, la aliviaba de su agonía. «Creo que si funcionó mi automasaje fue por la disponibilidad y la perspectiva que tenía en aquella época, que hizo que el propio tratamiento reorientara el flujo de la energía. Esta experiencia me hizo interesarme por aprender más acerca de la hipnosis, el biofeedback y la meditación.»

Un clérigo que respondió al cuestionario de la Conspiración de Acuario abrió un centro de salud holística y de meditación tras haber experimentado alivio de sus dolores crónicos por medio de la meditación. Una doctora de Nuevo Méjico decía haber empezado a usar una red espiritualista como medio auxiliar para pacientes que tardaban en mejorar. Varias personas que respondieron al cuestionario afirmaban que lo que les había atraído a participar en diversas psicotécnicas había sido la curiosidad que les suscitó haber presenciado como profesionales de la medicina diversos fenómenos de curación.

La Conspiración de Acuario en la medicina

La nueva forma de pensar sobre la salud y la enfermedad, con su mensaje de esperanza y su carga de responsabilidad, es ampliamente divulgada por la Conspiración de Acuario. Ejemplo de ello fue la convención celebrada en Washington en 1978 con el título «Salud holística y planificación pública», organizada conjuntamente por diversas instituciones gubernamentales y asociaciones privadas. Había representantes del ministerio de Salud, Educación y Bienestar, y del equipo de la Casa Blanca. También enviaron representantes diversas compañías de seguros, organizaciones privadas de planificación sanitaria, y varias fundaciones: en muchos casos, acudieron en persona los máximos dirigentes de las mismas. En el estrado había también políticos, médicos, psicólogos, curanderos tradicionales, maestros espirituales, investigadores, futurólogos, sociólogos, y especialistas en planificación de la salud. La intervención inicial corrió a cargo del cirujano general adjunto; otros conferenciantes principales fueron Jerome Frank sobre el efecto placebo, el parlamentario californiano John Vasconcellos, el maestro de meditación Jack Schwarz, y Buckminster Fuller sobre ecología humana.

Los temas abarcaban la planificación de la salud pública, la creación de centros de salud holística, la práctica de técnicas curativas in-

terculturales, la teoría holográfica sobre la mente y la realidad, yoga, música y conciencia, acupuntura y digitopuntura, técnicas budistas de meditación, medicina electrónica, métodos alternativos de alumbramiento, trabajo corporal, biofeedback, imaginación dirigida, homeopatía, alimentación... y «la imagen cambiante del hombre».

Lo completo del programa es característico del nuevo paradigma, que considera a muchos sistemas de curación no tradicionales como complementarios de la medicina occidental. Sepamos o no cómo funcionan, lo cierto es que podemos sacar provecho de ellos, de un modo semejante al uso que hace la medicina convencional de la aspirina, de la digitalina o del electroshock, sin saber a ciencia cierta por qué son eficaces.

La primera vez que un grupo de científicos y médicos amigos entre sí se reunieron para afirmar públicamente su interés por las realidades espirituales y los enfoques alternativos sobre la salud fue en 1970. El programa de ámbito exclusivamente interno del De Anza College en Cupertino, California, fue adoptado por la compañía aérea Lockheed. Seis meses más tarde, se celebraba en la Universidad de California de Los Ángeles (UCLA) y en la de Stanford dos fines de semana gemelos con un reparto semejante, que subrayaron el papel de la mente de la enfermedad y hablaron de «nuevas» terapias: meditación, visualización, biofeedback, acupuntura, hipnosis, curación psíquica, y métodos populares de curación. En pocos años, se han representado multitud de variaciones sobre este tema, que empareja lo científico con lo espiritual, en los recintos de la mayor parte de las universidades del país, incluyendo a Yale, Harvard, universidad de Nueva York, Instituto Tecnológico de Nueva York, todas las facultades del complejo universitario de California, y las universidades de Massachusetts, Miami, Michigan e Illinois. Las fundaciones Rockefeller, Ford y Kellogg subvencionaron programas destinados a explorar la interacción entre la mente y la salud.

En un simposium celebrado en Tucson en el mes de octubre de 1975, Roy Menninger, de la Clínica Menninger, dijo: «Las ideas tradicionales sobre la medicina y el nuevo concepto del hombre están celebrando una carrera de choques». Otros conferenciantes expresaron su previsión de posibles enfrentamientos y resistencias en el campo de las reformas del sistema sanitario.

Pero incluso entonces, en esa misma conferencia de Tucson, hubo ya signos de distensión. Tal fue el caso de Malcolm Todd. Todd,

presidente a la sazón de la conservadora AMA (American Medical Association), pasó revista en un tono un tanto defensivo a las maravillas tecnológicas de la medicina moderna. Su ponencia no fue precisamente del agrado de la concurrencia, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en admitir que su deseo de participar desde el estrado al lado de los representantes de la inortodoxia fue significativo. Menos de un año después, en una intervención en un programa de amplitud semejante celebrado en San Diego, Todd respaldó la idea de una «medicina humanística» que se ocupa del «cuerpo-mente». Nueve meses más tarde, ante un auditorio compuesto exclusivamente por médicos, en Houston, urgió la necesidad de adoptar una actitud activa en la integración de estos enfoques holísticos dentro del sistema. Usados, con prudencia, decía, son una promesa estimulante de rejuvenecimiento para la medicina occidental. «Su gama se extiende desde el biofeedback y la psicología de la conciencia hasta los fenómenos paranormales, la curación psíquica...»

La conspiración ha comprendido que, en vez de derribar a gritos a sus adversarios potenciales, es mejor escucharles. Y también proporcionarles una experiencia directa de ese otro contexto más amplio. En 1975 y 1976, Rick Carlson, un abogado especializado en temas sanitarios, organizó en Airliehouse, Virginia, cerca de Washington, junto con otros, una pequeña serie de conferencias para dar a conocer a funcionarios gubernamentales y a sus consejeros la fuerza de las ideas holísticas y de la medicina alternativa⁴. Los asistentes tuvieron ocasión de probar el biofeedback, la meditación, visualización, relajación, y otras psicotécnicas. Estos encuentros fueron subvencionados desde la sombra por la organización Blue Cross-Blue Shield⁵.

En 1976, «los Blues», la Fundación Rockefeller y la universidad de California-San Francisco, patrocinaron un encuentro celebrado en el Hotel Waldorf-Astoria de Nueva York, en el que doscientos supremos responsables de la Administración pública pudieron asomarse a los diversos enfoques alternativos sobre la salud, en los que se subrayaba la importancia del «médico interior» presente en cada uno de nosotros. Dos meses más tarde, tuvo lugar otro encuentro semejante, patrocinado esta vez además por el Instituto de Medicina.

Los conspiradores se movían por todo el país en circuitos, predicando, no ya un dogma, sino una nueva perspectiva; lanzando aquí un programa educativo, un proyecto piloto allá, divulgando y dando a conocer los trabajos de otros miembros de la red, y creando nuevos lazos

de conexión. Unos trabajaban desde dentro, tratando de cambiar sus propias organizaciones profesionales locales o estatales. Otros procuraban sensibilizar a las fundaciones privadas y a la prensa sobre las posibilidades del nuevo y más amplio paradigma. Las estrategias que conseguían mayores éxitos eran la persuasión suave y la experiencia directa. El granjearse las simpatías de responsables influyentes de la Administración también se reveló como un medio efectivo de sacudir el *statu quo*. Por ejemplo, algunas conferencias servían a un doble propósito: ilustrar a los participantes a cambio de su cuota de asistencia, y atraer a una alianza plena a conferenciantes sólo parcialmente comprometidos.

Reuniones de todo tipo han seguido proliferando por todo el territorio nacional, como una promesa, una letanía, o un manifiesto en medio de una sociedad fracturada, con mayor rapidez de lo que requeriría poder contar su número: simposiums y conferencias, talleres y seminarios, retiros, ferias y festivales, exposiciones gigantescas. Entre otras: *Camino de curación, La curación en Oriente y en Occidente, Nueva muestra de la medicina bicentenario de toda América, Campamento y Feria anual de las artes curativas, Expo-Salud, Expo-Nueva Era, Feria del Mañana, Nueva Física y Nueva Medicina, Terapias relacionadas con la meditación, Ecología humana, Energía humana, Terreno común, Feria del Cuerpo, La mente todo lo puede, Todo está en la mente, Retiro sobre salud holística, Universidad de la vida holística, Celebración de la Salud, Nuevas perspectivas en Medicina, Nuevas orientaciones para la Medicina americana, El médico del futuro, Centro de Salud del futuro, Perspectivas culturales en torno a la curación, Curación en los nativos americanos, Recursos naturales en favor de la salud, El yo y el cuerpo, Cuerpo-Mente-Espíritu, Tensión sin trastornos, El estrés y la psicología del cáncer, Biofeedback y medicina conductista, Reunificación del Cuerpo-Mente y psicoterapia, La salud total china del cuerpo y la mente, Nuevas dimensiones de la atención sanitaria, Toque de salud, Un asunto holístico.*

Y en cuanto a organizaciones: el Centro de Medicina Integral, el Instituto de Medicina Humanística, la Asociación de Salud Holística, y numerosos «centros de salud holística» y «clínicas de salud holística».

La conspiración admite la fuerza de los números y, naturalmente, la fuerza de la cooperación, pero no la de la centralización.

Una tentativa de unificar en un solo cuerpo a los practicantes de la salud holística, en 1977, se estrelló contra una fuerte resistencia. Pese a sus poderosas alianzas y coaliciones de alcance nacional, el movimiento está firmemente decidido a seguir siendo un movimiento de base descentralizado.

Las redes de salud holística son SPINs, ejemplo típico de los grupos autosuficientes y policéntricos descritos en el capítulo 7. Muchas de las antiguas asociaciones profesionales han organizado reuniones y comités sobre lemas relativos a la medicina alternativa, y en todas sus reuniones nacionales figuran talleres y comisiones dedicados a estos aspectos: estados alterados de conciencia, acupuntura, hipnosis, meditación, biofeedback. El slogan cuerpo-mente-espíritu que preside estas sesiones tiene un lugar, como motivo revolucionario, paralelo al de «libertad-igualdad-fraternidad». Un buen número de centros, reuniones y redes de salud holística han brotado también en el seno de las diferentes iglesias o de fundaciones asociadas a las distintas confesiones religiosas.

Un folleto afirmaba: «En esta época, la medicina holística es más bien un "campo popular" que un campo institucional; depende de un sistema de comunicaciones que enlaza de manera informal a la globalidad de la red... Como en muchas de las disciplinas que están surgiendo, esa red informal *es* el campo de la salud holística». Así como, según vimos, el nuevo colectivo *era* la nueva política, así también las redes de salud son el nuevo paradigma del bienestar: vivos ejemplos de un camino mejor.

La conspiración reconoce también la importancia que tiene la semántica para tender un puente entre lo viejo y lo nuevo. Por ejemplo, un proyecto decisivo de estudio sobre los métodos de curación no convencionales consiguió ser aprobado por los hospitales implicados con el título «El toque terapéutico», que resultaba menos esotérico que el de «La imposición de manos». Otro investigador solicitó una beca para llevar a cabo un estudio sobre «La psicobiología de la salud». La propuesta fue rechazada. Consciente de que las instituciones subvencionadoras sienten mayor inclinación por la patología que por el bienestar, presentó su propuesta con un nuevo título: «La psicobiología de la enfermedad». Y esta vez fue aceptada sin demora.

En el Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH), hacia 1977, funcionaban «grupos esotéricos», que se reunían semanalmente para discutir de manera informal acerca de temas como curaciones chamánicas, meditación, diagnóstico por el aura. Un grupo de trabajo de California, patrocinado por el NIMH, compiló un libro basándose en artículos encargados expresamente en relación con las medicinas alternativas, con el propósito de conferir legitimidad a sus presupuestos. El estudio de los cambios psicocorporales producidos por las psicotécnicas fue apoyado por medio de subvenciones federales. El NIMH

contrató asimismo la preparación de una bibliografía anotada sobre la medicina holística. En la convocatoria publicada al efecto, la institución definía elocuentemente la necesidad:

"En las dos últimas décadas muchos médicos y profesionales de la salud mental han empezado a descubrir las limitaciones del paradigma y la práctica de la medicina alopática occidental... El acento puesto sobre la patología y la enfermedad mas que en la prevención, el carácter destructivo de muchos remedios farmacéuticos y quirúrgicos, la excesiva separación entre los problemas físicos y los emocionales, la presuposición de una fundamental asimetría en la relación entre el médico todopoderoso y el paciente sumiso... han empujado a doctores e investigadores a buscar respuestas en otras tradiciones y métodos.

Esta búsqueda ha conducido a muchos de ellos a indagar en tradiciones en las que el cuerpo y la mente son considerados como una unidad, y en las que la labor terapéutica está orientada a ayudar a los procesos naturales de curación. Algunos han volcado su interés en formas de medicina tradicional, como acupuntura, homeopatía, herboristería, meditación, curación psíquica; otros, en técnicas nuevas, como imaginación dirigida y biofeedback".

«La guerra ha terminado», decía en 1978 Norman Cousins, editor del *Saturday Review*. «Contamos con aliados por ahí fuera: un montón de médicos que piensan igual que nosotros, pero están necesitados de ánimo.» Cousins tenía buenas razones para saber de la existencia de esos «aliados por ahí fuera». En el *New England Journal of Medicine* había relatado su propia recuperación espectacular de una enfermedad crítica tras haber acudido a un tratamiento no ortodoxo, a la vista de la impotencia de la medicina convencional. Él mismo recomendaba su propio tratamiento: un maratón de películas de los Hermanos Marx y antiguas filmaciones del tipo «cámara invisible», junto con dosis masivas intravenosas de vitamina C. Lo que parecía ser una enfermedad celular fatal, se reabsorbió completamente.

La reacción producida por su artículo fue increíble. Diecisiete revistas médicas solicitaron su reimpresión, treinta y cuatro escuelas de medicina lo incluyeron entre su material curricular, y Cousins fue invitado a pronunciar una conferencia en muchas otras escuelas de medicina por todo el país. Más de tres mil médicos de diversos países le dirigieron

cartas admirativas y entusiastas. Más tarde, en 1978, Cousins pasó a formar parte del profesorado de la escuela de medicina de la universidad de California de Los Angeles (UCLA).

Una profesión en transformación

Cousins tuvo también una intervención en 1977 en la convención de la Asociación Americana de Estudiantes de Medicina (AMSA) en Atlanta. El tema de la convención, «Roles alternativos en torno a la salud: una nueva definición de la medicina», dejaba ver de forma cada vez más clara el cambio de paradigma que se estaba operando en las escuelas de medicina. Estudiantes y profesores habían comenzado a formar por todo el país grupos informales de discusión sobre la conciencia y los enfoques médicos holísticos. Este tipo de grupos se reunía de forma regular en escuelas médicas como las de la universidad de California de Los Angeles (UCLA), la universidad de Texas en Galveston, la de Baylor en Houston, y la de John Hopkins en Baltimore.

Del grupo de John Hopkins surgió Goldenseal (Sello de oro), una red de ámbito nacional; uno de sus fundadores era entonces vicepresidente de la AMSA. En su primer año de existencia, sus dos miembros fundadores pasaron a formar una comunidad de doscientos cincuenta. La revista *New Physician*, órgano oficial de la AMSA, dedicó en 1977 un número entero a prácticas de medicina alternativa, y mantiene regularmente un apartado relativo a medicina humanística. Laurel Cappa, presidente de la AMSA en 1976, habló en una convención de médicos del interés de los estudiantes por la medicina familiar y por métodos no tradicionales como la meditación y la psicología de la Gestalt. Los estudiantes de medicina aseguraban querer aparecer como compañeros a sus pacientes, y no como figuras revestidas de autoridad.

En 1978, Doug Outcalt, último presidente anterior de la AMSA, fue invitado a dar una conferencia en Denver ante la asamblea fundacional de una nueva organización médica: la Asociación Médica Holística Americana. En su conferencia, urgió a los presentes la necesidad de servir de modelos a aquellos estudiantes que estaban buscando un enfoque de la atención sanitaria más humanista y más abierto. Según dijo, los estudiantes de medicina podían dividirse en tres clases: los tradicionalistas, contentos de seguir practicando la medicina tal como lo habían hecho sus padres; los acomodaticios, que no aprueban el sistema, pero son

incapaces de imaginar que pueda cambiar; y los buscadores, que se interesan de forma activa en todas las vías alternativas. «Ustedes pueden ayudarnos», les decía Outcalt. «Infiltrarse en las comisiones de admisión y en las encargadas de organizar el currículum. Méntanse como profesores en las escuelas de medicina.»

La conspiración y la crisis están cambiando realmente a las escuelas de medicina. Muchos de los que respondieron al cuestionario de la Conspiración de Acuario son profesores en esas escuelas, que no se limitan a ofrecer a sus estudiantes un testimonio de un paradigma más generoso, sino que organizan también continuamente programas médicos educativos para doctores en ejercicio. (Muchos Estados exigen que los médicos actualicen su formación con un mínimo de horas de asistencia a cursos de reciclaje durante el año.) En Sacramento, el comité legislativo sobre asuntos médicos del parlamento californiano estaba debatiendo acerca de la procedencia de los cambios introducidos en los currículum de las escuelas médicas. Un conspirador psicólogo, amigo del presidente del comité, se presentó a sí mismo diciendo: «Yo represento a todas las personas del Estado de California que no son médicos». Y a continuación, hizo una serie de recomendaciones sobre la necesidad de humanizar la formación de los futuros doctores. Ante la protesta de los decanos de las escuelas de medicina de que los cambios sugeridos serían difíciles y complicados, respondió con suavidad: «Estoy de acuerdo, probablemente toda innovación *es* demasiado difícil para nuestras escuelas de medicina». Los decanos recogieron velas enseguida:

Bien, tal vez no fuera *tan* difícil.

Pero por encima y más allá del impulso consciente de la Conspiración de Acuario, la implosión de conocimientos y el fracaso de la «medicina racional» son vectores inexorables de cambio.

La vida no ha sido fácil para la mayoría de los médicos que se han visto sorprendidos por el cambio de paradigma. Se encuentran entre dos generaciones, ni lo suficientemente jóvenes como para adentrarse con facilidad en las nuevas concepciones, ni lo suficientemente viejos como para poder morir envueltos en el sueño tecnológico, protegidos por su aura de doctores. Muchos profesionales del campo de la salud han estado desempeñando por todo el país el tipo de «liderazgo transformador» descrito por James MacGregor Burns (ver capítulo 7). De algún modo, están intentando romper su propio acondicionamiento cultural, pues la formación médica occidental no es sino una estrecha subcultura, «la

áspera tradición de Galeno», como la llamaba un antropólogo especializado en temas de medicina.

El ideal holístico no es del todo nuevo. En un ensayo titulado «La necesidad de un nuevo modelo médico», publicado en la prestigiosa revista *Science*, George Engel señalaba que este enfoque ya se habla intentado en la escuela médica de John Hopkins antes de 1920. Un médico, Arnold Hutschnecker, hacía una vigorosa defensa de la medicina psicosomática en su libro *The Will to live* (La voluntad de vivir) publicado en 1950. La preocupación del médico por la enfermedad y la preocupación del psicoanalista por la mente requerían una síntesis, pues la verdad no es monopolio de ninguna rama de la medicina. «Ambos puntos de vista tienen que encontrarse y fundirse, y su fusión se dará, más profundamente que en los demás, en los médicos de medicina general.»

Lo que Hutschnecker no podía prever era la rápida desaparición de los médicos de medicina general. En 1950, casi el noventa por ciento de los que terminaban sus estudios en las escuelas de medicina se dedicaban a ejercer como médicos de cabecera. Hacia 1970 ese número había bajado a *menos de un 10 por ciento*. No sólo mente y cuerpo se consideraban como campos separados, sino que cada parte del cuerpo se había convertido en un campo de especialización.

La especialización era el resultado comprensible, y tal vez inevitable, de la confianza depositada por las escuelas de medicina en el Test de admisión a las Facultades de medicina (MCAT:

Medical College Admissions Test). Según Harrison Gough, un psicólogo de la universidad de California en Berkeley que se ha dedicado a estudiar a los estudiantes de medicina desde 1951, este test ha configurado a toda una generación de médicos norteamericanos, al haber determinado la selección de estudiantes con un temperamento determinado. Como se exigían altas puntuaciones para la admisión, el test eliminaba a muchos sujetos «prácticos y buenos trabajadores», en favor de quienes presentaban una fuerte orientación académica. Estos individuos, de tipología escolar, tendían a dedicarse a la investigación o a especialidades como radiología o anestesiología. «La confianza en el test ha producido una generación de doctores poco inclinados a hablar con sus pacientes de las causas posibles de que les duela el estómago.»

Gough descubrió que a lo largo de los años los estudiantes de medicina más creativos eran los que más probabilidades tenían de abandonar la carrera. «No es que no sirvieran para médicos. Lo que pasa

es que no podían tolerar la cadena de trabajos forzados que suponía la densa y rígida estructuración de los programas de las escuelas de medicina. » Especialmente en los últimos años, muchos de los mejores médicos en potencia ni siquiera tenían opción de llegar a abandonar los estudios. Una competencia de intensidad creciente para cubrir un número de plazas relativamente escaso significaba la exigencia de unas puntuaciones medias espectaculares como requisito previo de admisión. El calor humano, la intuición y la imaginación son justamente las características con mayores probabilidades de exclusión cuando el interés se centra en los niveles escolares y en las puntuaciones obtenidas en los tests. Realmente, las escuelas de medicina estaban cerrando sus puertas al hemisferio derecho del cerebro. No había cupo alguno para la creatividad.

En abril de 1977, cerca de treinta mil aspirantes fueron sometidos a un MCAT radicalmente distinto, que debía discriminar las solicitudes de entrada en las escuelas de medicina para el curso 1978-79. Por su misma naturaleza, el nuevo test venía a suavizar la aguda tendencia competitiva que hasta entonces había resultado favorable a los mejor capacitados en el campo de las ciencias. El nuevo test hacía posible también el acceso a los mejor dotados en campos no científicos. Más aún, tomaba en cuenta características nunca antes exigidas, como la capacidad de síntesis, la habilidad para descubrir *pautas*, para hacer extrapolaciones, y para dejar de lado los datos irrelevantes. Pocas eran las preguntas a las que podía responderse de forma precisa y escueta.

El nuevo MCAT era el primer test de admisión a las facultades de medicina realmente nuevo desde 1946. La Asociación Americana de Facultades de Medicina, que había invertido un millón de dólares en el encargo del nuevo test, ha empezado a tomar activamente en consideración diferentes estrategias para evaluar las diversas especies de rasgos humanos susceptibles de integrar la figura de un buen médico. «Todo el mundo está de acuerdo en lo importante que son los rasgos no considerados por las pruebas cognitivas: de una importancia tal vez más crucial que los conocimientos de medicina del candidato. »

Las facultades médicas están asimismo evaluando el impacto del curriculum como tal en la personalidad del estudiante. Un antiguo decano de la escuela médica de Harvard señalaba que «hay menos libertad intelectual en la carrera médica que en casi cualquier otra forma de educación para el ejercicio profesional en este país». Howard Hiatt, decano de la Escuela de Salud Pública de Harvard, urgía la necesidad de

ampliar la educación médica, que se había mantenido durante demasiado tiempo «aislada de la riqueza de la corriente general universitaria».

Al requerir conocimientos científicos equivalentes a solamente el primer año de carrera, se espera que el nuevo test suponga un estímulo a los estudiantes que desean cursar medicina para que opten por una formación humanística. De hecho, hay una tendencia pequeña pero significativa en las escuelas de medicina a fomentar las solicitudes de quienes sobresalen en el campo de las letras. En la universidad McMaster de Hamilton, Ontario, los estudiantes de medicina que comienzan están divididos en partes aproximadamente iguales en razón de su procedencia del campo de las ciencias o del de humanidades.

Los estudiantes de medicina están comenzando a exigir (e incluso a organizar) cursos sobre nutrición, medicina psicosomática, biofeedback, acupuntura, y otras alternativas no tradicionales.

En una conferencia pronunciada ante profesores y alumnos de la escuela médica de la universidad de California en San Francisco, un interno, Scott May, proclamó la necesidad de respetar y cultivar los aspectos femeninos. Ofreció toda una lista de ejemplos que testificaban una orientación exageradamente masculina: la presión ejercida por las escuelas médicas sobre los estudiantes hasta el punto de hacerles ignorar el estado de agotamiento de sus propios cuerpos, la «objetivación» del paciente que priva al doctor de la necesidad de comprender sus propios sentimientos, la falta de sentido compasivo, el número de suicidios, de crisis de abatimiento y de abuso de drogas registrado entre los doctores. «Valoren, en vez de denigrarlos, a aquellos estudiantes que den muestras de una mayor sensibilidad y de estar más en contacto con sus propios sentimientos y con los de sus pacientes. Búsquenlos desde el comité de admisiones. » Y a sus compañeros de clase, les decía: «No os olvidéis de vuestro corazón... ».

Un estudiante de medicina de Yale, Tom Ferguson, ha conseguido un gran éxito en el lanzamiento de una revista, *Medical Self Care* (El cuidado médico de sí mismo), que contiene artículos sobre nutrición, psicología, ejercicio, psico-técnicas, hierbas, drogas, y otras alternativas. Ferguson ha comenzado también a impartir un programa de educación de adultos, y afirma: «Tal como está establecido hoy en día el curriculum de las escuelas de medicina, quienes se han interesado por la medicina por razones puramente humanísticas deben atravesar una serie de situaciones que les mantienen apartados de todo contacto con los pacientes durante

dos, tres o incluso cuatro años». Para conseguir un contacto humano, una serie de estudiantes de la escuela de medicina de la universidad de Louisville, que se sentían frustrados, decidieron abrir su propia clínica privada gratuita.

Los médicos más jóvenes se sienten solidarios de los profesionales de la salud, aunque no sean médicos. Muestra típica de ello, es esta carta dirigida al editor del *American Medical News*, en protesta por un artículo que había tachado de charlatanes a los quiroprácticos. El estudiante decía: «Trabajemos *con* los quiroprácticos». La vieja preocupación por el poder (quién es el experto, quién tiene la autoridad) está desapareciendo. En un buen número de programas médicos innovadores, los psicólogos tienen tanta importancia como los doctores en medicina. En California se está impartiendo a título experimental un doctorado en salud mental, que consta de una mezcla de cursos de psiquiatría, psicología y asistencia social. Las antiguas distinciones jerárquicas también están cayendo: los psiquiatras piden consejos a los psicólogos, los ortopedas a los quiroprácticos, los oftalmólogos a los optómetras. Enfermeras, comadronas, consultores familiares, consultores laicos, clérigos, curanderos, terapeutas corporales, físicos, ingenieros médicos..., todos tienen un lugar en la medicina holística. Como decía un anatomólogo de la escuela de medicina de California, «todos tenemos una parte de verdad. Nadie la tiene entera». Hiatt, de la universidad de Harvard, afirmaba:

"Han pasado los días en que el médico era el único personaje central en el campo de la salud. Por hábiles que puedan ser los médicos. - - tenemos necesidad de los demás profesionales implicados en el sistema, porque la atención médica, por bien dispensada que esté, no es la única solución a la mayor parte de los problemas de salud con que nos tropezamos".

Según Hiatt, el tema está necesitado de una contribución desde el campo del Derecho y de la Economía, como también de las ciencias biológicas y matemáticas, de la administración pública, de la empresa, el periodismo, la ética y la educación⁷.

Maneras de vivir, de morir, de curar

Todo lo importante ya ha sido descubierto, decía un sabio. Lo único

que hace falta es volverlo a descubrir. El interés actual en torno a la curación es una especie de recuerdo colectivo, una vuelta a las antiguas comadres y a los viejos galenos. Hipócrates, que tanta importancia daba a los factores mentales y ambientales, podía habernos prevenido contra las consecuencias de la especialización médica.

Los descubrimientos científicos que han puesto de relieve la riqueza y la complejidad de la naturaleza revelan la pobreza de nuestra forma ordinaria de considerar la salud, especialmente nuestro empeño por intervenir desde el exterior, de manera forzada e irrespetuosa, en sistemas cuyo equilibrio interno es tan delicado que sólo admiten corrección de parte del «médico interior». Así como las reformas exteriores sólo ejercen un efecto limitado sobre el cuerpo político, de igual forma los tratamientos externos son insuficientes para curar el cuerpo si el espíritu está en conflicto.

En muchos casos se están volviendo a adoptar métodos tradicionales, no tanto por nostalgia, cuanto por reconocer que los métodos «modernos» han sido una aberración, al intentar imponer algún tipo de orden estúpido a una naturaleza mucho más ordenada de cuanto podamos imaginar. Por ejemplo, el siglo veinte nos ha traído la alimentación infantil por biberones cada cuatro horas, ha ajustado los partos y las cesáreas a las conveniencias de los médicos y los hospitales, ha confinado el nacimiento y la muerte a recintos aislados, estériles, desprovistos de todo consuelo humano.

En un parto moderno típico, se saca al niño, drogado, de su madre, asimismo drogado, se le somete a un shock de luces brillantes y ruidos estruendosos, se le envuelve en tiras, se le empaqueta, y se le coloca en una caja de plástico. Su padre puede contemplarlo a través de un cristal, sus hermanos ni eso. Y sin embargo, hoy en día se sabe que entre madre e hijo se crea un «lazo» físico y emocional decisivo, con tal de darles tiempo suficiente después del alumbramiento: parece que el contacto visual y táctil, la sonrisa y el amamantamiento producen un efecto a largo plazo sobre su mutua relación y el desarrollo posterior del niño. Prácticas tomadas de otras culturas, y viejas costumbres propias resucitadas, nos descubren los sorprendentes beneficios que se derivan del comportamiento «natural» con el recién nacido: los tiernos abrazos de la madre, el jugueteo del padre, la leche materna que contiene sustancias de importancia crucial para el desarrollo, la voz humana que desencadena en el niño toda suerte de micromovimientos.

La importancia de esa vinculación ha podido ser cuantificada en numerosos estudios interculturales, que han demostrado la existencia de fuertes correlaciones entre ese lazo y la sensibilidad ulterior de la madre, el cociente intelectual a largo plazo del hijo y la menor incidencia de abuso o descuido por parte de la madre. Parece que existe también una vinculación paterna. En Suecia, los padres a quienes se les permitió estar en contacto con sus bebés en el hospital, continuaban teniendo con ellos un contacto mucho mayor tres meses más tarde. Otros estudios a largo plazo han demostrado una capacidad social muy superior en los hijos de padres que se ocuparon de ellos y los cuidaron en su primera infancia.

Al principio, la profesión médica no prestó el menor interés al establecimiento de esos lazos. Cuando se decidió a capitular, lo hizo de forma repentina e inesperada. En 1978, la AMA (American Medical Association) hizo público su respaldo a los enfoques obstétricos que toman en consideración la importancia de la vinculación madre-hijo.

Obviamente, los hospitales modernos no fueron diseñados pensando en rodear los nacimientos de un entorno familiar, lo que ha dado lugar a una enorme oleada de nacimientos en casa en los últimos años. Al principio, la profesión médica contemplaba con alarma esta tendencia, pero lo que supuso un auténtico shock para ella fue la constatación de que ello traía consigo un mayor coeficiente de seguridad. Después de haber estudiado casi mil doscientos casos de nacimientos en familia, el Ministerio de Salud del Estado de California encontró que este tipo de alumbramientos era más seguro que la media estatal *en cualquier forma de cómputo* (es decir, incluso excluyendo a las madres que, por ofrecer mayores riesgos, habían sido atendidas necesariamente en hospitales). En los partos hospitalarios se registraron más del doble de fallecimientos entre los recién nacidos, y en presencia de complicaciones, ¡las comadronas sobrepasaron en eficiencia a los propios médicos! (Por ejemplo, las técnicas empleadas por las comadronas reducían los desgarros a un 5 por ciento de los casos, mientras que en los partos asistidos por médicos el porcentaje se elevó al 40 por ciento.)

A la vista de la actitud de rebelión de los potenciales usuarios de sus servicios, un número creciente de hospitales se ha aprestado a hacer la competencia, intentando convertir el departamento de obstetricia en un «hogar lejos del hogar», dotándole de un entorno humano con la ventaja de tener acceso a todo tipo de instalaciones de emergencia. En el New Life Center del Hospital Familiar de Milwaukee, y en los Centros de

Nacimiento Alternativo del Hospital General de San Francisco y del Hospital Presbiteriano de Hollywood, los padres, junto con sus demás hijos, viven en apartamentos de aspecto hogareño, en los que pueden escuchar música, visitarse unos a otros durante los dolores del parto, y comer juntos.

Muchos hospitales han adoptado el método de alumbramiento del obstetra francés Frederic Leboyer. El niño viene al mundo en un entorno silencioso, debidamente iluminado, donde es acogido y masajeado con suavidad, metiéndosele enseguida en un baño caliente. Un médico del Centro médico presbiteriano de San Lucas en Chicago señalaba la «sonrisa casi universal» que aparece cuando el bebe se estira. Un médico de Florida lo describía a sus colegas, diciendo: «No es un procedimiento, sino una concepción». Leboyer ha descrito su descubrimiento gradual de la conciencia y la inteligencia del recién nacido, fenómeno contra el que había sido prevenido a lo largo de su formación médica. «Es toda una *persona*, plenamente consciente, merecedora de respeto. » Una investigación francesa ha estudiado ciento veinte bebés nacidos con el método Leboyer, todos ellos hijos de madres de la clase trabajadora, que no sabían nada acerca del método, a su llegada al hospital para dar a luz. Estos bebés obtuvieron mejores puntuaciones que la media de los restantes en las escalas de psicomotricidad, tenían mejores digestiones, anduvieron antes, y, sorprendentemente, tenían mayores probabilidades de resultar ambidextros.

Leboyer participó en la conferencia que tuvo lugar en Los Angeles en 1978 y que tenía como fin organizar una fundación, Our Ultimate Investment, dedicada al «nacimiento consciente», y patrocinada por Laura Huxley, viuda de Aldous Huxley. El fuerte convencimiento acerca de los aspectos espirituales y psicológicos del parto, la atención infantil y la vinculación madre-hijo ha conducido a la creación de una red, que lleva el nombre de NAPSAC (National Association of Parents and Professionals for Safe Alternatives in Childbirth). El interés por el tema, extendido por todo el país, ha inspirado la organización de conferencias, seminarios, libros y redes informales de mutua ayuda. Y ha favorecido también en gran medida el aumento del apoyo ofrecido a los métodos naturales reconocidos de asistencia en torno al nacimiento, como el método Lamaze y la Liga de la Leche, red de mutua ayuda para mujeres que desean amamantar a sus hijos.

Una mujer de las que respondieron al cuestionario de la

Conspiración de Acuario describía el nacimiento de su hijo como «una experiencia altamente psicodélica sin drogas, una experiencia cumbre». Su esposo, que actuó de comadrón, consideraba también el nacimiento como uno de los momentos cumbres de su vida, y se sentía «haber nacido como padre». La madre aseguraba sentirse agradecida a todas las mujeres que la habían precedido «pariendo a sus hijos a su manera, y luchando por sacar el nacimiento del campo de la medicina para devolverlo a los padres y a los hijos, que es a quienes pertenece».

Y si el número de padres progresistas que reclaman que el nacimiento tenga lugar en su casa o en un entorno similar al doméstico no deja de crecer, también muchas personas que se encuentran al borde de la muerte desean morir en sus casas o buscan para ello alguna de las pocas instituciones u hospicios disponibles, concebidos como centros humanos de atención a los moribundos según el modelo del hospital de St. Christopher's en Londres. Los defensores de este movimiento institucional lo describen como «una concepción, más que un lugar específico, exactamente como se dijo del método Leboyer, considerado como tal más que como una técnica específica. «El movimiento hospicial», decía un informe publicado en la revista Science, relativo a un encuentro de dos días de duración celebrado por los Institutos Nacionales de Salud en torno al tema de los hospicios "lejos de constituir un fenómeno aislado y especializado, proporciona un modelo para replantear sobre nuevas bases todo el sistema de atención a la salud."

«En último término, lo que determina la cuestión del derecho a morir, es el concepto que se tiene de la vida, no el concepto de la muerte», apunta Hans Jonas, profesor de filosofía en la Nueva Escuela de Investigación Social. «La responsabilidad de la medicina se extiende a la totalidad de la vida. Y su deber es proteger la llama de la vida mientras arde, pero no, conservar las ascuas del rescoldo. Menos aún, consiste en infligir sufrimientos y en acumular indignidades.» En muchos Estados cabe hoy en día rechazar la tecnología para retrasar la muerte, tubos, respiración artificial, etc., en nombre del «derecho a morir».⁸

El proyecto Shanti de Berkeley emplea consejeros profesionales y voluntarios para atender amorosamente a los moribundos y a sus familiares. En el Centro de Curación Actitudinal de Tiburón, en California, el psiquiatra Gerald Jampolsky supervisa a un grupo de niños amenazados de muerte por enfermedades como leucemia. Semanalmente, se reúnen en las casas de unos y otros para compartir sus

temores, para meditar juntos, y para aportar pensamientos positivos de curación a los que, de entre ellos, se encuentran en crisis. El centro, gracias a una subvención concedida por la compañía Pacific Bell, ha podido crear una red telefónica de mutua ayuda, de modo que los niños de todo el país pueden hablar entre sí y comunicarse sus experiencias comunes en relación con las enfermedades peligrosas que padecen o han padecido.

De todas las profecías que nuestra cultura se encarga de cumplir, la presuposición de que el cumplir años equivale, a partir de un cierto punto, a entrar en la cuesta abajo y a comenzar a flaquear de la salud, es la más mortífera. Aunque las investigaciones han demostrado que hay muchas formas de llegar a una edad avanzada, nosotros nos sentimos predispuestos a la senilidad y a la muerte. Retiramos a las personas de edad de todo trabajo significativo: a los ancianos ricos se les atrae a ghettos soleados y sin niños, y los ancianos pobres son abandonados a su suerte en vecindarios que sus propias familias dejaron tiempo atrás. Incluso los enfermos que pueden andar son con frecuencia internados en casas de salud.

Pero ha llegado la revolución. No se trata sólo de una minoría de ancianos que se expresa con canciones diciendo: «No, no iremos», sino de una generación joven que, simpatizando con su causa, es probable que milite con más fuerza en su favor. Las ideas de Maggie Kuhn, de las Panteras Grises, son características de las concepciones del Centro Radical con respecto a las personas de edad:

"No es preciso que midamos nuestras fuerzas contra los jóvenes. No queremos ser adversarios. Si no que juntos, junto con vosotros, jóvenes, queremos conspirar. Necesitamos un cambio social radical, un programa nuevo. Un programa semejante incluiría una política de alojamientos que permitiera la integración de las diversas edades, y pondría fin al retiro obligatorio.

Juntos podríamos diseñar centros de salud holística, plantear cambios y desafíos que muestren el camino de una amplia transformación institucional.

Estamos experimentando una nueva forma de humanidad y el poder de nuestra energía corporativa para cambiar la sociedad.

Me entristece contemplar que quienes están en mi misma situación dirigen todos sus esfuerzos a conseguir algún trato ventajoso,

como una reducción de impuestos. Los tratos de favor son Novocama. Alivian el dolor, pero no resuelven el problema.

Podemos formar una coalición. Y podemos experimentar. Aquellos de nosotros que somos viejos podemos permitirnos vivir peligrosamente. Tenemos poco que perder".

Kuhn anima a sus colegas a asistir a cursos universitarios, a enrolarse en actividades autorrealizadoras, y a acometer iniciativas imaginativas. Un grupo de Panteras Grises compró conjuntamente varias casas antiguas en una ciudad, para renovarlas, o bien para ocuparlas o alquilarías.

El programa nacional SAGE, Senior Actualizations and Growth Explorations (Exploraciones para la actualización y crecimiento de los ancianos) combina terapias espirituales y corporales: acupuntura, meditación, Tai Chi, música, e incluso oportunidades de intercambio. La Asociación Nacional de Gerontología Humanista, de reciente creación, reúne a profesionales interesados en fomentar enfoques alternativos del envejecimiento. A las reuniones del Phoenix Club, fundado por Jerome Ellison, pueden asistir personas de todas las edades. Las actividades y el apoyo mutuo pretenden hacer de la segunda mitad de la vida una aventura creativa y espiritual.

Como podía predecirse, han surgido también nuevas maneras de enfocar el tratamiento de los desórdenes mentales. La ciencia médica no se siente tan segura ya de la eficacia de sus métodos convencionales, ni siquiera de sus principales medicamentos tranquilizantes. Los nuevos medicamentos han aumentado grandemente el número de pacientes hospitalizados capaces de volver a funcionar en el mundo ordinario cotidiano, pero han hecho poco por atajar la disonancia interna que ayudó a desencadenar la psicosis.

La psiquiatría de Occidente está comenzando a sentir respeto por las ideas de ciertas sociedades que consideran la locura como un intento de hacer surgir una nueva visión de las cosas. Una psicosis aguda podría ser una especie de estrategia eruptiva para resolver un conflicto, un proceso natural posiblemente valioso, en vez de un síntoma que deba ser erradicado con la mayor rapidez. El aislamiento en un lugar seguro y la comprensión resultan a veces más efectivos que el potente medicamento, de efectos puramente transitorios, que generalmente se administra a los pacientes psicóticos. En un estudio realizado en California, los jóvenes

esquizofrénicos que no fueron medicados se recobraron de sus psicosis agudas dos semanas más tarde que aquellos a quienes se administró Thorazine, pero tuvieron que ser reingresados con mucha menor frecuencia a lo largo del año siguiente.

Psiquiatría significa literalmente «medicina del alma». No es probable que pueda curarse un alma rota con grandes dosis de tranquilizantes; más bien, lo que hacen es interrumpir las pautas cerebrales de desasosiego y conflicto, al alterar más aún la química perturbada del cerebro. Si recordamos que el cerebro tiene capacidad para negar o para transformar el conflicto, podemos entender la observación de Menninger, cuando dice que muchas personas que se recuperan de su locura se ponen «mejor que bien». Han alcanzado un nuevo nivel de integración; es otro ejemplo de cómo el estrés puede conducir a una evolución individual.

Algunas comunidades organizan retiros, para que las personas que sufren tensiones puedan encontrar descanso y ayuda antes de que sus conflictos traspasen los límites que pueden soportar. Algunos de estos retiros se ocupan incluso de perturbaciones psicóticas. Diabasis House en San Francisco y Crossing Place en Washington son instituciones residenciales que han demostrado su eficacia incluso con pacientes psicóticos agudos, y cuestan mucho menos que los hospitales psiquiátricos.

El miedo frente a los comportamientos creativos y los estados místicos ~s decir, frente al lado intuitivo de la experiencia humana- ha conducido a innumerables cazas de brujas a lo largo de toda la historia. El psiquiatra R. D. Laing culpa de ello a la ambivalencia de la sociedad respecto de las necesidades interiores, y a su unánime rechazo frente a toda aspiración espiritual, escollo en que han naufragado tantos artistas y místicos a lo largo de la historia. Hoy en día, un número creciente de antiguos enfermos mentales está uniendo sus fuerzas para oponerse a lo que consideran un tratamiento insensible de la enfermedad mental, y para promover una mayor confianza en terapias tan poco intervencionistas como el biofeedback, la meditación, la nutrición y el aislamiento, en lugar de acudir a los medicamentos o al electroshock. Una de estas redes es la Asociación de Alternativas Psiquiátricas del Área de la Bahía. Muchos psiquiatras están interesados en las terapias alternativas.

Hay también un interés creciente por los sistemas tradicionales y populares de curación. Médicos, enfermeras, psicólogos y antropólogos

están asomándose a prácticas chamánicas (técnicas nativas de curación) de diversas culturas: chinas, nativas de América, tibetanas, africanas, japonesas. Las compañías de seguros reembolsan hoy día a los esquimales de Alaska el importe de sus visitas a sus propios chamanes, y a los Navajos de Arizona, las visitas a sus curanderos. Los chamanes ayudan al enfermo a buscar el sentido de su enfermedad en su entorno familiar o comunitario. Los sistemas tradicionales de sanación consideran la enfermedad como una perturbación de la armonía del individuo con los demás y con la naturaleza.

La medicina popular de Brasil, conocida a veces como *cura*, puede ser un anticipo de la síntesis que se está operando en algunas partes del mundo. La *cura* es una mezcla de medicina occidental, sanación espiritual, herboristería, homeopatía, y tradiciones curativas africanas y amerindias. Se cree que alrededor de sesenta millones de brasileños participan de la *cura*, pero ese número está creciendo rápidamente con nuevos usuarios provenientes de las clases medias y bien educadas. La *cura* comprende el cuerpo, las emociones y el alma. Hay un gran respeto por la «ascendencia moral» del sanador, pero también por los conocimientos del médico adquiridos a lo largo de su formación. La *cura* da importancia a todo lo que es eficaz para curar, y proporciona un grupo de apoyo a los que acuden a ella.

El poder curativo

«Estoy convencido de que el poder curativo es algo real», afirmó Jerome Frank en Nueva York en una conferencia sobre sistemas de medicina alternativa. Pero a continuación expresó sus dudas de que en un futuro próximo pudiera ser apreciado con claridad suficiente como para conseguir plena aceptación por parte de los científicos occidentales.

Hoy en día contamos, no obstante, con una rejilla científica explicativa que permite entender la existencia de una resonancia curativa entre las personas. El teorema de Bell, las teorías holográficas de Bohm y Pribram, y otras hipótesis radicales proporcionan un modelo para poder comprender la conexión entre las personas. La imagen del cuerpo como un campo reactivo de energía, predominante en la filosofía oriental, coincide con la evidencia de que los meridianos de la acupuntura son reales y de que los chakras de la tradición budista pueden también tener un fundamento real. Dolores Krieger, profesora de enfermería en la

universidad de Nueva York, ha demostrado elegantemente la producción de cambios en los valores de la hemoglobina en pacientes sometidos a una especie de «scanning» curativo, en el que los que lo practican no tocan siquiera el cuerpo, pero intentan sentir los cambios de sensaciones inducidas por él, calor, frío, cosquilleo, según pasean sus manos por encima de regiones del cuerpo determinadas.

Hay también otros fenómenos que evidencian la realidad del poder curativo: la presencia de frecuencias cerebrales inhabituales en las personas que intentan sanar a otros con su poder, cambios enzimáticos, cambios electroencefalográficos en el «sanando», la remisión inexplicable de tumores en ciertos casos, y otros ejemplos atestiguados de curaciones más rápidas de lo normal. Los médicos sienten gran interés en estos fenómenos. El método de Krieger, por ejemplo, ha sido dado a conocer a miles de personas por todo el país a través de talleres de un día de duración sobre el «toque terapéutico», especialmente a enfermeras, y la propia Krieger ha sido invitada por varios hospitales de Nueva York para enseñar el método a todos sus equipos de enfermería. Muchos doctores también utilizan hoy métodos parecidos. Sanadores no ortodoxos, como Rolling Thunder, Olga Worrall, Paul Solomon y Jack Schwarz, han pronunciado conferencias en diversas escuelas de medicina y han dirigido talleres para médicos y estudiantes de medicina.

Aunque la sanación psíquica pueda resultar ser un valioso auxiliar de la medicina en el futuro, no es probable que llegue a convertirse en una forma de tratamiento principal, por una razón muy sencilla. El «sanador» se comporta de una forma muy similar al doctor, esto es haciendo algo *al* paciente. Los sanadores chamánicos, los *curanderos* de Sudamérica, por ejemplo, advierten a sus clientes que ellos pueden influir sobre los síntomas, pero que lo que no pueden es cambiar el proceso interno causante de la enfermedad. Los síntomas pueden desaparecer por un tiempo, pero lo más frecuente es que no se haya cambiado la matriz más profunda de la enfermedad. Solamente la persona misma puede curarse desde dentro.

Sin embargo, el estado mental que requiere la sanación es específicamente beneficioso para el sanador, y también para la relación entre terapeuta y paciente. Un científico británico ha observado una configuración específica de los ritmos cerebrales en la mayoría de los sanadores espirituales estudiados por él. (En Inglaterra hay miles de sanadores con licencia, permitiéndoseles trabajar en los hospitales.) Un

médico, conectado al aparato detector de ondas cerebrales, no conseguía en su ansiedad reproducir esa pauta característica. Finalmente, el investigador le sugirió con simpatía: «Imagínese que está tratando a un paciente. Pero no tiene medicinas, ni equipo. *No puede ofrecerle nada, salvo su compasión*». Al punto, la frecuencia cerebral del médico adquirió la pauta característica del «estado curativo».

Rober Swearingen, un ortopedista de Colorado, cuenta haberse encontrado un día en una sala de urgencia con un paciente que sufría intensos dolores por haberse dislocado un hombro. El resto del equipo clínico estaba atendiendo un caso aún más urgente, de modo que ni siquiera podía llamar a una enfermera para poderle administrar algún tranquilizante o algún analgésico.

"En ese momento, me sentí abrumado por una sensación de impotencia y de dependencia con respecto a la tecnología. Parte para entretener al paciente, parte para calmarme a mí mismo, comencé a sugerirle que se relajara. De pronto, sentí cómo el hombro se aflojaba, y con la colaboración del paciente, pude volverlo a su lugar sin causarle dolor y sin necesidad de ningún calmante".

Esta experiencia cambió toda su carrera, no sólo porque a partir de entonces pudo enseñar a todo el mundo la práctica de este procedimiento indoloro, sino también por haber descubierto la importancia crucial del factor humano en la medicina. También descubrió que podía entablar una relación no verbal con sus pacientes, una especie de «escucha» que le permitía diagnosticar por intuición con mucha mayor precisión de lo que habla alcanzado con toda su tecnología.

Un famoso psicólogo hizo en una ocasión, privadamente, la observación de que el biofeedback es la última forma de placebo, un paso intermedio para médicos y pacientes demasiado apoyados aún en la tecnología «dura», y que aún no se han dado cuenta de que todo sucede en el interior de un cerebro «blando», que se desvanece en un torbellino de partículas cuando se le examina más de cerca. «Todo está en la imaginación», dijo. Podemos conseguir las cosas tal como las imaginamos y deseamos.

En el siglo dieciséis, Paracelso decía de los médicos de su tiempo que «conocen sólo una pequeña porción del poder de la voluntad». Por

otra parte, a otro nivel, todos sabemos que uno puede morir si tiene «partido» el corazón, que el estado de tristeza prolongada en una mujer puede afectar al hijo que lleva en su seno, y que las personas de edad no se vuelven seniles si mantienen vivo el interés por la vida.

Seguramente, el día de mañana los historiadores se asombrarán de la herejía que cometimos en las últimas décadas, al dejar de lado el espíritu, en nuestro esfuerzo por curar el cuerpo. Hoy en día, al recobrar la salud, nos reencontramos a nosotros mismos.

1. No hay que subestimar el papel de la predisposición genética o de ciertas influencias exteriores, tales como el fumar. La enfermedad o la salud se originan en un medio. El hecho que un conflicto no resuelto o un cambio se traduzcan en enfermedad viene influido en parte por la vulnerabilidad genética, que nos inclina hacia desórdenes específicos. Quien tiene una historia familiar con una elevada incidencia de casos de alergia, diabetes, esquizofrenia o enfermedades cardiacas, es más probable que experimente este tipo de desórdenes, en caso de estrés, que cáncer, pongamos por caso.

2. Grant Wood (1892-1942): pintor americano, de Iowa, uno de los principales exponentes del regionalismo del Midwest. Antiguo artesano y vidriero, quedó fascinado en Alemania por la obra de los primitivos flamencos, Memling, Holbein y Durero. En 1930 causó sensación en Chicago con la exposición de su obra "American Gothic" que representa a un predicador y su hija, sobre un fondo arquitectónico neogótico, con una apariencia de realismo flamenco absolutamente inhabitual en el arte americano. (*N. del T.*)

3. En la mayor parte de estos estudios, el *diagnóstico* de cada paciente viene *previsto* por el estudio de su personalidad. Aquellos en quienes más tarde se confirma la aparición del cáncer se comparan después con quienes ofrecieron características negativas en sus tests. Algunos estudios han hecho un largo seguimiento, continuado durante décadas, de algunos grupos, para intentar determinar si quienes finalmente desarrollaron un cáncer tenían características de personalidad distintivas, o tensiones vitales semejantes.

4. De hecho, las reuniones de Airlehouse habían venido precedidas por un «taller de potencial humano» de diez días de duración, celebrado en Londres en mayor de 1975, en el que varios conferenciantes, Moshe Feldenkrais, Rick Carlson, Fritjof Capra, Werner Erhard y otros habían intercambiado ideas sobre el potencial de cambio social latente en el tema «Fronteras de la medicina y de la ciencia».

5. *Blue Cross-Blue Shield* (Cruz Azul-Escudo Azul): nombres de las dos asociaciones de seguridad médica privada más conocidas en los EE.UU. (*N. del T.*)

6. Todo campo abierto e impreciso como es la "salud holística", ofrece abundantes oportunidades para el fraude y las promesas excesivas. Una de las reglas fundamentales consiste en asegurarse de que los procedimientos no ortodoxos se usan únicamente como complemento de otros tratamientos convencionales comprobados, en vez de exponer a los sujetos a riesgos innecesarios. Los eventuales usuarios de estas técnicas deben precaverse de quienes las practican haciendo promesas no garantizadas o cobrando por ello honorarios exorbitantes.

En ocasiones se ha reclamado una especie de licencia para poder ejercer estas técnicas, pero los debates sobre el tema, por lo general han llegado a esta conclusión: la medicina holística es una perspectiva no es una disciplina ni una especialidad. Y ni siquiera se puede saber con seguridad qué es lo que funciona. Como decía Marshall McLuhan en una ocasión: "El misticismo es la ciencia del mañana; hoy no hacemos más que soñarla". No siempre es fácil definir la línea que divide el nuevo paradigma por loco que parezca, de lo que solo es pura charlatanería.

7. A fines de 1979, en respuesta a la presión ejercida por el gobierno y a varios procedimientos judiciales entablados contra ella, la AMA (American Medical Association) comenzó a difundir un nuevo código deontológico que admitía la colaboración de los médicos con otros profesionales de la salud. Los psicólogos desafiaban también ante los tribunales a los colectivos de médicos y compañías de seguros, reclamando su derecho a cobrar como profesionales de la atención sanitaria.

8. Otro indicador del cambio que se está operando en medicina hace

veinte años, sólo el 10 por ciento de los médicos encuestados eran partidarios de decir a sus pacientes que tengan cáncer, mientras que una reciente investigación ha encontrado que un 97 por ciento están a favor de decírselo.

IX. APRENDER A APRENDER

Me gustaría poder volar, si todo el mundo fuese capaz; pues si no, llamaría demasiado la atención.

Una niña de 12 años, citada por DAVID RIESMAN
en *La muchedumbre solitaria*.

Sois vosotros, son vuestras caras extrañadas que pasan junto a las maravillas sin darse cuenta.

FRANCIS THOMPSON

Estamos a punto de comprender nuestro lugar en el universo, la magnitud de nuestros poderes latentes, y la flexibilidad y trascendencia de que somos capaces. Los descubrimientos científicos de vanguardia lanzan un continuo desafío: si es verdad que nuestra memoria tiene tanta capacidad como demuestran las investigaciones, si nuestra conciencia es tan vasta, y nuestros cerebros y cuerpos tan sensibles; si es verdad que podemos provocar cambios fisiológicos a voluntad hasta en una sola de nuestras células, si somos herederos de un virtuosismo evolutivo semejante, ¿cómo es que nuestros niveles de aprendizaje y de realización son tan mediocres? Si somos tan ricos, ¿por qué somos tan poco inteligentes?

Este capítulo trata del aprendizaje, en su más amplio sentido. Trata de nuestras sorprendentes capacidades, de nuevas fuentes de conocimiento, de la creatividad, y del dominio de todas ellas. Trata del aprendiz que llevamos dentro y que está aguardando a que lo liberemos. Y trata de cómo ese aprendiz vino a perder su libertad... de la enorme ineptitud para enseñar de nuestra cultura, con un sistema educativo para el que «estar en lo cierto» es más importante que mantenerse abierto. Estamos empezando a detectar en el malestar y en las enfermedades de nuestra vida adulta unas pautas elaboradas, que son resultado de un sistema que nos enseñó a

estamos quietos, a mirar al pasado, a atenernos a lo mandado y a apoyarnos en certidumbres. El miedo a aprender, y a la transformación que puede traer consigo, es el fruto inevitable de un sistema semejante.

Esa es la dolorosa paradoja humana: un cerebro dotado de infinita plasticidad y capacidad de auto-trascendencia, pero igualmente susceptible de ser entrenado para observar una conducta auto-limitadora. Esto es algo evidente incluso en niños recién nacidos: las modernas técnicas de investigación nos han mostrado su increíble sensibilidad, su capacidad de detectar pautas de comportamiento, de reaccionar frente a sutiles cambios emotivos de la voz humana, de sentirse atraídos por los rostros, y de discriminar los colores. Pero la ciencia también nos ha mostrado con qué facilidad se puede programar a los recién nacidos. Se les puede condicionar para que reaccionen a una luz o a una campana, de un modo semejante a los perros cuya segregación salivar provocaba los famosos experimentos de Pavlov. Tanto Teilhard como Skinner tenían razón: somos capaces de dar saltos evolutivos y de dejarnos condicionar en una caja.

Los visionarios siempre han afirmado que la única manera de construir una sociedad nueva consiste en cambiar la educación de la generación más joven. Ahora bien, esa misma sociedad nueva es la fuerza necesaria⁴ capaz de introducir ese cambio educativo. Es como el viejo dilema: no puedes encontrar trabajo si no tienes experiencia, pero no puedes tener experiencia mientras alguien no te dé un trabajo.

Las escuelas son burocracias apoltronadas, en las que no hay necesidad de competir comercialmente, ni de ser reelegidos, ni de atraer pacientes ni clientes. Los educadores a quienes les gustaría introducir alguna innovación tienen escasa autoridad en la materia, relativamente hablando.

El ciudadano medio no puede sin más boicotear estas instituciones. Los colegios privados están por encima de las posibilidades de la mayoría de las familias, y tampoco es seguro que ofrezcan mayores ventajas que los centros públicos. Pero algunos padres han empezado a decir que la exclusión deliberada de sus hijos respecto de la escolaridad obligatoria, lo que constituye una ilegalidad en la mayoría de los Estados, no difiere gran cosa de la resistencia a alistarse en una guerra inmoral.

Entre los conspiradores de Acuario encuestados, había más personas relacionadas con la educación que con cualquier otra forma de trabajo singularmente considerada. Había maestros, planificadores, funcionarios del ramo, psicólogos educativos. Todos estaban de acuerdo en que la educación es una de las instituciones *menos* dinámicas, por muy detrás de la

medicina, la psicología, la política, los medios de comunicación y otros aspectos de nuestra sociedad.

Como decía uno de ellos, están «en lucha pacífica» dentro del sistema. Hay también héroes en la educación, como siempre los ha habido en todos lados, que intentan traspasar los límites de la antigua estructura; pero sus esfuerzos se ven a menudo obstruidos por sus propios compañeros, por la Administración o por los padres. Mario Fantini, antiguo consejero educativo de la Ford, miembro hoy día de la universidad del Estado de Nueva York, decía abiertamente: «La psicología del desarrollo sólo puede entrar de contrabando en las escuelas».

Sin embargo, hay razones para ser optimista. El error ha sido creer que teníamos que empezar por las escuelas. Las escuelas son reflejo de nuestra forma de pensar, y cambiar de forma de pensar es posible.

Según John Williamson, antiguo director de planificación y actuación del Instituto Nacional de Educación, «El fallo del movimiento de "vuelta a lo esencial" y de la mayoría de los esfuerzos por reformar la educación en este país ha sido dejar de lado el punto de vista del sentido común». No hemos tenido en cuenta las variables críticas, decía: las convicciones personales limitadoras de los estudiantes, el nivel de conciencia de los educadores, las intenciones de la población.

Convicciones, conciencia, intenciones. Es fácil comprender por qué las reformas paulatinas son ineficaces, al estar los problemas hundidos en el mismo fango de la vieja noción de la naturaleza humana, con la que están inextricablemente relacionados. Ese enfoque y manejo, profundamente erróneo, de los problemas hace que la educación convencional haya fracasado a la hora de enseñar unas habilidades básicas y de fomentar la propia estimación. Tal vez el movimiento «esencialista» podría canalizarse hacia un nivel más profundo: hacia el cimiento rocoso, hacia los principios y relaciones subyacentes, hacia una educación «realmente» universal. Entonces podríamos sentirnos sólidamente afianzados.

Sólo una nueva perspectiva puede engendrar los nuevos programas y aportar los reajustes necesarios. Así como los partidos políticos caen al margen de los cambios operados en la distribución del poder, la lucha por el cambio en la educación tampoco tiene como primer escenario a la escuela. Hay fuerzas sutiles en marcha, factores que no son fáciles que aparezcan en los titulares de los periódicos. Por ejemplo, decenas de millares de enseñantes, de psicólogos y consejeros educativos, de administradores de la educación, de investigadores, y de profesores universitarios de las facultades docentes se cuentan entre los millones de

personas que se encuentran en proceso de transformación personal. No hace mucho tiempo, han comenzado a ligarse entre sí, en el ámbito regional y nacional, con la idea de compartir estrategias, y de conspirar en favor de la enseñanza de lo que todos ellos más valoran: el desarrollo de la libertad, de la esperanza, de la conciencia, de la creatividad, y de nuevas pautas y conexiones que conduzcan a todo ello. Están ansiosos de compartir sus descubrimientos con todos sus compañeros que estén dispuestos a escucharlos.

Y hay muchos que están *dispuestos*, veteranos de antiguos movimientos en favor de la humanización de la escuela, que tuvieron éxito en alguna medida. Y aprendieron mucho. Si el activismo social ha cambiado de postura en los últimos años, pasando del enfrentamiento a la cooperación, también los reformadores de la educación están cambiando de táctica. Una nueva fuerza es también el nuevo estilo de relación entre padres y educadores. Maestros, administradores y directivos escolares, que simpatizan con ellos, están trabajando juntos, en vez de enfrentarse unos a otros.

Estas redes tienen como aliado a la *investigación científica*. Comenzamos a darnos cuenta con una claridad apabullante de lo antinaturales que han sido nuestros métodos educativos, y de las razones por las que han obtenido resultados tan pobres, si es que han conseguido alguno. La investigación sobre el funcionamiento del cerebro y sobre la conciencia demuestra que si queremos desarrollar nuestro potencial es preciso que cambiemos nuestra forma de enseñar.

Otro factor importante de cambio es la *crisis*. Todos los fracasos de la educación son un síntoma, como la fiebre, de una lucha profunda por recuperar la salud. La tarea de la Conspiración de Acuario es hacer un diagnóstico desapasionado de esa enfermedad, para mostrar la necesidad de una síntesis, de un cambio de paradigma más que de un cambio pendular.

Con el ensanchamiento de los cauces de la educación, entra en escena una fuerza formidable, capaz de alterar sus contornos: la *competencia*. El aprendizaje se da *hoy* en todas partes, en múltiples *formas*: en el «Barrio Sésamo», en el *peloteo interno* y el Sentido que *entraña* cada situación, en las cooperativas de enseñanza y de aprendizaje, en los ordenadores, en la FM, en los manuales de autoayuda, en las revistas, en los cassettes y en los documentos televisivos.

El factor de cambio más poderoso reside, sin embargo, en la creciente convicción de millones de adultos de que sus frustraciones y lo

minúsculo de sus expectativas provienen en gran medida de su educación escolar.

Enfermedad paidogénica.

Si no enseñamos ni aprendemos, no podemos estar despiertos ni vivos. Aprender no es solamente algo semejante a la salud, sino que *es* la salud misma.

Por su calidad de máximo órgano individual de influencia en nuestros años de formación, puede decirse que el colegio, la escuela, ha sido el instrumento de nuestras actitudes más negativas: el rechazo, la inconsciencia, el conformismo, las relaciones inconsistentes. Igual que la medicina alopática trata los síntomas sin preocuparse por la totalidad del sistema, la escuela fracciona el conocimiento y la experiencia en «asignaturas», reduciendo incesantemente los todos a partes, las flores a pétalos, la historia a sucesos, sin preocuparse nunca por restablecer la continuidad. Neil Postman y Charles Weingartner lo han expresado así en su obra *La enseñanza como actividad subversiva*:

"El Inglés no es Historia, y la Historia no es Ciencias, ni las Ciencias son Arte, ni el Arte es Música, y el Arte y la Música son asignaturas menores, mientras que el Inglés, la Historia y las Ciencias son asignaturas principales, y una asignatura es algo que uno «hace», y una vez que la ha «hecho», ya ha «terminado» con ella, está inmunizado, y no tiene por qué «hacerla» de nuevo (¿Teoría de la Educación como vacuna?)."

Pero lo peor es que este fraccionamiento mental acarrea con frecuencia también el del espíritu. La enseñanza alopática produce el equivalente de las enfermedades *iatrogénicas*, «causadas por el propio doctor»: enfermedades, incapacidades, causadas por la forma de enseñar del mismo profesor. Podríamos llamarlas enfermedades *paidogénicas*. El niño, que puede haber llegado al colegio intacto, con todo su deseo naciente de riesgo y de aventura, se tropieza con tensiones suficientes como para ir recortando más y más su capacidad de exploración. Ni siquiera los médicos, en todo su apogeo, cuando eran considerados modelos cuasi divinos, han gozado nunca de la autoridad que detenta en su

clase un simple profesor, que puede distribuir premios, fracasos, amor, humillación e información a su alrededor a un gran número de jóvenes relativamente inermes y vulnerables.

El malestar, el no sentirnos a gusto con nosotros mismos, probablemente es algo que para muchos de nosotros comenzó en el aula. Las investigaciones realizadas con biofeedback demuestran la correlación existente entre el recuerdo de una situación preñada de tensiones y la excitación que se manifiesta en el cuerpo. Cuando a los sujetos sometidos a biofeedback se les sugiere que evoquen recuerdos del período escolar, el aparato registra una alarma inmediata. En un taller organizado por la PTA (1), todos los adultos, a los que se había pedido que escribieran sus recuerdos de algún incidente escolar, describieron un suceso negativo o traumático. Muchos adultos describen pesadillas de estar de nuevo en el colegio, de llegar tarde a clase o de haber dejado de hacer los deberes. Puede decirse que la mayoría de nosotros tiene un considerable número de «asignaturas pendientes» por lo que respecta al colegio. Posiblemente ese residuo de ansiedad sigue intimidándonos desde algún rincón de la conciencia, y puede estarnos impidiendo para siempre el afrontar nuevos desafíos y aprender cosas nuevas.

En el capítulo 8 hemos recordado los resultados impresionantes de investigaciones que asocian determinadas características de personalidad con ciertas enfermedades: la dificultad que experimenta el enfermo de cáncer para expresar tristeza o cólera, por ejemplo, o la obsesión del enfermo de corazón por los programas y los resultados. ¿Es posible que nuestra escuela, autoritaria, siempre atenta a los resultados, inductora de miedos, y permanentemente pendiente del reloj, nos haya ayudado a instalarnos en nuestra enfermedad favorita? ¿Acaso no se nos reprimía toda espontánea expresión de rabia, de pena, de frustración? ¿No se nos incitaba a competir, a esforzarnos, a temer el llegar tarde o el no hacer las cosas a tiempo?

Noel McInnis, un educador interesado en el entorno físico del aprendizaje, describe así el proceso: Durante doce años confinamos el cuerpo del niño a un territorio limitado, su energía a una actividad limitada, sus sentidos a una estimulación limitada, su sociabilidad a un número limitado de compañeros, y su mente a una experiencia limitada del mundo que le rodea. «¿Qué es lo que acaba aprendiendo?», Pregunta McInnis. «A no hacer lo que le gusta2. »

Mientras lo que los jóvenes necesitan es una especie de iniciación a un mundo incierto, nosotros les ofrecemos los huesos del cementerio de la

cultura. Mientras lo que quieren es hacer cosas reales, nosotros les atosigamos con tareas abstractas, con espacios en blanco en los que tienen que insertar la respuesta «correcta», con múltiples opciones para ver si son capaces de elegir la respuesta «adecuada». Mientras que lo que necesitan es encontrar sentido, la escuela les obliga a memorizar, separando la disciplina de la intuición y las estructuras globales de sus partes componentes.

Si la salud está en la totalidad, la violencia infligida al sentido de las cosas, y a la propia imagen, por la mayoría de nuestras instituciones educativas es una fuente importante de la enfermedad de nuestra cultura, una fuerza capaz de quebrar la integridad incluso de un niño nacido en un hogar rodeado de amor y seguridad. El trauma comienza con los primeros sentimientos reprimidos, las primeras preguntas sofocadas, y la muda protesta del aburrimiento. No hay hogar que pueda deshacer completamente lo que Jonathan Kozol, al describir sus experiencias como maestro en un ghetto infantil, ha llamado *Morir a una edad precoz*.

Buckminster Fuller afirmó en una ocasión que ni él ni ninguno de cuantos conocía eran unos genios: «Solamente que algunos estamos menos dañados que otros». Como Margaret Mead, Fuller había sido educado fundamentalmente en su propia casa. Se han hecho estudios que han demostrado que una ingente proporción entre las personas que han llegado a realizar algo realmente original fue educada en sus casas, estimulados por sus padres o por otros parientes desde la infancia, impulsados por grandes esperanzas depositadas en ellos.

Aprender para un mundo nuevo

¿Por qué nuestros colegios tienen la costumbre rutinaria de castigar y limitar a los jóvenes? Tal vez porque la escuela, tal como la conocemos, fue diseñada mucho antes de que se tuviera la menor comprensión del cerebro humano, y para una sociedad que hace mucho tiempo que dejó de existir. Más aún, fue diseñada para transmitir un cuerpo de conocimientos bastante específico, proveniente de un período en el que el saber parecía ser algo estable y cierto. Era suficiente dominar el contenido de unos cuantos libros y cursos determinados, aprender los trucos del oficio, y sanseacabó. El estudiante aprendía lo que precisaba para su «campo». Cada oficial conocía su trabajo. El conocimiento se guardaba en sus compartimentos correspondientes, y la gente se mantenía en sus departamentos respectivos. En la muy corta historia de la educación de masas, poco más de un siglo, las escuelas pasaron de enseñar costumbres

piadosas y apenas a leer y escribir, a proporcionar finalmente instrucción en campos como arte y ciencias sociales. La educación se fue «elevando» más y más en términos de elaboración y complejidad.

En todo caso, las escuelas siguieron siendo siempre consideradas como mandatarias de la sociedad, representativas, al menos, de sus mejores esfuerzos por mejorarse a sí mismas. En ellas se enseñaba la obediencia o la productividad, o cualquier rasgo que cada época juzgase conveniente, y eran ocasión de que se «produjeran» más maestros en caso de escasez de profesores, o más científicos, como cuando empezó a preocuparnos el estarnos quedando atrás en el terreno científico después del lanzamiento del Sputnik por la Unión Soviética. Pero si ahora, como atestiguan las encuestas y algunos educadores, lo que la sociedad aprecia ante todo es la *auto-realización*. ¿Cómo enseñar?

Millones de padres se sienten desengañados de la educación convencional, unos porque sus hijos ni siquiera aprenden a leer y escribir con corrección, otros porque consideran que la escuela es deshumanizante. Una reciente encuesta realizada en Oregón permitió ver que la población daba la misma importancia al fomento de la propia estimación que a la enseñanza de las habilidades más fundamentales.

Una revisión del código educativo de California, que autorizó a todos los distritos escolares a establecer escuelas alternativas, subrayaba la importancia de desarrollar en los estudiantes «la confianza en sí mismos, la iniciativa, la amabilidad, la espontaneidad, la capacidad de valerse por sí mismos en una variedad de circunstancias, el valor, la creatividad, la responsabilidad y la alegría», todo un programa de alto nivel. Un estudio encargado por la National Education Association, con el título «Cambio curricular con vistas al siglo veintiuno», advertía que estamos entrando en un período de gran discontinuidad, cambio, e interdependencia entre las gentes y los acontecimientos.

No sin ironía, ya que su propia estructura tiende a paralizarlos, los medios escolares han ido reaccionando lentamente, si es que lo han hecho, frente a los nuevos descubrimientos científicos relativos a la mente y frente al cambio de valores operado en la sociedad. El conocimiento se mueve en general muy lentamente dentro de la escuela; los textos y programas llevan normalmente un retraso de años, e incluso de décadas, con respecto a lo que se conoce en un momento dado en cualquier campo del saber. Salvo al nivel de postgraduados, la educación no se interesa precisamente por la especulación, los avances, las opiniones minoritarias o la investigación de vanguardia.

Una sociedad como la nuestra, sacudida por una implosión de conocimientos y una revolución de su cultura y sus medios de comunicación, no puede sentarse a esperar que una burocracia educativa chirriante le marque el camino en su búsqueda de sentido. Lo que sabemos actualmente de la naturaleza ha hecho saltar en pedazos las fronteras artificialmente levantadas entre diversas disciplinas; la aceleración del cambio tecnológico es tal que la división tradicional entre unas y otras carreras también se desvanece, a la vez que surgen repentinamente nuevas oportunidades. Las nuevas informaciones se precipitan a un recíproco encuentro, encajando entre sí por encima de los límites de cada disciplina.

El sistema educativo ha reaccionado con una lentitud de pesadilla frente al cambio operado en nuestras necesidades, mucho más lentamente que cualquier otra institución. A un coste cada vez más alto (casi el 8 por ciento del Producto Nacional Bruto, comparado con el 3,4 por ciento en 1951), las viejas estructuras no consiguen funcionar. No basta con sustituir el material o retocar los programas².

Aprendizaje: el nuevo paradigma

Las innovaciones educativas han surcado el cielo en todas direcciones como fuegos de artificio, y la mayoría se han extinguido rápidamente, dejando tras sí en el aire solamente el olor del desencanto. Con excesiva frecuencia han considerado tan sólo aspectos parciales de la naturaleza humana, dando así lugar a pequeñas escaramuzas conceptuales: aprendizaje cognitivo frente a aprendizaje afectivo (emocional), flexibilidad o rigidez en la estructuración del marco educativo. Max Lerner ha observado que los teóricos de uno y otro lado del espectro siempre han mirado a las escuelas norteamericanas, con un fervor casi teológico, echando siempre la culpa al otro bando de haber destruido la ciudad celeste.

"¿Quién destruyó nuestro Edén? Los humanistas les echan la culpa a los tecnólogos, los conductistas a los humanistas, los ateos a las iglesias, las iglesias se lamentan de la falta de educación religiosa, los conservadores culpan a los progresistas, y así sucesivamente".

En realidad nunca tuvimos una ciudad celeste. Nuestras escuelas públicas fueron diseñadas, lo que no está nada mal, para proporcionar una modesta instrucción a la gente³ y no para impartir una educación de calidad o para producir grandes genios.

La filosofía educativa del Centro Radical, la perspectiva típica de la Conspiración de Acuario, es una constelación de técnicas e ideas, que a veces se conoce como *educación transpersonal*. El nombre deriva de una rama de la psicología que centra su atención en la capacidad de trascendencia de los seres humanos. En la educación transpersonal se incita al aprendiz a que se mantenga despierto y autónomo, a que cuestione y explore todos los rincones y rendijas de la experiencia consciente, a que indague el sentido de todo, a que pruebe los límites de lo externo y compruebe las fronteras y profundidades de su propio ser.

En el pasado, la mayor parte de las alternativas educativas sólo ofrecían cambios pendulares, insistiendo, bien en la disciplina (como los colegios conservadores), bien en los valores afectivos y emocionales (como en la mayoría de las escuelas liberales). En contraste con la educación convencional, que pretende ajustar el individuo a la sociedad tal como existe, los educadores «humanistas» de los años sesenta sostenían que la sociedad debería de aceptar a sus miembros como seres autónomos y únicos. La experiencia transpersonal apunta a un nuevo tipo de aprendiz y a una nueva especie de sociedad. Por encima de la autoaceptación, fomenta la auto trascendencia.

El contentarse con humanizar el medio educativo tenía aún algo de concesión al *statu quo*. Los reformadores tenían muy a menudo miedo de desafiar a los estudiantes, por temor a presionar demasiado. Y preferían por ello aceptar antiguas limitaciones. (Como veremos en el siguiente capítulo, los esfuerzos tempranos por «humanizar el lugar de trabajo» desembocaron también en la problemática típica de las soluciones parciales: su posible rechazo antes de haberse demostrado todo su valor, por haber prometido más de lo que podían aportar.)

La educación transpersonal es más humana que la educación tradicional, e intelectualmente más rigurosa que muchas alternativas del pasado. Su objetivo no es simplemente preparar al individuo para valerse por sí mismo en la vida, sino orientarle hacia la trascendencia. Es el correlato educativo de la medicina holística: pretende la educación de la persona entera. Según uno de los conspiradores de Acuario, la educación transpersonal es el proceso de exponer al individuo al misterio que habita en su interior, y de apartarse enseguida de su camino para no ser atropellado por él». Pero, a la vez, aconsejaba no encarecerla demasiado ante los educadores, cuyo escepticismo es bien comprensible. « ¡La escuela ha conocido tantas "revoluciones" en los últimos años...! El campo de

batalla conserva todas sus cicatrices. No hay que prometer milagros, incluso aunque uno mismo los espere.»

Phi, Delta, Kappa, la prestigiosa revista sobre administración - educativa, ha afirmado que la educación transpersonal contiene un potencial capaz de resolver graves problemas sociales, como la delincuencia juvenil, así como de incrementar la importancia de todo lo que sea aprender. «Impreciso como es», continúa la revista, «este movimiento es posiblemente la tendencia que domina hoy día el escenario educativo, y presagia una revolución capital.»

Igual que la salud holística, la educación transpersonal puede tener lugar en cualquier parte. No tiene necesidad de escuelas, pero sus partidarios piensan que las escuelas *sí* tienen necesidad de ella. Y por ello conspiran, tratando de introducir su filosofía, con toda su potencialidad de curación y de despertar social, en las aulas, a todos los niveles, en la formación profesional, en la educación de adultos y en las facultades y colegios universitarios.

A diferencia de la mayoría de las reformas educativas del pasado, la educación transpersonal tiene un *sólido arraigo científico*: en la teoría de sistemas, en la comprensión del modo cómo se integran cuerpo y mente, en el conocimiento de las dos principales modalidades de la conciencia y su mutua interacción, en el potencial de los estados alterados y ensanchados de conciencia. Subraya la continuidad del saber, más que su fragmentación en «asignaturas», y se apoya en el terreno común de la experiencia humana, que trasciende toda diferencia étnica o nacional. Asiste al aprendiz en su búsqueda de sentido, en su necesidad de discernir formas y estructuras, en su ansia de armonía. Ahonda la conciencia sobre el modo cómo cambian los paradigmas, y cómo toda intuición viene siempre precedida de frustraciones y de luchas.

La educación transpersonal procura rodear de un ambiente amistoso a las tareas más duras. Promueve a la vez al individuo y a la sociedad, la libertad y la responsabilidad, la unicidad y la interdependencia, el misterio y la claridad, la tradición y la innovación. Es complementaria, paradójica, dinámica. Es la Vía Media en educación.

Este paradigma más amplio se interesa más por la naturaleza del aprendizaje que por los métodos de instrucción. Después de todo, aprender no es algo limitado a los colegios, los profesores, saber leer y escribir, aprender matemáticas, obtener grados y éxitos. Es el proceso que nos ha acompañado a cada paso de nuestra vida desde que respiramos por primera vez; es la transformación que tiene lugar en el cerebro cada vez

que se integra en él una información nueva, cada vez que se adquiere el dominio de una nueva habilidad. El verdadero aprendizaje prende como yesca en la mente del individuo. Todo lo demás es mera escolarización.

El nuevo paradigma refleja, tanto los descubrimientos de la ciencia moderna, como los hallazgos de la transformación personal.

Concepciones del antiguo paradigma educativo

La antigua concepción genera preguntas relativas al modo de establecer normas y de conseguir obediencia y respuestas correctas. La nueva concepción conduce a preguntas acerca de la manera de motivar para aprender a lo largo de toda la vida, de robustecer la autodisciplina, de avivar la curiosidad, y de fomentar el riesgo creativo en gentes de todas las edades.

Aprender transforma

Consideremos al aprendiz como un sistema abierto, como una estructura disipativa de las que se han descrito en el capítulo 6, en interacción con el ambiente que le rodea, tomando de él información, integrándola, y usándola después. El aprendiz, al aprender, transforma los datos, los ordena y vuelve a reordenar, hasta hacerlos coherentes entre sí. Su visión del mundo no deja de ensancharse con la incorporación continua de nuevos datos. De vez en cuando esa visión se rompe, y se forma otra nueva, como sucede al adquirir nuevas habilidades o ideas importantes: aprender a andar, a hablar, a leer, a nadar o a escribir; o aprender geometría o una segunda lengua. Cada nuevo aprendizaje supone una especie de cambio de paradigma.

Todo cambio en el aprendizaje viene precedido por un período de tensión, de intensidad variable dentro de un continuo que abarca los siguientes grados: malestar, excitación, tensión creativa, confusión, ansiedad, dolor, y miedo. Carlos Castañeda ha descrito en *Las enseñanzas de Don Juan* la sorpresa y el miedo que acompañan al proceso de aprendizaje:

"Así comienza lentamente a aprender, poquito a poco al principio, luego a grandes saltos. Pronto se produce un choque en sus pensamientos. Lo que aprende no es nunca como lo habla imaginado, de modo que comienza a tener miedo. Aprender no es nunca lo que uno se espera. Cada paso en el aprendizaje es una nueva tarea, y el miedo que el hombre siente empieza a crecer inflexiblemente, sin piedad. Su propósito se ha convertido en un campo de batalla...

Pero no debe salir huyendo. Debe hacer frente a su propio miedo, y a pesar de él dar el paso siguiente en el aprendizaje, y el siguiente y el siguiente. Debe llegar a estar totalmente asustado, y a pesar de todo no pararse. ¡Esa es la norma! Y llega un momento en que su primer enemigo se retira. Seguir aprendiendo deja de ser una tarea aterradorante".

El maestro transformante siente cuándo el aprendiz está dispuesto a cambiar, y ayuda a su discípulo a responder a necesidades más complejas, trascendiendo los antiguos niveles una y otra vez. El auténtico maestro es también un aprendiz, y es transformado por la relación. Burns señalaba que un dictador no puede ser un auténtico líder, porque no está abierto a la acción de sus seguidores, y un maestro cerrado que se limita a «ostentar el poder», no es un auténtico maestro.

Un maestro cerrado puede llenar de información a sus alumnos. Pero, a cambio, el aprendiz se ve privado de participar. Los alumnos, como los ciudadanos de una dictadura, no son capaces de hacer llegar sus necesidades, o su disposición para el cambio, a quien se supone que debe facilitarles su crecimiento. Es la diferencia entre un altavoz y un interfono.

El maestro abierto, como un buen terapeuta, establece con su alumno una relación de resonancia, capaz de sentir sus necesidades, conflictos, esperanzas, y miedos inconfesos. Respetando siempre la autonomía del aprendiz, el maestro emplea más tiempo en tratar de ayudarlo a formular y resolver sus *preguntas* más urgentes, que en exigirle respuestas correctas.

El sentido de la oportunidad y la comunicación no verbal son cruciales, como veremos. El alumno siente si el maestro le considera dispuesto, si tiene confianza en él o se siente escéptico. «Lee» sus expectativas con respecto a él. El verdadero educador intuye el nivel del alumno, comprobándolo luego, cuestionándolo, guiándolo. Le deja tiempo para asimilar, para retirarse, si es necesario, cuando el avance resulta demasiado penoso. Si es imposible «recetar» la salud holística, que debe comenzar en la intención del paciente, tampoco el verdadero maestro puede imponer a nadie el aprendizaje. Se puede ayudar a las personas a que

lo descubran en su interior. El maestro abierto ayuda a su discípulo a descubrir pautas y conexiones entre las cosas, fomenta su apertura a nuevas posibilidades, por extrañas que parezcan, y actúa de comadrona de sus ideas. El maestro es un timonel, un catalizador, un facilitador, un agente del aprendizaje, pero no su causa primera.

La confianza se ahonda con el tiempo. El maestro se va sintonizando mejor con el discípulo, con lo cual éste empieza a aprender con más fuerza y con mayor rapidez. Está claro que para que un maestro pueda llegar a ese grado de sintonización, es preciso que tenga una sana estima de sí mismo, un ego con pocas necesidades, y una escasa necesidad de ponerse a la defensiva. El auténtico maestro debe estar muy dispuesto a dejar marchar, a reconocer sus equivocaciones, y a permitir que su discípulo tenga otra realidad distinta a la suya. Animar al aprendiz para que escuche y obedezca a la autoridad de su propia voz interior, es admitir tácitamente de buen grado que puede tener una opinión distinta. La sumisión a la autoridad externa es siempre provisional y transitoria. Dicho con palabras de la sabiduría oriental: «Si te encuentras con Buda en tu camino, mátales».

Así como los maestros espirituales amplían o rectifican la imagen que tienen de sí mismos sus discípulos, despertándoles a su verdadero potencial, también el educador libera el ser de sus alumnos, les abre los ojos, y les hace conscientes de las opciones que se les ofrecen. Solamente aprendemos lo que ya sabíamos desde siempre.

Aprendemos a atravesar los miedos que nos encogían. La relación transformadora con un maestro nos lleva hasta el límite, perturba nuestra paz, y nos desafía con lo que el psicólogo Frederick Perls llamaba «un peligro seguro». Un entorno óptimo para el aprendizaje debería ofrecer suficiente seguridad como para incitar a la exploración y animar al esfuerzo, y suficiente interés como para impulsarnos a seguir adelante. Aunque un entorno humanístico no es condición suficiente para una educación transformadora, engendra, sin embargo, la confianza necesaria. Confiamos en los maestros que no dudan en someternos a tensiones, dolor o tareas penosas, siempre que lo necesitamos. Y sentimos resentimiento frente a los que nos empujan para satisfacer su propio ego, nos presionan con chantajes afectivos, o nos obligan a zambullirnos en aguas profundas cuando aún no hemos perdido el miedo a no hacer pie. Porque un grado adecuado de tensión es esencial. Los educadores pueden fracasar en su tarea transformadora si tienen miedo de molestar al discípulo. «La verdadera compasión es despiadada», dice un maestro espiritual. Y el poeta Guillermo Apollinaire lo expresa así:

Acercaos al borde, les dijo.
Tenemos miedo, respondieron.
Acercaos al borde, les dijo.
Se acercaron.
Él les empujó... y salieron volando.

Puede que aquellos que nos aman tengan que empujarnos cuando estemos listos para volar.

Un maestro en exceso blandengue refuerza el deseo natural de retirada, de mantenerse a salvo, sin aventurarse nunca a la búsqueda de nuevos conocimientos, de no arriesgar nunca nada. El maestro debe saber cuándo debe dejar que el aprendiz luche por sí solo, consciente de que el proporcionarle «ayuda» o consuelo, aunque él lo pida, puede interrumpir su transformación. Esto es tan de sentido común, como saber que el nadador debe dejarse ir, o que el ciclista debe conseguir un nuevo equilibrio en el interior de su cuerpo. No se nos debe privar de nuestros aprendizajes ni siquiera en nombre del cariño o la simpatía.

El riesgo aporta sus propias recompensas: la alegría de atravesar los límites, de pasar al otro lado, el alivio que sucede a la curación del conflicto, o la claridad que produce la resolución de una paradoja. Todo aquel que nos enseña esto se convierte en agente de nuestra liberación. Al final, aprendemos en profundidad que la otra cara del miedo es siempre una libertad, y que debemos responsabilizarnos del viaje, empujándonos a nosotros mismos por encima de la confusión y de las propias repugnancias y aprensiones en busca de una nueva libertad. Una vez que eso sucede, por muchos obstáculos o desvíos que podamos tropezar en el camino, nuestra vida sigue un curso diferente. En alguna parte queda el claro recuerdo del proceso de transformación: de la oscuridad a la luz, del estar perdido al encontrarse, del fraccionamiento a la unidad, del caos a la claridad, del miedo a la trascendencia.

Para comprender cómo el miedo y la seguridad, el riesgo y la confianza son actitudes que se aprenden, es preciso que nos remontemos, por encima de la escuela, hasta nuestros primeros educadores. Nuestro modelo de exploración son nuestros propios padres. De ellos aprendimos a avanzar o a retroceder. Ellos nos imbuyeron sus expectativas. Con mucha frecuencia, hemos heredado en segunda generación miedos y ansiedades que sentíamos en ellos. Y, si no nos hacemos conscientes del ciclo, es muy probable que todos nosotros acabemos pasando sus miedos y

los nuestros a nuestros propios hijos. Esa es la herencia de malestares legados de generación en generación: miedo a perder, a caer, a ser pospuesto, a ser abandonado, a no ser lo suficientemente digno.

Se han realizado recientemente estudios sobre el «miedo al éxito», síndrome que es bastante común, que han revelado que la causa más probable del mismo es el miedo de los padres, comunicado al hijo, de que éste no sea capaz de llevar a buen término las tareas que tiene entre manos. El niño percibe simultáneamente que esas tareas son importantes para sus padres, y que éstos dudan que él pueda hacerlo solo, sin ninguna ayuda. Este individuo va a establecer, para toda su vida una pauta de comportamiento, consistente en sabotear sus propios éxitos, cuando está justamente a punto de dominar realmente su quehacer.

A la mayoría de los padres, según parece, no les importa que sus hijos les superen en ciertas cosas: trabajo en el colegio, atletismo, popularidad. Sienten una especie de satisfacción vicaria en el hecho de que sus hijos sobrepasen sus propias ambiciones. Pero a la mayoría de los padres no les gusta que sus hijos sean *diferentes*. Queremos poder comprenderlos, y nos gusta que compartan nuestros propios valores. El miedo a procrear un engendro extraño aparece en los mitos y en cuentos de ciencia-ficción, en los que aparecen niños que representan un salto a nuevas formas de existir, dejando de estar sujetos a la fragilidad o a los límites mortales de sus padres, como sucede en la obra de Arthur Clarke *Childhood's End*.

Si, como padres, nos da miedo el riesgo y lo no conocido, prevenimos a nuestros hijos frente a todo intento de atacar al sistema. No les reconocemos su derecho a un mundo diferente. En nombre de la adaptación, puede que intentemos privarles de su sentimiento de rebeldía. En nombre del equilibrio pretendemos salvarlos de toda intensidad, de toda obsesión, de todo exceso, en una palabra, del desequilibrio que permite que tenga lugar la transformación.

Cuando los padres muestran confianza en la capacidad de sus hijos para aprender, cuando les incitan a ser independientes, y combaten sus miedos con humor y honestidad, pueden romper la vieja cadena de traumatismos heredados. El número creciente de adultos que han recorrido su propio proceso transformativo en la década pasada se ha hecho consciente de este trágico legado, y es hoy un poderoso factor de cambio, históricamente nuevo.

Aprender con todo el cerebro

Hay además otro factor evolutivo sin precedentes. Una vez consciente de la evolución, decía Teilhard, la humanidad entró en una nueva fase. Era sólo cuestión de tiempo el llegar a percibir la evidencia de una expansión mundial de la conciencia.

El uso deliberado de técnicas de ensanchamiento de la conciencia, que sólo recientemente ha comenzado a aplicarse de forma adecuada, es nuevo en cuanto medida educativa para la gran masa. Nunca antes se había propuesto ninguna cultura fomentar en la generalidad de su población la capacidad de conocer con la totalidad de su cerebro. El estado de trascendencia en el que intelecto y sentimientos se funden, y en el que los juicios procedentes de la corteza superior hacen las paces con las intuiciones del viejo cerebro límbico, era patrimonio de unos pocos: filósofos atenienses, maestros de Zen, genios del Renacimiento, físicos creativos. Pero estos niveles heroicos no eran para la gente «normal». ¡Y desde luego no era algo que tuviese que ver con los colegios!

Pero no hay razón para seguir reservando a una élite la capacidad de conocer con todo el cerebro. Tanto la ciencia como la experiencia de transformación personal de un gran número de gente demuestran que es una capacidad humana innata, y no sólo un don especial de los artistas, los yoguis y algunos científicos prodigiosos. El cerebro de cada uno de nosotros es capaz de reordenar ilimitadamente la información. Los conflictos y paradojas son trigo apropiado para el molino transformador del cerebro.

Lo único que necesitamos es prestar atención. Las psico-técnicas, al crear lo que el psicólogo Lester Fehmi ha llamado "un enfoque abierto", ensanchan la conciencia. Aumentan la memoria, aceleran el ritmo del aprendizaje, ayudan a la integración de los dos hemisferios corticales, y fomentan la coherencia entre las antiguas regiones cerebrales y las nuevas. Permiten también un más fácil acceso a las ansiedades inconscientes que pueden estarnos obstaculizando el camino. Las psico-técnicas ayudan a todo aprendiz, viejo o joven, a centrarse, es decir, a ser capaces de creación, de conexión, de unificación, y de trascendencia.

Pronto resulta obvio que la subestima de la capacidad del cerebro y la ignorancia de sus prestaciones es lo que nos ha conducido a diseñar nuestros sistemas educativos cabeza abajo y mirando hacia atrás. Leslie Hart, consultor educativo, describe a las escuelas como «antagónicas al cerebro».

"Estamos obsesionados con la «lógica», entendida generalmente

como un esfuerzo tenso, sistemático, ordenado, secuencial (lineal)... Pero el cerebro humano sirve poco para este tipo de lógica. Es un ordenador de poder y sutileza increíble, pero mucho más analógico que digital. No trabaja con precisión, sino en términos de probabilidades, sobre la base de grandes cifras que a menudo son solo cercanas o incluso vagamente aproximativas".

Los cálculos cerebrales no tienen necesidad de nuestro esfuerzo consciente, sólo de nuestra atención y la apertura necesaria para dejar entrar la información. Aunque el cerebro absorbe continuamente verdaderos universos de información, sólo una pequeña parte de ésta es admitida a la conciencia «ordinaria», en buena parte a causa de nuestros hábitos e ideas erróneas acerca de cómo sabemos lo que sabemos.

Desgraciadamente, con los descubrimientos sobre la naturaleza de la mente ha pasado lo que sucede con las noticias de un armisticio que se propagan lentamente. Muchos mueren innecesariamente en el campo de batalla mucho tiempo después de haber terminado la guerra. Una cantidad de mentes jóvenes, en número superior a lo que soportaríamos pensar, sufre la obturación y disminución de sus facultades un día tras otro, forzados por un sistema que embota su capacidad para seguir creciendo durante toda su vida. A diferencia de los insectos, como alguien dijo, los seres humanos empezamos como mariposas para acabar en capullos. Los conocimientos sobre el cerebro han estado ausentes desde hace mucho tiempo del trabajo de curso en la mayoría de las facultades de educación, lo que resulta comprensible, ya que es algo que suele ir envuelto en lenguaje técnico. Los descubrimientos sobre la especialización de los hemisferios cerebrales derecho e izquierdo, aun simplificándolos mucho, han ofrecido a la educación una nueva metáfora provocativa del aprendizaje.

La validación científica de la «intuición», término con el que describimos todo conocimiento cuyo origen se nos escapa, ha sacudido a la ciencia, y comienza justamente ahora a ejercer su influjo en la educación. Siguiendo el sentido común, intentamos trazar las ideas de un punto a otro, como por telégrafo, o como «un tren de pensamiento»: A conduce a B, B conduce a C. Pero los procesos naturales no lineales, como el de cristalización y ciertos procesos cerebrales, suceden de la A a la Z, todo a la vez. El cerebro no se limita a nuestras ideas de sentido común, o no funcionaríamos en absoluto.

El diccionario define la intuición como «percepción rápida de la verdad sin que medie atención o razonamiento consciente», como

«conocimiento brotado del interior», como «conocimiento o sentimiento instintivo asociado con una visión clara y concentrada». La palabra deriva, muy adecuadamente, del latín *intuere*, «mirar adentro».

No debe extrañarnos que la mente lineal no haga caso de esa forma instantánea de sentir. Después de todo, sus procesos no pueden rastrearse linealmente, por lo que resultan sospechosos. Y provienen de la mitad muda del cerebro, que es fundamentalmente incapaz de hablar. El hemisferio derecho es incapaz de verbalizar lo que sabe; sus símbolos, imágenes o metáforas necesitan ser reconocidos y reformulados por el hemisferio izquierdo, para que su información pueda ser conocida en su totalidad. Antes de contar con la evidencia de la validez de esa forma de conocimiento demostrada en los laboratorios, y con algún atisbo de los procesos no lineales; le resultaba muy duro a nuestro yo lineal el aceptarlos, y mucho más el confiar en ellos. Hoy sabemos que derivan de un sistema cuya capacidad de almacenamiento, su grado de interconexión y su velocidad humillan los esfuerzos de comprensión de los más brillantes investigadores.

Existe la tendencia a pensar en la intuición como algo separado del intelecto. Con mayor precisión, podríamos afirmar que la intuición acompaña al intelecto. Todo cuanto alguna vez hemos «imaginado» queda también registrado y es accesible. Esos dominios más amplios de nuestro saber conocen todo lo que sabemos con nuestra conciencia ordinaria, y muchísimo más. Como sostiene el psicólogo Eugene Gendlin, esa dimensión, a la que solíamos dar el nombre de inconsciente, no es algo infantil, regresivo ni ensoñador, sino que es mucho más *listo* que «nosotros». Si a veces sus mensajes son enmarañados, es culpa del receptor, no del emisor.

Este «tácito saber» ha tenido siempre sus defensores, incluidos muchos de nuestros científicos y artistas más grandes y creativos. Ha sido el compañero insustituible y silencioso de todos nuestros progresos. El cerebro izquierdo es capaz de organizar la información nueva para formar el conjunto de estructuras existente, pero *es incapaz de generar nuevas ideas. El cerebro derecho ve el contexto, y por eso, su significado.* Sin la intuición, estaríamos aún en las cavernas. Toda ruptura, todo salto adelante en la historia, tiene su origen en intuiciones del hemisferio derecho, en la habilidad del cerebro holístico para detectar anomalías, para procesar elementos nuevos y percibir las relaciones respectivas. ¿Puede extrañarnos el hecho de que nuestro sistema educativo, con su insistencia en los procesos lineales del cerebro izquierdo, haya sido incapaz de seguir el ritmo de los tiempos?

De algún modo resulta comprensible que la evolución de la conciencia humana se orientase en el sentido de apoyarse excesivamente en el hemisferio en donde reside el lenguaje. Algunos teóricos piensan, basados en los datos proporcionados por la investigación, que el cerebro izquierdo se comporta casi como un individuo aparte, competitivo, como una mente independiente que inhibe a su contraparte. Esta nuestra triste condición podría compararse a la de dos marineros gemelos embarcados en un largo viaje. Uno es un tipo locuaz y analítico, y el otro es mudo y, en ocasiones, soñador. El hablador se pasa todo el tiempo haciendo serios cálculos con la ayuda de sus cartas e instrumentos. Su hermano, sin embargo, tiene una misteriosa habilidad para predecir las tormentas, los cambios de las corrientes y otras condiciones de navegación, informando de ellas por medio de signos, símbolos o dibujos. El marinero analítico no se atreve a fiarse de los consejos de su hermano, porque es incapaz de adivinar de dónde proceden. De hecho, el marinero silencioso tiene acceso instantáneo, como si dispusiera de una radio, a un abundante banco de datos que le confiere una perspectiva sobre el estado del tiempo como la que tendría desde un satélite. Pero es incapaz de explicar la complejidad de este sistema por lo limitado de su capacidad de comunicar detalles. Con lo que su parlante y «racional» hermano acaba por no tenerle en cuenta de todos modos. Y él muchas veces tiene que limitarse a contemplar, frustrado e inerme, cómo la embarcación camina derecha hacia el desastre. Siempre que sus mutuas opiniones entran en conflicto, el marinero analítico se empeña obstinadamente en seguir sus propios cálculos, hasta que un día se tropieza por casualidad con un esquema de los elementos que componen el banco de datos de su hermano, y se queda abrumado. De pronto cae en la cuenta de que al ignorar las opiniones de su hermano gemelo, ha estado efectuando la travesía con una información a medias.

Jerome Bruner, uno de los principales científicos interesados en el campo del aprendizaje, afirma que todo niño que se enfrenta con una materia nueva o con un problema desconocido, igual que el científico que opera en los límites de su propia especialidad, quedaría paralizado sin la ayuda de la intuición. Por ejemplo, somos incapaces de «imaginar» cómo hacer para mantener el equilibrio. Con frecuencia, más que darnos cuenta, nos dejamos sentir. El ordenador A-Z se encarga de sintonizar los diversos indicios que le llegan, y nosotros, sin más, nos movemos. Si queremos emplear nuestra capacidad de forma total y plenamente confiada, afirma Bruner, debemos reconocer el poder de la intuición. Nuestra misma tecnología ha generado tantas posibilidades, que sólo la intuición es capaz

de ayudarnos a elegir entre ellas. Y ahora que esa misma tecnología puede encargarse de las tareas rutinarias y analíticas, podemos dedicarnos con mayor libertad a afinar nuestra atención para poder tener acceso al conocimiento global.

Hoy en día sabemos que el cerebro derecho es capaz de percibir relaciones, reconocer rostros, mediatizar la información nueva, oír tonalidades, y apreciar las armonías y simetrías existentes. *La mayor de las incapacidades para aprender puede provenir de la ceguera perceptiva de pautas y estructuras*, esto es de la incapacidad para percibir las relaciones o el sentido de un determinado conjunto de elementos. Sin embargo, no hay ningún distrito escolar que haya diseñado hasta ahora algún tipo de programa para tratar de remediar y superar esta fundamental y gravísima deficiencia. Como hemos visto, nuestro sistema educativo más bien contribuye a agravar el problema, e incluso es posible que sea su causa.

La investigación ha venido a confirmar lo que los padres y docentes un poco observadores han sabido desde siempre: que cada uno tiene su forma de aprender. Entre nuestros cerebros, en unos hay dominación del hemisferio izquierdo, en otros del derecho, y en otros no hay dominación de ninguno. Unos aprenden mejor a base de escuchar, otros a base de ver o de tocar. Unos tienen facilidad para visualizar, otros nada en absoluto. Hay quienes recuerdan fácilmente números de teléfono, fechas, y datos parecidos; otros recuerdan con mayor facilidad colores y sentimientos. Algunos aprenden mejor en grupo, otros en solitario. Unos rinden más por las mañanas, otros por las tardes. No existe ningún único método educativo capaz de extraer lo mejor de toda la diversidad de cerebros existentes. Los descubrimientos sobre la especialización hemisférica cerebral y la tendencia de las personas a funcionar de acuerdo con uno u otro estilo, nos ayuda a comprender por qué somos tan diferentes en nuestras formas de ver y de pensar.

La investigación sobre el cerebro está aportando también una revolución a la comprensión que tenemos del modo diferente de percibir que tenemos los hombres y las mujeres. Ciertos aspectos de la especialización cerebral varían, en efecto, marcadamente de acuerdo con el sexo. Los hemisferios derecho e izquierdo del varón se especializan a una edad mucho más temprana que los del cerebro de la hembra, lo que les proporciona una serie de ventajas y de inconvenientes. El cerebro del varón es superior en cierto tipo de percepciones espaciales, pero es menos flexible y más vulnerable que el cerebro de la hembra frente a posibles deficiencias derivadas de un eventual accidente. Un estudio reciente apenas

apreció pérdidas de lenguaje en mujeres que habían sufrido daño en su hemisferio izquierdo, mientras que en el caso de varones que presentaban traumatismos semejantes, su nivel de lenguaje había descendido por debajo de lo normal. Un número mucho mayor de varones que de hembras sufre de dislexia (dificultad lectora).

La dislexia, que afecta al menos a un 10 por ciento de la población, parece ir asociada a una dominación del hemisferio cerebral derecho en el proceso lector. Quienes presentan una capacidad perceptiva marcadamente holística resultan frecuentemente perjudicados por nuestro sistema educativo, por su insistencia en el lenguaje simbólico y en la matemática simbólica. Sufren de una dificultad inicial para procesar este tipo de símbolos. Sin embargo, estos individuos, que neurológicamente son una minoría, pueden estar también excepcionalmente dotados. Normalmente sobresalen en el campo artístico y en capacidad de pensamiento creativo. Por desgracia, su contribución potencial a la sociedad queda a menudo disminuida porque su propia autoestima quedó minada por el sistema en los primeros años de colegio.

Las escuelas han venido enseñando y «calibrando» a toda una variedad caleidoscópica de individuos con arreglo a un único programa, de acuerdo con un único tipo de criterios. Han favorecido ciertas aptitudes, condicionándolas y recompensándolas en exceso, excluyendo en cambio otras, "dejando de lado" a todos aquellos cuyas dotes no figuraban en la lista de prioridades de la cultura del momento, y convenciéndoles con ello de por vida de su propia incapacidad.

Como individuos y en cuanto sociedad tenemos urgentes necesidades a las que no podremos subvenir a menos que cambiemos de forma de pensar sobre el aprendizaje.

La necesidad de innovación

La capacidad de sintetizar y de detectar pautas y estructuras será necesaria para la supervivencia en el siglo veintiuno. A medida que la cultura crece en complejidad⁴, que la ciencia abarca cada vez más campos, y que las posibilidades se diversifican, tenemos necesidad de poder comprender con todo el cerebro más de lo que nunca lo habíamos necesitado: El cerebro derecho para innovar, para sentir, para imaginar, para prever; el izquierdo para comprobar, para analizar y para apoyar el nuevo orden de cosas en conceptos y estructuras adecuadas. Juntos inventan el futuro.

El novelista Henry James se anticipó a la investigación sobre el cerebro al observar que existen dos tipos de gente: los que prefieren la emoción del *reconocimiento*, y los que prefieren la *sorpresa*. El hemisferio izquierdo parece estar especializado en el procesamiento de estímulos altamente estructurados, que pueden encajar como si de pronto se produjese un clic entre ellos, mientras que el derecho integra informaciones nuevas e imprecisas como con una súbita iluminación. El izquierdo esencialmente reconoce la relación que guarda el estímulo con lo que ya antes conocía. El derecho maneja materiales de los que no tiene previa experiencia.

Los hemisferios son conservadores y radicales, tradicionales e innovadores. Los experimentos sugieren que el hemisferio derecho, además de captar las relaciones y sobresalir en lo que a percepciones profundas se refiere, percibe mejor en condiciones de penumbra y oscuridad. La sugerencia resulta poéticamente apropiada, dada su tendencia a asomarse a lo desconocido y su inclinación a la mística.

Ese saber, propio del cerebro derecho, que parece flotar libremente, es como un libro prestado, como las notas de una melodía oídas al pasar, como un vago recuerdo. Si esa extraña sensación percibida no recibe un nombre, una definición, unos contornos, no puede llegar a la plena conciencia. Se esfuma en briznas y retazos etéreos, como un sueño recordado a medias. No puede concienciarse. Sin la capacidad del cerebro izquierdo para reconocer, nombrar e integrar, toda esa imaginación que podría rejuvenecer nuestra vida se hunde en el olvido.

Las psicotécnicas facilitan la emergencia de ese tipo de sensaciones extrañas. Cuando la atención se encuentra en estado difuso, surgen a la superficie sentimientos e impresiones complejos, que el cerebro izquierdo, analítico, puede reconocer. El verdadero misterio sucede en esa súbita integración, cuando lo apenas esbozado encaja de pronto en su lugar. Es todo el cerebro, el que conoce en ese momento. Es la bombilla que se enciende en los dibujos animados sobre la cabeza de uno de los personajes, que tiene de pronto una "brillante idea".

Estamos viviendo una época de rápidos reajustes en la vida cotidiana y de revisiones radicales en la ciencia: La multiplicidad de niveles de la realidad, las nuevas concepciones acerca del mundo físico, los estados ampliados de conciencia, los sucesivos avances tecnológicos... todo esto no es ciencia-ficción ni un sueño curioso. Son realidades que están ahí y van a seguir estándolo.

La mayoría de las escuelas del pasado eran especialmente inhóspitas para los individuos creativos e innovadores. Los innovadores alborotan, turban la plácida somnolencia del *statu quo*. Disienten del cómodo consenso de la mayoría sobre la realidad, y no temen confesar, como en el cuento de Hans Christian Andersen, que «el rey está completamente desnudo».

Hermann Hesse ha descrito esa «lucha entre la norma y el espíritu», que se repite año tras año, en una escuela tras otra:

"Las autoridades se toman incontables trabajos por ahogar en su raíz los pocos entendimientos profundos o que ofrecen algún mayor valor. Y una y otra vez, aquéllos a quienes sus maestros detestaban y castigaban con frecuencia, los escapados y los expulsados, son quienes luego aportan algo a los tesoros de la sociedad. Pero algunos, ¿quién sabe cuántos?, se alejan, desperdiciándose con silenciosa obstinación, hasta que finalmente sucumben".

Inadvertidamente, el sesgo peculiar de nuestras escuelas puede estar impulsando a la gente a llevar al extremo sus tendencias innatas. La rebeldía del innovador puede irle apartando más y más, hasta convertirle en un ser neurótico o antisocial. La estructura autoritaria moldea al niño tímido que desea agradar, llevándole a posiciones aún más conformistas. Craig Haney y Philip Zimbardo, en un estudio en que comparan los colegios con las cárceles, comentan que la verdadera tragedia no es la de los revoltosos, ni siquiera la de quienes salen rebotados, sino «la inacabable procesión de estudiantes sin rostro que pasan por la escuela silenciosamente, sin plantear preguntas ni problemas, y sin que se les note».

El miedo puede impedirnos toda innovación, todo riesgo, toda creación. Y así nos forjamos la ilusión de estar a salvo. Pero no hacemos más que prolongar la incomodidad y sentirnos perturbados durante el sueño. En un nivel sabemos que estamos en peligro, al negarnos a cambiar en medio de un mundo cambiante. Las únicas estrategias lo suficientemente imaginativas como para poder rescatarnos de esa situación sólo pueden provenir de ponernos a la escucha de nuestra «otra» conciencia. Es preciso abrir una y otra vez las compuertas, romper una y mil veces las viejas estructuras para tratar de darles nueva forma.

Alvin Toffler sugiere en *El shock del futuro* (1970) que necesitamos «una multitud de imaginaciones, sueños y profecías, imágenes de mañanas posibles... ». Las conjeturas y las imaginaciones se están convirtiendo en

algo tan fríamente práctico como lo era el «realismo», tener los pies en el suelo, en otros tiempos. «Necesitamos crear santuarios para la imaginación social.»

Es posible que el mañana nos depare sorpresas sobrecogedoras, aterradoras e incluso cataclísmicas. Un sistema educativo que incita a dar «las respuestas correctas» es científico y psicológicamente insano. Y al exigirnos conformismo, de conducta o de criterio, a sus principios, está inhibiendo toda innovación y ganándose el desprecio de todos en una era de creciente autonomía. «El actual paradigma educativo da por supuesto que las únicas preguntas que merece la pena preguntar son aquellas cuyas respuestas ya tenemos», dice Ray Gottlieb, un optómetra especializado en aprendizaje. «¿Dónde, entonces, podemos aprender a vivir en medio de las incertidumbres del mundo real?»

Estamos comenzando a darnos cuenta de que necesitamos educar para una libertad por encima de todas las fronteras. La capacidad de cambiar de perspectiva es una estrategia específica para la resolución de problemas. En un experimento, unos psicólogos sometieron a una serie de estudiantes a un entrenamiento para reformular los problemas, o bien para visualizarlos con mayor claridad. Los estudiantes que estaban aprendiendo a reformular los problemas tenían que ampliar su definición del mismo, y comprobar sus ideas sobre el mismo para ver si eran o no verdaderas y necesarias. ¡Los reformuladores obtuvieron puntuaciones muy superiores a los visualizadores! Los experimentos confirmaron que es posible ver con claridad algo en sí erróneo, y creer haber alcanzado «una evidencia cristalina, donde no hay nada de eso»⁵.

Los saltos imaginativos, la curiosidad, las síntesis, la espontaneidad, los flashes intuitivos... todas estas cosas no debieran ser patrimonio de una minoría privilegiada. El educador John Gowan, especialmente interesado en el tema de la creatividad, dice:

"Hasta ahora sólo hemos cosechado la creatividad en estado silvestre. No hemos tenido más personas creativas que las que han seguido siéndolo testarudamente a pesar de todos los esfuerzos de la familia, de la religión, de la educación y de la política por quitárselo de la cabeza..."

Si llegamos a domesticar la creatividad, esto es, fomentándola, en vez de negarla, en nuestra cultura, podremos incrementar el número de personas creativas hasta llegar a formar una masa crítica. Cuando una cultura alcanza ese nivel, como sucedió en la Atenas de Pendes, en el

Renacimiento, en la Inglaterra isabelina, o en nuestro propio período federalista, la civilización da un gran salto adelante. Podemos tener por delante una edad de oro de este tipo, como nunca ha conocido el mundo... Un genio es siempre un precursor, y los espíritus más lúcidos de esta época prevén ya el amanecer de esa nueva era".

Por falta de otra alternativa, todos nacíamos creativos. Nuestras primeras imágenes y sonidos eran frescos, nuevos, originales. Explorábamos nuestros pequeños universos, poníamos nombre a las cosas, y llegábamos a conocerlas íntima mente en el sentido Yo-Tú. Luego, abruptamente, la educación formal vino a interrumpir nuestra contemplación, obligándonos a funcionar con otro tipo, mucho más ansioso, de atención, rompiendo en pedazos el estado de conciencia necesario para hacer arte o ciencia de modo conveniente.

Por vez primera, si tenemos suerte, la educación puede encargarse de fomentar ese tipo de conciencia de mayor riqueza y fluidez. Nuestras escuelas pueden dejar gradualmente de seguir empeñándose en mover nuestros veleros a fuerza de remos.

La necesidad de conexión

El sentido brota del contexto y de las conexiones. Falto de su contexto, nada tiene sentido. Tratemos de imaginar un juego de damas sin su tablero, una lengua sin su gramática, un juego cualquiera sin sus reglas. El cerebro derecho, con su capacidad de detectar pautas y percibir globalidades, es esencial para comprender el contexto, para detectar el sentido. «Aprender a aprender» incluye aprender a ver las relaciones que existen entre las cosas. «Por desgracia, nuestras escuelas no nos ayudan en esto», dice el antropólogo Edward Hall, «porque indefectiblemente nos enseñan a *no* establecer conexiones... Debería haber al menos unas pocas personas dedicadas a sintetizar, a poner las cosas unas junto a otras. Y eso es imposible sin un profundo sentido del contexto».

Contexto... : en sentido literal, «lo entretrejido». Hoy en día tendemos a ver todo desde un punto de vista ecológico, conscientes como estamos de que las cosas sólo tienen sentido cuando se las pone en relación con otras cosas. También la medicina ha comenzado a interesarse por el contexto de la enfermedad, por su medio, y no sólo por sus síntomas, y la misma educación está empezando a reconocer que la interrelación de lo que ya sabemos, la red que permite apreciar la relevancia relativa de sus

elementos, es más importante que su mero contenido. El contenido es relativamente fácil de dominar, una vez que cuenta con su marco.

Por ejemplo, en un experimento con niños en edad preescolar, resultó que estos aprendían a leer palabras con más facilidad que las letras aisladas, al parecer porque podían asociar el sentido a las palabras. Una palabra que contuviera la letra *e*, era más fácil de aprender que la misma letra por sí sola. Sin embargo, si a la letra se le daba un significado, y no solamente un sonido, ejemplo, si se les decía a los niños que la letra *e* significaba *taxi*, podían aprenderla con igual facilidad que las demás palabras. Los investigadores insistían en la importancia que puede tener como factor el significado, y en el influjo relativamente menos importante que tiene el factor de complejidad visual con tal de que el significado forme parte del conjunto.

Los consultores educativos de la empresa Synectics, de Cambridge, Massachussets, han diseñado un programa, que lleva el nombre de «Título 1», para ayudar a niños culturalmente deprimidos, con el que han enseñado a miles de niños en edad escolar elemental a establecer conexiones, a pensar metafóricamente, en realidad⁶. Al principio, la mayoría de los niños no podía establecer conexiones significativas si el maestro les preguntaba:

«¿En qué se parece el crecimiento de un huevo y el de una semilla?». Respuestas típicas de niños de tercer grado antes de seguir el programa, eran: «La flor es mejor», «los pollitos pueden andar», «las flores no tienen plumas».

Tras varias horas de ejercicios de establecer conexiones realizados en grupo, se vuelve a preguntar a los niños sobre el parecido de la semilla y el huevo. Ahora ya todos son capaces de generalizar algún aspecto de su semejanza: los dos crecen, cambian de forma, etc. Sus metáforas son a menudo de lo más sorprendente. En un programa desarrollado en Lawrence, Massachussets, un niño dijo: «Sólo el huevo y la semilla saben lo que serán cuando crezcan... Algo que tienen dentro debe decírselo. Es como "Mister Rogers" en la tele. Él nos cuenta un cuento, y sólo él sabe cómo va a terminar». Otro dijo que tanto la semilla como el huevo son muy pequeños al principio, pero luego se hacen terriblemente grandes, como los enfados de papá. «Cuando se pone como loco, comienza por ponerse un poco loco, pero luego se pone más y más loco cada vez. » Otro niño comparaba el rompimiento de la cáscara del huevo o de la semilla con el reventar de las tuberías al helarse el agua en su interior.

Al hacerles un test a los niños de Lawrence un año después de haber seguido el programa de pensamiento metafórico, los niños de primer grado

mostraron un incremento del *363 por ciento* en su conocimiento de letras y sonidos, un aumento del *286 por ciento* en su comprensión auditiva, y un aumento del *1.038 por ciento* en su capacidad lectora. Los niños de jardines de infancia mostraron incrementos anuales del *76 por ciento* en un test de vocabulario ilustrado con imágenes. Los de tercer grado exhibieron un aumento de casi el *40 por ciento* en puntuaciones de lectura.

William J. J. Gordon, creador del método de Sinéctica, cree que el aprendizaje se basa en establecer conexiones que pongan en relación lo nuevo con lo ya conocido, capacidad cuyo desarrollo se ha impedido a mucha gente. He aquí algunas preguntas tomadas de los ejercicios de Sinéctica: « ¿Qué necesita más protección, una tortuga o una roca? » « ¿Qué pesa más, una piedra de río o un corazón apesadumbrado? » « ¿Qué crece más, un árbol o la confianza en sí mismo? ». La metáfora tiende un puente entre ambos hemisferios, portando simbólicamente el conocimiento desde el mudo hemisferio derecho hasta el izquierdo, para que pueda ser reconocido por éste *como* algo ya conocido. La Sinéctica incita también a buscar ejemplos de atracción-repulsión, como armadura frágil, prisa inmóvil, libertad disciplinada, como medio de ejercitarse en el arte de trascender la paradoja.

En medio de una oleada de información, puede que estemos yendo en dirección hacia una economía de aprendizaje: unos cuantos principios y teorías potentes que sirvan para interconectar las diversas disciplinas. Los elementos del universo sólo pueden entenderse en términos de globalidad, como siguen intentando decirnos nuestros mejores pensadores. «La naturaleza es una unidad maravillosa», dice Albert Szent-Gyorgyi. «No se divide en física, química, mecánica cuántica... ». Kenneth Boulding, economista y presidente de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, ha hablado de la «profunda reorganización y reestructuración del conocimiento» que está teniendo lugar en nuestra época: «Las viejas fronteras se están derrumbando en todas direcciones». Observemos que dice *reestructuración*, no habla de añadir más cosas. Lo que está cambiando es la forma y la apariencia de lo que sabemos.

Joseph Meeker, hablando de lo que él llama «educación ambidiestra», dice que la gente debe aprender a adaptar «su cerebro entero a un mundo global»:

"A los que piensan linealmente con su cerebro izquierdo, les aguardan tiempos difíciles. Quienes siguen creyendo que viven en un jardín, se van a encontrar con que las zanahorias se salen para mezclarse

con las lechugas, mientras que las malas yerbas y los animales salvajes se deslizan al interior por huecos de la alambrada. No hay nada que podamos pretender aislar en lo sucesivo... La vida en semejante estado salvaje requerirá de nosotros que empleemos todo nuestro cerebro, y no sólo la parte de él que vale para hacer divisiones analíticas".

En su informe de 1977, la Fundación Carnegie para el Progreso de la Enseñanza dijo: «Hemos atravesado un período de fragmentación del conocimiento, si bien retazos de una coherencia soñada han conseguido sobrevivir... Campo por campo, se ha ido intentando recrear un todo intelectual tras un largo período de fisión. Parece que estamos entrando en un período de nuevos intentos de síntesis». De la fisión, a la fusión... Como señala el informe, esta reintegración de conocimientos es más evidente en el nivel de enseñanza para postgraduados, porque «los bordes en expansión de campos en los que se realizan nuevas investigaciones, están más cercanos entre sí que los núcleos centrales de esos mismos campos».

Es difícil imaginar cómo se juntan esos bordes lejanos de los diversos campos del conocimiento. Tal vez resultaría más fácil pensar en términos de profundidad: la indagación humana, al penetrar profundamente desde cualquier dirección, parece estarnos conduciendo a ciertas verdades o principios centrales.

Realmente, en el nivel de postgraduados la síntesis es evidente. La Dotación Nacional en favor de las Humanidades patrocina un programa de enseñanza e investigación de cinco años de duración, en unión con la universidad del Estado de San Francisco: el Programa para la Convergencia de las Ciencias y las Humanidades. El Centro Nacional de Humanidades, fundado recientemente cerca de la universidad Duke con la ayuda de fundaciones y corporaciones privadas, pretende fomentar la investigación interdisciplinaria a través de la concesión de becas a los estudiantes. Las facultades de Derecho y de Medicina y otros centros de formación para distintas profesiones están enriqueciendo y ampliando sus programas formativos.

La necesidad de trascender la cultura

No estamos aprendiendo solamente a conectar con las informaciones; estamos también conectando unos con Otros. Somos cada vez más conscientes de que no ha habido cultura ni período histórico alguno que haya contado con todas las respuestas. Estamos tratando de reunir toda

nuestra sabiduría colectiva, la que reside en el pasado y en todo el planeta. Como dice el psicólogo Stanley Krippner, «Hemos sido los beneficiarios de nuestra propia herencia cultural, pero también las víctimas de la estrechez de la propia cultura». Nuestra idea de lo posible está impregnada del materialismo grosero y el dualismo superado que separa el cuerpo de la mente, propios de nuestra perspectiva cultural.

Si la innovación en medicina se ha inspirado en la idea de otras culturas acerca de la salud, curanderismo, chamanismo, acupuntura, también nosotros estamos descubriendo y adaptando a nuestras necesidades educativas, sistemas, instrumentos e ideas tradicionales sobre la enseñanza. Uno de esos instrumentos es la rueda india de la medicina, o la rueda del saber de los cheyenes. A diferencia de nuestra manera de compartimentar la información, los cheyenes y otras tribus indias americanas intentan describir la naturaleza circular conectada, de la realidad, trazando un mapa del conocimiento en forma de rueda. Por ejemplo, la rueda puede estar dividida en cuatro estaciones, «las cuatro esquinas de la tierra», o las fases de la propia vida. O puede mostrar la estructura de las relaciones existentes entre los grupos sociales, como un diagrama circular. Los profesores de la Harvard School of Education han adoptado la rueda para describir las relaciones existentes entre las diversas disciplinas.

Y así como los partidarios de la medicina holística han resucitado expresiones relevantes usadas por Platón y otros filósofos griegos, los educadores están también examinando, aunque sea con retraso, un concepto holístico griego: la *paideia*. La *paideia* se refería al sistema educativo creado por el conjunto de la cultura ateniense, en donde tanto la comunidad como las diversas disciplinas proporcionaban al individuo elementos de aprendizaje, cuyo último objetivo era alcanzar el centro divino en el propio ser.

El *eufenismo*, una idea reciente tomada de la genética, sugiere que el tipo de enfoque del aprendizaje que representa la *paideia* tiene una base científica. Mientras que el eugenismo tenía por objeto la selección de ciertos rasgos y la eliminación de otros a partir de los genes, el eufenismo considera que la optimización del ambiente puede hacer surgir rasgos potenciales deseados. Refiriéndonos al ser humano, podríamos decir que todo el mundo está «dotado», en el sentido de que cuenta con un potencial específico de dotes en su repertorio genético, pero la mayoría de esas dotes no se desarrollan porque el medio ambiente se lo impide. Un gran número

de dotes, talentos y habilidades podría desarrollarse si el entorno del aprendizaje fuera lo suficientemente estimulante y tolerante.

Otro sistema indígena está sirviendo también para dar mayor relevancia al aprendizaje. Los estudiantes se quejan a menudo de que la información que se les ofrece en las escuelas y colegios vale para muy poco. Un buen número de educadores norteamericanos ha adaptado a este propósito la idea del «peregrinaje»: un viaje largo y peligroso por medio de la selva que deben realizar los aborígenes australianos al cumplir los catorce años. El saber que se están preparando para una iniciación a la vida o a la muerte confiere un sentido de inmediatez a la educación tribal de los aborígenes. En algunas escuelas y colegios urbanos, los jóvenes se crean ellos mismos sus propios programas de estudio, como preparación para la gran tarea, elegida por ellos, que les espera: es su versión del peregrinaje.

Los educadores se están interesando cada vez más en los antiguos mitos y símbolos, en tradiciones orales, festivos de la tierra, costumbres y ritos primitivos de iniciación, y capacidades extraordinarias que han sido documentadas en culturas menos lineales que la nuestra.

A medida que cambia nuestra visión del mundo, el mundo cambia también: se está haciendo más pequeño, más rico, más humano, como el Pueblo Global de McLuhan, o el planeta semejante a una joya del *Whole Earth Catalog*, o *La Nave Espacial Tierra* de Buckminster Fuller. ¿Cómo podían detectar huellas sutiles en un terreno cubierto de nieve o de arena? ¿Cómo pudieron navegar de isla a isla? ¿Cómo podían andar sobre carbones, o conjurar las enfermedades? ¿Qué son capaces de hacer los seres humanos? ¿Cuántas cosas sabemos colectivamente? El póster de una escuela de tipo alternativo dice: «Ninguno de nosotros es tan listo como todos nosotros juntos». Descubrimos que también nosotros somos capaces de crear mitos, una táctica vieja como el mundo, empleada por las culturas en trance de transformación.

En los relatos de experiencias emocionantes, que produjeron un cambio en su vida, algunas personas de las que respondieron al cuestionario de la Conspiración de Acuario mencionaban el shock cultural, a consecuencia de una estancia en otro país o en otra parte del mundo. Hay lecciones importantes que podemos aprender de otras culturas. Las iniciaciones primitivas, por ejemplo, contienen enseñanzas sobre el dolor, la propia identidad, el enfrentamiento con el mundo y la naturaleza. Cuando un niño esquimal se siente tenso, se le invita a que se ponga a contemplar un pájaro o un pez, sustrayéndose así momentáneamente a una situación de alteración, que podría espantar al pájaro o al pez, y hacerlos

salir volando o nadando con rapidez. También se enseña al niño a volver a considerar el problema tras este respiro, una vez que el pájaro o el pez se han ido espontáneamente.

Los indios de las llanuras de América del Norte hablan a sus hijos de la «gemelidad» del hombre, esto es de la existencia de dos yoes en conflicto que pueden ser reconciliados en una unidad. Hyemeyohst Storm cita en su libro *Siete Flechas* a un viejo indio que comparaba esa condición gemela del hombre a una rama de árbol en forma de horquilla: «Si una de las mitades trata de desgajarse de la otra mitad, el árbol quedará mutilado o morirá... Mejor que tomar ese camino inútil, debemos tratar de anudar los elementos antagónicos de nuestra naturaleza gemela con las cosas del Único Universo».

Nuestra cultura estaba necesitada de la Rueda del Saber de los cheyenes, de esa cosmología en que poder ordenar sus informaciones y experiencias: nuestro puesto en el planeta y en el gran desfile de la evolución y de la historia; nuestras relaciones con lo infinitamente pequeño, con el electrón, y con las inmensas galaxias; el entorno de nuestro nacimiento, nuestra muerte, nuestro trabajo, nuestras familias. Todo esto son contextos. No podemos comprendernos a nosotros mismos, ni a los demás, ni a la naturaleza, sin considerar el sistema en su totalidad: el entramado de acontecimientos, la red de circunstancias, la multiplicidad de perspectivas.

Las expectativas elevadas son necesarias

«Lo que pensábamos que era el horizonte de nuestras posibilidades, resulta que es solamente el primer plano», explicaba Tom Roberts, un educador de Illinois, a un grupo de profesores interesados en la educación transpersonal. La propuesta de un proyecto federal cuyo título era «Los límites de la educabilidad humana», recomendaba a los investigadores tratar de identificar algunos de sus límites *exteriores*: «La mera tarea de identificar esos límites servirá para enfocar la energía en dirección a los mismos, o incluso a traspasarlos. El enfocar la atención sobre las posibilidades extremas de la educabilidad humana configura una perspectiva diferente...».

La perspectiva transpersonal incita al aprendiz a identificarse con quienes han ido más allá de los límites «normales». Lo que consideramos como estar dotado intelectualmente es un nivel potencial presente en todo cerebro, según han demostrado las investigaciones; con todo, la mayoría

nos quedamos trágicamente por debajo de lo que tendríamos por derecho de nacimiento.

Los experimentos han demostrado también el poder que tiene la imagen de uno mismo: las expectativas, altas o bajas, que tienen de uno los propios padres, los profesores, uno mismo.

Un estudio reciente de diversos individuos procedentes de un mismo nivel socio-económicamente bajo, reveló que quienes habían mostrado una mayor movilidad ascendente en la escala social presentaban un ingrediente fundamental que los demás no tenían: sus padres siempre habían confiado en que tendrían éxito.

Los enseñantes han sido entrenados para esperar poco de sus alumnos. En un famoso experimento realizado en los años sesenta, Robert Rosenthal, de la universidad de Harvard, y Lenore Jacobson, un educador de San Francisco, demostraron lo que llamaron el efecto Pygmalion: esto es, descubrieron que los profesores comunican, sin intención, sus expectativas de lo que cada estudiante puede llegar a hacer, lo que pone en marcha una serie de profecías que se cumplen infaliblemente.

Los jóvenes de quienes se espera que triunfen, generalmente lo consiguen, incluso si las expectativas de sus profesores estaban basadas en informaciones falsas. Por el contrario, se demostró que los profesores suelen escatimar sus comentarios negativos a aquellos de quienes esperan poco, con lo que a estos estudiantes les resulta más difícil corregir lo que están haciendo mal. El efecto Pygmalión ha podido ser comprobado en cientos de experimentos que se han realizado después; pero además, resulta que los profesores tienen otros tipos de sesgos, perfectamente mensurables, por razones de sexo, raza o de atractivo físico, con respecto a sus alumnos. Un día, en su clase en la universidad, Abraham Maslow preguntó a sus alumnos si alguno esperaba llegar a ser algo grande. Nadie respondió. «¿Pero quién, sino?» Preguntó con sequedad. Una profesora británica, que enseña a futuros maestros, siempre pregunta a sus alumnos: «¿Os dais cuenta, cuando estáis en clase delante de vuestros alumnos, de que tenéis ahí a los Einsteins, a los Picassos y a los Beethovens del futuro?».

Tenemos que dejar de seguir fragmentando la imagen que tenemos del éxito, a base de poner etiquetas separadas a la inteligencia, la creatividad, el genio, el atractivo, la moralidad. Como decía Bárbara Clark en su libro *Growwing up gifted* (Crecer como seres dotados):

"Una vez que hayamos integrado los diversos enfoques, una vez hayamos cambiado y ensanchado nuestra visión de la realidad, y

hayamos establecido la conexión subyacente entre todas las cosas, tendremos un nuevo concepto de lo que significa estar dotado. El dotado, el que tiene talento, el bien «sintonizado» y el iluminado se fundirán entonces en una sola cosa..."

Se observa en la educación un movimiento en favor de la «clarificación de los valores», un programa de desarrollo moral. Lawrence Kohlberg y otros han constatado que los niños se vuelven sensibles a las cuestiones morales, si se les hace pensar en ellas. De hecho la personalidad del maestro puede inspirar cooperación, altruismo y servicio en sus alumnos o bien hipocresía, resistencia y competitividad. Como alguien ha dicho, todos los maestros enseñan valores, ya sea consciente, ya inconscientemente.

Las posibilidades son inquietantes, alarmantes diríamos, si consideramos la magnitud del potencial humano desperdiciado. Pero el mero hecho de estar ahora descubriendo esas posibilidades y de estar tratando de comunicar nuestra preocupación es ya un signo de esperanza. Vivimos en la era del *Guinness Book of World Records*, el libro que contiene los más diversos records mundiales. Ahí están los atletas olímpicos que rompen sus propias barreras, los héroes populares que sacan a la gente de automóviles en llamas, historias televisivas de interés humano, como la del padre impedido, habitante de un ghetto, que anduvo ocho millas en su silla de ruedas, con su hijo en el regazo, hasta llegar a un hospital donde conseguir ayuda para bajarle la fiebre.

Esto es educación moral *en vivo*, esto es enseñar a trascender. A causa de las posibilidades de viajes y comunicaciones, la interacción que en otros tiempos daba lugar al surgimiento de «escuelas» de artistas y núcleos de grandes físicos o escritores, puede darse hoy día en un grado sorprendente a escala global.

La transformación de los docentes

Las sucesivas reformas, algunas de ellas sin duda prometedoras, han fracasado porque había demasiados profesores que no estaban de acuerdo con sus principios básicos, o simplemente no los entendían. Como dice Charlie Brown en *Peanuts*: «¿Cómo se pueden estudiar las nuevas matemáticas con una mente matemática anticuada?». La educación no puede reformarse basándose en decretos, lo mismo que no se puede curar a base de lo que Edward Carpenter llamaba «remedios exteriores». Los

maestros sólo podrán beneficiarse de las nuevas ideas si las comprenden desde dentro. Como decía un educador, «Los maestros que lo hacen mal con sus viejos instrumentos, es probable que lo hagan peor con instrumentos nuevos que les resultan extraños».

Algunos profesores merecen el calificativo de «asesinos de sueños» que les da Bruner, o el de «malos artistas», como los llama Aldous Huxley, cuyos defectos pueden afectar a vidas y destinos enteros. Si las facultades médicas han tendido a seleccionar a los académicamente dotados y de buena memoria, más que a los mejor dotados para cuidar de la gente, también las facultades de enseñantes han montado una carrera de obstáculos de lenguajes enrevesados y trabajos tan aburridos durante el curso, que bastan para desanimar a cualquier candidato que sea mínimamente creativo. Si algunos individuos brillantes e imaginativos consiguen sobrevivir al maratón de los años de formación, el sistema como tal siente escalofríos ante la sola idea de cambiar en algo. Los profesores creativos que se enrolan en algún programa experimental, suelen terminar quemados, exhaustos y deprimidos por la lucha inacabable por mantener la innovación en medio de papeleos, pegas y ataques abiertos. En la profesión más decisiva para la salud mental de la sociedad, hemos primado escasamente el talento y la sensibilidad.

Mucho tiempo después de los primeros experimentos del efecto Pygmalión, Rosenthal y sus colegas de Harvard concibieron un test audiovisual, el «Perfil de sensibilidad no-verbal», para medir la capacidad de las personas para captar las intenciones y emociones de otras personas sin la ayuda de palabras. En cuanto grupo, las puntuaciones obtenidas por los docentes fueron relativamente bajas. Quienes piensan que se puede manipular a los demás, "quienes puntúan alto en la «escala de maquiavelismo», son relativamente insensibles a los mensajes no-verbales. Los autores del test daban el nombre de Escuchadores a los que obtenían puntuaciones altas, y el de Habladores a los que puntuaban bajo. En conjunto, los docentes están acostumbrados a hablar, no a escuchar. O, como dice el título de un libro, «El geranio acaba de morir sobre el alféizar, pero tú, maestro, seguiste como sí nada». Mientras tanto, los estudiantes, con su sensibilidad para todo lo que no se dice, miradas del profesor, actitudes de desaprobación o de rechazo, aprenden qué deben hacer para poder sobrevivir en el sistema.

En el *Harvard Educational Review* apareció un informe sobre el influjo decisivo en la vida de sus alumnos que había sabido producir una sola profesora de primer grado. Dos tercios de los antiguos alumnos de la

«Señorita A», educados todos ellos en un barrio pobre de Montreal, habían alcanzado el más alto nivel en su vida adulta, y el resto podía clasificarse de «mediano». Ninguno había permanecido en el nivel «bajo».7 La Señorita A estaba convencida de que todos los niños podrían llegar a leer al terminar el primer grado, prescindiendo de su origen socioeconómico. Conseguía inculcar en sus alumnos la importancia de la educación, dedicaba horas extra a los más torpes, y después de las clases se quedaba con ellos más tiempo para ayudarlos, compartía su comida con los alumnos que se hablan olvidado la suya, y recordaba a todos por sus nombres veinte años más tarde. Se adaptó a los nuevos métodos matemáticos y a las nuevas técnicas para la enseñanza de la lectura, pero su verdadero secreto, según decían sus compañeros de trabajo y sus antiguos alumnos, era que «les enseñaba con mucho cariño».

La educadora Esther Rothman, autora del libro *Troubled Teachers* (Profesores con problemas), atribuye la pobre calidad de la enseñanza, no a ineptitud, sino a conflictos inconscientes, a motivaciones y a necesidades de los profesores. La violencia, el sarcasmo, los juegos de poder, la permisividad, las bajas expectativas sobre el rendimiento de los alumnos, particularmente si se trata de hijos de familias pertenecientes a minorías, todas estas cosas, decía, contribuyen poderosamente al fracaso de la educación. Los presupuestos, el entorno escolar y las técnicas tienen una importancia secundaria.

Cuando los maestros se permiten dejar aparecer sus más profundos sentimientos y motivaciones, y miran en su interior en busca de su propia autoconciencia y para liberarse emocionalmente, están comenzando a dar pasos visibles en dirección a un cambio de la estructura social. *Entonces* es cuando el profesor idealista, el «reformador clandestino», se deja ver, dice Rothman.

"Muchos profesores se han lanzado ya a una cruzada como rebeldes en el mejor sentido de la palabra; y otros están preparándose para hacerlo. Sólo entonces, cuando la agresión, el amor y el poder sean usados de forma constructiva en la clase, podrá realmente tener éxito la educación. La educación, como las neuronas en el cerebro, será entonces un proceso expresivamente agresivo, dinámico y explosivo".

Muchas voces se han levantado ya proclamando esta necesidad de la educación. «La educación puede transformar la cultura, pero sólo en la

medida en que se hayan transformado sus educadores», dice Diane Watson, miembro del consejo escolar de Los Ángeles.

Últimamente, en los círculos relacionados con la planificación educativa, el movimiento de las «conductas facilitantes» ha atraído la atención sobre el profesor como un ser humano que puede matar o dar vida al proceso de aprender. «La mayor parte de los distritos escolares han llegado a la conclusión, en los últimos cinco años, de que es imposible mejorar la educación si no consiguen que los profesores cambien, decía un consejero educativo. El objetivo de este movimiento parece simple: trata de concienciar a los profesores de la conducta y las actitudes, frente a sí mismos y frente a los demás, que observan cuando están en clase. Utilizando como medios la evaluación de los profesores en sus clases, o su misma auto evaluación mediante grabaciones en video, el sistema de las conductas facilitantes permite llamar la atención sobre las actuaciones positivas y negativas. Las investigaciones demuestran que los niños aprenden mejor de los adultos que son espontáneos, creativos, amistosos, que están en buena forma física... que se atienen al sentido más que a los puros hechos... que tienen una alta estimación de sí mismos... y que viven su trabajo como algo liberador y no controlador para el estudiante que tiene dificultades. Los buenos profesores se interesan más por el proceso del aprendizaje, que por alcanzar unas metas determinadas. Admiten sus propios fallos, fomentan cierta radicalidad de ideas en sus alumnos, hablan de sentimientos, fomentan la colaboración, incitan a sus alumnos a que le ayuden a programar su trabajo, y se muestran disponibles por encima de lo que exige el deber. Las humillaciones, el tratar a todos por igual, los castigos y las normativas inhiben la capacidad y el deseo de aprender.

El proyecto Cambio, de Los Ángeles, es justamente un ejemplo de los programas diseñados para aumentar la sensibilidad de los profesores, que se están impartiendo por todo el país. «Todos los profesores sin excepción que han participado, dice uno de los monitores de estos cursos, nos dicen que el mayor beneficio lo han experimentado en su propia vida, por un cambio total de perspectiva. Dicen estar ahora más conscientes de talentos que no creían poseer, y muchos experimentan una auténtica explosión de creatividad en sus clases. Se sienten más abiertos a los demás, menos críticos, más dispuestos a apreciar lo que los demás les pueden ofrecer. Hay una correlación entre el crecimiento personal y la productividad del profesor. Preparan mejor sus clases, aseguran sentirse con más energías, y los alumnos les evalúan mejor».

Los educadores implicados en métodos humanísticos y transpersonales han comenzado a vincularse entre sí, por medio de centros y redes nacionales; hay también redes locales, como Línea de Vida, en Los Ángeles, patrocinada por la Asociación de Psicología Humanística, que pretende establecer un nuevo paradigma educativo «en coexistencia con los otros paradigmas más tradicionales». Beverly Galyean, consejero en temas de «confluencia educativa» para los colegios de la ciudad de Los Angeles, expresaba las intenciones de esta red, perteneciente a la línea «conspiradora» del Centro Radical, del modo siguiente:

"Nos encontramos aquí como educadores humanistas profesionales, expertos asimismo en la metodología tradicional, lo suficientemente prudentes como para saber qué es lo que funciona y debemos por tanto mantener, pero lo suficientemente humildes también como para buscar además soluciones nuevas.

Hay cientos de personas en torno a Los Ángeles que están practicando este tipo de educación, pero el miedo sigue flotando en el ambiente, a causa de la insistencia en las cosas «fundamentales» la disciplina, el control... Los profesores, consejeros, administradores, padres y alumnos, partidarios de la solución humanística, individualmente considerados, se ven condenados a seguirse preguntando cómo poder fundir una filosofía de amor, de apertura, de confianza, de fe en el proceso de aprendizaje dirigido desde el interior, en la expresión creativa y en la responsabilidad personal con una tradición que parece oponerse a todo ello.

Nuestra respuesta es: *Atiende a la necesidad allí donde surge*. Ofrece alternativas creativas para lo que ya no funciona. Si en su distrito, lo que se desea es volver a «las cosas básicas», mejores puntuaciones en lectura, asistencia más regular, etc. Muéstreles cómo el programa humanístico, o el de sus compañeros consigue esos objetivos. Se puede aprovechar la división tradicional en asignaturas para ofrecer a los estudiantes procesos que les ayuden a reflexionar sobre sí mismos...

O bien, si lo que se pretende en su distrito es una mayor disciplina, hábleles de sistemas que funcionan sobre la base del principio del control interior. Tal vez el problema en su centro sea la hiperactividad. Emplee métodos naturales para calmar el exceso de energía: yoga, meditación, masaje, movimiento, alimentación.

No es posible aprender cuando el medio es fuente de distracciones y de fragmentación de la atención. Aprenda a dirigir actividades de

centrar la atención, meditaciones en grupo, técnicas de relajación...

Las crisis con que se enfrentan actualmente la mayoría de los distritos escolares pueden ser el trampolín para sus experimentos humanísticos. Cuando la gente se hiere, pide ayuda. La educación está hiñendo a mucha gente, y está pidiendo ayuda. No seamos tímidos en responder a esta petición".

Incluso una pequeña minoría de educadores, consejeros y administradores de la educación pueden desencadenar auténticos seísmos, si usan sistemas que realmente funcionen.

El nuevo curriculum

Como el nuevo paradigma educativo abarca muchas más cosas que el antiguo, los programas experimentales a menudo quedan por debajo de sus objetivos. Después de todo, éstos constituyen innovaciones y experiencias aún no claramente definidas ni contrastadas. No es pequeña empresa tratar de humanizar la escuela y, al mismo tiempo, plantear un desafío a los estudiantes.

La nueva comunidad escolar constituye un círculo muy íntimo, más parecido a una familia que a una escuela, en la que no faltan en ocasiones algunas disputas familiares para completar el cuadro. Profesores, padres y alumnos, unidos, deciden los temas importantes de régimen interno y de programación, y designan a los nuevos componentes del equipo. Los estudiantes llaman a sus profesores por sus nombres, y los consideran más como amigos que como figuras autoritarias. Los grupos por edades generalmente son flexibles, y no se ajustan a la rígida estructura gradual de la educación tradicional. La mayor parte de los programas educativos innovadores incluyen suficientes elementos estructurales como para recordar a los alumnos su responsabilidad y prepararlos para determinadas expectativas propias del antiguo paradigma, que tendrán que afrontar al abandonar el colegio. También se expide un diploma a quienes lo necesitan de cara a entrar en la universidad.

El nuevo currículum es como un tapiz de rico colorido y trama sutil, sin otras limitaciones que las indispensables de tipo burocrático y presupuestario, y el caudal de energía de los profesores. Virtualmente no hay materia que se excluya por ser excesivamente difícil, discutible, o ajena a los intereses del momento. Lógicamente, en la mayoría de los Estados, ciertos elementos del currículum están determinados por la ley. Pero aun

así, los educadores se las arreglan para integrar muchas asignaturas académicas con actividades propias del «cerebro derecho» (música, gimnasia, arte, estimulación sensorial), o para tratarlas en forma de dramatización, como por ejemplo representaciones teatrales de acontecimientos históricos, que permiten a los alumnos seguir con frescura e interés las implicaciones del tema. Otra forma de hacer experimentar a los alumnos otras culturas u otros períodos históricos consiste en organizar ferias y festivales, en los que aprenden la música y la artesanía de otros tiempos y lugares. Emplean sus conocimientos matemáticos para construir cúpulas. Su «campus» es la comunidad entera. Los padres y «expertos» de la comunidad se ofrecen voluntariamente para enseñar materias de sus respectivas especialidades, y los alumnos hacen de tutores entre sí. Normalmente, el currículum incluye una compleja dosificación de temas artísticos y humanísticos; los alumnos pueden tener que aprender, por ejemplo, caligrafía, o la técnica *batik* de teñido, o saber representar una comedia de Broadway, o escribir y realizar sus propios guiones televisivos. También aprenden a conocer y usar las fuentes del poder político asistiendo a las reuniones del consejo escolar o del ayuntamiento respectivo. Cuidando animales, aprenden biología, y plantando jardines, botánica.

También se les enseña lo que es el acondicionamiento. Aprender a reconocer sus propias pautas de conducta, a identificar sus miedos y conflictos, a actuar con responsabilidad, y a comunicar lo que sienten y lo que necesitan.

Los estados alterados de conciencia se toman en serio: para mantener abierto el acceso a la intuición y fomentar el aprendizaje con todo el cerebro, se emplean ejercicios de «centramiento», de meditación, relajación e imaginación. Se incita a los estudiantes a que «sintonicen» con su interior, a que imaginen, y a que identifiquen la sensación especial de tener una experiencia cumbre. También se emplean técnicas para fomentar la conciencia del propio cuerpo: respiración, relajación, yoga, movimiento, biofeedback.

También se procura que reflexionen sobre la semántica, sobre el modo cómo las etiquetas influyen en el pensamiento. Estudian temas que serían juzgados demasiado controvertibles para tratarlos en clase, como por ejemplo el nacimiento y la muerte. Para la enseñanza de idiomas se pueden emplear técnicas como la Vía del Silencio, método en el que el profesor habla poco y el alumno debe lanzarse a emplear la lengua como pueda; o también la Sugestología, método originario de Bulgaria que emplea la música y la respiración rítmica para implicar en el aprendizaje al

hemisferio derecho. Se dan cursos sobre ecología, y para aprender a discriminar el valor nutritivo de los alimentos, y ser un consumidor inteligente.

Se pone a los estudiantes en situación de tener que enfrentarse con paradojas, con opiniones filosóficas contradictorias, y con las implicaciones que se derivan de sus propias creencias y comportamientos. Se les recuerda que siempre existen alternativas. Se les permite innovar, inventar, cuestionar, ponderar, discutir, soñar, angustiarse, planear, fracasar, tener éxito, repensar e imaginar. Aprenden a aprender, y comprenden que la educación es una tarea para toda la vida.

Los estudiantes de todas las edades participan en mil juegos: juegos educativos, matemáticos, sociales, históricos, de exploración espacial, de temática sociológica. Más que a juegos de tipo físico, ferozmente competitivos, juegan a los «Nuevos Juegos», colección de actividades en continua expansión, muchas de ellas antiguos deportes, que cumplen el slogan de la New Games Foundation que los promueve: «Jugar duro, jugar limpio, sin herir a nadie».

La competitividad, el *status* y las luchas por la popularidad juegan un papel relativamente pequeño en la dinámica de este tipo de escuelas o colegios. La mayoría de los alumnos asisten voluntariamente, porque tanto ellos como sus familias son partidarios de este tipo de educación. Estas familias tienden a hacer relativa la lucha y la competitividad social, y valoran el progreso y el perfeccionamiento por sí mismos. El propio curriculum y el comportamiento de los profesores tienden también a reforzar la autonomía, la empatía y la mutua ayuda entre los estudiantes. Las eventuales disputas que pueden surgir están más en la línea de riñas pasajeras entre hermanos, que no en la de enfrentamiento de grupos entre sí, tan típicas de los colegios convencionales.

Uno de los objetivos del curriculum es la autonomía de los estudiantes. Esta ambición se basa en la creencia de que para que nuestros hijos sean libres necesitan liberarse incluso de nosotros mismos, ser libre con respecto a los límites que representan nuestras convicciones y nuestros gustos y costumbres. En ocasiones, eso significa tener que enseñar a ser sanamente, adecuadamente, rebeldes, y no conformistas. La madurez trae consigo un sentido moral que emana de lo más íntimo del propio ser, y no de la mera obediencia a las costumbres de la propia cultura.

La historia moderna ha demostrado con tintes trágicos que la obediencia que surge del miedo no conduce a un comportamiento moralmente selectivo. El psicólogo Stanley Milgram, en una serie de

experimentos que se han convertido en clásicos, ordenaba a los sujetos experimentales administrar a otra persona lo que se les hacía creer que eran descargas dolorosas. (En realidad, la «víctima», coludida con el experimentador, sólo fingía experimentar dolor en presencia de la descarga, de acuerdo con su magnitud.) La mayoría de los sujetos, aunque visiblemente angustiados por lo que se les pedía hacer, eran incapaces de decir No a la «autoridad», representada por el psicólogo con su bata blanca. El *sesenta y cinco por ciento* de los sujetos, gente «normal» por todos los conceptos, se mostró dispuesta a infligir a sus «víctimas» daños severos, posiblemente permanentes, según se les decía, empujando la palanca hasta la máxima potencia cuando así se les pedía. A pesar de escuchar los gritos terribles que provenían de la habitación de al lado, donde suponían estaban sus víctimas, no podían decidirse a dejar de obedecer al experimentador. Este fenómeno, al que Milgram designa como «obediencia a la autoridad», se da en todas las culturas y en todos los grupos de edades, si bien la susceptibilidad de los niños es algo superior a la de los adultos.

La mayoría de la gente opta por el conformismo a cambio de ser aceptados por el mundo. Pero si nos sentimos ya en el mundo como en casa, profundamente relacionados y cómodos, si no tenemos miedo, no tenemos necesidad de llegar a este tipo de acuerdo. El aprendiz autónomo navega guiado por un giroscopio interno, obediente a una autoridad interior. Sarah McCarthy, una maestra de Pittsburgh, proclamaba la necesidad de introducir programas educativos correctores para los niños «obedientes en exceso», enseñándoles una especie de desobediencia creativa adecuada, como antídoto frente al efecto Milgram.

Más allá de la escuela

Aunque el aumento de alternativas educativas ha sido relativamente espectacular, la mayoría de las familias no tienen acceso a escuelas innovadoras, con clases abiertas, ni al tipo de profesores capaces de hacerlas funcionar por sus dotes de iniciativa y de animación y su capacidad de resonancia.

No obstante, hay ayudas al alcance de la mano; tal vez no en forma de una caballería uniformada que acude al rescate, pero hay voluntarios, renegados del sistema tradicional, y exploradores de vanguardia. Hay nuevos sitios en donde aprender, nuevas formas de aprender, nuevas habilidades que dominar, nuevas conexiones que establecer. Estamos entrando en una época de aprendizaje sin límites, sin requisitos de edad ni

de ninguna otra cosa, sin formalidades. La nueva y más amplia perspectiva educativa gravita pesadamente sobre la comunidad y sobre todas las personas con capacidad de iniciativa que han descubierto la sed de aprender, y el hambre de tecnologías transformadoras y de conocimientos y actividades útiles.

Llegar a la paideia, al Centro Radical, a la ciudad celeste; «enseñar a las dos mitades del cerebro». No es pequeña ambición tratar de conseguir todo eso. *Ninguna escuela puede hacerlo. Ni ha podido hacerlo nunca.* Sólo la comunidad es capaz de impartir una educación holística, y sólo una persona entera es capaz de recibirla. La simultánea transformación personal y social puede llevarnos a lo que Confucio llamaba «el gran aprendizaje», comparado con el «pequeño aprendizaje» que imparten las escuelas. «La universidad no va probablemente a crecer hasta alcanzar el tamaño de una ciudad», dice Irwin Thompson en *El Filo de la Historia*. «Más bien se encogerá, al darse cuenta de que es la misma ciudad (y no el campus) la que compone la verdadera universidad.»

La mayor de las reformas educativas puede ser la *descentralización*, el desmantelamiento de los muros sin ventanas que mantenían a la escuela aislada de la comunidad, de la vida real. Un educador, Ronald Gross, dice:

"Tengo la esperanza que con el progresivo debilitamiento de las rigideces de la escolarización, será posible aflojar sus estructuras y robustecer de tal forma las oportunidades de aprender de otras fuentes, que llegará a ser imposible separar el aprendizaje de la vida, y distinguir a profesores y alumnos de unos amigos que aprenden juntos. Para que eso llegue, es preciso que florezcan realmente otras opciones..."

Un planificador educativo del máximo nivel gubernamental ha propuesto la posibilidad de que los estudiantes puedan seguir, en lugar del programa obligatorio, una especie de «educación a la carta», al estilo de lo que se practica en las escuelas militares. El estudiante recibiría un lote o crédito total, que podría emplear en recibir estas o aquellas enseñanzas, generales o especializadas, a su elección. Esto equivaldría a «subvencionar al estudiante, no a la institución». La idea de esta especie de «vales» educativos en lugar de la educación pública obligatoria, tiene atractivo para todo el espectro político, por muy diferentes que puedan ser las razones de radicales y conservadores para justificarla.

Los intentos de aclaramiento, de descentralización y de desespecialización están a la orden del día. La mayor parte de los cambios y

éxitos apasionantes que trae consigo esta nueva encarnación de la educación son un reflejo de su vuelta a manos de sus auténticos responsables y protagonistas: la comunidad y el propio aprendiz. Así como la transformación de la medicina vino propiciada no sólo por los médicos partidarios de la reforma, sino también por la intervención de especialistas en biofeedback y alimentación, psicólogos, periodistas, investigadores del cerebro, y profesionales de otras muchas disciplinas, también en la educación la entrada de nuevos participantes está aportando nueva vida.

El proceso de aprendizaje se ha abierto a mil posibilidades nuevas: universidades sin muros, «universidades libres», escuelas ambulantes, proyectos conjuntos de trabajo y estudio, incluso para niños, programas de tutoría al estilo medieval, escuelas regidas comunitariamente, personas mayores que colaboran voluntariamente en escuelas y colegios, y chicos que participan en ambientes de trabajo reales, itinerarios campestres, educación de adultos, una explosión de prácticas artesanales y de librería para toda suerte de técnicas, la consideración de la experiencia como un valor en orden a la obtención de grados universitarios, enseñanzas privadas, aprendizaje con compañeros, puesta en común de habilidades, y proyectos comunitarios de servicios estudiantiles y de restauración. Por otra parte, la tecnología ofrece posibilidades cada vez más baratas y accesibles: cassettes para enseñanzas diversas, y los múltiples kits para ordenadores domésticos.

La enseñanza y el aprendizaje se están convirtiendo en industrias a domicilio. Los proyectos de formación en casa para niños disminuidos, las escuelas públicas regidas por la comunidad, juegos y enseñanzas diseñadas por los padres para niños en edad preescolar o para después de las horas de colegio, las redes de aprendizaje, el éxito del programa PUSH de Jesse Jackson para la alfabetización y desarrollo de los niños que habitan en ghettos... , todas estas iniciativas son esencialmente independientes del sistema.

Parte del proceso de transformación consiste en convertirse de nuevo en aprendiz, sea cual sea la edad que se tenga. Cuando éramos niños, no teníamos apenas elección de qué y cómo aprender. En este sentido, la mayoría seguíamos luego siendo pasivos el resto de nuestra vida, sin damos cuenta que podemos elegir, de que podemos aprender, y transformarnos. Si emprendemos el proceso, si nos convertimos en aprendices conscientes, y no sólo accidentalmente, podemos crecer, sea cual sea nuestra edad.

«Todos nosotros», dice Jerry Fletcher, que pertenece al gabinete del Ministro Adjunto de Educación, «incluso quienes funcionan en apariencia

con mayor plenitud, tenemos áreas bloqueadas en nuestra vida, que no nos permiten desarrollarnos y experimentar de forma plena. » La verdadera educación, añade, fortalece la capacidad de seguir dotando de sentido a la propia vida a medida que se desarrolla.

"Un cambio en las expectativas culturales podría ayudar mucho. Una de las cosas que puede cambiar el clima cultural más rápidamente es una descripción cuidadosamente elaborada de los niveles posibles por encima de lo que alcanzan la mayor parte de los adultos. Si esta descripción llega a ser aceptada como legítima por la cultura, estaremos en camino para ello".

Un ejemplo de apertura a un aprendizaje que dura toda la vida es el programa Elderhostel, que es una red de programas de estudio residenciales para estudiantes adultos, que se imparten en doscientos campus universitarios. Programas semejantes funcionan en Francia, Suiza, Bélgica, Polonia y Canadá. Los participantes, en su mayoría personas de edad, no necesitan haber tenido ningún tipo de educación formal. Por medio de clases de nivel universitario, actividades físicas, conferencias y mesas redondas, se les proporciona la estimulación física y mental que necesitan.

Las «universidades libres» aparecieron por vez primera en los años sesenta, como parte de la rebelión estudiantil. Hoy día, casi doscientas universidades libres independientes ofrecen por todo el país un potpourri de cursos extra académicos sobre cualquier tema imaginable. La temporada de verano de la universidad libre de Denver en 1979 contó con mil setecientos alumnos. El Estado de Kansas ha ofrecido ayuda económica en forma de subvenciones a las universidades libres, con la esperanza de que puedan contribuir a crear un sentido comunitario en las zonas rurales.

En 1971, un consorcio de veinticinco universidades y colegios universitarios crearon el programa Universidad Sin Fronteras (UWW: University Without Walls), administrado por la Unión de Universidades y Colegios Universitarios Experimentales. Programas similares, muchos de ellos menos acreditados que el UWW, se han extendido por todo el país, siguiendo en parte el modelo de la Universidad Abierta británica.

José Argüelles dice de este tipo de redes:

"Lo que este modelo de red sugiere es la existencia de un paradigma común, que une lo físico y lo psicológico, lo intelectual y lo

intuitivo, el hemisferio izquierdo y el derecho...

Así como el ser humano avanza desde la niñez hasta la pubertad y la conciencia de su sexualidad, también la idea de formar redes educativas debe... coger su lugar en el amplio y fértil contexto de ideas y valores sociales que comprende el avance evolutivo de la humanidad".

Unos a otros nos damos valor para movernos en dirección a lo desconocido, para arriesgarnos apoyados en la compañía y el beneplácito de los demás. Estamos constantemente implicados en un proceso que alguien ha llamado de «educación mutua». Quien se implica de nuevo en su propia educación, necesita que otros le acompañen en su viaje. Cuando decimos que hemos *crecido* más que alguien, o que alguien ha crecido más que nosotros, lo único que estamos diciendo es que uno de los dos se ha interesado por seguir aprendiendo, y el otro no.

Es característico de la Conspiración de Acuario el considerar como maestros no sólo a los propios profesores, sino también a los amigos, al esposo o esposa, actual o anterior, a los padres, a los compañeros, e incluso a los acontecimientos de la propia vida. Si no somos competitivos ni jerárquicos al distinguir entre profesores y discípulos, entonces todo el mundo se convierte en maestro, toda experiencia en una lección, y toda relación en un curso completo. «Incluso una piedra es un maestro», dice el maestro sufi Idries Shah.

El hábito de compartir intensamente experiencias intelectuales y espirituales, propio de la Conspiración de Acuario, las incursiones conjuntas por el nuevo territorio, la puesta en común de las respectivas riquezas, crean la especie de mutua inspiración, de que hablaba John Gowan. El juego combinado, casi sexual, de ideas, de yin y yang, de Oriente y Occidente, se traduce en una especie de síntesis colectiva: Una comunidad creativa, propicia al riesgo y al despliegue imaginativo.

Los hijos del nuevo paradigma

Mucho antes de que Thomas Kuhn observase que las nuevas ideas posiblemente tendrían que esperar hasta ser aceptadas por la nueva generación, la sabiduría popular ya había hecho esta agri dulce constatación. Un proverbio hebreo reza: «No limites a tus hijos a que aprendan lo mismo que tú, pues ellos han nacido en otros tiempos».

Karl Pribram predijo en una ocasión que la nueva generación aprendería ya a enfrentarse con paradojas en los primeros años de su educación, y crecerían con una comprensión de los niveles primario y secundario de, la realidad. No mucho después, un joven estudiante de Los Angeles, trataba por su parte, por pura coincidencia, de explicar a sus compañeros de octavo grado el modelo holográfico de la realidad propuesto por Pribram y por el físico David Bohm. Para concluir, les decía:

"¿Por qué no sois capaces de producir fenómenos que consideramos paranormales? Pienso que es porque creéis que no podéis. Podéis decir que lo deseáis, o incluso podéis desearlo sinceramente, pero eso no cambia lo que creéis en vuestro subconsciente. Nuestra cultura afirma que ese tipo de cosas no es posible, de modo que eso es lo que creéis que es verdad. *Para cambiar vuestra realidad, tendríais que cambiar vuestra forma mas profunda de pensar.* Lo que hoy es teoría, mañana puede ser un hecho".

Niños y jóvenes de todo el mundo están oyendo este tipo de ideas gracias a la revolución operada en las comunicaciones. No están ya limitados a las creencias particulares de una única cultura.

Paul Nash ha comparado ese cambio de realidades con la diferencia que se da entre las parejas inmigrantes y sus hijos. «Los niños generalmente aprenden la lengua y adoptan las costumbres del lugar con más facilidad que los mayores, quienes acaban haciéndose dependientes de sus hijos, que les hacen de guías en el "nuevo mundo". »

Libros recientemente aparecidos, como *El Niño Mágico* de Joseph Chilton, o *Dotados para lo Desconocido* de Lyail Watson, ofrecen variaciones sobre este mismo tema: los poderes del niño y del primitivo. Una generación enamorada de la fantasía de Tolkien y del brujo de Castañeda está ya madura para la magia, ellos y sus hijos.

Los mismos títulos de conferencias celebradas sobre educación y aprendizaje transpersonal sugieren también que estamos entrando en este mundo nuevo: *H4os de la nueva era*, *Celebración del niño*, *La educación del niño en el futuro*, *La mente metafórica*, *El niño consciente*, *Fronteras transpersonales*, *Fronteras infinitas*.

Si la educación no admite remiendos, tal vez sí admita una transformación. Como alguien explicaba, intentando aclarar la diferencia entre reforma y transformación, hemos estado intentando ponerle alas a

una oruga. Nuestra intervención en el proceso del aprendizaje ha sido hasta ahora así de burda. Es hora ya de liberarnos de nuestro apego a viejos moldes, y de dejar volar libremente a la mente humana sin ponerle impedimentos.

1. PTA: Parents and Teachers Association, Asociación de Padres y Profesores. (*N. del T.*)

2. Una experiencia realizada en los años sesenta, el Proyecto Milwaukee, conocido a veces con el nombre de Operación de Rescate Infantil, ilustra las proporciones dramáticas del potencial desperdiciado. Unos psicólogos de la universidad de Wisconsin dispusieron lo necesario para prestar una atención especial a niños nacidos de madres de inteligencia límite (C. I. de 70 o menos). Normalmente estos niños, al llegar a los dieciséis años, muestran una inteligencia tan baja como la de sus madres. Presumiblemente, una madre obtusa no puede estimular demasiado la mente de su hijo.

Cuarenta bebés fueron recogidos de sus casas y llevados a un centro universitario, en el que se jugaba con ellos, se les cantaba, y se les proporcionaba una múltiple estimulación. Más tarde, cuando ya andaban, siguieron aprendiendo en pequeños grupos. A la edad de cuatro años, todos estos niños dieron una puntuación media de 128 de C. I. en un test, y de 132 en otro, esto es, dentro del nivel que los psicólogos etiquetan de "intelectualmente dotado" Estos niños experimentales eran más brillantes que el típico niño perteneciente a un hogar de nivel superior de clase media. Cuarenta niños procedentes de circunstancias semejantes, pero que *no* habían recibido esa atención extra, puntuaron una media de 85 de C. I. (una puntuación normal muy baja) a la edad de cuatro años. La magia de la interacción humana era la causa de la diferencia.

3. Un ejemplo del mal uso de los fondos destinados a la educación: en 1972, Edith Green, miembro del Congreso, reveló que el 60 por ciento del presupuesto para el primer año del programa federal «Derecho a leer» había sido malgastado en gastos de construcciones o decoración de despachos no autorizados, en relaciones públicas y en salarios

4. Los sociólogos han calculado recientemente que un individuo perteneciente a nuestra sociedad occidental recibe a diario sesenta y cinco mil unidades más de estimulación de las que recibían nuestros antepasados hace cien años.

5. Por ejemplo, se pidió a los sujetos que diseñasen un reloj en cuya esfera no hubiese ningún elemento móvil ni cambiante durante su uso ordinario. La respuesta era: un reloj *sonoro*. Pero al insistir demasiado en el aspecto *visual* de un reloj encerró a la mayoría en la convicción de que todo reloj debe contar con un dispositivo visualmente legible.

6. Los ejercicios de Sinéctica también son para adultos, sobre todo como modo de desarrollar la creatividad.

7. Se tomaba como base comparativa el propio grupo sometido a estudio, no la sociedad en general. Dentro del bajo nivel socioeconómico de su barrio, e grupo «más alto» incluía directores escolares, prósperos hombres de negocios, etcétera.

8. *Batik*: método de estampado, originario de Java, consistente en encerar las partes de la tela que no se quiere teñir. (*N. del T.*)

X. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS VALORES Y DE LA VOCACIÓN

Cuando la naturaleza del trabajo es debidamente apreciada y aplicada, se sitúa, en relación con las facultades superiores, al mismo nivel que el alimento con respecto al cuerpo.

J.C. KUMARAPPA, filósofo y economista

Si la experiencia transformadora es realmente una fuente de energía, entonces debe también afectar inevitablemente a los propios valores, y de esa forma a toda la economía: al mercado, la fábrica, las grandes compañías, las profesiones, los pequeños negocios, al bienestar social. Y debe llevarnos a dar una nueva definición de palabras como «rico» y «pobre»; debe hacernos repensar qué es lo que nos debemos los unos a los otros, cuáles son los límites de lo posible, y qué es lo adecuado. Antes o después, el nuevo paradigma introduce un cambio en las relaciones del individuo con el trabajo; no cabe una transformación a tiempo parcial, por su misma naturaleza.

Para quien busca la totalidad, lo esencial no es solamente vivir, sino construir su propia vida. No es una sed de algo más, sino de algo diferente. Comprar, vender, poseer, ahorrar, compartir, guardar, invertir, dar, todas éstas son expresiones exteriores de necesidades internas. Cuando estas necesidades cambian, como sucede en toda transformación personal, los patrones económicos también cambian. Por ejemplo, para mucha gente gastar dinero es una especie de opio, un bálsamo contra los desencantos, las frustraciones y el vacío. Si la persona transforma su sensación interna de desasosiego tendrá menos necesidad medicamentos y de distracciones. La escucha interior nos hace percibir con mayor claridad qué es lo que en realidad queremos, que puede ser muy distinto de todo cuanto se nos había hecho creer, y que puede que ni siquiera tenga una etiqueta con un precio. También puede ocurrir que descubramos que toda «propiedad» es en algún sentido una ilusión, y que el apegarnos a las cosas puede ser una forma de impedirnos disfrutar libremente de ellas. Un mayor grado de conciencia nos puede devolver la capacidad de apreciar de nuevo las cosas sencillas. La calidad *se vuelve importante, la tan traída y llevada* «calidad de vida». Si el trabajo *resulta gratificante*, y no es sólo algo obligatorio, eso es otro factor capaz de reordenar nuestros valores y prioridades.

Vamos a considerar la evidencia de la aparición de un nuevo paradigma, basado en los *valores*, que trasciende el antiguo paradigma económico, preocupado ante todo por el crecimiento, el control y la manipulación. El surgimiento de este nuevo paradigma basado en los valores aparece reflejado en la modificación de las pautas de trabajo, de elección de profesión y de consumo... en los nuevos estilos de vida que están apareciendo, basados en principios de sinergia, de solidaridad, intercambio, cooperación y creatividad... en la transformación de los lugares de trabajo, de los negocios, la industria, las profesiones, las artes...

en las innovaciones en los sistemas de dirección y de participación de los trabajadores, incluyendo la descentralización del poder... en el surgimiento de una nueva raza de empresarios... en la búsqueda de una «tecnología adecuada»... en el clamor por una economía congruente con la naturaleza, que venga a sustituir la visión mecanicista que nos ha lanzado a la crisis que padecemos.

La crisis y su negación

Es un hecho probado que no se puede adelgazar si uno sigue comiendo lo que le da la gana. Tratando de alcanzar la prosperidad por medio del consumo, hemos agotado nuestros recursos. Los costes de una producción elevada, la escasez, la inflación y una tasa severa de desempleo se han convertido en el pan nuestro de cada día.

Como la economía es también un tema político, está sujeta a propagandas, racionalizaciones y mentiras. También nuestras creencias sobre la economía afectan a ésta, el llamado «índice de confianza», por lo que las empresas y el gobierno están interesados en amortiguar las reacciones de inversores y consumidores ante eventuales noticias económicas intranquilizantes. Y como las opiniones divergentes se apoyan todas ellas en razones de peso, podemos creer lo que queremos:

La energía nuclear es esencial/mortífera.

La energía solar será más barata/impracticable.

Los combustibles fósiles son abundantes/están exhaustos.

Tendríamos que consumir/conservar.

El pleno empleo es posible/imposible.

Es verdadero/falso que la automatización/protección del medio ambiente disminuye los puestos de trabajo y el crecimiento.

Algunos se hacen la ilusión de que la salvación puede estar en la tecnología y en la recirculación del dinero y los diferentes recursos. Pero el alivio transitorio de esta enfermedad crónica, escasez, dislocamiento del mercado, desempleo, envejecimiento tecnológico es tan peligroso como el tratamiento de los síntomas en medicina cuando se desconoce la causa de la enfermedad. Toda intervención en el cuerpo económico, al igual que la intervención por medios farmacológicos o quirúrgicos, conduce con frecuencia a la aparición de graves efectos secundarios, que requieren una intervención ulterior y más profunda.

La crisis resulta evidente sobre todo en el carácter crónico del paro y del subempleo: el envejecimiento tecnológico que ha alcanzado a millones de expertos trabajadores especializados, el número creciente de individuos con educación superior que rivalizan por los pocos puestos de trabajo disponibles, y el número creciente de jóvenes y mujeres que intentan incorporarse al mercado de trabajo.

Un estudio realizado por el Ministerio de Trabajo de los Estados Unidos ha encontrado que el «verdadero desempleo», incluyendo a quienes están trabajando, pero cuyas ganancias no superan el nivel de pobreza, alcanza una tasa superior al *40 por ciento*. Menos puestos de trabajo, más aspirantes a ellos. Menos puestos interesantes, proporcionalmente hablando. Y más tecnología, con lo que se consigue duplicar la producción del trabajador A, lo que permite despedir a B, de modo que A tenga que gruñir por tener que pagar impuestos que permitan ofrecer algún tipo de apoyo a un B desmoralizado. Programas de acción que a menudo no hacen otra cosa que trasladar la injusticia y la amargura a otros grupos diferentes.

Periódicamente, los trabajadores y los directivos se saquean unos a otros, como hermanos gemelos insensatos, ignorantes de que la vida de cada uno depende de la del otro, y son en realidad la misma.

Nuestros indicadores económicos con frecuencia nos despistan. Por ejemplo, las cifras del Producto Nacional Bruto comprenden los gastos de atención a enfermedades, de reparación de automóviles siniestrados y de eliminación de la polución industrial, es decir, miden actividades, no la auténtica producción. Cada vez es más evidente lo absolutamente inadecuados que resultan nuestros esfuerzos para controlar, explicar y comprender nuestra economía.

La economía es algo vivo e integrado, se parece más a un organismo que a una máquina. Tiene aspectos cualitativos, además de cuantitativos. Como la situación atmosférica, no admite arreglos. Tampoco permanece estable mucho tiempo, y es predecible sólo parcialmente. Incluso sus «leyes» no son más que descripciones del pasado. «La verdad es», ha dicho David Sternlight, economista jefe de la Atlantic Richfield Company, «que no tenemos hechos sobre el futuro».

Se suele dar por sentado que es mejor hacer algún tipo de predicción económica que no tener ninguna, decía E. F. Schumacher en 1961. «Haga usted una conjetura, conviértala en una hipótesis de trabajo, y obtenga una serie de estimaciones por medio de cálculos sutiles. Inmediatamente esas estimaciones son presentadas como resultado de un razonamiento científico, como algo mucho más fiable que una mera suposición. Así se

cometen errores colosales de planificación, porque este método sólo ofrece un simulacro de respuesta, donde lo que se requiere es una opción empresarial seriamente fundamentada. »

El presupuesto fundamental del antiguo paradigma que sigue siendo dominante y permanece sin cuestionar desde los tiempos de John Locke, es que los seres humanos nos sentimos fundamentalmente motivados por incentivos económicos. Y sin embargo, por encima de un determinado nivel de suficiencia material, son otras necesidades imperiosas las que claramente toman la delantera: el deseo de tener salud, de ser amado, de sentirse competente, de participar plenamente en la sociedad, de tener una ocupación significativa. Incluso si Locke tuviera razón sobre nuestras motivaciones económicas, es algo que tendríamos que cambiar. Nuestra civilización no puede continuar la escalada de producción y consumo de bienes y recursos que no son renovables.

En su evaluación de la crisis financiera de la ciudad de Nueva York a mediados de los años setenta, Julius Stulman, del World Institute, dijo que nuestro error principal consiste en seguir relacionando todas las cosas con el pasado, «con los escalones que laboriosamente hemos ido levantando a lo largo de seis mil años, ladrillo tras ladrillo, paso a paso, de una forma lineal y singular. Por necesarios que hayan sido esos escalones para nuestra evolución, ese estadio ha terminado. No podemos afrontar lo que tenemos por delante, a menos que pensemos de un modo diferente».

En lo sucesivo, nuestra mejor esperanza estriba en prestar atención, reconociendo las maneras cómo nuestras vidas y nuestros medios de vida han sido influenciados, e incluso han sido regidos, por estructuras pasadas de moda. Nuestras ideas sobre el trabajo, el dinero y los estilos directivos provienen de un antiguo orden social dotado de estabilidad, que nada tiene que ver con el flujo actual de las cosas, y están basadas en una concepción de la humanidad y la naturaleza hace tiempo abandonada por la ciencia. El mundo real gira en torno a principios diferentes de los que nos imponen nuestras parciales filosofías económicas.

El nuevo paradigma: valores en vez de ciencia económica

Los sistemas económicos del mundo moderno se sitúan en el terreno de la antigua controversia: individuo o sociedad. Cuando nos dejamos polarizar, dejamos de plantear bien la cuestión. Más que discutir sobre si tiene razón el capitalismo al insistir en las oportunidades para el individuo, o más bien la tiene el socialismo al preocuparse por lo colectivo, lo que

deberíamos hacer es volver a formular la cuestión: ¿Resulta apropiada la sociedad materialista a las necesidades humanas? El capitalismo, lo mismo que el socialismo, tal como los conocemos, giran en torno a los valores materiales. Sus filosofías resultan inadecuadas para una sociedad transformada.

Los fallos de nuestras filosofías económicas, al igual que los fracasos de nuestras reformas políticas, se deben a la importancia que conceden a todo lo externo. Los valores interiores, lo mismo que la reforma interna, deben preceder a todo cambio exterior. Nuestra salvación puede que esté en la síntesis, en la vía media entre la derecha y la izquierda, eso que Aldous Huxley llamada «descentralización e iniciativas en cooperación, el sistema político y económico más connatural a la espiritualidad».

Así como la salud es mucho más que la medicina y el aprendizaje van más allá de la ecuación, así también el contexto de las tareas económicas es un sistema de valores. Las tareas económicas son un reflejo de nuestras prioridades, cualesquiera que sean: el propio engrandecimiento, la competitividad, la cooperación, la artesanía, los bienes materiales. Una sociedad que aprecia los símbolos externos, querrá tener automóviles aparatosos, cualquiera que sea su coste. Una familia que valora la educación podrá hacer considerables sacrificios para pagar a sus hijos la asistencia a determinados centros privados. Quien valora sobre todo la aventura podrá dejar un trabajo seguro bien remunerado para dedicarse a navegar alrededor del mundo. Lo que es más importante: cuando la gente se independiza, sus valores se interiorizan. Las cosas que compran y el tipo de trabajo que eligen reflejan sus propias necesidades y deseos mejor que los valores impuestos por los anuncios, la familia, los compañeros, o los medios de comunicación. Louis Mobley, antiguo director del programa de formación de ejecutivos de la IBM, opinaba que la tendencia a interiorizar supone un vuelco cultural. Acabada la era en la que mirábamos sólo hacia fuera y negábamos las propias realidades interiores, nos estamos ahora atreviendo a hacer juicios de valor. «Y por eso los economistas se han quedado sin respuestas.» Herbert Simon, premio Nobel de economía en 1978, critica los presupuestos «racionales» clásicos de los economistas y su consiguiente fracaso para lidiar con los nuevos valores y expectativas cambiantes.

Las sociedades, como señalaba Ilya Prigogine, son las más extrañas e inestables de las estructuras disipativas. La complejidad de nuestra moderna sociedad pluralista y los valores crecientemente autónomos de sus gentes han creado una incertidumbre económica de vastas

proporciones. Por eso lo que hoy en día estamos necesitando es un enfoque de la economía comparable al que supuso para la física la introducción del principio de incertidumbre¹.

Los dos paradigmas podrían resumirse del modo siguiente:

La «eterealización» de América: los nuevos valores

Ya Stuart Mill, en el siglo diecinueve, pudo ver más allá de las tempranas promesas materialistas de la era industrial: «No serán posibles grandes adelantos para la humanidad hasta que tengan lugar grandes cambios en su forma de pensar». En los años treinta, el historiador Arnold Toynbee hablaba de la «eterealización», como el último grado de crecimiento de las civilizaciones, caracterizado por el desarrollo de las riquezas superiores e intangibles.

La idea de invertir la tendencia materialista parece contar con una creciente simpatía entre la gente, aunque no haya surgido todavía el mandato expreso de realizarlo. Puede que se esté produciendo la eterealización. Una encuesta realizada por Harris en 1977 se encontró con que un porcentaje asombroso de personas, el 79 por ciento, estaba a favor de un mejor aprovechamiento de las cosas básicas esenciales, más que de alcanzar niveles materiales superiores de vida. Un porcentaje similar prefería gastar más tiempo en interacciones humanas que emplear un sistema moderno de comunicación tecnológica, y confiaban en que la sociedad habría de llegar a apreciar los valores humanos por encima de los materiales. La idea de desarrollar nuevos medios más grandiosos y eficaces para hacer las cosas les resultaba menos atractiva que la de «echar abajo los grandes montajes y volver a un modo de vivir más humanizado». La mayoría encontraba preferible obtener satisfacciones internas de bajo a aumentar la productividad, y deseaban ver orientada la educación de sus

hijos hacia ese tipo de gratificaciones intangibles, más que hacia un nivel de vida material más elevado.

La mayoría de la gente que vive en los Estados Unidos actualmente, ha podido gustar al menos los frutos de una cierta abundancia. Nos hemos visto libres de la necesidad desesperada de supervivencia que ha pesado sobre tantas generaciones pasadas y pesa todavía hoy sobre poblaciones enteras. El hambre todavía sigue existiendo, de forma diferente tal vez, y aún somos libres. Por encima de nuestros comportamientos compasivos y adictivos, podemos intentar descubrir lo que queremos, podemos prestar atención y concentrarnos en las preguntas que no hemos formulado que esconde nuestro interior. Podemos preguntarnos: *¿ Qué es lo realmente importante?*

Nuestros antepasados prehistóricos se anticiparon de algún modo a sentar las bases para ello, cuando dejaron de ser cazadores y meros recolectores de frutos, para convertirse en granjeros, en cooperación con los ciclos fundamentales de la naturaleza. Tal vez fue ahí donde se fraguó nuestra mentalidad mercantil agresiva, cuando se empezó a arar y hacer planes, preocupados por la cosecha futura. Tal vez podemos volvernos a convertir en cazadores y recolectores de alguna manera, aprendiendo a vivir de los tesoros que trae consigo cada día, además de aprovecharnos de lo que requiere una larga maduración con el paso de las estaciones. Posiblemente, como afirmaba un artículo, estamos viviendo en una «sociedad post extravagante». Según todas las apariencias, andamos a la caza y captura de sentido, de una concepción trascendente parecida a la de nuestros padres fundadores.

Un maestro, conspirador de Acuario, expresaba así su propio proceso de eterealización:

"He sufrido la influencia del conocimiento y trato que he tenido con personas que no padecen necesidades (bien situadas económicamente) y con personas que han adoptado voluntariamente la pobreza (por sus votos religiosos). A causa principalmente de estos contactos, he podido encontrar mi propia escala de valores: lo auténtico frente a lo no auténtico, el «necesito» frente al «me gustaría», lo permanente frente a lo inmediato, la felicidad frente al placer".

Los seres humanos autónomos son capaces de crear y de inventar. Y pueden también cambiar de opinión, rechazando valores que antes defendían. Los analistas del mundo de los negocios están contemplando

hoy en día con realismo cómo están empezando a asomar los efectos de lo que en otro tiempo fueron los valores de la contracultura. Están asistiendo a la mayoría de edad de una generación menos impregnada de viejos juguetes y símbolos antiguos.

Un economista del Banco de América decía en 1977 que era probable que llegase a nivelarse de forma permanente la demanda de bienes de consumo duradero, ya que hay cada vez más norteamericanos que consideran como un despilfarro el consumo personal y nacional. Hay una tendencia creciente a comprar bienes en función de las necesidades de recambio, y no tanto en cuanto símbolos de alarde consumista o por haber cambiado simplemente el estilo o el modelo. Según su predicción, el péndulo está volviendo a adoptar una posición en la que se valoran virtudes como la austeridad e integridad y los valores morales elevados. El crecimiento de la población más significativo en la próxima década, el de los que tienen ahora veinticinco años, hasta cumplir los treinta y cuatro, traerá consigo una elevada valoración de las implicaciones cualitativas y sociales del consumo de bienes y mercancías.

Un joven conductor de un camión, diplomado en bellas artes, preguntado, como es costumbre, sobre qué pretendía hacer en la vida con la educación que había recibido, respondía:

"Quiero aprender a vivir. Quiero desarrollar mi inteligencia, lo que tal vez pueda contribuir a elevar los niveles estéticos y culturales de la sociedad. Trataré de desarrollar los aspectos nobles y creativos que hay dentro de mí. Y pretendo contribuir muy poco al crecimiento del Producto Nacional".

Según afirmaba, la lucha por ganarse la vida, que duraba ya cinco años, le había enseñado a apreciar y respetar más su educación. El ambiente en que desarrollaba su trabajo era tan hostil a toda imaginación, que sus libros y su arte le resultaban particularmente apasionantes y vitales. «Estoy trabajando junto a gente que intenta dar un sentido a su vida comprando las cursilerías y baratijas que les ofrece la industria norteamericana... »

El valor de la sinergia: una nueva riqueza

Por muchas guerras y armas que haya inventado la humanidad, los seres humanos forman una especie biológicamente social y cooperativa.

Hemos sobrevivido gracias a la ayuda prestada por unos a otros. También nuestros antepasados prehistóricos parece que daban muestras de ternura: forraban con pieles las zapatillas de sus hijos, cuidaban de sus cunas; recientes descubrimientos arqueológicos parecen sugerir que enterraban rodeados de flores a sus muertos.

El todo es más rico que sus partes. Y ese principio de sinergia ha abierto las puertas a nuevas fuentes de bienes y servicios en forma de cooperativas y redes de intercambio mercantil y mutua ayuda. La puesta en común de los recursos se traduce en un mayor enriquecimiento de todos, la información compartida hace que todos seamos más listos, y no hay nada que se pierda por dispersión.

Más antiguos que el dinero, los antiguos cortocircuitos económicos, como las cooperativas, las uniones de crédito y el trueque, dotan de agilidad al pesado sistema de distribución de los bienes, pues afectan solamente a lo que la gente desea y a lo que puede ofrecer, en contraste con la producción crecientemente acelerada de elementos que luego hay que persuadir a la gente para que los compre o para que «invierta» en ellos. Existen hoy en día modernas contrapartidas urbanas de instituciones rurales como los préstamos sobre granos y las cooperativas de granjeros. La utilización de vehículos en común, las redes de aprendizaje, las cooperativas de alimentación, y el cuidado compartido de los niños crean un sentido comunitario, a la vez que suponen un empujón a la economía². Diversas revista populares para mujeres han empezado a publicar artículos sobre la forma de crear redes y cooperativas. Gente con bajos ingresos ha creado la unión crediticia Oregon Urban-Rural (OUR), en la tradición de los aldeanos del sur de Alemania empobrecidos por la sequía, que fundaron la primera cooperativa de crédito a mediados del siglo diecinueve. Por todo el país, se han producido fusiones de cooperativas de trabajo y colectivos de servicios. La organización Free for All de Los Angeles fue fundada para el intercambio de servicios. Hay compañías de intercambio comercial, como la Trade American, el Executive Trade Club, Chargea-Trade y Business Exchange, que se dedican al trueque de bienes y servicios y a la concesión de préstamos sobre ellos a sus respectivos miembros por medio de un sofisticado sistema de contabilidad. Una compañía de trueque alcanza un volumen anual de negocios cercano a los cien millones de dólares en acuerdos comerciales recíprocos, que contabilizan también los excesos y los errores cometidos, así como los gastos de publicidad y por estancias hoteleras. Unos setenta y cinco grupos dedicados al trueque en los Estados Unidos son concesionarios del

International Trade Exchange³. Emplean computadoras para facilitar las transacciones de negocios entre sus miembros, o con comerciantes y profesionales. El comercio ayuda a luchar contra la inflación, observan los propietarios de uno de estos grupos de intercambio. Y el trueque, es posible que esté llamado a sufrir un potente desarrollo en períodos de recesión, según afirma la revista *New Age*:

"En una época en que esos pedazos de metal y de papel, que simbolizan la riqueza, se independizan cada vez más de la actividad y el esfuerzo humanos, a los que se supone que representan, el trueque parece ser una tendencia realmente saludable. El «pago en especie», la forma original de transacción económica, está fundado en la cooperación más que en la competitividad. Más que la acumulación del dinero por el dinero, lo que subraya es la calidad del trabajo humano".

Los fundadores de Provender, una cooperativa de alimentación natural del noroeste, hablaban de la autoconfianza y la sensación de unidad regional que tenían al unir sus fuerzas:

«Compañeros cooperativistas, podemos celebrar el nacimiento de una red...».

La iniciativa resulta gratificante en otros aspectos además de los puramente económicos, como demuestran las declaraciones de intenciones de algunas de esas redes:

"Si iniciamos la fábrica comunitaria de jabón y pusimos en marcha las cooperativas, no fue pensando en un éxito comercial, desde ese punto de vista, hay más bien un riesgo, sino por creer en un ideal, por tener una idea de cómo debería ser la sociedad... Si conseguimos crear una ideología comunitaria convincente, habrá mucha más gente que se sienta empujada a crear y mantener estructuras alternativas".

Otra:

"Nuestro interés se centra en lograr una actitud y una planificación adecuadas. Esta apertura y transformación de la dinámica del poder es el núcleo mismo que ha de conducirnos a una nueva era de compasión y de fortalecimiento propio".

Otra:

"La tarea de nuestras comunidades consiste en poner los cimientos, en sentar las..... para desarrollar modelos, diseños y arquetipos de una nueva civilización".

Otra más:

"El Community Memory Project pretende ayudar a la gente a conectar con otras personas que tengan intereses parecidos, ofreciendo además la posibilidad de intercambiar bienes, recursos e ideas. La red no tiene ningún tipo de jerarquía, es interactiva, es decir, la información relativa al sistema es creada y compartida por la misma gente que la utiliza; no la emite ninguna autoridad central, desde arriba".

Entre las aventuras cooperativistas se incluyen ciertas comunidades creadas intencionadamente, y los sistemas de alojamiento compartido. En algunos casos, varias familias han promovido juntas la construcción de apartamentos o de casas en régimen de copropiedad. Otras han adquirido urbanizaciones residenciales privadas y han establecido determinadas actividades comunitarias, como el cuidado de los jardines y alguna comida semanal en común. Las comunas integradas por profesionales de clase media se están haciendo relativamente frecuentes. De hecho, el censo de 1980 se ha diseñado creando una categoría especial para las familias que viven en comunidad.

Un ejemplo de un amplio entorno familiar comunitario ya establecido es Ramagiri, centro creado por sus miembros en 1971, después de haber experimentado antes la vida en común en pequeños grupos durante algún tiempo. En la actualidad lo componen cuarenta personas (incluyendo diez parejas casadas y cuatro parejas no formalizadas), que viven en una granja de 250 acres en California, donde en otro tiempo hubo un seminario católico. Ramagiri se sostiene en parte gracias a sus propias actividades comerciales, pero la mayoría de los residentes trabajan fuera como maestros, profesionales de la salud (enfermeras, fisioterapeutas, técnicos en alimentación) o como secretarias. Hay dos jóvenes residentes que son médicos y planean abrir una consulta conjunta. El jardín, la oficina y la cocina se atienden en forma comunitaria. La comuna ha publicado diversos libros con buen éxito, escritos por Eknath Easwaran, el maestro hindú en torno al cual se agruparon sus miembros en un principio, y un bestseller: el *Laurel's Cookbook*, un libro de cocina.

Los miembros de un grupo de Filadelfia, el Movement for a New Society, viven en catorce casas gestionadas comunitariamente. Dirigen un grupo de formación en medios de comunicación, diversos seminarios, una organización para mujeres de edad, y un «transporte colectivo», que es de uso común para el transporte de mercancías. Publican una revista, *Resource Manual for a Living Revolution*, y otro tipo de escritos sobre el cambio cultural no violento.

Un grupo en formación, Cooperative College Community, está coordinando los esfuerzos de una serie de profesores y artistas provenientes de universidades de la Costa Este que desean asentarse juntos en una extensa porción de terreno, que ya han adquirido, y montar allí una pequeña facultad de Bellas Artes. Sus organizadores afirman:

"Concebimos esta iniciativa como una experiencia de valores humanos. Es un intento de demostrar que se puede llevar una vida rica y digna en una comunidad económicamente limitada, en la que se comparte el trabajo y la responsabilidad política, y se opta por restringir la acumulación y el consumo de bienes materiales y por hacer un uso eficaz de los recursos naturales... No pretendemos ser una panacea social, ni tampoco ejemplo fácilmente reproducible en las diversas instituciones sociales existentes. Pero sí creemos estar poniendo por obra una alternativa posible, y estar con ello desafiando de una forma concreta a las concepciones que predominan en la organización social y económica".

Un participante en un proyecto comunitario decía: «No somos especialistas en desarrollo agrario, sino pioneros de lo comunitario. Nosotros no ofrecemos un hogar de ensueño, sino la oportunidad de crearse una nueva vida más satisfactoria que la que abandonamos tras nosotros».

Y en un folleto leemos:

"Uno de nuestros objetivos es demostrar que es posible para un grupo de seres humanos comunes y corrientes el juntarse para crear una comunidad de la «nueva era». Las comunidades de la nueva era no van a construirlas los gobiernos ni las grandes compañías, ni sería probablemente una buena idea el que así fuera. Pensamos que es deseable que la gente se haga cargo de sus propias vidas, y aprendan a confiar en sí mismos (en común)... Queremos mostrar que se puede

vivir la vida de un modo más sencillo, en armonía con la naturaleza, sin salirse de los límites marcados por ella, con un espíritu de cooperación, creatividad y humanidad... Confiamos ver surgir una red de comunidades de la nueva era, que comparten, trabajan, y se ayudan los unos a los otros".

De hecho, algunas de las comunidades más amplias han establecido lazos entre ellas; no son competitivas, y por diferentes que puedan ser sus formas de expresarse, sus visiones o sus concepciones tienen mucho en común. Una revista publicada por comunidades cooperativas alababa la conexión establecida entre algunas de las más amplias, tales como Arcosanti (Arizona), Otro lugar (Nueva Inglaterra), Auroville (India), y Findhorn (Escocia); «un aspecto importante es esta sensación de comunidad mundial en la superación de nuestras idiosincrasias respectivas, para ir al fondo de lo que estamos intentando hacer. Nuestro trabajo debe ser traducible, para poder ser utilizable».

Un sector continuamente cambiante de la población está viviendo un sueño compartido en medio del naufragio de los viejos sueños. Un observador decía: «Las comunas no han tenido menos éxito que el Sueño terrenal Americano. Las juzgamos con mayor dureza porque intentan llegar más lejos». Con frecuencia las juzgamos también con arreglo a los valores del antiguo paradigma: el éxito y la estabilidad económicos.

Otro Lugar, que es un colectivo rural y una red con sede en New Hampshire, admite con gusto a personas implicadas en política, en escuelas alternativas, meditación, salud holística, esto es, en «alternativas creativas a la sociedad dominante». Toma su nombre de un poema de Wendell Berry, cuyo libro, *The Unsettling of America (La inquietud de América)*, es muy conocido entre los creadores de comunidades:

*el pensamiento gira, buscando un nuevo
nacimiento, otro lugar, más simple, menos cargado
de lo que ya existió.*

*Otro lugar
es suficiente para apenarme,
ese viejo sueño de irse,
de convertirse en un hombre mejor,
nada más que por levantarse y marchar
a un lugar mejor.*

*El misterio. El antiguo,
insondable despliegue.
Los postes de hierro en el parque
de repente me recuerdan bosques.
Me resulta posible pensar en marchar.*

La nueva vida comienza con una nueva conciencia, no con la acción:
cuando por primera vez resulta posible pensar en marchar.

En la comunidad, en el intercambio humano, se encuentra una forma de riqueza cualitativamente diferente.

El valor de saber qué es lo que se quiere

Nuestros valores conscientes nacen de nuestra comprensión, y los inconscientes, de nuestro acondicionamiento. A medida que nos hacemos conscientes de motivaciones hasta entonces inconscientes, despertamos a lo que realmente queremos y a nuestras verdaderas opciones.

Paralelamente a la considerable disminución de confianza que le merecen las demás instituciones, la gente se ha ido sintiendo cada vez más suspicaz con respecto a la ética consumista, la mística de las cosas. Por una parte, el movimiento consumista ha alertado la conciencia de la gente respecto de los negocios montados sobre la base de una producción de baja calidad y productos de pésimo resultado. El movimiento ecológico ha traído un cuestionamiento de la calidad ambiental y de la explotación de los recursos. Nuestra creciente complejidad mental nos ha hecho menos susceptibles a las brillantes ficciones de la publicidad.

Los problemas son a menudo efectos secundarios naturales producidos por los mismos éxitos. Por ejemplo, el aumento de la productividad significaba que las cosas básicas para la vida podían ser producidas por menos gente, de modo que durante décadas se nos enseñó a «necesitar» más cosas (o mejores, o diferentes). Todos estábamos ahí para servir a la economía, azuzados por el gobierno y por los fabricantes, mareados por los trucos publicitarios, y timados por el envejecimiento prematuro de cuanto comprábamos.

Todos conocemos la sensación de cuando nos han ofrecido comida sin tener hambre. Hoy en día, en cuanto consumidores, podemos darnos cuenta de que nuestros gustos están cambiando. Sabiendo lo que queremos, podemos gastar menos, gastar más, o gastar de un modo

diferente. En 1936 Richard Gregg, un filósofo político, acuñó la expresión *simplicidad voluntaria* para describir un estilo de vida que evita amontonar cosas sin ton ni son y focaliza las propias energías en lo que realmente importa. «El grado de simplificación», decía Gregg, «es algo que cada individuo debe establecer por sí mismo.» Una persona que vive una vida de simplicidad voluntaria puede desear tener un costoso y sofisticado equipo de sonido cuadrafónico, por ejemplo, y tener en cambio un coche antiguo.

La simplicidad voluntaria es una actitud, no un presupuesto: Actitud de consumo reflexivo, de resistencia a la creación artificial de «necesidades», de sensibilidad a la limitación de los recursos naturales, en una palabra, vivir y trabajar a una escala más humana. Según un informe del SRI (Stanford Research Institute), los partidarios de la simplicidad voluntaria desean desarrollar «a un nivel más elevado su potencial humano, tanto psicológico como espiritual, en comunidad con otras personas». El informe, que provocó más solicitudes de reimpresión por parte del mundo de los negocios que cualquier otra publicación en la historia del mundo del pensamiento, advertía a los negociantes que podía estarse gestando un orden social diferente, orientado más bien hacia la mera suficiencia que hacía la abundancia material. Sus valores favorecerían el interés por la propia ilustración más que por la competitividad, la cooperación más que el burdo individualismo, y los juicios a la vez racionales e intuitivos. Un sector creciente de la población se interesa poco por la moda y el *status*, y está deseosa de poder reciclar sus bienes de consumo duradero y comprar productos que no contaminen, que sean sanos, auténticos, y estéticamente agradables. Muchos de estos productos y servicios de probable aceptación popular están ya siendo suministrados tanto por empresarios y comerciantes locales como por las gigantescas multinacionales. El informe no contenía precisamente una previsión económica como para alegrar a la General Motors y a la General Electric⁴.

Laurence Peter, autor de *El Principio de Peter*, contaba como él y su esposa decidieron no dejarse poseer por sus posesiones. Su opción por la simplicidad deliberada «no era un intento por vivir de forma más barata, sino más bien de alcanzar un mejor equilibrio entre los aspectos materiales y no materiales de la vida». Todo lo que compraban, fuera estético o práctico, era elegido en razón de su calidad y durabilidad, además de por ser algo realmente necesario.

"El día que sustituí nuestra cortadora eléctrica de césped, de las

más baratas, por la mejor cortadora manual del mercado, me pareció increíble haber dado un paso adelante tan fabuloso. La cortadora manual cuesta más, pero es una delicia manejarla. Nunca se queda sin combustible. Nunca pone a prueba mi paciencia teniéndola que arrancar. No es en absoluto contaminante. Me da ocasión para hacer un ejercicio saludable. Puedo parar y volver a comenzar con facilidad. Siento que puedo controlarla. Me siento liberado del esfuerzo nervioso, de los eventuales riesgos, y de los inevitables problemas mecánicos y responsabilidades que todo equipo eléctrico lleva consigo".

Para la mayoría de sus partidarios, la simplicidad voluntaria no es algo altruista, ni tampoco un sacrificio. Puede resultar incluso placentera. Las formas de vida sencillas pueden constituir un placer en sí mismas. Uno de sus defensores decía de ella que es «el único modo de ser rico». Generalmente trae consigo otra serie de cambios: una apreciación más profunda de los placeres ordinarios, una aguda sensación de vivir en el momento, la compañía de amigos afectuosos de mentalidad semejante. Una de las satisfacciones profundas que trae consigo el proceso transformador es el descubrimiento de lo mucho que en realidad tenemos. La atención incrementada nos revela muchas cosas valiosas que habíamos dejado a un lado, olvidadas o en las que simplemente, cegados por el hábito, no habíamos reparado: libros, discos, gente, objetos personales especiales, paisajes, habilidades perdidas, hobbies descuidados, sueños abandonados. "No es que yo desprecie en absoluto las comodidades", decía una vez el economista E. F. Schumacher, «pero tienen su lugar, y ciertamente no es el primero». Cuanto menos necesitamos, más libres somos, señalaba. En palabras de Thoreau: «Debemos vivir en nosotros mismos y depender de nosotros mismos, siempre alertas y dispuestos a empezar la carrera».

«Está surgiendo un campo de íntimo poderío personal», dice en su declaración de intenciones el *Whole Earth Catalog*, «el poder de la persona para dirigir su propia educación, encontrar su propia inspiración, y modelar su propio entorno... » Los manuales, modelos, instrumentos, libros y demás recursos incluidos en el catálogo obedecen a una concepción nueva de la vida, más rica en toda clase de opciones. Los promotores de una feria sobre el medio ambiente, la Expo Nueva Tierra, anunciaban su deseo de llegar a todos aquellos que dan por sentado que no hay esperanza: «Hay muchas cosas que la gente puede hacer para retomar el control de sus propias vidas». Una de ellas es conseguir ser autosuficiente.

Muchas empresas están ya tratando de reaccionar frente a la ola de «consumo consciente» que se aproxima. En un informe del SRI, Willis Harman dice: «Los valores humanísticos y trascendentales no son un lujo impuesto a los valores económicos. Son la medida de la *adecuación* de los valores económicos... En nuestra mano está optar por comprenderlos, moviéndonos a favor de las mareas de la historia, sean cuales sean, o bien tratar de oponerles resistencia⁵. De esa elección puede depender en gran medida la situación del mundo de los negocios en 1990, y más adelante».

La transformación del mundo de los negocios

Un número cada vez mayor de hombres de negocios está tratando de ensamblar una nueva perspectiva. Un conspirador de Acuario, que trabaja con altos directivos por todo el país, habla de los nuevos «hombres de negocio filósofos», que se quedan hablando hasta las tres de la mañana de los cambios operados en sus valores y de su descubrimiento del potencial humano. Puede que sean los ejecutivos el grupo social con una mentalidad más abierta actualmente, mucho más que quienes se mueven en ambientes académicos y profesionales. Pues su éxito depende de su capacidad de detectar tempranamente las nuevas tendencias y perspectivas.

Robert Fegley, de la General Electric, se ha referido a «una nueva raza de ejecutivos de máximo nivel» que está tomando sobre sí el peso de las compañías norteamericanas, más amplios y profundos que sus predecesores, más actuales, cultivados, expresivos y abiertos. Según decía, la cantidad de tiempo dedicado por los principales ejecutivos de las mil compañías más importantes del país a tratar temas de interés general se ha duplicado del 20 al 40 por ciento del total. «Hay un profundo interés por las actitudes de la gente, y un deseo de hacer algo: no sólo difundir "la propia visión de las cosas", sino también una disposición a reexaminar la política de la compañía, cambiando lo que sea necesario...»

El presidente de la Trans World Airlines (TWA), C. E. Meyer, Jr. , expresaba su sensación de transformación de los valores, en un editorial publicado en la revista de la compañía en julio de 1978. El cambio más importante de la década pasada, decía, no habían sido los avances tecnológicos, sino «la revolución virtual que ha tenido lugar en la conciencia social colectiva». Tras la turbulencia, la violencia y los enfrentamientos de finales de los años sesenta, ha venido un período de interiorización, «como si toda la gente, profundamente calmada tras las conmociones sufridas en aquellos años tumultuosos... hubiese comenzado

a trabajar calladamente por entresacar todos los aspectos positivos que aquellas causas encerraban». Con intuición y con esfuerzo, hemos tratado de salvar las divisiones, y de ello ha resultado un cambio cualitativo en la actitud nacional: La preocupación por el medio ambiente, por la seguridad en el trabajo, por la dignidad de los disminuidos, y también un mayor interés por las personas de edad y una mayor consideración de los consumidores. Todas estas causas, afirma, han dejado de ser objeto de controversia, para convertirse en «asuntos aún no resueltos por la sociedad».

Las grandes empresas, ante la necesidad de comprender el impacto potencial del nuevo paradigma, están empezando a darse cuenta del valor de las redes de la Conspiración de Acuario en cuanto recursos. Este fue el tema de un «documento preliminar sobre las nuevas tendencias», publicado dentro del programa de actividades para 1978 de la Diebold Corporate: *«El surgimiento de redes de comunicación personal entre personas que comparten los nuevos valores, y su posible utilización en la sensibilización de las funciones directivas»*. Sus autores consideraban como una necesidad para los directivos el «conectar» con esas redes, en las que tenía lugar el desarrollo y experimentación de las nuevas concepciones antes de aparecer en el mercado. Esas redes están sumergidas, son apenas visibles, «pero sin embargo es ahí donde nuestro futuro se está gestando en buena parte». El informe las comparaba a los comités de personas en comunicación que ayudaron a tomar cuerpo a la revolución americana, y a la «universidad invisible», aquella red secreta de científicos que existió en Inglaterra antes de que la investigación científica fuese sancionada legalmente por el rey Jacobo II en 1663. En un apartado titulado «Por qué no los vemos», el informe aclaraba que los grupos que surgen de la clandestinidad siempre están temiendo algún ataque, y que, por su naturaleza esencialmente creativa, evitan toda organización formal en favor de la flexibilidad que les ofrecen otras formas nuevas.

"Antes de hablar de estas redes, debernos superar un problema cultural... Pueden existir formas de organización importantes que no presentan ninguna de las características que generalmente asociamos a toda organización. Pero su influjo en la creación de las ideas que están conformando nuestra época es indiscutible, y están metiéndose cada vez más por todas partes, hasta el punto de que estamos rodeados por ellas. Me parece apreciar en ellas un cierto aire común... En algún sentido, tienen un aspecto más idealista, más humano: da la sensación de que sus objetivos poseen, por su evidente rectitud moral, una especie

indiscutible de autoridad.

Pero eso es sólo una parte, pues en otro sentido tienen una visión sumamente pragmática y realista de las cosas, y reconocen que un cambio de esa categoría, por su misma irresistible rectitud, es también inevitable, por lo que quienes intentan cerrarle el paso no van a conseguir más que desgastar sus energías en un esfuerzo inútil por contener la marea".

Como ejemplo, el informe describe una de esas redes subterráneas, centrada en el campo de la ciencia radical y la psicología transpersonal, en la que quien se encarga de fotocopiar el material para su difusión es el vicepresidente de la ATT (American Telephone and Telegraph).

El informe, ya clásico, publicado por el SRI en 1972 con el título *Changing Image of Man* (La imagen cambiante del hombre), caracterizaba a la nueva ética trascendental social y económica con una serie de notas: autodeterminación, preocupación por la calidad de vida, tecnología adecuada, espíritu empresarial, descentralización, ética ecológica y espiritualidad. El informe expresaba la necesidad de comprender colectivamente el nuevo orden que estaba apareciendo, «probablemente el fenómeno más importante de nuestro tiempo».

Este nuevo orden supone un desafío tan apasionante como las expediciones geográficas y los grandes descubrimientos tecnológicos ocurridos en la historia, concluía el informe.

El valor de la vocación

Un libro de Michael Maccoby, que lleva por título *The Gamesman* (El jugador), describe extensamente la lucha del individuo contemporáneo por alcanzar ese alto objetivo de encontrarle un sentido al trabajo, ofreciendo un retrato acabado del nuevo tipo de rebelde de nuestra sociedad. El «jugador» es más innovador y menos serio que su predecesor, el «organizador», pero sigue valorando las pérdidas y ganancias con su cerebro izquierdo, siguiendo reglas manipuladoras. En un apartado titulado «La cabeza y el corazón», Maccoby explora el malestar y la frustración sentidos por muchos «jugadores», que reconocen haber encontrado pocas oportunidades en su trabajo para desarrollar la compasión, la apertura y la humanidad:

"La gente piensa que las cualidades del corazón se oponen a las de la cabeza. Piensan que el corazón equivale a blandura, sentimiento y generosidad, mientras que la cabeza significa solidez, sentido de la realidad. Pero este contraste es en sí mismo sintomático de una cultura esquizoide, que separa el corazón del resto del cuerpo. En el pensamiento tradicional precartesiano, se consideraba al corazón como a la auténtica sede de la inteligencia... La cabeza puede ser lista, pero no sabia".

En el nuevo paradigma, el trabajo es también un vehículo de transformación. El trabajo nos implica plenamente en la vida. El trabajo puede constituir eso «otro adecuado» de que habla Milton Mayerhoff, capaz de exigirnos y de hacer que nos preocupemos por algo. Al responder a la vocación, a la llamada, a la intimación de lo que es necesario hacer, creamos y descubrimos un sentido, exclusivo de cada uno de nosotros, y siempre cambiante.

El famoso período de transición y de crisis que sobreviene en la mitad de la vida puede deberse en parte al efecto acumulado de una negación de sí mismo mantenida durante décadas, a la súbita irrupción en la conciencia de un dolor que no admite ya más calmantes. Alguien que ha observado este fenómeno con una sensible dedicación afirma que suele manifestarse «como un grito o como una llamada» ~n grito de desencanto, o la llamada inquietante de unos nuevos objetivos, la vocación, que experimenta toda persona que se ha implicado durante algún tiempo en un proceso introspectivo transformador.

Por mucho ahínco que ponga una persona en alcanzar las metas de su vocación, no se le debe confundir con un «trabajo adicto». El trabajo adicto, como el alcohólico, es indiscriminadamente compulsivo. Busca un sentido trabajando en lo que sea y como sea. Por el contrario, la persona que siente una vocación encuentra un trabajo que le resulte significativo. La vocación no es un empleo, es una relación transformadora en marcha.

Los participantes en el cuestionario de la Conspiración de Acuario pertenecían prácticamente a todos los campos vocacionales: educación, psicología, medicina, negocios, publicidad, televisión, investigación, administración pública, derecho, odontología, clero, antropología, sociología, enfermería, bellas artes, teatro, música, ejército, ciencias políticas y economía. Había también unos cuantos que en un censo se habrían reflejado como personas sin empleo: jubilados, amas de casa, personas acaudaladas independientes, todos ellos con una vida ocupada y

activa en la prosecución de vocaciones tan dispares que no admiten una fácil descripción. En muchos casos, las personas se definían a sí mismas de manera poco convencional, a menudo en términos de su forma actual de vida, más que en función de la estrecha especialidad en que se formaron. Una doctora se presentaba como maestra, y un maestro, como futurólogo. En un suave empeño por ayudar a otras personas a transformar sus ideas sobre el trabajo y la riqueza, algunos conspiradores de Acuario trabajan activamente en una especie de rehabilitación institucional, que puede consistir en actuar de consejeros en compañías o empresas, abriendo paso a nuevas experiencias, puestos de trabajo o productos, o llevando a cabo evaluaciones profesionales del cambio que se aproxima. Otros son en sí mismos un modelo viviente del cambio, que han inventado o transformado su propia manera de ganarse la vida. Para ellos, la recta manera de ganarse la vida es, más que un ideal budista, un componente de la salud mental.

Algunos de los conflictos internos más agudos reflejados en el cuestionario se refieren a la lucha por reconciliar el antiguo trabajo con la nueva perspectiva. Durante lo que hemos llamado la fase de entrada al proceso transformador, las nuevas ideas no parecen amenazar al propio trabajo ni a las propias relaciones. Durante la segunda etapa, la exploración, hay una inquieta esperanza de que los nuevos intereses no pasen de constituir una ocupación marginal intensiva. En la tercera, integración, se hace evidente la imposibilidad de compartimentalizar el proceso transformador. Como decía un hombre de negocios:

"Al final, acaba por afectar al propio trabajo y por hacerle a uno cambiar su escala de preferencias. La nueva conciencia afecta al modo de funcionar en el trabajo. Llega a ocupar todo momento consciente. Se ve el mundo a través de una lente distinta, con unos ojos diferentes.

Es fácil dejar de dar tanta importancia al trabajo. Lo que resulta duro es seguir haciendo fruslerías después de haber visto el sol. El que es capaz de ajustar su trabajo a la nueva visión, tiene mucha suerte".

En ese momento crítico, los descubrimientos que acompañan a la transformación son como una brújula. El sentimiento de la *vocación*, de haber descubierto una dirección llena de sentido refuerza la resolución de adecuar el propio trabajo a las propias creencias, de unir la cabeza con el corazón. El nuevo respeto por la intuición, ese saber tácito, anima a asumir riesgos. La seguridad, en el sentido convencional, es una ilusión. También

al éxito se le concibe de forma distinta, como muestra este hombre de negocios, conspirador a su vez:

"Tenía la costumbre de definirme a mí mismo en función de los objetivos que iba alcanzando. En el colegio, el éxito era obtener un sobresaliente, más tarde fueron los tratos conseguidos en los negocios. Ahora, para mí el éxito tiene que ver con vivir mi vida en armonía con el universo. Es una cuestión de contexto y de contenido. Es posible ver los sucesos particulares, los «éxitos» y los «fracasos», como dotados de contenido. Pero en el contexto de la vida no cuentan las ganancias ni las pérdidas: sólo cuenta el proceso.

Cuando se experimenta la vida como algo más amplio, más rico y más complejo, los acontecimientos adquieren otro significado"

Los objetivos del éxito convencional son como un plano levantado por un arquitecto sin conocer el terreno, con unas líneas excesivamente rígidas comparadas con la realidad. La vocación, por su cualidad, tiene más bien algo de intimación interna a moverse en una determinada dirección, sintiendo el propio movimiento, o es como una visión, un golpe de vista sobre el futuro, que es más una previsión que un plan. Una visión puede realizarse de muchas maneras... un objetivo, sólo de una. El proceso transformador nos convierte en artistas y científicos de las propias vidas, creando y descubriendo a medida que avanzamos. Hay una mezcla de temor y de entusiasmo al cooperar con el proceso vital, al hacernos más sensibles a sus claves, matices y promesas.

El sentimiento más claro del propio *ser* nos permite trascender las categorías y roles anejos al trabajo. No somos ante todo nuestro trabajo: carpinteros, programadores informáticos, enfermeras o abogados. A la pregunta del cuestionario sobre si leían o no regularmente literatura «ajena a su campo», muchos respondieron que consideraban que en su campo entraba todo. La *totalidad*, tal como se la experimenta en el proceso transformador, sugiere que no tiene por qué haber una ruptura entre trabajo y placer, entre convicciones y profesión, entre ética personal y «los negocios son los negocios». Para la persona que camina hacia grados crecientes de conciencia, la fragmentación le resulta cada vez más intolerable. A medida que se disipa la anestesia, se sienten los desgarrones de la carne y el espíritu. Y se vuelve difícil ignorar el *contexto* del propio trabajo. Después de todo, los productos y servicios no existen en el vacío, sino que se repercuten en todo el sistema.

La experiencia de una mayor *conexión*, el sentimiento de unidad con los demás, engendra nuevas maneras de enfocar los problemas: la falta de trabajo, la jubilación forzosa, la pobreza, los ingresos fijos, los fraudes, los engaños, la explotación. Según un analista político: «Si nos consideramos como una gran familia más que como una gran fábrica, trataremos los problemas de forma diferente». La progresiva extensión de las redes de apoyo, la Conspiración de Acuario en cuanto tal, anima a las personas a asumir en soledad la iniciativa de cambiar de trabajo, de montar un negocio, de cambiar la práctica de su profesión, o de revitalizar una institución. Es una revolución del tipo hágalo-usted-mismo, pero no hágalo-por-sí-mismo. Por ejemplo, un grupo de amigos que viven en Washington, D.C., formó un grupo de mutua ayuda, para animarse unos a otros en sus objetivos vocacionales. Mutuamente se daban consejos, se hacían sugerencias y se estimulaban, desenmascarando sin piedad las racionalizaciones y tácticas dilatorias empleadas por cada uno para posponer el riesgo de un nuevo paso. Al cabo de un año, varios de ellos habían comenzado a poner por obra sus sueños: Un bibliotecario habla montado su propio negocio de representación de libros, un abogado había abierto un centro para el estudio de la psicología del derecho, otro de los miembros había convertido su granja en un centro para artistas, y un oficinista había dejado su trabajo y montado un negocio con unos amigos.

Las nuevas actitudes transforman la experiencia misma del trabajo cotidiano. Según cambian las propias percepciones, el trabajo se convierte en un ritual, en un juego, en una disciplina, una aventura, un aprendizaje, incluso en un arte. Las tensiones provenientes del tedio y de lo desconocido, las dos causas de los sufrimientos relacionados con el trabajo, se transforman. La atención adquiere una cualidad más fluida, que nos permite asumir tareas que en otro tiempo nos resultaban repetitivas o desagradables. Juzgamos menos lo que hacemos («odio esto», «me gusta aquello») El aburrimiento disminuye, igual que el dolor se aplaca cuando dejarnos de oponerle resistencia. Cuando el ego deja de llevar las riendas de todo, hacemos menos juicios de valor sobre el *status* correspondiente al trabajo que hacemos en la actualidad. Nos percatamos de que es posible descubrir y expresar un sentido en toda actividad humana: limpiar, enseñar, cuidar el jardín, hacer de carpintero, vender, cuidar niños, conducir un taxi.

La tensión que engendra lo desconocido se transforma si adoptamos una actitud de confianza y paciencia; una vez que aprendemos que el despedazar y el recomponer pertenecen a la naturaleza de las cosas, podemos sentirnos menos inquietos ante la necesidad de cambiar nuestra

forma de trabajar, o de fabricar un producto nuevo, o aprender una destreza nueva, o de reorganizar una tarea o incluso una empresa entera. La necesidad de innovación se convierte en un desafío, no en una amenaza. Carla Needleham, hablando de su experiencia como artesana, describía esa paradoja, de cómo los objetivos estropean el proceso:

"Llevamos tan impresa en nosotros la actitud de quien necesita conseguir metas, que apenas podemos imaginar otra forma de vivir.... La incertidumbre es un hecho en la vida, y sin embargo ansiamos las certezas. El cambio, el movimiento, es también un hecho en nuestras vidas, pero nosotros siempre queremos «llegar».

Yo había llegado a darme cuenta de que el sólido arraigo en mí de una actitud volcada al resultado, al «éxito», estaba envenenando todos mis esfuerzos, y me sentía incapaz de cambiarla. A mí me gustaba hacer bonitos objetos de cerámica, y ese deseo, que es una especie de avaricia, me impedía hacerlo.

La necesidad de tener éxito la siento como una fuerza constrictiva que me impide participar inmediatamente en el momento, según aparece, que me priva de ese importantísimo diálogo con la materia artesanal, que quita apertura a mis relaciones, y me impide responder con esa especie de prontitud mucho más rápida que todas las precauciones mentales. La necesidad de éxito estropea el placer".

La nueva forma de entender el éxito y los fracasos hace que desplazemos el acento en el trabajo, del producto, el «conseguirlo, al proceso en cuanto tal. La concentración en el objetivo supone una especie de certeza artificial que no nos deja apreciar las posibilidades inherentes al propio trabajo. Para trabajar de forma creativa y significativa, tenemos que estar alertas al momento, dispuestos a cambiar los planes si las circunstancias nos aportan nuevas posibilidades. Necesitamos arriesgarnos, cooperar con las nuevas vicisitudes, y solucionar los conflictos.

La transformación del trabajo

El trabajo se convierte también para la persona en un medio de expresar la visión de la Conspiración de Acuario. Un profesor de Nueva Inglaterra decía: «Una de mis alegrías en la vida es hablar a mis alumnos de la transformación que está teniendo lugar, y de lo que oyen hablar por vez primera». El compositor Harry Chapin dice también: «Después de algún

tiempo, uno tiene que encontrar la manera de conectarse a ello. A la mayor parte de nosotros nos falta perspectiva en nuestras vidas. En mi música trato de decir algo de eso, de cómo gente corriente atraviesa momentos extraordinarios en su existencia».

Paolo Soleri, que con su arquitectura Arcosanti ha intentado «construir un puente entre la materia y el espíritu», refiere su inspiración a Teilhard: «Me apasionó enormemente un libro suyo que encontré a finales de los años sesenta. Me di cuenta de que, aunque torpemente, yo estaba intentando traducir lo que él decía a un lenguaje espacial ambiental. Al final, he desarrollado mi propio modelo, que probablemente es paralelo al suyo».

Hay abogados que están tratando de practicar su profesión con una dosis menor de enfrentamiento entre las partes, y que consideran que el nuevo papel que corresponde al derecho es el de hacer posible la mediación. Un seminario sobre derecho humanístico, impartido en la universidad de Columbia en 1978 para decanos de facultades de Derecho, examinó las implicaciones del nuevo paradigma, especialmente por su énfasis en la cooperación y la colaboración.

Calvin Swank, profesor ayudante de derecho penal en la universidad de Alabama, predijo que «el hecho de que cada vez hay más gente interesada en su propio crecimiento y en el desarrollo de su potencial» llegaría a afectar incluso a los departamentos de policía. Los nuevos «policías autorrealizados» cuestionarían sin duda el conformismo habitual frente a la autoridad. Confiarían en su propio juicio, basado en su propia experiencia e intuición, y los departamentos de policía no podrían seguir aplicando los métodos tradicionales anticuados frente al cambio de los valores sociales.

Las fuerzas armadas, teniendo garantizada, como la tienen, su base financiera, tienen en muchos aspectos mayores oportunidades que cualquier otra institución para financiar innovaciones. Jim Channon, un teniente coronel de la oficina de relaciones públicas del ejército, ha creado un hipotético «Primer Batallón de la Tierra», una visión futurista de lo que podrían ser las fuerzas armadas una vez transformadas. Los soldados del Primer Batallón de la Tierra buscan métodos no destructivos para resolver los conflictos. Su primer deber de lealtad es con respecto al planeta. Channon, tras haber presentado su idea ante una reunión de expertos en Virginia, ha recibido una auténtica oleada de peticiones de mayor información sobre el tema. Y para responder a las demandas recibidas por parte de personal de las fuerzas armadas de todo el país, ha creado, para

enviárselo a todos ellos, un paquete tipo que contiene material y una camiseta estampada alusiva. La Brigada Delta de Tareas Especiales le ha autorizado para preparar una presentación del Primer Batallón de la Tierra susceptible de emitirse por los diversos medios de información, idea que parece haber engendrado la reacción que William James llamaba «el equivalente moral de la guerra», la sensación de tener un objetivo tan urgente como afrontar un peligro, pero sin violencia.

La Brigada Delta, instrumento de innovación y de transición a nuevas formas del ejército, incluye analistas de sistemas, especialistas en semántica, en crecimiento personal y en psicología del estrés; la estructura de la organización es circular, en vez de la pirámide jerárquica convencional.

La constelación de valores transformadores, globalidad, flujo, comunidad, puede otorgar sentido a muchas clases de trabajos diferentes. Y la transformación cambia también las relaciones en el trabajo: entre los trabajadores y el patrón, los trabajadores y el producto, los trabajadores y el consumidor.

Las nuevas relaciones en el trabajo

A mediados del siglo diecinueve, Tocqueville observaba: «Se diría que los soberanos de nuestro tiempo sólo buscan hacer cosas grandes con los hombres; me gustaría que intentaran un poco más hacer grandes hombres; que valorasen menos al trabajo y más al trabajador; que no olvidasen que ningún país puede ser fuerte cuando los individuos que lo componen son débiles».

De igual manera que un maestro dotado sabe liberar y alentar las dotes de sus alumnos, así también un buen jefe ayuda a sus empleados a desarrollar sus talentos potenciales, su capacidad de iniciativa y su creatividad. El jefe partidario de la transformación fomenta en los demás su capacidad autodirectiva.

Estamos entrando en un período de cambios reales en las relaciones de trabajo. Un número cada vez mayor de directivos prefieren ser catalizadores a ejercer sin más el poder, y una nueva raza de empleados autónomos está dispuesta a servir, pero sin servilismo. Estos cambios están causando no pequeñas molestias a quienes no están dispuestos a cambiar. Algunos empleados preferirían seguir manteniéndose pasivos, a tener que asumir responsabilidades nuevas o hacerse sus propios planes de trabajo, lo que puede causar frustración a un jefe que ha dejado de responder a la imagen tradicional de tal. Un ejecutivo comentaba que sus propios cambios

le habían hecho desear no sólo tener un nuevo grupo de amigos, sino tener también un nuevo grupo de colaboradores en el trabajo. Por el contrario, para la mayoría de los directivos tradicionales, la autonomía de sus empleados se convierte en fuente de innumerables tensiones.

Un informe del Instituto de Investigaciones Sociales de la universidad de Michigan hacía la advertencia de que los estilos de dirección tradicionales iban a tener que dejar el paso abierto a nuevas fórmulas. Reconociendo la autonomía creciente de los empleados, la American Telephone and Telegraph ha organizado sesiones de reciclaje durante los fines de semana para mil setecientos directivos en 1977 y 1978.

Los rasgos de los directivos de mayor éxito son sorprendentemente semejantes a los rasgos distintivos de los buenos profesores, que se examinaron en el capítulo 9. Un estudio realizado sobre mil setecientos directivos llegó a la conclusión de que el éxito estaba emparentado con una actitud de confianza, con la preocupación por la realización personal de los empleados, con la ausencia de ego, la disposición a escuchar a sus subordinados, con la capacidad de riesgo y de innovación, con la altura de expectativas, y la capacidad de colaboración y de integración de ideas. La IBM, en un intento por descubrir los rasgos propios de los ejecutivos de nivel máximo (CEO: chief executive officers), con la idea de diseñar un test capaz de detectar las habilidades directivas, no pudo encontrar una matriz general de características semejantes, sino solamente una constelación de actitudes en relación con el cambio. Los CEO tendían a ver los sistemas como algo abierto y orgánico, más que como algo cerrado y mecánico. Daban más importancia a los procesos que a los objetivos. Y eran creativos.

Un informe de la universidad McGill describía a los directivos que conseguían tener éxito como personas excepcionalmente abiertas a lo complejo y misterioso, interesadas por elementos informativos «blandos» y especulativos (como la expresión del rostro, el tono de voz, los gestos, los presentimientos, las intuiciones). Otro estudio hacía un retrato de esos mismos directivos como personas que «otean el ambiente, que perciben, que les gusta recurrir a la intuición, a la ensoñación y al brainstorming»⁶. Parece que los ejecutivos emplean con mayor frecuencia que otras personas los procesos cerebrales del hemisferio derecho, a juzgar por los resultados de un estudio electroencefalográfico, mientras que los analistas de empresas tendían a apoyarse más en estrategias propias del cerebro izquierdo, como por ejemplo el grado de cualificación.

Ron Medved, del Pacific Institute, una organización de Seattle que organiza seminarios de desarrollo personal en régimen residencial para grandes instituciones, daba esta visión del cambio que se aproxima:

"La Nueva Maquinaria Americana se funda en la filosofía de trabajar de forma más inteligente y menos dura, *de abajo a arriba*. (Los japoneses nos han enseñado que quienes realizan el trabajo parecen saber mejor que nadie cómo hacerlo.) Pondrá un acento refrescante sobre la innovación y la agilidad, ya que los niveles actuales de la productividad nacional no ofrecen seguridad.

La Nueva Maquinaria Americana gozará de una estructura organizativa diferente. Los viejos dinosaurios burocratizados, con sus distintos niveles sucesivos de adopción de decisiones, no podrán soportar la competencia de los nuevos estilos directivos que están apareciendo aquí y en otros países...

Los Nuevos Directivos Americanos podrán reconocerse, no por tener todas las respuestas correctas, sino por saber hacer las preguntas correctas...

Los Nuevos Trabajadores Americanos parecen estar llamados a sufrir el mayor de los cambios... alcanzar una nueva visión de sí mismos.

La Nueva Maquinaria Americana se parece poco a la mayoría de los sitios en que trabajamos. A la vez que nos promete un mundo mejor, nos desafía con el reto de tener también nosotros que cambiar y crecer en gran medida antes de conseguirlo... Con toda realidad, la Nueva Maquinaria Americana se basa en el genio que duerme en el interior de cada uno de nosotros".

El «genio dormido», el potencial humano. Llamémosle como le llamemos, los nuevos teóricos de la dirección andan interesados en las capacidades ocultas que podrían desarrollarse, supuesta una motivación adecuada. Por ejemplo, los trabajadores de las plantas de la empresa aeroespacial Lucas, sintiéndose amenazados por la reestructuración de las diecisiete fábricas implicadas, se organizaron para aportar toda suerte de ideas sobre productos útiles para la sociedad que podrían fabricarse en sus instalaciones. Hicieron un inventario exhaustivo de sus habilidades, desde ingeniería hasta trabajos manuales, y también una evaluación de todo el equipamiento de la compañía. Pasaron a continuación un cuestionario a todo el personal empleado, preguntándoles: «¿Qué piensa usted que

debería hacer?». Las ciento cincuenta ideas que fueron juzgadas viables fueron sometidas a un laborioso proceso de diseño, especificación y análisis. Aunque la directiva de la empresa Lucas procedió con lentitud a aceptar la nueva producción, para 1979 la empresa ya había fabricado algunos prototipos y había empezado a trabajar con el grupo de empleados. Estos trabajadores fueron nominados para el Premio Nobel de la Paz en 1979 por diversos grupos pacifistas internacionales y por varios miembros del parlamento sueco, en reconocimiento al esfuerzo realizado desde la base por lograr la reconversión de una producción militar, derivándola hacia objetivos no militares.

C. Jackson Grayson, del American Productivity Center de Houston, cuyas tareas investigadoras están financiadas por doscientas de las principales compañías del país, considera que la culpa de suprimir el deseo y la capacidad de las personas de sentir que contribuyen con su esfuerzo, la tiene la estructura burocratizada de las empresas. Contrariamente a lo que se dice, «la gente no ha perdido la ética del trabajo», afirma.

En las compañías se aprecia una tendencia definida a descentralizar el poder, a dismantelar la pirámide, en expresión de un experto. Según Franck Ruck, que llegó a ser vicepresidente del Chicago Title and Trust, «el introducir cambios organizativos en el trabajo puede conseguir hacer más feliz a la gente, y a la vez aumentar la productividad, lo que constituye una doble ventaja».

Los teóricos profesionales de la dirección están proclamando cada vez más la necesidad de emplear estructuras flexibles y condiciones de trabajo acomodadas a las necesidades humanas, y que sepan aprovechar los potenciales latentes. La necesidad de actuar de forma drástica se evidencia en la baja experimentada por la productividad norteamericana. Pese a una toma de tecnología acelerada, la relación producto/hombre-hora de trabajo sólo ha aumentado el 21 por ciento entre 1970 y 1977. Compárese esta cifra con el 41 por ciento en Alemania occidental, el 42 por ciento en Francia, el 41 por ciento en Japón, y el 38 por ciento en Italia.

Muchas empresas han integrado a su filosofía directiva en los últimos años conceptos tales como «enriquecimiento del trabajo» y «humanización del puesto de trabajo». Se han formado equipos de trabajo semi-autónomos. Se han aumentado los salarios, no en función del tipo de trabajo, si no en función de los avances realizados, medidos por tests diseñados al efecto. Se han sustituido los relojes, ese exponente infernal de deshumanización y de desconfianza, por hojas firmadas con el horario cumplido por cada uno. Se han deshecho cadenas de montaje, rees-

tructurándolas en unidades más pequeñas. Algunas compañías han adoptado un sistema de dirección compartida, importado de Japón, Noruega y Suecia. Hacia 1976, más de un millar de compañías norteamericanas e instituciones gubernamentales habían comenzado a experimentar el «horario flexible», procedimiento que permite a los empleados elegir su horario de trabajo dentro de ciertos límites, establecidos en torno a un período central: de 6 de la mañana a 2 de la tarde, por ejemplo, o de 11 de la mañana a 7 de la tarde.

Un programa de análisis tendencial, promovido por el Consejo Americano de Seguros de Vida, informaba en 1979 sobre «Cambios en la naturaleza del trabajo»: una nueva especie de empleados que buscan un trabajo que sea coherente con sus valores personales; una mayor flexibilidad en los horarios y en los tipos de trabajo; mayor cooperación entre directivos y empleados; estructuras organizativas no jerárquicas; ambiente de trabajo cada vez más compatible con la salud física y mental.

Un anuncio del Día del Trabajo, publicado por los trabajadores de los medios de comunicación norteamericanos, subrayaba la preocupación por el sentido del trabajo:

"En este Día del Trabajo encontramos masas de trabajadores norteamericanos que anhelan esa sensación de autoestima que resulta de realizar un trabajo interesante, estimulante y productivo. Una firma nacional dedicada a sondear la opinión pública, ha encuestado a numerosos jóvenes en los últimos años. Y han encontrado que, con independencia de su sexo, raza o tipo de ocupación, la gente de menos de treinta años lo que quiere son trabajos que sean significativos y que les ofrezcan una oportunidad de crecimiento personal... Lo que buscan es una mejora de lo que generalmente se llama "la calidad de vida".

El valor del desarrollo personal

Estos cambios externos han sido fructíferos, pero no son suficientes. Actualmente, quienes se preocupan por la productividad y por la gente han tomado el camino interior, y están volviéndose hacia métodos concebidos para la propia realización personal. El *desarrollo personal* se ha convertido en algo complementario del enriquecimiento del trabajo y la humanización del puesto de trabajo. Y como observaba un especialista en técnicas directivas, «Comenzamos empleando estas técnicas por razones pragmáticas, y muchos de nosotros nos hemos quedado "enganchados"».

Werner Erhard empleó en una ocasión la expresión «elevadas intenciones» para describir la actitud que define la notoria superioridad de algunos trabajadores en una organización:

"La gente que trabaja «sin intención», se limita a hacer los movimientos indicados. Cometan faltas, son incapaces de hacerse cargo de las cosas, ni de conseguir que funcionen, hacen todo de forma incompleta, y siempre andan quejándose por algo. Lo que hace superiores a algunos es su auténtica intención. Eso les permite sintonizarse con todo. Se las arreglan en cualquier circunstancia, y nunca encuentran disculpas por no haber notado algo o porque las cosas no funcionen. No me gusta la gente poco motivada. No me gusta jugar por poca cosa... Me gustan las personas con quienes puedo jugar algo de valor".

Las intenciones elevadas son incompatibles con una baja estima de sí mismo. Solamente quienes están despiertos y están conectados y motivados pueden aportar algo a la sinergia de una organización. Todos los demás sólo aportan entropía y azarosidad. Los directivos están recurriendo cada vez más a la formación de técnicas tomadas de la investigación sobre la conciencia, para conseguir cambiar de forma significativa la actitud de sus empleados.

Los formadores profesionales hablan hoy en día del trance cultural, del miedo a la transformación, de realidades alternativas, cambios de paradigma, intuiciones, de lo importante que es que las personas aprendan a «ver con ojos nuevos». Un artículo aparecido en dos entregas en la revista profesional *Training*, decía: «Como formadores profesionales no podemos permitirnos ignorar lo que está ocurriendo en el movimiento del potencial humano». Citaban las palabras de un directivo bancario como comentario al despertar experimentado por su equipo de colaboradores después de haber participado en unos seminarios de crecimiento personal: «Mirando a mi dinero, estos buscadores espirituales son nuestro futuro». La formación en crecimiento personal no promete, ni deberla prometer, producir más baratijas por hora, ni tener menos quejas, ni menos horas extraordinarias, ni conseguir un aumento de las ventas, «como tampoco hay ninguna póliza de seguro que asegure nada de eso». Pero la mayoría de la gente va a comenzar a sentirse mejor en relación consigo mismos y con lo que están haciendo en su vida. «Naturalmente no hay una entrada contable que refleje "el número de personas que se sienten a gusto consigo mismas".

Pero tal vez, sólo tal vez, derive de ahí un resultado mucho mayor y más importante, reflejable en una pura contabilidad de pérdidas y ganancias. »

Muchas empresas han iniciado programas de formación de su personal en reducción de tensiones, en biofeedback, y en desarrollo de la creatividad. Algunas han dispuesto espacios tranquilos donde poder descansar y hacer meditación. En realidad, los aspectos de las técnicas de transformación relativos a la salud constituyen un motivo racional de inversión económica por parte de las empresas. Un empleado que funciona a pleno rendimiento, con una imagen sana de sí mismo, equivale a tener dinero en el banco; al menos éste era el razonamiento original, pero actualmente, yendo más allá, muchas empresas parecen considerar que el desarrollo del potencial de sus empleados forma parte de su responsabilidad social. La General Electric ha patrocinado la celebración de conferencias sobre la investigación de los hemisferios cerebrales en relación con la creatividad. Los seminarios de la Fundación Menninger sobre «El otro Yo» se han impartido en muchos grupos de sociedades. «Las compañías se sienten cogidas en medio de una "revolución de expectativas crecientes" con respecto a lo que consideran plenamente humano», decía Layne Longfellow, de la Fundación Menninger. «Alguien ha abierto el juego. Y estamos confrontados al corte que sentimos en nuestras aspiraciones, entre lo que somos y lo que estamos empezando a considerar como normal. »

La intuición no tiene por qué ser campo acotado de los ejecutivos, dice Jay Mendell, futurólogo del mundo de los negocios, en *Planning Review*. Hay millones de trabajadores que, después de haber descubierto nuevas capacidades en sí mismos a través de las psicotécnicas, están deseosos de desarrollar su intuición y su creatividad en su trabajo.

Así como el nuevo paradigma educativo descubre en todos nosotros el potencial creativo que en otro tiempo se atribuía tan sólo a los genios, los especialistas en técnicas directivas están empezando a considerar a todos los empleados como potencialmente capaces de dirigirse a sí mismos, y capaces por ello de llegar a pensar como empresarios.

El nuevo empresario individual

En una comunicación dirigida a los miembros de la red Linkage en el verano de 1979, Robert Theobald citaba las muchas cartas que había recibido de personas deseosas de forzar más el advenimiento de la nueva sociedad. Y preguntaba:

"¿Qué es lo que nos retiene a los que formamos parte de Linkage y de la sociedad entera? Creo que tenemos miedo de reconocer lo mucho que tendríamos que cambiar nuestras vidas si decidiéramos poner por obra nuestra concepción. Seguimos apegados a los viejos modelos, y la mayoría de nosotros debemos nuestra supervivencia al hecho de estar a caballo del «funcionamiento» del mundo actual y del nuevo universo que deseáramos traer a la existencia.

La paradoja es que el nuevo mundo lleva en u la promesa de mayores gratificaciones personales y profesionales, con sólo que tuviéramos valor para abrazarnos confiadamente a él".

Para muchos, el hecho de convertirse en empresario, esto es, de hacer negocios por y para uno mismo, es una secuela natural del proceso transformador. Armados de un mayor sentido de sí mismos y de la propia vocación, dotados de una nueva capacidad de riesgo (y de ser pobres por un tiempo), provistos de apoyo emocional por parte de la red, y de una más firme confianza en la propia creatividad y fuerza de voluntad, cabe ponerse a trabajar por uno mismo. Estas nuevas empresas e iniciativas se caracterizan por el ideal budista de la Recta Manera de Ganarse la Vida: con un trabajo que sirve a la sociedad y que no daña al entorno.

Briarpatch es una red de la zona de la Bahía que comprende alrededor de trescientos miembros, entre empresas, artistas y organizaciones no lucrativas, y que se concibe como un medio de mutua ayuda para empresarios que trata de «desvelar y descubrir aquellos principios que pueden ayudarnos a volver a conectarnos con la comunidad y con la sociedad, en vez de explotarlos». Dick Raymond, fundador de Briarpatch, evocaba así la tensión que supone el tratar de poner por obra la nueva filosofía:

"Cruzar el río es difícil: significa dejar atrás algunas de las propias antiguas ideas sobre el trabajo y los empleos... La mayoría de nosotros (incluido yo mismo) intentamos rodear de puntillas el punto doloroso, pero es importante hablar de algunos de los sufrimientos que podemos soportar. No estamos hablando de cambiar simplemente de un trabajo a otro, o de dejar una compañía para meterse en otra más conveniente. Cuando comenzamos a abandonar los antiguos valores y creencias, se quemán también con ello algunos de nuestros circuitos más primarios... Te puedes quedar parado en el umbral durante dos o tres años. Antes

de continuar adelante, es preciso deshacerse de las más preciadas convicciones.

La gente que conozco que han logrado realizar esta transición son la gente más gozosa, más dispuesta y mejor gratificada de cuantas he conocido. Como cada día me encuentro con más, su existencia me ayuda a mantener mi cordura".

El convertirse en empresario individual llena muchas de las necesidades que comporta la transformación. Richard Gunther, prestigioso agente inmobiliario, creador de numerosas urbanizaciones, describía a un grupo de futuros empresarios la confluencia de trabajo y disfrute que encontraba en su labor, la sensación de estar persiguiendo objetivos socialmente constructivos en compañía de gentes animadas por las mismas ideas, y el sentimiento de estar llevando a cabo una iniciativa «consciente» y creativa.

Se han creado programas formativos para quienes desean prepararse para establecerse por cuenta propia. Fundado en parte en su propio interés creciente por el fenómeno y apoyado en la experiencia de su Escuela de Empresarios, que funciona los fines de semana, Bob Schwartz, fundador de la Tarrytown Executive House (Nueva York), tipifica a esta nueva especie como catalizadores que pueden llegar a transformar el mercado:

"El nuevo empresario individual es una persona más auténticamente reflexiva que está cambiando la oferta de productos y servicios para responder a las necesidades de un público más reflexivo y responsable de cuanto el mundo ha conocido hasta ahora... Esto es lo que dicen los jóvenes de hoy: no me conviertas en un auxiliar del proceso; haz de mí algo esencial en él.

La nueva realidad es que los productos están dejando de representar el personaje principal del escenario americano. La producción, como factor de la economía norteamericana, esta perdiendo posiciones, y están ganando en importancia, en cambio, los servicios".

Según Schwartz, los empresarios individuales son «los poetas y expendedores de las nuevas ideas, visualizadores y realizadores a un tiempo». Históricamente, supone la aparición de un nuevo tipo de empresarios que encarnan una nueva concepción con respecto a los productos y a los servicios, en esta época de cambio cultural. Como

ejemplo de la necesidad de servicios poco conocidos hace una década, el propio Schwartz apuntaba la acuciante demanda de cursos de desarrollo humano. Los nuevos empresarios han abandonado la vieja filosofía manipuladora del tipo yo-ello, en relación tanto con los consumidores como con la producción, para pasarse a una nueva relación más inmediata y personal al estilo de la filosofía yo-tú. Tanto ellos como sus clientes constituyen la fuerza revolucionaria más potente que Estados Unidos puede ofrecer al mundo. «El empresario es el nuevo agente no violento de cambio».

El Proyecto Renacimiento, de Kansas City, es una red de empresarios de este tipo que han demostrado que las alternativas son al mismo tiempo viables y rentables. Entre sus actividades se cuentan: la reconversión de una serie de propiedades, con una situación privilegiada en Kansas City, en un complejo empresarial de ocho millones de dólares, la creación de redes de aprendizaje, de un programa educativo de la «totalidad de la persona», y de un colegio alternativo autofinanciado, la restauración de un salón de baile histórico, la restauración de un gran edificio con la participación de sus residentes, y el desarrollo de un plan maestro para la renovación bloque por bloque de toda una serie de edificios residenciales a lo largo de una avenida peatonal de once millas de larga en la ciudad de Kansas City.

En un artículo titulado «La nueva revolución empresarial», Norman McRae, editor de la publicación británica *The Economist*, ha sugerido que el gigantismo creciente de la industria norteamericana ha abierto la puerta a la aparición de pautas individuales de comportamiento empresarial incluso en el interior de las grandes industrias. En las grandes compañías se forman enclaves que son de hecho dirigidos por este tipo de «empresarios internos». El artículo predecía también que para el año 2010 pueden haber desaparecido esas grandes compañías con un elevado volumen de negocios, en su forma actual.

Los nuevos empresarios individuales se niegan a separar lo que es bueno para los negocios de lo que es bueno para la gente. Mo Siegel, cofundador de la Celestial Tea Company en Boulder, Colorado, ha incorporado esta concepción en las consignas impartidas a sus doscientos treinta empleados: «Todos los jefes de departamento serán responsables del desarrollo del personal a su cargo, no menos que del volumen de negocio realizado». La realización, decía Siegel, es sólo un subproducto de estar viviendo un ideal. «En esta época de transición, estamos aprendiendo a conservar los aspectos positivos de la cultura, y a descartar a la vez los negativos.»

La revalorización de la tecnología

El problema de la tecnología, observaba Robert Pirsig en su libro *El Zen y el arte de cuidar una motocicleta*, es la falta de fusión entre razón y sentimiento que se da en ella. La tecnología no ha tenido nada que ver, hasta ahora, con las cosas del espíritu ni con las del corazón, «y por ello hace cosas horribles ciegamente, de forma totalmente accidental, por lo cual la odiamos».

En el nuevo paradigma no se ve a la tecnología como algo negativo, sino como algo de lo que se ha abusado y que necesita volver a ser humanizado. La tecnología nos había prometido poder, pero de hecho se había convertido en nuestro amo en demasiados campos de nuestra vida. No es de extrañar por ello que muchas de las «nuevas» concepciones políticas y económicas tendieran a mirar al pasado, dada su preferencia por la descentralización, su sensibilidad respecto de la armonía natural, su preocupación por administrar los productos de la tierra, su deseo de una «simplicidad creativa» y de un enriquecimiento espiritual y cultural, y su estimación por los valores no materiales.

El contexto del trabajo y el consumo de una sociedad debiera venir dado por su propia conciencia; y la tecnología sólo afectaría a su contenido: serían los instrumentos para crear los productos y servicios requeridos y valorados por la población. El título original del famoso libro de E. F. Schumacher *Lo pequeño es hermoso* era *La economía, tal como sería si la gente importase*. Para él, resultaban especialmente deplorables los efectos de la desorbitada e inconsciente utilización de la tecnología: centralización, urbanización, agotamiento de los recursos⁷, deshumanización de los trabajadores. En los países en vías de desarrollo, en concreto, las turbinas, los diques, y las excavadoras vienen a romper en muchas ocasiones pautas de comportamiento social, dañando con ello tanto a la población como al entorno. La respuesta del Centro Radical de Schumacher a la furia incontrolada de la ciencia aplicada era lo que él llamaba «una tecnología adecuada». Una tecnología «intermedia» o adecuada supone una tercera vía: instrumentos más avanzados que una pala, pero más prácticos y a una escala más humana que una excavadora. Con instrumentos mejores, pero todavía manejables, la gente podría sacarle partido a sus recursos, sin necesidad de meterse en una fábrica urbana.

En la revista *Ram: The Journal of Appropriate Technology*, apareció un editorial que decía: «Antes de elegir nuestras técnicas e instrumentos,

debemos elegir nuestros sueños y nuestros valores, pues mientras unas aplicaciones tecnológicas pueden ayudar a conseguirlos, otras pueden convertirlos en definitivamente inalcanzables».

Las ideas de Schumacher han alcanzado una resonancia mundial. De un artículo sobre la tecnología adecuada, aparecido a fines de 1977 en la revista *Foreign Affairs*, se han hecho más solicitudes de reimpresión que de ninguna otra cosa aparecida en esta publicación. Muchos países y algunos Estados han creado instituciones en favor de una tecnología adecuada. Los Estados Unidos están formando una red global de instituciones para difundir la idea. La tecnología adecuada ha encontrado respaldo en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en el Banco Mundial, y ha sido apoyada por el Presidente de Filipinas y por las Fundaciones Ford y Rockefeller. En los dos últimos años de su vida, Schumacher fue invitado y consejero de reyes, presidentes y primeros ministros.

La filosofía económica de Schumacher reflejaba unos profundos valores espirituales, que trató con mayor amplitud en su *Guía para perplejos*, publicada después de su muerte. Los valores espirituales forman, en realidad, la base de muchas de las preocupaciones ecológicas de nuestro tiempo, así como una sensibilidad creciente hacia la tierra entera, y un respeto hacia nuestra matriz evolutiva, hacia la naturaleza en la cual se hunden nuestras raíces. Un prospecto de la oficina californiana de tecnología adecuada recoge esta cita de Lao Tse: «Estos son mis tesoros, guardadlos bien».

El valor de la conservación

La preocupación por el ambiente está ejerciendo un influjo creciente sobre el estilo de vida y sobre el consumo. Un estudio realizado en el Estado de Washington en 1976, y publicado en 1978, contenía una encuesta a propietarios de casas elegidos al azar en las guías telefónicas de las comunidades respectivas. Los investigadores encontraron signos evidentes de una sorprendente adhesión al «nuevo paradigma ambiental». La mayoría de los encuestados se mostraban preocupados por el abuso ejercido sobre el ambiente y por el crecimiento descontrolado de la población. Veían la tierra como una nave espacial con espacio y con recursos limitados. Se mostraban partidarios de una economía estable y de un crecimiento industrial controlado. Y eran contrarios a la idea del dominio del hombre sobre la naturaleza. El público en general apoyaba en todos los temas la visión de los ecologistas de su Estado.

Como hacían constar los investigadores, los comportamientos no siempre eran coherentes con las convicciones, y desde luego muchos no estarían dispuestos a llegar al sacrificio personal.

"Debemos sin embargo subrayar lo que consideramos más peculiar en los resultados obtenidos. Cuando nos paramos a pensar que hace tan sólo unos pocos años prácticamente nadie había oído hablar de cosas tales como «la nave espacial tierra» o «los límites del crecimiento», resulta doblemente sorprendente el grado de aceptación que han conseguido entre la gente. Esta aceptación es tanto más sorprendente cuanto que el nuevo paradigma ambiental se desvía espectacularmente de la concepción del mundo que tenía nuestra sociedad tradicional... Electivamente, la aparición de un nuevo paradigma en una sociedad en la que la abundancia, el crecimiento y el progreso se habían dado siempre por supuestos, representa un acontecimiento revolucionario... no podemos por menos de sentirnos impresionados ante su rápida ascensión".

El cambio hacia una concepción ambientalista va mucho más allá que la preocupación por el arbolado de madera rojiza. En ninguna otra parte como en este despertar de la conciencia ecológica resulta evidente la conexión existente entre todo lo que vive. El cuidado del planeta comprende aspectos económicos, legales, políticos, espirituales, estéticos y médicos. Afecta incluso a las compras que hacemos, a la elección del tamaño de nuestras familias, y a nuestras formas de entretenernos. Hasta el niño de escuela más pequeño es hoy día consciente de muchas de las principales controversias, como la decadencia militar, la energía nuclear, las sustancias cancerígenas, los transportes supersónicos, la construcción de diques que inundan antiguos enterramientos de los indios, el crecimiento de la población, los gases emitidos por los motores de propulsión, capaces de destruir la capa de ozono de la atmósfera. Los jóvenes temen hoy la muerte lenta del planeta, tanto como la generación anterior temía a la bomba atómica.

La novela de Ernest Callenbach, *Ecotopía*, ha supuesto el lanzamiento de una especie de culto, sobre todo en el oeste de los Estados Unidos. Editado en principio por una pequeña editorial, el libro se convirtió en un best-seller de tapadillo, y en 1978 fue reeditado en formato de bolsillo y lanzado masivamente al mercado. *Ecotopía* es un país de ficción nuevo, surgido de la independización del oeste de Oregón, Washington y el norte

de California. Los naturales de Ecotopía emplean tecnologías alternativas y son supersensibles a todos los aspectos ambientales⁸. Los entusiastas de *Ecotopía* han diseñado una bandera, han creado una revista, han puesto a calles y colegios nombres sacados del libro, e incluso en Eugene, Oregón, han celebrado el Día de Ecotopía. Callenbach ha sido invitado por el gobernador de California y sus consejeros para departir con él. Por forzada que pueda resultar su ficción de ese nuevo país como punto de partida, el atractivo sentido por las masas hacia este libro resulta elocuente.

Sim Van der Ryn, primer director de la Oficina californiana de Tecnología Adecuada, y anteriormente arquitecto del Estado, insiste en que las comunidades ecotópicas son posibles hoy en día, al menos lo es «la construcción de algunos primeros ejemplos a escala modesta». Y proclama la necesidad de que empresarios y políticos se comprometan con una idea que puede resultar beneficiosa tanto para los negocios como para el mismo gobierno. «*Están* comenzando a brotar las semillas de la visión ecológica, y ya han sido creados y están funcionando muchos de los componentes del hardware necesario para fundar una comunidad urbana estable. Lo que aún nos queda por hacer es juntar todos los hilos y trenzarlos en un único diseño coherente de un nuevo tipo de comunidad.»

Un tratamiento serio del entorno llevaría a revitalizar el diseño urbanístico, de manera que pudiera mantenerse lo mejor de una cultura de alta tecnología «renovando a la vez en la gente los sentimientos vinculados al lugar». Y llevaría a traducir la vieja comprensión lineal a un pensamiento en términos de sistemas, consciente de la complejidad de las interacciones entre las personas y los elementos ambientales.

Según otro experto en urbanismo, ésta es «la era de la recuperación» para muchas ciudades norteamericanas: una época con una nueva comprensión de los atractivos urbanos, con un sentido de continuidad histórica, con necesidades de un eficaz suministro energético, y con una nueva percepción del modo cómo la gente desea vivir, incluida una arquitectura a una escala más humana. «Al fin hemos empezado a asentarnos, buscando sentirnos en un lugar.» Algunos arquitectos muy conocidos, a quienes se les hizo una encuesta en 1979, describían el nuevo paradigma de diseño urbanístico como algo más humano, con una mayor abundancia de alojamientos e instalaciones comunitarias, con sitios para pasear, con una mayor preocupación por el transporte público, con avenidas y plazas de carácter festivo, con más árboles, y con un mayor sentido de «lo comunal». La nueva tecnología se basaría cada vez más en el

aprovechamiento de las energías eólica y solar, en la fuerza de las mareas, y tendería a utilizar formas de iluminación y de ventilación naturales.

Puede que estemos avanzando por el buen camino en orden a volver a conectar íntimamente y a hacernos conscientes de nuestro lugar en la naturaleza. Esta tendencia neo-medievalista resulta evidente en otros fenómenos: el de las ferias, exposiciones y festivales. En la Europa medieval las ferias se celebraban en las encrucijadas de caminos, en territorio neutral, de modo que quienes estaban en guerra pudieran olvidar sus hostilidades el tiempo suficiente como para poder dedicarse al trueque, a hacer pantomimas y prestidigitación, y poder comer, beber y bailar. En la celebración todos se hacían uno, juguetones, curiosos, inconscientes de sí mismos. Este sentido comunitario espontáneo está renaciendo en los miles de exhibiciones artísticas y artesanales, festivales musicales y exposiciones de temas ambientales y sobre la nueva era que se organizan por todas partes, incluyendo celebraciones de otras épocas, como ferias renacentistas, juegos medievales y bazares «a lo Dickens».

La gente se está inventando nuevas maneras de celebrar antiguas fiestas, como «el Día de la Interdependencia» que celebró un 4 de julio la Reunión de Amigos de Palo Alto en California. Después de compartir a sus anchas comida, música, juegos y artesanía, acabaron encendiendo velas y cantaron «Let there be peace on Earth» (Haya paz en la tierra). Un participante decía:

«Este tipo de fiestas nace de nuestro propio interior, y no necesitan limitarse a los días de fiesta tradicionales. Con ellas podemos celebrar otros sucesos significativos de nuestras vidas... ¿Qué tal si nos diéramos la oportunidad de explorar en nuestra imaginación, y nos dejáramos de otras formas de creatividad prefabricadas?».

La imaginación como fuente de riqueza

Aquí y allá surgen alegres manifestaciones de insurrección por parte de ciudadanos de la nueva comunidad (commonwealth), muestras tempranas de su constitución y de su declaración de interdependencia. Sabiendo mirar en la dirección adecuada, pueden descubrirse catedrales y teatros invisibles, bibliotecas que prestan sus libros y universidades sin muros, signos todos de una sociedad en la que las instituciones no son otra cosa que las mismas personas, y cuyo más alto principio reside en el despertar del sentimiento de fraternidad.

Para Eugen Loebí, que pasó quince años como prisionero político en Checoslovaquia reflexionando sobre temas económicos, la verdadera fuente de riqueza no es la productividad, ni el Producto Nacional Bruto, ni ninguna otra cosa material o tangible. La riqueza de la sociedad moderna reside en la inteligencia creativa. «Si consideramos que las ganancias están en función de la capacidad del hombre para pensar, y reconocemos la importancia que tiene para la economía el nivel intelectual de los ciudadanos, entonces nuestro interés debe estar volcado primordialmente al desarrollo de este nivel... Podemos cambiar nuestra realidad, orientándola hacia los objetivos que deseamos.»

En su histórica visita a los Estados Unidos, Tocqueville navegaba corriente abajo por el río Ohio. A un lado estaba Ohio, un Estado libre; al otro, Kentucky, Estado en el que había esclavos. En el lado del río perteneciente a Ohio, pudo observar industrias en actividad, cosechas abundantes y casas hermosas. Los naturales de Ohio tenían acceso a cualquier puerta que pudiera abrirles la fortuna. Podía ser marinero, explorador, artesano, o agricultor. En el lado de Kentucky, Tocqueville sólo vio indolencia. No solamente los esclavos trabajaban sin ningún ardor en sus tareas, sino que los mismos amos parecían esclavizados. No podían trabajar sus propias tierras, pues eso habría ido en contra de su *status*. Unos pocos cruzaban el río y se iban a trabajar a Ohio, pero la mayoría se dedicaban a procurarse excitación «en el amor apasionado a los deportes campestres y a los ejercicios militares... en ejercicios corporales violentos, y en el uso de las armas...».

Hemos atravesado después otras épocas culturales, cada una marcada por sus propias formas de esclavitud económica y psicológica. Como los propietarios de esclavos de Kentucky, hemos pasado demasiado tiempo dedicando nuestras mejores energías a tratar de entusiasmarnos con cosas secundarias, esperando encontrar en tales distracciones la satisfacción que sólo la vocación puede proporcionar. Pero tenemos una opción: hoy en día podemos emigrar a un «estado» más libre, en donde poder encontrar un nuevo corazón, un nuevo espíritu de iniciativa y unos valores adecuados a nuestras más profundas necesidades.

1. Max Planck confesaba en una ocasión que él empezó siendo estudiante de ciencias económicas, pero que al ver que era demasiado difícil se pasó a la física.

2. Según afirman los sociólogos, los inmigrantes establecieron redes semejantes en California. James Q. Wilson describe una versión de trueque laboral urbano en California en los años cincuenta, que era un anticipo de la extensión alcanzada hoy por las actividades de trueque: «El equivalente en el Sur de California de ese tío del Este que podía conseguirlo todo a precio de mayorista, era el cuñado de Los Angeles que podía echarte una mano para pintar el garaje o para reparar el tejado, o que podía prestarte (y enseñarte a manejar) su sierra eléctrica. Toda la región estaba cubierta por una red de intercambio de trabajos informalmente organizada, que a veces daba lugar a negocios sumamente complejos que implicaban varios intermediarios: el amigo que pide a su hermano, que es fontanero, que te eche una mano, a condición de que tú le pidas a tu tío que se acerque con la hormigonera para que eche un poco de cemento frente a la casa de la hermana de algún otro los sábados se podía ver a mucha gente por todo el país, trasladándose en sus coches para cumplir con este tipo de compromisos».

3. El trueque alcanza hoy también un elevado volumen de negocio en las grandes compañías comerciales dentro de la Unión Soviética, y asimismo entre las compañías multinacionales, que compran materias primas a cambio de productos terminados.

4. Un estudio publicado por el SRI en 1979 relativo a los valores cambiantes de los consumidores, y cuya realización había requerido tres años y un millón de dólares, predijo un continuo movimiento de huida de los valores materialistas convencionales por parte de individuos situados en todo el espectro económico.

5. Un ejemplo de una gran empresa que coopera con las tendencias sociales es la compañía farmacéutica Hofmann-La Roche, que a principios de los años setenta comenzó a suministrar cintas magnetofónicas de regalo sobre medicina holística a los médicos, y que más recientemente ha patrocinado diversos simposiums sobre temas tales como alternativas a la terapia farmacológica. En 1979, cuando cada vez más gente estaba interesándose por las vitaminas y por la nutrición en general más que por

los medicamentos, Hoffmann-La Roche anunció que planeaba construir una planta gigantesca de producción de vitamina C.

6. *Brainstorming*: torbellino de ideas. Técnica creativa de resolución de problemas que consiste en dejar aparecer en la propia mente, o en las de todo un grupo, todas las soluciones que acudan a ella, por disparatadas que parezcan, apuntándolas todas, y repasándolas todas al final para escoger las más acertadas. (N. del T)

7. Los Estados Unidos, con un 6 por ciento de la población mundial, consume más del 30 por ciento de los recursos energéticos existentes en el mundo.

8. La edición francesa inserta aquí en el texto una referencia amplia, en primer lugar, al libro del biólogo Joël de Resnay *Bio-technologies et bio-industrie*, sobre las perspectivas que ofrece hoy en día la biotecnología desde el punto de vista ecológico, por el reciclaje de desechos industriales, agrícolas y urbanos que es capaz de llevar a cabo. En segundo lugar, a otro libro del mismo autor, *Le Macroscopie*, en el que partiendo de los principios de base de una educación sistémica, describe los valores sobre los cuales podría asentarse un nuevo proyecto de sociedad («eco-sociedad»), para lo que se vale de un escenario imaginado futurista. Finalmente, recoge un informe presentado al Presidente de la República francesa por los biólogos Francois Gros, Francois Jacob y Pierre Royer, con el título *Sciences de la vie et Société*, según los cuales la biología moderna ha puesto de relieve tres ideas clave «que han modificado profundamente la idea que nos hacíamos del mundo vivo en general y del hombre en particular... Esas tres ideas son: primero, la unidad del mundo viviente y el parentesco entre las especies; segundo, la unidad de la biosfera y la interdependencia de los elementos que la constituyen; y por último, la importancia de la diversidad en el mundo viviente: diversidad de especies y diversidad de individuos en cada especie, comprendida la especie humana. El informe invita a preservar los equilibrios del planeta y a salvaguardar la diversidad biológica. (N. del T.)

XI. LA AVENTURA ESPIRITUAL: LA CONEXIÓN CON LA FUENTE

*Detrás de la noche... lejos, en algún lugar,
la tremenda blancura de un incierto amanecer.*

RUPERT BROOKE

Durante las primeras etapas, la transformación parece fácil, incluso divertida; no parece esconder, en absoluto, tensiones ni amenazas. Disfrutamos de una sensación acrecentada de conexión, de vocación, de libertad, de paz. *Utilizamos* el proceso como podríamos usar una grabadora. Nos asomamos a los estados alterados de conciencia, como podríamos pasar por un gimnasio a tomar un baño a presión. El biofeedback nos cura las jaquecas, la meditación nos alivia las tensiones. Disolvemos nuestros problemas de aprendizaje con la ayuda de técnicas imaginativas.

Pero todas las técnicas transformativas afectan también a la propia atención. De forma gradual, puede aparecer la sensación de haber estado traicionando con nuestras actitudes, nuestro comportamiento o nuestras convicciones, a una especie de mundo interior armonioso. Y comienza a revelarse por sí mismo todo un campo dotado de un orden exquisito, y de inteligencia y capacidad creativa. La meditación comienza ahora a darnos forma. La realidad se abre a espacios más amplios y más ricos. Ahora ya no es cuestión de ver las cosas de un modo diferente, sino de ver cosas diferentes. El lenguaje y los símbolos fallan a la hora de intentar explicarlo. Es un territorio demasiado distinto a cuanto antes conocíamos, demasiado paradójico, algo de lo que podemos hablar en términos de altura o de profundidad, tan indefensos como el Cuadrado que intentaba explicar la Tercera Dimensión a sus incrédulos conciudadanos del País del Plano. Como dice Master Hakuin, un sabio Zen, «sólo es posible captarlo experimentándolo, como el sentir frío o calor al beber agua. Es un fundirse el espacio entero en un abrir y cerrar de ojos, y recorrer todo el tiempo, desde el pasado hasta el futuro, en un solo pensamiento».

La conciencia no es un instrumento. Es nuestro propio ser, el contexto de nuestras vidas, de la vida misma. La expansión de la conciencia es la más arriesgada de cuantas empresas se pueden acometer en este mundo. Ponemos en peligro el *statu quo*. Arriesgamos nuestra comodidad. Y si carecemos de los nervios necesarios para resolver los conflictos consiguientes, ponemos en peligro nuestra propia salud mental. Puede que hayamos atravesado momentos difíciles en etapas anteriores del proceso transformativo, como cuando nos hicimos cargo de nuestra propia salud, pero esto es mucho más fuerte: la transformación del proceso transformador en cuanto tal.

En el capítulo 6 pasamos revista a los descubrimientos científicos que habían puesto al descubierto la unidad subyacente de la naturaleza, el papel de la conciencia en la construcción del mundo de las apariencias, el cerebro como intérprete de pautas ondulatorias provenientes de un nivel primordial de realidad, el carácter trascendente del tiempo y el espacio, el impulso evolutivo, y la reordenación de los sistemas vivientes a niveles de complejidad y coherencia siempre crecientes.

La experiencia espiritual o mística, que constituye el tema del presente capítulo, es la imagen en espejo de lo entrevisto por la ciencia: la percepción directa de la unidad de la naturaleza, el lado interior de los misterios de la ciencia trata de conocer esforzadamente desde el exterior. Esta forma de comprensión es anterior a la ciencia en varios miles de años. Mucho antes de que la humanidad contase con instrumentos como la lógica cuántica para describir fenómenos que escapan a la razón ordinaria, las personas tenían acceso al reino de la paradoja por un simple cambio de conciencia. Y allí aprendían que lo que no puede ser, *es*. Millones de personas que viven hoy han tenido experiencia de aspectos trascendentes de la realidad, y han incorporado ese saber a sus vidas.

Una experiencia mística, por breve que sea, puede confirmar en su empeño a quienes se sienten atraídos hacia la búsqueda espiritual. La mente conoce ahora lo que sólo era una esperanza que albergaba el corazón. Pero esa misma experiencia puede resultar profundamente trastornante para quien no estaba preparado para ella y se encuentra ante la necesidad de integrarla en un sistema de creencias inadecuado. La experiencia directa de un nivel más amplio de la realidad requiere inexorablemente un cambio en la propia vida. Podemos andarnos con componendas durante un cierto tiempo, pero al final nos damos cuenta de que querer seguir en la ambivalencia es como pretender que la ley de la gravedad sólo tenga aplicación en algunos casos o en ciertos lugares. Este

período de transformación de la transformación, con la aceleración de conexiones y percepciones que lleva consigo, puede producir miedo. Finalmente, por etapas, se llega a la acción: hay que ajustar la propia vida a la propia conciencia. Como dice T. S. Elliot, «es una condición de lo más sencilla, aunque a cambio nada menos que de todo».

La experiencia mística, al alterar de forma radical los propios valores y percepciones sobre el mundo, tiende a crear su propia cultura, una cultura de amplia concurrencia y fronteras invisibles. Esta cultura paralela parece amenazar al *statu quo*; la sociedad occidental se siente ofendida si alguien dedica diariamente a su alma tanta atención como a su atuendo, decía Alexander Solzhenitsyn. La conducta y afirmaciones de quienes participan de la nueva cultura son juzgadas con un sistema de creencias tan ajeno a su experiencia, como lo fueron para Colón las advertencias de quienes estaban convencidos de que la tierra era plana. Quienes los critican les pueden tachar de narcisistas, sin saber una palabra del carácter reflexivo de la búsqueda interior; les pueden acusar de aniquilarse a sí mismos, sin conocer la grandiosidad del Sí mismo al que se unen; de elitistas, sin saber cuán desesperadamente desean compartir lo que han visto; de irracionales, sin darse cuenta de que su nueva visión del mundo es mucho más adecuada para resolver los problemas y mucho más coherente con la experiencia de cada día.

La búsqueda de sentido

Para la mayoría de la gente, la búsqueda espiritual comienza como una búsqueda de sentido. Al principio, puede que se manifieste sólo como un incansable deseo de algo más. Tocqueville, en su lucidez, notaba la coexistencia en América de un espíritu fuertemente religioso junto a una ambición material. Pero tal vez, decía, se trataba de un equilibrio inestable. «Si alguna vez la gran mayoría de la humanidad tuviese volcadas sus facultades exclusivamente en la consecución de objetos materiales, podría predecirse que tendría lugar una reacción sorprendente en el alma de unos cuantos. Me sorprendería mucho que el misticismo no se abriera paso enseguida en una población dedicada enteramente a promover su propio bienestar material.»

Ciertamente, el apetito imperioso de cosas materiales nos ha conducido a la saciedad Zbigniew Brzezinski, presidente del Consejo de Seguridad de los Estados Unidos, hablaba de la «creciente nostalgia por lo espiritual» que sienten las sociedades occidentales avanzadas, en las que el

materialismo se ha revelado insatisfactorio. La gente está descubriendo, decía, que la felicidad no consiste en tener un 5 por ciento más de bienes cada año. La religión *tradicional*, reconocía, no proporciona el sustituto necesario.

"Eso es lo que hace que haya una búsqueda de una religión personal, de una conexión directa con lo espiritual... En último término, todo ser humano, una vez que ha alcanzado el estadio de auto-conciencia, desea sentir que su vida tiene un sentido interior y más profundo que el mero existir y consumir, y una vez que empieza a sentir de ese modo, desea también que la organización social se corresponda con ese sentimiento... Esto está sucediendo a escala mundial".

En una encuesta pública, realizada por Yankelovich, Skelly y White, el 80 por ciento de los que respondieron manifestaron un fuerte interés por una «búsqueda interior de sentido». En 1975 la National Opinion Research Corporation (Instituto de investigación de la opinión nacional) informó que más del 40 por ciento de los adultos encuestados creían haber tenido alguna experiencia mística genuina. Asociaban a estas experiencias alegría, paz, la necesidad de ayudar a los demás, la convicción de que el amor está en el centro de todo, una fuerte intensidad emocional, conocimientos imposibles de comunicar, sentimiento de unidad con los otros, y la sensación de estar inminente un mundo nuevo. Otra encuesta, realizada por Roper en 1974, mostró que un 53 por ciento de la gente creía en la realidad de psi, con mayores índices de credulidad en los niveles más elevados de ingresos y de educación. La encuesta Gallup de 1976 informó que el 12 por ciento de la población estaba implicada en algún tipo de disciplina mística.

Otra encuesta Gallup, dada a conocer en febrero de 1978, informó que diez millones de norteamericanos tenían que ver en algún aspecto con alguna de las religiones orientales, y nueve millones practicaban la curación espiritual. Los implicados en religiones orientales tendían a ser adultos jóvenes, con educación universitaria, habitantes en una u otra costa, y en un número aproximadamente igual de hombres que de mujeres, y de protestantes y católicos. «Aunque no son generalmente practicantes de su religión... afirman, por lo general, que sus creencias religiosas son muy importantes" en sus vidas. »

La experiencia espiritual se había deslizado en las filas del *establishment* de una forma tan queda, que sólo las encuestas habían podido medir el

cambio operado. Dirigiéndose a un grupo de alumnos y profesores colegas de historia de la religión, Jacob Needleman señalaba irónicamente en 1977 que este tipo de ideas y de prácticas están ahora «introduciéndose sin nuestro permiso, por decirlo así, en las vidas reales de la gente, y están causándoles problemas, por los efectos reales que están produciendo en sus matrimonios, en sus carreras, en sus actuaciones políticas, en sus objetivos y en sus amistades». Pero los métodos sociológicos no llegan a desvelar totalmente el alcance de ese cambio espiritual. Como decía William McCready, del Instituto de investigación de la opinión nacional: se trata de un fenómeno individual. «Si intentamos medirlo por la pertenencia a grupos determinados, no llegaremos a verlo. La gente inclinada a la búsqueda interior no se presta a las estadísticas, pues no tienden mucho a reunirse en grupos.»

A principios de 1979, Ram Dass se percató de que sus auditorios habían cambiado considerablemente. «Últimamente son gente de clase media fundamentalmente, y los límites de edad se están ampliando de manera increíble. Mientras que hace cinco o seis años yo trabajaba con un margen de edades de diez años, con personas procedentes de culturas alternativas, hoy en día acude toda la masa media de la sociedad, la gente bien, solíamos decir, y el abanico de edades se ha ampliado a quince años. Actualmente, el despertar espiritual es una realidad para cientos de miles de personas. Puedo ir a Omaha, a Idaho City, a Seattle, a Buffalo o a Tuscaloosa, y en todas partes me encuentro a miles de personas dispuestas a escuchar. Crecen espiritualmente en su vida diaria, sin ponerse vestidos largos ni llevar cuentas alrededor de su cuello. Su despertar espiritual crece desde dentro.»

Un conspirador de Acuario perteneciente a un conocido equipo de pensadores afirmaba: «Hay toda una nueva tolerancia hacia la búsqueda de la trascendencia. Yo estoy rodeado de colegas que marchan en la misma dirección, que valoran el mismo tipo de exploraciones... Ya no se considera a nadie como una oveja negra porque se le sepa interesado en la búsqueda espiritual. E incluso se le envidia un poco, lo que supone todo un cambio en los últimos quince años.»

Para un político de Washington, promotor de una organización de pacificación internacional, ese reconocimiento recíproco de los buscadores indicaba un «pequeño misticismo»:

"Se había afianzado en mi vida sin yo quererlo ni buscarlo. Algo estaba apareciendo y creciendo. Estas pequeñas coincidencias lo hacían

crecer mas aún, y comenzaban a encajarse entre sí. Empecé a encontrar a Dios en los demás, luego sentía a Dios dentro de mí, después sentía algo de mí mismo dentro de quienes sentían de alguna forma a Dios, luego sentía que tanto los otros como yo estábamos en Dios: toda una misteriosa y compleja serie de transacciones, que ha producido en mí el curioso efecto secundario de poder reconocer esta especie de unitarismo en los pequeños místicos. Nos detectamos unos a otros.

Hasta mis tareas políticas resultaron beneficiadas. Los pequeños místicos que están en la política «huelen» rápidamente mi posición secreta, y enseguida se establece un cierto lazo de camaradería, casi nunca explícito pero no por ello menos efectivo.

Aún no sé cómo es de corriente este pequeño misticismo de salón, pero me parece que en los últimos cinco años o así resulta más fácil manifestarse con ciertas esperanzas de ser reconocido..."

Algunos psicólogos occidentales como William James, Carl Jung, Abraham Maslow y Roberto Assagioli dedicaron la energía de su madurez a tratar de comprender la necesidad de trascendencia y el ansia irreprimible de sentido del ser humano. Por su fuerza, Jung comparaba el impulso espiritual con la sexualidad.

Aunque existen razones para pensar que todos tenemos una innata capacidad para la experiencia mística, para la conexión directa, y aunque la mitad, aproximadamente, de la población atestigua haber tenido al menos una experiencia espontánea, nunca antes esta capacidad había sido explorada por la gente en grandes cantidades. Históricamente, incluso en aquellas partes del mundo que contaban con las técnicas más elaboradas, India, Tibet, China, Japón, era sólo una pequeña minoría la que emprendía la búsqueda sistemática del conocimiento espiritual.

De entre los millones de personas embarcadas hoy en esta búsqueda, muchas, si no la mayoría, se introdujeron en ella casi sin darse cuenta, algo así como los ingenuos Hobbits que se ven envueltos en búsquedas cósmicas en *El Señor de los Anillos* de J. R. R. Tolkien. De pronto, en toda su inocencia, se dan cuenta que están lejos de sus lugares familiares. Sy Safransky, editor de una revista literaria de Carolina del Norte, describía así su partida de la realidad del sentido común:

"Soy un periodista, y siempre había sido hábil para tomar notas y hacer las preguntas pertinentes, hasta que hace unos años esta habilidad se evaporó en una playa soleada en España, en un momento en que de

pronto me di cuenta que el mundo entero estaba vivo... Veía respirar a la tierra, sentía sus ritmos, y descubrí que me faltaba algo de mí mismo. Como ni el *New York Times* ni el *New Republic* me ofrecían ayuda alguna, y sólo encontraba corroboración en la literatura que hasta entonces yo había tachado de (aquí viene un epíteto) religiosa o de absolutamente extraña, comenzó para mí esta larga y lenta deriva que, apartándome de la corriente principal, me esta conduciendo a playas para las que aun tengo que encontrar un nombre".

El pianista Arthur Rubinstein luchaba por definir lo que él llamaba «eso que está dentro de nosotros, una energía metafísica que emana de nuestro interior». Según decía, él mismo lo había sentido muchas veces en sus conciertos, esa energía tangible que llega a envolver al auditorio. «Es algo flotante, algo desconocido que no tiene por dónde desaparecer. »

En su discurso de aceptación del premio Nobel, el novelista Saul Bellow dijo: «La sensación de nuestros poderes reales, energías que parecen provenir del universo mismo, va y viene también... Nos resistimos a hablar de ello porque no podemos probar nada, porque el lenguaje nos resulta inadecuado, y porque hay poca gente a quien le guste arriesgarse a hablar de ello. Eso les obligaría a confesar "eso es espíritu", y eso es tabú.»

Las playas sin nombre, la energía, el espíritu: éste es el tema de este capítulo. Echaremos una ojeada a la experiencia espiritual de la América contemporánea, experiencia que tiene poco que ver con el tipo de religión que ha conocido nuestra cultura. Tiene también poco que ver con cultos y prácticas exóticos. El movimiento se está extendiendo calladamente por las bases, con manifestaciones específicas de *cada* momento y de *cada* lugar. La mayoría de sus seguidores permanecen en el incógnito para quienes quieren detectarlos ateniéndose a los símbolos convencionales de la religión.

De la religión a la espiritualidad

La tradición espiritual que está apareciendo no es nueva en la historia de los Estados Unidos, según afirma Robert Ellwood, becado para estudiar religiones orientales en la universidad del Sur de California. Más bien, es la revitalización de una corriente «que se remonta nada menos que hasta los trascendentalistas». Sus seguidores prefieren la experiencia directa, lo que Ellwood llama una «excursión» al mundo interior, cuya visión infunde todo de vida- a todo tipo de religión organizada.

A través de sus grandes despertares periódicos, los Estados Unidos han sido siempre un foco de atracción para místicos y predicadores. Mucho antes de que surgiera la revolución espiritual hoy visible, la corriente central del pensamiento norteamericano había sufrido la influencia de la mística oriental y occidental. Estas ideas eran el pan cotidiano de los trascendentalistas norteamericanos, tanto como para la «generación beat». No obstante, como señala Ellwood, toda esta importación no sucedía sin pasar por el filtro del psiquismo y la experiencia norteamericana. El Zen, la Teosofía, la doctrina de Swedenborg¹ o el Vedanta no son hoy en los Estados Unidos lo mismo que en Japón, en la Inglaterra del siglo dieciocho o en la India del siglo diecinueve. Sus seguidores norteamericanos pueden usar a veces símbolos orientales, pero la esencia de su vida espiritual se comprende mejor siguiendo el linaje norteamericano que representan Emerson, Thoreau, Whitman, los Shakers² y otros. «Zen doméstico» es la expresión que usa Rick Fields para describir el centro de meditación Zen situado en el corazón de Wilshire, el distrito comercial de Los Ángeles.

Needleman afirmaba que los occidentales se están apartando de las formas y signos exteriores del judaísmo y del cristianismo, «no porque hayan dejado de buscar una respuesta trascendental a las cuestiones fundamentales de la vida humana, sino precisamente por haber intensificado últimamente esa búsqueda más allá de toda medida»³. y están revisando las tradiciones orientales para ver qué es lo que pueden ofrecer «a nuestra sociedad amenazada y a nuestras religiones atormentadas». Si nos volvemos hacia el Este, es buscando completamos. Whitman lo llamaba «el viaje de vuelta de la mente... Un pasaje a algo más que a la India». Hesse hablaba de «la eterna aspiración del espíritu humano hacia el Este, hacia el hogar». El Este no representa tanto una cultura o una religión cuanto una metodología para alcanzar una visión liberadora, más amplia. En ese sentido, el «Este» ha estado siempre presente en las tradiciones místicas occidentales.

En enero de 1978, la revista *McCall's* publicó los resultados de una encuesta realizada con sesenta mil lectores, que demostraban un escepticismo abrumador con respecto a las religiones organizadas, incluso entre las personas practicantes. Otra encuesta, encargada por grupos católicos y protestantes y publicada en junio de 1978, revelaba lo que Gallup resumía como «una severa acusación frente a la religión organizada». El 86 por ciento de los no afiliados a ninguna iglesia y el 76 por ciento de los practicantes estaban de acuerdo en que las personas

deberían alcanzar sus convicciones fuera de la religión organizada. Alrededor de un 60 por ciento de los practicantes declaraba estar de acuerdo con la afirmación: «La mayoría de las iglesias han perdido el aspecto realmente espiritual de la religión».

La religión formal se ha visto sacudida hasta sus cimientos en Occidente a causa de las defecciones, la división de opiniones, las rebeldías, la pérdida de influencia y la disminución de apoyos económicos. A diferencia de las escuelas, las iglesias no son legalmente obligatorias y su organización no recibe directamente ningún tipo de ayuda impositiva; no pueden emitir bonos ni cobrar tributos territoriales. A menos que sepan encontrar algún nuevo papel que desempeñar en una sociedad en cambio acelerado, pueden seguir el camino de los ferrocarriles, pero sin Amtrack⁴.

En una conferencia sobre meditación celebrada en 1976, el teólogo católico Anthony Padovano señalaba:

"La reacción religiosa que ha tenido lugar en el mundo occidental, una revolución que nos ha sensibilizado más a las religiones orientales, supone haber comprendido que toda respuesta debe provenir del propio interior. La gran agitación que sufren hoy las religiones se debe a la demanda de interioridad por parte del espíritu. En Occidente no está muriendo la fe. Simplemente se está moviendo hacia el interior".

La iglesia católica, la más autoritaria de todas las instituciones religiosas, ha sufrido lo que el historiador John Tracy Ellis ha llamado «un estallido de su inmovilidad», trauma que resulta visible en la reciente diversidad de doctrinas y prácticas entre los católicos norteamericanos. Según Ellis, «ningún grupo tiene plena autoridad, ni es capaz de imponerse a los demás». La iglesia norteamericana se siente «sacudida e insegura en medio de unos tiempos de ansiedad e incertidumbre». Los laicos reclaman reformas, y se han lanzado a evangelizar y a participar en movimientos pentecostalistas y carismáticos; hacia 1979 se consideraba que un millón y medio de católicos norteamericanos se habían vuelto carismáticos, hablando en lenguas o enrolándose en prácticas de sanación. Durante los años setenta, el número de sacerdotes y monjas decreció espectacularmente, los teólogos divergían en sus opiniones de la autoridad papal, y los asistentes a las escuelas parroquiales disminuían en gran medida. Algo semejante ha ocurrido en casi todas las religiones organizadas, por todo el país.

Una asamblea de dirigentes espirituales leyó ante las Naciones Unidas en octubre de 1975 una declaración:

"... Las crisis de nuestro tiempo están desafiando a las religiones del mundo a que liberen una fuerza espiritual nueva, por encima de toda frontera religiosa, cultural y nacional, al encuentro de una nueva conciencia de la unidad de la comunidad humana, a fin de crear con ello una dinámica espiritual que pueda solucionar los problemas mundiales... Nosotros afirmamos la necesidad de una nueva espiritualidad despojada de toda insularidad y orientada a una conciencia planetaria".

Un número creciente de iglesias y sinagogas han comenzado a ensanchar su ámbito respectivo, a fin de incluir en él a comunidades de mutua ayuda orientadas al crecimiento personal, centros de salud holística, servicios de sanación, talleres de meditación, alteración de la conciencia por medio de la música, e incluso entrenamiento por biofeedback.

Los despertares culturales, como señalaba el historiador McLoughlin, vienen precedidos por una crisis espiritual, por un cambio en la manera cómo los seres humanos se ven a sí mismos en sus relaciones con los demás y con lo divino. En los «grandes despertares» se produce un desplazamiento de las religiones mediatizadas por una autoridad, a las que proporcionan una experiencia espiritual directa. Como era de esperar, algunos grupos religiosos consideran a la tradición espiritual que está surgiendo, como una temible amenaza para la tradición judeo-cristiana. La conservadora Coalición Cristiana de Berkeley, que patrocina el Proyecto relativo a las Espiritualidades Falsas, dedicaba en agosto de 1978 un número de su revista a tratar de esta amenaza:

"En este punto de la historia de la cultura occidental, afirmar que las metafísicas orientales y la Nueva Conciencia han conseguido un número significativo de seguidores en nuestra sociedad, es decir muy poco. No hace más de diez años, la asustadiza espiritualidad de los hippies, basada en las drogas, y el misticismo de los yogis occidentales se limitaban al campo de la contracultura. Hoy en día unos y otros han conseguido introducirse hasta el centro de nuestra corriente mental y cultural. Las ciencias, las profesiones en torno a la salud, y las artes, no digamos la psicología y la religión, están todas dedicándose a reconstruir desde sus cimientos todas sus premisas fundamentales".

La coalición echa la culpa de la ascensión de la espiritualidad de la Nueva Era a la timidez de la iglesia cristiana en Estados Unidos:

Por otra parte, las metafísicas orientales y la Nueva Conciencia derivan en parte su popularidad del hecho de estar desafiando frontalmente a los fundamentos opresivos de la mentalidad tecnocrática occidental. No han tenido miedo a echar la culpa a nuestra cultura racionalista, materialista y mercantil, por haber degradado la calidad de la vida humana... Los líderes de estos movimientos no han hecho más que ocupar el vacío dejado por el silencio profético de la iglesia. Se atreven a llamar plástico a lo que es plástico y veneno a lo que es veneno, en una sociedad cuya economía se basa en convencer a la gente de que ambas cosas son buenas para ellos. Además, sus seguidores... están trabajando duramente por desarrollar alternativas viables a la cultura mortífera que ellos condenan".

El Proyecto se mostraba preocupado por la creciente legitimación que el movimiento espiritual estaba encontrando ante los ojos de la medicina establecida, y por su habilidad para granjearse y asegurarse el apoyo de otros muchos grupos: psicología humanística, humanismo secular, misticismo oriental, autores como George Leonard, personalidades médicas relevantes como Jonas Salk. La Coalición Cristiana de Berkeley creía ver en todas partes el influjo de doctrinas no cristianas: el símbolo del yin y el yang que Salk portaba en la conferencia de San Diego, la actitud favorable a la meditación que había mostrado Ruth Carter Stapleton, o las referencias a la kábala y a los chakras hechas por médicos en sus exposiciones. La idea de un Dios interior les resultaba particularmente perturbadora: el punto de vista religioso que encarna el movimiento de salud holística, decía la Coalición, «es parte integrante de la visión mística del mundo que está tratando de introducirse por todas partes, de forma coordinada, en todos los aspectos de nuestra conciencia cultural... No se trata de un capricho pasajero, no va a cejar en su empeño, y es fundamentalmente hostil a la cristiandad bíblica».

Curiosamente, por ironía, toda religión organizada estuvo basada en un principio en la pretensión de una o varias personas de haber tenido una experiencia directa, una revelación, que luego pasa a los demás en forma de artículos de fe. Todos los que han buscado el conocimiento directo, los

místicos, siempre han sido tratados más o menos como herejes, tanto los místicos medievales en el seno del cristianismo, como los sufis dentro del Islam, o los kabalistas en el Judaísmo.

Hoy en día los herejes están ganando terreno, la doctrina está perdiendo su autoridad, y el conocimiento está sustituyendo a las creencias.

El conocimiento directo

«Los estados místicos», decía William James, «parecen ser estados de conocimiento, a los ojos de quienes los experimentan. Son incursiones a profundidades de la verdad no sondeadas por el intelecto discursivo.»

La primera definición que da el diccionario de la palabra mística es «comunidad directa con la última realidad». La segunda acepción es «vago, incomprensible». Hay aquí un problema central: ¡La comunicación directa con la realidad última es vaga e incomprensible para todos aquellos que no la han experimentado!

La palabra *mística* deriva del griego *mystos*, «el que guarda silencio». La experiencia mística revela fenómenos que son por lo general silenciosos e inexplicables. Esta expansión de la conciencia, ese saber total, trasciende nuestra capacidad limitada de descripción. La sensación, la percepción y la intuición parecen fundirse a fin de crear algo distinto de todas ellas.

Este saber total ha sido denominado Pensamiento Operacional Unitario por el psicólogo canadiense Herbert Koplowitz, y designa un estadio que está dos escalones más arriba que el nivel de desarrollo cognitivo más avanzado según la teoría de Piaget. Los estadios de Piaget, sensorio-motor, pensamiento preoperacional, pensamiento operacional concreto, y pensamiento operacional formal, extienden el espectro del desarrollo mental humano desde el mundo difuso del niño hasta el pensamiento simbólico y abstracto de un joven adulto intelectualmente activo.

Pero por encima del pensamiento cognitivo ordinario, Koplowitz postula un quinto estadio, el Pensamiento Sistémico, en el que el individuo comprende que a menudo existen causas simultáneas que no pueden separarse. La ciencia convencional presupone que la causa y el efecto *pueden* separarse con toda claridad, por lo que no alcanza el nivel del pensamiento sistémico.

En el sexto estadio, el del Pensamiento Operacional Unitario, descubrimos nuestro propio acondicionamiento, comprendiendo que la manera cómo percibimos el mundo externo es sólo una de las muchas

formas posibles. «Los opuestos, que siempre se concebían como separados y distintos, se ven como interdependientes. La causalidad, concebida siempre como lineal, es percibida como coextensa al universo entero, conectando unos con otros todos los acontecimientos que en él ocurren.» No hay ningún dualismo, no hay separación entre mente y cuerpo, o entre uno mismo y los demás.

Al haber alcanzado un estadio cognitivo que autoriza una comprensión más coherente, el Pensador Unitario es, comparado con el adulto Operacional Formal, lo que un adulto es a un niño. «Así como el misticismo no rechaza a la ciencia sino que la trasciende», dice Koplowitz, «tampoco la ciencia supone un rechazo del misticismo, antes es su precursor.» El pensamiento unitario es holístico. Desborda completamente el ámbito en que se mueven las palancas de nuestra racionalidad, por lo cual sólo puede ser comunicado por medio de paradojas, por medio de la meditación o a través de la *experiencia*. Según Koplowitz, «Algunas tradiciones místicas, como la del Zen, pueden ofrecer los cuerpos de Pensamiento Operacional Unitario más perfectamente desarrollados que quepa imaginar».

Para experimentar el campo del Conocimiento Unitario, debemos abandonar primero nuestra antigua y limitada manera de percibir. Tal como lo expresa el psicólogo Ron Browning: «Para captar lo que está más allá de un sistema, es preciso trascender el sistema. Es preciso salir de lo "lineal" a lo "cuadrado", de la linealidad al plano, y remontarse o expandirse luego hasta alcanzar la tridimensionalidad espacio-temporal, y luego el espacio cuatridimensional... Los cambios aquí suceden a un nivel cercano a la naturaleza pura del cambio». A modo de metáfora, Browning nos sugiere imaginar un sistema que llamaremos «dormido». Y al campo que está más allá de ese sistema, lo llamamos «despierto». «Dentro del sistema "dormido" podemos tener un signo para representar al "despierto", incluso podemos tener la palabra despierto, o símbolos e imágenes de lo mismo: todo, salvo el *estar* realmente despierto. Podemos soñar que nos despertamos, pero dentro de ese sistema no podemos despertar en realidad.» El conocimiento directo nos saca del sistema. Es el despertar. A su luz, apreciamos el contexto que generaba nuestra realidad de orden inferior. La nueva perspectiva transforma nuestra experiencia al cambiar nuestra forma de ver.

Para Jung, por ejemplo, la perspectiva transpersonal, lo que él llamaba «la subida del nivel de conciencia», capacitaba a algunas personas para superar problemas que a otros les habrían destruido. «En su horizonte

despuntaba de pronto un interés más amplio o más elevado», y esa ampliación de su visión hacía que el problema insoluble perdiera toda su urgencia. No es que recibiera una solución lógica, adecuada a su planteamiento, sino que simplemente, en contraste con una nueva tendencia vital más fuerte, se desvanecía. No se reprimía el problema ni se le confinaba al inconsciente, sino que simplemente aparecía bajo una luz diferente.»

La psicología transpersonal, que se nutre de las diversas disciplinas espirituales existentes en el mundo, no pretende reducir los sufrimientos a unas dimensiones «normales»; lo que pretende es trascender el sufrimiento. «Entrar en contacto con los propios sentimientos» tiene escaso valor si esos oscuros sentimientos no han sido transformados previamente. La rabia, el miedo, la desesperación, el resentimiento, los celos, la ansiedad. : las psicologías fundadas en el conocimiento directo son capaces de cambiar, y no sólo de identificar, todos estos sentimientos.

Uno de los conspiradores de Acuario describía en su respuesta al cuestionario su propio cambio desde el saber intelectual al conocimiento directo:

"Uno de los momentos decisivos de mi vida sucedió una mañana al despertarme de un sueño, que yo interpreté de una forma muy descorazonadora, hasta el punto de pensar seriamente en suicidarme... Mientras más pensaba en ello, más bajo me sentía caer, hasta que finalmente algo *se encajó* en alguna parte de alguna manera. No estoy seguro de poder explicarlo de otra forma. Todo lo que yo mismo había escrito sobre esto cuatro años antes desde un nivel conceptual intelectual, de hemisferio izquierdo, era ahora real en el ámbito de experiencia. Me di cuenta de que, tal como yo y otros habíamos escrito, mis posibilidades estaban limitadas solamente por mí mismo y por mi propia percepción de la realidad.

Esto fue a grandes rasgos una experiencia enormemente decisiva en orden a una mayor conciencia y libertad. Es como si hubiera tenido que atravesar la noche para llegar al amanecer.

El neurocirujano Karl Pribram ha intentado describir un cambio perceptual aún mayor:

"No es que el mundo de las apariencias sea falso; no es que no existan objetos ahí fuera, a un nivel de la realidad.

Es que si penetramos a través de él y contemplamos el universo con un sistema holográfico, llegamos a un nivel diferente de realidad, capaz de explicarnos cosas que hasta ahora permanecían científicamente inexplicables: fenómenos paranormales... sincronicidades, la coincidencia aparentemente significativa de acontecimientos distantes".

Para Pribram, la teoría holográfica, tal como considera a la conciencia, está más cerca del pensamiento oriental y místico que de nuestra percepción ordinaria. «Va a tener que pasar algún tiempo antes de que la gente llegue a encontrarse cómoda con la idea de que existe un orden de realidad distinto del mundo de las apariencias. » Pero los descubrimientos científicos han empezado a encontrarles sentido a las experiencias místicas que desde hace milenios han descrito algunas personas. Esos descubrimientos apuntan la posibilidad de participar de ese orden de realidad situado *detrás* del mundo de apariencias. Quizá los místicos han atinado con el mecanismo que les abre la entrada al orden implicado: «Tengo la profunda intuición de que a esos otros dominios tenemos acceso a través de la atención... , que el cerebro puede despojarse de alguna manera de sus limitaciones ordinarias y acceder al orden implicado». Semejante cambio, añade, podría venir mediatizado por la conexión del lóbulo frontal con la región límbica, más antigua, y enlace entre el córtex y las estructuras profundas del cerebro. Esta región es uno de los principales reguladores de la atención. «Quizá podamos finalmente descubrir las reglas que nos permitan "sintonizarnos" y saltar a los dominios que trascienden el tiempo y el espacio. »

El físico Fritjof Capra evoca su propia experiencia, en la que dejando meramente de creer en un universo dinámico, fundado en sus conocimientos intelectuales, *supo* que era así. Cuenta que estando una tarde, a fines de verano, sentado junto al mar, contemplando las olas y sintiendo el ritmo de su respiración, de pronto sintió todo lo que le rodeaba como una gigantesca danza cósmica, no como un concepto tomado de la física, sino como una experiencia viva e inmediata.

"... vi cascadas de energía bajando del espacio exterior, en las que las partículas eran creadas y destruidas con un pulso rítmico; *vi* los átomos de los elementos y los de mi cuerpo participando de esta danza cósmica de energía; sentí su ritmo y *oí* su sonido, y en ese momento *supe* que ésta era la danza de Shiva..."

Las disciplinas espirituales están concebidas para sintonizar el cerebro con ese reino más vasto. De ordinario, el cerebro está desenfocado y funciona de manera desincronizada. Y está además muy ocupado en filtrar una enorme cantidad de información que no es necesaria para la supervivencia; de lo contrario, nos sentiríamos continuamente bombardeados por la percepción de campos eléctricos, cambios ligeros de temperatura, radiaciones cósmicas y procesos internos fisiológicos. Sin embargo, alterando la química del cerebro, podemos acceder a unos dominios sensoriales más extensos y a la dimensión mística. La meditación, los ejercicios de respiración y el ayuno son algunas de las técnicas más comunes para conseguir un cambio en el funcionamiento del cerebro⁵.

Para mucha gente en las diversas culturas, las drogas psicodélicas han supuesto una vía inicial, sino ya tanto un sendero, hacia la transformación total. Aldous Huxley, que no se hacía ilusiones sobre las drogas en cuanto vías permanentes de iluminación, afirmaba que una experiencia de auto-trascendencia, incluso meramente *temporal*, sería suficiente para sacudir a toda la sociedad hasta las raíces de su racionalidad. «Aunque estas nuevas formas de alterar la mente pueden causar al principio cierta perplejidad, a la larga tenderán a profundizar la vida espiritual de las comunidades. .

Huxley pensaba que la renovación religiosa predicha en los Estados Unidos desde tiempo atrás arrancararía de las drogas, y no de los predicadores. «La religión, de ser una actividad preocupada ante todo por los símbolos, pasará a interesarse principalmente por la experiencia y la intuición, se convertirá en un misticismo cotidiano. » El mismo decía haberse sentido como electrificado el día que, bajo el influjo de la mescalina, tuvo una plena comprensión del sentido radical de la expresión *Dios es amor*. Uno de los conspiradores de Acuario contaba: «Tras muchos años de perseguir la "realidad" intelectualmente, con mi cerebro izquierdo, al final supe de las realidades alternativas por medio del LSD, y de pronto todas las biblias cogieron sentido». Otros cuentan su impresión de haber experimentado la naturaleza de la materia, o la unidad de todas las cosas, o haber sentido la vida como un juego maravilloso o como un cuento que nos contamos unos a otros. Otro relataba su experiencia del «tiempo presente dinámico: que el mundo es flujo e incertidumbre, y no algo estático, como piensa nuestra cultura».

El psiquiatra Stanislav Grof, que ha dirigido más de tres mil sesiones de LSD y ha tenido acceso a mil ochocientas grabaciones de sesiones similares dirigidas por colegas suyos, considera que los psicodélicos son

catalizadores o *amplificadores* de los procesos mentales. No hay un solo elemento en las experiencias con LSD que no se pueda encontrar fuera de la droga. Según Grof, parece que los psicodélicos facilitan el acceso al campo holográfico que describen Pribram y David Bohm⁶. La persona puede experimentarse a sí misma como un campo de conciencia más que como una entidad aislada. El pasado, el presente y el futuro se yuxtaponen. El espacio en cuanto tal parece tener múltiples dimensiones y carecer de límites. La materia deja de percibirse como algo tangible y se desintegra en patrones de energía. Los sujetos aseguran haber experimentado directamente el microcosmos y el macrocosmos, las moléculas vibrando o el girar de las galaxias, haber visto arquetipos y deidades, haber vuelto a vivir experiencias tempranas de su vida, incluso lo que parecía ser su propio nacimiento o su vida intrauterina. «En experiencias de conciencia de la Mente Universal y del Vacío, con LSD, los sujetos... encuentran que las mismas categorías de tiempo, espacio, materia, y todas las leyes físicas son puramente arbitrarias, privadas en último término de sentido.» La visión cartesiano-newtoniana del mundo resulta filosóficamente insostenible. Se convierte en algo simplista y arbitrario, útil a los efectos prácticos de la vida cotidiana, pero «inadecuada para los fines de especulación y comprensión filosóficas... El universo es (ahora) visto como un juego divino y una red infinita de aventuras de la conciencia».

Caso de poder demostrar que los sujetos que se encuentran en estados no habituales de conciencia tienen acceso a una información precisa sobre el universo, si es verdad que lo experimentan según lo retrata la física cuántica-relativista, «podríamos tener que abandonar el término peyorativo "estados alterados de conciencia"». Al menos algunos de estos estados podrían ser considerados como fuentes válidas de información acerca de la naturaleza del universo y de las dimensiones de la mente humana.

Según Grof, «el conflicto fundamental ya no se da entre ciencia y misticismo». Más bien se da entre el nuevo paradigma y un paradigma de «coalición»: el formado por la unión del viejo modelo científico mecanicista y la conciencia «pedestre» u ordinaria. Dicho de otra forma, el problema no es tanto que haya datos contradictorios, cuanto que haya estados contradictorios de conciencia. Conflicto que Grof piensa que se resuelve con la visión holográfica.

La aventura espiritual

En su relato de un aprendizaje sufí, Reshald Feild cuenta:

"De pronto comprendí hasta qué punto es absolutamente necesario buscar, plantear la pregunta; en vez de empujar la respuesta cada vez más lejos por el simple hecho de correr tras ella, es preciso preguntar y escuchar al mismo tiempo... En ese momento supe que estaba siendo oído, y que yo me disolvía y me convertía en alimento del gran proceso transformador que está sucediendo en el universo... A la vez que moría, estaba naciendo..."

Hamid decía: «El alma es una sustancia cognoscente».

En Occidente se supone que las cuestiones religiosas se resuelven por medio de la fe, pero en las tradiciones del conocimiento directo el maestro hace aflorar las preguntas e incluso las dudas. Esta espiritualidad demanda de sus candidatos que abandonen toda creencia, no que añadan a las suyas otras nuevas.

Toda suerte de peligros aguarda al aventurero del espíritu. Ya hemos hablado de algunos de ellos en el capítulo anterior: conductas regresivas, experiencias inquietantes, fanatismos, el abandono pasivo a un maestro indigno, el cambio pendular. Pero las mismas disciplinas previenen de otros peligros más sutiles. «El Camino en este mundo es como el filo de una navaja», dice un maestro hasídico, y en el Katha Upanishad encontramos la famosa advertencia: «El sendero es estrecho... agudo como el filo de una navaja, sumamente difícil de recorrer».

Mientras que desde fuera la pérdida transitoria del equilibrio interno del buscador espiritual puede ser considerada como alarmante, puede que para el maestro sea un paso indispensable. El mayor peligro, a los ojos del maestro, reside en que el discípulo pueda sentirse seguro de sus respuestas y se quede ahí, sin llegar nunca a alcanzar la auténtica incertidumbre.

Respondiendo al cuestionario de la Conspiración de Acuario, que les pedía, entre otras cosas, expresar algunas ideas que hubiesen abandonado a consecuencia de su propio proceso transformador, varios decían: «el cristianismo convencional», o «los dogmas religiosos»; y un número aproximadamente igual respondió: «el ateísmo», «el agnosticismo».

Se diría que el Centro Radical obtiene conocimiento de su propia experiencia espiritual, sin necesidad de doctrinas.

Un buscador espiritual contemporáneo describía así su propia experiencia:

"Muchas veces había sentido que realmente comprendía lo que estaba pasando. Luego, varios años mas tarde, tuve que reconocer que había sido una estupidez por mi parte... Mirado desde mi nueva posición más ventajosa, resultaba perfectamente claro que no había entendido una palabra. Supongo que esto es bastante universal.

....Cada vez que se ensancha nuestro conocimiento cada vez que adquirimos otros nuevos vemos las cosas desde una perspectiva diferente. No es que lo de antes fuera realmente falso, sino que ahora se lo ve de una forma completamente diferente, bajo una luz distinta... Esa es la esencia de la transformación, llegar a esa parte de nosotros que sabe, que no se siente amenazada ni lucha contra la metamorfosis..."

Maestros y técnicas deben ser considerados conjuntamente en las disciplinas espirituales, pues el maestro no imparte conocimientos, sino técnicas. En eso consiste la «transmisión» del conocimiento por experiencia directa. La doctrina, por el contrario, es un conocimiento de segunda mano, es un peligro. «Manténte por encima, pasa de largo y sé libre», tal es el consejo de Rinzai, el mismo sabio que aconsejaba, a todo aquel que busca, matar a los patriarcas o al mismo Buda, caso de tropezarse con ellos. «No te enredes en ninguna enseñanza». Se supone que son los discípulos quienes encuentran al maestro, y no viceversa. La autoridad del maestro descansa en su propia liberación personal. Uno no sigue a los individuos sino a sus cualidades.

El sendero que conduce al conocimiento directo aparece bellamente ilustrado en una serie de pinturas de la China del siglo XII, que se conocen como los diez cuadros del cuidado del buey. El buey representa a la «naturaleza última». Al principio (*La búsqueda del buey*), el individuo comienza a buscar algo que sólo entrevé vagamente. Luego (*El hallazgo de huellas*), por las huellas de su propia conciencia, adquiere la primera evidencia de que hay realmente un buey. Después de un tiempo (Primer atisbo), tiene su primera experiencia directa: ahora ya sabe que el buey está en todas partes. A continuación (*La caza del buey*), emprende una serie de prácticas espirituales avanzadas para poder enfrentarse a la fuerza salvaje del buey. Gradualmente (*La doma del buey*) va alcanzando una relación más sutil e íntima con la naturaleza última. En esta fase, el buscador desaprende muchas de las distinciones que le resultaban útiles en las etapas anteriores. «Ahora el buey es un compañero libre, no un instrumento para arar el campo de la iluminación», escribe Lex Hiron, un maestro de meditación, en el sabroso comentario que hace de los cuadros. En la etapa

de la iluminación (La vuelta a casa montado en el buey), el antiguo discípulo, sabio ya, entiende que no había necesidad de ninguna disciplina; la iluminación habla estado siempre al alcance de la mano. Después de eso (Solo consigo mismo tras olvidar al buey, y Olvidado del buey y de sí mismo), se acerca aún más a la conciencia pura, y descubre que no existe ningún sabio iluminador. No existe la iluminación. No existe la santidad, porque todo es santo. Lo profano es sagrado. Todo el mundo es un sabio en potencia, a la espera de que suceda. En la penúltima fase (La vuelta a la fuente), el sabio, buscador se funde con los dominios que engendran el mundo de apariencias. Surge un escenario de montañas, pinos, nubes y olas. «Ese crecer y menguar de la vida no es ninguna ilusión, sino una manifestación de la fuente», reza el letrero que hay debajo. Pero hay aún una etapa tras este idilio. En cuadro final (Entrada en la plaza del mercado dispuesto a ayudar) evoca la compasión y la acción humanas. Vemos ahora al buscador como un alegre campesino que va de pueblo en pueblo. «La puerta de su cabaña está cerrada, y ni aun el más sabio es capaz de encontrarla.» Se ha zambullido tan hondo en la experiencia humana que no cabe encontrar sus huellas. Sabiendo ahora que todos los sabios son uno, ya no sigue a los grandes maestros. Al contemplar la intrínseca naturaleza del Buda en todos los seres humanos, incluso en los taberneros y en los pescadores, conduce a todos a su perfecto florecimiento.

Estas ideas forman parte de todas las tradiciones fundadas en el conocimiento directo: el atisbo de la verdadera naturaleza de la realidad, los peligros de las experiencias precoces, la necesidad de adiestrar la atención, la eventual disociación respecto del ego o del yo individual, la iluminación, el descubrimiento de que siempre había estado ahí la luz, la conexión con la fuente que genera el mundo de las apariencias, y la reunión con todo lo viviente.

Buda comparaba los métodos para alcanzar la liberación con una balsa que nos conduce a la playa allá a lo lejos. Una vez en la orilla opuesta, ya no hay necesidad de métodos. De modo semejante, el maestro es comparado con un dedo que apunta a la luna. Una vez que hemos visto la luna, una vez que hemos comprendido el *proceso*, no tiene sentido seguir mirando al dedo. Lo mismo que necesitamos hacernos ricos antes de poder descubrir que no necesitábamos hacernos ricos, las técnicas que aprendemos nos enseñan que no teníamos necesidad de ellas. Lo sagrado nos devuelve a lo profano, pero ya nunca lo veremos como profano.

No necesitamos calmar nuestras pasiones, decía Blake, sino solamente «cultivar nuestra comprensión... Todo lo que vive es santo».

Flujo y totalidad

Hay dos principios claves que parecen surgir en toda experiencia mística. Podríamos llamarlos «flujo» y «totalidad». El antiguo maestro tibetano Tilopa se refería a ellos llamándolos «el principio de no permanencia» y «el principio de no distinción», y recomendaba no dañarlos en modo alguno. Nuestra cultura ha ido realmente en contra de estos principios. Tratamos de congelar lo no permanente, intentamos apresar lo que sólo puede existir en movimiento, en libertad, en relación. Y traicionamos también a la totalidad, a la no distinción, desmenuzando todo lo que cae bajo nuestros ojos, de modo que dejamos de captar la conexión que subyace entre todas las cosas en el universo.

En la experiencia mística se tiene la sensación de que «así es como son las cosas». No como deseamos que sean, no tal como nos las revela el análisis que de ellas hacemos, no como nos enseñaron que eran, sino la *naturaleza* de las cosas, el Camino.

Flujo y totalidad se consideran como auténticos principios, no sólo por lo que respecta al trabajo, a la salud o al crecimiento psicológico, sino con respecto a la vida entera. El creador de una especie de aikido para lidiar con los conflictos subrayaba el modo cómo la técnica de fluir con el contrario produce un cambio gradual en quien la practica. «Al principio puede que sea sutil, pero hasta la gente de espíritu más mezquino comienza a aflojar su actitud agresiva, pierde toda cólera, y vuelve a conectar con la fuerza de la vida.»

Estas experiencias místicas, más que solamente un reflejo de la totalidad fluyente inherente a todo sistema vivo (como muestra la teoría de las estructuras disipativas), lo son también del flujo o emanación de nuestro mundo desde otra dimensión, y también de la tendencia del universo a la creación de totalidades siempre más complejas. Este conocimiento hace que en la vida cotidiana el marco del tiempo se desplace de lo temporal a lo eterno; aceptamos la no permanencia de las cosas, y dejamos de luchar por mantener las cosas tal como eran, siendo así que deben cambiar. Experimentamos con más ecuanimidad los golpes y las bendiciones que nos depara la vida.

La inutilidad de nuestro esfuerzo por mantener el control nos impide gozar del flujo que de otra forma recorrería nuestras vidas. Cuando consigamos dejar el propio camino, seremos capaces de llegar a ser nosotros mismos. «Yo dispongo los ríos libres para toda la humanidad»,

dice la más antigua de las escrituras místicas, el *Rig Veda*. «El mundo es un dado dando vueltas», dice un antiguo pasaje hasídico, «... y todo da vueltas, gira y cambia, pues en su raíz todas las cosas son uno, y la salvación está en el cambio y en el retornar de las cosas».

Del mismo modo que para nadar es preciso confiar en el agua que agitamos, así también podemos relajarnos en ese flujo, dejarnos dar vueltas con el dado que gira. En los monasterios Zen, a los novicios se les da el nombre de *unsui*, agua de nube. Se les incita a que se muevan con libertad, a que adopten una u otra forma de manera espontánea, a que se abran paso en medio de los obstáculos. En las tradiciones antiguas, se describe a la misma conciencia como una ola que surge de la fuente, algo muy parecido a las pautas de interferencia que postula la teoría holográfica descrita en el capítulo 6.

El segundo principio, de *totalidad* o no-distinción, representa conexión que existe entre todas las cosas, el contexto. Así como la ciencia demuestra la existencia de una red de relaciones subyacente a todo cuanto existe en el universo, una parpadeante red que conecta todos los acontecimientos, así también la experiencia mística de la totalidad trasciende y abarca toda separación. «En el espacio libre no existe la derecha ni la izquierda», dice un maestro hasídico. «Todas las almas son una. Cada una es una chispa del alma original, y ésta es inherente a todas las almas.» El budismo sostiene que todos los seres humanos son Budas, pero no todos han despertado a su verdadera naturaleza. *Yoga* significa, literalmente, «unión». La plena iluminación es un voto de salvar «a todos los seres capaces de sentir». Esta totalidad abarca el propio yo, a los otros, a las ideas.

El amor se siente como un estado de conciencia dinámico, no como una emoción. Mientras que el miedo es encogido y caótico, el amor es amplio y coherente ~n flujo creativo, una armonía, una aceptación de la fragilidad humana nacida de un profundo auto-conocimiento. Es un poder sin defensas, es comunicación, es un borrarse los límites, es llegar al final. El yo queda unido a un gran Sí mismo: *tat tvam assi*, «Tú eres Eso». Y como ese Sí mismo es total, el yo se une en Él a todos los demás, como expresa en su visión mística William Blake:

*¡Despierta! ¡Despierta, oh durmiente del país de las sombras!,
¡Despierta! ¡Expáñdele!
Yo estoy en tí y tú estás en mí, en mutuo amor.....
Fibras de amor que van de un hombre a otro...*

¡Mira!, somos Uno.

O, como figura en el anagrama personal de un místico contemporáneo, IMU URI (Somos Uno).

Esta totalidad une a los contrarios. En todas las tradiciones místicas se describe al Centro Radical: la curación de la separación que existe entre hombre y hombre y entre el hombre y la naturaleza. Nicolás de Cusa lo llamaba *coincidentia oppositorum*, la unión de los opuestos. En los escritos hasídicos es «la unión de cualidades, de los pares que se oponen el uno al otro, como dos colores... pero que vistos con el verdadero ojo interior forman una simple unidad». En el budismo, es *madhya*, la vía media trascendente. Los indios kogi de Colombia hablan también del Sendero de las Almas que asciende y desciende a la vez, de la unión de las polaridades, del sol negro. En estas tradiciones espirituales, el bien y el mal no existen. Solamente hay luz o ausencia de luz... totalidad y ruptura... flujo y lucha.

Un joven terapeuta decía:

"Me viene una imagen: una playa en el océano. Un saliente de roca, robusto y estrecho, se adentra en el mar y, cuando limito suficientemente mi campo de visión, me parece dividir el agua en dos masas distintas y separadas. la acción de las olas, rompiendo a uno y otro lado, produce el efecto de que ambas estuviesen siempre tendiendo la una hacia la otra, esforzándose por sobrepasar con cada golpe la muralla de roca que impide su unión... cuando en realidad, simplemente con dar un paso atrás y mirar mejor, con una perspectiva que permita abarcarlo todo, con una conciencia expandida, puedo ver que la separación es solamente una ilusión que ambas olas son y siempre han formado parte del mismo océano, separadas sólo por la percepción por mi elegida y por mi idea de tender a la unidad..

Me doy cuenta de que yo estoy ya entero, de que no hay nada que superar en esos momentos de vaciamiento, de dejarse ir, de estar completamente en contacto con otro; sé que soy todo lo que puedo ser".

Está entero, «en su sitio», despierto a lo que Huxley llamaba la «Perfección» del mundo, a lo que Milton Mayerhoff describía como conocimiento de que «la vida basta», a la intuición creativa que según Rollo May consiste en entender que «ésta es la forma como todo debe ser». Estar en casa no es un lugar, sino una experiencia. El secreto confesado de las

disciplinas espirituales es alcanzar la totalidad, llegar a ser uno mismo, volver a casa. «El camino que lleva a casa», dice Colín Wilson en el estudio que hace de varios místicos y artistas, «es el camino que va hacia adelante para hundirse más profundamente en la vida». La Conspiración de Acuario está, por definición, en el mundo, como los «yoguis ocultos de los que hablaba Sri Ramakrishna.

Curiosamente, en esa totalidad podemos adquirir espontáneamente virtudes que en otro tiempo hemos intentado hallar en vano a través de principios morales. Resulta más fácil dar, actuar de forma compasiva.

El Dios interior: la antigua herejía

En la nueva tradición espiritual, Dios no es el personaje de nuestros tiempos de colegio, sino algo que se aproxima a la dimensión que describe William James:

"Los límites extremos de nuestro ser se hunden, me parece a mí, en una dimensión de la conciencia absolutamente distinta del mundo sensible y meramente «comprensible»... Pertenece a esa dimensión en un sentido más íntimo que en el que pertenecemos al mundo visible, pues en el más íntimo sentido pertenecemos a aquello a que pertenecen nuestros ideales...

A esa parte más elevada del universo, voy a llamarle Dios".

A Dios se le experimenta como flujo, como totalidad, como infinito caleidoscopio de la vida y de la muerte, como Última Causa, fundamento del ser, lo que Alan Watts llamaba «el silencio del que nace todo sonido». Dios es la conciencia que se manifiesta como *lila*, el juego del universo. Dios es la matriz organizadora, que podemos experimentar pero no expresar, lo que da vida a la materia.

En la novela corta de J. D. Salinger, *Teddy*, un adolescente espiritualmente precoz recuerda la experiencia de inmanencia de Dios, que tuvo mientras contemplaba a su hermanita bebiéndose un vaso de leche. «... De pronto vi que ella era Dios y que la *leche* era Dios. Quiero decir, ella no estaba haciendo otra cosa que verter a Dios en Dios... »

Una vez que has alcanzado la esencia de la experiencia religiosa, ¿para qué necesitas de las formas?, preguntaba Meister Eckhart. «Nadie puede conocer a Dios si no se conoce antes a sí mismo», decía a sus seguidores en la Edad Media. «Adéntrate en las profundidades del alma, en el lugar

secreto... hasta las raíces, hasta las alturas; pues todo lo que Dios puede hacer se concentra allí. »

El teólogo británico John Robinson habla de un «universo irisado, en el que espíritu y materia, lo interior y lo exterior, lo divino y lo humano, destellan como aspectos de una realidad que no puede separarse ni dividirse». Para Alfred North Whitehead, cuyo influjo ha crecido como una marea en los últimos años, Dios es «la imagen en espejo de la estructura del mundo (material). El mundo es incompleto; por su misma naturaleza, requiere una entidad situada en la base de todo, que la complete. Esta entidad es Dios, la naturaleza primordial».

Buckminster Fuller trataba de plasmar la sensación de Dios como proceso:

*Pues Dios, a mí, me parece
ser un verbo,
no un nombre,
propio o común;
es la articulación,
no el arte...
es amar,
no amor en abstracto...
Sí, Dios es un verbo,
el más activo de todos, que connota
la vasta reordenación armónica del universo
a partir del caos de energías desencadenadas.*

No es preciso postular ningún objetivo para esta Última Causa, ni preguntarnos quién o qué fue lo que causó ese gran Big Bang, o lo que fuera, que dio origen al universo visible. No hay más que la experiencia. Para Kazantzakis, Dios era la suma total de conciencia existente en el universo, que se expande a través de la evolución humana. En la experiencia mística se siente la experiencia de un amor, una compasión y una energía universales. Las personas que han revivido después de haber estado clínicamente muertas describen a veces haberse sentido descender por un túnel oscuro en dirección a una luz singular, no terrena, en su fondo, que parecía irradiar amor y comprensión. Es como si la luz misma fuese una manifestación de la mente universal.

Las experiencias místicas casi siempre llevan a la convicción de que la conciencia es en algún aspecto, imperecedera. Una metáfora budista define

la conciencia individual como una llama que arde durante la noche. No es todo el tiempo la misma llama, pero tampoco es otra llama. Muchos de los que contestaron el cuestionario de la Conspiración de Acuario comentaban que sus experimentos les habían obligado a abandonar su previo convencimiento de que la muerte corporal ponía fin a la conciencia. A pesar de su falta de vinculación formal a cualquier religión, un 53 por ciento afirmaron creer firmemente en esa supervivencia, y otro 23 por ciento aseguró estar «bastante seguros» de ello: un 75 por ciento en total. Solamente un 5 por ciento se mostró escéptico, y un 3 por ciento totalmente incrédulo. Quienes más firmemente creían eran quienes le habían visto las orejas a la muerte. Esta fe aparecía fuertemente correlacionada con la vivencia de experiencias cumbre y con la práctica de disciplinas espirituales. Una actriz famosa atribuía el interés que toda su vida había sentido por lo espiritual al hecho de haber estado a punto de ahogarse cuando tenía tres años:

«La euforia, la música y el color que sentí iban más allá de todo cuanto se conoce en el estado físico natural».

Aunque en el relato que hizo en 1927 de su famoso vuelo no lo mencionaba, Charles Lindberg describió más tarde en *The spirit of St. Louis* (1953) una experiencia de descorporeización, de trascendencia del espacio y del tiempo, de pérdida del miedo a la muerte, y una sensación de saberlo todo y de poder recordar otras vidas, junto con un cambio duradero en sus propios valores. Lindberg escribe que cuando llevaba dieciocho horas de vuelo, se sintió como «una conciencia desplegada a través del espacio, por encima de la tierra en dirección al cielo, desligada del tiempo y de toda sustancia. . .» Detrás de él, el fuselaje se llenaba de presencias fantasmales, «formas vagamente contorneadas, transparentes, movedizas, que volaban conmigo, sin peso, en el mismo aeroplano». Él las podía «ver» detrás de sí, «como si mi cráneo fuese un gran ojo». Conversaban con él, le daban consejos sobre problemas de la navegación, «transmitiéndome mensajes de importancia, inalcanzables en la vida cotidiana».

Su cuerpo no tenía peso, y el aparato había perdido su solidez. Se sentía más afín a los espíritus, «en la frontera entre la vida y otro reino mayor situado más allá, como cogido en el campo de gravitación entre dos planetas... ». Se sentía como sometido a la acción de fuerzas demasiado débiles para poderlas medir con los medios ordinarios, «pero que sin embargo representaban una energía incomparablemente más fuerte que cuantas he conocido». Esas presencias no le parecían intrusas ni extrañas, eran más bien como una reunión de familiares y amigos que hace tiempo

que no se han visto, como si las hubiera conocido en alguna encarnación pasada.

«La muerte ya no es el punto final que solía ser, sino más bien la entrada a una existencia nueva y libre», escribía. Todos los valores de sus veinticinco años, incluyendo la importancia acordada a su vuelo, largamente soñado sufrieron una aguda transformación. Cincuenta años más tarde, cuando Lindberg yacía en su lecho de muerte en su casa de Hawai, su mujer le pidió que compartiera con ella la experiencia de afrontar la muerte. ¿Cómo era eso de enfrentarse a la muerte? «No hay nada con qué enfrentarse», dijo.

La visión: la luz y la llegada de la luz

Las experiencias místicas contemporáneas de muchas personas en diversas partes del mundo se han centrado en los últimos años en una visión colectiva que crece en intensidad: la sensación de una transición inminente en la historia humana, una evolución de la conciencia tan significativa como cualquier otro paso en la larga cadena de nuestra evolución biológica. Esta visión consensual, por encima de sus variaciones, contempla esa transformación de la conciencia como el momento predicho en las antiguas profecías de todas las tradiciones fundadas en el conocimiento directo: la muerte de un mundo y el nacimiento de otro mundo nuevo, apocalipsis, el período del «fin de los días» de la Kábala, el despertar de un número cada vez mayor de seres humanos a su propio potencial divino. «La semilla de Dios está en nosotros», decía Meister Eckhart. «La semilla de la pera crece en los perales, la semilla de la nuez en los nogales, y la semilla de Dios en Dios.»

La visión es siempre de una evolución hacia la luz. En la experiencia espiritual, la luz es la metáfora más antigua y universal. Hablamos de iluminación, la ciudad de la luz, la Luz del Mundo, los hijos de la luz, la «experiencia de la luz blanca». «Luz... luz», escribía T. S. Elliot, «recuerdo visible de la luz invisible». Honorato de Balzac pensaba que la humanidad se encontraba en vísperas de una gran lucha; las fuerzas están ahí, insistía: «Siento en mí mismo una vida tan luminosa que podría iluminar un mundo entero, y sin embargo estoy encerrado en una especie de mineral». Arthur Young, inventor del helicóptero Bell, ofrece en su obra *The reflexive Universe*, en términos especulativos, una idea tan antigua como Platón y los mitos: Nosotros representamos una «caída» de la luz a la materia, y la ascensión hacia la luz ha comenzado de nuevo.

Lawrence Ferlinghetti ha escrito un poema sobre la «paradoja de Olbers», astrónomo erudito que observó que había relativamente pocas estrellas en las cercanías, y que, en cambio, mientras más lejos observaba, más estrellas encontraba.

*De manera que de esto podemos deducir
que en las distancias infinitas
tiene que haber un lugar
tiene que haber un lugar
en donde todo sea luz
y que la luz de ese altísimo
en donde todo es luz
simplemente no nos ha llegado todavía...*

«Deja que la luz atraviese la oscuridad hasta que la oscuridad resplandezca y no haya ya más división entre las dos», dice un pasaje hasídico. El alma, antes de entrar en el mundo, es conducida a través de todos los mundos, donde se le muestra la luz primera, a fin de que pueda esforzarse siempre por alcanzarla. El *sadik* de la tradición hasídica, como el bodhisattva en el budismo, es aquel que ha dejado entrar en sí mismo a la luz y la hace brillar de nuevo sobre el mundo.

Para Plotino, filósofo místico del siglo III, era «la clara luz en que Ello consiste». En la danza sufi de los derviches, se «gira» con la mano derecha elevada, como un símbolo de atraer la luz hacia la tierra. El chamán consigue un estado de equilibrio perfecto para poder ver una luz cegadora.

Un apócrifo contemporáneo, *El Evangelio Acuario de Jesús el Cristo*⁷, expresa en términos poéticos ese sueño de luz y liberación. Según dice, nuestros templos han sido durante demasiado tiempo tumbas de cosas escondidas en el tiempo. Nuestros templos, criptas y grutas son oscuros. No dejan ver lo que esconden. «En la luz no hay nada secreto... En el camino hacia la luz no hay peregrinos solitarios. Los hombres sólo alcanzan las alturas ayudando a otros hombres a alcanzarlas... »

«Sabemos que la luz se acerca a nosotros sobre las colinas. Dios acelera la luz. »

1. *Swedenborg*: pensador espiritual nórdico del siglo dieciocho que influyó en Inglaterra y E.E.UU. (*N. del T.*)

2. *Shakers*: nombre con que se designa a los quáqueros en algunas regiones de los Estados Unidos. *Shake*: sacudir, agitar. *Quake*: temblar. (*N. del T.*)

3. Aunque los conspiradores de Acuario no son en absoluto representativos, por estar más interesados en lo espiritual y ser más iconoclastas que la mayoría, sus respuestas al cuestionario ofrecen una pauta que muy bien puede ser un preanuncio del cambio más general que está por llegar. El noventa y cinco por ciento tenían algún tipo de trasfondo religioso original, por débil que fuese (55 por ciento protestante, 20 por ciento judío, 18 por ciento católico, 2 por ciento otro distinto, y 5 por ciento «ninguno»). Solamente un 19 por ciento se consideraban activos en su tradición de alguna manera, porcentaje que incluye a varios clérigos, ex clérigos y teólogos.

4. *Amtrack*: La crisis de los ferrocarriles estadounidenses, claramente visible después de la Segunda Guerra Mundial intentó paliarse con la creación en los años cincuenta de una sociedad interestatal con apoyo federal, la Amtrack, para auxiliar a las compañías de ferrocarriles, muchas de ellas privadas. (*N del T.*)

5. Los sujetos encuestados por el cuestionario de la Conspiración de Acuario confesaron tener experiencia en una amplia diversidad de disciplinas espirituales y meditativas, como Budismo Zen (40 por ciento), Yoga (40 por ciento), misticismo cristiano (31 por ciento), Meditación Trascendental (21 por ciento), Sufismo (19 por ciento), y Kábala (10 por ciento), aparte otras varias docenas de sistemas.

6. Las experiencias místicas no son universales, ni mucho menos, entre los consumidores de drogas psicodélicas. Ello depende de muchos factores: la dosificación, las experiencias anteriores, la capacidad de introspección, el deseo de explorar los estados de conciencia, el interés previo por lo espiritual, las expectativas, y un entorno adecuado. El uso casual de la droga, como diversión ocasional, a menudo sólo produce poco más que alguna alteración sensorial y una "subida".

7. La edición castellana de este libro de Levi H. Dowling ha sido publicada por la editorial Eyras, Madrid, 1978. (*N. del T.*)

XII. EL CAMBIO EN LAS RELACIONES HUMANAS

Toda vida real es un encuentro.

MARTIN BUBER

*Cada uno es responsable de todo
ante todos los demás.*

FEODOR DOSTOIEVSKI

El cambio de paradigma personal es como cruzar el océano en busca del Nuevo Mundo. El inmigrante, por mucho que lo intente, no puede persuadir a todos sus amigos y personas queridas a que lo acompañen en su viaje. Quienes quedan detrás no pueden comprender cómo tanta cosa conocida ha sido incapaz de retener al inmigrante. ¿Por qué ha abandonado su patria de siempre? Y, lo que es más triste de todo, ¿cómo es que sus afectos no han podido retenerle?

En cuanto al inmigrante, pronto aprende que realmente no se puede intentar reconstruir el viejo mundo en el nuevo continente. Nueva Inglaterra no es Inglaterra; Nova Scotia no es Escocia. La distancia difumina las viejas realidades, y las comunicaciones resultan difíciles y punzantes. Las cartas enviadas al viejo mundo no pueden evocar todas las cumbres y cañones que van empujando sin cesar al inmigrante hacia lo desconocido.

La transformación personal, una vez comenzada, nos saca del viejo mundo, a veces de forma abrupta, por lo general al cabo de varios años. Como hemos visto en un capítulo anterior, la gente cambia de trabajo, e incluso de vocación, apenas comienzan a cambiar las propias percepciones. Si el marido o la mujer no comparte el profundo interés por el proceso transformativo y la búsqueda de sentido del otro, lo probable es que el

matrimonio se resienta. Con el paso del tiempo, las diferencias puede que tiendan a agudizarse, ensanchándose los viejos cismas. Se abandonan antiguas amistades y conocidos; surgen, en su lugar, nuevas amistades, incluso una nueva red de apoyo entera. Las nuevas relaciones, basadas como están en el hecho de compartir unos valores y una aventura, son posiblemente más intensas. Parientes, colegas, amigos y el propio esposo o esposa, sintiéndose comprensiblemente amenazados por estos cambios, a menudo ejercen presiones sobre él para que abandone las nuevas amistades o dedicaciones que tienen que ver con el cambio. Este tipo de presiones no consigue otra cosa que ensanchar el foso ya existente. No es posible detener a un emigrante tratando de hacerle revivir sus ilusiones por el viejo mundo.

En este capítulo vamos a tratar de los cambios en las relaciones personales, del carácter de las relaciones transformadoras, y del efecto del proceso transformativo en las épocas de transición, o «de paso», de la vida.

Las relaciones son el crisol del proceso transformativo. Supuesta la mayor disposición para el riesgo que adquiere el individuo, su confianza en la intuición, su más amplio sentido de conexión con los demás, y el reconocimiento de su propio acondicionamiento cultural, es lógico que aquéllas deban resentirse.

Hemos ido viendo la influencia sutil que la *costumbre* ejerce sobre nuestra vida. Las normas y costumbres culturales son los grandes principios que de forma solapada rigen nuestras vidas. Nos *acostumbramos* a desempeñar ciertos papeles; nuestros comportamientos se convierten en *acostumbrados*, y por lo tanto en incuestionables. La costumbre es como una acumulación de niebla y humo. Sólo nos damos cuenta de lo que representa, cuando en un día claro y limpio vemos que el aire la ha barrido de en medio. Podemos dejar de percibir los contornos de un nuevo advenimiento cultural, hasta que sus efectos se dejan sentir por todas partes.

Pautas matrimoniales, familiares, sexuales e instituciones sociales, en otro tiempo bien arraigadas, están siendo sacudidas por alternativas radicalmente nuevas o radicalmente antiguas. La verdad es que no hay fórmulas, y hay por ello muchos fracasos, pero con todo hay cada vez más personas que intentan ver con mayor claridad, amar con mayor honradez, y hacer menos daño. La clave no está en las respuestas *per se*, sino en las actitudes.

En capítulos anteriores hemos ido viendo surgir un nuevo consenso en instituciones colectivas tales como gobierno, medicina, educación y

negocios. Pero ningún programa ni ningún comité pueden pretender reformar ni repensar «la familia», el «matrimonio» y las relaciones sociales en general. En realidad, no son verdaderas instituciones, sino millones y millones de relaciones, conectes, que sólo pueden ser comprendidas desde el individuo, y en todo caso solamente como un proceso dinámico. La costumbre social es probablemente el más profundamente hipnótico de los fenómenos culturales.

Más allá de los roles culturales

Siempre que alguien comienza el proceso transformativo, la muerte y el nacimiento le rondan: la muerte de la costumbre como autoridad, y el nacimiento de su propio ser.

En un sentido, el esfuerzo simultáneo por alcanzar la autonomía y la conexión con los demás, por contradictorio que pueda parecer, es un intento de ser real. Uno se despoja de los emblemas y limitaciones de su propia cultura: falso machismo, falsas pestañas, barreras, limitaciones.

Muchos de los hombres que respondieron al cuestionario de la Conspiración de Acuario señalaban que el movimiento femenino había jugado un papel importante en su propio cambio, no sólo por concentrarse en el potencial pisoteado de la mitad de la raza humana, sino por cuestionar la supremacía de las características masculinas valoradas por la sociedad: competitividad, manipulación, agresividad, objetividad. Uno decía: «Buena parte de mi transformación se debió a las relaciones. El hecho de haber tenido a mi lado mujeres amorosas que me ayudaban a deshacerme de actitudes sexistas, contribuyó en gran medida al reconocimiento y desarrollo en mí mismo de la naturaleza "yin", que ha unificado mi vida y mi trabajo».

Si las mujeres descubren, al transformarse, el sentido de su propio ser y de su vocación, los hombres descubren lo gratificantes que resultan las relaciones cuando ponen en juego su propia sensibilidad. Con todos estos cambios, que equilibran mutuas diferencias, se está delimitando una nueva base para la interacción hombre-mujer. Los hombres se están volviendo más sensibles e intuitivos; las mujeres, más autónomas y resueltas.

Según la más antigua sabiduría, el descubrimiento de sí mismo implica inevitablemente el despertar de rasgos generalmente asociados al sexo opuesto. El ser consciente de sí tiene acceso a todas las dotes del espíritu humano: instinto protector e independencia, fuerza y sensibilidad. Al completar esas cualidades en nosotros mismos, nos hacemos menos

dependientes de otras personas con respecto a ellas. Buena parte de lo que nuestra cultura etiqueta como amor no es más que tendencia apasionada hacia la mitad que nos falta, o, lo que es lo mismo, necesidad de ella.

El ser transformado se emancipa de todo compartimento estructurado por la asignación de roles culturales, reconociendo, por una parte, aspectos suprimidos desde tiempo atrás, y comprobando por otro lado las distorsiones surgidas en los rasgos asignados. La fuerza puede convertirse en una caricatura de sí misma, y aparecer como machismo, agresividad o encerramiento. El instinto de protección puede exagerarse hasta volverse asfixiante. Todo lo que corta la espontaneidad, sea la exageración, sea el rechazo, contribuye a la inconsciencia y a la falta de realidad. Los roles que jugamos en nuestras relaciones convencionales, marido, mujer, hijo, hija, hermana, familia política, amante, amigo de la familia, no nos identifican en cuanto personas; y de hecho pueden enmascarar a nuestro ser auténtico, si seguimos tratando de ajustar nuestra conducta y nuestros sentimientos a lo que demanda la «descripción de la tarea» que tenemos asignada.

La amenaza para las antiguas relaciones

La transformación personal tiene mayor influjo en las relaciones personales que en ningún otro campo de la vida. Realmente puede afirmarse que el efecto se deja sentir *en primer lugar* en las relaciones; puede que éstas mejoren o se deterioren, pero rara vez permanecerán idénticas.

Se producen miles de cambios: la forma de usar el poder, la disposición a experimentar, la capacidad de intimidad, nuevos valores, menor competitividad, mayor autonomía con respecto a las presiones sociales. Tal vez alguien que era autoritario no disfruta ya con tener poder sobre otras personas, y personas que antes eran pasivas se vuelven capaces de afianzarse a sí mismas.

Algunas veces, estos cambios son bien recibidos. Con mayor frecuencia resultan amenazadores. El juego inherente a la mayor parte de las relaciones no puede soportar la marcha de uno de los jugadores. Si el adormecimiento cultural a escala social salta sacudido en pedazos en presencia de la transformación, lo mismo sucede con el adormecimiento de esta minicultura propia que son nuestras relaciones. De pronto caemos en la cuenta de que sus hábitos y limitaciones nos han impedido llevar una vida más rica y más creativa, no nos han dejado ser nosotros mismos. Si en una pareja uno siente que su vocación y el vivir día a día son más

importantes que los objetivos a largo plazo, y el otro sigue aún aferrado al antiguo programa, éste puede sentirse abandonado y enfadarse por ello. «Gus se ha ido y no va a volver», decía una mujer, refiriéndose al nuevo mundo de su marido. Su incapacidad para compartir el viaje hacia la transformación habla creado entre ellos un abismo, y ella sentía que no podía tender ya ningún puente.

El factor más importante para el cambio de las relaciones es la transformación del miedo. Por debajo de la superficie, la mayoría de las relaciones Intimas tienen por eje el miedo: miedo a lo desconocido, miedo al rechazo, miedo a perder lo que se tiene. En sus lazos más íntimos, mucha gente, más que un santuario, lo que busca es una fortaleza. Sí, por uno u otro medio, meditación, un movimiento social, un cursillo de entrenamiento asertivo, o una tranquila reflexión, uno de los dos se libera de sus miedos y sus acondicionamientos, su relación con el otro puede convertirse en un terreno extraño.

Las ofertas de seguridad ayudan muy poco. La persona que se siente amenazada en la pareja puede mostrar su disconformidad enfadándose, burlándose o tratando de discutir. La gente quiere que cambiemos, pero para responder a sus necesidades, no de acuerdo con las nuestras. Y la persona que se siente amenazada no puede comprender por qué su pareja no vuelve a ser como antes («si me quisieras... »), o confía en que se trate de una fase pasajera, como la rebeldía de un adolescente o la crisis de la media edad.

Pero no se puede abandonar toda una nueva concepción de la realidad como podemos dejar un trabajo, o salir de las filas del partido demócrata o de la iglesia presbiteriana. La nueva perspectiva disipa los propios miedos, agudiza nuestra conciencia, nos vincula con toda la comunidad humana, y nos alegra la existencia.

Si el propio compañero o compañera no puede ajustarse a seguirnos, al final surgirá la discordia, real o psicológica. Quienes mantienen una relación con una persona hostil a su nuevo mundo tienen dos opciones: mostrarse abierto respecto a sus intereses, lo que puede alimentar aún más la incompreensión... o actuar de forma clandestina. De un modo u otro, quedan imposibilitados para seguir explorando, *dentro de su relación*, los nuevos y más significativos cambios que van apareciendo en su vida. Una artista de Nueva York cuyo esposo minusvaloraba su búsqueda espiritual, confesaba crudamente: «Llevo una doble vida».

Esa angustia es el precio más caro que tenemos que pagar por el Mundo Nuevo, a medida que vamos reconociendo que es imposible

explicarlo, que es preciso verlo. Entra una profunda tristeza, no sólo por la pérdida de lo que podría haber sido un viaje compartido, sino, más intensamente aún, por lo que nos parece estar rechazando nuestro compañero: libertad, plenitud, esperanza. Sin embargo, tratar de convencer a alguien para que cambie de paradigma, diciéndole que abandone su antiguo escepticismo o sus estrechas convicciones, es tan inútil como decirle a una persona que tiene cataratas que abra más sus ojos para ver. Cada uno tiene sus propios miedos y sus propias motivaciones y necesidades. Todos alcanzamos a comprender cada uno a su tiempo y a su manera. Todos podemos acordarnos de haber rechazado nosotros mismos en un principio ideas que luego llegaron a ser centrales en nuestra vida, después de haber *experimentado* que eran verdaderas.

Sea cual sea el coste en el plano de las relaciones personales, descubrimos que, a fin de cuentas, inevitablemente, nuestra mayor responsabilidad consiste en administrar nuestro potencial: llegar a ser todo lo que podemos ser. Toda traición a esa confianza debida a uno mismo pone en peligro la propia salud física y mental. En el fondo, como observa Theodore Roszak, la mayoría nos sentimos «enfermos de culpabilidad por haber vivido por debajo de nuestro auténtico nivel».

Si en una pareja uno desarrolla un fuerte sentido de la vocación, y el otro no lo tiene en absoluto, el compromiso del primero puede convertirse en fuente de celos y de antagonismo para el segundo, creando efectivamente un triángulo.

Las relaciones tienen sus propias matemáticas, ya creadoras, ya destructivas. El crítico social Norbert Prefontaine describe este fenómeno:

"Cuando una cosa se añade a otra, el resultado son dos cosas, trátase de naranjas, pistones o edificios. No obstante, si añadimos una persona a otra, el resultado es siempre más o menos de dos, pero nunca es simplemente dos. Esto es, las personas que se encuentran e interaccionan de verdad entre sí, o bien se fortalecen la una a la otra, de manera que ambas resultan ser más fuertes que la suma de las dos por separado, o bien se dañan el uno al otro, de manera que resultan ser más débiles juntos que sumados por separado¹.

Para el psicólogo Dennis Jaffe, dos personas pueden ser una fuente de crecimiento, de ayuda y de salud, la una para la otra, o pueden ser lo que él denomina «diadas letales». Toda relación cerrada, como todo sistema cerrado en el universo, pierde energía. Un maestro decía: «Las antiguas

relaciones convencionales, con su exclusivismo y su centramiento en el ego, nos aislaban más aún que si estuviéramos solos. La única diferencia es que ahora éramos los *dos* quienes formábamos la isla».

El proceso transformativo, al hacer más notorios los aspectos limitantes de nuestras relaciones, nos abre también nuevas posibilidades.

Las relaciones transformadoras

Una relación transformativa es un todo mayor que la suma de sus partes. Es sinérgica, holística. Como las estructuras disipativas, son abiertas al mundo, es una fiesta, una exploración, no es un escondite.

A medida que nos sentimos más interesados por la esencia de las relaciones que por su forma, cambia la calidad de la interacción humana. Las experiencias de unidad, de plenitud, de mayor sensibilidad, de empatía, de aceptación, y otras semejantes nos abren un más amplio abanico de posibilidades de conexión que el que teníamos antes.

Ese es el tipo de unión que describe Martin Buber:

"En una verdadera conversación, en una verdadera lección, en un abrazo verdadero... en todas estas cosas, lo esencial sucede en una dimensión que sólo es accesible a ellos dos... Si yo y otra persona nos «acontecemos» el uno al otro, la suma ya no es exactamente divisible. Queda un resto en alguna parte, allí donde las almas terminan y el mundo aún no ha comenzado".

A esa dimensión, «el entre», el Yo-Tú, Buber la llamaba también «la intimidad sin secreto». Es una conspiración a dúo, un circuito de conciencia momentáneamente polarizado, una conexión eléctrica entre dos mentes. Ni pregunta ni responde, simplemente conecta. Como decía Buber, puede no ser más que una mirada intercambiada en el metro. Y en su máxima complejidad y dinámica, es el cerebro del planeta, la conciencia acelerada de hermandad prevista por Teilhard, Buber, Maslow y otros. Es extrañamente imparcial, convirtiendo en princesas a las ranas y en bellas a las bestias. Al ir habiendo más personas abiertas las unas a las otras, que se intercambian mutuamente su ánimo y su calor, el amor se va convirtiendo en una fuente, más disponible, de aprobación y de energía. Este fenómeno, en la óptica del viejo paradigma, puede resultar desconcertante.

Para Milton Mayerhoff, la persona que cree en nosotros, que nos anima a transformarnos, y cuyo crecimiento interacciona con el nuestro,

potenciándolo, es «el otro adecuado» para cada uno de nosotros. Ese tipo de relaciones atentas a nuestro bien nos ayuda a «situarnos». No podemos crecer solos, decía Teilhard. El mismo tuvo amistades muy intensas, muchas de ellas con mujeres, a pesar de la rígida prevención eclesiástica frente a toda intimidad, siquiera fuese platónica, de los sacerdotes con mujeres. «El aislamiento es un camino sin salida... No hay nada en el planeta que pueda crecer si no es por convergencia.»

En su cuestionario de la Conspiración de Acuario, un político hablaba del «poder transformador de las relaciones amorosas liberadoras, que me han permitido experimentarme a mí mismo, en ocasiones, de una forma más abierta, más plena, más profunda y más inocente, de lo que podía haberme sentido nunca hasta ahora». Muchos de los que respondieron al cuestionario comentaban la importancia que para ellos habían tenido amistades profundas que les habían guiado en sus incursiones por el nuevo territorio. Una mujer, terapeuta ella también, señalaba lo importante que había sido «encontrarme siempre con una persona fuerte fundamental para mi vida siempre que la necesitaba. Cada una me llevaba hasta un punto determinado, siguiendo luego un período de integración, hasta que aparecía la siguiente. Estos encuentros siempre han venido acompañados de una profunda sensación de reconocimiento y una intensa implicación "espiritual"».

La relación amorosa transformativa es una brújula que nos orienta hacia las propias potencialidades. Nos libera, nos completa, nos despierta y nos robustece. Es algo en lo que no necesitamos «trabajar». Con toda su mezcla curiosa de intensidad, facilidad y contacto espiritual, la relación transformadora contrasta con las otras conexiones tanto menos gratificantes de nuestra vida, y acaba convirtiéndose en algo tan vital como el oxígeno. Este tipo de relaciones también nos orienta hacia otro tipo de sociedad, sobre un modelo de mutuo enriquecimiento extensible a todo el tejido de nuestras vidas. No obstante, ello requiere que antes volvamos a definir nuestros términos.

«Cuando preguntas qué es el amor», dice Krishnamurti, «puedes estar demasiado asustado para ver la respuesta... Puede que tengas que echar abajo la casa que has construido, o puede que no puedas volver al templo.» El amor no es miedo, afirma. No es dependencia, celos, posesividad, dominio responsabilidad, deber, autocompasión, ni ninguna de las demás cosas que convencionalmente se toman por amor. «Si puedes eliminar todas estas cosas, no por la fuerza, sino dejando que el agua se las lleve, como hace la lluvia con el polvo de varios días depositado sobre la hoja,

entonces tal vez puedas tropezarte con esta rara flor que el hombre tanto ansia. »

Resulta más fácil definir lo que es la relación transformadora, hablando de lo que no contiene. La idea cultural que tenemos de las posibilidades del amor ha sido tan limitada que no contamos con el vocabulario adecuado para describir la experiencia holística del amor, un amor que engloba sentimiento, conocimiento y sensación.

Para poder tener una relación transformadora, es preciso estar abierto y vulnerable. La mayoría de la gente se relaciona solamente desde su periferia, afirma el maestro indio Rajneesh. «Encontrarse con una persona en su centro supone exponerse uno mismo a una revolución. Si quieres encontrar a alguien en su centro, tendrás que dejarle entrar a él también hasta tu centro. »

Las relaciones transformadoras se caracterizan por la confianza. Ambas partes están indefensas, conscientes de que ninguno va a aprovecharse de ello o va a hacerle daño sin necesidad. Ambos pueden arriesgarse, explorar, tambalearse. No hay simulaciones, no hay fachadas. Hay una mutua aceptación de todos los aspectos del otro, y no un simple comportamiento recíproco previamente convenido. «El amor es más importante que el romance», dice el editor de una revista. «La aceptación es más importante que la simple aprobación. »

Superado el viejo condicionante competitivo, la pareja coopera; son más que dos. Se atreven y se desafían el uno al otro. Les divierte su mutua capacidad de sorprenderse. La relación transformadora es un viaje compartido al encuentro del sentido. El proceso en cuanto tal es de suprema importancia, y en ello no caben concesiones. Cada uno es fiel a su vocación, no a una persona².

Para Simone de Beauvoir, «el amor verdadero debería estar fundado en el reconocimiento de dos libertades; los amantes se percibirían a sí mismos al mismo tiempo como uno y otro; ninguno renunciaría a la trascendencia ni quedaría mutilado. Juntos serían la expresión de unos valores y objetivos en el mundo».

Como en la relación transformadora todo está en continuo cambio, no se puede dar nada por supuesto. Cada uno está alerta con respecto al otro. La relación es siempre nueva, es un continuo experimento, libre de evolucionar a su antojo. Descansa en la seguridad que proporciona el haber abandonado toda certeza absoluta.

La relación transformadora se define a sí misma; no trata de adaptarse a lo que la sociedad decreta que deba ser, sino que está únicamente en

función de las necesidades de los que en ella participan. Pueden ajustarse a unos principios que sirven de guía, pueden llegar incluso a acuerdos flexibles, pero no hay normas.

El amor es un contexto, no un comportamiento. No es una mercancía que se «gana», se «pierde», se «conquista», se «roba», o se «niega» como arma de castigo. La relación no disminuye por el hecho de que cada una de las partes quiera a otras personas. Se pueden fácilmente tener varias relaciones transformadoras al mismo tiempo.

Ambos se sienten vinculados con el todo, con la comunidad. Adquieren mayor capacidad de dar y recibir amor, alegría y simpatía en torno a ellos a muchas personas. Esa comunión intensa con el mundo no admite ser canalizada por conductos estrechos. «Es como si uno hubiese estado preservando su empatía hacia el mundo, y de pronto perdiese su virginidad», explicaba un médico. «Se siente uno como si quisiera hacerle el amor al cosmos. Ahora bien, ¿cómo va uno a explicarle eso a nadie?»

La transformación de la actitud romántica

Al principio, posiblemente intentemos encajar este nuevo amor cósmico en estructuras convencionales, ajustándonos a las formas de expresión romántica admitidas por nuestro acondicionamiento cultural. Pronto aprendemos que las viejas formas de relación no se adecuan a las exigencias del viaje transformativo. Una mujer, refiriéndose a una corta relación matrimonial que había tenido tras un largo matrimonio, decía: «Mirando hacia atrás, me doy cuenta que estaba haciendo una última intontona de arreglo con el viejo Mundo, pero al hacerlo me estaba apartando de mi propio impulso espiritual».

Un hombre de negocios que contaba que durante un tiempo intentó actuar de forma más creativa en su trabajo y anduvo a la caza de relaciones sexuales, «todo con tal de llenar el vacío, el agujero que sentía en medio de mí, el hambre espiritual. Pero una vez que te das cuenta de lo que estás haciendo, dejas de hacerlo. No puedes seguir haciéndolo».

A medida que evolucionan en nuestra vida las relaciones transformadoras, puede que descubramos en ellas algunas cualidades que nos recuerden el significado *original* de la actitud romántica, tal como surgió en el siglo diecinueve. Esta actitud tenía siempre como fondo lo infinito y lo insondable, esas fuerzas de la naturaleza que están siempre en formación. Aunque prefería lo natural a lo mecánico, el movimiento romántico no era en absoluto anti-intelectual o anti-rracional. Por ironía de

la historia, con su ansia por examinar los misterios de la naturaleza, los románticos dieron pie a que surgiera la curiosidad científica que finalmente condujo a la glorificación de la razón. A partir de ahí, la actitud romántica quedó reducida a un papel estético y trivial, representativa de todo lo irreal, algo así como la capa dorada que tapa la herrumbre de la vida.

En sus días de mayor apogeo, el movimiento romántico cantaba a la familia, la amistad, la naturaleza, el arte, la música, la literatura, insistiendo en lo que un historiador ha llamado «el misterio del espíritu, un sí mismo más amplio, el sentido de indagación». En un sentido muy real, la actitud romántica se identificaba con la que hoy denominamos espiritual. Se apoyaba en la experiencia directa; buscaba sentido. La actitud romántica propia de nuestra cultura, por el contrario, es exterior, producto del acondicionamiento: cine, televisión, comercio, costumbre. ¡No es de extrañar que apostemos de esta actitud romántica convencional! Es como un Dios de segunda mano. Y nos produce la misma sensación de pérdida y de desencanto que cuando nos rebelamos contra la religión organizada. Dejamos la aventura, proclamando que es un engaño. Pero el hambre, la sensación de que nos estamos perdiendo algo central en la vida, sigue estando ahí.

En el proceso transformativo, la actitud romántica, entendida como cualidad numinosa, espiritual, *interior*, se encarna en una aventura que suscita unos símbolos y un lenguaje propios, que se siente como «lo real», como el sueño del que no despertamos. Simone de Beauvoir confesaba que, según nos fuéramos haciendo más reales, la aventura sexual perdería algunas de sus formas, «pero ello no significa que el amor, la felicidad, la poesía o los sueños vayan a ser desterrados... Nuestra falta de imaginación hace que siempre pintemos un futuro despoblado... ». Una expresión taoísta aconseja: «No busques ningún contrato, y encontrarás la unión». Uno de los cambios transformativos consiste en huir de lo que las filosofías orientales llaman «apego». El desapego es una compasión que no se cuelga, es un amor que acepta la realidad y no pide nada a nadie. El desapego es lo contrario de andar siempre pensando en lo que se desea.

No es probable que se evaporen sin más las viejas emociones conocidas, los celos, el miedo, la inseguridad y la culpa. Pero las pautas generales están cambiando. Para algunos, ello significa afrontar y superar contradicciones internas, como el deseo de libertad para sí mismo y de que su compañero o compañera le siga siendo fiel. El enfrentarse a conflictos profundos de ese tipo es difícil y doloroso, aunque para muchos es satisfactorio.

Una mujer decía en su cuestionario de la Conspiración de Acuario: «Pasé dos años aprendiendo a amar sin posesividad. Decidí que cuando me casara, seguiría actuando así, al menos por mi parte, y así ha sido durante trece años. He aprendido que se puede querer a más de una persona, que se puede estar celosa, pero que nunca se puede poseer a nadie, por más desesperadamente que se intente. *No poseemos nada, y mucho menos el uno al otro*».

En una revista cualquiera, una mujer imaginaba un futuro próximo en el que todo el mundo podría relacionarse mejor con los demás, sin mutuas posesividades entre los esposos, ni de los padres con respecto a sus hijos, de acuerdo con el viejo marco restrictivo.

"Reconoceremos que toda persona necesita nutrirse de y ser nutrida por muchas personas, y no intentaremos limitar con miedos esa necesidad. Sabremos que solo podemos conservar lo que hayamos hecho libre... Nos reconocemos miembros de la familia de los seres humanos. Es conveniente, e incluso necesario, ponernos los unos a disposición de los otros de nuevas maneras, amorosas, afectuosas, plenas, sin los viejos espectros de culpabilidad por amar con mayor amplitud".

En las relaciones del nuevo paradigma se pone más el acento en la intimidad que en la sexualidad. Se aprecia la intimidad por lo que tiene de intensidad psíquica compartida y por sus posibilidades transformadoras, en todo lo cual el sexo es sólo una parte, que con frecuencia sólo juega en ello un papel latente.

Para mucha gente, el abandonar la idea de la exclusividad de las relaciones representa el cambio de paradigma más difícil en su propia transformación. Algunos prefieren limitar su expresión sexual a una única relación principal. Otros pueden dar prioridad a esa relación principal, pero no con exclusividad. El deseo de las relaciones exclusivas es una profunda creencia cultural, a pesar de las evidencias, y comportamientos que abonan la opinión contraria³. Para muchas personas, el renunciar a la vieja necesidad de exclusividad supuso realmente el cambio de paradigma más problemático de todos, necesario no obstante si querían ser auténticos con su propio criterio interior.

En su intento por analizar la actual revolución sexual, los sociólogos contemporáneos opinan que la diferencia está en la actitud, no en el comportamiento. Los criterios de nuestra cultura tradicional sobre la

sexualidad han sido profusamente violados en nuestra sociedad desde los años veinte, sino antes. John Cuber, un sociólogo de la universidad del Estado de Ohio, halló que, comparados con la gente joven de 1939, los jóvenes de 1969 no aceptaban la antigua normativa sexual. Aun sin desear adoptar ningún tipo de conducta en otro tiempo «prohibida», negaban toda validez a la normativa como tal. Cuber decía:

"Existe una profunda diferencia entre alguien que infringe las formas y alguien que no las acepta. El primero es un infractor; el otro, un revolucionario. Ningún gobierno se pone a temblar porque alguien evada sus impuestos. Pero ningún gobierno puede tolerar un Boston Tea Party; » eso es una revolución.

... ¿Vuelven alguna vez al redil los revolucionarios? ¿Enmiendan su conducta? ¿Se retractan? Yo creo que no. A la gente de mediana edad le resulta cómodo pensar que los jóvenes rebeldes, cuando se vean enfrentados a responsabilidades, volverán a adoptar los puntos de vista tradicionales. Eso no es así en esta generación... Mientras el pecador reconoce su culpa, hay alguna posibilidad de que se arrepienta y reforme su vida. Pero la clave de esta generación es precisamente su liberación de la culpa".

Otros se dedican a atacar al contexto mismo de la sexualidad en nuestra cultura. Según dicen, hemos sido condicionados para enfocar toda relación sexual como una conquista, y esto impide que pueda haber una intimidad y confianza profundas. Lo que nuestra cultura nos había programado para asociar a la sexualidad, nos «echa para atrás» hoy en día en grados insospechados. Esta misma programación nos predispone a la frustración y al rechazo.

Joel Kramer y Diana Alstad están impartiendo talleres por todo el país, en donde hablan del cambio de paradigma sexual como liberación de la sexualidad de todo «contexto de conquista». Es preciso cambiar los deseos y estereotipos condicionados, afirman, antes de poder apreciar lo que es una persona integrada: una mujer fuerte, un hombre sensible. «Los hombres se inclinan todavía demasiado hacia la belleza, y las mujeres hacia la fuerza, a un nivel más profundo, en el terreno sexual. Lo nuevo es que la gente ya no se siente satisfecha con ese tipo de relación. » El viejo paradigma hace que el amor y la sexualidad queden automáticamente «desengranados». Las personas «que te convienen», no son muchas veces las que te excitan sexualmente, afirman.

"Nos estamos refiriendo a otra manera de considerar las relaciones y la sexualidad, en la que el interés se centra principalmente en explorar y en crecer juntos. Todos estamos buscando soluciones ansiosamente, pero más que definir o establecer cómo deberíamos ser, deberíamos actuar de pioneros si hemos de inventar una nueva forma de vivir juntos.

No cabe ninguna solución verdadera hasta que hombres y mujeres no vean realmente la naturaleza del problema, que está en cada uno de nosotros... El ver las pautas ayuda a cambiar.

Mientras hombres y mujeres sigan aferrados a las actitudes románticas, nunca podrán encontrarse totalmente el uno al otro. Para abrir la puerta a la oportunidad de encontrarnos con seres humanos, necesitamos abandonar toda idea de conquista. Cuesta el mismo esfuerzo crear la posibilidad de un amor maduro".

La familia transformadora

La novela *Ana Karenina* comienza así: «Las familias felices son todas iguales; las familias desgraciadas lo son cada una a su manera».

Hoy en día aspiramos a una sociedad en la que podamos ser felices de múltiples maneras. Al romperse las antiguas estructuras sociales, millones de personas han quedado excluidas de los sistemas convencionales de apoyo que existían en el pasado. El Carnegie Council on Children estimaba en 1978 que no menos de cuatro de cada diez niños nacidos en los años setenta pasarían parte de su infancia en una familia uniparental. En una encuesta realizada hace poco por la organización Roper, tres de cada cinco mujeres preferían divorciarse a seguir adelante en un matrimonio insatisfactorio. Un estudio urbano mostró que el 40 por ciento de los adultos que viven en ciudades carecen totalmente de lazos familiares. Sólo una de cada cuatro familias responde al estereotipo del marido que gana el pan y la mujer que se ocupa del hogar.

Son las diez de la noche, dice un anuncio oficial en la radio. ¿Sabe usted dónde está su hijo? Pero hay una pregunta mejor: estamos a fines del siglo veinte... En medio de tanta experimentación, tanto cambio de estructuras sociales, tantas relaciones rotas, tantas relaciones nuevas, y tantas exigencias de libertad y de seguridad, ¿sabemos dónde estamos conectados?

La familia puede atender a la crianza de los niños de forma tan eficaz, prestándoles calor y proporcionándoles estimulación, que solemos decir que está especialmente dotada para ello. Pero si la familia fracasa en su tarea, si los lazos emocionales son débiles, los niños no crecerán fuertes y sanos. Se han realizado estudios sobre niños criados en instituciones, que demuestran que el desarrollo normal de la inteligencia exige una interacción humana. Sin amor, sin estimulaciones ni respuestas provenientes del mundo exterior, el mundo no llegará nunca a tener sentido para el niño, ni tampoco de adulto. Los niños que han sido debidamente alimentados y han gozado de seguridad, pero que no han tenido quien juegue con ellos ni quienes les hable, están condenados a padecer algún tipo de retraso.

En cambio, una atmósfera de confianza, de amor y de humor puede alimentar las capacidades humanas más extraordinarias. Una de las claves es la autenticidad; padres que actúan como personas, no como papeles aprendidos. La poetisa Adrienne Rich recordaba un verano pasado en Vermont con sus tres hijos, viviendo de forma espontánea, sin programas. Una noche, ya tarde, volviendo a casa después del cine, se sintió completamente lúcida y de excelente humor. «Habíamos quebrantado todas las reglas, la hora de ir a la cama, no salir por las noches, reglas que yo misma consideraba que, debía observar en la ciudad si no quería ser una "mala madre". Eramos conspiradores, estábamos fuera de la ley de la institución materna. Me sentí enormemente responsable de mi vida. » No quería que sus hijos actuaran por ella en el mundo. «Yo quería actuar y vivir por mí misma, y quería amarlos por lo que ellos eran aparte de mí. »

Los padres se limitan a menudo a conceder su respaldo a normas, instituciones y conductas, porque ellos mismos se fían de la autoridad ajena más que de su propia experiencia e intuición. Esta actitud perpetúa la hipocresía y el poder de las instituciones, de generación en generación. Los niños, especialmente los adolescentes, tienden a dar por sentado que sus sentimientos resultan inaceptables, lo que les hace retraerse de sus padres.

«Muchos jóvenes, quizá la mayoría, desean tener relaciones profundas e íntimas», afirman Ted Clark y Dennis Jaffe, que tienen experiencia de counselling con jóvenes⁵. «Necesitan la guía de una persona comprensiva, tolerante, que esté dispuesta a ayudarles. No necesitan que se les "haga" nada. Lo que necesitan es un lugar donde poder ser ellos mismos. »

Como la relación adulta transformadora, la familia transformadora es un sistema abierto, rico en amistades y recursos, generosa y acogedora. Es flexible, capaz de adaptarse a las realidades de un mundo en

transformación. Otorga a sus miembros libertad y autonomía, y al mismo tiempo una sensación de unidad grupal.

Mucho antes de que el sistema educativo se cobre su tributo psicológico, la familia ya se ha ocupado de definir los roles y expectativas, induciendo una actitud benevolente y cooperadora respecto del mundo, o bien una actitud competitiva y paranoide. La familia recompensa las innovaciones con premios o con castigos. La familia es una situación propicia para la manifestación abierta y para la intimidad, o bien para la represión de los sentimientos y la hipocresía. Con su rigidez o su flexibilidad, con sus actitudes abiertas o excluyentes, las pautas familiares conforman nuestras relaciones ulteriores. El niño, en una atmósfera de afecto incondicional, aprende a estimarse a sí mismo, y en una atmósfera adecuada de exigencia, aprende a dominarse.

Las familias muchas veces se guardan de entablar relaciones hacia afuera por inseguridad. Se convierten en sistemas cerrados. Las familias temerosas, dice Hossain Danesh un psiquiatra canadiense, «perciben el mundo dicotomizado: hombres y mujeres, viejos y jóvenes, inteligencia y emociones, poder y debilidad, uno mismo y los demás». Procuran apartar a sus miembros de la amistad con personas diferentes a ellos mismos. El niño sólo recibe aprobación si se ajusta a los deseos de sus padres.

La fuerza de la relación padres-hijo adquiere una evidencia trágica en el fenómeno denominado enanismo emocional. Un niño de seis años que presente este síndrome puede no aparentar por su tamaño más de tres años. Generalmente, ese mismo niño, situado en un ambiente hogareño favorable, comienza a crecer de forma normal, pero vuelve a estancarse si se le devuelve al medio hostil de su familia biológica. El enanismo emocional es relativamente infrecuente, pero hay una forma más corriente de truncarse el crecimiento del niño, que sucede a menudo en familias que obstruyen de un modo u otro su desarrollo como individuos.

El célebre psicólogo Frederick Perls dijo en una ocasión que la disociación, el corte entre las emociones y el pensamiento consciente, tiene su origen en el amor *acondicionado* de los padres. Muchos adultos, que fueron traicionados cuando niños, nunca se les premió por ser ellos mismos, siempre se les exigió hacerlo «mejor» por más que se esforzasen, encuentran luego difícil confiar en que se les quiere. La cadena se perpetúa al ser ellos mismos padres, porque puede resultarles difícil aceptar a sus propios hijos de forma incondicional. Hasta haber descubierto el alcance de los miedos que teníamos programados, no podemos ser capaces de perdonar las imperfecciones y debilidades de los demás. Pero una vez que

hemos tocado la fuente de salud que llevamos dentro de nosotros, sabemos que también está en los demás, sea cual sea su conducta exterior. La conciencia nos hace capaces de mostrarles afecto.

El proceso transformador es para mucha gente una segunda oportunidad de adquirir la propia estimación que les negaron cuando eran niños. Al alcanzar su propio centro, el propio ser lleno de salud, descubren su propia integridad.

La familia planetaria

El nuevo y más amplio paradigma relativo a las relaciones y a la familia trasciende todos los antiguos conceptos grupales. Al descubrirnos conectados con todos los demás hombres, mujeres y niños, entramos a formar parte de otra familia. Verdaderamente, al contemplarnos como una familia planetaria que lucha por resolver sus problemas, en vez de vernos como gentes y naciones distintas que buscan a quién echar las culpas o tratan de exportar sus propias soluciones, podría ser el último y definitivo cambio de perspectiva.

Si consideramos como hijo *nuestro* a todo niño que recibe malos tratos, el problema cambia. Cuando contemplamos a nuestra cultura, a nuestros acondicionamientos sociales o a nuestra propia clase como una creación propia, y no como una medida universal, entonces nuestros lazos de parentesco se ensanchan. Dejamos de ser «etnocéntricos», centrados en la propia cultura.

Una sociedad que fluye necesita crearse nuevos modelos familiares. De las redes y comunidades, de los grupos y amistades experimentales que tienen intenciones comunes, está surgiendo una nueva familia. La American Home Economics Association daba en 1979 esta nueva definición de la familia: «Dos o más personas que comparten sus recursos, responsabilidades, decisiones, valores y objetivos, y han establecido entre sí un compromiso duradero. La familia es ese clima de "volver a casa, y ese entramado de compromisos compartidos es lo que define con mayor precisión a la unidad familiar, con independencia de que existan lazos de sangre, legales, de adopción o de matrimonio».

Einstein dijo una vez que los seres humanos sufrimos una especie de ilusión óptica. Nos vemos a nosotros mismos como seres separados, en vez de como partes de un todo. Eso restringe nuestro afecto a quienes se encuentran más cerca de nosotros. «Nuestra tarea debe ser liberarnos de esta prisión y ampliar nuestro círculo, de modo que abarque a todas las

criaturas vivientes... Nadie llega a ello totalmente, pero el aspirar a ello forma parte de la liberación. »

Para Maslow, las personas «trascendentes» estudiadas por él, incluido Einstein, parecían más tristes que las demás personas sanas que buscan su propia realización; podían ver con mayor claridad el abismo entre la potencialidad y la realidad de las relaciones humanas. Cualquiera de ellos podría haber escrito en cinco minutos una receta efectiva para conseguir la transformación social, decía Maslow.

«Yo he visto la verdad», decía Dostoievski. «No es que la haya inventado en mi cabeza. La he visto, *visto*, y su imagen viva ha llenado mi alma para siempre... En un solo día, en una hora, todo podría arreglarse al instante. *Lo importante es amar.* » Y añadía que se daba cuenta de que esta verdad habla sido dicha y vuelta a decir millones de veces, sin que sin embargo se haya transformado nunca la vida humana.

El amor y la fraternidad, parte de un ideal en otro tiempo, se han convertido en algo crucial para nuestra supervivencia. Jesús intimaba a sus discípulos a amarse unos a otros; «o pereceréis», añadía Teilhard. Si nos falta el afecto humano, enfermamos, nos asustamos, nos ponemos hostiles. La falta de amor es un circuito roto, una pérdida de orden. La aspiración mundial comunitaria está representada en las redes de la Conspiración de Acuario, que intentan avivar esa fuerza adormecida. Intentan cohesionarnos. Alumbrar una conciencia más amplia. El día que el hombre reclame esa fuente de energía, la sublimación del amor sensual-espiritual, decía Teilhard una vez, «habrá descubierto el fuego por segunda vez».

Durante el segundo apagón que sufrió Nueva York, mientras alguna gente se dedicaba al pillaje, otros alumbraban las aceras con linternas, desde las ventanas de sus apartamentos, ayudando a los peatones a «moverse» de uno a otro edificio, proporcionándoles un sendero de luz y seguridad. En esta época de incertidumbre, cuanto todas las antiguas formas sociales se tambalean y nos resulta difícil encontrar el camino, podemos servirnos de luces los unos a los otros.

1. Ben Young, consultor en temas de dirección de empresas, usa una metáfora ligeramente distinta, de otro orden: «En toda relación hay dos formas de sumar. Uno más uno, igual a dos: dos individuos independientes. Pero podemos también considerarlos como un todo: una mitad más otra mitad igual a uno. A todos nos gusta sentirnos parte de un todo único, pero necesitamos permitirnos el uno al Otro ser también individuos separados. El problema proviene de que la mayoría de la gente intenta coger su "mitad", tomándola de la "unidad" del otro».

2. En su libro, próximo a aparecer. *The Couple's Journey* (El viaje de la pareja), Susan Campbell expone los resultados de su estudio de ciento cincuenta parejas, de edades entre veinte y setenta años, «que tenían el compromiso mutuo de ayudarse en su relación a desarrollar su conciencia». La autora ha identificado diversas etapas de crecimiento que las parejas atraviesan en su esfuerzo por establecer una relación transformadora «co-creativa». Esas etapas son: idilio ilusorio, lucha por el poder, estabilidad, compromiso mutuo, y por fin, el compromiso de ayudarse el uno al otro a realizar en el mundo una vocación creadora.

3. Muchos sociólogos prevén la «evolución» de la monogamia. El matrimonio, afirman, debe transformarse como institución si desea sobrevivir. En un artículo titulado «¿Está pasada de moda la monogamia?», Rustom y Della Roy dicen que «la mitad aproximadamente de los matrimonios que existen hoy en día van a, y probablemente tienen que, deshacerse». Si la monogamia está inextricablemente ligada a la restricción de toda expresión sexual únicamente al interior de la pareja, a fin de cuentas la que se va a resentir va a ser la monogamia, afirman. En vez de eso, la monogamia debería ir ligada a otros conceptos más básicos (fidelidad, honestidad, apertura), que no excluyen necesariamente la posibilidad de tener relaciones profundas con otras personas, y que podrían incluir una diversidad de grados de intimidad sexual».

Según los Roy, las personas se ven obligadas a mezclarse, en este entorno nuestro altamente erotizado, en situaciones de todo tipo que generan relaciones entre ellas. La monogamia tradicional contradice la creciente sensación de que «el mayor bien en la existencia humana lo constituyen las relaciones interpersonales profundas, tantas cuantas sean compatibles con la necesaria profundidad».

Reconocen que la mayoría de los norteamericanos educados, de clase media, por encima de los treinta y cinco años, «han sido educados en la

exclusividad y posesividad a la vez en un grado tal, que muy pocos estarían dispuestos a admitir algún tipo de no-exclusividad estructurada en el matrimonio», pero señalan que otra gente más joven está tratando de inventar y llevar a la práctica una forma de matrimonio más apropiada a nuestra época.

4. *Boston Tea Party*: Un «tea party» es una reunión para tomar el té. La expresión, humorística, alude al hecho ocurrido en el puerto de Boston el 16 de diciembre de 1773, que sirvió de desencadenante de la guerra de independencia de las colonias americanas frente a la Inglaterra de Jorge III. Un grupo de bostonianos, disfrazados de pieles rojas, asaltó tres navíos ingleses a su llegada al puerto y arrojaron por la borda varias docenas de cajas de té, que venían en su cargamento. Era un signo de protesta contra el «impuesto del Timbre», votado primero con carácter general en el Parlamento inglés sobre la exportación de diversas mercancías a las colonias americanas. Derogado luego ante la negativa de las colonias a satisfacerlo, por no haber intervenido en su aprobación sus representantes («ningún impuesto sin representación»), había sido restablecido sobre el té, en un intento de salvar simbólicamente la autoridad de la metrópoli sobre las colonias. El incidente de Boston originó la primera intervención armada de los ejércitos británicos. (*N. del T.*)

5. *Counselling*: terapia no directiva de inspiración rogeriana (Carl Rogers)
(*N. del T.*)

XII. LA CONSPIRACIÓN DE LA TIERRA ENTERA

*Cuando te sientas conmovido en tu sensibilidad,
las escamas caerán de tus ojos;
y con los ojos penetrantes del amor*

podrás discernir lo que nunca verán tus otros ojos.
FRANCOIS FÉNELON, 1651-1715

Victor Hugo profetizó que en el siglo veinte la guerra moriría, morirían las fronteras y los dogmas, y el hombre viviría. «Poseerá cosas más altas que éstas: un país grande, la tierra entera... y una gran esperanza, todos los cielos. »

Hoy día, ese «país grande, la tierra entera», cuenta ya con millones de residentes. En su mente y en su corazón, la guerra, las fronteras y los dogmas han muerto ya realmente. Y están en posesión de esa gran esperanza de que hablaba Victor Hugo.

Se conocen unos a otros, como los campesinos.

La Tierra Entera es un país sin fronteras, un paradigma de la humanidad en el que hay espacio suficiente para extranjeros y tradicionalistas, para todas las formas humanas de conocimiento, para todos los misterios y todas las culturas. Una terapeuta familiar dice que a sus clientes no les incita a descubrir quién tiene o no la razón, sino *qué tipo de familia tienen*. Este es el tipo de inventario que estamos comenzando a hacer en la Tierra Entera. Cada vez que una cultura descubre y aprecia el hallazgo de otra cultura, cada vez que una persona saborea los talentos o las excepcionales intuiciones de otra persona, cada vez que recibimos de buen grado el conocimiento que surge de nuestro propio interior, estamos contribuyendo a formar el inventario.

Juntos, ricos como somos, podemos hacer cualquier cosa. En nuestro poder está el poner paz en nuestro propio interior desgarrado, y también los unos con los otros, curar a nuestro país natal, la Tierra Entera.

Vemos en torno a nosotros todas las razones que tenemos para decir No: estructuras sociales fracasadas, tratados rotos, ocasiones perdidas. Pero, no obstante, sigue estando el Sí, la misma búsqueda obstinada que nos ha conducido de la caverna a la luna en un abrir y cerrar de ojos de tiempo cósmico.

Una nueva generación de refresco está creciendo en el seno de un paradigma más amplio; así ha sucedido siempre. En muchas historias de ciencia-ficción, los adultos quedan excluidos de la transformación experimentada por la nueva generación. Sus hijos crecen irremediamente más allá de ellos mismos, en una realidad más amplia.

Quienes hemos nacido en el paradigma de una «tierra rota» tenemos dos opciones: llevarnos a la tumba nuestras viejas concepciones, como tantas generaciones de científicos que se negaban a admitir que pudieran existir los meteoritos, los gérmenes, las ondas cerebrales o las vitaminas, o bien remitir al pasado sin mucho sentimiento todas las viejas creencias, y adoptar la nueva perspectiva, más sólida y verdadera.

Podemos ser nuestros propios hijos.

Una nueva mente, un nuevo mundo

Ni siquiera el Renacimiento contenía una promesa de renovación tan radical; como hemos visto, estamos ligados por los viajes, por la tecnología, cada vez más conscientes unos de otros, abiertos los unos a los otros. Cada vez encontramos más gente que se enriquecen y se dan fuerza mutuamente, cada vez nos hacemos más sensibles al lugar que nos corresponde en la naturaleza, cada día somos más los que aprendemos a usar el cerebro para transformar nuestros dolores y conflictos, y cada vez sentimos un mayor respeto hacia la integridad del ser como matriz de la salud. A través de los conocimientos y de la experiencia espiritual de millones de personas, estamos descubriendo nuestra inagotable capacidad de despertar a un universo que nos depara inagotablemente nuevas sorpresas.

A primera vista puede parecer una utopía sin los menores visos de esperanza pretender que el mundo puede resolver su situación desesperada. Cada año mueren de hambre quince millones de personas, y muchas más viven en una situación de hambre permanente; cada noventa segundos, los diversos países del mundo se gastan un millón de dólares en armamento; la paz es siempre inestable; numerosos recursos no renovables del planeta han sido saqueados. Y sin embargo ha habido también avances notables. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, sin ir más lejos, treinta y dos países, que representan el 40 por ciento de la población mundial, han superado sus problemas de escasez alimentaria; China está haciéndose fundamentalmente autosuficiente y ha conseguido controlar el crecimiento de su población, en otro tiempo abrumador; la alfabetización ha ganado terreno claramente, lo mismo que el número de gobiernos salidos del pueblo; la defensa de los derechos humanos se ha convertido en una obstinada preocupación internacional.

Nuestra concepción de la Tierra Entera se ha modificado profundamente. Ahora la vemos como una joya en el espacio, como un

frágil planeta azul. Y hemos comprobado que no tiene fronteras naturales. No es el globo que estudiábamos en el colegio, con todos los países pintados en distintos colores. Además, hemos descubierto también nuestra mutua interdependencia por múltiples caminos. Una insurrección o una cosecha desastrosa en un país distante pueden traer como consecuencia algún cambio en nuestra vida cotidiana. Las viejas actitudes resultan hoy insostenibles. Todos los países se encuentran implicados económica y ecológicamente unos con otros, y desde el punto de vista político son una maraña. Los dioses antiguos, el aislacionismo y el nacionalismo, se tambalean como viejos artefactos, como las deidades de piedra de la isla de Pascua.

Estamos aprendiendo a enfocar los problemas de otro modo, conscientes de que la mayor parte de las crisis de nuestro mundo han sido fruto del antiguo paradigma, de las formas, estructuras y creencias propias de una concepción obsoleta de la realidad. Actualmente podemos buscar respuestas fuera del antiguo marco de referencia; podemos hacer preguntas nuevas, podemos sintetizar, imaginar. La ciencia nos ha permitido intuir los conjuntos, los sistemas, y la relación entre el estrés y la transformación. Estamos aprendiendo a descifrar tendencias, a reconocer los signos tempranos de un nuevo paradigma más prometedor.

Nos imaginamos toda una serie de posibles escenarios del futuro. Nos comunicamos los fallos de los sistemas antiguos, lo que nos obliga a encontrar nuevas formas de resolver los problemas en todas las áreas. Sensibilizados a la crisis ecológica mundial, estamos cooperando unos con otros por encima de fronteras y océanos. Despiertos y alarmados, nos miramos unos a otros en busca de respuestas.

Y éste puede ser el cambio de paradigma más importante de todos. *La gente está aprendiendo a confiar, y a comunicarse sus cambios de opinión.* La más viable entre las esperanzas que nos auguran un mundo nuevo consiste en preguntarse si es posible un mundo nuevo. El mero hecho de preguntárnoslo, la ansiedad que revela, está diciendo que ello nos preocupa. Y si nos importa, podemos suponer que les importa a otros también.

El único obstáculo fundamental que impedía la resolución de los grandes problemas en el pasado era pensar que no se podían resolver, convicción nacida de la mutua desconfianza. Los psicólogos y sociólogos aseguran que la mayoría de la gente está mucho más motivada de lo que solemos pensar los unos de los otros. Por ejemplo, la mayor parte de los

ciudadanos americanos encuestados al respecto se declaran partidarios del control de armamentos, pero creen ser una minoría.

Somos como los estudiantes de cierta universidad, que afirmaron en bloque no creer en la publicidad, aunque pensaban que todos los demás sí creían en ella. Otras investigaciones han demostrado que la mayoría de la gente cree poseer unas miras más elevadas que «la mayoría de la gente». Suponen que los demás son menos abiertos, tienen menor interés por las cosas, están menos dispuestos a sacrificarse, y son más rígidos. Esa es la suprema ironía: la defectuosa evaluación que hacemos los unos de los otros. Como decía el poeta William Stafford:

*Si tú no sabes qué clase de persona soy,
y yo no sé la clase de persona que tú eres,
puede prevalecer en el mundo la opinión formada por los otros,
y así, siguiendo las huellas de un falso dios,
podemos perder nuestra estrella*

Siguiendo las huellas de un falso dios, hemos considerado como extraños y enemigos a todos cuantos no alcanzábamos a comprender. No llegando a comprender unos y otros nuestras respectivas políticas, culturas y subculturas, a menudo basadas en una diferente visión del mundo, poníamos recíprocamente en cuestión las motivaciones de los demás... nos negábamos recíprocamente nuestra respectiva humanidad. Y hemos dejado de ver lo más evidente: «La mayoría de la gente» desea vivir en una sociedad en la que no haya guerras, y en la que todos estemos alimentados, seamos productivos y nos sintamos plenos, sea cual sea la filosofía que cada uno tenga para llegar ahí. Si unos a otros nos consideramos como un obstáculo para avanzar, esta idea se convierte en el primero y más poderoso obstáculo. La desconfianza es una profecía que se cumple a sí misma. Nuestra conciencia, vinculada al antiguo paradigma, se ha encargado de garantizar el cumplimiento de sus propias sombrías expectativas; es la imagen negativa y colectiva de nosotros mismos.

Actualmente, a medida que aprendemos a comunicarnos, a medida que hay cada vez más gente que está transformando sus miedos y se está sintiendo vinculada al resto de la humanidad, unida a ella en unas aspiraciones comunes, algunos de los problemas más profundos están empezando a dar señales de fraccionamiento y esperanza de remisión. El cambio que estábamos aguardando, una revolución que consiste en saber

confiar adecuadamente, ha comenzado. En vez de ver enemigos por todas partes, estamos empezando a ver aliados por todos lados.

La universidad del Sur de California organizó una conferencia internacional con el título «El futuro de Occidente», y hubo algo en lo que todos estuvieron de acuerdo: el título había sido un error. Occidente, decían, no puede tener futuro aparte de Oriente. Esta toma de conciencia puede muy bien ser una señal de lo que Martin Heidegger llamó «la concentración, todavía no manifiesta, de todas las fatalidades de Occidente... concentración de la que Occidente solo debe salir para afrontar sus sucesivas decisiones, y poder convertirse, tal vez, de un modo completamente distinto, en un país de amanecer, en un Oriente».

Bajo los emblemas y atavíos culturales, yace un mundo totalmente distinto, afirman los antropólogos. Cuando lo comprendamos, cambiará de forma radical nuestra idea de la naturaleza humana. Actualmente nos vemos enfrentados a toda una gama de posibilidades. El «pueblo global» es una realidad. Estamos unidos por satélites y vuelos supersónicos, cada año se celebran cuatro mil conferencias internacionales, hay decenas de millares de compañías multinacionales, y de organizaciones, boletines y revistas internacionales, y está surgiendo una especie de pan-cultura musical, cinematográfica, artística y humorística. Lewis Thomas observaba:

"Sin esfuerzo, sin necesidad de prestarle un momento de atención, somos capaces de cambiar el lenguaje, la música, las formas, costumbres y entretenimientos, incluso la forma de vestir, en toda el mundo, en el curso de un año. Se diría que procedemos todos de acuerdo, sin necesidad de votaciones ni encuestas. Sencillamente nos limitamos a seguir pensando a nuestra manera, pasamos la información en torno a nosotros, intercambiamos códigos disfrazados de arte, cambiamos de opinión, y nos transformamos.

... Puesta junta, la gran masa que forman las mentes humanas por toda la tierra parece comportarse como un sistema vivo coherente".

Las redes y pequeños grupos que surgen y proliferan por todo el mundo operan de una forma muy semejante a como lo hacen las redes de conexiones en el cerebro humano. Así como unas pocas células pueden producir un efecto de resonancia en todo el cerebro, introduciendo un orden en la actividad del conjunto, así también la cooperación entre esas personas puede ayudar a introducir un principio de coherencia y de orden, susceptible de cristalizar en una más amplia transformación. Toda una serie

de movimientos, redes y publicaciones están reuniendo a gente de todo el mundo en torno a una causa común, y con su tráfico de ideas transformadoras están esparciendo mensajes de esperanza, sin esperar a que algún gobierno los apruebe. La transformación no tiene patria.

Estos grupos auto-organizados se parecen muy poco a las viejas estructuras políticas; se superponen y alían entre sí, y se ayudan unos a otros, sin generar una estructura de poder convencional. Hay grupos que se preocupan del medio ambiente, como Les Vertes en Francia y The Green Alliance en Gran Bretaña, hay grupos feministas, grupos pacifistas, grupos que defienden los derechos humanos o que combaten el hambre en el mundo; hay miles de centros y redes que tienen por base la «nueva conciencia», como Nexus en Estocolmo; publicaciones, como *Alternativa* en Dinamarca, *New Humanities* y *New Life* en Gran Bretaña, que sirven de enlace a muchos grupos; se han celebrado simposiums sobre la conciencia en Finlandia, Brasil, Sudáfrica, Islandia, Chile, México, Rumania, Italia, Japón, Unión Soviética.

«El Futuro está en Nuestras Manos», movimiento iniciado en Noruega en 1974, e inspirado en un libro del mismo título de Erik Damman, cuenta actualmente con veinte mil miembros en ese país, cuya población total es de cuatro millones de habitantes. Este movimiento, que ha crecido con tanta rapidez, persigue «un nuevo estilo de vida y una mejor distribución de los recursos mundiales». Subraya la necesidad de que los países industrializados limiten sus niveles de consumo y busca la forma de incrementar el nivel de vida de los países del tercer mundo. Según una encuesta nacional, el 50 por ciento de la población noruega apoya los objetivos del movimiento, el 75 por ciento piensa que el nivel de su país es excesivamente alto, y el 80 por ciento teme que el crecimiento económico continuado pueda conducir a un estilo de vida cada vez más materializado y lleno de tensiones.

El movimiento se nutre de las energías que le proporcionan sus bases. Segmentado en pequeños grupos locales, cada uno establece su estrategia específica en la prosecución de los objetivos colectivos. En 1978 surgió en Suecia un movimiento parecido, y en Dinamarca está preparándose otro en la actualidad.

Este tipo de movimientos sociales trasciende las fronteras nacionales tradicionales: franceses y alemanes se han unido en manifestaciones de protesta contra la instalación de plantas de energía nuclear. Johann Quañier, director de la revista británica *New Humanity*, ha podido decir: «Hoy en día se están trenzando en Europa diversos cabos de libre

pensamiento; a pesar de los conflictos, las diferencias y las tensiones existentes, su territorio se presta hoy muy especialmente a la aparición del nuevo mareo político-espiritual».

Para Aurelio Peccei, fundador del Club de Roma, tales grupos representan «la levadura del cambio... esos miles de grupos espontáneos de gente, dispersos, que surgen aquí y allá como anticuerpos en un organismo enfermo». El organizador de un grupo pacifista contaba lo importante que había sido para él descubrir estas redes y su sentido de una «inminente transformación del mundo». Muchos pensadores brillantes y creativos se han afiliado internacionalmente, para intentar ofrecer una síntesis intelectual que sirva de apoyo a la nueva concepción planetaria. Para ellos, más que de imaginar un escenario, uno de los muchos futuros posibles, de lo que se trata es de asumir una responsabilidad. Las alternativas son inimaginables.

La Threshold Foundation, con base en Suiza, ha afirmado su intención de contribuir a la transición hacia una cultura planetaria, de «favorecer un cambio de paradigma, un nuevo modelo del universo, en el que el arte, la religión, la filosofía y la ciencia converjan», y de promover la idea de que «existimos en un cosmos, en el que los numerosos niveles de realidad forman un todo único y sagrado».

Del poder a la paz

Estamos cambiando porque necesitamos hacerlo.

A lo largo de la historia, los esfuerzos se han dirigido a terminar o a prevenir las guerras. Si hablamos definido la salud en términos negativos, como ausencia de enfermedades, también definíamos la paz como ausencia de conflictos. Pero la paz es algo más fundamental que sólo eso. La paz es un estado mental, no un estado de la nación. Si no hay transformación personal, todo el mundo quedará anclado para siempre en el conflicto.

Si nos limitamos al concepto negativo del viejo paradigma, como forma de evitar la guerra, más que encender la luz estamos reforzando la oscuridad. Si enfocamos el problema de otro modo, como fomentar lo comunitario, la salud, la innovación, el autodescubrimiento, el proponerse objetivos, ya estamos con ello creando las condiciones de la paz. En un ambiente rico, creativo y significativo, no cabe la hostilidad. La guerra es impensable en una sociedad compuesta de personas autónomas, que han descubierto la interconexión de toda la humanidad, que no tienen miedo de otras ideas ni de otras culturas, que saben que toda revolución comienza

en el interior y que no se puede imponer a nadie el propio modelo de conocimiento.

Las protestas contra la guerra de Vietnam en los Estados Unidos supusieron un punto de giro decisivo, como alcanzar la mayoría de edad, a partir del momento en que, efectivamente, millones de personas proclamaron que no se puede obligar a un pueblo autónomo a hacer una guerra en la que no cree. En los últimos años ha habido otros fenómenos igualmente significativos: la marcha sobre Colonia de quince mil alemanes para oponerse a un nuevo brote de nazismo y para expresar su sentimiento individual por el holocausto... Católicos y protestantes que arriesgan sus vidas para abrazarse sobre un puente en Irlanda del Norte, y prometerse unos a otros luchar en favor de la paz... El movimiento israelí «Paz ahora», iniciado por combatientes que piden: «Dadle una oportunidad a la paz» («Give peace a chance!»).

Tras un reciente congreso, celebrado en Viena, sobre el papel de las mujeres en la paz mundial, Patricia Mische escribía que «la transformación se ha puesto ya lentamente en marcha entre individuos y grupos que, en una profunda demostración de su humanidad, están descubriendo los lazos que les unen con gentes de todo el mundo». ¿Puede darse marcha atrás a la carrera armamentística? Según ella, «una cuestión previa sería "*¿Pueden cambiar su mente y su corazón los pueblos y las naciones?*"». Los participantes en el congreso parecían ser un testimonio viviente de que la respuesta es Sí. A la clausura del congreso, una de las participantes pidió, entre una salva tumultuosa de aplausos, que en las sucesivas conferencias que se organizaran no se debería pedir a los que hablasen que se identificasen por su nacionalidad. «Yo estoy aquí como ciudadana *planetaria*», dijo, «y estos problemas nos afectan a todos.»

En la serie de monografías que lleva por título *The Whole Earth Papers*, James Baines ha descrito las características de un «paradigma de poder» y un «paradigma de paz». Hemos vivido durante siglos bajo el paradigma de poder, sistema de creencias basado en la independencia y la dominación. Sin embargo, a su lado, siempre han estado los componentes del paradigma de paz: una sociedad basada en la creatividad, la libertad, la democracia y la espiritualidad. Para promover un cambio global, decía Baines, podemos crear ahora una «trama de refuerzo»: dirigentes que se sientan a gusto en medio de la incertidumbre, incremento de la conciencia colectiva acerca de las contradicciones inherentes al paradigma de poder, modelos atractivos de los nuevos estilos de vida, tecnología adecuada, técnicas para desarrollar la conciencia y alcanzar el despertar espiritual. Una

vez que estas ideas fragüen de forma coherente en un nuevo paradigma basado en la transformación, podremos ver que la humanidad no sólo es parte de la creación, sino también administradora de la misma, «producto y a la vez *instrumento* de la evolución».

No necesitamos esperar a que alguien nos dirija. Podemos empezar a introducir el cambio en cualquier punto de un sistema complejo: la vida humana, la familia, la nación. A nivel individual, podemos crear un ambiente transformativo para los demás, ofreciéndoles nuestra amistad y confianza. Una familia, o una comunidad cálida puede conseguir que un extraño se sienta a gusto en ella. La sociedad puede encontrar la manera de fomentar el crecimiento y la renovación entre sus miembros. Podemos empezar en cualquier parte, en todas partes. «Tengamos paz, comenzando por mí», dice el texto de una pegatina. Tengamos salud, relacionémonos, aprendamos, usemos correctamente el poder, tengamos un trabajo con sentido... *Transformémonos, comenzando por mí.*

Los comienzos son siempre invisibles, un movimiento interior, una revolución en la conciencia. Como las opciones humanas son misteriosas y sagradas, nadie puede garantizar la transformación de la sociedad. Pero existen razones para confiar en el proceso. La transformación es poderosa, gratificante, natural. Y promete lo que la mayor parte de la gente desea. Tal vez sea esa la razón por la que la sociedad transformada existe ya como una premonición en la mente de millones de personas. Es el «algún día» que siempre han esperado nuestros mitos. La palabra «nuevo», que se usa con tanta frecuencia (nueva medicina, nueva política, nueva espiritualidad) no se refiere tanto a algo moderno, cuanto a algo inminente, esperado desde hace mucho tiempo.

El mundo nuevo es el viejo... transformado.

Abolir el hambre, un cambio de paradigma

A lo largo de la historia, los movimientos en favor de un cambio social han operado siempre de forma muy semejante. Líderes paternalistas que convencen a la gente de la necesidad de cambiar, y que a continuación los reclutan para tareas concretas, diciéndoles qué y cuándo es lo que tienen que hacer. Los nuevos movimientos sociales operan desde un concepto diferente de lo que el hombre puede hacer: se tiene la convicción de que las personas, una vez alcanzan el convencimiento profundo de que es necesario un cambio, pueden encontrar soluciones partiendo de su propio compromiso y de su propia creatividad. El movimiento a gran

escala les ofrece su inspiración, les ayuda en sus esfuerzos y les proporciona información, pero no dirige ni especifica esos esfuerzos desde su propia estructura.

Precisamente esa capacidad de los individuos para generar un amplio cambio social es la base sobre la que se apoya el proyecto Hambre (Hunger Project), organización internacional de caridad, fundada por Werner Erhard en 1977, con sede central en San Francisco. El objetivo del Hunger Project es acelerar la solución del problema mundial del hambre, actuando de *catalizador*. Constituye un esfuerzo intenso y sofisticado, a gran escala, para tratar de provocar un rápido cambio de paradigma, "hacer llegar el tiempo de una idea", como dicen los organizadores del proyecto. Resulta instructivo examinar los éxitos alcanzados por el proyecto, y los malentendidos a que ha dado lugar. El Hunger Project parte de la convicción de que las soluciones no residen en crear más programas ni otros nuevos. Según la opinión de las autoridades e instituciones mejor informadas, la capacidad técnica de acabar con el hambre en el plazo de dos décadas *existe ya*. El hambre sigue existiendo a causa del convencimiento del antiguo paradigma de que no es posible alimentar a toda la población mundial.

En menos de dos años, *setecientas cincuenta mil* personas de muy diversos países han ofrecido su compromiso personal para ayudar a acabar con el hambre en el mundo para 1997; el enrolamiento en el Hunger Project está creciendo a razón de más de sesenta mil personas cada mes. Se han invertido tres millones de dólares expresamente para aumentar la conciencia pública de las trágicas proporciones del problema, de sus posibles soluciones, y de las formas cómo individuos y grupos pueden acelerar el fin del hambre y de la insuficiencia de alimentación¹.

El Hunger Project no pretende hacer la competencia a otras organizaciones más antiguas que pretenden el mismo fin; al revés: proporciona publicidad a sus actividades y exhorta a sus afiliados a que las sostengan. El proyecto trata de asociar a sus esfuerzos a todas las partes interesadas. Justo antes de la creación de la fundación, una delegación entre cuyos miembros se encontraban expertos en la distribución mundial de alimentos, visitó al primer ministro de la India. Los consejeros del proyecto representan a muchas naciones y otras organizaciones existentes sobre el problema del hambre; Arturo Tanco, presidente del Consejo Mundial de Alimentación, es uno de ellos. Han dado a la publicidad datos gubernamentales, como los del informe relativo a los medios para acabar con el hambre, elaborado por la National Academy of Sciences.

Para crear un sentimiento de urgencia, el proyecto se sirve del poder del símbolo y de la metáfora, y, así, describe el tributo de muertes ocurridas a consecuencia del hambre como «una Hiroshima cada tres días». En una carrera de relevos organizada por el Hunger Project, en la que un millar de corredores llevó el testigo desde Maine hasta la Casa Blanca, no se pidió al gobierno que resolviera el problema. Más bien su mensaje hablaba de su propio compromiso en ayudar a acabar con el hambre y la infra alimentación. El proyecto utiliza como metáforas a modelos tomados de la naturaleza y a descubrimientos científicos; por ejemplo, el «holograma» es «un todo dentro de otro todo». El proyecto es «una serie de todos». A todo el que se apunta se le anima a que cree «su propia forma de participación». Algunos ayunan, y contribuyen al proyecto con lo que habrían gastado en comida. Muchos comercios han entregado la recaudación de un día. Un equipo de cuarenta corredores generó donativos por valor de seiscientos veinticinco mil dólares, por correr en el maratón de Boston en 1979, durante cuyo recorrido se les sumaron en la carrera dos mil trescientos espectadores. Ochenta y ocho estudiantes de un colegio de California organizaron un maratón de patinaje y recaudaron seiscientos dólares; como deseaban destinar sus fondos a los «pescadores», el Hunger Project les puso en contacto con Alimentos para el Hambre, organización de ayuda directa a los refugiados.

A todo el que se apunta al proyecto se le anima a que traiga a otras personas. A los nuevos miembros se les explica cómo captar el interés de clubs, directivas escolares, parlamentarios; cómo redactar cartas; cómo presentarse en público. Y se les pide que se conviertan en enseñantes a su vez. Los seminarios destacan la influencia que puede ejercer el compromiso de una sola persona, como un hombre de La Rochelle, Nueva York, que consiguió que se apuntaran al movimiento el alcalde, el inspector general de enseñanza, el concejal de urbanismo, el gobernador y el subgobernador; y una mujer de Honolulu, que arrastró consigo a toda la delegación del congreso, al gobernador y a la mayoría de los parlamentarios de su Estado. A su requerimiento, el gobernador proclamó una Semana del Hambre, y los parlamentarios aprobaron una resolución que pretendía fomentar la investigación de la agricultura hawaiana para ayudar a disminuir el hambre en el mundo. Una pareja de Massachusetts consiguió enrolar a *cinuenta mil* personas.

Entre los más decididos defensores del Hunger Project se cuentan los reclusos. Un recluso del correccional de San Luis Obispo, California, llegó a apuntar a mil quinientos de los dos mil cuatrocientos compañeros

internos. Otro recluso de Leavenworth no se limitó a participar en el proyecto; él y otros siete compañeros pusieron en común su dinero para hacerse cargo de dos niños vietnamitas a través de la organización Salvad a los Niños. Una reclusa que cumplía una condena de larga duración en la penitenciaría de mujeres de Virginia, decía: «Las mujeres aquí se amargan y se vuelven escépticas, encerradas entre estos muros. Día tras día resulta aplastante. Al final te das por vencida y te cierras en ti misma... Yo he podido darme cuenta que el Hunger Project es un modo de salir de la trampa, al poder llegar a otros ayudándoles».

Hasta ahora, como pensábamos que no podíamos hacer nada en favor de los millones de personas que mueren de hambre, la mayoría tratábamos de no pensar en ellos; pero esa negativa también ha tenido su precio. El Hunger Project subraya un principio clave para la transformación: la necesidad de afrontar lo que sabemos nos duele.

"Nos hemos dejado entumecer hasta el punto de no sentir dolor. Necesitamos dormimos para protegernos del horror de saber que en cada minuto mueren veintiocho personas, niños en su mayoría, veintiocho personas que no son diferentes de ti o de mí o de nuestros hijos, salvo que nosotros tenemos qué comer y ellos no.

Hemos apagado nuestra conciencia y nuestra vitalidad hasta un nivel en que ya no nos molesta. Ahora bien, si nos preguntamos si nos cuesta algo el dejar que mueran de hambre millones de personas, la respuesta es que Sí. *Nos cuesta nuestra vitalidad*".

Al cabo de un año de lanzamiento del proyecto, se habían organizado noventa comisiones en trece países. Muchas personalidades hablaron en favor de la causa, a veces sin referirse expresamente al proyecto, algo así como las estrellas de cine que ayudaban a vender bonos para financiar la guerra en los años cuarenta. El cantante John Denver hizo un documental sobre el hambre en el mundo. En una entrevista en un periódico dijo: - «Hemos llegado a un punto en este planeta, en que vamos a tener que cambiar de actitud en la forma de entregarnos a la vida. Hasta ahora ha sido: "Si este fuese el último puñado de trigo, mi misma supervivencia depende de que lo guarde para mí y para los míos". Ahora es tiempo de que cambiemos a este otro: "Mi supervivencia depende de que lo comparta contigo. Si no es suficiente para mí, mi supervivencia *sigue* dependiendo de que lo comparta contigo"».

Denver, que ahora pertenece a la Comisión Presidencial sobre el Hambre en el Mundo, escribió para el Hunger Project «Quiero vivir», canción que da título al álbum que consiguió el disco de oro. Su tema afirma: estamos a las puertas de terminar con el hambre y las guerras. «Es sólo una idea, pero sé que su tiempo ha llegado.»

El actor Dick Gregory ha dado una imagen plástica del proyecto:

"Cuándo la gente me pregunta, «Bueno, ¿qué es lo que piensa que va a pasar con toda esa gente que pasa hambre?», Yo les doy el tipo de respuesta que le da el jefe de bomberos al reportero de televisión cuando hay un incendio en un bosque y está fuera de control: "No tenemos nada que hacer. A menos que cambie el viento, no podremos salvarlo".

Por un tiempo parecía que no íbamos a poder hacerlo a menos que cambiase el viento. Pero, sorteando el peligro, conseguí marchar en busca de lo que hace que cambien los vientos. El Hunger Project es ese cambio de viento".

A cuantos se alistan en el proyecto se les señala un punto clave: cuando ya no haya hambre en el mundo, éste no será sólo diferente, sino que se habrá *transformado*. Y quienes participan en él serán transformados por su propia participación, hablando de su compromiso a sus amigos, familiares y compañeros de trabajo, incluso si se sienten molestos, y buscando su respuesta.

Volver a elegir

La Conspiración de Acuario trata también de aplacar otro tipo de hambre: de sentido, de conexión, de plenitud. Y cada uno de nosotros es «todo el proyecto», el núcleo de una masa crítica, un gerente de la transformación del mundo.

En este siglo nos hemos asomado al corazón del átomo. Hemos llegado a transformarlo, y con él la historia entera para siempre. Pero también nos hemos asomado al corazón del corazón. Conocemos las condiciones necesarias para que las mentes cambien. Ahora que comprendemos la profunda patología de nuestro pasado, podemos crear nuevas pautas, nuevos paradigmas. «La suma de todos nuestros días es sólo nuestro comienzo...» La transformación no es ya comparable con el rayo, sino con la electricidad. Nos hemos adueñado de una fuerza más poderosa

que la del átomo, digna guardiana de todos nuestros restantes poderes. La libertad individual la encontramos eligiendo no ya un destino, sino una dirección. No elegimos el viaje transformativo porque sepamos a dónde nos va a conducir, sino por ser el único viaje que tiene sentido. Es el retorno a casa, tanto tiempo esperado. «Condéname a mí y no al camino», decía Tolstoi. «Si yo conozco el camino de vuelta a mi casa, y voy por él borracho y tambaleante, ¿prueba eso que el camino no es el adecuado? Si ando errabundo y tambaleante, ven en mi ayuda... Vosotros sois también seres humanos, y volvéis también a casa.»

Los países del mundo, decía Tocqueville, son como viajeros en el bosque. Aunque ninguno conoce el destino de los demás, sus caminos les llevan inevitablemente a encontrarse en el centro del bosque. En este siglo de guerras y crisis planetarias, nos hemos perdido en el bosque de la más oscura alienación. Una a una, las estrategias habituales de las naciones-estado, aislamiento, fortificación, retirada, dominación, han ido quedando sin efecto. Nos sentimos obligados a adentrarnos más a fondo en el bosque, buscando una vía de salida más radical que cuantas habíamos imaginado: conseguir liberarnos con el otro, no del otro. Tras una historia de separación y desconfianza, convergemos en el claro.

Las metáforas que empleamos para referirnos a la trascendencia hablan de nosotros con más verdad que nuestras guerras: un claro en el bosque, el fin del invierno, regadíos en el desierto, la curación de las heridas, la luz tras la obscuridad, lo que no supone el fin de todo trabajo, pero sí poner fin a toda derrota.

A lo largo de los siglos, quienes imaginaron una sociedad transformada sabían que eran pocos relativamente los que compartían su visión. Como Moisés, podían sentir la brisa de la patria, y podían verla incluso allá lejos, pero no habitar en ella. No obstante, animaban a los demás a que convirtieran en realidad ese futuro posible. Sus sueños son la riqueza de nuestra historia nunca realizada, el legado que siempre nos ha acompañado en medio de nuestras guerras y nuestra locura.

En un estado ensanchado de conciencia se puede a veces a experimentar con toda viveza un trauma pasado, y, de forma retrospectiva e imaginativa, reaccionar frente a él de otra manera. Tocar la fuente misma de miedos antiguos, es una forma de expulsarlos. Lo que nos persigue no son tanto los sucesos, cuanto nuestros temores con respecto a ellos, la imagen paralizante nosotros mismos que llevamos dentro de nosotros. Volviendo a poner ante nuestros ojos ese poderoso pasado, y sus mensajes reiterativos de derrota, podemos transformar el presente y el futuro.

Podemos situarnos de nuevo en el cruce de caminos. Podemos volver a elegir.

En ese sentido, podemos también reaccionar de forma diferente frente a las tragedias de la historia moderna. Nuestro pasado no es nuestro potencial. En cualquier momento, siguiendo a los maestros y sanadores que a lo largo de la historia se han empeñado en remitirnos al propio ser interior, podemos liberar el futuro. Uno a uno, podemos volver a elegir, podemos despertar: abandonar la cárcel de los condicionamientos, amar, emprender el camino de vuelta a casa. Conspirar con y en favor de los demás.

El despertar aporta sus propios cometidos, específicos de cada uno de nosotros, elegidos por cada uno de nosotros. Pienses lo que pienses sobre tí mismo, y por mucho tiempo que lo hayas creído así, tú no eres sólo tú. Eres una semilla, una promesa silenciosa. Eres la conspiración.

1. En respuesta a las críticas de los medios de información que acusaban de no haber estado dedicando el dinero a comprar alimentos, los dirigentes del proyecto explicaron en un informe económico: «Si con un millón de dólares podemos conseguir que los cinco mil millones que se gastan anualmente en el desarrollo de recursos alimenticios sea un uno por ciento más efectivo, habremos conseguido que *nuestro dinero rinda un cinco mil por ciento*».

EPÍLOGO

A fines de 1979, un colega escritor, tras leer las galeradas de *La Conspiración de Acuario* a bordo de un avión, me llamó para decirme: «Éste no es tu libro; es nuestro». Con esto se hacía eco de mi idea de la utopía conjunta. Muchas veces me había sentido como una araña que teje una tela

a partir de una comunidad de ideas y gentes, y la cronista de una vasta emigración.

Quizá por esa razón, *La Conspiración de Acuario* se ha revelado más un fenómeno que un libro, una declaración que ha ayudado a catalizar el apoyo a los cambios que describía. A medida que la conspiración se cartografiaba y nombraba, a medida que la red se hacía visible, acumulaba fuerza. En ese sentido, yo no fui tanto una autora como una comadrona.

Incluso antes de la publicación, la reacción al manuscrito fue satisfactoria. Cuatro o cinco ejemplares de fotocopias regalados a unos amigos se convirtieron en veinte o treinta en manos de desconocidos. Unas semanas después de su publicación, los dirigentes del movimiento Solidaridad en Polonia había pedido diez ejemplares. El libro fue utilizado como texto en diversos cursos universitarios. Se publicó en el Reino Unido, Francia, Alemania, los Países Bajos, Suecia, Japón, Portugal y España. Se organizaron grupos de discusión en prisiones, iglesias, agencias gubernamentales e incluso en un pueblo sudafricano.

Más allá de la conspiración que yo había descrito, había una comunidad de líderes respetados que exploraban el horizonte en busca de nuevas ideas útiles. Esta comunidad era una equivalencia dinámica de la estructura de poder tradicional. Dirigí la palabra a grupos tan diversos como educadores sanitarios, físicos nucleares, consejeros escolares, esposas de granjeros canadienses, miembros del Congreso, directivos de proceso de datos, ejecutivos de hoteles, funcionarios de la administración pública, bibliotecarios especializados en obras de medicina, directores de institutos de enseñanza superior y grupos internacionales de jóvenes y líderes empresariales. Y no sólo les hablé, sino que aprendí de todos ellos.

Recibí millares de cartas cuyo motivo común era el alivio:

«Gracias a Dios, no estoy solo». Decían sentirse vigorizados por el conocimiento de que el cambio no sólo es posible, sino que se está produciendo. Una mujer me escribió: «Las voces ya no claman en el desierto».

Eran más los corazones que albergaban el sueño de un mundo mejor de lo que yo había imaginado en mis momentos de mayor exaltación. El impacto de la visión sigue sorprendiéndome.

Dos años después de la publicación del libro, la World Future Society hizo una amplia encuesta sobre la probabilidad de un «cambio cultural espectacular, como la Conspiración de Acuario, hacia el año 2000». En un 58 % los encuestados respondieron afirmativamente a la probabilidad de ese cambio.

Naturalmente, una serie de críticos veían con escepticismo esa posibilidad, y me consideraron demasiado optimista y desconocedora de la tremenda magnitud de los problemas. Algunos activistas sociales temieron que el tono esperanzado del libro diera la falsa seguridad de que esa transformación casi se había realizado; les preocupaba, comprensiblemente, que la gente redujera sus esfuerzos. Comprendí con qué facilidad las ideas del libro podían interpretarse como peligrosas o ingenuas. Desde luego, en ocasiones he tenido la sensación de que los escépticos y los detractores debían de estar en lo cierto, de que ni los individuos ni las sociedades pueden cambiar de veras.

A medida que el movimiento crecía, había también más maestros, adiestradores y organizadores de proyectos que parecían explotar los valores emergentes, haciendo promesas excesivas sobre lo que podían ofrecer y creando una dependencia en personas ávidas de cambio.

Por otro lado, tenía las experiencias y las noticias alentadoras recogidas durante mis viajes, seminarios y conferencias, así como las informaciones de *Brain/Mind Bulletin* (y *Leading Edge*, un boletín sobre los cambios sociales publicado entre 1980 y 1985). En este caleidoscopio de historia viva, algo auténtico parecía estar en marcha. Era como si por doquier hubiera pruebas del despertar de una humanidad más astuta e ingeniosa.

¿Cuál era la realidad? De vez en cuando, los titulares de prensa que anunciaban desastres y retrocesos eran como una bofetada, pero luego me animaba la experiencia de primera mano y las noticias optimistas, y me volvía «esceptimista», una especie de híbrido entre escéptico y optimista. Finalmente, empecé a entender esta oscilación en forma de picos de sierra como una clave del problema. Y éste es uno de los puntos esenciales de este epílogo.

Se ha dicho que el cerebro humano aprende por medio de argumentos que recuerda los hechos si se han argumentado de manera que tengan significado. Pero los argumentos realmente importantes de nuestro tiempo nunca se incluirán en la información del telediario. No son acontecimientos, sino *pautas* de los acontecimientos. El reconocimiento de estas tendencias más profundas nos proporciona indicios de aquello que los argumentos de hoy significan para mañana.

Estos contextos más amplios ofrecen una esperanza, por vacilante que sea, de un renacimiento cultural. Dentro de unas décadas quizá miremos atrás y las consideremos como claros momentos cruciales en

nuestro pensamiento y nuestros programas. Algunos se relacionan con los nuevos procesos internos, Otros con las evoluciones externas.

He aquí unos ejemplos de algunos de los «argumentos de ruptura» en los años 1980 y 1990:

Argumento n.º 1. Aprender que las malas noticias pueden ser buenas noticias.

Cuando un problema es lo bastante grave para llamar la atención del público, y no sólo de unos pocos reformadores, puede estar en camino de solución. Es muy probable que en ese punto reconozcamos la necesidad de una limpieza de la casa a fondo.

La voluntad popular sólo se activa cuando una amenaza parece grave y los líderes no ofrecen ninguna seguridad creíble. El antiguo dicho, «si funciona no lo arregles», es un indicio de la renuencia a experimentar e innovar. Por ejemplo, la malversación gubernamental ha sido una norma. Cuando se convierte en una fiebre devoradora, los ciudadanos se ven obligados a buscar remedios. (Al mismo tiempo, tales escándalos parecen provocar un examen de conciencia más profundo que antes, una sensación colectiva de responsabilidad más que de rectitud.)

La gente también empieza a aprender los costes de nuestra preocupación por la fachada. Las «malas noticias» que exponen problemas sociales más profundos pueden mostrarnos cómo han sido camuflados.

Otro ejemplo de buenas/malas noticias: parecemos estar en medio de una Gran Depresión, esta vez no económica sino psicosocial. La depresión, el «resfriado común de la salud mental», parece ir en aumento en la población infantil en edad preescolar, los adolescentes, el grupo de edad entre los dieciocho y los treinta y cuatro años, los que están entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco y los ancianos. Según un cálculo, cuatro de cada cinco pacientes de depresión no se someten a ningún tratamiento. ¿Qué significa esta aparente epidemia? ¿Y por qué se produce ahora?

De hecho, la oleada de depresión puede ser una señal de salud inminente. Como señaló una vez el difunto psiquiatra Karl Menninger, a menudo una oscuridad o turbulencia mental precede a la profunda reorganización que conduce a una norma superior, y la gente se siente «mejor que mejor».

La depresión puede ser una señal para examinar de nuevo las suposiciones y estrategias de cambio, una aminoración de la marcha para reorientarse. A fin de tratar eficazmente con los problemas, hemos de

verlos de una manera realista, y tenemos que definir nuestro objetivo. Como personas particulares y como miembros de una sociedad, una tarea especial de renovación se extiende ante nosotros. Los mejores antidepresivos son la expresión y la acción, la intervención en la lucha. Así, la depresión no es un fin, sino un comienzo significativo.

Argumento nº 2. La evolución de la revolución.

La misma forma de los puntos críticos culturales puede estar apartándose un poco de la vieja y predecible secuencia, las bruscas oscilaciones del péndulo, para adquirir formas más reflexivas de renovación social.

De una manera característica, los revolucionarios han exigido soluciones rápidas y definitivas, respuestas prematuras que no incluían ideas procedentes de todas las facciones. Al no integrar lo mejor de los viejos valores en los nuevos, por ejemplo, a menudo las mismas revoluciones han sido decepcionantes, y sus beneficios se han invertido gradualmente. Nosotros, con un mayor conocimiento de la ideación de sistemas, quizá no hayamos de someternos a las oscilaciones del péndulo. Enfrentados a los costes impresionantes de nuestras fisuras, nuestras «victorias» tan a menudo carentes de contenido, ya sea en los encuentros personales como en la negociación a alto nivel, estamos aprendiendo a respetar el arte y la ciencia de la meditación. Programas de adiestramiento, libros y artículos nos muestran cómo atacar los problemas y no a los adversarios. Los agentes del cambio empiezan a adaptar el sentir de los objetivos generales a la realidad del conjunto. Esto refleja una conciencia creciente en el pensamiento occidental del equilibrio descrito en el pensamiento oriental como *yang* (identificado con la acción, lo masculino) y *yin* (la matriz en la que se desarrollan los acontecimientos, lo receptivo y femenino).

Argumento nº 3. Salvar la brecha de la confusión.

«La brecha de la confusión» es el término empleado por un asesor de dirección comercial para indicar el período de puesta en práctica del cambio. Durante este tiempo sentimos la tentación de abandonar lo nuevo y retroceder hacia el mal conocido. Estamos aprendiendo a reconocer el caos como una parte inevitable del cambio, a distinguir el período de transición de la meta.

Argumento n.º 4. El ascenso de la cultura del Pacífico.

Este nuevo centro económico está bordeado geográficamente por volcanes en activo, desde Japón y las Filipinas hasta la Falla de San Andrés al oeste de Estados Unidos. Desde el punto de vista económico incluye los países comerciales del Pacífico asiático, el oeste de Estados Unidos y Canadá, así como Australia y Nueva Zelanda.

Los visionarios de la cultura del Pacífico tienden a resaltar el futuro, la ecología, la alta tecnología, el desarrollo interno, la diversidad cultural, la coalición, la unión de disciplinas y las verdades espirituales paralelas.

La riqueza del nuevo centro, según estos pronosticadores, surge de la visión del mundo propia de ese centro, a la vez que influye en él. Sus valores afectarán cada vez más al resto del mundo. Es global en su sentido espacial y de largo alcance en el sentido temporal. El economista Richard Kjeldsen observó que las economías del Pacífico no son monolíticas, sino difusas y complejas. La nueva cultura parece ser un epítome de las incertidumbres de los tiempos. Los límites, tanto físicos como abstractos, cambian, se desdibujan, incluso se disuelven. Las biorregiones (áreas naturalmente independientes) se ven como unidades, al margen de las fronteras nacionales.

La cultura del Pacífico ha sido considerada como una forma de pensamiento, una visión social emergente, y puede presagiar algo sin precedentes, no un nuevo orden mundial, sino una civilización mundial.

Argumento n.º 5. El advenimiento de los diplomáticos ciudadanos.

Los nuevos «diplomáticos ciudadanos» ofrecen enfoques imaginativos de los problemas internacionales. Así como la interdependencia económica de las naciones del Pacífico otorga mayor importancia a los acuerdos efectuados al margen del gobierno, norteamericanos particulares han colaborado con los soviéticos para organizar giras, programas de intercambio cultural, conciertos, acontecimientos deportivos, tratos empresariales y reuniones profesionales. Han creado puentes espaciales y emisiones de televisión por circuito cerrado. Todavía con mayor frecuencia, se invita a norteamericanos influyentes a reuniones con funcionarios soviéticos de alto nivel, tanto en EE.UU. como en la Unión Soviética.

Ejemplos de la diplomacia ciudadana pueden ser los Juegos de Buena Voluntad celebrados en 1986 y organizados por el profesional de radiodifusión Ted Turner y el gobierno soviético; el Proyecto de Promoción de la Salud, patrocinador de investigaciones y conferencias conjuntas, una colaboración del Instituto Soviético-americano de Esalen y funcionarios soviéticos, y la Entertainment Summit, la «cumbre del espectáculo», una serie de encuentros que han tenido lugar en 1987, en Los Angeles y Nueva York, de cineastas norteamericanos y soviéticos y a los que se ha dado mucha publicidad.

Argumento n° 6. Creciente cobertura en los medios de comunicación de noticias metafísico-espirituales.

Los cronistas, e incluso los publicitarios, han observado un creciente y, al parecer, insaciable apetito popular por el misterio y la trascendencia del yo.¹ Solamente a principios de 1987, un crecimiento exponencial ha generado un nuevo impulso, una aceleración en la tasa de aceleración.

El 29 de septiembre de 1986, el *New York Times*, árbitro de la realidad nacional para muchos intelectuales, publicó un artículo en primera plana sobre el creciente número de simpatizantes con los puntos de vista espirituales. Una entrevista advertía de que tales personas pueden representar una nueva coalición, «la fuerza social más poderosa hoy en el país».

En los meses siguientes, otros artículos sobre la «Nueva Era», algunos positivos, aparecieron en publicaciones como *Time*, *U. S. News and World Report*, *The Los Angeles Times* y en televisión («20-20», «Sixty Minutes» y programas matinales). Pronto prácticamente todas las revistas populares, los principales periódicos y las cadenas de televisión ofrecían una cobertura continuada de esos temas. Desde entonces, las opiniones y los valores emergentes se han convertido en el tema de los dramas televisivos, incluso las comedias de situación.

Centrándose en lo extravagante o lo fascinante, los medios de comunicación con frecuencia han dejado de lado el significado más profundo de los valores del movimiento, como la responsabilidad personal, la ayuda que uno puede prestarse a sí mismo y la ayuda mutua. Aun así, es evidente que estos temas, en otro tiempo ausentes de los grandes medios de comunicación, han sido asimilados por éstos como una realidad merecedora de atención informativa.

Argumento n.º 7. Aceptar la responsabilidad de la realidad presente.

Las nuevas psicotecnologías muestran que la gente puede cambiar. Y la expresión popular ha recalcado el papel y el potencial del individuo en la consecución del cambio. Es como si avanzáramos desde una estrecha glorificación de las libertades individuales a una mayor exploración de lo que esas libertades pueden conseguir.

Ya sea en las convocatorias a la acción por parte de oradores públicos o escritores, en los temas de diversión, o silo oímos en conversaciones privadas, estamos admitiendo la necesidad de cambiar. A medida que la luz implacable de los medios de comunicación expone los errores en todos los ángulos de nuestra sociedad, nos encontramos ya sin chivos expiatorios, el vago «ellos» que en otro tiempo fue responsable de todo lo que funcionaba mal. El mundo exterior refleja nuestras guerras internas, la parálisis y el sentimiento de culpabilidad que nos aquejan. Hemos pecado sobre todo por omisión, no tanto por engañar o por ser rudos, sino por no actuar, por tolerar los errores. Y la calidad de vida que ha disminuido es la nuestra.

Cuando empezamos a vernos como posibles actores en el escenario del mundo, podemos superar la inercia y los intereses mezquinos, nuestro hábito de tener hábitos. A medida que somos más conscientes de nuestras acciones y reacciones, vemos cómo conformamos el entorno y cómo éste nos conforma a su vez. Una nueva luz empieza a brillar a través de las ranuras en la fortaleza de la personalidad («así es como soy») y el bastión de las creencias («esto es lo que pienso»). Podemos aprender a recrearnos como resultado de una nueva información.

Al mismo tiempo, nuestra pérdida de fe en las instituciones, los expertos y la tecnología pueden señalar una nueva madurez. Muchos reconocemos que nuestros esfuerzos son necesarios, y ese número va en constante aumento. El creciente escepticismo frente a la autoridad puede obligarnos, de hecho, a convertirnos en las personas informadas y reflexivas para quienes se diseñaron las democracias.

Argumento n.º 8. El redescubrimiento del cuerpo-mente.

De todos los ejemplares de cambio comentados en *La Conspiración de Acuario*, el cambio de paradigma en el cuidado de la salud era el que estaba más encarrilado. Ese cambio continúa, apoyado por una investigación muy difundida y de la que hay una información considerable. Los estudios epidemiológicos han mostrado la conexión sorprendente entre la salud

mental y el bienestar, entre las pautas emocionales y la susceptibilidad a la enfermedad. Los médicos siguen ofreciendo innovaciones que aprovechan mecanismos de autocuración y emplean técnicas de creación de imágenes y reducción del *estrés*. Estos profesionales reconocen la importancia del apoyo emocional y de tener unos objetivos.

Desde 1980 es posible que se hayan multiplicado por veinte las investigaciones de la relación entre la mente y el cuerpo. La neurociencia moderna y las disciplinas relacionadas con ella están iluminando la conexión en otro tiempo misteriosa de lo mental/ emocional y lo físico.

La psiconeuroinmunología, un campo nuevo y excitante, explora la interacción del cerebro emocional y el sistema inmunológico. La complejidad de este vínculo se ve con claridad en el síndrome de la personalidad múltiple, los efectos de la luz y el sonido, los sueños lúcidos, la química de las emociones y la memoria.

Se critica a la medicina desde dentro. Los médicos ponen en tela de juicio su profesión, sincera y hasta públicamente, urgiendo un retorno a las artes curativas, un mayor respeto por las propias observaciones del paciente y sensibilidad emocional.

La creciente evidencia de un dinámico cuerpo-mente justifica más las terapias orientadas a la mente y las terapias corporales que pueden afectar a la depresión y otros trastornos mentales. Las publicaciones médicas informan sobre los efectos sorprendentes de las técnicas alternativas y populares, que abarcan desde los remedios herbales a la acupuntura y el «trance curativo» (hipnosis). Dadas las pruebas objetivas de laboratorio de que *algo* está en marcha, los médicos americanos han accedido a cooperar con una investigación oficial china de *gi gong*, aparentes efectos de la energía a distancia. Un estudio bien controlado, del que informó la revista británica *Lancet*, descubrió que la homeopatía es eficaz. En un estudio brasileño, los pacientes ayudados por curanderos espiritistas, reaccionan mucho mejor que aquellos sometidos a un tratamiento convencional. En un experimento de doble vínculo elegantemente diseñado, un cardiólogo norteamericano informó que rezar por otros afectaba la recuperación de manera significativa.

El nuevo paradigma de la salud implica una mayor actividad por parte del facultativo y el paciente, supone un mayor alejamiento continuado de la medicina impersonal que tanta amargura ha causado. No implica un rechazo de los avances tecnológicos como los nuevos fármacos o las innovaciones quirúrgicas, sino que utiliza cualquier cosa que surta efecto.

El paradigma del cuerpo-mente también presenta una normativa superior: la del bienestar en vez de una ausencia de enfermedad. Y, en su visión de la salud, una visión con múltiples facetas, tiende a eliminar la competitividad profesional. Hay una mayor paridad entre los médicos y otros profesionales de la salud, incluidas las enfermeras, psicoterapeutas, practicantes, curanderos, acupuntores, herbolarios, homeópatas, fisioterapeutas, expertos en nutrición y asesores religiosos. Como sabemos más acerca del cerebro y el cuerpo, tenemos un sentido más complejo de cómo pueden actuar remedios que en otro tiempo se consideraban misteriosos.

Argumento n.º 9. El cultivo de la inteligencia.

El descubrimiento de que la inteligencia se puede mejorar es un avance comparable al descubrimiento de la agricultura. Podemos «cultivar» la inteligencia como nuestros antepasados prehistóricos empezaron a cultivar alimentos.

Por ejemplo, se enseña a los niños «habilidades de pensamiento crítico». Se adiestra a la gente para lograr estados de aprendizaje. Incluso la tercera edad puede ser una época de desarrollo más que de declive. La nueva investigación muestra que algunas personas mejoran al envejecer; este camino vital alternativo se asocia casi totalmente con una actitud mental positiva, sobre todo con el sentido de elección. Las personas pasivas y negativas declinan, mientras que las activas y con intereses medran.

Cada vez más las psicotecnologías descritas en este libro se utilizan en todo el mundo para reforzar el aprendizaje.

Un ejemplo del cultivo de la inteligencia es un movimiento venezolano inspirado por la moderna investigación del cerebro. En 1979, un nuevo ministro de Desarrollo de la Inteligencia Humana, inspirado en el libro *El derecho a ser inteligente*, de Luis Machado, inició un programa continuado a nivel nacional basado en esa obra. El programa ha suscitado una multitud de conferencias y la creación de una red global, y se está emulando en una docena de países.

En el programa venezolano, se alienta a los padres para que estimulen a sus bebés, se adiestra a los escolares para que adquieran habilidades de pensamiento e imaginación, y programas educativos ofrecidos por televisión en las horas de mayor audiencia ofrecen a los adultos oportunidades progresivas de aprender.

El gobierno japonés ha anunciado un ambicioso plan de reforma escolar, de modo que los niños aprendan a pensar por sí mismos, a comprender y crear tanto como a memorizar. Los esfuerzos norteamericanos de reforma en los años recientes han recalcado «más de lo mismo»... horarios más largos y aumento de los deberes, en vez de fomentar una mejor comprensión de cómo se produce la enseñanza y el aprendizaje. La investigación aún se aplica muy poco al diseño de los currículum y la metodología escolar. Entre tanto, otros países aumentan su ventaja sobre EE.UU. en realización de tests, una brecha que los dirigentes empresariales consideran como una de las principales causas del declive de la productividad norteamericana. La cuestión candente es: ¿nos despertaremos a tiempo para invertir esa tendencia a la mediocridad tan debatida? Los responsables de emprender la acción adecuada pertenecen, de hecho, al mismo sistema que necesita una reestructuración radical.

Pero hoy, más que nunca, se echa más luz sobre el problema. Desde la publicación de *La Conspiración de Acuario*, la crisis educativa se ha convertido en un apremiante tema nacional. Se ha organizado una variedad de grandes redes de educadores y ciudadanos interesados. Estas redes son modelos de cooperación. Los maestros organizadores se han revelado más efectivos y heroicos de lo que incluso ellos creían posible.

Argumento n.º 10. Nuevo respeto para utilizar en su totalidad las facultades pensantes del cerebro.

Una nueva apreciación de la intuición y los procesos creativos, por ejemplo, se extiende incluso a las aulas universitarias y los laboratorios de investigación. El cerebro analítico reconoce y respeta los dones de su complemento, el cerebro del artificio y la novedad.

Se han celebrado importantes reuniones científicas para hablar de ese fenómeno que en inglés se denomina *serendipity* y consiste en las oportunidades presentadas por felices accidentes. Según ellos, estos azares afortunados son el manantial de los avances científicos.

En un informe, los jefes ejecutivos de empresas distinguidas por su rápido crecimiento, convinieron en que su mayor pesar era no prestar suficiente atención a sus intuiciones. «Visión», un sinónimo más inclusivo de intuición, se ha popularizado en el mundo empresarial, la política, las artes e incluso los anuncios comerciales.² La gente presta más atención y respeto a sus corazonadas.

Una nueva casta de adiestradores y asesores profesionales está desentrañando las estrategias de las personas llenas de resolución e iniciativa y los innovadores de éxito, los métodos para acceder a estados superiores de aprendizaje y la capacidad para abandonar actitudes improductivas.

Argumento n.º 11. Una investigación de métodos para lograr estados mentales positivos.

Es cada vez más evidente que un determinado estado mental facilita la creatividad, la salud y la capacidad para aprovechar las oportunidades en el momento adecuado. Este estado es similar al resplandor del éxito. Al aprender para lograrlo voluntariamente, podemos evitar la inquietud que con frecuencia nos impide tener la claridad mental necesaria para llevar a cabo tareas difíciles.

La sociedad moderna ha tendido a confundir pesimismo con realismo y optimismo con cristales de color rosa. En realidad, los términos optimista y optimismo derivan del latín *optimus* (mejor) relacionado con *ops* (poder). Pesimismo deriva de *pessimus* (peor), término que, a su vez, procede del griego *pedon* (suelo).

Un lugar elevado ofrece poder y una mejor perspectiva, en contraposición con lo que ofrece el suelo. Quizá el motivo por el que los optimistas trabajan con tanto ahínco es que ven el éxito en el horizonte.

De hecho, la fe basada en la experiencia es un instrumento, un tranquilo estado mental que permite una actuación óptima. El interés actual en unas actitudes más constructivas puede que no sea tanto una innovación como un correctivo, el giro interior/exterior que puede concedernos a la vez el regreso al hogar y una nueva aventura. Reconocer que el pensamiento en terreno elevado es más fructífero que el cinismo se está convirtiendo en sentido común, tanto como en buena ciencia.

Argumento n.º 12. Las artes y las diversiones como sensores de un amplio cambio cultural.

Con frecuencia las artes visuales y la música son heraldos de sentimientos y percepciones demasiado vagos para poder expresarlos, prioridades demasiado nuevas para defenderlas.

Una convergencia del arte y la conciencia es patente en la literatura, las películas y algunos audaces esfuerzos televisivos. Los principales grupos

y solistas de rock atraen inmensas multitudes que escuchan sus vehementes mensajes sociales y espirituales, a menudo las piezas centrales de los conciertos. La grabación de Band Aid, el álbum *USA for Africa* y el concierto Live Aid demostraron la seriedad de los intérpretes y sus seguidores para contribuir de alguna manera.

Una exposición retrospectiva, ambiciosa y bien recibida en todo el país, *The Spiritual in Art: Abstract Art 1980-1985*, atrajo a grandes multitudes al Museo de Arte del condado de Los Angeles, antes de pasar a Chicago y La Haya. Incluso los críticos negativos eludieron sus observaciones, confesando su fascinación por el tema.

Para quienes tienen oídos para escuchar, una voz nueva empieza a oírse en el mercado de la cultura. No es la voz de un suplicante que ruega atención, ni tampoco es profética, sino más inmediata y práctica. Procede de muchos ámbitos distintos, como si un núcleo humano más sabio, antiguo y nuevo hubiera empezado a transmitir una nueva gama de frecuencias. Proyectos que han tenido éxito ofrecen prototipos para el cambio evolutivo. (Véase «Orientaciones para proyectos de éxito», que ofrece consejos para llevar a cabo innovaciones con éxito.)

Argumento n.º 13. El redescubrimiento del mito y la metáfora como elementos que dan nueva forma a los objetivos sociales.

Los arquetipos, las metáforas y los mitos se han usado mucho para vender productos e ideologías. Los mitos de una nueva cultura pueden darnos una visión alternativa del desastre nuclear/ecológico o la mera supervivencia nerviosa. Nos rodean las metáforas de nuestra condición. Por ejemplo, contemplar las montañas, valles, cañones, picos y mesetas puede recordarnos el terreno de la vida.

Según una leyenda de la antigua corriente mística judía conocida como cábala, en cada generación nacen unos seres migrantes, almas procedentes de un orden superior³. Son los «niños de la cámara de los anhelos», también conocidos como *tohu*, el estado de caos, y están destinados a desencadenar la evolución. Estos espíritus rebeldes, inquietos y alienados, insatisfechos con «las relaciones y las verdades superficiales», ofenden las buenas maneras de la época.

Al final de los tiempos, cuando se procede a rehacer el mundo, un número todavía mayor de esos espíritus caóticos llega para agitar el *status quo* en sus raíces. Pero la cábala dice que no debemos temer esos tiempos, pues lo único que hacen los espíritus es liberar la energía de las formas

moribundas. Emergerá una nueva casta, «los maestros de la construcción», los cuales centrarán el fuego de la revolución en mejoras prácticas.

Argumento n.º 14. La riqueza de soluciones a nuestros problemas.

Contrariamente a la creencia general, existen respuestas para casi todos nuestros problemas más acuciantes. El ardid estriba en iniciarlas y apreciar múltiples opciones. Nuestra respuesta no tiene que competir. Como observó el director de una fundación internacional, «cada uno de nosotros ha actuado como si su respuesta fuese un gladiador que ha de salir a la arena y ser el único ganador».

Se están inventando nuevos procesos de resolución de problemas, métodos para orquestrar las soluciones en conflicto. Con frecuencia ni siquiera hemos identificado el problema. Esto ha conducido a un interés por lo que alguien ha llamado «las cuestiones yugulares». A través del arte y la ciencia de la meditación, la gente también aprende a ser más sincera y a descubrir que podemos ayudarnos mutuamente con más facilidad si nuestros programas están sobre la mesa. Progresos como la tecnología de los superconductores, en rápida evolución, insinúan nuevas y poderosas posibilidades. Quizá esta vez recordemos los errores pasados y actuemos de una manera más prudente.

Es cierto que estos años precipitados han visto la erosión de las tradiciones y una escalada del caos y la rebelión. No obstante, aquí y allá, como había prometido, podemos ver una fuerza ascendente de organizadores creativos, algunos de ellos incluso procedentes de las filas de los ex rebeldes. Empezamos a comprender, o a recordar, que nuestro destino es común. Y ésa puede ser la noticia más importante de todas.

No es preciso que conozcamos el resultado de estos argumentos para tomar parte en ellos. Como siempre existen fuerzas activas y fuerzas que las contrarrestan, cada día elegimos la onda que queremos apoyar. ¿Contribuiremos al problema o a la solución? ¿Veremos posibilidades o imposibilidades? Desde la perspectiva de los críticos, nos centraremos en lo que no se puede hacer. Desde la perspectiva de los creadores, sabremos lo que debe hacerse.

El tiempo de los espectadores está llegando rápidamente a su fin. Elijamos, más tarde o más temprano, ser los amos de la construcción.

1. Lo llamado transpersonal puede que se reconozca pronto como normal, a juzgar por recientes investigaciones. Y los valores espirituales asociados con la llamada Nueva Era pueden estar en alza en la vida política norteamericana.

El National Opinion Research Center de la Universidad de Chicago ha observado un notable incremento en las experiencias espirituales y psíquicas. El Centro, que ha encuestado a los norteamericanos sobre su vida espiritual desde 1973, informa que 67 de cada 100 norteamericanos adultos dice haber experimentado percepción extrasensorial, por ejemplo. (Ese porcentaje era del 58 % en 1973.) Varias encuestas Gallup realizadas en los años ochenta pusieron de manifiesto un incremento de las experiencias místicas. Cuarenta y tres de los encuestados afirmaron haber tenido una experiencia espiritual fuera de lo común.

Un artículo titulado «Una nueva era para los libros metafísicos», publicado en *American Bookseller* en febrero de 1987, concluía diciendo que «por fin el movimiento del potencial humano está llegando a su mayoría de edad». A principios de 1987, el boletín de la cadena B. Dalton informaba que el continuo crecimiento en el mercado de los temas espirituales y esotéricos estaba alcanzando proporciones de auténtico *boom*.

2. El «factor visionario», la constelación de rasgos de quienes están más capacitados para convertir los sueños en acción, es el tema de un próximo libro que he escrito en colaboración con mi marido y colega, Ray Gottlieb.

3. Extraído del libro *Nine-and-a-half-Mystics*, de Herbert Weiner (Collier).